



**EL RIESGO COMO DISPOSITIVO DE GOBIERNO EN EL CAMPO DE LAS  
DROGAS: EXOTIZACIÓN, VICIO Y ENFERMEDAD**  
**Mauricio Alejandro Sepulveda Galeas**

**Dipòsit Legal:**

**ADVERTIMENT.** La consulta d'aquesta tesi queda condicionada a l'acceptació de les següents condicions d'ús: La difusió d'aquesta tesi per mitjà del servei TDX ([www.tesisenxarxa.net](http://www.tesisenxarxa.net)) ha estat autoritzada pels titulars dels drets de propietat intel·lectual únicament per a usos privats emmarcats en activitats d'investigació i docència. No s'autoritza la seva reproducció amb finalitats de lucre ni la seva difusió i posada a disposició des d'un lloc aliè al servei TDX. No s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant al resum de presentació de la tesi com als seus continguts. En la utilització o cita de parts de la tesi és obligat indicar el nom de la persona autora.

**ADVERTENCIA.** La consulta de esta tesis queda condicionada a la aceptación de las siguientes condiciones de uso: La difusión de esta tesis por medio del servicio TDR ([www.tesisenred.net](http://www.tesisenred.net)) ha sido autorizada por los titulares de los derechos de propiedad intelectual únicamente para usos privados enmarcados en actividades de investigación y docencia. No se autoriza su reproducción con finalidades de lucro ni su difusión y puesta a disposición desde un sitio ajeno al servicio TDR. No se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al resumen de presentación de la tesis como a sus contenidos. En la utilización o cita de partes de la tesis es obligado indicar el nombre de la persona autora.

**WARNING.** On having consulted this thesis you're accepting the following use conditions: Spreading this thesis by the TDX ([www.tesisenxarxa.net](http://www.tesisenxarxa.net)) service has been authorized by the titular of the intellectual property rights only for private uses placed in investigation and teaching activities. Reproduction with lucrative aims is not authorized neither its spreading and availability from a site foreign to the TDX service. Introducing its content in a window or frame foreign to the TDX service is not authorized (framing). This rights affect to the presentation summary of the thesis as well as to its contents. In the using or citation of parts of the thesis it's obliged to indicate the name of the author.

**Mauricio Alejandro Sepúlveda Galeas**

**EL RIESGO COMO DISPOSITIVO DE GOBIERNO EN EL  
CAMPO DE LAS DROGAS: EXOTIZACIÓN, VICIO Y  
ENFERMEDAD**

**TESIS DOCTORAL**

**Dirigida por Dr. Oriol Romaní Alfonso**

**Dept. d'Antropologia, Filosofia i Treball Social**



**UNIVERSITAT ROVIRA I VIRGILI**

**Tarragona  
2011**



## AGRADECIMIENTOS

A mis padres y hermano, por su larga espera, por su constante apoyo, por su fe ciega.

A mi otra familia, Andrea Latorre, Agustina Santullo y Tejo.

A Lauxa por su constante apoyo y largas conversaciones.

A Joan Trujols por su complicidad, apoyo y gentileza.

A Oriol Romaní, maestro y “culpable” de este *viaje/tesis*.

A mis maestros...Eduardo Núñez, Iban de Rementería y tantos otros.

A mi amigo Gabriel Medina por el diálogo permanente.

A mis compañeros de Grup Igia.

A mis colegas de Energy Control.

A todos y todas que han participado y colaborado en mi trabajo.

A los que han partido.

A los fantasmas de mi escritura.

A todos los fisterrans que me brindaron su cariño.

Al fin de la tierra por ese mar embravecido.





# INDICE

	Pg.
<b>INTRODUCCIÓN</b>	8
<b>PARTE PRIMERA: FARMACOTOPIAS Y MODERNIDAD</b>	
<b>I. LAS DROGAS EN LA FORMACIÓN DEL MUNDO MODERNO: PALIMPSESTO Y ESCENA INAUGURAL</b>	<b>32</b>
1.- LA METÁFORA DE LA ESCENA INAUGURAL	32
2.- LA DEGRADACIÓN DEL RELATO	47
3.- LA DESAPARICIÓN SIMULADA DEL RELATO	54
4.- VICIO Y RACIALIZACIÓN	56
5.- LA ESCENA INAUGURAL COMO CONTRAVERSIÓN	68
<b>II.- EL PROBLEMA DROGAS Y SU OBJETIVACION EN LA ESPAÑA CONSTITUCIONAL</b>	<b>77</b>
1.- DEL PROBLEMA A LA PROBLEMATIZACIÓN	77
2.- CONTROVERSIAS EPISTÉMICAS: PERSPECTIVA ACEPTADA Y ARGUCIAS DEL PODER	83
2.1.- La Hibridez Controversial: Alianzas Narrativas Y Poder	85
2.2.- La Caja Negra Como Tecnología De Gobierno	94
<i>A.- Límites onto-epistémicos: deslizamiento y asimetría del conocimiento</i>	
<i>B.- Funcionalismo Residual y Epistemología Neorrealistas:</i>	
<i>Linealidad y Exterioridad</i>	
3.- PRÁCTICAS DIVISORIAS Y PROGRAMACIÓN	110
3.1.- Plataforma De Observación y Equipamiento Tecno-Semiótico.	144
3.2.- Subjetividades Marcadas Y No Marcadas	123
<i>A.- El consumo de alcohol como especificidad direccional:</i>	
<i>metáforas y residuos de normatización.</i>	
<i>B.- Las drogas ilegales como especificidad direccional: heterotopías prudenciales.</i>	
4.- EL YONQUI COMO TRABAJO EN NEGATIVO: LOCURA Y CRIMINALIDAD	134
5.- LA INSTITUCIONALIZACIÓN DEL PROBLEMA: EL RASTRO DE UNA EPIDEMIA	158
<b>III.- EL PROBLEMA DROGAS COMO CONSTRUCCIÓN SOCIAL</b>	<b>179</b>
1.- DESCAJENEGRIZAR EL PROBLEMA DROGAS	179
2.- LOS MODELOS DE DROGAS Y SU DIAGRAMA DE PODER: CONTINUIDADES Y RUPTURAS	187
3.- LA EMERGENCIA DEL MODELO SOCIOCULTURAL: ¿RUPTURA O CONTINUIDAD?	101
4.- REPENSANDO LAS RUPTURAS Y LAS DISCONTINUIDADES:	202
MÁS ALLÁ DE LA HIPÓTESIS REPRESIVA DEL PODER	

5.- LA EMERGENCIA DEL CONTEXTO EN LA PROBLEMATIZACIÓN DE LAS DROGAS	225
5.1.- <i>La Tríada “Drogas, Sujetos Y Contexto”: Diagramas Y Traducciones</i>	228
A.- <i>Metáfora culturalista</i>	
B.- <i>Metáfora Psicologista</i>	
C.- <i>Metáfora Biologista</i>	
6.- EL CONTEXTO COMO DISPOSITIVO POLÍTICO	243

## **PARTE SEGUNDA: EL RIESGO COMO DISPOSITIVO DE GOBIERNO**

<b>I.- DE LA CUESTION DEL RIESGO AL RIESGO EN CUESTION: RIESGO Y GUBERNAMENTALIDAD</b>	250
1.- LAS SIGNIFICACIONES DEL RIESGO: UBICUIDAD Y GOBIERNO	250
2.- LA GESTIÓN DEL RIESGO: NUEVAS RACIONALIDADES...NUEVAS TECNOLOGÍAS	256
2.1.- <i>Las Políticas Del Miedo</i>	259
2.2.- <i>El Gobierno A Distancia</i>	261
2.3.- <i>La Gestión Individual De Los Riesgos</i>	264
3.- EL “HOMO PRUDENS” Y LA MINIMIZACIÓN DE RIESGOS	269
<b>II.- EL DISCURSO DE RIESGO EN EL CAMPO DE LA SALUD: APUNTES PARA UNA GENEALOGIA</b>	284
1.- EL GOBIERNO DE LA SALUD/ENFERMEDAD: EPIDEMIOLOGIA DEL RIESGO	285
2.- EL CONCEPTO EPIDEMIOLOGICO DEL RIESGO	288
2.1.- <i>Primer Periodo: El Riesgo Como Amenaza Y Peligro</i>	288
2.2.- <i>Segundo Periodo: La Exposición</i>	288
2.3.- <i>Tercer Periodo: La Probabilidad</i>	289
A.- <i>1ª Filiación: American Journal of Hygiene como técnica inscripción</i>	
B.- <i>2ª Filiación: la Escuela de Higiene y Salud Pública como centro de cálculo e información</i>	
C.- <i>3ª Filiación: el modelo médico hegemónico</i>	
3.- EL MODEO DE LOS FACTORES DE RIESGO: “RISK APPROACH”	299
4.- CONTROVERSIAS RESIDUALES: <i>RISK ASSESSMENT</i>	309
<b>III.- EL DISCURSO DEL RIESGO EN CAMPO DE LAS DROGAS</b>	316
1.- DE RIESGOS, JÓVENES Y DROGAS: VIOLENCIA SIMBÓLICA	316
2.- CIENCIA DE LA PREVENCIÓN: VIOLENCIA EPISTÉMICA	323
3.- LAS LUCHAS POR LA SIGNIFICACIÓN DEL RIESGO Y EL SENTIDO DE LAS PRÁCTICAS	325

## **PARTE TERCERA: LOS DISURSOS SOBRE EL RIESGO: SUJECCIÓN Y AGENCIAMIENTO**

<b>I.- EL DISCURSO SOBRE LAS DROGAS Y SUS EFECTOS NORMATIVOS: ORDEN Y DISRUPCION</b>	335
1.- POSICIONAMIENTOS DICURSIVOS: LEY Y NORMATIVIDAD	335
2.- LOS CONVERSOS: NARRATIVAS RESIDUALES	341
3.- LOS PERVERSOS: EL RESIDUO DEL ANVERSO	354

3.1.- El Menú Como Metáfora Del Consumo Programado	357
3.2.- La Ilusión Del Sujeto Soberano	361
3.3.- Los Usos Instrumentales: La Eficacia De Ley	368
4.- LOS SUBVERSOS: EL DE INTERROGAR LA PREGUNTA	373
4.1.- Narrativas Desdramatizadas Del Riesgo/Peligro	374
 <b>II. CARTOGRAFIA DEL CONSUMO: CONTROL DE SÍ Y SUBJETIVACION</b>	 385
1.- LA CARTOGRAFÍA	385
2.- REGULACIÓN Y CONTROL DE SÍ: PELIGROSIDAD Y DAÑO.	393
 <b>III.- EL RIESGO COMO DISPOSITIVO: DE LA SUJECCIÓN A LA AGENCIA</b>	 406
1.- DESLINDAR EL RIESGO	406
2.- DISPOSITIVOS SEMIÓTICOS DEL RIESGO	409
2.1.- El Anuncio Como Metáfora Del Control Social	412
2.2.- Información Y Neguentropía	415
2.3.- La Aceptación	423
2.4.- La “Divergencia”: ¿Aplazamiento?	432
3.- LA LEY DEL TODO O NADA: EL AGUANTE COMO IDEOLOGÍA.	435
 <b>PARTE ÚLTIMA</b>	
<b>CONCLUSIONES NO CONCLUYENTES</b>	448
<b>BIOBLOGRAFIA</b>	458
<b>ANEXOS</b>	476

## INTRODUCCIÓN

*“¿Cuántas vidas vivimos? ¿Cuántas veces morimos?  
Dicen que todos perdemos 21 gramos en el  
momento exacto en que morimos. Todos. ¿Y cuánto  
cabe en 21 gramos? ¿Cuánto se pierde? ¿Cuánto  
perdemos en 21 gramos?...21 gramos...El peso de 5  
monedas de 5 centavos. El peso de un colibrí...”*

### I. MUERTES NO LLORADAS

La semana del 20 de mayo de 2002, prácticamente todos los medios de comunicación del país hicieron eco de la trágica noticia: *Un joven de 19 años fallece por una sobredosis en un macrofestival techno*<sup>1</sup>. La noche del viernes 17 de mayo, en el Palau Sant Jordi de Barcelona, se había llevado a cabo una nueva versión del espectáculo de música tecnodisco (o macro fiesta) *Megaaplec Dance* organizado por la emisora Flaix FM.

Tras sortear estrictas medidas de *vigilancia*, más de quince mil jóvenes habían disfrutado de la esperada fiesta. Probablemente, el fantasma de la fatídica madrugada del 3 marzo del mismo año en la que murieron dos jóvenes (Iván García, de 19 años, y José Joaquín Barragán, de 20 años) *por consumo de éxtasis*<sup>2</sup> en una fiesta de similares características celebrada en Málaga, llevó a los organizadores a extremar las medidas de control y vigilancia: al ingresar los asistentes tenían que pasar por un triple cordón de seguridad, en los cuales, además de los exhaustivos cacheos realizados por el personal de seguridad, se disponía de cinco arcos detectores de metales. Al interior del

---

<sup>1</sup> Fuente: La vanguardia del 21 de mayo de 2002

<sup>2</sup> Fuente: laopiniondemalaga.es del 02 de junio de 2010

recinto, tanto en los pasillos como en los lavabos, se contaba con personal de vigilancia. Además, tal como lo exige la normativa en este tipo de eventos, se disponía también de una unidad móvil con personal sanitario. Sin embargo, pese a todos los esfuerzos, una vez más la formula securitaria “*más vigilancia = menos riesgos*” rosaba la quimera. En efecto, en la madrugada del sábado, el joven andorrano Josep Boquera era trasladado de urgencia al hospital Clinic. Nada se pudo hacer: antes de ingresar, había muerto.

Durante el fin de semana un halo de incertidumbre se extendió en torno al fallecimiento del joven Boquera; la causa de su muerte no se divulgó de manera oficial hasta unos días más tarde. Sin embargo, extraoficialmente se sabía que el nivel de la sobredosis que provocó su muerte era muy elevado: “*se habían hallado en el cadáver restos enteros de pastillas estupefacientes*”.

Aquella trágica madrugada yo había estado en el lugar de los hechos. Se puede decir incluso que -hasta cierto punto- había formado parte del dispositivo securitario. En efecto, por aquel entonces era miembro activo de Energy Control (en adelante EC): Un colectivo de personas que, independientemente de sus consumos, estaban preocupados por el uso de drogas en los espacios de fiesta de los jóvenes. Como en otras ocasiones, habíamos dispuesto de un pequeño espacio donde poder contactar con las personas que requirieran de nuestros servicios: Información y educación para la reducción de riesgos relacionados con los consumo de drogas. Había pasado poco más de un año de mi llegada a Barcelona, aún así, de la mano de EC, había tenido la oportunidad de conocer en profundidad los entornos festivos. De ahí que puedo decir que nunca me había encontrado con un dispositivo de vigilancia como el desplegado aquella noche.

Recuerdo que estábamos discutiendo sobre la eventual efectividad del dispositivo securitario, cuando de pronto alguien dijo – como si se tratase de un mal presagio- “*con tanta vigilancia, lo más probable es que antes de dejarle las pastillas a los seguratas, los chavales prefieran antes tomárselas*”.

En la tarde del sábado de ese mismo fin de semana, me encontré con algunos miembros del equipo de reducción de daños que intervenía en Can Tunis. Poblado barcelonés ampliamente conocido por cobijar una de las escenas abiertas de venta y consumo (principalmente heroína y/o cocaína inyectada) más pauperizada de aquel momento. Apenas había empezado a contarles lo sucedido en la madrugada del día viernes en el Palau Sant Jordi, cuando Enrique, uno de los enfermeros del equipo de Can Tunis, con un tono parsimoniosamente triste, comenzó a relatarme su particular y reciente encuentro con la muerte; esa misma mañana habían encontrado el cuerpo sin vida de un joven usuario muy conocido en el barrio. El relato de Enrique era tan desolador, que por un momento llegue a pensar que mi propia narración sobre el caso Boquera, en la medida en que se situaba en un contexto festivo, de jóvenes “integrados”, hasta cierto punto resultaba un tanto glamurosa.

*“El mismo día en que murió, por la noche, un chico en la fiesta Flaix-FM en el Palau Sant Jordi, que tanto revuelo mediático (e incluso político local) generó... me tocó asistir a la única persona que ‘se nos murió’ por sobredosis en Can Tunis; quiero decir, que estaba ya muerto cuando llegamos, y nos fue imposible de reanimar. Fue el único: a todas las personas a quienes asistimos con nuestro equipo de reanimación, habíamos conseguido recuperarlas por un medio u otro, menos a él. El caso fue, según recuerdo, poco más o menos como sigue...”*

*Era hacia mediodía, cuando llegó a toda velocidad en su coche un chico que pidió que viniéramos alguien del equipo con él a atender a alguien que estaba ‘de sobredosis’. En un primer momento, hicimos lo habitual, que fue empezar a salir dos personas –mi compañera Rosi y yo– con intención de llegar a pie al lugar que nos señalara, con el maletín de reanimación; pero él nos dijo que quedaba lejos, y que nos acercaría con el coche. En un primer momento, pensamos que por ‘lejos’ querría decir algún punto cercano al Passeig de Zona Franca, o a Mare de Deu de Port... En realidad, a los diez minutos de conducción más o menos temeraria, este chico nos llevó a un lugar resguardado entre pinos, a unos cien metros de una puerta auxiliar del Cementerio de Montjuïc en la zona de Sot del Migdia: es decir, al otro lado de la montaña.*

*Nos encontramos con un utilitario rojo entre los pinos; por el cristal de la puerta derecha delantera se veía a alguien derrumbado. Al acceder al interior del vehículo, había un hombre por encima de los cuarenta años, grandote, musculoso y algo fondón... completamente amoratado, sin respiración ni pulso detectable. Alguien muy grande para un coche más bien pequeño, y como la reanimación en ese cubículo iba a ser complicada, nos las arreglamos entre los tres para sacarlo de allí y estirarlo sobre el suelo e iniciar las maniobras de reanimación.*

*Iniciamos, Rosi y yo, los masajes cardíacos y la insuflación pulmonar que marcan los estándares; sin descuidar, claro está, la inyección de las pertinentes dosis de naloxona, tras identificar claramente los signos de intoxicación por opiáceos. Estas maniobras se alargaron durante al menos tres cuartos de hora, mientras el chico que nos había traído intentaba con nuestro móvil proporcionar nuestra situación exacta a los teléfonos de Protección Civil, 061, Guàrdia Urbana e incluso Policía Nacional; ese fue el tiempo que tardaron las dotaciones de Urbana y 061 en localizarnos, por lo recóndito del lugar.*

*Cuando llegaron, nuestras maniobras de reanimación no habían servido de nada: muerto estaba, y nosotros no conseguimos reanimarlo. Ellos lo intentaron un tiempo más, y al poco sólo pudieron certificar la defunción por medios técnicos más avanzados, y validada por un médico. A partir de ese momento, lo único que quedó por hacer fue esperar al levantamiento del cadáver por un equipo forense. Registrando el coche, donde apenas había documentación (el finado sólo llevaba carné de conducir y algún correo bancario y laboral), conseguimos saber que se trataba de Josep M., cuarentaytantos años, vecino de un barrio de Muntanya de Barcelona y secretario de una entidad cultural popular. Seguramente se trataba de alguien que llevaba mucho tiempo sin consumir heroína, y este hecho, con la pérdida de tolerancia aparejada, había sido el factor clave en su muerte por sobredosis, junto con el de esconderse de sus círculos de relación y lugares habituales para consumir droga, por alguna*



*coyuntura personal suya de la que ya nunca sabremos nada...” (Enrike Ilundain, ex- enfermero del programa Can Tunis)*

El tenso silencio de los primeros días fue sucedido por una agitada cobertura informativa. En efecto, prácticamente todos los medios de comunicación se harían eco del trágico suceso: *Éxtasis mortal en Barcelona*<sup>3</sup>. Pero éstos no solo reconstruían los hechos que rodearon la muerte del joven Boquera, sino que además ofrecían una edificante semblanza de este último, como si con ello, al tiempo que ahondaban en la sensación de una muerte injusta, de paso la conjuraban.

*“El joven trabajaba en el bar restaurante regentado por sus padres en pleno centro de Andorra la Vella...La víctima había dejado los estudios tras finalizar la etapa de secundaria y era conocido por sus inquietudes artísticas. Además, colaboraba en un semanario gratuito que se reparte en el principado y era aficionado al dibujo, la pintura y la música. Sus temas preferidos, a la hora de escribir, eran los conflictos sociales, la ecología y problemáticas de la juventud” (La Vanguardia; 21/05/2002)*

Con el paso de los días fue tramándose una suerte de *obituario tachado* donde la hiper visualización mediática de la muerte del joven Baquero, contrastaba con el silencio radical que envolvía las muertes de Can Tunis y La Mina.

*“Unos días después, supimos que también había aparecido muerta otra persona, ese mismo día o al siguiente, en los alrededores del barrio de La Mina, por sobredosis. Al igual que Josep M., su muerte no apareció en los medios ni fue objeto de más investigación. A todos los que trabajábamos en el equipo de Can Tunis nos impactó la atención mediática hacia el chico que murió en el Palau Sant Jordi, por comparación con las otras dos personas que supimos habían muerto por sobredosis de drogas en las mismas fechas. Nos hizo reconocer, una vez más, la injusticia... y no sólo de la atención mediática. El*

<sup>3</sup>

LA VANGUARDIA 20/05/2002

*suceso de la fiesta Flaix-FM se investigó, buscando causas y agentes externos a la víctima, mientras que, en los otros dos casos, se asumió directamente que la víctima de la sobredosis fue causante directa de su propia muerte. Sin añadir más, hoy, nueve años después, sigo pensando que hay materia de reflexión suficiente... para quien quiera molestarse en hacerlo” (Enrike Ilundain, ex-enfermero del programa Can Tunis)*

Expropiadas éstas últimas de su posibilidad de representación, sus vidas serían también secuestradas. Y es que en ausencia de mediación, no solo las muertes de Can Tunis y de La Mina eran invisibilizadas, sino también sus vidas tachadas, borradas. Y si por regla general, sólo la degradación moral, la degradación física y la muerte del toxicómano, merecen la atención pública, en tanto que confirman su destino fatal prácticamente programado, pues entonces ¿Cómo explicar esta práctica divisoria mediante la cual se hacía la diferencia entre una *víctima inocente* y *unas víctimas a secas*? ¿En qué condiciones la muerte a secas es expropiada de su posibilidad de representación? Lo cierto es que solo años más tarde, a través de la lectura de “*Marcos de guerra. Las vidas lloradas*” de Judith Butler (2010), pude comprender que una vida concreta no puede aprehenderse como dañada o perdida si antes no es aprehendida como viva. Más aún, “Si ciertas vidas no se califican como vidas o, desde el principio, no son concebibles como vidas dentro de ciertos marcos epistemológicos, tales vidas nunca se consideran vividas ni perdidas en el sentido pleno de ambas palabras (Butler, 2010: 13).

## II. TERCER MUNDO

A decir verdad, no era la primera vez que me enfrentaba a la cuestión de la violencia epistémica en el campo de las drogas. En efecto, ya a mediados de los 90, mi trabajo investigativo sobre Pasta Base de Cocaína (en adelante PBC), me había llevado a

indagar en el habla cotidiana de los jóvenes urbano-populares consumidores de PBC, atendiendo –principalmente– a los significados, valores y sentidos que estos expresaban respecto a sus prácticas de consumos.

A medida que avanzaba en esa dirección, pude comprender que el habla de los jóvenes consumidores de PBC, particularmente aquella que refería a sus experiencias de consumo, delineaba una zona silenciosa de difícil acceso. Efectivamente, bajo la condición de "enganchados" ("angustiados", en su propios términos), los jóvenes consumidores de PBC parecían acentuar más la dimensión pulsional que discursiva. Todo indicaba que *la angustia*, tal como los jóvenes nombraban su experiencia de consumo, en sí misma no hablaba, era más bien silenciosa aunque también compulsiva ("el cuerpo la pide"). Ésta penetraba el cuerpo y la biografía, sacando a los sujetos de los espacios sociales más integrados para recluirllos en espacios mínimos donde predominaba el silencio. Espacios mínimos donde el acceso al lenguaje verbal era brutalmente difícil.

Sin embargo, tan pronto pude desactivar ciertas categorías "Psi" y "biomédicas" que de forma residual seguían operando en mi marco epistémico, pude comprender que el silencio tenía un carácter histórico antes que biológico. Ciertamente, la PBC (la pasta) no naturalizaba al individuo en una zona muda, en tanto no se vivía por "primera vez" en ella. No existía como experiencia "natural", en tanto no se vivía en "naturaleza pura", sino en y desde la cultura. Era la cultura la que mediatizaba la experiencia y significación de la pasta (PBC). Esta "carga", impronta, de la cultura e institucionalidad constreñía al consumidor, empujándole a vivirse más desde el silencio que desde un habla propia, la que para existir, debía confrontarse o disputar la significación del consumo en relación a la sociedad y a sus instituciones de poder y control, que a su vez arrebatan, obstruían y sancionaban su posibilidad.

Comprendí también que el habla restringida de los consumidores de PBC (de los "enganchados", es decir, que no pueden dejar de consumirla) tendía a ser interceptada (colonizada) por el "discurso sobre las drogas", subordinándola a un discurso institucional y moral que invalidaba y condenaba cualquier gesto autoafirmativo referida a su prácticas. Bajo esta situación, estos jóvenes se situaban en una condición

de demanda permanente de "ayuda" (externa) que le permitiera salir de la "droga". De tal modo, que para el enganchado en situación crítica, la droga personificaba un "mal", un "otro", que no solo había invadido su cuerpo, sino que también se había apropiado de éste. En ese horizonte, su "sí mismo" era representado como despojado de voluntad, de responsabilidad, en tanto había quedado subordinado a los arbitrios de ese "otro". En consecuencia, el sujeto reclamaba la atención de la medicina, de la institucionalidad (demanda ofertada), poniendo su cuerpo, su psiquismo a disposición de *otros*. Así entonces, su redención podría darse sólo a partir de cierto canon normativo, el mismo que lo sancionaba y excomulgaba. Sólo podría escapar a su demonización como mal social, si lograba ser exorcizado (rehabilitado) y así devuelto (integrado), a la comunidad (sociedad).

Es éste el juego perverso del control social, en el que la experiencia radical del consumo de PBC (impuesta territorialmente por el mercado informal de la droga), iba destruyendo y desintegrando sujetos y comunidades locales. De este modo, el toxicómano, vivía el lugar que se le había asignado, como si se tratase de un receptáculo de los deshechos y los restos que la sociedad se negaba a reconocer, y que bajo ciertos marcos epistemológicos resultaba imposible aprehender: el espacio de la exclusión, la marginación, de precarización de la vida.

En cierto modo, la marginalización del toxicómano y su identidad asignada, obligaban a rebasar los conceptos convencionales de sujeto y de identidad. En cierto modo también, constituía un ámbito de experiencia que, visto desde dentro, se negaba ambiguamente a la rotulación. Ambiguamente pues, en tanto práctica muda, negaba en los hechos una identidad; estaba destinada siempre a nombrarse mediante un discurso prestado y construido por otros. Se guarda distancia, pero también aceptación, respecto de los deseos del control social; deseos que éste manifiesta de su redención como ciudadano normalizado, reintegrado a la comunidad. Sin embargo, persiste el silencio sobre el área muda, vale decir, sobre esa vivencia íntima que está más allá del estigma y del cartel policíaco, que designaba *al pastero* (consumidor de PBC) como peligro público. Pero el ser toxicómano, implicaba también asumirse como identidad del margen, vale decir, como identidad social marcada por la referencia del

otro que lo define desde la norma y la convención. Así, el discurso del control social sobre la droga constreñía sujetos e imponía contextos de significados que, como camisas de fuerza, rotulaban fuertemente la identidad toxicómana, como identidad de y en el margen: En definitiva, una subjetividad lumpen.

La experiencia investigativa en torno a la pasta base de cocaína, me llevó a cuestionarme, a poner en cuestión, y hasta cierto punto, declinar aquellas definiciones edificantes de las drogas. En efecto, heredera de cierta antropología filosófica, de cierto género literario (ej. confesiones), y de ciertos discursos contraculturales, desde su costado edificante, la droga sería entendida (definida) *como una sustancia capaz de ensanchar el campo de la conciencia y de colocar al usuario al mismo nivel de “otra realidad”* (Reynaud, 1988 En Vigarello, 2004). Sin embargo, tal definición edificante, operaría, o mejor dicho, sería extensible sólo para quienes tienen el permiso de narrar (de narrar al otro, de ser narrados o de narrarse así mismos). En efecto, la violencia epistémica consiste en la alteración, negación y en casos extremos, la extinción de los significados de la vida cotidiana, jurídica y simbólica de individuos y grupos. O dicho de otro modo, consiste en la alteración de una experiencia o ausencia de mediación, que tendrá como consecuencia el silencio. Pues entonces, la violencia epistémica es una forma de invisibilizar al otro, expropiándolo de su posibilidad de representación. Violencia que se relaciona también con la enmienda, la edición, el borrón y el anulamiento de los sistemas de simbolización, subjetivación y representación que el otro tiene de sí mismo, como de las formas concretas de representación, registro y memoria de su experiencia. Pues entonces “¿quién tiene permiso de narrar? (Belasteguigoitia et al., 2006).

El cuestionamiento a las versiones edificantes, lejos de significar una aceptación de las definiciones canónicas de las drogas adscritas a los discursos cientificistas, por cierto, hegemónicos en este campo, me llevaría a hacer de éstas un objeto de mi crítica. En efecto, definiciones como la ofrecida por la Organización Mundial de la Salud (OMS) en la cual se señala que “droga” *es toda sustancia que, introducida en el organismo por cualquier vía de administración, produce una **alteración** de algún modo, **del natural funcionamiento** del sistema nervioso central del individuo y es, además, susceptible de*

*crear dependencia, ya sea psicológica, física o ambas*, son tanto epistémica y ontológicamente cuestionables.

En términos epistémicos, definiciones como la ofrecida por la OMS (*alteración...del natural funcionamiento del organismo*), trasuntan una concepción representacionista del conocimiento, desde la cual, este último, es entendido como una proyección, una suerte de espejo de la realidad, un reflejo o representación de la misma. Así, gracias a esta correspondencia entre conocimiento y realidad, sería posible conocer el grado de verdad de lo que creemos conocer, mediante su contraste con ese referente inapelable constituido por el “tribunal de los hechos”. Dicho de otro modo, el conocimiento será entendido como la constatación de lo que está en la realidad, y la verdad, como algo que debe ser desvelada. Ahora bien, si la validez del conocimiento depende del grado de adecuación a la realidad, resulta necesario disponer de una estrategia que garantice el acceso a la realidad *tal como es*. Estrategia que el método científico viene a proporcionar, en tanto este es entendido como un conjunto de reglas de procedimiento que permiten limpiar los conocimientos de toda traza dejada en ellos tanto por las peculiaridades del agente productor de estos conocimientos como por las condiciones en las que éstos se han sido producidos como por los instrumentos que han sido utilizados para ello (Ibáñez, 1996). Bajo estas premisas, la producción de conocimiento (objetivo) deviene en un proceso sin sujeto, ahistórico y asocial, producido *desde ningún lugar*. Desde esta perspectiva, el sujeto investigador y el objeto investigado serían realidades independientes que solo entran en contacto en determinados momentos y en determinados campos de saber: en definitiva, una concepción dicotómica del acto cognoscitivo.

La investigación científica epistemológicamente adscrita a una concepción positivista del conocimiento, pretende encontrar su fundamento en el hecho de ser un proceso sin sujeto. Sin embargo, paradójicamente, en lugar de una visión no obstaculizada, lo que finalmente consigue es una *no visión* (Gómez, 2007). En efecto, la exigencia de producir conocimientos que no tengan en cuenta los determinantes socio-históricos del propio conocimiento y de los objetos analizados, provocará que las propias investigaciones, no sean más que, un despliegue de técnicas que se confirman una a

otras, articulándose como la arquitectura imaginaria de una práctica virtual. El carácter ahistórico, y por ello, absoluto de la razón científica la convierten en la más potente retórica de la verdad de nuestro tiempo. Razón por la cual, los efectos de un discurso considerado científico consiste en que sus verdades van a ser prácticamente inatacables, incontestables y hegemónicas, provocando un efecto de sumisión, sin tener que recurrir -necesariamente- a la fuerza. Sin embargo, al mismo tiempo niega este enlace entre verdad y sometimiento, en tanto el poder obliga y la verdad se aceptada. Dispositivo autoritario, en tanto a este tipo de conocimiento, entendido como constatación de aquello que está en la realidad, se le concede un poder de sometimiento inmanente: de tal modo que dudar del conocimiento científico sería tan absurdo como dudar de la propia realidad (Gómez, 2007).

Ahora bien, el tipo de relación del investigador positivista con el conocimiento que produce, niega de forma expresa, cualquier relación entre verdad y poder: por un lado, el investigador no se percibirá como siendo responsable del conocimiento que produce, en tanto éste sólo se limitaría a reflejar la realidad. Por otro lado, al presuponer su actividad científica *objetividad y neutralidad*, el investigador no se verá obligado a explicitar su posición, como tampoco a tomar partido. Doble situación, a través de cual se delinea una suerte de geografía de dominación inadvertida.

Por otra parte, en términos ontológicos, las definiciones “cientificistas”, tan asépticas como universalistas, reivindican una descripción de las estructuras fundamentales del ser, ajenas (distinta y distante) a toda organización social y política. Sin embargo, términos como *alteración, natural funcionamiento o dependencia*, ninguno de estos, existen por fuera de su organización e interpretación política. Así por ejemplo, el “ser” del cuerpo al que refieren este tipo de definiciones, lejos de poseer un funcionamiento natural, es un ser que siempre está entregado a otros: a normas, a organizaciones sociales y políticas que se han desarrollado históricamente con el fin de maximizar la precariedad para unos y de minimizarla para otros. En efecto, no es posible definir primero la ontología del cuerpo (del organismo) y referirnos después a sus significaciones sociales (alteración, adicción). Ser un cuerpo, implica estar expuesto al modelado social, lo cual significa que su ontología es siempre una ontología social.

### III. CUARTO MUNDO

Para aquel entonces, en el año en que se produjeron las muertes por sobredosis, había comenzado a trabajar en GRUP IGIA: Una asociación de ámbito estatal, cuyo objetivo principal era generar, desde un contexto asociativo de carácter interdisciplinar, espacios de encuentro e instrumentos para la reflexión y el debate en torno a los diversos aspectos relacionados con el fenómeno de las drogodependencias. Al alero de dicha institución, no solo fue me posible retomar mi práctica investigativa en el campo de las drogas, sino que también me permitió conocer empíricamente los distintos escenarios de consumo en España con sus respectivos dispositivos de control. En ese marco, gracias al cruce y articulación de los distintos ámbitos de trabajo en los cuales me desempeñe en esta institución, desde el activismo, la formación, intervención, cooperación hasta la investigación, el proceso de inmersión no solo vio potenciado, sino que también -a mi juicio-, resulto ser tan productivo como satisfactorio, por cuanto me permitió desarrollar una perspectiva situada de las drogas.

Tras una década de trabajo ininterrumpido, fue tomando forma una línea investigativa, la cual, desde una mirada en retrospectiva, puede ser representada esquemáticamente como una línea de doble hebra; por un lado, una primera hebra que a la que vamos a llamar *exclusión y daño*. Una segunda a la que vamos a llamar *integración y riesgo*.

En cuanto a la primera (exclusión y daño), el foco de nuestro trabajo investigativo se articuló en torno “al problema de la heroína”, o dicho de otro modo, en torno a las prácticas y discurso sobre y desde la heroína (Ibáñez, 1993). A raíz de ello pude conocer “de primera mano” los contextos materiales y simbólicos en los cuales transcurría la vida de los usuarios de heroína. Debo decir que la experiencia investigativa en torno a la heroína, me retrotrajo fuertemente a la experiencia de la Pasta Base de Cocaína. En un primer momento, las fuertes similitudes halladas entre ambas experiencia, surgieron a raíz de la comparativa de las condiciones materiales en la que transcurrían sus vidas, y más específicamente, sus prácticas de consumo. En



efecto, en ambos casos, el deterioro, la pauperización y la precariedad serían sus constantes estructurales. La semejanza entre ambas “realidades” hizo que volviera a pensar en mi propio viaje, a imaginar una nueva escritura de su itinerario, en el cual se indicaba ahora como lugar destino *el cuarto mundo*. En definitiva, un viaje a las llamadas *toxicomanías de la miseria*. Ahora bien, ¿hasta qué punto las constantes contextuales antes señaladas significan que nos encontramos ante un hecho estructural inherente a las sociedades capitalistas? O dicho de otro modo ¿hasta qué punto las *toxicomanías de la miseria* constituyen un hecho social cuya estructuración y funcionamiento las ciencias sociales han logrado develar? Y por último ¿hasta qué punto la pobreza, la marginalidad o la exclusión social explicarían la emergencia de las toxicomanías de la miseria? Antes de abordar estas interrogantes, será necesario referirme brevemente a una segunda línea de semejanzas, ahora referidas al plano simbólico, específicamente, aquellas que refieren a las proximidades observadas a nivel de los discursos sobre y de las drogas, y más específicamente, aquellas asociadas a las “*toxicomanías de la miseria*”.

En un segundo momento la similitud entre ambas experiencias, nos remitirán al plano de lo discursivo. En efecto, la significación de la experiencia del consumo de PBC, así como su problematización, resultaban tan próximas, tan similares a generadas a propósito de la heroína, que me atrevería a decir que prácticamente sino todas, la gran mayoría de las afirmaciones y señalamientos hechos en el caso de la PBC son extrapolables, extensibles al caso de la heroína, y no así en forma inversa. En cuanto a lo primero, el silencio, la soledad, el estigma, la precariedad, la sensación del margen, del estar afuera y del estar fuera, el vicio, la enfermedad, la demanda de ayuda, el ser órganos sin cuerpo o un híper cuerpo, caracteriza ambos discursos. En cuanto a lo segundo, en el caso de la heroína, sus prácticas discursivas referidas al consumo y daños asociados, principalmente relacionados con el VIH/SIDA y otras enfermedades, grabarían con un plus de muerte sus discursos, cuestión que no se haría presente con tanta rotundidad en el caso de PBC.

Ahora bien, es posible pensar que ambas constantes -estructurales y discursivas- son “realidades empíricas” que como tales, no solo validan el referente al que la noción (etiqueta) *toxicomanías de la miseria* se refiere, sino que también, al mismo tiempo lo

instituyen. Lo primero, en tanto que pueden ser observadas y constatadas empíricamente en aquellos casos cuya referencia sean las “toxicomanías de la miseria”. Lo segundo, en tanto ambas son lineal y jerárquicamente determinantes de la emergencia y mantenimiento de este tipo de toxicomanías. Linealidad jerárquica que puede ser representada al menos de dos formas: a) De la estructura al sujeto, entendiendo este como sujeto/discurso b) Del sujeto a la estructura, entendiendo esto último como contextos de pobreza y exclusión social.

Por cierto, he de confesar que durante un periodo significativo de tiempo estuve inmerso en este tipo de cuestionamientos, oscilando de extremo a extremo, pero no encontrando una respuesta satisfactoria. No fue hasta que logré introducir un cambio profundo en mi marco epistémico, cuando pude visibilizar otras posibilidades de abordar y aprehender estas tensiones, más allá de las dicotomías propuesta. Este giro epistémico, significaría al menos dos desplazamientos. Por un lado, transitar de una concepción representacionista y soberana del sujeto hacia una convencionalista y descentrada del sujeto. Por otro lado, transitar de una teoría jerárquica y represiva del poder, hacia una concepción heterarquica y productiva de este.

A raíz del giro epistémico y los desplazamientos señalados, llegué a la convicción de que las constantes materiales y simbólicas observadas en uno y otro caso, podían ser leídas, codificadas y re-codificadas desde diferentes ángulos o vertientes teóricas. Así por ejemplo, desde el estructural funcionalismo, en cualquiera de sus versiones, codificaría las constantes de forma jerárquica (Estructura/Sujeto) lo cual permitiría afirmar que las “toxicomanías de la miseria” serían un hecho social estructuralmente determinado (exclusión), siendo su discurso una proyección de esa determinación. O que contrariamente, leídas desde una perspectiva fenomenológica, la jerarquía sería invertida, siendo las prácticas y discursos (habla) a nivel micro social, a nivel de la experiencia, de la sociabilidad, las los principales determinantes de aquello llamado toxicomanía de la miseria.

Esto que puede parecer una obviedad para aquellos que se encuentren próximos a campos de conocimiento en los cuales el pensamiento crítico ocupa un lugar destacado, en el campo específico de las drogas, no parece serlo. De hecho el campo

de las drogas, al menos en el caso de Hispanoamérica, desde mi punto de vista, es fuertemente empirista y francamente a-teórico. De hecho, el debate a nivel teórico, cuando lo hay, es para referirse a los deslindes entre paradigmas y sus respectivos posicionamientos. En este contexto, donde la cuestión teórica ha sido francamente excluida del proceso de problematización, difícilmente podríamos esperar que la cuestión del conocimiento sea objeto de análisis. O dicho de otro modo, en tanto el conocimiento es considerado como parte del problema, devine en objeto de análisis.

A decir verdad, la interrogante por el lugar del conocimiento en el campo de las drogas, y en particular en el proceso su problematización ha sido una cuestión clave en mi trabajo, cuestión que más tarde retomaré en mi trabajo de tesis, tal como podrán ver en los capítulos donde abordo los procesos de objetivación y subjetivación.

Pese a esa gran mayoría que resolvía las tensiones sujeto-estructura, adscribiéndose a uno u otro polo, existieron algunos que se resistieron a la mera adscripción, optando por complejizar las cosas. Ejemplo de ello será los distintos esfuerzos por parte de algunos estudiosos del tema, por redefinir el objeto, más allá de las adscripciones dicotomías naturaleza/cultura: Al respecto la siguiente definición de droga en un buen ejemplo de esto último: *sustancias químicas, que se incorporan al organismo humano, con capacidad para modificar varias funciones de éste (percepción, conducta, motricidad, etc.), pero cuyos efectos, consecuencias y funciones están condicionados, sobre todo, por la definiciones sociales, económicas y culturales que generan los conjuntos sociales que las utilizan* (Romaní, 2004). Aún así, como pueden observar se omite toda referencia al conocimiento como agente o actor implicado en el proceso definitorio. Y es que en este punto, desplazamientos como antes señalados, vuelven a adquirir gran relevancia, en la medida en que el discurso es entendido como práctica social articulada con otras prácticas también enmarcadas en el orden de la discursividad. En este sentido, si las prácticas discursivas son entendidas como reglas anónimas, constituidas en el proceso histórico, es decir, determinadas en el tiempo y delimitadas en el espacio, que van definiendo en una época concreta y en grupos o comunidades específicos y concretos, las condiciones que hacen posible la enunciación, pues entonces el propio discurso científico, debe ser incluido necesariamente, como objeto de análisis y de problematización.

Ahora bien, pese a la idea dominante sobre el discurso, éste en ningún caso emana del interior de los sujetos, como tampoco corresponde a una inoculación ideológica que determine el pensamiento de los sujetos. Más bien, los discursos articulan el conjunto de condiciones que permiten dichas prácticas. En este sentido, constituyen escenarios que se erigen en facilitadores u obstaculizadores de posibilidades, haciendo emerger y sostener reglas y relaciones. En este sentido, las prácticas discursivas ponen de manifiesto que hablar es algo más y es algo diferente que exteriorizar un pensamiento o describir una realidad. En consecuencia hablar, es hacer algo, es crear aquello de los que se habla cuando se habla. Atendiendo a estas consideraciones, reformulé la definición de drogas elaborada por O. Romani, de modo que esta pudiera captar la dimensión procesual y el carácter situado de esta. De este modo por droga se entenderá “todas aquellas sustancias químicas que se incorporan al organismo humano, con unas características farmacológicas que actúan fundamentalmente a nivel psicotrópico, pero cuyas consecuencias, funciones, efectos y significados son el producto de las definiciones sociales, culturales, económicas y políticas que las diferentes formaciones sociales (grupos, colectivos e individuos) elaboran, negocian y/o disputan en el marco histórico en el que se sitúan sus prácticas.

En esa perspectiva, desplazamientos como los antes señalados relacionados principalmente con la noción de discurso y poder, me permitieron realizar un giro teórico-epistémico (giro paradigmático) que modificarían el modo de aproximarme al problema drogas. Construccinismo social, historia crítica del presente, teorías del control social, entre otras perspectivas empezarían a gravar mi perspectiva de trabajo. De ahí que, no solo me desmarcaría de esa suerte de tensión “S-E o E-S”, sino que además empezaría a problematizar tanto la lógica de su construcción como los efectos de toda adscripción.

He de hacer una segunda “confesión”. Probablemente fuertemente influido por el pensamiento de Michel Foucault, o más precisamente por una lectura parcial de su obra, fui situándome de forma progresiva en un paradigma negativo de la identidad en el que predominaría una concepción de la subjetivación como sujeción. Efectivamente,

un excesivo énfasis en los efectos de sujeción derivados de los discursos hegemónicos sobre las drogas, en el poder performativo de los discursos institucionales, y el disciplinamiento ejercido por los distintos dispositivos de control, entre otros aspectos, a la vez que reforzaban una teoría del sujeto desde el costado de la sujeción, desplazaban a un segundo plano sus prácticas de libertad, o toda cuestión que pudiera relevar su capacidad de acción y “agency”. De este modo, los claros y oscuros derivados del marco teórico-epistémico se me hicieron inteligibles obligándome una vez más problematizarlos.

Sin embargo, este cuestionamiento no surgió del vacío o de una reflexión estrictamente teórica, sino que estaría fuertemente relacionada con mi propia práctica investigativa, la cual ahora se había en los consumos de drogas en entornos socialmente integrados, transitando de una problematización a partir del “daño”, para ahora serlo, a partir del riesgo.

#### **IV. PRIMER MUNDO**

Tempranamente, desde el año 1987, en plena crisis de la heroína, había quienes ya advertían sobre ciertos cambios en los patrones de consumo de drogas ilegales, y con ello, se advertía también, de la emergencia de nuevos perfiles de consumidores. Ciertamente, se había observado un consumo creciente de drogas sintéticas tipo éxtasis en entornos festivos, relacionada directamente con una creciente oferta de ocio festivo y cambios en los estilos de vida juveniles. Dicha advertencia fue ganando progresivamente terreno, llegando a constituirse en una suerte de “evidencia científica” prácticamente irrefutable. Dichas advertencias pondrían en primera línea la cuestión del “éxtasis y el riesgo”, desplazando a un segundo plano, la cuestión de la heroína y sus daños. Esto se tradujo en un cambio de prioridades en la agenda pública financiera, pues se focalizarían ahora en esta problemática, hasta el punto que el Plan Nacional sobre Drogas prácticamente dejaría de financiar iniciativas asociativas vinculadas con al problema de la heroína y sus daños asociados, dejando a esta última “a cargo” del Plan Nacional de SIDA. Este cambio, como era de esperarse, repercutiría

también en Grup Igia, ya que de forma progresiva tuvimos que orientar nuestro trabajo hacia este tema emergente (agenda científica/financiamiento). Sin embargo, esto no significaría que dejáramos de trabajar en torno al problema de la heroína, sino más bien nos obligo a trabajar en ambos frentes de forma simultánea.

En este contexto, fue tomando cuerpo la segunda hebra (riesgo e integración) o componente de nuestra línea de investigación. Entre los años 2005 y 2010 desarrollamos al menos cinco estudios en los que las prácticas discursivas en torno al consumo de éxtasis -entro otras sustancias- y el riesgo asociado ocuparían un lugar central. Revisiones bibliográficas, estudios cualitativos sobre rituales control y regulación de los consumos en entornos festivos, discursos sobre los riesgos cuyo objetivo era aproximarnos desde diferentes ángulos (discursivos y no discursivos) al problema, desde diferentes contextos y sujetos (hombres que tiene sexo con otros hombres en espacios para el encuentro sexual), jóvenes usuarios de drogas “blandas” y/o duras “duras”, de diferentes edades y sexo, etc., adquirirían una gran relevancia en nuestra línea de trabajo investigativo. Todos estos trabajos llevaban la marca de los desplazamientos y giros epistémicos experimentados en situaciones anteriores: efectos de sujeción y prácticas de libertad.

Cabe señalar que este periodo fue altamente fructífero por cuanto pude (pudimos) profundizar en torno a las ausencias, a las limitaciones referidas al marco teórico-epistémico a través del el cual habíamos venido operando. Así por ejemplo, intentando alejarnos del problema de la sujeción, pusimos énfasis en visualizar la capacidad de reflexión y acción propia de los individuos consumidores, agencia que pudieran llevarles, no solo a la adaptación a las normas imperantes, sino también a su puesta en cuestión, ya sea mediante subversión de los discursos hegemónicos, su recusación o su reapropiación. De este modo pudimos visualizar y al mismo tiempo hacer visibles, una serie de prácticas discursivas vinculadas no solo a la capacidad de resistencia de estos grupos de jóvenes usuarios, sino también a propósito de sus actividades orientadas a proveerse un mayor coeficiente de libertad y agenciamiento. De hecho llegamos a pensar que estábamos frente a nueva práctica discursiva sobre las drogas, en discontinuidad con la anterior, hasta cierto punto una suerte de “contra

– discurso”, que parecía constituirse por fuera de las instituciones de control, principalmente por fuera del discurso biomédico. De hecho, un discurso o contra-discursivo que parecía haber logrado re-semantizar el lugar del cuerpo por fuera de la adicción, el daño. Que parecía decidió a la desmedicalización del cuerpo del consumidor. De hecho, durante este periodo me refería en un artículo publicado conjuntamente con Oriol Romaní a la cultura techno y el consumo de MDMA o éxtasis de la siguiente forma:

*“En efecto, no podemos dejar de tener presente que aquello que constituye la determinación del cuerpo, sus contornos, sus movimientos, sería íntegramente material. Sin embargo no podemos olvidar que la materialidad se replanteará como el efecto del poder, el efecto más productivo del poder (Butler, 2002).*

*Siguiendo los planteamientos de varios autores (Gamella, 1999; Collin, 2003, Reynolds, 1998, entre otros) cabe señalar que la cultura del techno, es ante todo, un espacio experiencial en el que la actividad adquiere relevancia frente al significado... De ahí que la experiencia techno pueda ser entendida como una forma de (de)construcción subjetiva, en la cual la dimensión práctica y corporeizada adquiere una posición privilegiada en desmedro de las dimensiones discursivas y significativas (Balasch, 2003).” Ahora bien ¿Cuáles serían los principales determinantes (simbólico-materiales) que convergen (se ensamblan) y posibilitan el advenimiento de la experiencia techno?...*

*Sin embargo cabe recordar que si algo caracteriza la expresión y las experiencias del techno es la música y el baile en los que sus movimientos se difunden a través de la multitud, rápidos como un virus, combinando las ondas (sonido) y las partículas (fragmentos corporales) para transmitirse a todo su entorno (clubs o raves) creando un sentido de eufórica comunidad. “Creo que es una forma de expresarse con todo el cuerpo...”, nos dice una asidua a estos encuentros, intentando describir su experiencia. Se trata de una fisicidad lubricada e intensificada a través del uso del “éxtasis”, lo que al mismo tiempo potencia la conexión con la música y sus entornos, y donde esa capacidad de “expresarse con todo el cuerpo” es instituyente de la experiencia singular del techno. En ese sentido es música que se vive y explora con todos los sentidos. Al respecto Blanquez (2002: 20) señala “La música electrónica de baile es intensamente física en otro sentido: está diseñada para escucharse en enormes y espectaculares sound system de club. El sonido se convierte en un fluido que rodea al cuerpo en una íntima presión de beat y bajo. Las bajas frecuencias pernean la carne, consiguen que el cuerpo vibre y tiemble. El cuerpo entero se convierte en una oreja.”. Cuerpos, sudores, miradas*

*cruzadas, contactos efímeros, horas y horas de “marcha”, de la noche al día y del día a la noche, se funden en una experiencia alquímica de los cuerpos, sus pasiones y goces fugaces. En este sentido, la música, el baile y el uso del éxtasis des-territorializan los cuerpos de su trama funcional y utilitaria, inaugurando temporalmente una zona antieconómica en la que la producción de la experiencia placentera se agota en su mismidad<sup>4</sup>. [...] se trata de una experiencia placentera en la cual la materialidad física y corpórea del sonido será intensificada mediante la gestión, más o menos controlado, del uso de drogas del tipo éxtasis. El MDMA (o éxtasis) conectaría muy bien desde un principio de su historia con los imaginarios de la música techno, llegando a ser la droga emblemática o la química perfecta que facilitaría el ensamblaje de los cuerpos, la música, el baile y su devenir en experiencia de placer. De allí que más allá de las propiedades farmacológicas atribuidas al éxtasis, su potencia radicaría en la carga simbólica, en la embestidura con la cual esta sustancia es inscrita al interior de un código cultural específico, y desde el cual se potencia la reapropiación del cuerpo, de sus derivas placenteras, y a partir del cual la experiencia deviene en una práctica (micro) política de resistencia contracultural.*

*En este sentido, tal como señala Collin (2003) la cultura del éxtasis no fue una tempestad milagrosa surgida del éter, sino una parte del desarrollo y refinamiento de una serie de tecnologías del placer vigente hasta el día de hoy. Sin embargo y en el marco de nuestro análisis, particularmente en lo que refiere a la gestión contracultural del cuerpo en las culturas del techno, es posible sostener que el uso del éxtasis situado en ciertos contextos culturales específicos, podría ser entendido como una contra-tecnología del cuerpo, en tanto se inscribe en la producción de placer-saber alternativas (Preciado: 2003) a la producción de los cuerpos en las sociedades disciplinarias o de control. En síntesis, si el cuerpo en su materialidad específica es un efecto de prácticas repetidas al interior de un código bio-cultural hegemónico y dominante, en el cual la experiencia de la música y el baile está inscrito, entonces es posible sostener que la experiencia del techno, de la música y baile, entre otros aspectos, puede ofrecernos un modo de volver a materializar el cuerpo mas allá de las coordenadas de su devenir cuerpo en normalidad.” (Sepúlveda et al., 2005)*

Ciertamente había logrado alejarme lo suficiente de los efectos de sujeción como para lograr visualizar, no solo las zonas de resistencia, sino que también las prácticas de

---

<sup>4</sup> En los entornos culturales del techno se dice que hay “quemar la pastilla” u otra sustancia para señalar que hay que vivirla (gastarla) en el aquí y ahora y no deferirla o aplazar su efecto más allá (ahorrar).



libertad inscritas en dichos consumos situados en contextos festivos. Pero como buen heredero de la sospecha, percibía cierto ruido en la forma en la estaba leyendo este fenómeno. Había algo de residual en esta nueva mirada. Residuos de una visión edificante y contracultural de las drogas. Cierta aire de la década de los sesenta y setenta empañaban la lente a través de la cual miraba. Una vez más, apoyándome en la obra de Michel Foucault, principalmente en los cursos del College de France: Defender la sociedad (1975 – 1976); Seguridad, territorio, población (1977- 1978); Nacimiento de la biopolítica (1978 – 1978); volvería poner en cuestión la lectura que estaba haciendo respecto a los consumos festivos asociados a drogas de síntesis. En efecto, a partir de los replanteamientos que el propio Foucault había introducido en su “teoría del poder” a través de la incorporación de la noción de gubernamentalidad como categoría analítica básica para poder aprehender los nuevos dispositivos de poder, es decir las racionalidades políticas y tecnologías de poder características de los gobiernos neoliberales o liberalismos avanzados. .

Tras este recorrido, la comprensión del presente de las drogas como objetivo principal de mi trabajo de tesis, pasaría necesariamente por problematizar el proceso de objetivación a través del cual el fenómeno del consumo de drogas legales e ilegales devino en problema social. Esto quiere decir que la inteligibilidad del presente de las drogas, no se podía ser desligada de un análisis crítico del proceso mediante el cual se lo definió como problema, a través de lo cual se definieron los parámetros básicos del llamado *problemas drogas*. O dicho de otro modo, para hacer inteligible la historia presente de las drogas, la cuestión es saber cómo y por qué el consumo de drogas –las drogas y las drogodependencias-, en un momento dado, fueron problematizadas a través de cierto aparato de conocimiento y de una determinada práctica institucional. Saber también cómo los cambios en la problematización afectaron y afectan las respuestas, y cómo estas relaciones se forjaron conforme se producían determinados ensamblajes semióticos/materiales –tecnologías y racionalidades de gobierno- a través de los cuales fue cristalizando un determinado *Know-How*, un modo de gestionar el problema drogas, una determinada forma de producción de “el orden social”. En definitiva, saber cómo se forjaron ciertos hechos y verdades que hicieron posible que

este objeto –las drogas- deviniera en objeto de pensamiento, es decir, en ***objeto de gobierno***.

## V. EL TEXTO/TESIS

El texto está dividido en cuatro partes. A su vez, cada una de ellas consta de tres capítulos principales. En la primera, siguiendo un enfoque genealógico se problematiza “la cuestión drogas” en España, a partir de tres lugares. En primer lugar, se analizan en lugar de las drogas en la formación del mundo moderno. En esa dirección, se hará uso de una serie de herramientas críticas provenientes de las teorías poscoloniales como lo es por ejemplo la noción de “colonialidad del saber”. A partir de esta, se analizará la recepción y tratamiento historiográfico de uno de los principales documentos históricos referidos al descubrimiento de América. En segundo y tercer lugar se traza una genealogía del problema de las drogas en España constitucional, problematizando el pensamiento mediante el cual se pensaron las drogas como problema social. Primero se realiza un análisis crítico de las perspectivas objetivistas en el proceso de objetivación de las drogas como problema. Segundo, se analiza la construcción social del problema drogas, analizando las aportaciones y limitaciones de las perspectivas constructivistas o construccionistas en el gobierno de las drogas.

En la segunda parte, se aborda la problemática del riesgo desde tres perspectivas. En el primer capítulo desde una perspectiva foucaultiana y de los estudios de gubernamentalidad o anglofoucaultinos se problematiza el riesgo en tanto funge como dispositivo biopolítico clave en la de gubernamentalidades, En esa perspectiva se releva su lugar bifronte (saber/poder) en la histórica moderna, en tanto tecnología de gobierno y en tanto racionalidad de política de cuño liberal o neoliberal. En el segundo capítulo, se traza un breve recorrido histórico del riesgo en el campo de la salud. Basándose en el modelo desarrollado en el capítulo anterior, se analiza el riesgo como una racionalidad política de salud y como una tecnología de gobierno de la misma históricamente situada. En el tercer capítulo el riesgo es analizado específicamente en el campo de las drogas. Mediante categorías como violencia simbólica y violencia epistémica se hace una crítica a los modelos hegemónicos del riesgo que oscilan entre

una concepción objetivista de esta visto como un dato de la realidad y un instrumento de intervención.

Una tercera parte cuyo carácter es eminentemente empírico, en la cual se presenta un texto basado en los resultados obtenidos en tres estudios realizados en calidad de investigador principal marco institucional de Grup Igia (2007-2009). Los tres estudio abordan cada uno con sus matices diferentes los discursos sobre los riesgos relacionados con el uso de sustancias psicoactivas en jóvenes usuarios de drogas. En el primer capítulo se exponen los efectos normativos de los discursos sobre las drogas (discursos institucionales), y se traza una topología de ellos. En el segundo capítulo, se línea una cartografía de consumo poniéndose énfasis en los procesos de control de sí y en los procesos de subjetivación. Finalmente, en el tercer capítulo se abordan aspectos relacionados con la sujeción y la agencia.

Una última cuarta parte en la cual se presenta un breve documento con conclusiones provisionales a modo de reflexiones finales. Un segundo documento con las referencias bibliográficas. Y finalmente, un tercer documento de Anexo con las referencias metodológicas referidas a la tercera parte empírica.

# **PARTE PRIMERA**

## ***FARMACOTOPIAS Y MODERNIDAD***

## I.- LAS DROGAS EN LA FORMACIÓN DEL MUNDO MODERNO: PALIMPSESTO Y ESCENA INAUGURAL

*“...el europeo no ha podido hacerse hombre sino fabricando esclavos y monstruos” (Jean Paul Sartre)*

### 1.- LA METÁFORA DE LA ESCENA INAUGURAL

En las intrincadas formaciones discursivas y prácticas económicas y políticas de los varios proyectos históricos del capitalismo, desde el mercantilismo del siglo XVI, hasta la intensificación de la regla del capital en la era de la globalización, las drogas han formado parte de ese espejo turbio de figuración del *otro* y del ego, así como de zonas confusas en las que reina la opción ineludible de lo incierto, lo enigmático, lo confuso y lo abyecto (Dabove et al., 2009). Pensadas canónicamente como naturaleza pura (exterioridad), o como suplemento protésico psicocultural (interioridad), las drogas indican la otredad, producen la diferencia, al tiempo que cifran la anomalía y alteridad en la periferia de occidente (el *otro*). En efecto, desde 1492, la violenta, intensa y desigual emergencia de la *otredad*, se manifiesta en diversas prácticas imperiales, cuyo primer y recurrente escenario será el “Nuevo Mundo”, escenario en el cual se representará por vez primera la obra épica imperial que llevara por nombre: *El descubrimiento de América*.

*“En primer lugar el descubrimiento de América, o más bien el de los americanos, es sin duda el encuentro más asombroso de nuestra historia. En el descubrimiento de los demás continentes y de los demás hombres no existe realmente ese sentimiento de extrañeza radical: los europeos nunca ignoraron por completo la existencia de África, o de la India, o de China; su recuerdo está ya siempre presente desde los orígenes [...] El encuentro nunca volverá a alcanzar tal intensidad, si es esa la palabra que se debe emplear: el siglo XVI*

*habrá visto perpetrarse el mayor genocidio de la historia humana” (Todorov, 2007: 14)*

Desde el “descubrimiento”, las rutas comerciales instalaron no solamente mercados mundiales de materias primas, mercancías y fuerza de trabajo, sino también de metáforas e identidades. Entre las sístoles y las diástoles de estos ritmos imperiales, irán entretejiéndose la(s) identidad(es) y la(s) alteridad(es) entre el viejo y el llamado *nuevo mundo*.

Podemos imaginar el flujo de imágenes desembocando en el otro salvaje. Sentir el horror de su exterminio. Escalofriarnos ante la seducción, y al mismo tiempo repulsa de lo abyecto que no cesará -desde el exilio- de desafiar al amo (Kristeva, 2004). En esa deriva convulsa con su tropel de imágenes y desgarros venideros, emerge la escena inaugural<sup>5</sup> de las drogas en el mundo moderno: el italiano Américo Vespucio (1454-1512), quien fuera navegante en las expediciones españolas al Caribe y Sudamérica en 1497-1498, describiría sus “encuentros” con una raza extraña –de mascadores de coca- de la siguiente manera:

*“El rostro y los ademanes del cuerpo son muy brutales. Todos tenían la boca llena de cierta yerba verde que rumiaban, casi de la misma manera que los animales, de suerte que apenas podían articular palabra. Traían también todos colgando del cuello dos calabacillas curadas, llenas la una de la yerba que tenían en la boca, y la otra de cierta harina blanquizca semejante a yeso molido, y con cierto palo o bastoncito pequeño que humedecían y masticaban en la boca y metían muchas veces en la calabaza de la harina, sacaban la suficiente para rociar a ambos lados aquella yerba que llevaban en el ella; operación que*

---

<sup>5</sup> Me refiero a la escena inaugura de las drogas en tanto campo de saber/poder. La imagen propuesta tiene como referencia un texto de Michel de Certeau, específicamente el prologo a la segunda edición de libro *La escritura de la historia* (2006). De Certeau metaforiza el momento en el que el nuevo mundo se aparece (se sitúa diría yo) por vez primera ante la mirada de Américo Vespucio. Para de Certeau se trataría de un momento cargado de imágenes eróticas y guerreras por lo cual tendría un valor casi mítico, pues representaría el comienzo de un nuevo funcionamiento occidental de la escritura, en tanto que lo que se esboza de esta manera es una colonización del cuerpo por el discurso del poder. De acuerdo a De Certeau, la escritura de la conquista va a utilizar al nuevo mundo como una página en blanco (salvaje) donde escribirá el querer occidental.

*repetían frecuentísimamente y muy despacio. Admirados de esto, procuramos averiguar la causa o misterio de esta costumbre; pero nunca pudimos comprenderla.” (Fernández de Navarrete, 2003: 97)<sup>6</sup>.*

Dicha escena inaugural, temprano y significativo fragmento (proto)etnográfico, delinea –adelanta–, no solo las posteriores e intensas prácticas políticas coloniales con sus respectivos procesos de “conversión” cultural, religiosa y política, sino que también adelanta la violencia que se ejercerá sobre los cuerpos/otros, su explotación y dominio, anticipando en y con su escritura, la compleja trama de imágenes y de tropos que señalarán los espacios, tiempos y sujetos *otros*: Salvajes y Bárbaros.

En efecto, el texto de Vespucio y el conjunto de sus enunciados, se nos presenta como una secuencia condensada de imágenes primeras, las que tempranamente van a anunciar el valor indiciario que estas sustancias – en tanto objetos y/o prácticas– adquirirán en la conformación del sistema mundo moderno/colonial. En cierto modo, actúa como el *trailer* de un nuevo film, cuyas imágenes y secuencias anuncian el advenimiento de un acontecimiento que promete revolucionar su propia tesitura,

---

<sup>6</sup> Como es de imaginar existen múltiples versiones (traducciones) de texto cuya autoría ha sido atribuida a Américo Vespucio. Las diferencias existentes entre las distintas versiones del texto, no pueden ser reducidas a un mero matiz de traducción en el sentido tradicional o lato del término. Muy por el contrario, las diferencias observadas deben ser analizadas en el marco de las operaciones de traducción que recaen sobre el mismo, toda vez que la traducción sigue siendo hasta día de hoy un instrumento específico de producción de diferencia colonial. De acuerdo a Walter Dignolo “La diferencia colonial consiste en clasificar grupos de gentes o poblaciones e identificarlos en sus faltas o excesos, lo cual marca la diferencia y la inferioridad con respecto a quien clasifica”. El mismo autor señala que la colonialidad del poder es el dispositivo que produce y reproduce la diferencia colonial, y esta es ante todo, el lugar epistémico de enunciación en el que se describe y legitima el poder. De ahí que las diferencias de traducción del texto de Vespucio deben ser entendidas y leídas en el contexto situado (lugar) de su enunciación. Al respecto, en la historia global de las drogas de Richard Davenport-Hines (2003) *La búsqueda del olvido*, el autor para citar a Vespucio utiliza como fuente un texto de Sir Clements Markham *The Letter of Amerigo Vespucci* (1894). La versión en español el relato será traducido del siguiente modo: *Su apariencia y sus gestos eran sumamente toscos, tenían las bocas llenas de una hojas de hierba verde que mascaban constantemente como bestias, de modo que casi les impedía hablar; y cada cual llevaba alrededor del cuello dos calabazas secas, una llena de la misma hierba que tenían en la boca, y la otra de una harina blanca que parecía polvo de cal. A cada rato introducían este polvo con un uso que mantenían húmedo en la boca. Entonces se llevaban a la boca parte del contenido de ambas calabazas macerando la hierba que iban consumiendo. Todo esto lo hacían con gran elaboración; y nos maravillaba, pues no podíamos entender su secreto o el propósito con que lo hacían” (Davenport-Hines, 2003: 24).*

mezclando géneros diversos, fundiendo lo épico con lo trágico, lo sublime con lo siniestro, lo minimal con lo gore, anunciado también nuevos argumentos, nuevos tópicos, hasta ahora desconocidos o vírgenes: “[...]la colonización del cuerpo por el discurso del poder, la escritura conquistadora que va utilizar al Nuevo Mundo como una pagina en blanco (salvaje) donde escribirá el querer occidental” (De Certeau, 2003: 11) En definitiva, un adelanto de la relación de poder entre colonizadores y colonizados, fundada en la -supuesta- superioridad epistémica y étnica/racial de los primeros sobre los segundos. *Trailer* del discurso colonial y sus redes de significación, en las cuales el *otro* quedará atrapado, sostenido en un complejo entramado en el que la conciencia del conquistador fraguará una interpretación que le permitirá violar, saquear y asesinar sin remordimiento alguno. De hecho, ese *otro*, a medio camino entre el salvajismo y la animalidad, al constituir una naturaleza “no” humana, puede ser objeto de vejación sin que el remordimiento cristiano perturbe la tarea de colonización (Solodkow, 2005).

Sin embargo, resulta curioso y no menos significativo, el efecto de sentido que se produce al contrastar y analizar el lugar de la escena narrada por Vespucio, la cual desde nuestra perspectiva tiene el estatuto metafórico de *escena inaugural*, con el lugar que dicha escena adquiere en la propia historiografía de las drogas, especialmente en aquellos textos historiográficos que son de referencia en el mundo de habla hispana. Efectivamente, ya sea por cuestiones asociadas al efecto que produce su citación repetida en la trama historiográfica, o bien por cuestiones relacionadas con su lectura y tratamiento, ya sea por ambas u otras razones, la cuestión es que dicha escena emerge y se sitúa en la historiografía moderna de las drogas como una *zona residual*. Residual, no solo porque trae consigo, el murmullo que nos permite –hasta el día de hoy- oír como venido de muy lejos, el sonido de la inmensidad desconocida que seduce y amenaza a la vez, sino que también por otras razones que bien vale la pena detenerse a analizar.

Lo residual, por definición, ha sido formado efectivamente en el pasado, pero todavía se halla en actividad dentro del proceso cultural; no sólo –y a menudo ni eso- como un elemento del pasado, sino como un efectivo elemento del presente. Por tanto, ciertas



experiencias, significados y valores que no pueden ser expresados o sustancialmente verificados en términos de la cultura dominante, son, no obstante, vividos y practicados sobre la base de un remanente político y cultural de alguna institución o formación social anterior (Williams, 1997).

Pues bien, si leemos el trabajo de David Courtwright (2002) cuya versión traducida al español lleva por título *Las drogas en la formación del mundo moderno* en el cual, tal como el propio autor señala, “se describe cómo los comerciantes, colonos y otras élites imperiales lograron la confluencia de los recursos psicoactivos mundiales e investiga por qué, a pesar de los enormes beneficios e ingresos fiscales, los responsables de dicho logro cambiaron de actitud y restringieron o prohibieron muchas drogas, aunque no todas” (Courtwright, 2002: 20), encontraremos una referencia explícita al texto de Américo Vespucio en la cual el autor, parafraseando el relato de Vespucio, señala lo siguiente:

*“En 1499, Américo Vespucio fue el primer europeo que anotó una observación sobre los mascadores de coca. Las mejillas se abultaban con la hierba misteriosa, mascada al modo de los rumiantes. Los consideró el pueblo más desagradable y bestial que había conocido”* (Courtwright, 2002: 91)

En principio la referencia de D. Courtwright al texto de Vespucio se nos presenta como una breve síntesis de su testimonio, síntesis en la cual se destacan al menos cuatro aspectos: el valor inaugural o primigenio del texto de Vespucio (*el primer europeo que anotó una observación*); la naturaleza exótica (*extraña*) del referente (*mascadores de coca*); las imágenes operantes en la representación (*Las mejillas se abultaban con la hierba misteriosa, mascada al modo de los rumiantes*); la significación de la experiencia y sus efectos de sentido (*los consideró el pueblo más desagradable y bestial que había conocido*). Ahora bien, *en un principio*, los cuatro aspectos clave señalados anteriormente, matices mas, matices menos, bien pueden ser pensados como elementos suficientes en sí a partir de los cuales se podría inferir el carácter inaugural atribuido a dicha escena, aún cuando esto no haya sido afirmado, al menos de forma explícita, por el propio autor. De hecho, el propio enunciado en el cual se señala que

*“Américo Vespucio fue el primer europeo que anotó una observación sobre los mascadores de coca”* dice de lo anterior. Más aún, tal como veremos en los párrafos siguientes, dicho carácter inaugural se alza con mayor claridad a la hora de analizar la referencia al texto de Vespucio de Courtwright en el contexto particular en el que se produce dicha citación. Ahora bien, si en la obra de Courtwright el texto/relato de Vespucio opera como hito constitutivo ¿Cuál es el sentido de lo constitutivo? O dicho de otro modo ¿En qué sentido se vuelve un hecho o hito constitutivo? Y si esta escena adquiere el carácter de escena inaugural ¿Opera como una metáfora? Y de ser así ¿Cuan unívoca y estable es dicha metáfora? dicho de otro modo, el significado y sentido de lo inaugural que desde nuestra perspectiva adquiere dicha escena, en tanto metáfora que permite pensar el lugar de las drogas en la formación del mundo moderno ¿es equivalente al valor que adquiere ésta en la obra de Courtwright? Al parecer no.

Desde nuestra perspectiva, la metáfora de la *escena inaugural* escapa a la lectura que Courtwright, y como veremos más adelante, también a la que otros historiadores hacen de ella: más bien huye de ésta, y en su huida desestabiliza el proceso de atribución funcional que ésta activa; es decir la atribución de ciertas cualidades estables que determinan la esencia de una persona, grupo o sociedad provenientes de un mundo que se quiere ver y representar como monosémico y estable. En realidad lo que hace, siempre desde nuestra perspectiva, es poner en tela de juicio las historias oficiales que impregnan las sociedades fundadas en una representación de sí mismas relacionada con la creencia en una objetividad consolidada en la narrativa producida por los cánones historiográficos<sup>7</sup> (Imbert, 1995). De ahí que una lectura atenta y no

---

<sup>7</sup> Respecto a esta creencia en la objetividad historiográfica resultará doblemente elocuente la defensa de Vespucio que Antonello Gerbi hace en su texto canónico *La naturaleza de las indias nuevas* (1982) en relación a lo que este último llama el *Episodio de los gigantes*. Al respecto el autor señala “El único episodio que nos deja más incrédulos que estupefactos es el de los gigantes, encontrados en la isla (parece) de Curaçao. Allí se topan Vespucio y diez compañeros con siete mujeres, tan grandes que la más pequeña era un palmo y medio más alto que cualquiera de los europeos que allí se encontraban. [...] El episodio es tan pintoresco e inverosímil [...] Pero si no se trata de una interpolación, debemos tal vez de explicarlo por uno de aquellos accesos de fiebre palúdica que sufrió a su regreso, antes de redactar su carta. Y de hecho, además de desentonar en un relato cuyo acento es siempre tan objetivo, la admisión de tan grave imprudencia no se armoniza con el alarde de Vespucio de haber llevado a cabo sus viajes con un mínimo de pérdidas humanas” (Gerbi, 1982: 58-59)

menos crítica del texto Courtwright, nos advierta no solo sobre la naturaleza multívoca e inestable que caracteriza y signa el sentido y uso de la metáfora de la escena inaugural, sino que también nos advierte de una falla, de una fisura existente en el mismo proceso de su significación, falla que produce diferencia, pero no cualquier diferencia, sino diferencia colonial<sup>8</sup>.

*“Por ‘diferencia colonial’ quiero decir...la clasificación del planeta en el imaginario moderno/colonial, mediante la colonialidad del poder, una energía y una maquinaria para transformar diferencias en valores. Si el racismo es la matriz que permea cada dominio del imaginario del sistema-mundo moderno/colonial, occidentalismo es la metáfora omnipresente en torno a la cual las diferencias coloniales han sido articuladas y re-articuladas a través de las manos cambiantes de la historia del capitalismo... y las cambiantes ideologías motivadas por los conflictos coloniales [...] Es también el lugar en el cual está teniendo lugar la restitución del conocimiento subalterno y en el cual emerge el pensamiento de borde. La diferencia colonial es el espacio en el cual historias locales inventando e implementando diseños globales, se encuentran con historias locales, el espacio en el que los diseños globales tienen que ser adaptados, rechazados, integrados o ignorados. [...] La diferencia colonial crea las condiciones de situaciones dialógicas en que las enunciaciones fracturadas son llevadas a cabo desde una perspectiva subalterna como una respuesta al discurso y perspectiva hegemónica. (Lander, 2001: 8)*

---

<sup>8</sup> Walter Mignolo aborda y problematiza lo denomina la *diferencia colonial* en el marco de la geopolítica del conocimiento: “La geopolítica del conocimiento (los cimientos históricos locales del conocimiento) va de la mano de la política corporal del conocimiento, es decir, la base biográfica individual y colectiva del conocimiento. La visión de los hechos y la concepción del mundo aportadas por los hombres de armas o los jesuitas españoles (y luego por lo viajeros y filósofos franceses y británicos) estaban arraigadas geográfica e históricamente en lenguas, memorias e historias que poco tenían que ver con la visión y la concepción del mundo de los intelectuales que hablaban aimara o náhuatl, cuyas geografías y biografías se apoyaban en otras memorias e historias. En esta simetría aparente hay una diferencia: el misionero español y el filósofo francés no debieron incorporar las lenguas ni las experiencias indígenas en su marco de pensamiento teológico o ecológico. Los intelectuales aimara o náhuatl de los territorios que hoy ocupa Bolivia, México y América Central no tuvieron otra opción, porque en sus territorios, en los lugares donde ellos vivían, se establecieron instituciones españolas y francesas. Esa es la razón por la que el pensamiento fronterizo es la consecuencia del diferencial de poder existente entre el contexto moderno/colonial, un diferencial de poder que constituye la diferencia colonial” (Mignolo, 2007: 35-36)

La escena inaugural en tanto metáfora inestable tiene algo que la aproxima al caleidoscopio: dependiendo de la posición de sus actantes, se obtendrá una determinada imagen de la realidad. En este sentido, la posición que toma el autor para ver y leer la escena de Vespucio, le permitirá articular una particular versión de la misma, que si bien se aproxima a la nuestra, al mismo tiempo difiere significativamente de ella. En efecto, dependiendo de esa posición diferencial, el texto/relato de Vespucio devendrá en versión o contra-versión del sentido de lo inaugural de dicha escena, y de su lugar e implicancia en la formación del mundo moderno. De un lado, el testimonio escrito de Vespucio deviene en monumento, del otro, deviene en documento. De ahí que, versión y contra-versión corporizan la topografía asimétrica, a veces más, a veces menos agonística del conocimiento. O dicho de otro modo, una y otra versión, encarnan distintamente la disputa por la significación y el sentido histórico, cultural y político de lo “inaugural” de dicha escena en el contexto de la formación del mundo moderno, relevando de forma distinta su carácter residual.

En tanto residuo, la escena inaugural será incorporada al archivo histórico-arqueológico de los monumentos etno-culturales que aportan el suelo “material” y simbólico de las diferencias fundamentales y esenciales (residuales) que han permitido, hasta el día de hoy, articular el mito eurocéntrico de la modernidad y sus falacias desarrollistas. Desde esta perspectiva, las drogas solo habrían aportado al sistema mundo, mano de obra (explotación) y materias primas (sobre todo esto último). En contraste, a modo de contra-versión, si bien la escena tiene un carácter residual, aquí lo residual connotaría el modo en que lo secundario y lo no-integrado es capaz de desplazar la fuerza de la significación hacia los bordes más desfavorecidos de la escala de valores sociales y culturales, para cuestionar sus jerarquías discursivas desde posiciones laterales (Richard; 1998). En efecto, desde una contra-mirada o contra-lectura, la escena inaugural hace emerger, y en este sentido documenta, el proceso de formación del primer gran discurso del mundo moderno: *el discurso de la limpieza de la sangre o Hybris del punto cero*.

De ahí que la escena inaugural, en su versión contra-hegemónica, permita avanzar hacia una analítica de las drogas, en relación a su lugar en la formación del mundo moderno, no solo como prácticas discursivas objetivadas en distintos aparatos disciplinarios (leyes, mercados, burocracias, etc.), sino también en sus formas concretas de producir subjetividades marcadas (modos de vida, estructuras de pensamiento y acción incorporadas al habitus de los actantes) en el marco de una teoría de la modernidad/colonialidad. Dicho de otro modo, nos permite avanzar hacia una lectura de la escena inaugural, haciendo uso de la noción o categoría de “colonialidad” del poder en tanto elemento constitutivo y específico del patrón mundial de poder capitalista fundado en la imposición de una clasificación racial/étnica de la población del mundo como piedra angular (Quijano, 2007). De acuerdo a Santiago Castro-Gómez (2005), habría sido el sociólogo Peruano Aníbal Quijano, quien utilizó por primera vez dicha categoría, describiéndola del siguiente modo:

*“Consiste, en primer término, en una colonización del imaginario de los dominados. Es decir, actúa en la interioridad de ese imaginario... La represión recayó, ante todo, sobre los modos de conocer, de producir conocimiento, de producir perspectivas, imágenes y sistemas de imágenes, símbolos, modos de significación; sobre los recursos, patrones e instrumentos de expresión formalizada y objetivada, intelectual o visual... Los colonizadores impusieron también una imagen mistificada de sus propios patrones de producción de conocimientos y significaciones” (Quijano En Castro-Gómez, 2005: 58-59).*

En esa dirección, el mismo Castro-Gómez (2005) advierte que esta categoría será clave en el debate latinoamericano, principalmente en lo que respecta a la cuestión modernidad/colonialidad, en tanto que, entre otros aspectos, permite avanzar hacia una analítica del poder que amplía -y hasta cierto punto se desmarca de- los parámetros descritos por el propio Michel Foucault a lo largo de su trabajo. Respecto a esto último señala:

*“Primero, porque hace referencia a una estructura de control de la subjetividad que se consolidó desde el siglo XVI y no apenas en el XVIII (la «época clásica»); segundo, y como consecuencia de lo anterior, porque coloca en el centro del análisis la dimensión racial de la biopolítica y no solamente la exclusión de ámbitos como la locura y la sexualidad; y tercero, porque proyecta este conflicto a una dimensión epistémica, mostrando que el dominio que garantiza la reproducción incesante del capital en las sociedades modernas pasa, necesariamente, por la occidentalización del imaginario.” (Castro-Gómez, 2005: 58)*

Mignolo señala que es conveniente considerar modernidad/colonialidad como dos caras de una misma moneda y no como dos formas de pensamiento separados, pues no se puede ser moderno sin ser colonial (Mignolo, 2007). Ciertamente *colonialidad* es un término utilizado con mucho menos frecuencia que *modernidad*, y que además tiende a ser confundido con *colonialismo*. Si bien ambos conceptos están relacionados entre sí, este último -colonialismo- se refiere a periodos históricos específicos y a lugares de dominio imperial (español, holandés, británico, etc.). En cambio *colonialidad*, denota la estructura lógica del dominio colonial que subyace al control imperial. En este sentido la colonialidad es la lógica del dominio en el mundo moderno/colonial, la matriz colonial del poder, que trasciende el hecho de que el país imperial/colonial sea España, Inglaterra o Estados Unidos (Mignolo, 2007).

Ahora bien, sobre la base de estos planteamientos ¿De qué modo la escena narrada por Vespucio expresa lo residual en el texto historiográfico de las drogas? ¿Cómo encarna el sentido residual en dicho texto? Posiblemente, una primera clave de la respuesta a estas interrogantes pueda ser hallada en la misma referencia que el autor - y otros autores- hacen al texto de Vespucio. De ahí que la cuestión del valor residual puede ser re-pensado, en términos metonímicos, a través de la formulación de una nueva interrogante que nos conduzca directamente al texto historiográfico. Esta nueva interrogante podría formularse de la siguiente manera: ¿Cómo opera la citación del texto/relato de Vespucio en el texto historiográfico de David Courtwright? Y en esa

misma dirección ¿Hasta que punto dicha forma de operar se repite en otros textos clave del campo historiográfico de las drogas y el mundo moderno?

Centrándonos por ahora en el texto de D. Courtwrigth, y a la luz de estas nuevas interrogantes, una primera aproximación nos llevará a identificar un doble movimiento relacionado con los usos de la referencia al texto de Vespucio en su discurso historiográfico. Ambos movimientos, estarían intrínsecamente asociados al significado residual que dicha escena adquiere en la historia moderna de las drogas. Por un lado - primer movimiento- el valor de la referencia adquiere un significado inaugural, en tanto ésta representa el primer registro “etnográfico” realizado por un europeo en el cual se describen los usos de drogas por parte de cierta población autóctona de las tierras recién descubiertas (América). En este sentido representa, así ocurre en el mismo texto de Courtwrigth, *el grado cero de la etnografía colonial de la drogas*. Hasta aquí el primer movimiento. Por otro lado –segundo movimiento- el valor de la referencia, surge en tanto ésta constituye una *prueba* de carácter monumental, la que siendo incorporada al archivo documental de la historia de las drogas, tiene un plus de valor, pues ofrece información de primera mano (ya que al fin y al cabo el documento de Vespucio es un testimonio escrito), que en términos del canon disciplinario, autoriza el locus de la enunciación, y al mismo tiempo, valida el conjunto de sus enunciados, siendo la referencia un suplemento que viene a complementar (completar) del texto historiográfico que la contiene.

Respecto a esto último, téngase presente que en el caso Courtwrigth, los enunciados corresponden a una hipótesis relacionada con la difusión arrítmica y heterogénea de las drogas en el mundo moderno, en la cual el autor plantea que el efecto físico indeseable de alguna de las drogas, en tanto que impactarían negativamente en la apariencia de los potenciales usuarios, tendrían un efecto disuasorio -pues la vanidad sería un factor instituyente en la historia- y por tanto explicaría lo primero<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Cabe señalar que una hipótesis similar ha sido planteada por Anthony Henman en su libro *Mama Coca*, donde señala: “A pesar de todo este reconocimiento de las maravillosas cualidades de la planta, parece que el consumo efectivo de la coca nunca penetró verdaderamente en Europa. [...] En Gran parte, la razón de ello debe de estar en la dificultad inicial de aprender como mascar coca adecuadamente, sobre todo si se compara con los hábitos relativamente simples de tomar chocolate y

Ahora bien, una situación muy similar se observa en el caso de la historia global de las drogas escrita por Richard Davenport-Hines (2003) cuyo versión en español lleva por título *La búsqueda del Olvido*; dicha similitud se produce principalmente en relación al primer movimiento antes descrito. Sin embargo, en este último caso, no le atribuye de forma explícita -al texto de Vespucio- la condición de *grado cero*. Aunque a decir verdad, una lectura atenta del texto nos lleva a concluir que el fragmento del texto de Vespucio -que por cierto el autor reproduce extensamente, en comparación con otras fuentes documentales citadas-, es la fuente historiográfica de mayor data, y en este sentido, constituye el primer registro historiográfico de las drogas que el autor cita en una larga y extensa serie de fuentes documentales que éste utiliza en su texto. Probablemente, el occidentalismo exacerbado que trasunta el texto de Davenport-Hines (2003) de principio a fin, explique en parte la omisión, negación o desconocimiento que el autor hace respecto a la condición inaugural o primigenia que tiene el texto de Américo Vespucio en la historia de la drogas en el contexto de la formación del sistema mundo - moderno/colonial. De hecho, y a diferencia del texto de Courtwright, en este último, la historia global de las drogas apenas dedica unos pocos folios al nuevo mundo (concretamente 3 sobre un total de 479). Razón por lo cual, más que una historia global, sería una historia geopolítica del centro, es decir europea.

Ahora bien, el análisis conjunto de ambos textos, permite relevar ciertas constantes discursivas que van a caracterizar el proceso de significación de la escena inaugural. Del mismo modo, en relación al sentido y uso de la referencia al texto de Vespucio en cada uno de los casos, el análisis comparado indica ciertas zonas de convergencia y divergencia entre ambos textos.

---

fumar tabaco. La dolorosa cauterización de las suaves membranas mucosas de la boca -una consecuencia inevitable de la aplicación descuidada del polvo de cal utilizados con las hojas de coca-, así como discriminación estética casi universal contra lo que era considerado un hábito “feo”, habría evitado la adopción extendida de la coca por los españoles en el Nuevo Mundo y su subsiguiente popularización en las metrópolis europeas. En efecto esta situación apenas ha cambiado hoy en día y, no obstante la fácil asimilación de gran cantidad de drogas por la sociedad moderna, es improbable que el mascar coca -al contrario de la inhalación de cocaína- llegue a ser una costumbre de moda” (Henman, 1992: 32)



Respecto a lo primero, en ambos casos, el texto de Vespucio adquiere su significado inaugural en tanto representación del tiempo de la historia. Dicho de otro modo, el texto es inaugural en tanto documenta el tiempo histórico como recorrido lineal, objetivable, articulado por las fechas del calendario. De hecho, en la historia de las drogas de Richard Davenport-Hines (2003) la referencia al texto de Vespucio se hace en el primer capítulo que lleva por título *"Primeros años"*. En este sentido, el encuentro de Vespucio *"con una raza extraña de mascadores de coca"* (Davenport-Hines, 2003: 24), si bien opera como un hito constitutivo o inaugural, lo es –en este caso– solo en tanto y cuanto representa un acontecimiento del pasado como progresión lineal, ordenado en una secuencia lógica y cronológica, arraigado al tiempo referencial del calendario como *"le temps chronique"*. Siendo la articulación de los ejes temporales el principio mismo de la verosimilitud, la significación de la escena inaugural difícilmente podrá escapar a toda lógica, dirección, sentido y finalidad histórica. De hecho, así ocurre también en el texto de David Courtwright, en el que la escena inaugural es reducida a una secuencia cronológica, que se incorporará al modelo explicativo lógico-causal resultante. Recordemos que en este último caso, el testimonio escrito de Vespucio, en tanto documento histórico, pertenece al orden de un serie de documentos y fuentes históricas, cuyo análisis relacional autoriza la formulación de una hipótesis mediante la cual el autor intenta explicar el carácter arrítmico, heterogéneo, de la producción, difusión y consumo de drogas a nivel mundial. Por cierto, hipótesis que apenas logra escapar a una representación de la historia como sistema de causa-efecto, tan propia de una visión positivista, que pese a todos los giros imaginables –cultural, lingüísticos, político– aún sigue gozando de plena vigencia.

Observamos como la significación metafórica que inicialmente hemos propuesto para leer el texto de Vespucio en el marco de la historia moderna de las drogas, ha quedado sujeta al tiempo referencial del calendario cronológico. En este sentido la función metafórica que tendría dicha escena inaugural, no sólo ha quedado restringida, sino que también ha sido mutilada y degradada a la vez. Decimos que ha sido mutilada, pues en el proceso de su significación, se ha impuesto la supremacía de lo temporal, a

costa de la invisibilización de la dimensión espacial. En consecuencia, la escena inaugural ha devenido en metáfora unidimensional (supremacía de tiempo) y univoca a la vez (el tiempo lineal).

Ahora bien, la significación de lo inaugural, no solo habría experimentado un proceso creciente de compresión a consecuencia de las diversas operaciones discursivas mediante las cuales se ha querido fijar los límites del campo semántico para su resemantización, sino que además, habría experimentando un proceso de degradación trópica – lo que simultáneamente reifica el referente en tanto efecto de literalidad– que amenaza con desactivar el potencial crítico de la metáfora, sea ésta como *herramienta* crítica, o como *materia* de las narrativas de identidad/alteridad. Recordemos que los tropos son índices (en el sentido benjaminiano) que nos permiten aproximarnos a la densidad de la textura cultural que continuamente escribimos y leemos, y en la cual también somos escritos y leídos” (Dabove, 2007).

Ciertamente, si hemos propuesto la metáfora de escena inaugural como dispositivo de lectura, es porque entendemos que el relato de Américo Vespucio desempeña un papel decisivo en la historia de las drogas, en cuanto nos permite leer la relación “drogas – modernidad” desde las prácticas divisorias y las subjetividades marcadas, y al mismo tiempo, pensar su significación en las narrativas historiográficas y discursos antropológicos modernos/coloniales: otro lugar desde donde poder pensar el pensamiento que piensa la relación; más aún, cuando se entiende que todo relato – siguiendo a Michel De Certeau (2000) - es un relato de viaje, una práctica del espacio.

Ahora bien, siguiendo el esquema conceptual propuesto por Michel de Certeau (2000), el espacio sería el efecto producido por las operaciones que lo orientan, lo circunstancian, lo temporalizan y lo llevan a funcionar como una unidad polivalente de programas conflictuales o de proximidades contractuales. En consecuencia, a diferencia de un sitio propio (el lugar), el espacio carecería de univocidad y de estabilidad. De Certeau sintetiza su concepto de espacio mediante el siguiente sintagma: “*el espacio es un lugar practicado*”; ¿esto significa que existen diferencias entre “espacio” y “lugar”? Pues al parecer sí.

De acuerdo al mismo De Certeau (2000) un lugar, a diferencia del espacio, es el orden (cualquiera que sea) según el cual los elementos se distribuyen en relaciones de coexistencia. En el orden imperaría la ley de lo “propio”, pues los elementos considerados estarían unos al lado de otros, cada uno situado en un sitio propio y distinto que cada uno define. Un lugar es pues una configuración instantánea de posiciones. Implica e indica estabilidad. Como señala el mismo De Certeau *“el espacio es al lugar lo que se vuelve la palabra al ser articulada”*.

El esquema conceptual propuesto por este autor abre un horizonte interpretativo a partir del cual es posible leer la ausencia del espacio en la significación historiográfica de la escena inaugural, como algo que excede la relación causa-efecto atribuida a la supremacía de la dimensión temporal. En efecto, si tal como afirma De Certeau (2000), solo hay una pérdida del espacio, allí donde los relatos desaparecen (o simulan hacerlo), o bien se degradan en objetos museográficos, la ausencia dejaría de ser pura negatividad, o en su defecto, puro desplazamiento u omisión, pues en la medida que hacemos un reconocimiento de su vaciado, podemos saber lo que fue -o es- el espacio, en tanto práctica del lugar. Seguir la doble hebra planteada por De Certeau, en el intento de hacer presente la ausencia, nos conduce a una labor de reconstrucción del proceso de degradación que habría operado sobre el relato, así como también a reconstruir el proceso de desaparición real o simulada.

*“Cuando uno logra desprenderse de la creencia natural de que la historia es una sujeción cronológica de hechos que nos conducen a la modernidad y ponen en el centro de la escena la espacialidad y la violencia del colonialismo, la modernidad se asocia íntimamente con la colonialidad en una distribución espacial de nodos que forman parte de una organización estructural y ya no lineal de la historia.” (Mignolo, 2007: 72)*

## 2.- LA DEGRADACIÓN DEL RELATO

Recordemos que el estatuto que dimos al testimonio escrito de Américo Vespucio en tanto que escena inaugural fue el de metáfora. Esta se ha mostrado como inestable, pues tanto su significación como su sentido, varía conforme es asimilada de forma diferenciada por las distintas narrativas historiográficas. Recordar también que esto nos llevó a interrogarnos específicamente por el lugar de la escena inaugural en la historiografía moderna de las drogas, cosa que nos permitió percibir ciertas diferencias en torno a su lugar asignado. Dicha diferencia devino en *diferencia colonial*. Concluimos entonces que dicha diferencia colonial operaba también como zona de residuo. Ahora bien, para poder indagar en el sentido de lo residual, nos abocamos a rastrear ciertas claves de lectura en el texto historiográfico, desplazando así la interrogante hacia el lugar de referencia en el texto: su citación historiográfica. En esta dirección, nos interrogamos por el sentido y uso de la referencia, encontrando ciertas constantes en ambos textos. Estas constantes darían cuenta de que el carácter inaugural de la referencia vendría dado, sino exclusivamente, principalmente por su valor indicativo del tiempo referencial de la historia. De ahí que pudimos ver como el sentido inaugural que adquiriría la referencia, no solo se alejaba de la función metafórica originalmente pensada como un instrumento crítico, sino que también la obstruía y desactivaba. En este sentido, la degradación última del relato se halla relacionada con el devenir de la escena en objeto museográfico. Esto significa un desplazamiento de su valor en tanto que documento a un valor en tanto monumento.

Al respecto, en *“Los dos ejes de la cruz”*, Noé Jitrik (1983) recurre a la distinción epistemológica entre documento y monumento desarrollada por Michel Foucault (2008) en *La arqueología del saber*. Sintéticamente se podría decir que el documento es todo aquello que permite una "lectura" y el monumento ofrece un testimonio concluido. Sobre esta distinción y a modo introductorio para la definición y tratamiento de su objeto de estudio (el corpus escriturario colombino) Jitrik nos propone dos preguntas encadenadas que serían perfectamente válidas para nuestro análisis.

*"¿Podríamos desde cierta teoría de la lectura, convertir todo, aún lo que aparentemente tiene el cerrado aspecto del monumento, en un documento legible y a la lectura como el trámite necesario para reconstruir un proceso? ¿O por el contrario, debemos ser obedientes a una exigencia que bloquea y que, consolidando una actitud reverencial frente a los hechos del origen, aparentemente indispensable para afirmar el sentido de una cultura impide el desarrollo necesario, respiratorio para la cultura de la crítica?". (Jitrik, 1983: En Leis, 2009)*

Las nociones de "reconstrucción" y de "proceso" nos proponen una actividad exploratoria cuyo fin es revelar nuevos aspectos y significados que se vinculan necesariamente con el presente. En cambio la otra actitud, reverencial y bloqueadora, no resulta nada saludable en la medida que paraliza la actitud crítica. Es el caso de la referencia al texto de Vespuccio en las dos obras que hemos analizado, pues en ambas la referencia se cierra sobre misma, remitiéndonos solo al tiempo referencial de la historia. De tal modo que no hay lectura posible, pues su espacio ha quedado vaciado, ha perdido toda su opacidad y se ha hecho tan nítido como transparente. Reducida al puro *inicio* de una secuencia cronológica, el documento de Vespuccio no es más que un objeto museográfico. En este sentido, la metáfora ha devenido en pura literalidad, y la literalidad borra cualquier intento interpretativo, obstruye toda posibilidad hermenéutica. Desde este punto de vista, el sentido literal es el índice y el efecto de un poder social, el de una élite: "...de suyo ofrecido a una lectura plural, el texto se convierte en un arma cultural, un coto de caza reservado, el pretexto de una ley que legitima, como literal, la interpretación de profesionales y de intelectuales socialmente autorizados" (De Certeau; 2000: 184). En esa perspectiva, al tiempo que oculta y/o esconde la naturaleza relacional y múltiple de sus enunciados, reifica y naturaliza el universo referencial de los mismo. Entonces ¿cuál es el sentido del ocultamiento? y ¿por qué al mismo tiempo que oculta también naturaliza y reifica aquello? Ambas interrogantes son indisociables entre sí, pues representan dos caras complementarias –la espada y la cruz- de un mismo proceso histórico: *La colonialidad del poder y su respectiva construcción del otro subalterno*.

Siguiendo la tesis de Edmundo O`Gorman (2006) de “la invención de América”, el nacimiento de la Idea de América se encontraría íntimamente ligado a la propia “idea” de occidentalismo. Baste recordar que “Indias Occidentales” fue el nombre que le dieron los españoles a sus nuevos territorios y que durante tres siglos coexistió con el nombre de “América”. Ahora bien, la idea de un occidente (occidentalismo) y la ideología de expansión Occidental definieron los confines de occidente, pues si bien éstos eran parte de su periferia, de todos modos pertenecían a occidente (Mignolo, 2007). Dichos confines fueron trazados desde un locus de observación que se veía a sí mismo como centro del mundo, desde el cual que se observaba, describía y clasificaba el resto. En este sentido, tal como propone O`Gorman (2006), el occidentalismo presenta dos dimensiones vinculadas entre sí. Por un lado, serviría para situar la cultura occidental como centro en el espacio geohistórico. Por otro, aunque de manera menos visible, fijaría el locus de enunciación privilegiado, en tanto la descripción, conceptualización y clasificación del mundo se realizan en –desde- occidente (O`Gorman, 2006)).

En síntesis, el “occidentalismo” fue un concepto geopolítico y la base del saber desde la que se determinaron todas las categorías de pensamiento y todas las clasificaciones del resto del mundo. Los occidentales tienen disciplinas y ciencia (saber), en cambio los otros tienen “culturas” que deben ser estudiadas por las disciplinas y ciencias occidentales. En este sentido, el poder de encantamiento del occidentalismo residiría en su privilegiada ubicación geohistórica. Sin embargo se trataría de un privilegio atribuido por Occidente a sí mismo porque existía en él la creencia hegemónica de que era superior en el plano racial, religioso, filosófico y el científico (Mignolo, 2007). Una de las consecuencias más terribles de esa creencia es que el mundo es, en apariencia, lo que las categorías europeas de pensamiento permiten decir que es. Todo lo que no coincida con esas categorías es erróneo y toda forma de ser o pensar que se distancie a ese modelo se arriesga al acoso, a la demonización e incluso a su muerte.

Si articulamos el esquema conceptual de Michel De Certeau revisado anteriormente en relación al relato como práctica del espacio con los planteamientos de O`Gorman en relación a la noción de occidentalismo, entonces el sentido del ocultamiento se nos

hace algo más inteligible. Ciertamente, la degradación del relato que opera sobre el texto de Vesputio, en tanto invierte el valor documental en valor monumental y en tanto desplaza la potencia metafórica de la escena inaugural a una función meramente representacional o constatativa, tendría un doble efecto de ocultamiento. Por un lado, oculta el carácter situado de dicho relato, en tanto subordina su “ubicación” a una cuestión meramente temporal o cronológica, excluyendo de su significación la cuestión espacial o geopolítica que condicionan todos sus enunciados y por siguiente sus sentidos asociados. Por otro lado, y de forma simultánea, oculta el locus de enunciación (por cierto indisociable al espacio) desde el cual se fija y articula el relato.

Ahora bien, en el contexto de la historiografía de las drogas, la referencia al texto de Vesputio, opera como un intertexto que redundante y refuerza el mismo desplazamiento, en tanto arrastra al relato historiográfico a su propio vaciamiento, pues en su trama oculta u omite cualquier gesto hermenéutico de carácter situado, pues borra – invisibiliza- el espacio que sitúa su propia escritura (lugar instituyente) y su sentido historiográfico (lugar instituido). En definitiva, y volviendo a una de nuestras primeras interrogantes planteadas anteriormente en el texto, ambos procesos, arrastre y vaciamiento, en su convergencia, delinean el carácter residual que adquiere la escena inaugural en la historiografía moderna de las drogas.

En efecto, más allá de las carencias consustanciales a toda interpretación histórica, en tanto en ellas pueden quedar adheridas residuos de significado ilegibles, interpretables desde las categorías de la carencia (el texto dice menos de lo que quiere) o de la exuberancia (el texto dice mas de lo que se propone), lo residual de la escena inaugural, aquí emerge como un efecto de la citación repetida de un relato en ausencia de sus propias practicas espaciales instituyentes y en ausencia del lugar de enunciación historiográfico que lo instituye (es decir que lo sitúa). En efecto, esta invisibilización del lugar particular de enunciación lo convierte en un lugar sin lugar, en un universal.

Como ojos imperiales, dicha perspectiva des-situada, supone la adopción de un punto de vista fijo y único, es decir la postulación de una mirada soberana que se encuentra

fuera de la representación. Dicha perspectiva constituye un instrumento a través del cual se ve, pero que, a su vez, no puede ser visto. De este modo otorga la posibilidad de tener un punto de vista, sobre el cual, paradójicamente, no es posible adoptar ningún punto de vista; una representación que pretende ser verdaderamente científica en tanto que puede –por cierto sin lograrlo- abstraerse de su lugar de observación y generar una mirada universal o global sobre el espacio. Precisamente es esa mirada que pretende articularse con independencia de su centro étnico y cultural, la que diferentes autores han denominado como *la hybris del punto cero*, la que desde nuestra perspectiva, dará forma a la zona residuo.

En efecto, la escena inaugural adquiere un carácter residual, no solo porque su citación repetida sea capaz de evocar el murmullo de un acontecimiento venido desde muy lejos, sino porque dicha citación, en las condiciones que hemos descrito, constituye, es en si misma, una operación de colonización del espacio, en tanto hace de la escena inaugural una pieza museística, la que en tanto representa el grado cero, permite indexar y graduar el desarrollo de la humanidad en un horizonte civilizatorio con un *télos* definido y determinado.

*“La colonización del espacio (así como de la memoria y del lenguaje) tomó durante el siglo XVI la forma de un proceso evolucionista en el cual unas formas de representación territorial (lenguas y formas de representar el pasado) fueron consideradas preferibles a otras [...] La colonización del espacio (del lenguaje y de la memoria) estuvo marcada por la creencia de las diferencias podían ser medidas en valores y los valores en términos de una evolución cronológica. La escritura alfabética, la historiografía y la cartografía [del siglo XVI] empezaron a crear un marco más amplio de pensamiento en el que lo regional [Europa] podía ser universalizado y tomado como criterio único para evaluar el grado de desarrollo del resto de la humanidad” (Mignolo, 1995 En Castro-Gómez, 2005: 60-61)*

Desde ese no lugar, o más bien desde aquel locus oculto de enunciación, se indexará el relato/documento/monumento. Ambos procesos se actualizan una y otra vez,



mediante la citación repetida del texto/relato de Vespuccio en la historiografía de las drogas, revelando en su curso, el carácter residual hegemónico que dicha escena adquiere.

Pero clarifiquemos algo más respecto a esto último, deteniéndonos brevemente en la cuestión del valor indexal que, como bien señalamos, adquiere la escena inaugural en tanto pieza museística. En esa dirección, vamos a tomar prestada y extrapolar, sin olvidar las limitaciones y riesgos que implica dicha operación, un concepto clave desarrollado por Harol Garfinkel como parte del aparato teórico que sustenta su enfoque etnometodológico. Decimos que vamos a extrapolar, pues como es sabido el foco de interés de la etnometodología son las personas en su interacción cotidiana y las actividades que se desarrollan en sus contextos inmediatos; actos que refieren al habla, y no al orden escritural que es nuestro caso. De ahí la extrapolación y sus riesgos que por cierto asumimos.

El concepto que vamos a utilizar es el de *indexicabilidad*. De acuerdo a Garfinkel, la enunciación de toda palabra o frase se produce en un contexto. Ese contexto hace que cada palabra tenga un significado específico en cada oportunidad de enunciación. Comprender una palabra o una frase implica siempre un análisis de la situación que va más allá de la información efectivamente dada en un momento concreto. Una palabra por lo tanto, no conlleva el significado plenamente, sino que lo adquiere del todo en el escenario concreto de su producción. De ahí que el concepto de indexicabilidad implica que todo lenguaje natural es indexical en la medida en que su significado es siempre dependiente del contexto de su propia producción. En consecuencia no hay significado posible al margen de las condiciones de su uso y del espacio social de su enunciación (Iñiguez, 2006).

Ahora bien, el concepto *indexicabilidad* elaborado por Garfinkel, nos abre algunas interrogantes, relacionadas tanto con la degradación del relato como con el carácter residual que la escena inaugural adquiere en la historiografía de las drogas. Recordemos que de acuerdo a De Certeau, el espacio funciona como una unidad polivalente de programas conflictuales o de proximidades contractuales, de ahí el

*espacio como lugar practicado*. Sobre esta base, podríamos decir que el espacio es para De Certeau lo que la situación es para Garfinkel. Si ahora volvemos al texto de Vesputio, teniendo presente que este corresponde a su testimonio escrito en el cual, tal como el textualmente señala el propio Richard Davenport-Hines se “*describiría sus “encuentros” con una raza extraña –de mascadores de coca*”, se puede deducir con toda propiedad que el relato de Vesputio refiere a una *situación* de “encuentro”, y como tal, el significado último de sus enunciados, solo se nos hace inteligible en la medida en que seamos capaces de analizar y comprender el *escenario* concreto en el que se produce.

De hecho, lejos de cualquier esteticismo retórico, la propia noción de *escena inaugural*, ha sido elaborada sobre la base del reconocimiento de que hay una situación en juego que contextualiza el significado último de los enunciados. Esta idea fundante de la escena inaugural contrasta de forma radical con el uso y significado que adquiere dicha escena en la historiografía moderna de las drogas. Pareciera ser, que desde cierto canon historiográfico, las implicancias situacionales y contextuales que condicionan el significado último del texto, han quedado excluidas o desalojadas del texto. Como consecuencia, el significado atribuido al texto ha quedado reducido a una mera función mimética del texto, en tanto describe la realidad e informa de ciertos hechos. Sin ir mas lejos, recordemos que el mismo Courtwrigth utiliza la descripción de Vesputio como valor indiciario de los efectos físicos indeseables atribuido al consumo de ciertas drogas, lo que al mismo tiempo, explicaría la distancia y rechazo de dichas prácticas por parte del hombre/blanco/culto y bello (el europeo).

En el vértice que produce la convergencia de una doble ausencia, la del espacio (De Certeau) y de la situación (Garfinkel), se alojan las zonas residuales que caracterizan la significación historiográfica hegemónica de la escena inaugural. Ciertamente, no nos basta con la ausencia. Tendremos que ser capaces de versionar, de hacer hablar los rastros, la presencia espectral de su desaparición real o simulada. Por ahora aplacemos esta tarea, dejémosla como desafío pendiente y sigamos con nuestro análisis.

Como hemos visto hasta ahora, el relato degradado a objeto museográfico, permite indexar el uso cultural de las drogas a la historia del desarrollo de la humanidad. En este sentido permite apuntar a la especificidad del tiempo y espacio en el que determinadas prácticas ocurren (“aquí y ahora” o “allá – entonces”). El index dice “aquí”, y la indicación dirige la atención a un objeto/ espacio/ momento particular donde se detiene. Cabe recordar, que en nuestro caso, la lógica del index operará mediante dos movimientos simultáneos y complementarios entre sí. Las hipertrofia del tiempo/momento y el ocultamiento del espacio. Sin embargo, tampoco podemos olvidar que en nuestro caso el index ocurre a través de un gesto escritural, y por tanto deviene parte de un proceso de traducción, codificación y registro de mayor amplitud. Ahora bien, dicho gesto escritural, no solo denota hechos sino que actúa sobre el mundo. Dicho carácter es el que impide al index ser una mera descripción o ejemplo de lo físico, ya que interviene mediante su cualidad performativa que produce y cambia aquello que señala. Esta segunda característica del *index* nos da pie para introducir el segundo eje de análisis, que es la desaparición simulada del relato como operación de vaciamiento del espacio.

### **3.- LA DESAPARICIÓN SIMULADA DEL RELATO**

La desaparición (simulada) del relato constituye el segundo eje de análisis mediante el cual intentaremos reconstruir el proceso de vaciamiento del espacio en la escena inaugural. Antes de adentrarnos en el análisis quisiéramos hacer un par de señalamientos necesarios para una mejor comprensión de las ideas centrales que vamos a exponer.

En primer lugar, y a riesgo de parecer una obviedad, quisiéramos insistir en el carácter indisociable de ambas perspectivas de análisis. En efecto, degradación y desaparición del relato, constituyen dos procesos interdependientes que convergen de forma complementaria en una misma operación: *el vaciamiento del espacio*. Aún así, no se funden en la indistinción, pues sus efectos, si bien son complementarios entre sí, adquieren un valor diferencial.

Un segundo señalamiento, tiene relación con la constatación de cierta correspondencia observada entre el proceso de desaparición (simulada) del relato y los usos de la referencia al texto/retrato de Vespucio (citación) en la historiografía de las drogas. Correspondencia, válida al menos para los dos casos analizados, la cual nos permite plantear cierta equivalencia entre ambos procesos, siendo refrendada de forma *ex post* por el efecto residuo que operará en la significación de la *escena inaugural*. En este sentido, el análisis del proceso de vaciamiento, al mismo tiempo que nos permite reconstruir las características del espacio (y lugar) del relato, también nos permite responder aquellas interrogantes centrales en torno a la cuales se ha articulado, sino todo, gran parte de la discusión de este subapartado. Recordemos estas interrogantes: ¿De que modo la escena narrada por Vespucio adquiere un valor residual en el texto historiográfico de las drogas? ¿En que sentido es residual?

Por último, señalar que esta segunda perspectiva de análisis nos permitirá continuar con una línea argumental desarrollada parcialmente en el punto anterior. Recordemos que en el punto anterior afirmamos que la metáfora habría devenido en literalidad. Igualmente dijimos que dicha operación al tiempo que ocultaba y/o escondía la naturaleza relacional de sus enunciados, reificaba y naturalizaba el universo referencial de sus enunciados. De ahí surgieron las siguientes interrogantes ¿Cuál es el sentido del ocultamiento? y ¿Por qué al mismo tiempo que oculta también naturaliza y reifica? Pues bien, el análisis de la degradación del relato, nos permitió reconstruir la operación de ocultamiento (locus y contexto de enunciación). Ahora el análisis de la desaparición (simulada) del relato, nos permitirá “completar” dicha operación o empresa inconclusa, ya que nos conduce a analizar el otro lado de la operación, es decir la otra cara del ocultamiento; la naturalización y reificación del referente.

En esa perspectiva, una de las coordenadas principales que orientarán el análisis que ahora vamos a desarrollar nos la brinda Walter Mignolo en el prologo a su libro *La Idea de América Latina: La herida colonial y la opción decolonial* (2007) señala lo siguiente:

*“Desde Bartolomé de Las Casas, en el siglo XVI, hasta Hegel, en el siglo XIX, y desde Marx hasta Toynbee, en el siglo XX, los textos se han escrito y los mapas*

*que se han trazado sobre el lugar que ocupa America en el orden mundial no se apartan de una perspectiva europea que se presenta como universal. En cierto que los autores reconocen que hay un mundo y unos pueblos fuera de Europa, pero también es cierto que ven a esos pueblos y a los continentes en que habitan como “objetos”, no como sujetos y en esa medida, los dejan fuera de la historia” (Mignolo, 2007: 17).*

#### **4.- VICIO Y RACIALIZACIÓN**

Si en el pasado el carácter geopolítico del conocimiento se ocultó mediante su sublimación en un universal abstracto proveniente de Dios o de un yo trascendental, en el presente parece hacerlo mediante el discurso desencarnado de la objetividad, siendo la desaparición (simulada) del relato, el fundamento y corolario de su no lugar. De hecho, la misma citación repetida del texto de Vespucio, parece olvidar la naturaleza encarnada de su propia visión, pues se presenta en la escena historiográfica como un artefacto semiótico capaz de reproducir de modo fiel la imagen inalterada del encuentro, siendo su propia citación descontextualizada, la performance que le confiere el estatus de versión original. A propósito de la mirada descarnada, la feminista Donna Haraway nos recuerda que esta es la mirada que miticamente inscribe todos los cuerpos marcados, que fabrica la categoría no marcada que reclama el poder de ver y no ser vista, de representar y evitar la representación, esa mirada –dira Haraway- “significa las posiciones no marcadas del Hombre y del Blanco, uno de los muchos tonos obscenos del mundo de la objetividad [...]” (Haraway, 1995: 324).

Pues bien, volvamos a recordar aquel fragmento de Vespucio, con que se inicia el relato del *encuentro* y mediante el cual se nos ofrece una “descripción” de los otros y sus costumbres relacionadas con el masticado de coca. Vespucio inicia su relato con los siguientes enunciados: *“En el rostro y ademanes del cuerpo son muy brutales. Todos tenían la boca llena de cierta yerba verde que rumiaban, casi de la misma manera que los animales, de suerte que apenas podían articular palabra”* (Fernández de Navarrete, 2003: 97).

Ahora bien, en la versión en español de la historia de Richard Davenport-Hines, el mismo fragmento, será traducido con algunas variaciones respecto a la traducción del texto que antes hemos reproducido. Diferencias que vale la pena observar. Vamos al texto Davenport-Hines: *“Su apariencia y sus gestos eran sumamente toscos, tenían las bocas llenas de una hojas de hierba verde que mascaban constantemente como bestias, de modo que casi les impedía hablar”* (Davenport-Hines, 2003; 24). Ahora observemos en paralelos ambas versiones desagregando sus principales enunciados.

#### **Martín Fernández De Navarrete**

#### **Richard Davenport-Hines**

EA1 En el rostro y ademanes del cuerpo son muy brutales.	EB1 Su apariencia y sus gestos eran sumamente toscos,
EA2 Todos tenían la boca llena de cierta yerba verde que rumiaban, casi de la misma manera que los animales	EB2 tenían las bocas llenas de una hojas de hierba verde que mascaban constantemente como bestias
EA3 de suerte que apenas podían articular palabra	EB3 de modo que casi les impedía hablar

Desde la perspectiva del no lugar, la observación en paralelo de las dos versiones del texto de Vespucio arriba descritas y expuestas de forma desagregada en el cuadro, nos revela ciertas diferencias existentes entre una y otra versión, diferencias que no serían mayormente significativa a efectos de su significación y sentido historiográfico. En efecto, desde esta perspectiva (la del no lugar), la diferencia apenas deviene en un matiz que sería consustancial al proceso de traducción (entendiendo traducción desde la versión tradicional del término). Matiz que en última instancia, tal como ya hemos dicho, no afectaría el sentido último de los enunciados, como tampoco afectaría el sentido global del texto. Desde este “punto de vista”, se constataría la equivalencia entre los enunciados de una u otra versión (“EA1-EB1”; “EA2-EB2”; “EA3- EB3”). Dicha equivalencia, indistintamente puede ser pensada como causa o efecto de un mismo sistema de significación que garantiza la estabilidad del referente, reforzando el

carácter unívoco de sus significados. Más aún, una vez desestimada la diferencia entre sus enunciados, el carácter estable y unívoco del significado, en tanto deviene en citación repetida, constituye la garantía y fundamento último de lo “real” del referente. En efecto, sus enunciados descriptivos, de ser verdaderos, estarían dando cuenta de ciertos atributos o cualidades del objeto o situación descrita, los que serían, no solo definitorias de los mismos, sino que también, inherentes a éstos. En este contexto, la cita será pues el arma absoluta de hacer creer, porque apuesta a lo que el otro supuestamente cree; es pues el medio a través del cual se instituye algo “real” (De Certeau, 2000).

Así por ejemplo, los enunciados que conforman el binomio “EA1-EB1”, se vuelven equivalentes entre sí, en la medida en que constatan y describen del “mismo” modo una “misma” realidad con sus atributos y características definitorias. Es decir no hacen más que representar y designar la apariencia “tosca-brutal” del otro, el cual se hace inteligible, a través del gesto/ademán. Signos cuya codificación permite articular la imagen de lo animal y/o bestial como definición y captura del otro. Imagen cuya citación repetida prescinde –en la medida que lo reifica- del referente y reactualiza la construcción colonial de las alteridades. Repetición que enmascara la operación de suma cero de la diferencia colonial inscrita en el cuerpo del otro. Simulación de un original que pretende hablar en nombre de los hechos y por tanto hacer tomar como referente la simulación que produce.

De que otro modo sino como parte de la lógica antes descrita, se puede llegar a entender la referencia que David Courtwright hace al texto de Vespucio cuando señala al respecto que *“Las mejillas se abultaban con la hierba misteriosa, mascada al modo de los rumiantes. [y que Vespucio] **Los consideró el pueblo más desagradable y bestial que había conocido.** ¿Cómo llega Courtwright a concluir que Vespucio los consideró el pueblo **más desagradable**? A decir verdad, una lectura atenta al texto/testimonio de Vespucio –correspondiente al Segundo Viaje de éste en la versión de De Navarrete- en ningún momento deja entrever algo parecido. Ya ni siquiera estamos pensando en una alusión directa, sino en algo que indirectamente permita al autor, o a nosotros mismos, inferir que las *costumbres de dichas gentes* –como él mismo texto/relato de*

Vespucio señala – es decir el masticado de coca, refieren a un pueblo desagradable, o en su defecto sentir desagrado por éste como efecto del relato. Menos aún, nos conducen a formarnos una imagen o representación de este pueblo como siendo el **más desagradable y bestial**, como el propio Courtwright afirma enfáticamente en su texto. Después de todo, como bien señala De Certeua, “citar al otro en su favor es, por tanto, hacer creíbles los simulacros producidos en un sitio particular” (De Certeua, 2000: 205). En un sitio otro, agregaríamos nosotros.

Como bien es sabido, toda interpretación es transductora porque el significado original no permanece inalterable, dado que es otro el contexto en que ancla su sentido. De este modo, no es posible encontrar una traducción inocua desvinculada de los centros que la gobiernan. De ahí que, toda traducción es reescritura que refleja una ideología que distorsiona el texto original (en el caso que aceptáramos que existiese un original), de manera tal que no se puede garantizar la transmisión del significado y mucho menos la transmisión del sentido. En consecuencia, la traducción entendida como transducción, sería un medio o herramienta del discurso colonial que se manifiesta en actitudes, intereses, prácticas, formas de conocimiento y de manipulación con el objetivo de producir un texto útil y adecuado al contexto de destino.

Toda traducción es, siguiendo a Bourdieu, un ejercicio de “violencia simbólica” y un avance menos que inocente hacia otro espacio cultural que se asimila al propio. De ahí que Courtwright, pese a ocultar su lugar de enunciación, no hace más que encarnar la propia lógica de la traducción. En efecto, recordemos que el mismo Courtwright utiliza la referencia al texto de Vespucio como antesala argumental, antes de desplegar una serie de hipótesis mediante las cuales va a intentar explicar la difusión irregular de las drogas a escala mundial. Como vimos anteriormente, una de estas hipótesis sostiene la existencia de cierta relación entre algunos efectos físicos asociados al consumo y la difusión de las drogas. Ahora bien, en tanto los primeros pueden llegar a contrariar el ideal de la apariencia (de belleza agregaríamos nosotros) su práctica y difusión se vería afectada. En el extremo de su valoración, se hallarían ciertos efectos físicos asociados



al consumo de ciertas drogas como la kava<sup>10</sup>, el betel<sup>11</sup> y la coca, cuyos efectos físicos amenazan con menoscabar la vanidad del usuario. Pero Courtwright, en ningún momento se preguntará por el valor situado que adquiere la adjetivación de los otros en el texto de Vespucio, como tampoco se pregunta por la naturaleza política que adquiere la estetización de ciertas prácticas culturales asociadas al consumo de ciertas sustancias.

Después de todo, la lectura del rostro y de los gestos del *otro*, en la medida en que funcionan como índice de bestialidad y barbarie, no son más que efectos de una traducción ideológica de la otredad. El *otro*, no habla, no está, no existe, sólo es un objeto de estudio. Para que exista tiene que ser asimilado, incorporado. De ahí que la estetización del gesto y de la apariencia, obedece a una estrategia de dominación simbólica, en tanto el “sujeto” otro (el indígena) se hace presente a través de un proceso de significación que permite su inserción semiótica y material en un contexto normativo, el cual -al mismo tiempo- regulará sus prácticas y establecerá lo que debe y no debe hacer, definirá lo que es y no es. Siendo en este caso pura negatividad, más bien regulará *lo que no es*. Como bien advirtiera Pierre Bourdieu, el dominante es el que consigue imponer la manera en que quiere ser percibido, y el dominado es definido, pensado, hablado por el lenguaje del otro (Eribon, 2001).

Pareciera ser que Courtwright olvida que todos los ojos, incluidos los suyos y los nuestros, son sistemas perceptivos activos que construyen traducciones y maneras específicas de ver, es decir, formas de vida (Haraway, 1995). En esa ausencia recepciona el texto de Vespucio como si se tratase de una expresión meramente constatativa que describe el mundo o las cosas que forman parte de él. No logra ver en el texto de Vespucio ningún indicio de expresiones realizativas que lo lleven a pensar en el carácter performativo que adquiere el texto de Vespucio en el horizonte del

---

<sup>10</sup> En Oceanía el fármaco más utilizado es la kawa-kawa, un brebaje rico en pironas y extraído de cierta raíz, utilizado en algunas zonas en rituales chamánicos y en otras por razones estrictamente profanas. (Ecohotado, 2004)

<sup>11</sup> Excitante utilizado en Extremo Oriente que se masca formando una bola semejante a la cocada del indio andino, con una frecuencia prácticamente igual (esto es, todo el día, como los mascadores de cat y cola) y por las mismas razones, ya que reduce el hambre, disminuye la fatiga y combate la desgana laboral (Ecohotado, 2004)

imaginario colonial. Menos aún verá indicios que lo lleven a pensar en los efectos performativos asociados a su propia citación del texto, en el marco de su relato historiográfico postcolonial. Doble ausencia, toda vez que en su lectura de la escena inaugural queda fuera el acto performativo que produce la identidad como efecto del estereotipo, y toda vez que se desconoce el efecto performativo de su propia citación, la que ciertamente reactualiza el proceso de atribución de cualidades que esencializan las identidades. Formación y reproducción del estereotipo que hasta día de hoy funge la representación hegemónica de las llamadas “minorías étnicas” y sus prácticas de consumo cultural.

Ejemplo de esto último, son las palabras pronunciadas en la Universidad Nacional de Colombia por el Dr. Jorge Bejarano, quien fuera uno de los intelectuales más prestigiosos e influyentes de la sociedad colombiana en la primera mitad del siglo veinte. Sus palabras resultan más elocuentes aún, si se tiene presente que éste ocupó el cargo de Primer Ministro de Higiene (1947) y si no olvidamos el contexto donde se llevó a cabo dicho discurso<sup>12</sup>:

*“Los indios son hombres que después de mascar la coca acometen su trabajo con entusiasmo que llega al frenesí en tal extremo que es un peligro para sus compañeros, se hacen megalómanos y creen ser dueños de las tierras que laboran, de los ganados y el paisaje, **se convierten en viciosos, como el morfinómano** que prescinde de todo alimento y quienes en temprana edad adulta son terrosos, arrugados, anímicos y con diarrea crónica (...) por la coca la raza india se degenera, sus hijos muestran deficiencias intelectuales y otros estigmas físicos y mentales. (...) La criminalidad es alta, su moral es la del instinto y la mentira, su erotismo es exagerado (...) Su sexualidad anormal e invertida y el uranismo y la bestialidad, son aparentes y comunes...”* (Bejarano En García, 2005: 286)

---

<sup>12</sup> Al ser nombrado Ministro de Salud el doctor Jorge Bejarano decidió hacer capital político con el problema de la coca expidiendo el decreto 896 del 11 de marzo de 1947, el cual prohibía el cultivo, la distribución, la venta y la posesión de hojas de coca en todo el país (Henman, 1992)

Nótese el paralelismo que Bejarano hace en su discurso entre la figura del “coquero indígena” y el “morfinómano”. Dicha *perla* retórica presente en su discurso, no es ni casual y menos gratuita. Tampoco responde a una mera estrategia discursiva orientada única y exclusivamente a potenciar cierta alarma social ante un supuesto problema de salud pública. Muy por el contrario, se trata de una figura retórica de tipo inquisitorial orientada a la subalternización del otro. En efecto, agenciada en la *diferencia colonial* y en la colonialidad del saber, dicha figura se enmascara y se vende como pura “diferencia cultural” amparada en un conocimiento legítimo (es decir, el que goza de “validez científica”) que oculta el diferencial de poder/saber que fija y caracteriza su locus de enunciación. Dicho en otros términos, enmascara y oculta a la vez, el carácter colonial (su envés, la colonialidad del poder) de su locución.

No debemos olvidar que la diferencia colonial consiste en clasificar grupos de gentes o poblaciones e identificarlos en sus faltas o excesos (*La criminalidad es alta, su moral es la del instinto y la mentira, su erotismo es exagerado (...)*), la cual marca la diferencia y la inferioridad con respecto a quien clasifica (Mignolo, 2003); “...por la coca la raza india se degenera, sus hijos muestran deficiencias intelectuales y otros estigmas físicos y mentales...”. Tampoco olvidar que la colonialidad del saber “tiene que ver con el rol de la epistemología y las tareas generales de producción de conocimiento en la reproducción de regímenes de pensamiento coloniales” (Maldonado, 2007: 130).

Ahora bien, tal como sugiere Mignolo (2003), el concepto de colonialidad a su vez convoca necesariamente el concepto de poscolonialidad en dos sentidos que serán complementarios entre sí. Por un lado, en un sentido literal, en tanto indica que la colonialidad ha continuado, razón por la cual el *pos* indica meramente que la colonialidad global del proyecto liberal no se configura ya como la colonialidad cristiana o liberal de los siglos anteriores (Mignolo, 2003). En un segundo sentido, utopístico -dirá Mignolo- en tanto éste indica el espacio de análisis y los proyectos dirigidos a revelar la lógica oculta de la colonialidad.

En cuanto a lo primero (sentido literal de poscolonialidad), el discurso pronunciado por el Dr. Bejarano es más que elocuente. En efecto, el discurso se comporta como si

tratase de un agregado de enunciados adjetivantes que se van añadiendo uno a otro, llegando incluso a descuidar su propia lógica articuladora. Sin otra pretensión que la de contribuir, sumando caracteres varios, al proceso retórico de asignación nominal identitaria, en el cual cada uno de los enunciados va a aportar “su granito de signo” en pro de la diferencia y el estereotipo del otro subalterno/colonial: “*Peligrosos*”, “*megalómanos*”, “*viciosos*”, “*terrosos*”, “*arrugados*”, “*anormales*”, “*invertidos*”, “*bestias*”, etc., todas y cada una de ellas insignes marcas de lo abyecto, las que inscritas en la carne del otro, producirán -en tanto efecto de significación- el repudio de y al mismo tiempo la conmiseración por esa otra otredad. Ciertamente, agregación y ambigüedad caracterizan la construcción del estereotipo del “indio coquero”. Al respecto, Homi Bhabha (2002) al analizar el discurso colonial señalará que el estereotipo es una de sus principales estrategias. Respecto a este último señala lo siguiente:

*“Un rasgo importante del discurso colonial es su dependencia del concepto de fijeza en la construcción ideológica de la otredad. La diferencia cultural/histórica/racial en el discurso del colonialismo, es un modo paradójico de representación: connota rigidez y un orden inmutable así como desorden, degeneración y repetición demoníaca. Del mismo modo el estereotipo, que es su estrategia discursiva mayor, es una forma de conocimiento e identificación que vacila entre lo que siempre esta “en su lugar”, ya conocido, y algo que debe ser repetido ansiosamente [...] Pues es la fuerza de la ambivalencia lo que le da al estereotipo colonial su valor: asegura su repetibilidad en coyunturas históricas y discursivas cambiantes; produce un efecto de verdad probabilística y predictibilidad, que, para el estereotipo, siempre debe de estar en exceso de lo que puede ser probado empíricamente o construido lógicamente” (Bhabha, 2002: 91)*

La estrategia discursiva colonial que aborda la otredad, tarde o temprano, termina pivotando en el estereotipo racial. Sin embargo, aquí la cuestión racial no se relaciona con el color de la piel o la pureza de sangre, sino con la categorización de individuos según su nivel de similitud o cercanía respecto de un modelo presupuesto de

humanidad ideal. Modelo por cierto situado en el contexto histórico de un orden civilizatorio moderno/colonial.

Ahora bien, es razonable pensar que más de un lector se pregunte por la pertinencia de la noción de estereotipo que hemos puesto en juego, toda vez que esta noción es utilizada por Homi Bhabha para analizar el discurso colonial. Más aún, cuando el texto que aquí nos está ocupando –el discurso del Dr. Bejarano– remite a un discurso pronunciado a mediados del siglo pasado, y por tanto situado históricamente en pleno desarrollo poscolonial de apogeo de los Estados nacionales, independientes, libres y soberanos. Pues bien, intentemos despejar esta duda, y de paso, reforzar la pertinencia, que de acuerdo a nuestro punto de vista, tiene hasta el día de hoy, la noción de estereotipo desarrollada por Homi Bhabha (2002).

En esa dirección, resulta a lo menos curioso, observar como pese a la amplitud de las zonas de anclaje a los cuales se recurre en la formulación de los enunciados para la construcción del estereotipo del “indio coquero”, estos parecen gravitar siempre en torno a una figura central de carácter espectral; nos referimos a la figura del *bárbaro*. En tanto figura espectral, su amenaza se aloja tanto en el mundo de los hechos (lo real) como también en el mundo de lo virtual (lo posible). Al respecto Hugo Vezzetti señala que “la figura de la barbarie condensa una imagen del medio natural, un modo de concebir la organización del poder y un discurso “psicológico” acerca de las pasiones” (Vezzetti En García, 2000: 1003). En este sentido la barbarie se actualizaría en la figura o imagen del “indio coquero”, siendo la hoja de coca, el suplemento de dicha operación; “...por la coca la raza india se degenera...”. Al respecto, la lectura del siguiente fragmento probablemente permita ilustrar y reforzar el planteamiento anterior.

*“[...] Ninguna justicia hay entre ellos...no tienen ni amor ni vergüenza, son como asnos, abobados, alocados, insensatos; no tienen en nada matarse, ni matar; no guardan verdad si no es en su provecho; son inconstantes, no saben qué cosa sea consejo; son ingratisimos y amigos de novedades [...] Son bestiales en los vicios; ninguna obediencia...no son capaces de doctrina ni de*

*castigo...haraganes, ladrones y mentirosos y de juicios bajos...no se guardan lealtad maridos a mujeres [...] sucios como puercos...no quieren mudar costumbres ni dioses [...] cuando más crecen se hacen peores...” (Fray Tomas Ortiz En Mires, 2006: 60)*

Ahora bien ¿Hasta que punto el discurso del Dr. Bejerano y el texto de Fray Tomas Ortiz confluyen entre sí? ¿Hasta que punto existe continuidad entre ambos? ¿Que los une y que los separa? Partamos por esta última interrogante.

En primer lugar, y en términos generales, podemos señalar que lo que une a ambos relatos, es el referente, o mejor dicho su estabilización. En ambos casos se trata de una “descripción” del “indio y sus costumbres”. ¿Qué los separa? Nada más que 400 años. El primero escrito por un prestigioso medico salubrista y el segundo escrito por un prestigioso sacerdote dominicano. Ambos comparten, también, cierto imperativo dirigido a la transformación pasional-instintiva del otro que lo coacciona hacia un polo moral. Sin embargo, para uno la nueva organización social-pasional a la que es impelido el otro, significará el reforzamiento del cuerpo colonial en un horizonte de cristianización. Para el otro, significará el reforzamiento del cuerpo de la nación en un horizonte de civilización.

En este sentido, la lectura del discurso del Dr. Bejarano hecha a contraluz del relato de fray Tomas Ortiz, muestra con toda claridad como la matriz que permitió establecer las diferencias y justificar la colonización, es decir, la colonialidad del poder, ha tenido continuidad, aún después de que las colonias de América latina logaran su independencia. Este hecho permite explicar y entender mejor la diferencia entre *colonialismo* y *colononialidad*: “El colonialismo tiene distintas ubicaciones geográficas e históricas. La colonialidad, en cambio es la matriz subyacente del poder colonial que siguió existiendo en Estados Unidos, América del Sur y el Caribe después de la independencia” (Mignolo, 2007: 92). Después de todo, la matriz colonial del poder, solo habría cambiado de manos pero aún seguirá en pie.

Por otro lado, si ahora analizamos el texto desde la segunda acepción que adquiere la noción postcolonial, es decir desde una perspectiva analítica que intente revelar la lógica oculta de la colonialidad, podremos advertir que la “diferencia cultural” que caracteriza al “indio coquero” se articula y legitima en tanto refiere a un conocimiento científico anclado en la medicina moderna y que en tanto conocimiento legitimado avala a la misma. En esa dirección, se puede observar que a nivel intertextual, el discurso del Dr. Bejarano, se halla profundamente imbricado o conectado al saber médico hegemónico europeo occidental de la época. Saber profundamente apreciado por la elite social que constituía el grueso de la profesión médica en Suramérica durante el siglo pasado. En efecto, cabe recordar que en 1924 el distinguido toxicólogo alemán Louis Lewin publicaría su libro *Phantastica*, “considerado durante mucho tiempo casi como una Biblia sobre los efectos de las drogas psicoactivas” (Henman, 1992: 43). Obra que en 1931 sería traducida y publicada en inglés y recién en 2009 traducida y publicada en español. Cabe recordar que la obra de Lewin contribuiría de forma significativa y decisiva también, a la equivalencia que durante muchos años se estableció entre los efectos y daños asociados al uso de la coca y a los de la cocaína. Respecto a esta confusión Lewin señala: “...*el uso de las hojas y el de la cocaína producen resultados similares en cuanto a los síntomas reales y a la forma final del daño cocaínico*” (Lewin En Henman, 1992: 43).

Más aún, potenciará también la confusión, aún más característica para el pensamiento médico-farmacológico hegemónico de la época, entre la coca y los opiáceos. La misma confusión que casualmente reproduce en su analogía el Dr. Bejarano. Al respecto Lewin en su obra antes señalada, afirma lo siguiente:

*“El prolongado abuso toxicomaniaco ocasiona el desarrollo gradual de síntomas más graves, manifestaciones de las cuales es patente entre esos come-coca de Suramérica, los coqueros. Se comportan física y moralmente como los fumadores de opio. Aparece un estado caquético, con extenuación extrema acompañada de un cambio gradual de conducta. Son viejos antes de ser adultos. Son apáticos, inútiles para cualquier propósito serio en la vida. Son objeto de alucinaciones y los gobierna exclusivamente el deseo apasionado por*

*la droga, a cuyo lado todo en la vida es de menor valía” (Lewin En Henman, 1992: 43)*

Si la colonialidad del saber tiene que ver con el rol de la epistemología y las tareas generales de producción de conocimiento en la reproducción de regímenes de pensamiento coloniales (Maldonado-Torres, 2007: 130) ¿De que otro modo, sino desde la colonialidad del saber con sus respectivas prácticas históricas de violencia epistémica que la caracterizan, se puede entender la continuidad observada entre los discursos de fray Tomas Ortiz, Lewin y Bejarano? De la ausencia de drogas en el relato de Ortiz a la equivalencia de éstas en el relato de Lewin y Bejarano, la continuidad en todos los relatos viene dada por la forma de encaminar el proceso de construcción del otro subalterno, en el cual la coca viene a ser el suplemento perfecto para dicho proceso de subalternización. Volveremos sobre este punto más adelante.

Por ahora solo nos resta advertir una vez más el carácter inaugural que tendrá la escena narrada por Vespucio, toda vez que en esta se advierte de forma temprana la huella, la marca registrada –en el cuerpo del otro- del *ego conquiro* que lo instituye simbólicamente, despojándolo al mismo tiempo de ese mismo orden, en tanto y en cuanto se le niega su condición de sujeto, siendo historizado desde la afánisis<sup>13</sup> (en tanto bestias son pura necesidad) y la afasia (en tanto no pueden hablar) que la droga (la coca en este caso) viene a suplementar:

*“...las bocas llenas de una hoja de hierba verde que mascaban constantemente como bestias, de modo que casi les impedía hablar.”*

Como bien señala Ricardo Llamas (1994) la consideración preferente de algunas categorías de personas en función de sus cuerpos ha sido, a través de los tiempos y en muchas culturas, una estrategia recurrente de control y dominación. Si bien la realidad humana es indiscutiblemente corpórea, podría decirse que algunas personas *son más*

---

<sup>13</sup> Del griego aphanisis: invisibilidad, desaparición; fr. e ingl.: aphanisis). Abolición total y permanente de la capacidad de gozar; desaparición del sujeto mismo, en su relación con los significantes.



*cuerpo que otras*. Aquí, como bien advierte Llamas (1994) el postulado de *más cuerpo* no es, necesariamente, una cuestión de “volumen” sino de “esencia”. Ese plus no constituye una ventaja, sino más bien un inconveniente. La hipercorporalización no es fruto del azar, sino que responde a determinados principios de sujeción. Las categorías humanas en exceso encarnadas coinciden a menudo con sectores sociales discriminados, explotados y oprimidos.

Más aún, la hipercorporalización subalterniza la otredad. Pues ser sobre todo cuerpo significa dejar de ser otras cosas; abandonar la posibilidad de existencia en esferas distintas de la material. Significa, en ocasiones, no poder acceder al verdadero estatuto humano; perder la posible dimensión ética, social o política de la existencia. No ser hijo de Dios, no poder ejercer la ciudadanía o carecer del derecho a la palabra son posibles manifestaciones de este proceso (Llamas, 1994). En definitiva, la corporalización de determinadas categorías significa también, quizás, la pérdida de libertad y de autonomía, en beneficio de quienes sí ejercen una humanidad plena que les capacita para adoptar decisiones y determinar la propia vida y las vidas de los demás (Llamas, 1994)

## **5.- LA ESCENA INAUGURAL COMO CONTRAVERSIÓN**

Sea el propio texto de Vespucio, o ya sea mediante su citación historiográfica, la cuestión es que asistimos a un proceso de formación y reproducción ideológica, relacionada con la creación (re-actualización) de un estereotipo; esto es, a la invención de un marco conceptual que otorga características particulares desde afuera sobre un vasto conjunto de individuos, con el objetivo de fijar una identificación que regule la representación de sus identidades. (Solodkow, 2006). Ahora bien, tal como nos recuerda de De Sousa Santos, la producción de la inferioridad es crucial para sustentar el descubrimiento imperial y por eso es necesario recorrer múltiples estrategias de inferiorización. El salvaje es la diferencia incapaz de constituirse en alteridad. No es el otro porque no es siquiera plenamente humano: medio animal, medio hombre, monstruo, demonio, etc., siendo su diferencia la medida de su inferioridad. Para ello se requiere una percepción del indígena que vaya aislando ciertos elementos materiales e

inmateriales que le caractericen, que traduzcan su carne en corporalidad. Rasgos y comportamientos que actuarán como soporte de fijación mediante los cuales se pondrá en circulación su imagen *contra natura*, y *por ende* su dominación (Mérida, 2007).

Una vez más con gran precisión Homi Bhabha (2002) señala que el estereotipo constituye una fijación de tipo inamovible, una construcción histórico-discursiva que subsume a la diferencia, fija la alteridad y la conjura, para tranquilizar las ansiedades que la heterogeneidad racial y cultural impone al pensamiento de la élite: “[...] *Todo esto lo hacían con gran elaboración; y nos maravillaba, pues no podíamos entender su secreto o el propósito con que lo hacían*” (Davenport-Hines, 2003)

Una marca que como bien hemos visto será incuestionada por los textos suplementarios y que, lejos de ser problematizada, buscará a cada paso, en cada acto semiológico-etnográfico de interpretación, en cada gesto escritural historiográfico, constatarse como evidencia. En esa dirección, la citación de Courtwright del texto de Vesputio no hace más que performar (actualizar) el rechazo que “*naturalmente*” emerge ante la bestialidad/animalidad que caracteriza apariencia y presencia del indio ante los ojos del conquistador.

Situado temporalmente en la interfaz de la naturaleza o cultura, en el intersticio de la humanidad o animalidad, el indígena emerge a la mirada colonial como un cuerpo y una presencia parcial, a veces fragmentada, difuminada en el detalle “extraño”, que amenaza y fascina, seduce y atemoriza a la vez. Al respecto Carlos Jáuregui en un pasaje de su obra *Canibalia* (2008) nos recuerda – a propósito de cierta tensión y desorientación experimentada por Colon en el proceso de significación del otro nativo, que en tierra extraña el viajero se hace una sinécdoque del centro desde el cual parte y al que se dirige su narración. Su identidad –nos advierte Jáuregui– “es una identidad en tránsito por los espacios culturales del *otro*, y una identidad en riesgo, en la medida que está constantemente amenazada por la disolución o la incorporación” (Jáuregui, 2008: 68). Por tanto se requerirá negüentropizar el sistema perceptivo-(de) codificador, estabilizarlo y reponer el orden demarcatorio del nosotros/ellos,

reactualizándolo, de paso, su fundamento: la ley del imperio. Este desplazamiento abre el espacio para que el estereotipo devenga en poder instituyente, expresando toda su fuerza performativa en la lectura (construcción) del otro. En efecto, el estereotipo operará como un vector identificador de la otredad, traduciendo y reescribiendo el gesto disperso, en una entidad estable, visible como marcas sobre el cuerpo. Marcas con las cuales, como bien señalara Michel Foucault (1987) a propósito de la represión efectuada sobre los cuerpos de los “delincuentes” en la prisión moderna, no se busca la sumisión del cuerpo, sino la incorporación de la ley de forma que los cuerpos la muestren como una esencia inscrita en ellos. En esa misma dirección Michel De Certeau señala:

*“Una credibilidad del discurso es lo que primero hace andar a los creyentes. Produce practicantes. Hacer creer es hacer. Pero por una curiosa circularidad, la capacidad de hacer andar –de escribir y maquinar los cuerpos- es precisamente lo que hace creer. Debido a que la ley ya se aplica con los cuerpos y sobre los cuerpos, encarnada en prácticas físicas, ésta puede acreditarse y hacer creer que habla en nombre de lo real. [...] Uno cree lo que supone real, pero esto real se presenta en el discurso por medio de una creencia que le da un cuerpo marcado por la ley. Sin cesar necesita la ley un adelanto de cuerpos, un capital de encarnación, para que ésta se haga creer y practicar. Se inscribe entonces a causa de lo que ya se ha inscrito: son los testigos, mártires o ejemplos que la hacen creíble a los otros.” (De Certeau, 2000: 161)*

Ahora bien, aunque los sujetos puedan aparecer en un discurso determinado como un dato, un hecho objetivo, sabemos que este efecto de naturalización no es posible sino a través de prácticas semióticas y materiales específicas que precisamente intentan ocultar su propio funcionamiento, al mostrar al sujeto como sustancia fijada al margen de cualquier práctica de significación, como origen de éstas, no como su consecuencia (Ema, 2004). Sin embargo, ni los cuerpos son un dato pasivo sobre los cuales actúa el biopoder, ni el hecho de estar constituidos por el discurso significa estar determinados por él. De lo contrario estaría cancelada toda posibilidad de acción. En esa perspectiva

Judith Butler (2009) señala que “después de todo, el poder no puede mantenerse si no se reproduce a sí mismo de alguna forma, y cada acto de reproducción se arriesga a salir mal o resultar equivocado, o a producir efectos que no estaban del todo previstos” (Butler, 2009: 4). En este sentido, por más que se quiera fijar un atributo como rasgo esencial y definitorio (como por ejemplo “ciertos gestos y ademanes del cuerpo”) de una identidad, el acto atributivo no siempre funcionará o cumplirá su propósito, pues antes bien fallará, o bien será resistido a través de prácticas contra-discursivas que escapan, huyen del *télos* normativo moderno/colonial. En síntesis, por más violento que sea el acto demarcatorio de las fronteras identitarias, y por más resguardos normativos que cuiden de ellas, lo cierto es que éstas serán cruzadas de cualquier modo, serán transgredidas, mas tarde o mas temprano, mezclándose las identidades de unos y otros, en un devenir híbrido, en un devenir de saberes fronterizos. Al respecto, la siguiente anécdota relatada por Garcilaso el Inca resulta más que elocuente.

*“...un caballero en sangre y virtud que se decía Rodrigo Pantoja, y fue que caminando del Cuzco a Rímac topó a un pobre español... que iba a pie y llevaba a cuestas una hijuela suya de dos años; era conocido del Pantoja, y así se hablaron ambos. Díjole el caballero: “¿Cómo vais así cargado?” Respondió el peón: “No tengo posibilidad de alquilar un indio que me lleve esta muchacha, y por eso la llevo yo”. Al hablar el soldado, le miró Pantoja la boca y se la vio llena de cuca; y como entonces abominaban los españoles todo cuanto los indios comían y bebían, como si fueran idolatrías, particularmente el comer la cuca, por parecerles cosa vil y baja, le dijo: “Puesto que sea así la que decís de vuestra necesidad ¿por qué coméis cuca, como hacen los indios, cosa tan asquerosa y aborrecida de los españoles?” Respondió el soldado: “En verdad, señor, que no la abominaba yo menos que todos ellos, mas la necesidad me forzó a imitar los indios y traerla en la boca; porque os hago saber que si no la llevara, no pudiera llevar la carga; que mediante ella siento tanta fuerza y vigor que puedo vencer este trabajo que llevo” (Garcilaso En Muñoz, 2006: 8)*

Es cierto que toda ortodoxia social se sirve de diversos instrumentos para darse la forma de una historia y producir credibilidad agregada a un discurso articulado por los cuerpos. En esa dirección, el texto de Garcilaso el Inca no hace otra cosa que confirmar que el estereotipo en tanto instrumento de inferiorización opera como eje articulador de discurso normativo. Este discurso solo funciona si ya se convirtió en *relato*, es decir, en un texto articulado sobre lo real y al hablar en su nombre. Es decir una ley historiada, situada en el contexto histórico, contada por los cuerpos. Y la herramienta asegura precisamente el paso del discurso al relato por medio de intervenciones que encarnan la ley al conformarle cuerpos y le da el crédito de ser recitada por lo real mismo.

Ahora bien, si tal como hemos visto anteriormente, el relato es un texto articulado sobre lo real, es decir una ley historiada contada por los cuerpos, pues entonces ¿hasta que punto es contradictorio afirmar la desaparición del relato como parte constitutiva del vaciamiento del espacio? En principio no hay contradicción alguna. Sin embargo, para disipar dicha sospecha será necesario volver una vez más sobre la noción de *desaparición* del relato y repensar su performance en el marco de la operación de *vaciamiento del espacio* de la que es objeto la escena inaugural.

Si todo relato es una práctica del espacio y el espacio es un lugar practicado, entonces se entiende que todo relato efectúa un trabajo que, incesantemente transforma los lugares en espacio o los espacios en lugares, organizando los repertorios de relaciones cambiantes que mantienen unos con otros. Estos repertorios son innumerables, abarcando una amplitud de registros que va de la instauración de un orden inmóvil y casi mineralógico hasta la sucesividad acelerada de las acciones multiplicadoras de espacios. El primero remite a la imagen del mapa y el segundo al de una carta de navegación o recorrido (Perlonguer, 1997). Dicho de otro modo, por un lado el mapa en tanto asentamiento totalizador de observaciones, y por el otro, el itinerario o recorrido en tanto serie discursivas de operaciones (De Certeau, 2000).

En particular si se toma el mapa bajo su forma geográfica actual, en el curso del periodo marcado por el nacimiento del discurso científico moderno (del siglo XV al

XVIII), se observa que éste lentamente se libró de los itinerarios que eran su condición de posibilidad (De Certeau, 2000). Entre estos siglos, el mapa se vuelve autónomo. Sin duda, la proliferación de las figuras narrativas que los han adornado durante mucho tiempo tiene todavía como función indicar las operaciones que hacen posible un plano geográfico (navíos, animales y personajes de todo tipo). Pero el mapa se impone progresivamente sobre estas imágenes; coloniza su espacio; elimina poco a poco las imágenes pictóricas de las prácticas que lo producen (De Certeau, 2000). Transformado por la geometría euclidiana, constituido en un conjunto formal de lugares abstractos, el mapa constituye un teatro donde el mismo sistema de proyección yuxtapone los datos provenientes de la tradición y los que provenían de la experiencia (de los navegantes). Pero lo esencial aquí es la borradura de los itinerarios que, al suponer los primeros y acondicionar los segundos, aseguran en realidad el paso de unos a otros. El mapa, escena totalizante donde elementos de origen dispar se conjuntan para formar el cuadro de un estado del saber geográfico, rechaza antes o después, como entre bastidores, las operaciones de las que es el efecto o la posibilidad. Se queda solo. Los descriptores de sus recorridos han desaparecido (De Certeau, 2000).

Algo muy similar ha ocurrido con la escena inaugural en marco de su tratamiento historiográfico. A decir verdad, el texto de Vespucio solo describe una situación determinada: *un encuentro*. Pero “toda descripción es más que un acto de fijación”, es “un acto culturalmente creador”. La descripción cuenta incluso con un poder distributivo y con una fuerza performativa (hace lo que dice) cuando reúne un conjunto de circunstancias (De Certeau, 2000). En este sentido, es pues, fundadora de espacios. Ahora bien, al examinar el papel del relato como práctica que delimita el espacio, puede reconocerse de inmediato la función básica de autorizar el establecimiento, el desplazamiento o el rebase de límites. Debido a que opera en el campo cerrado del discurso, la oposición de dos movimientos que se cruzan -poner y traspasar el límite- hacen que este se configure como una suerte de crucigrama, en el cual la frontera y el puente parecen ser las figuras narrativas por excelencia. Dicho de otro modo, el relato crea un teatro de acciones en el cual se ejerce la función de fundar y autorizar a la vez. Del mismo modo crea fronteras y puentes, en base a lo cual los actantes se reparten lugares al mismo tiempo que predicados (necios, cobardes,

etc.) y movimientos (huir, acercarse, etc.). Los límites -advierde De Ceteau- están trazados por los puntos de encuentro entre las apropiaciones progresivas (la adquisición de predicados en el curso del relato) y los desplazamientos sucesivos de los actantes. Al respecto, este último, señala:

*“[...] Corresponden a una distribución dinámica de los bienes y las funciones posibles, para constituir, en una cada vez más compleja red de diferenciaciones, una combinatoria de espacios. Las diferenciaciones resultan de un trabajo de la distinción a partir de encuentros. Así, en la noche de su ilimitación, los cuerpos sólo se distinguen allí donde los “toques” de su lucha amorosa o guerrera se inscribe sobre ellos. Paradoja de la frontera: creados por los contactos, los puntos de diferenciación de los cuerpos son también puntos en común. La unión y la desunión son indisociables. De dos cuerpos en contacto, ¿Cuál de ellos posee la frontera que los distingue? Ni uno ni otro. Es decir: ¿Nadie?” (De Certeau, 2000: 139)*

Ahora bien, desde una perspectiva crítica de análisis cultural, la lectura del texto de Vespuccio nos revela una serie de claves textuales capaces de advertirnos que nos encontraríamos ante un texto/retrato en toda propiedad. En efecto, el texto se revela como una practica del espacio que delinea un teatro de acciones, con sus fronteras y límites específicos; de ahí su valor de escena inaugural. Sin embargo, en el proceso de traducción historiográfica, y como efecto de su citación descontextualizada, el relato irá progresivamente des-espacializándose, en la medida que en que el nuevo relato historiográfico transforma el espacio en lugar, borrando simultáneamente cualquier índice o descriptor de recorrido. En este sentido, la escena inaugural deviene en causa y efecto del mapa geocultural moderno/colonial. En tanto causa, el relato pliega el orden topológico (movimiento) del espacio en un nuevo orden de carácter tópico (lugar), y sin sospecharlo siquiera, produce al mismo tiempo la congelación política del lugar, ya que se constituye en el lugar propio donde exponer los productos del conocimiento e intentar su legibilidad. A su vez, en tanto efecto, el relato deviene simultáneamente en lugar inmanente a la diferencia colonial, y trascendente en tanto

se erige como *metarelató* de la diferencia colonial, legitimando el orden moderno/colonial.

Podríamos pensar el discurso moderno/colonial, como una práctica exacerbada del lugar, en tanto que, desde su primera formación discursiva (la pureza de la sangre) lo social siempre fue pensado como un orden, cuya existencia (representación), o bien se debe preservar (orden dado), o bien se ha de construir (telos civilizatorio). En este contexto, un lugar, en tanto práctica discursiva (y extra-discursiva), dejará de ser *un* lugar entre otros lugares posibles, y pasará a ser *el* lugar de lo posible, *el* lugar de lo pensable, de lo decible, desactivando a su paso, toda posibilidad de pensar la multiplicidad, la coexistencia en un plano de simultaneidad. El lugar, en tanto que práctica discursiva colonial, traduce la distinción en diferencia colonial, traduce la contigüidad en series jerarquizas, lo propio en identidad. Discurso topológico y topológico mediante el cual se divide, clasifica, separa y discrimina las cosas epistemológica y ontológicamente parecidas. Límites que separan lo mismo de lo diferente, lo auténtico (y por extensión lo verdadero y lo bueno) de lo otro, límites que son siempre constitutivos del poder, y simultáneamente, instrumento del mismo poder.

De ahí que, en rigor, no podríamos hablar de una desaparición propiamente tal del relato. Mas bien deberíamos hablar de una mutación, o de una serie de desplazamientos de carácter estratégico que estarían integrados al discurso moderno/colonial y a sus diversos aparatos o dispositivos semióticos y materiales mediante los cuales se ha articulado, y se articula hasta día de hoy, la colonialidad del poder. Estratégico en tanto su desaparición no es más que un simulacro en el sentido que Jean Baudrillard da al término, ya que la citación descontextualizada de la escena, no solo impide distinguir los conceptos mismos de mapa y territorio, sino que también pliega uno sobre otro, dejando de existir el territorio en detrimento del mapa. Estratégico también, en tanto su mutación mapa/copia deviene en un relato que oculta el hecho de que en tanto mapa/copia es un registro, el texto de su funcionamiento, en tanto que práctica de su propio movimiento. Ocultando también el hecho de que en tanto copia, es una forma subordinada a la imagen arborescente, del



árbol-raíz procediendo como modelo y como calco trascendente de un supuesto hecho tan real y original como inexistente.

Recordemos que una de las consecuencias más terribles asociadas a la ***ausencia simulada del relato*** – como efecto del vaciamiento del espacio- es que el mundo es, en apariencia, lo que las categorías europeas de pensamiento permiten decir lo que es, y toda forma de ser que se aleje de ese modelo se arriesga al acoso, a la demonización e incluso a su eliminación. Desde esta perspectiva podemos leer la ausencia del espacio como un dispositivo de olvido, en el cual la degradación y la desaparición simulada del relato, constituyen dispositivos tecnológicos y culturales de desmemoria. En efecto, reponer la dimensión del espacio en el relato de Vespucio, en tanto escena inaugural que nos retrotrae y nos lleva a repensar el espacio como lugar practicado, implicaría adentrarse en la trama de su memoria histórica, devenir en el reconocimiento, entre el recuerdo de un pasado y la recomposición presente de aquellas prácticas constitutivas que hicieron posible la construcción de un determinado mapa geocultural. Implicaría reconocer las propias prácticas aberrantes y abyectas que fundaron sus límites y puentes. Implicaría también ser capaces de escuchar, ya no solo el murmullo que nos permite oír como venido de muy lejos el sonido de la inmensidad desconocida, sino que también, escuchar el chirrido ensordecedor de la espada hundiéndose en el cuerpo desnudo del otro, de su sangre diluyéndose en el fango de esa otra historia silenciada, pero no olvidada.

*“Que como en los mataderos descuartizan las carnes de bueyes o carneros, así los nuestros de un solo tajo le cortaban a unos las nalgas, al otro el muslo, o los brazos al de mas allá: como animales brutos perecieron [...]. Mandó el capitán español entregarlos en número de cuarenta a la voracidad de los perros”*  
(Todorov, 2007: 151)

## II.- EL PROBLEMA DROGAS Y SU OBJETIVACION EN LA ESPAÑA CONSTITUCIONAL

*“Saben ustedes que en toda descripción bien hecha hay un notable poder de propagación. En un momento dado, se hace la luz con tal fuerza que golpea los espíritus menos preparados; aquello que hasta entonces permanecía en la nada comienza a vivir y entonces tiene lugar algo inmenso, inmenso para la patología, como es la descripción de una especie mórbida desconocida hasta la fecha”*  
(Jean-Martin Charcot)

### 1.- DEL PROBLEMA A LA PROBLEMATIZACION

Al igual que en otros puntos del mundo occidental, fue en la década de los ochenta cuando en España se produjo la consolidación de una determinada forma de construcción social del problema drogas. O dicho de otro modo, cuando se definieron los parámetros básicos del llamado *problema drogas* (GRUP IGIA, 1995). Al igual que otros tantos enunciados del tipo “la inextricable relación drogas, sujetos y contextos”, el enunciado “el surgimiento del problema de las drogas en España en la década de los 80” forma parte de esa suerte de inventario de tópicos o lugares comunes que caracteriza el discurso social sobre las drogas. Como otros tantos tópicos, aquellos que refieren a la emergencia de las drogas como problema social en la España de los años ochenta, lograrán *articular* sobre si –al menos en principio- un amplio consenso, tanto en el sentido general del término como en un sentido específico. Lo primero, en tanto refiere a un *acuerdo de opinión existente*; Lo segundo, es decir en la aplicación política del término<sup>14</sup>, en dos perspectivas: una favorable, en tanto refiere a un acuerdo

---

<sup>14</sup> Respecto a la definición de la política Jacques Rancière señala que generalmente se denomina política al conjunto de los procesos mediante los cuales se efectúan la agregación y el consentimiento de las colectividades, la organización de los poderes, la distribución de los lugares y funciones y al sistema de legitimación de esta distribución. El autor propone dar otro nombre a esta distribución y al sistema de estas legitimaciones: *Policía*. Ahora bien, la policía no es tanto un disciplinamiento de los cuerpos, sino

general alcanzado entre los actores políticos; otra desfavorable, en tanto refiere a la manipulación política que procura construir una mayoría silenciosa como la base de poder a partir de la cual puedan excluirse o reprimirse los movimientos o ideas disidentes al respecto (Williams, 2003).

En cualquier caso, se entenderá el consenso como un proceso de articulación –en el sentido de la construcción de puntos nodales que fijan parcialmente el sentido - y de una traducción – en el sentido del trabajo mediante el cual los actores modifican, desplazan y trasladan sus distintos y contrapuestos intereses-, a través del cual se van a fijar los criterios para definir aquello que se piensa problemático. Así por ejemplo, analizando la construcción social del problema drogas, Oriol Romaní señala lo siguiente:

*“En definitiva estamos ante un caso típico de creación de un problema social; y los distintos problemas así definidos atraen hacia su gestión a antiguos expertos en campos afines, que se reciclarán debidamente, o bien generarán la creación de los nuevos expertos correspondientes. Y un dato a retener es que, a partir de este momento, el devenir del problema social no se podrá entender sin tener en cuenta también (aunque no solamente) el devenir de dichos expertos” (2003: 431)*

Desde esta doble perspectiva (consenso como articulación y traducción), la decisión de aquello que resulta problemático se da en fijaciones temporales y siempre inestables de significados, a partir de articulaciones de diferentes posiciones de sujetos como las logradas por antiguos o nuevos expertos a las que hace referencia Romaní en la cita anterior. Esto implica, entre otras cosas, que el consenso aparece como la estabilización de algo esencialmente inestable y caótico, el cual se obtiene mediante la formación de alianzas, las que a su vez producirán diferentes tipos de antagonismo, los que por regla general suelen resolverse mediante la exclusión y/o subalternización de la diferencia. A propósito de esto último, en el informe de investigación “Los estudios

---

una regla de su aparecer, una configuración de las ocupaciones y las propiedades de los espacios donde esas ocupaciones se distribuyen.

de las drogas en la década de los ochenta” elaborado por un grupo de expertos españoles reunidos en torno a la ONG catalana Grup Igia, se señala lo siguiente:

*“Existe una subalternidad real (a pesar de los pronunciamientos explícitos en otro sentido) de la investigación/intervención de matriz sociocultural o psicosocial en relación a la de tipo biomédico (epidemiológico o clínico) o jurídico-policial (en este caso, básicamente por lo que se refiere a la intervención)” (GRUP IGIA, 1995: 27)*

En efecto, las operaciones mediante las cuales se tipifica, objetiva y legitima un hecho social como problemático, constituyen en sí mismas herramientas de creación de lo social, y por tanto nos remiten a la contingencia del conocimiento y a la imposibilidad de acudir a fundamentos últimos por fuera de lo social para explicar la validez de sus enunciados.

Por otro lado, la constitución de un fenómeno como problema social, supone todo un trabajo político de construcción y selección de un ámbito de la realidad –entre los muchos posibles- como tal, esto es, como algo que concierne a la totalidad de la población y que exige soluciones políticas urgentes, lo que implica, a su vez, excluir otras situaciones o dejarlas en segundo plano como problemas que exigen soluciones. Esta constitución no la realiza la sociedad en abstracto. Siempre tiene como actores privilegiados, determinados grupos sociales u organizaciones que se esfuerzan por imponer la percepción de una determinada situación como problema social (Martín-Criado, 1996).

Desde esta doble perspectiva, los problemas sociales serán entendidos como el producto de procesos de definición colectiva, cuyos objetos son construidos mediante prácticas y discursos en un marco social, histórico y cultural que permite ciertas construcciones y no otras<sup>15</sup>. De ahí que los problemas sociales se encuentren siempre

---

<sup>15</sup> Esto no significa que estén situados por fuera de la realidad. Antes bien, tal como señala Loïc Wacquant (2007), estos refieren a esa especie de *artefactos fundados en la realidad*. Según el sociólogo francés, éstos concitan la atención de especialistas –administrativos y científicos- y convocan la

situados históricamente y, además, sean construcciones momentáneas y dinámicas. De este modo, los términos en los que damos cuenta del mundo y, por tanto, de aquello que designamos como problema social, son términos que se fraguan mediante prácticas y discursos, que son el resultado de intercambios históricamente situados (Sepúlveda et al., 2008).

Desde luego no se trata de que los problemas no existan ni de que no haya una base “objetiva” que los argumente. La cuestión está en que, filtrados por unas determinadas formas de mirarlos y percibirlos, muchas veces amplificados también por la expectativa colectiva que supuestamente recogen los medios de comunicación y matizados por un estado de la opinión que obedece a sus propias reglas, sin dejar de ser problemas, dejan de ser ellos mismos y se convierten en algo diferente, adquiriendo una dimensión casi propia, es decir pasan a ser reificados<sup>16</sup> (Megías, 2004).

---

intervención concreta o virtual de los responsables políticos. Esos objetos –los problemas sociales- de contornos desdibujados y de geometría variable, están bien armados para abarcar los intereses ideológicos contradictorios a que apelan y ocupar la primera fila en la arena de los problemas sociales. De ahí que Wacquant plantee la pertinencia de interrogarse por cuales son los agentes que han trabajado para que se le reconozca como tal y con qué objetivos; que estratagemas y estrategias retóricas se han desplegado y con qué efectos, deseados o inesperados, positivos o perversos; quien al final de este trabajo de producción colectiva, siempre reiniciado, puede aspirar a la propiedad del problema. Ver capítulo II de Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estad. de Loïc Wacquant, Siglo veintiuno editores. 2007.

<sup>16</sup> De acuerdo a Alex Honneth (2007) la tesis central de Lukács, apuntaría a que en el capitalismo la reificación se habría transformado en la “segunda naturaleza” del hombre...“en tanto todos los sujetos que participan del modo de vida capitalista se les vuelve forzosamente un hábito el percibirse a sí mismos y el mundo circundante según el esquema de los objetos con mero carácter de cosa” (Honneth, 2007: 27). A lo que habrá que añadir que también en la “conducta” de los sujetos –de acuerdo a Lukács-, “bajo las imposiciones del intercambio de mercancías, ocurren modificaciones que atañen a toda la relación de aquellos con la realidad circundante. Tan pronto como un actor adopta permanentemente el rol de parte en el intercambio, se torna en “contemplativo”, en un “observador sin influencia” de lo que ocurre con su propia existencia, como partícula aislada, inserta en un sistema extraño” (Honneth, 2007: 28). Según Honneth, “en este desplazamiento del punto de referencia conceptual, los conceptos de contemplación y de indolencia se convierten en claves para lo que ocurre en el modo de la reificación en el nivel del accionar social: el sujeto ya no participa activamente en las acciones que tienen lugar en su entorno, sino que es situado en la perspectiva de un observador neutral a quien los acontecimientos dejan psíquica y existencialmente intacto” (Honneth, 2007: 29). Por consiguiente, Lukács entiende por *reificación el hábito o la costumbre* (la postura) “simplemente observadora desde cuya perspectiva el entorno natural, el entorno social y los potenciales propios de la personalidad son concebidos de manera indolente y desapasionada como algo que tiene calidad de cosa” (Honneth, 2007: 30).

Pero cuidado, tampoco se trata de que los problemas sociales representen o reflejen una serie de objetos constituidos de antemano, o que éstos preexistan al propio proceso de problematización que los define como tales. De hecho, en el campo de las drogas, los enunciados que refieren al “problema de las drogas” en la década de los ochenta, son traducciones momentáneas, recortes de un proceso de formación de un objeto de pensamiento -la droga como objeto- que se constituye como tal, es decir como problema, en el proceso mismo de su problematización. Esto quiere decir que la relación *objeto problema - proceso problematización* se produce en un plano de inmanencia<sup>17</sup>.

Como es sabido, el concepto de *problematización* es una categoría nodal en el trabajo de Michel Foucault, la cual se incorporará de forma tardía a la *caja de herramientas*<sup>18</sup> que el pensador galo utilizó en el desarrollo de su historia crítica del pensamiento. Dicha noción refiere al “conjunto de prácticas discursivas o no discursivas que hace que algo entre en el juego de lo verdadero y de lo falso y lo constituya como objeto para el pensamiento” (Foucault, 1999: 371). Con el concepto de problematización, Foucault cuestionará al mismo tiempo la teoría de la representación -como reflejo de objetos constituidos de antemano- así como las conceptualizaciones textualistas – constructivismo social radical- que suponen que el objeto es una quimérica ilusión resultante de la mediación discursiva (Restrepo, 2008). En palabras del propio

---

<sup>17</sup> La idea de plano juega con el concepto de plan; por ello también debe de leerse como plano en el que se despliega el acontecimiento en la misma medida en que su plan se efectúa. Para el concepto de inmanencia es necesaria la referencia a Baruch Spinoza. El plano de inmanencia entonces es la imagen del pensamiento, es su condición de posibilidad constituyéndose en <<causa de si mismo>>. Por el contrario el plan de trascendencia, es un plano organizado por el saber es el orden de lo instituido, introduce una moral y es habitado por el *themas*. En definitiva es una imagen del pensamiento dominada por la razón en tanto razón de Estado (Lans, 2005). “Es interesante señalar que los problemas a diferencia de los “*themas*” que habitan el plano de la trascendencia, son afectivos, productivos por naturaleza” (Lans, 2005: 344).

<sup>18</sup> Juan Pastor y Anastasio Ovejero (2007) en “Michel Foucault, caja de herramientas contra la dominación” (2007) citan un fragmento de una entrevista realizada a M. Foucault, publicada en Le Monde el 21 de febrero de 1975, en la cual este señala: *todos mis libros, son, si le parece, como pequeñas cajas de herramientas. Si la gente se toma la molestia de abrirlos, de utilizar tal frase, idea o análisis como un destornillador o una llave inglesa para interrumpir el circuito, descalificar los sistemas de poder, incluso los propios sistemas en los que se asienta este libro...pues tanto mejor* (Pastor y Ovejero, 2007)

Foucault: “Problematización no quiere decir representación de un objeto preexistente, así como tampoco creación mediante el discurso de un objeto que no existe» (Foucault, 1999: 371). De ahí entonces, que “nada más errado que considerar que con la noción de problematización lo que se busca es una llana negación o vaciamiento de la realidad y materialidad del mundo en nombre de un constructivismo textualista radical o de un burdo idealismo” (Restrepo, 2008: 128).

Ahora bien, no todo dominio de acción o comportamiento devienen en objeto de pensamiento, es decir, se problematiza. De hecho, para que un dominio de acción, para que un comportamiento entre en el campo del pensamiento, es decir sea problematizado, se requiere que cierto número de factores lo hayan vuelto incierto, le hayan hecho perder cierta familiaridad que lo mantenía al margen del campo de visibilidades del pensamiento (Restrepo, 2008). Es decir, que hayan suscitado una serie de dificultades que demandan ser encaradas. Sin embargo, tal como señala Foucault (1999), estos elementos, si bien se desprenden de procesos sociales, económicos y políticos, éstos no juegan en ello más que un papel de incitación. De hecho, pueden existir y ejercer una acción durante largo tiempo, antes de que haya problematización efectiva para el pensamiento (Foucault, 1999). Ahora bien, las dificultades a las cuales responde la problematización no son simplemente traducidas o manifestadas en el pensamiento, sino que éste las elabora desde unas condiciones concretas sobre las cuales se establecen las respuestas posibles y en las cuales emergen los elementos constituyentes de las diferentes soluciones. De ahí que el proceso de problematización lejos de ser un ajuste de representaciones es -más bien- un trabajo del pensamiento (Restrepo, 2008)<sup>19</sup>. Dicho de otro modo, la elaboración de un tema en cuestión, la transformación de un conjunto de obstáculos y de dificultades en problemas a los que diversas soluciones buscarían aportar una respuesta, es lo que constituye el punto de problematización y el trabajo del pensamiento (Foucault, 1999).

---

<sup>19</sup> “[...] no es una representación ni un efecto de una situación no significa que no responde a nada, que es un puro sueño, o una «anti-creación». Una problematización siempre es un tipo de creación; pero una creación en el sentido que, dadas ciertas situaciones, se puede inferir que este tipo de problematización seguirá. Dado una cierta problematización, sólo se puede entender por qué este tipo de respuesta aparece como una contestación a un aspecto concreto y específico del mundo. Hay la relación de pensamiento y realidad en el proceso de problematización (Foucault, 1988:17).

Siguiendo esta línea de pensamiento, la comprensión del presente de las drogas, pasa necesariamente por problematizar el proceso de objetivación a través del cual el fenómeno del consumo de drogas legales e ilegales devino en problema, es decir en una cuestión de preocupación pública. Esto quiere decir que la inteligibilidad del presente de las drogas, no se puede desligar de un análisis crítico del proceso mediante el cual se lo definió como problema, a través de lo cual se definieron los parámetros básicos del llamado *problemas drogas*. O dicho de otro modo, para hacer inteligible la historia presente de las drogas, la cuestión es saber cómo y por qué el consumo de drogas –las drogas y las drogodependencias-, en un momento dado, fueron problematizadas a través de cierto aparato de conocimiento y de una determinada práctica institucional. Saber también cómo los cambios en la problematización afectaron y afectan las respuestas, y cómo estas relaciones se forjaron conforme se producían determinados ensamblajes semióticos/materiales –tecnologías y racionalidades de gobierno- a través de los cuales fue cristalizando un determinado *Know-How*, un modo de gestionar el problema drogas, una determinada forma de producción de “el orden social”. En definitiva, saber cómo se forjaron ciertos hechos y verdades que hicieron posible que este objeto –las drogas- deviniera en objeto de pensamiento, es decir, en ***objeto de gobierno***.

## 2.- CONTROVERSIAS EPISTÉMICAS: PERSPECTIVA ACEPTADA Y ARGUCIAS DEL PODER

Las problematizaciones concretas y formas específicas de problematizar las drogas en la década de los 80, delinean una escena tensionada por fuertes controversias teórico-epistémicas, las que a su vez reactivan y reactualizan viejas diatribas tecno-políticas. Entre las muchos debates abiertos en este campo, por sus implicaciones político-epistémicas, el debate entre *representacionistas* y *convencionalistas* (Rorty, 1990) es quizás uno de los más relevantes.

Como es sabido, desde el representacionismo se postula una relación de correspondencia entre conocimiento y realidad que va más allá de la simple utilidad



práctica del conocimiento para operar sobre la realidad. Desde esta perspectiva, se supone que el conocimiento válido representa fielmente la realidad y que es posible evidenciar la correspondencia entre ambos (Íñiguez, 2006). La posición epistémica objetivista, derivada de esta doctrina filosófica, ha hecho equiparable “ciencia-conocimiento-verdad”, fijando de este modo, la manera en la cual ciertos conocimientos son considerados válidos, y por tanto, adquieren su estatuto de verdad –institucionalización de la verdad- difícilmente cuestionable.

Del otro lado, desde el convencionalismo, se cuestiona dicha posición epistémica, advirtiéndonos del carácter normativo e históricamente situado de las instituciones científicas. En esa dirección, las aportaciones de Ludwin Wittgenstein (1988) por ejemplo, encenderán aún más el debate, al advertir que el valor de verdad de un enunciado es relativo al contexto enunciativo en el cual éste se produce. Razón por la cual la pregunta debería dirigirse, no a la interrogación de la validez de un enunciado a partir de una estructura enunciativa válida para todos los mundos posibles, sino interrogar acerca del *juego de verdad*<sup>20</sup> específico en el cual se encuentra inscrito un determinado enunciado (Rivero, 2005).

Autores como Imre Lakatos (1922-1974), Thomas Kuhn (1922-1996) y Michel Foucault (1926-1984), entre otros, aportarán sólidos argumentos contra la pretensión *internalista* de la ciencia, para la cual el espacio de producción de conocimiento es autónomo respecto a cualquier conjunto de condicionamientos sociales (políticos, sociológicos, etc.), y que por tanto, siguiendo la lógica *internalista*, sería desde el interior de la ciencia -y no sobre la base de conexiones externas- que una historia del conocimiento puede ser pensada y elaborada. Dicha pretensión será ampliamente refutada por el mismo Foucault quien demostrará como la propia noción de ciencia es el efecto de unas condiciones de posibilidad, históricamente situadas y reconocibles, lo

---

<sup>20</sup> Desenmascarar la supuesta verdad de las ciencias humanas, devolverla a su origen político, subrayar a los mecanismos que atienden a su producción y establecer el estatuto material de los rituales a través de los cuales ciertos saberes dominantes se imponen a determinados saberes sometidos (Sauquillo, 1995 En Pastor et al., 2007), son algunas de las tareas del pensamiento crítico en el marco de re-pensar la política de la verdad en el campo de las drogas.

cual impregna y normativiza nuestra manera de considerar la elaboración de cualquier tipo de conocimiento que aspire a ser admitido como válido (Rivero, 2005).

Ahora bien, lo anterior no significa que estemos ante una constante, un mecanismo, o una estructura capaz de subsumir los modos de problematización de las drogas en un horizonte de inteligibilidad histórica a través de unidades predeterminadas, produciendo de paso un borramiento de la singularidad del proceso de problematización en este campo específico. Antes bien, si evocamos ésta u otra controversia, es para intentar remover las falsas evidencias, para mostrar su precariedad, para hacer aparecer no su arbitrariedad, sino la compleja vinculación con unos procesos históricos múltiples y, en muchos casos, recientes (Foucault, 1982).

### **2.1.- La Hibridez Controversial: Alianzas Narrativas Y Poder**

En este sentido, la controversia surgida en torno a los distintos modos de entender y definir el problema droga, lejos de constituirse en una cuestión fácilmente aprehensible sobre la base de un esquema dicotómico, en la cual de un lado se encontrarían los “objetivistas”, afanados en *cajanegrizar* el problema drogas, y del otro, los constructivistas, igual o más afanados en *descajanegrizar* el problema drogas, más bien se organiza como una red heterogénea de relaciones de saber/poder. Dicho de otro modo, lejos de contradecirse, las diferentes perspectivas o versiones sobre el problema drogas, se estrategizan, conformando una trama de conexiones táctico-estratégicas entre objetos, retóricas, eventos, tecnologías, mediante la cual se enrolan diferentes actores, de manera tal, que intereses muy diversos quedan vinculados –por efectos de traducción/articulación– en problemas y soluciones comunes. Dichas estabilizaciones, van a producir un cierto sentido común respecto a lo quedará pautado como “hecho” o “verdad” respecto al problema drogas. Ahora bien, tal como señala Latour (1987) la estabilización y durabilidad de estos enlaces, de estas conexiones, se logra a través de las tecnologías<sup>21</sup>. En este caso, como veremos más

---

<sup>21</sup> Siguiendo a Máximo Sozzo (2000) y a Pat O'Malley (2004), el termino tecnologías refiere a cualquier conjunto de prácticas sociales que está dirigido a la manipulación del mundo físico o social, de acuerdo a rutinas determinadas. Por otro lado, las técnicas refieren a distintas formas de aplicaciones o a distintos

adelante, serán las *tecnologías basadas en el riesgo* (o el riesgo), las que otorgarán estabilización y durabilidad a los enlaces.

Mediante procesos semiótico-materiales de inscripción y registro, una serie de eventos y fenómenos relacionados con el problema drogas, son transformados en información, lo cual hará posible abordarlos, trabajar los objetos que lo componen, de manera que sean susceptibles de ser intervenidos. Así por ejemplo, mientras que las disciplinas evolucionaron en la primera modernidad como estrategias defensivas para el control de los “intoxicados” por medio de la coerción, la exclusión y la corrección, las tácticas y categorías basadas en el riesgo apuntarán más bien a la inclusión y mejoramiento de las condiciones de vida. Esta forma de poder emergente, a través de la utilización de técnicas basadas en el riesgo para detectar y gestionar los problemas sociales, dividirá la población en categorías estadísticas y comportamentales organizadas en torno al riesgo, que no tienden a corresponder con las experiencias vitales de las personas, pudiendo, de este modo, operar con mayor efectividad.

Ahora bien, la producción y acumulación de información sobre el problema, se organizará en torno a *centros de cálculo e información* (ej. CIDUR-EDIS; CIRES, etc.) , o nodos político - científicos (ej. CIS), cuya alianza permitirá a las agencias de gobierno y a los propios centros, la acumulación de información. Lo cual, a su vez, les proporcionará la capacidad para comprometerse en determinadas acciones y reclamar para sí la legitimidad de sus planes y estrategias, ya que pueden demostrar que “saben” acerca de lo que buscan gobernar (Rivero, 2005). En el caso de la drogas, esta alianza científico-política relacionada con la producción de información, pivotará sobre dos ejes “tecnopolíticos” alojados en un mismo dispositivo de gobierno. Por un lado, *las estrategias de cálculo y gestión del riesgo* y por otro, *la programación de la juventud*.

---

componentes de las tecnologías. Razón por la cual la noción de “tecnología” debe reservarse entonces para las formas de ejercicio del poder, existiendo diversas “técnicas de intervención” en los diversos “dispositivos institucionales” que como formas de actuar sobre un objeto o blanco colaboran en la construcción del vínculo tecnológico entre saber-poder y son, al mismo tiempo, su consecuencia.

La tensión en torno a los distintos modos de definir y entender el problema drogas, si bien se encuentra diseminada en forma de una red de relaciones, conexiones y alianzas táctico estratégicas, no deja de escenificarse como una disputa, una verdadera lucha por la significación del problema, cuyos resultados son la causa y el efecto a la vez, de unas relaciones de hegemonía y subalternidad que operarán en el campo de las drogas, en tanto dispositivo de saber/poder. En este sentido, el análisis de los modos de problematización del problema drogas, nos indica cómo ciertas prácticas discursivas logran imponerse sobre otras conforme varían las correlaciones de fuerza al interior del campo científico-social en determinados momentos históricos. Ahora bien, como ya hemos advertido, las fronteras, lo límites, es decir las demarcaciones entre estos discursos, tiende a ser difusa, no porque éstos carezcan de una identidad, o de ciertos caracteres definitorios que los diferencien entre sí, sino más bien porque la naturaleza de sus conexiones y alianzas, producen y se forjan a la vez, al calor de unas narrativas altamente híbridas. Por ejemplo, posiciones objetivistas respecto al problema drogas, en muchos casos se hallarán inmersas en unas narrativas historiográficas – aparentemente- de cuño constructivista. No solo eso, sino que además, al interior de estas narrativas, como parte de los juegos de verdad, la citación y el intertexto que en ella se produce, deviene en una serie de alianzas entre enfoques tan diversos como en principio discrepantes entre sí, produciéndose un efecto de borramiento, ya sea de la diferencia, o del antagonismo entre dichas posturas o planteamientos. Sin embargo, heredera de la filosofía de la sospecha, la mirada crítica pone la interrogante en el cómo se producen ciertas alianzas y porque no otras, cuestionando una vez más aquello que aparece como el fundamento último de la diferencia ética, epistémica y política de ciertos enfoques o planteamientos.

Respecto a esto último, a modo de ejemplo, revisemos el siguiente fragmento con el cual se da inicio a un artículo publicado en 1984 en una revista española de sociología, artículo nunca mejor titulado *“Las drogas como problema social: Tipologías y Políticas de tratamiento”* de Enrique Laraña Rodríguez-Cabello.

*“El objeto de este trabajo es analizar determinados aspectos de un hecho social que presenta una serie de características comunes en los países industrializados*

*de Occidente. Este es el contexto cultural al que se refiere, en el que las drogas se convierten en el eje de algunos de los principales problemas sociales durante el último cuarto del siglo XX. Ello constituye una de las hipótesis centrales en el presente trabajo, cuya finalidad no consiste en suscitar los viejos argumentos en favor de la penalización indiscriminada de las drogas, ni dramatizar sus consecuencias desde posiciones puritanas a ultranza. Simplemente, se intenta analizar el estado de la cuestión desde la óptica más objetiva posible y establecer un orden de prioridades para abordar el problema. Su análisis se realiza desde una dimensión histórica comparada, lo cual constituye un supuesto de método que por sí sólo permite evaluar los resultados de las políticas seguidas por algunos Estados contemporáneos. Entre ellos destaca la practicada en el país que toma la iniciativa en la represión del consumo: los Estados Unidos. La evolución del problema y sus negativas implicaciones sociales en aquella sociedad constituyen datos básicos para este estudio” (Laraña, 1994: 83).*

El punto de partida es el siguiente hecho social: *en occidente, durante el último cuarto del s. XX, las drogas se han constituido en uno de los principales problemas sociales.* Acto seguido, el particular *auto de fe del autor* con el propósito de poder conjurar cualquier rastro de subjetivismo que pueda interponerse entre él y el hecho social a investigar. Una vez conjurado el pensamiento de toda *ídola* que pudiera alejarlo del buen camino de la objetividad y arrojarlo al purgatorio del posicionamiento político – *el sentimiento es objeto de ciencia, pero no es criterio de la verdad científica*- el autor se consagra a la constatación del *datum*, el cual se le ofrece, o se le impone, para que este pueda consumir el acto del conocimiento científico. En efecto, apegado a cierto mandato *durkheimiano*, el *problema* de las drogas deviene en un hecho social objetivo, exterior al propio acto de conocimiento, y cuyo régimen de *veridicción* -entendido como el conjunto de reglas que permiten establecer en una sociedad y en relación con un cierto discurso cuáles son los criterios de verdad, los criterios que permiten decidir acerca de la veracidad o falsedad de ciertos enunciados y formulaciones (Foucault, 1991) hallará su fundamento último en el método científico.

Una vez obturado el propio proceso de objetivación a través del cual el objeto drogas ha devenido en problema social, la objetividad se convierte en un rasgo inherente al hecho en sí, en tanto éste corresponde a un hecho social. De ahí que, el problema social de la drogas, no solo es un punto de partida, sino que además, habiéndose constatado previamente su carácter extensivo y compartido (común/normal) -por tanto predefinido- la función del conocimiento queda enfilada, básicamente, al suministro de una serie de *imput* informativos relacionados con *el estado de la cuestión del problema*. *Imputs* que permitirán -en última instancia- ampliar la base de conocimiento en torno a la cual se refuerza el *consensus* social y político respecto al problema.

Más adelante, en el desarrollo del artículo, el autor aporta una serie de elementos con la intención de caracterizar el problema de las drogas. Sin embargo, esto no significa que el hecho social, es decir el problema de las drogas, haya dejado de ser tratado como **caja negra**, esto es, como una entidad que se da por supuesta y no se problematiza. Más aun, resulta extremadamente curioso, que siendo uno de los principales objetivos del autor, el poder dar cuenta del estado de la cuestión desde una óptica “lo más objetiva posible”, y optando por el análisis de datos estadísticos aportados por la Brigada de Estupefacientes respecto a los decomisos producidos en España entre los años 1975-1984, a la hora de analizar e interpretar los datos, éste omita toda referencia, no ya solo a cuestiones relacionadas con el prohibicionismo moderno, cuestión por cierto ineludible, sino que también con respecto al propio sistema de control punitivo, como si este fuera “exterior” a la propia lógica de constitución del problema<sup>22</sup>.

---

<sup>22</sup> Ciertamente, la posición objetivista expresada por Laraña (1984), será fuertemente objetada por diferentes autores como A. Escotado, J.C. Uso, O. Romaní, J. Pallarés, entre otros autores Españoles, que posicionados o no en torno al constructivismo, no solo refutan dicha posición objetivista, sino que además la desmontan, pues incorporan como atributo y condición del pensamiento científico **la reflexividad**. Estos últimos, con sus diferencias, dirigirán gran parte de sus esfuerzos, a la apertura de la caja negra, es decir al análisis de la construcción social del problema drogas, y en esa dirección, no dudarán en poner la diana analítica en una serie de aspectos históricos, políticos, sociales, económicos y culturales relacionados con el prohibicionismo moderno, en tanto éste constituiría “el paradigma básico sobre el cual se construyó “el problema drogas”” (Romaní, 2003: 2)

En su intento por dotar de cierta inteligibilidad histórica al problema social de las drogas en España, Laraña va a dialogar principalmente con dos autores; Daniel Bell y Domingo Comas. Ambos, a veces fuente, otras alter ego, le permiten al autor, no solo proponer claves de contexto, sino también arriesgar -pese al objetivismo empirista al que se adscribe- sendas hipótesis explicativas en relación a la expansión del consumo de drogas ilegales en las últimas décadas.

Del primero, de Daniel Bell, tomará algunas referencia históricas para referirse a ciertos aspectos relacionados con *la emergencia de la sociedad postindustrial* (Bell, 1976), pero sobre todo y principalmente se hará eco de los planteamientos de este autor respecto a *las contradicciones culturales del capitalismo* (Bell, 1977) las que utilizará como claves interpretativas. En esa dirección, el autor no dudará en relacionar el incremento del consumo de drogas en los países industrializados de Occidente con la “difusión de nuevos valores, que se apartan de los tradicionales (ascetismo, ahorro) en la cultura del trabajo, en la que se articuló la industrialización de Occidente, que para algunos representa su crisis definitiva y su substitución por una cultura hedonista en la que la gratificación inmediata del individuo y su realización personal se convierten en sus principales elementos” (Laraña, 1984: 87-88).

En el caso de Domingo Comas, este autor, será utilizado explícitamente por Laraña como una fuente específica, un voz documentada, toda vez que se refiera a cuestiones relacionadas específicamente con la historiografía de las drogas en España. Ahora bien, cualquiera lector mas o menos familiarizado con la literatura española sobre juventud y drogas probablemente se preguntará ¿Cómo Laraña logra construir una narrativa del contexto, valiéndose de un autor tan representativo del neoconservadurismo americano como Daniel Bell y al mismo tiempo, valerse de un autor español tan representativo del progresismo postfranquista? Probablemente la primera respuesta que se nos viene a la cabeza, es que en principio, la cuestión queda resuelta en la medida en que en la narrativa de Laraña, no hay dialogo alguno entre los autores referenciados. Por un lado, uno sería utilizado como soporte interpretativo (D. Bell), y el otro (D. Comas) como soporte documental. Sin embargo, esta primera respuesta se

desarma si revisamos atentamente algunos párrafos anteriores a la cita que Laraña hace del texto de Bell (1977):

*“En los años sesenta aumenta el consumo de las drogas legales que ya se consumían en el período anterior. Se trata de un cambio cuantitativo que algunos atribuyen a la incorporación de la mujer al consumo. Ambos aspectos están relacionados, ya que el substrato cultural del incremento radica en la quiebra de una serie de creencias y valores sociales que vedaban el consumo de determinados grupos de status, como los jóvenes y las mujeres. Este proceso de difusión de productos de consumo a grupos que anteriormente no tenían acceso a ellos constituye un rasgo típico del cambio social y está en la base de la escalada en el consumo de droga en España. Aunque pueda chocar con lo que normalmente se entiende por «democratización», ése es el significado del fenómeno en sentido amplio: el acceso de otras capas sociales a la posibilidad de conseguir objetos tradicionalmente reservados a las más privilegiadas de la sociedad.” (Laraña, 1984: 86-87)*

Laraña afirma que el *“substrato cultural del incremento radica en la quiebra de una serie de creencias y valores sociales que vedaban el consumo de determinados grupos de status, como los jóvenes y las mujeres”* lo que nos lleva a pensar que el autor está relacionando *esta quiebra* con ciertos cambios culturales asociados al capitalismo tardío. Sin embargo, en el párrafo siguiente, un poco antes de introducir la referencia directa al texto de Daniel Bell señala textualmente:

*“A mediados de los años setenta suele situarse el comienzo de la expansión de drogas ilegales en España, lo cual parece relacionado con la tardía difusión de la contracultura y la transición política del país. Para Comas, esta última la genera una especie de euforia colectiva que se traduce en la reivindicación de la fiesta popular, en la que se disparan los consumos de alcohol y drogas ilegales. Al final de esa década, España se encuentra en una situación muy parecida a la de otros países de su entorno, con un número creciente de casos de consumo habitual de distintos tipos de droga (politoxicomanía)” (Laraña, 1984: 87).*



La cita nos lleva a repensar la naturaleza de las interconexiones que en determinadas narrativas adquieren los textos de otros autores, aparentemente tan disímiles entre sí como los referidos por Laraña. Lo que en principio aparecía como algo no problemático, en la medida en que el uso segmentado y diferenciado de las referencias a los autores operaba de forma eficaz en el texto, parece desestabilizarse significativamente a la luz del siguiente texto de autoría del propio Domingo Comas:

*“Pero a partir de 1978, se puede detectar un nuevo giro, confundido y articulado, con la actitud general que prensa califico como <<El desencanto>>, y que a nivel del uso de drogas se tradujo en un incremento de los usos, en un olvido de todas las motivaciones que unos años antes habían justificado el uso de las llamadas drogas blandas, y en la aparición de una politoxicomanía, puramente hedonista, relacionada con fenómenos como el desencanto, o su versión más duradera, el pasotismo, fenómenos que no analizo aquí...” (Comas, 1985: 70)*

En el marco de una semiología de la cultura y de las formas de identidad que esta promociona en un determinado contexto histórico, el **hedonismo** constituiría un signo de la época, es decir una clave de lectura disponible en un horizonte distópico<sup>23</sup>. La

---

<sup>23</sup> Las narrativas distópicas son recurrente en la historia de las drogas, y se sitúan al interior de los discursos dominantes como horizontes de lectura (de comprensión) a través de los cuales, determinadas comunidades interpretativas, logran des-codificar y re-codificar el sentido atribuido a ciertos cambios percibidos en las prácticas culturales asociadas a los usos de drogas. Cambios que por lo general suelen ser significados como amenazas. En este marco, y modo de ejemplo, el siguiente relato del Dr. Antonio Pagador tomado del texto “Los venos sociales: Opio Morfina” publicado en 1923 resulta francamente imperdible: “La sociedad española pasa ahora por una crisis grave, por una defección de su personalidad moral tan clásicamente recta, honrada e hidalga. La gente de elevada posición acude a los tés más o menos benéficos, mezclándose sin saber con quién y baila y se ciñe y se sujeta a los cánones estrictos por lo que rige cualquier *cabaret*. [...] El respeto tradicional español no existe y la sombra del padre se ha esfumado junto a la mesa de un restaurante nocturno o en el fondo del palco de un teatrillo dudoso. El hijo y el padre son como camaradas que un encuentro sospechoso convierte en cómplice. [...] La juventud actual masculina, rica, mimada por la fortuna, goza de una libertad que antes no tenía, y la rígida autoridad paternal de ayer ha muerto a manos del ambiente de hoy. Esta juventud no tiene en su vida más que dos objetivos: el sport o el vicio. Al primero nada hemos de objetar, ya que va tras el cumplimiento del clásico aforismo “*mens sana, in corpore sano*”, aunque solo consiga cumplirlo a medias, en lo respecta al cuerpo sano, forzado, de músculos vigorosos y fuertes, que lanzan de una

potencia interpretativa que en principio ofrece esta categoría, parece absorber la diferencia entre los citados autores, en tanto acorta las distancias ideológicas existentes entre ambos (Bell-Comas), a favor de la reconstrucción coherente y unitaria del mundo, a propósito de los jóvenes en tanto metáfora de los tiempos.

Ahora bien, desde nuestra perspectiva de análisis, el anudamiento que produce la noción de **hedonismo** entre las diferentes perspectivas en juego, refiere a la estabilización que se produce como efecto del proceso de objetivación, es decir como la resultante de un proceso de construcción de ciertas entidades en un marco de problematización que es producto, y que (re)produce a la vez, cierto régimen de veridicción objetivista.

Frete al relato histórico de una racionalización distópica y su narrativa esencialmente regresiva que da lugar a una visión general del pasado representada por una flecha descendente, o en su anverso, como una flecha ascendente que representa el progreso, se abren líneas de fuga, al menos en dos direcciones o registros: Por un lado, entendiendo que los objetos de la experiencia no están dados en el mundo externo, al modo de los objetos naturales (construcción social del conocimiento); y por otro lado, que menos aún estos pueden ser aprehendidos mediante categorizaciones totalizadoras (conocimiento situado). Antes bien se trata de construcciones, de *artefactos* producidos por los correspondientes regímenes de prácticas discursivas que los objetivan, en tanto procedimientos de inscripción, o modos de manufacturar la realidad, haciéndola así manejable y regulable en una u otra dirección (Vázquez, 2002). Desde esta otra perspectiva, el hedonismo, al igual que otras nociones como *narcisismo*, *apatía*, *consumismo*, *apoliticismo*, *pasotismo*, etc., todas nociones habitualmente utilizadas por el habla experta y profana para caracterizar “la realidad” de los jóvenes, para “describir” “el mundo la situación de los jóvenes de hoy”, en

---

patada el balón de *football* al otro extremo del campo. Su cerebro, su mentalidad, son algo insípido, incoloro, como el agua que mana de una roca. La juventud viciosa es más peligrosa. A los veinte, a los veinticinco años, estos seres en plena floración de su vida, hombres ya de torcida naturaleza no saben desprenderse del alto mostrador de un *americanbar*, bebiendo las raras mixturas y las bebidas absurdas en las que entran todos los alcoholes más o menos artificiales” (Pagador, 1933: 193-194)

tanto que lenguaje, constituyen **tecnologías de gobierno**<sup>24</sup>, formaciones históricas a examinar en tanto van ligadas a determinados modos de objetivación y subjetivación respectivamente. Por otro lado, estas prácticas discursivas se hallarían fuertemente codificadas en forma de matrices discursivas, las cuales operan como condición de posibilidad de la experiencia. De ahí que en nuestro caso, resulte extremadamente relevante el poder identificar y problematizar las matrices discursivas mediante las cuales se objetiva el fenómeno drogas como problema social, es decir captar críticamente *su episteme*<sup>25</sup>, y al mismo tiempo, hacer inteligible el cómo estos discursos, en tanto tecnologías, inciden en los modos de gobierno de una determinada población –lo jóvenes- y como este gobierno requiere conformar a estos objetos –el problema drogas- como dominios posibles de conocimiento y de cálculo, y estos a su vez modifican las formas de gobernarlos (techné).

## 2.2.- La Caja Negra Como Tecnología De Gobierno

Al inicio del capítulo señalamos que fue en década de los ochenta cuando en España se definieron los parámetros básicos del llamado problemas drogas. Ahora bien, desde una perspectiva objetivista se enfatiza que la definición de los problemas sociales debe

---

<sup>24</sup> Foucault denominaría *tecnología* a los medios orientados de forma consciente por la reflexión y la experiencia para alcanzar ciertos fines refiriéndose siempre a la *dimensión estratégica de las prácticas*, es decir, al modo en que tales prácticas operan en el interior de un entramado de poder. Las tecnologías, diríamos, forman parte integral de la racionalidad de las prácticas, en tanto que son ellas los medios calculados a través de los cuales una acción cualquiera podrá cumplir ciertos fines u objetivos. Las tecnologías de gobierno se diferencian de las tecnologías de dominación porque éstas no buscan simplemente determinar la conducta de los otros, sino *dirigirla* de un modo eficaz, ya que presuponen la capacidad de acción (libertad) de aquellas personas que deben ser gobernadas. Pero también se diferencian de las tecnologías del yo, pues aunque los objetivos del gobierno son hechos suyos libremente por los gobernados, no son *puestos* por ellos mismos sino por una racionalidad exterior (Castro-Gómez, 2010). “En este sentido Foucault dice que las tecnologías de gobierno se ubican en una zona de contacto entre dos familias tecnológicas distintas: aquellas que determinan la conducta de los sujetos (sujeción) y aquellas que permiten a los sujetos dirigir autónomamente su propia conducta (subjetivación)” (Castro-Gómez, 2010:39).

<sup>25</sup> Utilizamos este concepto desde una perspectiva foucaultiana para hacer referencia al conjunto de suposiciones, prejuicios y mentalidades que estructuran y limitan el pensamiento de cualquier época en particular. La palabra se deriva de la misma raíz griega antigua que la rama de la filosofía como epistemología (entendida como el estudio de los fundamentos en que se basa el conocimiento). Una *episteme* particular hará surgir una forma particular de conocimiento. Foucault llamo a esta última discurso, y con ello se refiere a la acumulación de conceptos, practicas, proposiciones y creencias producidos por una *episteme* determinada (Pastor et al, 2007)

llevarse a cabo a partir de criterios objetivos de situaciones que podrían o deberían ser cambiadas. Esta definición parte de la asunción de que es posible ubicar en qué momento y lugar se produce un desequilibrio o falta de armonía con los valores de una sociedad. Así mismo, la referencia a los criterios objetivos a través de los cuales se puede ubicar un problema social, apela a la posibilidad del estudio de estos criterios a partir de los métodos de observación y medición científica, siendo estos criterios validados como formas de descubrimiento de la realidad (Montenegro, 2001). Los parámetros sobre cómo deben vivir las personas, cuáles deben ser los recursos a los que tengan acceso o cuales deben ser sus prácticas sociales están establecidos según los límites de lo correcto/normal, lo incorrecto/anormal, lo sano/insano, etc. (Montenegro, 2001). Desde esta perspectiva se entiende que “un problema social se refiere a la definición de una situación que representa una falta de armonía con los valores de una sociedad dada. Es, por lo tanto, una situación que viola las normas generales compartidas es un sistema social y se define como un fenómeno que tiene impacto negativo sobre la vida de un segmento considerable de la población” (Montenegro, 2004: 28).

Acorde con esta perspectiva, el consumo de drogas en España, va a ser considerado y definido como un problema social, es decir “como problema que preocupa a los colectivos –directamente implicados o no- y que se presenta como una progresiva demanda de atención de los poderes públicos” (Ramírez, 1993: 56). En efecto, “Durante toda la década de los ochenta se conceptúa ya claramente la realidad de los consumos de drogas como problema social” (Navarro 2003:17). Desde esta perspectiva, los criterios definitorios del problema drogas, podrían ser sintetizados del modo como lo hace Laraña:

*“En la actualidad, el consumo de drogas presenta características comunes que plantean una situación muy diferente a la de origen y determinan su identificación como problema social. Por una parte, el aumento en el número de usuarios y creciente incidencia en la situación social; por otra, la diversificación de los grupos sociales que usan drogas habitualmente y de los tipos de las sustancias consumidas. A pesar de que siempre ha habido drogas, nunca este*

*hecho presentó las dimensiones que tiene en la actualidad. Nunca como hasta nuestros días se registró una masificación de su uso a través de distintos grupos sociales situados en todo el espectro de la estratificación social, ya sean clases sociales o grupos de status en términos de origen u ocupación.” (Laraña, 1984: 88)*

En la misma línea, apoyándose en dos estudios empíricos, uno sobre “victimización y drogas” y el otro sobre “Juventud y drogas”, ambos realizados en 1979 por el CIS y CIDUR-EDIS respectivamente, Navarro (2003) identifica dos elementos que a su juicio van a ser clave en la conceptualización de los consumos de drogas como problema social. Una primera cuestión sería la inseguridad. El segundo elemento sería el de la extensión de los consumos de drogas ilegales, más allá de los grupos minoritarios contraculturales o de élites, muy especialmente entre la juventud. Al respecto, señalará que “mientras sectores relativamente amplios de la población acusan ya una cierta intranquilidad ante un posible riesgo derivado de las drogas, se van perfilando las dimensiones de los consumos.” (Navarro, 2003: 17).

Pero sin lugar a dudas, la clave fundamental en el proceso de definición de problema drogas en España lo constituirá la emergencia de la llamada crisis de la heroína. Al respecto, Gamella (1997) señala de forma elocuente: “Mientras que en el verano de 1978, los consumidores de heroína en España podían aún contarse por decenas o, a lo sumo, por centenares, en 1982 había ya en España decenas de miles de jóvenes que había aprendido a inyectarse opiáceos que conseguían en un creciente mercado negro, y que se consideraban a sí mismos adictos a la heroína.” (1997: 4). En efecto, debido a la rápida expansión de determinados usos de heroína, en la década de los ochenta esta sustancia psicoactiva se constituirá en el paradigma de la droga (GRUP IGIA, 1995).

Obviamente el consumo de sustancias de alteración de la conciencia es secular y tradicional en España. Sin embargo, pese a existir antecedentes históricos de la problematización del consumo de ciertas sustancias psicoactivas como por ejemplo en la lucha antialcohólica de fines del siglo XIX e inicios del XX, o en los consumos *concupiscentes* de sustancias psicoactivas en las grandes urbes de la España de los años 20 y 30 del pasado siglo; o más tarde, en las postrimerías de los sesenta e inicios

de los 70, en las batallas legales contra la psicodelia en el marco de la llamada “cruzada internacional contra la lisergia” (Usó, 1996), o en las cíclicas problematizaciones del consumo de haschisch o cannabis, lo cierto es que nunca antes el consumo de sustancias psicoactivas adquirió la dimensión de una *crisis de drogas*. En efecto, si se entiende por crisis de drogas “una transformación radical en la forma en que ciertas drogas psicoactivas son usadas, distribuidas y percibidas en una sociedad determinada” (Gamella, 1997: 2) antes de la crisis de la heroína, no hay antecedentes de una situación similar.

De acuerdo a Gamella (1997), la interrelación de cuatro procesos definirían una crisis de drogas: (1) La rápida expansión de formas de alta intensidad de consumir ciertas drogas previamente desconocidas o minoritarias; (2) La generación de una intensa alarma social por esos consumos y sus consecuencias que a menudo supera el nivel de los pánicos morales; (3) El crecimiento de una economía más o menos informal dedicada a la producción y distribución, que genera un salto en disponibilidad de las nuevas sustancias; (4) El desarrollo de un problema de salud pública que deriva de un daño sanitario masivo y cuantificable el cual puede generar una crisis sanitaria (Gamella, 1997). Pues bien, será en el periodo de la España constitucional, a propósito de la rápida expansión de una forma de politoxicomanía centrada alrededor del consumo habitual y compulsivo de heroína, cuando estos cuatro procesos entren en escena, configurándose la primera crisis de drogas en España, en particular, la crisis de la heroína.

Ahora bien, si tal como este autor señala, a propósito del análisis de la crisis de heroína, las crisis de drogas “*no son sólo construcciones ideológicas, ni ejemplos de ilusiones colectivas como algunas "olas de criminalidad" o "pánicos morales", sino cambios en la conducta de diversos grupos que provocan una convicción generalizada de que la acción colectiva es necesaria para controlarlos*” (Gamella, op.cit: 3), pues entonces esto significa que para definir o delimitar una crisis como tal, el problema requiere ser debidamente objetivado. Esto nos hace volver al punto anterior, en tanto significa que el propio proceso de objetivación, siendo consustancial al proceso de problematización, se constituye en la condición de posibilidad de la crisis o problema

drogas. Ahora bien, semejante constatación, desestabiliza la posición objetivista, en tanto abre un doble flanco a la crítica, cuyas implicaciones y consecuencias son más epistémicas que metodológicas. Como veremos a continuación, estas pueden llegar incluso más allá de la propia controversia entre representacionistas y convencionalista a la cual nos hemos referido al inicio del capítulo.

#### **A.- Límites onto-epistémicos: deslizamiento y asimetría del conocimiento**

En primer lugar, la crítica nos lleva a repensar los límites onto-epistémicos del problema, abriendo interrogantes sobre la naturaleza del objeto y las condiciones de posibilidad de su conocimiento. Veremos que un primer escollo a sortear tendrá relación con la naturaleza del objeto drogas (la cuestión óptica). O dicho de otro modo, con la definición del objeto.

Situados en el campo de las ciencias sociales, veremos cómo las distintas perspectivas “objetivistas” (cientificistas), no pudiendo eludir esta problemática, intentarán redefinir el objeto drogas, intentando matizar los límites impuestos por la ortodoxia farmacológica y/o bioquímica. Consiente de la hegemonía ejercida por el paradigma *lewiniano* en el campo de las drogas, el cual ha sabido arreglárselas para subsistir a la erosión del tiempo, Domingo Comas (1985), uno de los investigadores más prolíficos y representativo de la perspectiva aceptada en el campo de las drogas, plantea, a modo de solución de compromiso, la siguiente definición de drogas:

*“Droga pueden ser muchas sustancias pero solo lo son aquellas que han sido codificadas culturalmente como tales. No se trata de un atrevido determinismo sociocultural, sino de establecer una dialéctica entre las propiedades farmacodinámicas de algunas sustancias y su codificación cultural, lo que nos permite dilucidar, no solo el concepto de drogas sino también los efectos sociales y personales de su uso.” (Comas, 1985: 22)*

La tensión entre representacionistas y convencionalistas, lejos de saldarse con el triunfo de una u otra perspectiva, queda resuelta mediante un posicionamiento a favor

de una dialéctica “naturaleza/sociedad”. En efecto, la definición se mueve entre el conjuro y el guiño. Entre el conjuro a todo determinismo radical y extremo, y el guiño a cierto constructivismo moderado que se anuncia –por aquel entonces- avanzando de la periferia al centro. Solución de compromiso, en tanto el posicionamiento representa un matiz de progresismo dispuesto a operar al interior de una dicotomía moderna, jalonada de un lado por un polo que pretende explicar la sociedad mediante la naturaleza, y de otro lado, desde un polo desde el cual se pretende explicar la naturaleza mediante la sociedad. Dicotomía que en el contexto de la ciencia moderna, intenta salvaguardar la verdad del objeto ante el papel distorsionador que supuestamente tendría lo social en la producción del conocimiento científico, dejando como objeto de la sociología la ideología, el código cultural, las falsas creencias, los prejuicios, pero nunca la verdad del hecho científico. En este caso, resguardando la naturaleza bioquímica del objeto como límite último e irreductible, y de paso olvidando que los objetos aparentemente naturales, no son sino prácticas objetivadoras (Domènech et al, 1998).

Un segundo escollo a sortear, por cierto imposible de desligar del primero, refiere a la delimitación de lo problemático en el campo de las drogas. Dicho de otro modo, refiere a la definición de criterios o parámetros que permitan objetivamente valorar, estimar y dimensionar el problema del uso de drogas. Para ello, desde esta perspectiva, será fundamental poder acceder a la delimitación entre toxicómanos y no toxicómanos. De hecho, esta necesidad surge de la siguiente constatación:

*“Una parte importante de las muestras realizadas en este país no tienen un solo dato sobre posible dependencia, y se mueve exclusivamente a nivel de datos de uso muy generales. Sin embargo, en sus conclusiones utilizan tales datos de uso como si se tratara de dependencias, contribuyendo a crear un clima de alarmismo social que dificulta la toma de medida eficaces para afrontar los problemas relacionados con el uso de drogas” (Comas, 1985: 12)*

Hecha la constatación, Comas (1985) plantea la necesidad de diferenciar entre dependencia y uso de drogas, ya que lo primero –la dependencia- constituye un



problema en sí mismo, en cambio lo segundo -el uso de drogas-, refiere a un fenómeno social que puede o no ser problemático. Sin embargo, deslindar la diferencia entre dependencia, uso problemático y uso no problemático, lejos de ser una tarea sencilla, es una cuestión difícil y compleja. Según Comas (1985), la dificultad principal residiría en poder identificar el Síndrome de Dependencia, ya que no se dispondrían de métodos objetivos para dicho fin, recurriéndose a métodos poco confiables como por ejemplo la cuantificación del nivel de consumo en una unidad de tiempo determinada.

Esto significa que el problema de las drogas en gran medida viene determinado por, o es derivativo de, el fenómeno de la dependencia, en tanto esta última constituye un problema en sí misma. Ahora bien, la cuestión es que siendo esta una nosología eminentemente *biomédica*, y en ausencia de una redefinición de la misma desde otros marcos epistémico o conceptuales, su análisis y estudio queda básicamente restringido a procedimientos clínicos o epidemiológicos.

*“Determinar la situación de dependencia de un individuo es extremadamente difícil. En ocasiones ni tan siquiera con la observación directa o clínica es posible diagnosticar con exactitud la presencia de un síndrome de dependencia, lo cual nos indica que con métodos sociológicos será todavía más complicado” (Comas, 1985b: 27)*

Lo anterior significa cierta depuración del objeto drogas en tanto problema, ya que su problematización conduciría a un doble marcaje de la población objeto como consecuencia o efecto de dos tipos de ensamblaje técnico-político: por un lado tendríamos la población normalizada<sup>26</sup>, es decir los jóvenes usurarios, que eventualmente podrían presentar problemas o no, y que pueden ser estudiados mediante procedimientos objetivos (aleatorios) de tipo estadístico sobre la base de

---

<sup>26</sup> Téngase presente que aquí la palabra normalización se utiliza en términos actuariales y no (necesariamente) disciplinarios. Es decir de estandarización de los individuos. Desde este primer tipo de ensamblaje la noción de normalización significa meramente el establecimiento de una norma en el sentido de un punto dentro de una distribución. En este marco, las estrategias de normalización implican solamente la manipulación de distribución alrededor de la norma (O'Malley, 2004).

encuestas poblacionales estandarizadas los cuales serán objeto de prevención. Por otro lado, tendríamos la población “patologizada” cuyo desafío es su normalización<sup>27</sup>. Es decir los jóvenes usuarios con problemas de dependencia a las drogas (drogodependientes, toxicómanos, farmacodependientes) estudiados principalmente mediante procedimientos clínicos y/o epidemiológicos, que serán objetos de rehabilitación.

En efecto, el mismo Comas (1985) advierte que la uniformización de los datos obliga a plantear una taxonomía de las posibles relaciones entre los individuos y las sustancias clasificadas como drogas. Sobre la base del contenido de “diversos proyectos internacionales de normalización” (Hughes, 1983; Edwards y Arif, 1981; Consejo de Europa, 1982; Kramer y Cameron, 1975 y Rustagi, 1981 en Comas, 1985: 24) llevados a cabo entre los años 1975 y 1983, dicho autor, propone una taxonomía para el grupo de experimentadores (no abstemios) cuyos principales contenidos son sintetizados en el siguiente cuadro:

Cuadro 1: Taxonomía de las posibles relaciones entre los individuos y las sustancias clasificadas como drogas.

TIPO	DEFINICION	ABORDAJE
Usuarios experimentales	Aquellos que han experimentado con una droga de forma simple o compleja, sólo en una ocasión, y que una vez concluida la experiencia no han vuelto a repetirla	
Usuarios de drogas	Aquellos que han establecido con la sustancia una relación más o menos permanente o continua a lo largo de un	El usuario no necesita, en general, una atención sanitaria o psicosocial, como consecuencia del uso de drogas, <b><u>aunque debe</u></b>

<sup>27</sup> Aquí normalización implica un proceso disciplinario de estandarización de individuos. En las disciplinas, la técnica central es la normalización en el sentido específico de creación o especificación de una regla general (norma) en términos de la cual la unicidad individual puede ser reconocida, caracterizada y luego estandarizada. Por lo tanto, la normalización en el sentido disciplinario implica corrección del individuo, y el desarrollo de un conocimiento causal de la desviación y la normalización (O'Malley, 2004).

	periodo. Refiere a una conducta que en sí misma no constituye una problemática, aunque el estatus legal o social de la droga puede producir problemas a sus usuarios.	<b><u>ser objeto de medidas especiales de prevención.</u></b>
Drogo dependientes	Aquellos que abusan de drogas por un periodo prolongado de tiempo y que debido a las características farmacológicas de los productos consumidos presentan un síndrome de dependencia en el que se manifiestan plenamente los fenómenos de la tolerancia y el síndrome de abstinencia por supresión.	<b><u>Grupo de enfermos necesitados de asistencia sanitaria, psicosocial y/o reinserción social</u></b> para la planificación de las cuales es preciso evaluar los efectivos y la distribución espacial del grupo.

\*Fuente: Elaboración propia basada en: Informe Juventud en España Nº 4. *El uso de drogas en la juventud*. Comas, Domingo. Publicaciones de juventud y sociedad. Ministerio de cultura. Instituto de la Juventud. 1985

En el caso del segundo subgrupo, el de los “usuarios de drogas” dada la complejidad de la categoría de *usuario*, Comas (1985) propone una serie de precisiones conceptuales y operativas (tecnologías actuariales) que eventualmente ayudarían a mejorar su comprensión, y principalmente, su regulación. Estas son: *Modalidad de uso; Uso de drogas con fines no médicos; Abuso de drogas; Expectativas de uso; Usuario Actual; Usuario antiguo, anterior o ex -usuario; riesgo relativo global y Grupo de alto riesgo*.

De la serie de precisiones propuesta por dicho autor, especial relevancia van adquirir las dos últimas –riesgo relativo global y grupos de alto riesgo- debido a la profunda implicación que estas adquirirán en el diseño e implementación de dispositivos preventivos y en la gramática del riesgo en tanto tecnología actuarial. En efecto, la noción de riesgo relativo global, entendida como un conjunto de variables pertinentes en un medio determinado que inciden en el uso, continuidad y evolución del consumo de drogas, así como la noción de grupo de alto riesgo, entendida como grupo de población que dada su ubicación en el ciclo vital u otras circunstancias, su uso de

drogas implica peligros o riesgos sobreañadidos en relación a la media de la población, van a constituirse en dos herramientas tecnológicas fundamentales para el diseño de estrategias y programas de gobierno en el campo de las drogas. Como tal son herramientas para ordenar la realidad, presentándola de un modo calculable. Una manera de representar eventos y sucesos de forma tal que los mismos resulten gobernables según un régimen particular de técnicas, objetivos y medios (Ewald, 1991 en Haidar, s/f).

### ***B.- Funcionalismo Residual y Epistemología Neorrealistas: Linealidad y Exterioridad***

La segunda línea de crítica tiene relación con las propias técnicas de representación y visualización de aquello que se define como problema. Aunque dedicaremos un sub-apartado específico a estas dos cuestiones técnicas -representación discursiva y visual del problema- no queremos dejar de señalar algunos aspectos generales de éstas, por cuanto significan flancos abiertos a la crítica al objetivismo.

En primer lugar, advertir que la forma en que la posición objetivista hace pensable el problema drogas en términos de “problema en si” (dependencia) o “posibles problemas” (riesgos) está modelada por un relato de la modernización de las estructuras productivas, políticas y culturales de la sociedad española en las últimas décadas del siglo XX, conforme a un esquema eminentemente evolutivo. Este relato afirma la existencia de una transformación en los patrones de socialización producto de profundos cambios en las instituciones modernas que intervienen en dichos procesos, en virtud de la cual entre la década de los 70 y los 80 se habría incrementado el patrón de consumo en general y de consumo de drogas en particular. Al respecto, los siguientes fragmentos pueden resultar elocuentes:

*“El proceso de transformación social que se pone en marcha desde entonces está directamente relacionado con el incremento en el consumo de drogas. Los cambios estructurales de la sociedad española corren paralelos a otros no menos importantes en la cultura, sin pretender que constituyan su causa determinante. [...] A pesar de la identidad que suele establecerse entre cambio*

*social y progreso en la acepción corriente del primer término, su significado sociológico no sólo se refiere a aspectos relacionados con lo que suele entenderse como tal. Todo cambio social lleva consigo fenómenos sociales de distinto signo, toda transformación profunda exige reajustes en los sistemas de reorganización social. Debido a la diferencia que existe entre los ámbitos de la estructura social y la cultura —en cuanto a principios y estructuras centrales, en sus respectivos ritmos de transformación—, algunas de estas consecuencias del cambio social se acusan especialmente en el campo de la cultura. La escalada en el consumo de drogas que se registra en España desde el comienzo de los años sesenta constituye una clara manifestación de los elementos de desorganización social intrínsecos a un proceso de esta naturaleza. (Laraña; 1984: 86)”*

*“Entre los consumos de todas estas sustancias psicoactivas, el primero que se va problematizando progresivamente es el del alcohol abusivo, que en aquel tiempo se denominaba de modo muy común como el “alcoholismo”. Y esto ocurre debido a dos causas principales; por una parte, a los cambios que experimenta la sociedad española en la época del “desarrollismo”, iniciado en los años sesenta, con el paso de una sociedad rural y una familia extensa, a otra industrial y urbana, con un nuevo modelo de familia nuclear. En esta nueva situación, los consumos abusivos de alcohol se tornan muy disfuncionales por sus consecuencias en el ámbito laboral y en el creciente proceso de urbanización, al tiempo que la más reducida familia nuclear carece de espacio y de recursos para absorber el impacto que producen los casos de “alcoholismo””. (Navarro, 2002: 16)<sup>28</sup>*

---

<sup>28</sup> Aunque nuestro objetivo no es cuestionar la veracidad de los contenidos sino más bien analizar sus efectos, no podemos dejar de señalar que las narrativas derivadas de una epistemología realista, probablemente en aras a la estabilización y coherencia de su relato historiográfico y evolutivo desenventualiza una serie de procesos históricos. Así por ejemplo ocurre al señalar “el paso de una sociedad rural y una familia extensa, a otra industrial y urbana, con un nuevo modelo de familia nuclear” pues lo cierto es que este paso no es tan homogéneo o discreto, sino mucho más mixturado, poroso y paulatino. De hecho Francisco Vázquez analizando desde una perspectiva biopolítica las transformaciones del orden familiar y la subjetividad moderna (Vázquez, 2000) señala lo siguiente: “Hasta hace unos treinta años, los estudios sobre la familia, desde la obra pionera de Le Play a mediados

*“La cultura tradicional estaba desapareciendo, la modernidad estaba ahí y la forma más popular de caracterizar el cambio cultural que se estaba produciendo eran las drogas ilegales: durante dos décadas las drogas ilegales representaron en el imaginario social la transición entre un viejo modelo cultural y la realidad, atractiva pero no exenta de peligros, de la modernidad”*  
(Comas, 1993:33)

A este tipo de problematización inscrita en un relato de modernización y cambio, le subyace una epistemología realista, en virtud de la cual se tratan los problemas sociales como si éstos refirieran a un estado “real” del mundo, o como si estos fuesen una realidad a priori, una propiedad de los objetos que lo componen. Esta tendencia realista coloniza el campo semántico aledaño a los problemas sociales, así como también la superficie de su inscripción, llegando a naturalizar incluso, los propios constructos teórico-metodológicos diseñado para su estudio y abordaje. Así por ejemplo, el riesgo deja de ser visto como un constructo teórico, o una *techné de gobierno*, y pasa a ser visto como un atributo de poblaciones, grupos o colectivos específicos, los que encontrándose expuestos a una serie de condiciones ambientales, contextuales y/o situacionales, - y por tanto localizables- constituyen un población o grupo *en riesgo* (*poblaciones en riesgo*), o bien que debido a sus comportamientos,

---

*de siglo XIX, hasta la de los sociólogos de la última postguerra, hacían valer un relato evolucionista sobre la historia de esta institución. Describían el tránsito de la familia extensa, característica de las sociedades tradicionales, a la familia reducida, nuclear, propia de las sociedades modernas. La narración sobre la familia se podía entonces encajar cómodamente en el panorama general acerca de la modernización. [...] Este cuadro se desmoronó gracias a las investigaciones de los historiadores-demógrafos del Grupo de Cambridge (Leslett, Wrigley, Rowland, etc.) a partir de los años 60 (Laslett, 1969; Laslett et al., 1972). Se descubrió entonces la emergencia precoz de la familia nuclear en algunas zonas de Europa. En Inglaterra y en general en toda Europa Noroccidental, la familia reducida habría hecho ya su aparición en los últimos siglos de la Edad Media. En plena edad moderna coexistían en el continente formas familiares extensas con modalidades de familia nuclear, limitadas a la pareja y a los hijos (A. Burguière - F. Lebrum, 1986). Las variaciones no existían únicamente entre distintos países, sino dentro incluso de un mismo país. En los siglos XVI y XVII, por ejemplo, atendiendo al tamaño, sistema de residencia y edad de acceso al matrimonio, se han diferenciado tres grandes zonas en la península ibérica. Los antropólogos, por su parte, han diferenciado un sistema de residencia patrilocal y de familia extensa en Galicia, Cataluña, Asturias, Vascongadas y Aragón, un sistema neo local basado en la familia nuclear, en el resto del país (Chacón, 1987; García, 1995)” (Vázquez, 2000: 38-40).*

hábitos e incluso actitudes, significan un riesgo para sí mismo o un riesgo para los demás (*población de riesgo*).

En cualquiera de los casos, el riesgo es un atributo, una característica o cualidad de los individuos o grupos. En este sentido, la naturalización de los conceptos que se produce a propósito de una epistemología realista, simplifica y opaca la dimensión procesual y relacional de los objetos implicados en el problema, y de paso, simplifica, sino borra, la complejidad de sus determinaciones. Esto ocurre con el concepto de estilo de vida, el que surge con fuerza a mediados de los ochenta en el campo discursivo de las drogas llegando a ser un concepto clave en la gramática del riesgo, el cual no solo permitirá organizar, en términos operativos, la pesquisa de información a nivel sociológico o epidemiológicos, con todas las limitaciones teóricas y metodológicas que ello conlleva<sup>29</sup>, sino que además, va a adquirir el carácter de realidad empírica, el de un dato de la realidad, constatable y contrastable, mediante la cual se harán inteligibles las nuevas formas de sociabilidad y socialidad de los jóvenes.

En efecto, traducido el concepto de estilo de vida como un conjunto de rasgos específicos de comportamientos (variables o factores) relacionados primeros con determinadas enfermedades crónicas, y después con las violencias y adicciones perspectiva salubrista-, o relacionados con la organización activa de objetos, actividades y valores que producen y organizan una identidad de grupo (Feixa, 1998)- perspectiva culturalista-, el concepto de estilo de vida derivará en una suerte de psicoestética del individuo joven en el contexto de la modernidad tardía.

Como hemos visto en las citas anteriores, principalmente en la referencia al texto de Laraña (1984), aparejado a los relato de cambios estructurales y transformaciones sociales, fungen nuevos fenómenos o nuevas situaciones que suelen ser tipificadas como expresión o síntoma de desequilibrios en el sistema, íntimamente relacionados con la emergencia de nuevos problemas sociales. En efecto, estos desequilibrios

---

<sup>29</sup> Ver dos referencias imprescindibles: 1) "Estilos de vida riesgos y construcción social. Conceptos similares y significados diferentes" de Eduardo Menéndez; 2) "¿Dependencia o estilo de vida? La vida de un grupo de heroinómanos catalanes de los 80s" de Oriol Romaní, Joan Pallarés y Aurelio Díaz

remiten a fallos en las reglas de convivencia, ya sea por cierto quiebre o vacío de normas, por conflictos culturales o por inconformidad con las normas existentes, pero en cualquier caso revelando un estado de anomia social (Montenegro, 2001). Ahora bien, en este tipo de relatos suele establecerse una cierta estructura lineal cuya trama argumental se organiza de la siguiente forma: las transformaciones sociales conducen a una serie de desequilibrios; los desequilibrios se relacionan con la emergencia de nuevos problemas sociales; los nuevos problemas sociales plantean una serie de nuevas necesidades; estas necesidades requieren respuestas; las respuestas requieren de una base diagnóstica para mejorar sus posibilidades de éxito, y así sucesivamente, hasta que finalmente, “las herramientas del saber de los profesionales en diversas instituciones de la sociedad se ponen en uso para cumplir la función de atender el desequilibrio que generan los problemas sociales y para evitar las consecuencias que éstos elementos disfuncionales pueden producir en la sociedad” (Merton, 1957 en Montenegro, 2001: 79). En efecto, el conocimiento experto se moviliza para problematizar, diagnosticar, explicar y prescribir soluciones, dando por hecho que tanto el diagnóstico como la programación de su intervención son exteriores al problema, y por tanto podría situarse estratégicamente por fuera de éste, haciendo de cuenta de que su propio instrumental técnico-semiótico es ajeno al problema (la profilaxis del diagnóstico) pues así como el problema preexiste al procesos de diagnóstico, este último le trasciende, pues no es más que un momento de concreción tecnológica en el horizonte universalista de la ciencia.

En segundo lugar, emerge esa espinosa cuestión que tiene que ver con el plano de inmanencia entre lo objetivado y el proceso de objetivación. Dicho de otro modo, refiere al hecho de que no habría exterioridad entre uno (objeto problema) y otro (procesos de problematización), y por lo tanto lo objetivado no puede ser pensado por fuera de las propias tecnologías que han hecho posible su objetivación. Intentemos explicar esto cuestión a través de un ejemplo.



De acuerdo a Comas (1993) entre 1978 y 1993<sup>30</sup> se realizaron veinte encuestas de carácter nacional, y casi cuatrocientas de ámbito local o carácter sectorial sobre drogas en España. Esto significa que en dicho periodo se realizaron en España muchas más que en el resto de la Unión Europea tomada en su conjunto (Comas, 1993). Situación que podría explicarse, entre otras razones “por la necesidad de información a nivel sociopolítico en la transición democrática y posterior procesos de modernización, difícilmente comprensible sin la presencia de las encuestas en la orientación de la gestión y acción política-administrativa” (Comas. 1993: 46).

Esto significa que en el periodo de 1978-1985, periodo que culmina con la creación del Plan Nacional sobre Drogas, se realizaron once encuestas nacionales y al menos trece estudios no específicos, en los cuales se incluyeron preguntas relacionadas con las drogas. Ahora bien, y siguiendo a Gamella (1997), debemos de tener presente que “las crisis se delimitan, definen y consolidan cuando su institucionalización se hace evidente porque se promulgan leyes o se crean organismos específicos para combatir o remediar el desorden.” (Gamella, 1997: 2). En consecuencia, por más tardía, o desfasada que pueda haber sido la respuesta institucional en el caso español, ésta vino a cerrar un periodo en el cual se produjo una expansión epidémica del consumo de heroína y su cénit, crisis que se reconoció con la respuesta institucional. Al respecto:

*“La expansión de la heroínomanía en España tuvo su primera fase en los años 1977 y 1978, cuando los primeros yonquis se hicieron visibles y la atención pública se concentró por primera vez en el uso local de esa droga. La expansión alcanzó niveles “epidémicos” en la segunda fase, entre 1979 y 1982, para llegar a su cénit en la tercera, entre 1983 y 1986, en unas condiciones político-jurídicas específicas<sup>5</sup>, que produjeron la definitiva institucionalización del problema.”(Gamella, 1997: 7)*

---

<sup>30</sup> Según el documento consultado correspondiente a la tesis doctoral de Domingo Comas se señala entre “entre 1978 y 1983...” suponemos que se trata de un error tipográfico pues más adelante en todo momento se hace referencia al periodo 1978 – 1993.

Cabe tener presente, que en lo que se refiere a la asistencia socio-sanitaria, no se creará ningún organismo público específico hasta 1979, año en que se abrirá el ambulatorio de la Cruz roja en Madrid y el servicio de Toxicomanías del Hospital de Sabadell. Este último es seguido por la creación de la unidad de toxicomanías del Hospital del Mar de Barcelona. La creación de estos primeros centros de la red pública sucede de forma paralela al crecimiento de iniciativas privadas de corte profético, como “El Patriarca” el cual se constituirá en punto de referencia en la primera parte de la década de los 80 (GRUP IGIA, 1995).

Cuantiosos datos sobre usos de drogas, reconocimiento público de una situación crítica en ciernes o ya instalada, respuestas institucionales, alarma social, inicio de oferta socio-sanitaria especializada, respuestas jurídicas, etc., todos estos aspectos, lejos de ordenarse de forma lineal y arborescente, más bien lo hacen en forma de red, o mejor aún, en forma de rizoma. Una suerte de ensamblaje, de cruce de fuerzas articuladas de tal manera que pueden –en un momento histórico- no solamente organizar el espacio enunciativo de lo que es considerado –definido- como problema, sino que además su propia articulación excede lo meramente discursivo, y tiene la fuerza de configurar los objetos del mundo de lo posible (lo practicable), de lo pensable (lo cognoscible). Esto no quiere decir que los problemas sociales son meras construcciones lingüísticas, sino que están conformados por prácticas semiótico-materiales que le dan una objetividad.

En esa perspectiva, la imagen de rizoma, en tanto metáfora declina la idea lineal de la lógica ilustrada que coloniza el relato objetivista del conocimiento aplicado. Lógica mediante la cual se ordena la secuencia de hechos de forma ideal, situando la acción diagnóstica como una respuesta eminentemente técnica asociada a una necesidad de la misma naturaleza. Es decir como un *a posteriori* al problema, que puede articularse ya sea como una operación ex – post al problema, es decir como parte de la respuesta de control, o ex - antes al mismo, es decir como anticipación. Razón por la cual cabe preguntarse ¿Es posible desligar el proceso de objetivación del problema drogas del propio proceso de construcción social del mismo? De no ser posible dicha separación cabe preguntarse por ejemplo ¿Qué relación existe entre el temprano estudio de “victimización y drogas” (CIS, 1979) y la construcción de la alarma social ante las

drogas, más aún cuando esta última constituye un rasgo definitorio de la llamada crisis de las drogas? ¿Acaso riesgo y victimización no constituyeron un tándem clave que signará el rumbo de la política criminal y la justicia expresiva<sup>31</sup> en la década de los 80 incluso por sobre la propia lógica asistencial<sup>32</sup>?

Pues bien, éstas y otras interrogantes, plantean la necesidad de romper con la preeminencia de la dicotomía sujeto-objeto, que además ha hecho prevalecer en los estudios sociales de la ciencia, la distinción entre contexto (historia externa) y contenido (historia interna), y pasar a una noción de articulación, ya que esta borra dicha distinción. De hecho, desde esta segunda perspectiva, tanto la realidad natural como la estructura social son productos de los procesos de traducción, mediante los cuales se transforman las cuestiones técnicas en cuestiones políticas, y viceversa. Ahora bien, dichas operaciones de traducción, tienen efectos de poder, en tanto pueden fijar la realidad y programar su intervención, y en consecuencia delinear posiciones de autoridad, centros de experticia que disponen de tecnologías que hacen perdurar dichas estabilizaciones.

### 3.- PRÁCTICAS DIVISORIAS Y PROGRAMACIÓN

Es interesante hacer notar como en aras a la estabilización del problema, al logro de su inteligibilidad se intenta definir el objeto de una forma tal, que lo que va a caracterizar dicha operación será el ***continuo deslizamiento epistémico***. En efecto, la naturaleza

---

<sup>31</sup> Por justicia expresiva se entiende una forma de funcionamiento de la justicia penal que coloca en un primer plano la tarea de expresar, justamente, la ira y resentimiento provocados por el delito en el público a través de la faz simbólica del castigo, sin intentar instrumentalmente, articular medidas destinadas al fin de la reducción del delito (Garland, 2005)

<sup>32</sup> “...en la presentación de la Estrategia Nacional sobre drogas 200-2008 se dice que con lo hecho desde 1985 “nuestro país puede sentirse razonablemente satisfecho”, y que “se han alcanzado una serie de logros que nos colocan entre los países más avanzados en el desarrollo de políticas frente a las drogas”. Perfecto, si junto a los logros evidentes (desarrollo de una red amplia y diversificada de atención a los consumidores), se hubiese reconocido que el rastro de la epidemia habría sido menor con respuestas oportunas y basadas en la evidencia, aparcando apriorismos ideológicos, e intereses políticos y profesionales (por ejemplo implementando los TMM 5-8 años antes)...” (De la fuente et al, 2006: 513)

híbrida del objeto<sup>33</sup>, produce un grado significativo de indecibilidad, o de indeterminación en el discurso disciplinario mediante el cual se lo aborda. En efecto, mediante deslizamientos epistémicos continuos, sus enunciados van mucho más allá de sus propias fronteras disciplinarias, observándose como “el sociólogo psicologiza su investigación, el jurista defiende su ley a una decisión médica, los psicoanalistas solicitan modelos comportamentalistas u operan una psicologización secundaria de los conceptos analíticos” (Le Poulichet, 1996:18). Sin embargo, como una paradoja, al tiempo que pocos cuestionan el entrecruzamiento entre los distintos registros discursivos implicados en las drogodependencias (jurídicos, médicos, moralistas, religiosos, altruistas, higienistas, etc.), muchos se esfuerzan por construir una entidad –las drogodependencias- sólidamente definida y acotada, justificando los continuos deslizamientos epistémicos en los que se incurre por razones de complejidad del fenómeno y por una necesaria interdisciplinariedad de sus respuestas como consecuencia de lo anterior, como si ambas consideraciones fuesen aspectos connaturales al problema.

Ahora bien, a propósito de la problematización como procedimiento de análisis crítico, Foucault sugiere que antes de suponer el sujeto y el objeto, estas relaciones deben explorarse desde el modo de subjetivación y objetivación respectivamente (Restrepo, 2008). De acuerdo con el pensador galo, para el modo de objetivación habrá que determinar “en qué condiciones algo puede llegar a ser un objeto para un conocimiento posible, como ha podido ser problematizado como objeto que hay que conocer, a que procedimiento de recorte ha podido ser sometido y qué parte de él ha

---

<sup>33</sup> La inderogabilidad de los componentes -objetivo y subjetivo- postula el tránsito a una nueva categoría objetiva, que delata algunas de las manifestaciones más caras a nuestra modernidad sociológica: la de los llamados híbridos. Se entiende por tales aquellos objetos que comparten rasgos antes privativos de los ámbitos de las ciencias naturales o de las ciencias sociales. Siguiendo a Bruno Latour entenderemos que en la modernidad proliferan los tipos puros, imputables a uno de ambos extremos de la escala de los objetos (naturales----sociales). De ahí que la constitución moderna sea consecuencia de un trabajo subterráneo de traducción (en laboratorios, o en trabajos etnográficos), seguido de una purificación taxonómica. En la producción de los hechos naturales y sociales aún se constata la indiscernibilidad ontológica de las prácticas, la mezcla de las categorías clasificatorias. Los tipos resultantes, fruto de la atribución taxonómica a uno de los extremos del continuo <<naturaleza-sociedad>> son producto de una posterior tarea de purificación, y borran cualquier referencia histórica a las prácticas que le dieron lugar (Prieto, 2003).

sido considerado pertinente” (Foucault, 1999 En Restrepo, 2008: 131). Para el modo de subjetivación “la cuestión es determinar lo debe ser el sujeto, a qué condiciones está sometido, que estatuto debe tener, que posición ha de ocupar en lo real o en el imaginario para llegar a ser sujeto legítimo de cualquier tipo de conocimiento” (op.cit).

Algunas de estas problematizaciones se expresaran en programas. De esta manera, las problematizaciones podrán traducirse e inscribirse en una serie de prácticas institucionales concretas. Pero cuidado, ni las problematizaciones ni los programas son entidades en el sentido de los “tipos ideales” a lo Max Weber, como por ejemplo lo serían las *crisis de drogas*, categoría que por cierto le permitiría al investigador contar con una estructura de comprensión elaborada *a posteriori*, y que al aplicarla, le permite relacionar una serie de datos con el propósito de reconquistar una esencia, a partir de unos principios generales que ya no están presentes en el pensamiento de los individuos, pero cuyo comportamiento concreto se entiende sin embargo a partir de ella (Restrepo, 2008). Antes bien, los programas son explícitos y refieren a “conjuntos de prescripciones calculadas y razonadas, y según los cuales se deben organizar unas instituciones, ordenar unos espacios, regular unos comportamientos. Si tienen una idealidad, es la de una programación que puede quedar en suspenso, no la de una significación general que hubiera permanecido oculta” (Foucault En Restrepo: 130). Pues entonces cabe preguntarse ¿Cuáles son los objetos/sujetos a regular? ¿Qué comportamientos? ¿Qué espacios?

Como ya hemos adelantado, sabemos que la perspectiva objetivista delinea una narrativa de las drogas inmersa en un relato de los procesos de modernización. En este marco de inteligibilidad, signado por el cambio y la transformación y por la persistencia residual de una serie de antinomias modernas (publico/privado; exterior/interior; etc.), se producen deslizamientos narrativos que sitúan la experiencia histórica del cambio, o bien en el mundo externo, en las estructuras sociales y sus instituciones, siguiendo un modelo ecológico descriptivo, y sin abandonar el sueño moderno de su gran relato; o bien en el mundo interno del individuo/sujeto, ofreciendo el relato monocorde de una individualización creciente o dibujando una sucesión cronológica de tipos de subjetividad, que transita desde el yo pre-moderno, subordinado a las rutinas de la tradición, y pasa por el yo moderno, regido por la ética protestante del trabajo, hasta

llegar a un fragmentado yo postmoderno, impulsado por la caza de gratificaciones inmediatas (Vázquez, 2002).

En ese marco, signado por la incertidumbre creciente concomitante al relato del cambio, se mapean las mentalidades subyacentes al mundo pasado/presente de las drogas y se elabora el inventario de sus objetos con la intención de poder percibir mejor, medir con la mayor exactitud, con la mayor precisión, palmo a palmo, los cambios en relación al futuro/presente de éstas.

Se recorta el objeto, se lo incardina en determinados cuerpos (grupos de riesgo), territorios (la noche, los márgenes urbanos) y poblaciones (los/las jóvenes). Se proporciona un catalogo de factores de riesgos y se confiere una racionalidad de orden psicosociológica explicativa que normaliza, en el sentido actuarial del término, el problema drogas como conducta desviada intrínsecamente aliada a una farmacodependencia. Tal como advierte Le Poulichet (1996) “A la dependencia fisiológica y a la dependencia psíquica se agrega en lo sucesivo un contexto socioeconómico y cultural designado como tóxico” (1996: 23). Y aunque se hagan intentos por elaborar una reflexión dinámica acerca de este acoplamiento, generalmente se llega a la sobredeterminación de las conductas según un esquema causalista clásico, que no solo no enriquece el pensamiento crítico, sino que lo clausura.

Respecto al mapa, el ensayista argentino Néstor Perlonguer (1997), para graficar la fuerza petrificante del mapa/copia, en tanto traducción de la voluntad colonialista e imperial afincada en el ojo ciclópeo del poder, nos recuerda un cuento de Borges, donde el emperador de un país imaginario ordena realizar un mapa tan exacto y mimético, una reproducción en tamaño natural del territorio, que, lanzada la población a esa tarea, la vida social habría quedado completamente paralizada. Nada de esto pasó a propósito de las drogas, pero si podemos decir que una parte importante del contingente de “drogólogos” fueron movilizados para hacer ese mapa de las drogas en los 80, y que la vida social, tal vez, en algunos aspectos, si se inmovilizo.

### **3.1.- Plataforma De Observación y Equipamiento Tecno-Semiótico.**

Desde la perspectiva de la producción de conocimiento y del discurso científico social, el problema drogas solo en parte giró en torno a la cuestión de la heroína. De hecho, durante el periodo 1978 - 1985 y prácticamente toda la década de los 80, la racionalidad política de las drogas se dirigió y concentro sus esfuerzos en la obtención de una mirada diagnóstica del problema que permitiera determinar la magnitud, definir sus características, comprenderlo y de este modo poder planificar y programar su intervención. Pero tal como veremos más adelante, el proceso de objetivación configuró una grilla de análisis por medio de la cual se fue recortando el objeto, permitiendo que se hicieran visibles otros ángulos, que emergieran nuevas aristas, lo que ampliaría no solo su rango de conocimiento, sino también posibilitando una gestión diferencial de las poblaciones implicadas. Para ello se dispuso de una matriz observacional de cuño empirista que logró vertebrar una doble perspectiva de análisis: un enfoque psicosociológico y otro epidemiológico. De igual modo, se dispuso de una plataforma tecnológica para la recolección y producción de información, centrada fundamentalmente en la encuesta poblacional, y apoyada de forma auxiliar en la explotación secundaria de datos institucionales, principalmente vinculados a cuestiones de seguridad y de control (Fiscalía del Tribunal Supremo, Ministerio del Interior, Brigada de estupefacientes, entre otros). Ambas matrices permitirán articular una lectura del problema drogas, fuertemente arraigada en una tradición funcionalista de las ciencias sociales, aunque matizada con cierto constructivismo cognitivo o una semiología cultural del cambio social y los procesos de modernización.

Si analizamos la información aportada por Comas (1993) respecto a las distintas encuestas realizadas en España en el periodo 1978 -1993, y nos detenemos en el periodo que va desde 1978 hasta el año 1985, año de la creación del plan nacional sobre drogas, observaremos que cinco de las once encuestas realizadas en dicho periodo (filas sombreadas en el cuadro nº 2), el universo de población corresponde a población joven, cuyas edades fluctuarán entre un mínimo de 12 años y un máximo de 29 año. En los 6 estudios restantes, la misma población será incluida como parte de la población general.

Cuadro Nº 2 Encuestas españolas de ámbito nacional sobre drogas (1978-1985)

Año	Contenido	Universo	Muestra	Referencia
1978	Consumo de bebidas alcohólicas	+ 18 años	1.138	METRA SEIS, 1978
1979	Victimización y drogas	+ 18 años	6.032	REIS, nº 18 y 20 CIS (E.1206)
1979	Juventud y droga	12-24 años	1.600	CIDUR-EDIS, 1980
1980	Población española ante la droga	+ 15 años	2.000	RECIO/CANALES, 1981
1980	Consumo de bebidas alcohólicas	+ 18 años	1.138	ALVIRA, 1984
1984	Juventud A	14-29 años	3.027	COMAS, 1985
1984	Juventud B	14-29 años	3.000	COMAS, 1985
1984	Drogas en España	+ 12 años	6.000	NAVARRO, 1985
1984	Alcohol y drogas	15-25 años	1.400	ALVIRA, 1985
1984	Juventud española	14-24 años	3.343	ORIZO, 1985
1985	Actitudes frente a las drogas	+ 15 años	2.382	REIS, nº 34 CIS (E.1487)

\*Fuente: Domingo Comas: "Los jóvenes y el uso de drogas en la España de los 90". Tesis para optar al grado de doctor en Sociología. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Universidad Complutense de Madrid. Madrid 1994.

Tal como se observa en el cuadro anterior, 4 de las 5 encuestas referidas, se realizaron en el año 1984, lo que nos indica por un lado que fue "un año especialmente productivo para las encuestas sobre drogas en España" (Comas, 1993), y por otro lado, nos sugiere la existencia de un fuerte vínculo entre determinados tipo de producción de información y determinadas formas de programación sociopolítica. O dicho de otro modo, nos informa del acoplamiento que se produciría en el proceso de objetivación,



entre un nivel tecnológico (con sus respectivos equipamientos) y un nivel político (racionalidades políticas). Cuestión determinante en la emergencia y mantenimiento de los dispositivos de gobierno en este campo. En efecto, cabe recordar que tres de los mencionados estudios, uno sobre alcohol y drogas (Alvira, 1985), los otros sobre uso de drogas en la juventud (Comas, 1985), mas otro de carácter general sobre el consumo de drogas en el conjunto de la población de 12 y mas años (Navarro, 1985) serán tomados como referencia para la estimación del número de consumidores por sustancias y formular una serie de consideraciones técnico-políticas al respecto, ambas cuestiones incluidas en el documento de presentación del Plan Nacional Sobre Drogas en 1985, el cual revisaremos más adelante.

Por otro lado, el cuadro sobre *“Encuestas españolas de ámbito nacional sobre drogas (1978-1985)”* permite hacer un diagrama general de los ámbitos de interés público relacionados con el fenómeno drogas, pudiéndose visualizar el tipo de problematización y sus implicancias políticas y epistémicas. O dicho de otro modo, hace inteligible algo de las relaciones entre sujeto y objeto, en la medida en que estas constituyen un saber posible (saber anclado en una sociología empírica) factible de ser traducido en forma de programa.

Así podemos ver como el cuestionamiento sobre el problema drogas gira principalmente en torno a tres ejes generales: uno relacionado con la magnitud y naturaleza del consumo de alcohol y drogas ilegales, focalizado principalmente en la población joven, pero sin perder de vista el interés por la población general; otro relacionado con la percepción y actitud de la población ante las drogas; un tercer eje sitúa la problemática en el campo de la seguridad ciudadana, indagando respecto al binomio *victimización/drogas*; y solo un años más tarde, en 1986, se implementara un estudio orientados a valorar la percepción de la respuesta pública, lo que prácticamente viene a completar la arquitectura básica de un sistema de información para monitorear y evaluar los programas de gobierno. A modo de ejemplo el siguiente texto:

*“En el campo concreto de las drogas las encuestas quizás hayan sido proporcionalmente aún más numerosas, por la circunstancia sobreañadida de la*

*novedad del fenómeno, lo que ha conllevado ciertas ventajas, por ejemplo las encuestas han integrado desde el primer momento los datos relativos a alcohol, tabaco y fármacos con los datos relativos a drogas ilegales, resolviendo un conflicto “administrativo” que otros países no han conseguido evitar.” (Comas, 1994: 46-47)*

La racionalidad psicosociológica mediante la cual se intenta conocer el problema desde una perspectiva normalizada, es decir desde un saber que permita su control y regulación, esto último en el sentido foucaultiano del término<sup>34</sup>, quedará tempranamente registrada en el equipamiento tecnológico utilizado para la recolección y producción de información sobre el tema. Esto puede observarse por ejemplo, en la serie de variables y ámbitos consideradas en los cuestionarios, que por lo demás, de acuerdo a sus propios artífices, tendrán la virtud de relacionar datos epidemiológicos y sociológicos. Estas áreas por lo general serán más o menos las siguientes:

- *Características y evolución del consumo*
- *Posibles factores de riesgo o causalidad*
- *Consecuencias del consumo*
- *Características sociológicas de los consumidores*
- *Imágenes sociales y actitudes ante las sustancias*
- *Conocimiento y utilización de recursos asistenciales*
- *Conocimiento y valoración de las políticas*

---

<sup>34</sup>Es decir tanto en el sentido actuarial como disciplinario del término. Aunque como veremos más adelante, se trata de una cuestión de énfasis y no necesariamente de superación lineal de unas tecnologías respecto a otras. En efecto, los dos tipos de tecnologías operaran en este campo dependiendo de los tipos de sujetos que son objetos de intervención y de los programas políticos en que dichas tecnologías vayan a operar. De hecho, de acuerdo al propio Foucault, la disciplina y la regulación constituyen dos polos de desarrollo ligados por todo un conjunto intermedio de relaciones que se caracteriza por superposiciones, interacciones y ecos de unas y otras (Foucault., 1984 en O`Malley, 2004).

De acuerdo a Comas (1994) desde la primera encuesta nacional específica sobre drogas legales e ilegales, preparada por EDIS por encargo del Instituto de la Juventud, que entonces era una Dirección General del Ministerio de Cultura, se dispondrá de un cuestionario bastante avanzado para la época, que pese a la escasa referencias internacionales, logrará incorporar “casi todas las cuestiones que van a surgir posteriormente” (Comas, 1994: 52), entre las cuales destaca: *medida del consumo de sustancias con tipología de frecuencias; valoración sobre la importancia del problema; valoración sobre la sustancia y sus efectos; causas por las que se consumen drogas; autoimagen de los consumidores; test de calificación semántica, acceso a la sustancias, conocimiento sobre su características, tipo de relaciones sociales*, entre otros ámbitos. Este primer estudio específico realizado por EDIS servirá de base para la elaboración de la primera encuesta específica dirigida a población general, realizada en 1980 por encargo de Caritas Española. Según Comas, aparte de las habituales medidas de consumo, este nuevo cuestionario introducía preguntas sobre:

- Estructura familiar y convivencial.
- Relaciones sociales.
- Ocupación del tiempo libre.
- Satisfacción trabajo/estudios/ambiente...
- Grado de participación social.
- Conocimiento de sustancias.
- Información y fuentes de información.
- Importancia del problema.
- Escalas de actitudes frente a drogas.
- Imagen de los usuarios.
- Causas subjetivas del consumo.
- Medidas, responsabilidades y preocupación de las administraciones.
- Conocimiento de recursos asistenciales.

Ahora bien, en tres de las encuestas realizadas en dicho periodo (Juventud/Santa María; JUVENTUD/INJUVE A; JUVENTUD/INJUVE B), aparte de las preguntas específicas

sobre drogas, se incluirían otras preguntas sobre variados temas como por ejemplo; alojamiento y convivencia, curriculum escolar y laboral, empleo del tiempo libre, procesos de socialización, relaciones y roles sexuales, creencias y actitudes religiosas, legitimidad política, etc., temas, que de acuerdo a lo señalado por el mismo Comas (1994), responsable de dos de los estudios señalados, no habrían sido formuladas a partir de hipótesis que las relacionara a priori con el uso de drogas, sino habían sido formuladas con el propósito de conocer o determinar los “estilos de vida” de los jóvenes. Sin embargo, “curiosamente” (aleatoriamente) al cruzar las variables de estilos de vida de los jóvenes con las variables relativas a drogas aparecerían una serie de relaciones, “algunas esperadas y otras no” que permitirían la formulación de nuevas hipótesis.

El ciclo de este primer periodo comienza a cerrarse con la encuesta realizada por EDIS en 1984 por encargo de la Dirección General de Acción Social en colaboración con la Cruz Roja española. Más allá de las innovaciones metodológicas incorporadas en dicho estudio, cabe destacar el especial énfasis que se pone en poder determinar las concatenaciones entre uso, sentimiento subjetivo del riesgo, deseo de cambio y condiciones para expresar este deseo. Así mismo, tal como advierte Comas (1994), cabe destacar el importante número de preguntas relacionadas con situaciones personales de los usuarios, que apuntaban a relevar su situación psicosocial -tensión, la falta de confianza, la autosatisfacción, etc., respecto a si mismo y respecto a las redes asistenciales-, todas cuestiones de gran valor práctico o aplicado, pensado sobre todo para aquel sector de profesionales que trabajaban en programas de drogodependencias.

Ahora bien, dos cuestiones nos parecen extremadamente relevantes en relación a la plataforma de observación y su equipamiento técnico-semiótico. Una primera cuestión tiene que ver con cierto isomorfismo a nivel de los instrumentos de investigación y las herramientas de intervención preventiva que se desarrollaran desde mediados de los 80, y que se consolidarán recién en los años 90. En principio, esto que puede parecer hasta cierto punto lógico y esperable, pero desde nuestro punto de vista, dado ciertos antecedentes, se nos hace a lo menos sospechoso. Esto por dos razones: en primer

lugar diríamos por una cuestión de ruido a nivel de la racionalidad investigativa. En efecto, si atendemos con cuidado al discurso técnico-metodológico y procedimental que se articula en torno a los estudios sobre drogas en el periodo que estamos analizando, veremos que por lo general el énfasis se pondrá en su carácter empirista y e inductivo. De hecho, en rigor no se podría hablar de un programa de investigación, pues como sus mismos protagonistas señalan, su realización más bien obedecía a una cuestión de “madurez” de la sociología empírica en un contexto donde las necesidades gubernamentales y los vacíos de conocimiento sobre una problemática social emergente, eran una realidad más que evidentes.

Este argumento general, de algún modo de forma condensada –metonímica- se nos revela en la cuestión de los estilos de vida comentado ya en páginas anteriores. Recordar que en “principio” se introdujo de forma casi aleatoria y que luego, a partir de su análisis ex – post, curiosamente mostraría una fuerte relación de éste con las practicas de consumo. Todas las sospechas que insinuamos en el caso de los estilos de vida, pueden ampliarse más todavía pues son completamente validas en el caso de este planteamiento global una vez más “azaroso”. Y es que así como la introducción de la cuestión de los estilos de vida respondía a cuestiones políticas y programáticas claramente identificables (la nueva salud pública de cuño neoliberal, etc.) en este caso, la parrilla de ámbitos indagados, también responde a cuestiones políticas y programáticas, sino no se entiende el grado de isomorfismo que estas indican con respecto a las herramientas preventivas decantadas años más tarde al amparo del discurso subsidiario de la evidencia científica.

En el siguiente cuadro (Nº3), en la columna de la izquierda se señalan los ámbitos incluidos en las encuestas realizadas en el periodo 1978-1985. En la columna del medio se agrupan estos ámbitos siguiendo la lógica de los componentes preventivos agrupados en la tercera columna y acompañados de un paréntesis en el que se indica el porcentaje de programas preventivos que incluyen cada componente según información actualizada hasta el año 2003.

Cuadro Nº 3: Ámbitos encuestados y ámbitos de intervención

AMBITOS ENCUESTAS	CODIFICACION DE PREVENCION	COMPONENTES DE PREVENCION <sup>35</sup>
1.- Relaciones sociales.	Serie (5-6-7-11-12)	Informativo
2.- Ocupación del tiempo libre.		
3.- Satisfacción trabajo/estudios/ambiente...	Serie (9)	Autoimagen y superación
4.- Grado de participación social.		
5.- Conocimiento de sustancias.	Serie (3-10)	Control emocional
6.- Información y fuentes de información.		
7.- Importancia del problema.	Serie (7)	Toma de decisiones
8.- Escalas de actitudes frente a drogas.		
9.- Imagen de los usuarios.	Serie (1-8)	Habilidades de resistencia
10.-Causas subjetivas del consumo.		
11.- Medidas, responsabilidades y preocupación de las administraciones.	Serie (1-4)	Tolerancia y cooperación
12.- Conocimiento de recursos asistenciales.	Serie (2)	Ocio o tiempo libre

\*Fuente: Elaboración propia basado en: “De la magia a la evidencia: Desarrollo de las actuaciones preventivas en España” de Teresa Salvador Llivina e Isabel M. Martínez Higuera en Sociedad y drogas: una perspectiva de 15 años. FAD y colaboradores. Madrid, 2002.

Un segundo punto tiene relación con dos nociones desarrolladas por Bruno Latour. Nos referimos a las “herramienta de inscripción” y a los “centros de cálculo”. En cuanto a lo primero, es decir en relación a las herramientas de inscripción, veremos que la plataforma de observación articulada en este periodo despliega simultáneamente 3 tipos de inscripciones, correspondientes a las figuras 1, 2 y 3. Esta

<sup>35</sup> Para la tercera columna hemos utilizado como fuente el artículo “De la magia a la evidencia: desarrollo de actuaciones preventivas en España” de Teresa Salvador Llivina e Isabel M. Martínez Higuera (FAD, 2003)

noción, será propuesta por Bruno Latour (2001) para una analítica del poder de las practicas de conocimiento científico, analítica que pueda prescindir de las grandes dicotomías o demarcaciones modernas (racional, científico, etc.), o de las grandes nociones sociopolíticas (Estado, Gobierno, etc.). Específicamente, refiere a las transformaciones a través de las cuales “una entidad se materializa en un signo, en un archivo, en un documento, en un trozo de papel, en una huella” (Latour, 2001: 365). Pero más que las inscripciones en sí mismas, lo que va interesar son las prácticas articuladas a ellas, como por ejemplo la serie de enrolamientos de personal sanitario formado bajo los preceptos de la inscripción propuesta en la inscripción Nº 1. Dicho de otro modo, lo que va a importar, es la forma en que determinados saberes, determinadas traducciones pueden superponerse, movilizarse e integrarse en textos y artículos, en tanto que son el sustrato comunicacional de la credibilidad del conocimiento al interior de las comunidades científicas.

En esa dirección, veremos que a través de cada una de estas inscripciones se moviliza una determinada forma de representación visual del conocimiento que funciona como atractor, y al mismo tiempo, como principio de legitimación, en tanto voz autorizada dirigida a captar determinadas audiencias.

Fig. 1.- La representación bioquímica: Los enlaces moleculares

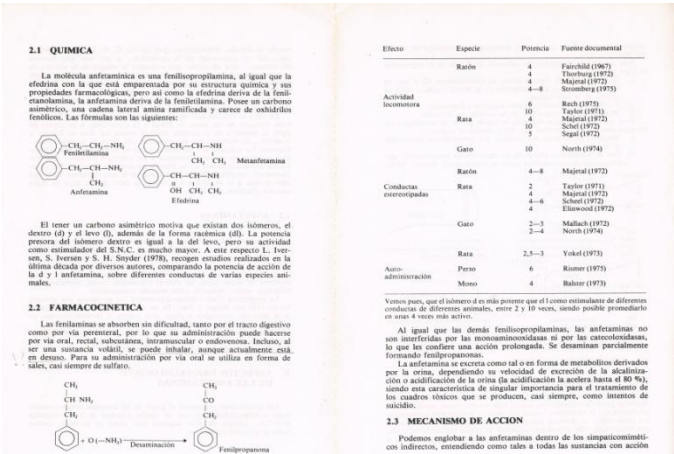


Fig. 2.- La metáfora aleatoria: La tabulación

22. DIFERENCIAS POR SEXO										
Tabaco			Alcohol			Cannabis				
Y	M	N	Y	M	N	Y	M	N		
%	%	%	%	%	%	%	%	%		
A	8,0	5,1	10,7	10,9	10,5	11,0	11,0	11,0		
B	9,6	9,8	10,2	10,5	11,3	9,4	9,4	9,4		
C	6,6	5,5	6,9	5,2	12,6	8,4	8,4	8,4		
D	19,1	45,8	17,6	17,7	18,3	11,9	11,9	11,9		
E	24,9	25,1	14,4	15,0	7,8	4,9	4,9	4,9		
N/C	9,5	1,1	6,7	1,3	2,3	3,6	3,6	3,6		

23. DIFERENCIAS POR SEXO										
Cocaína			Alucinógenos			Heroína				
Y	M	N	Y	M	N	Y	M	N		
%	%	%	%	%	%	%	%	%		
A	17,3	43,8	40,2	41,3	40,7	10,5	10,5	10,5		
B	12,4	9,5	9,9	7,5	10,3	8,5	8,5	8,5		
C	11,4	9,5	8,5	5,9	7,3	4,8	4,8	4,8		
D	9,5	4,6	4,6	4,6	4,5	4,5	4,5	4,5		
E	8,5	2,2	1,9	1,9	2,3	1,5	1,5	1,5		
N/C	4,8	7,2	9,7	17,9	4,8	7,9	7,9	7,9		

24. DIFERENCIAS POR EDAD										
Femenino										
25-39 años			40-49 años			50-59 años				
%	%	%	%	%	%	%	%	%		
Alcohol	A	11,8	11,8	9,5	11,0	11,0	11,0	11,0		
	B	8,1	10,7	11,0	7,7	7,7	7,7	7,7		
	C	4,8	8,1	8,5	3,6	3,6	3,6	3,6		
	D	10,9	10,9	10,9	10,9	10,9	10,9	10,9		
	E	17,8	17,8	17,8	17,8	17,8	17,8	17,8		
N/C	6,7	6,1	6,2	1,5	1,5	1,5	1,5	1,5		
Cannabis	A	16,2	16,2	16,2	16,2	16,2	16,2	16,2		
	B	12,4	9,5	11,0	11,0	11,0	11,0	11,0		
	C	10,9	8,1	10,9	11,0	11,0	11,0	11,0		
	D	8,5	10,9	10,9	10,9	10,9	10,9	10,9		
	E	4,8	7,3	4,8	4,8	4,8	4,8	4,8		
N/C	5,2	1,1	1,1	3,1	3,1	3,1	3,1	3,1		
Heroína	A	10,1	10,1	10,1	10,1	10,1	10,1	10,1		
	B	8,1	7,3	7,3	7,3	7,3	7,3	7,3		
	C	8,1	7,3	7,3	7,3	7,3	7,3	7,3		
	D	1,9	1,9	1,9	1,9	1,9	1,9	1,9		
	E	2,3	2,3	2,3	2,3	2,3	2,3	2,3		
N/C	7,3	3,2	4,6	8,0	8,0	8,0	8,0	8,0		

Fig.3.- La metáfora biográfica: El testimonio y la citación

25. DIFERENCIAS POR SEXO										
Tabaco			Alcohol			Cannabis				
Y	M	N	Y	M	N	Y	M	N		
%	%	%	%	%	%	%	%	%		
A	8,0	5,1	10,7	10,9	10,5	11,0	11,0	11,0		
B	9,6	9,8	10,2	10,5	11,3	9,4	9,4	9,4		
C	6,6	5,5	6,9	5,2	12,6	8,4	8,4	8,4		
D	19,1	45,8	17,6	17,7	18,3	11,9	11,9	11,9		
E	24,9	25,1	14,4	15,0	7,8	4,9	4,9	4,9		
N/C	9,5	1,1	6,7	1,3	2,3	3,6	3,6	3,6		

26. DIFERENCIAS POR SEXO										
Cocaína			Alucinógenos			Heroína				
Y	M	N	Y	M	N	Y	M	N		
%	%	%	%	%	%	%	%	%		
A	17,3	43,8	40,2	41,3	40,7	10,5	10,5	10,5		
B	12,4	9,5	9,9	7,5	10,3	8,5	8,5	8,5		
C	11,4	9,5	8,5	5,9	7,3	4,8	4,8	4,8		
D	9,5	4,6	4,6	4,6	4,5	4,5	4,5	4,5		
E	8,5	2,2	1,9	1,9	2,3	1,5	1,5	1,5		
N/C	4,8	7,2	9,7	17,9	4,8	7,9	7,9	7,9		

27. DIFERENCIAS POR EDAD										
Femenino										
25-39 años			40-49 años			50-59 años				
%	%	%	%	%	%	%	%	%		
Alcohol	A	11,8	11,8	9,5	11,0	11,0	11,0	11,0		
	B	8,1	10,7	11,0	7,7	7,7	7,7	7,7		
	C	4,8	8,1	8,5	3,6	3,6	3,6	3,6		
	D	10,9	10,9	10,9	10,9	10,9	10,9	10,9		
	E	17,8	17,8	17,8	17,8	17,8	17,8	17,8		
N/C	6,7	6,1	6,2	1,5	1,5	1,5	1,5	1,5		
Cannabis	A	16,2	16,2	16,2	16,2	16,2	16,2	16,2		
	B	12,4	9,5	11,0	11,0	11,0	11,0	11,0		
	C	10,9	8,1	10,9	11,0	11,0	11,0	11,0		
	D	8,5	10,9	10,9	10,9	10,9	10,9	10,9		
	E	4,8	7,3	4,8	4,8	4,8	4,8	4,8		
N/C	5,2	1,1	1,1	3,1	3,1	3,1	3,1	3,1		
Heroína	A	10,1	10,1	10,1	10,1	10,1	10,1	10,1		
	B	8,1	7,3	7,3	7,3	7,3	7,3	7,3		
	C	8,1	7,3	7,3	7,3	7,3	7,3	7,3		
	D	1,9	1,9	1,9	1,9	1,9	1,9	1,9		
	E	2,3	2,3	2,3	2,3	2,3	2,3	2,3		
N/C	7,3	3,2	4,6	8,0	8,0	8,0	8,0	8,0		

### 3.2.- Subjetividades Marcadas Y No Marcadas

Poco tiempo habrá que esperar para que los perfiles de las toxicomanías en España cristalicen en forma de “realidades empíricas”. En efecto, un año después de la creación del Plan Nacional Sobre Drogas, en el primer número de la revista Comunidad y Drogas, editada por la misma institución, se publica un artículo de José Navarro (1986) titulado *El perfil de las toxicomanías en España* (ver Cuadro Nº 4), en el cual, además de sistematizarse las estimaciones de consumidores sobre la base de los



estudios referidos anteriormente, se ofrecen una serie de datos sobre los principales perfiles y, como el mismo autor señala, “otras cuestiones (motivaciones, factores de riesgo, consecuencias...)” (Navarro, 2002: 19), cuestiones que pese a ser minimizadas por el mismo autor, serán centrales en el gobierno de las drogas como lo será, por ejemplo, el modelo de *los factores de riesgo*.

#### Cuadro Nº 4 Perfiles de las toxicomanías en España en 1986

- En prevalencias generales: fumadores diarios de tabaco el 41.4%, alcohol abusivo 11.2%; y en el período de los últimos seis meses: cannabis 14.3%, anfetaminas 4.4%, tranquilizantes 8.5%, hipnóticos 7.2%, alucinógenos 2.1%, cocaína 1.8%, heroína 1.1%, otros opiáceos 1%.
- Estas prevalencias, aunque porcentualmente un poco menores, son muy similares a las del estudio de 1980. Aunque las diferencias se deberían, principalmente, a la distinta base poblacional de ambos estudios: 15 a 64 años en el de 1980 y 12 años en adelante en el de 1985.
- En perfiles básicos: en función de las principales prevalencias alcanzadas según el género y la edad, en 1985 los varones eran los principales consumidores entre los 18 y los 29 años en cannabis, alucinógenos, heroína y cocaína, y entre los 18 y los 44 años en tabaco y alcohol. Por su parte, las mujeres entre 35 y 49 años lo eran en analgésicos, tranquilizantes e hipnóticos.
- En las pautas de consumo: el consumo abusivo de alcohol sigue siendo, principalmente, un consumo regular en varones adultos, aunque ya cobran cierta relevancia los consumos abusivos de fin de semana en jóvenes, y con creciente presencia de las mujeres. El cannabis, la cocaína, los alucinógenos y las anfetaminas presentan un patrón de consumo principal un tanto ocasional; mientras que la heroína y otros opiáceos y los hipnosedantes tienden a crear un patrón más continuado o habitual.
- En el uso múltiple de drogas: una parte de los consumidores de sustancias lo son de varias de ellas, pero las numerosas combinaciones, en un 65% de la varianza, se concentran en unos pocos modelos básicos de policonsumo.

\*Fuente: “El consumo de drogas” de José Navarro Botella en Sociedad y drogas: una perspectiva de 15 años. FAD y colaboradores. Madrid, 2002.

Perfiles que expresan la amplitud y pluralidad del fenómeno de los consumos de drogas, lo que hará concluir que este fenómeno “afecta a todos los grupos sociales”. Sin embargo, la heroína, pese a su carácter minoritario, pues como mucho su consumo bordearía en aquel entonces el 1%, se constituye paradójicamente en “la droga” por excelencia, haciendo que el problema gire -en gran medida- en torno ella. Decimos paradójicamente, pues como veremos más adelante, pese a que a los consumo de esta sustancia en determinados contextos y/o situaciones se le asocia a graves consecuencia o daños a la salud, estos apenas serán descritos y analizados en profundidad desde la perspectiva de los daños a la salud, sino hasta un par de años más tarde, a propósito de la emergencia del SIDA. Paradójicamente, pues sí se le objetivará desde el costado de la “peligrosidad social” que se le atribuye, asociando el consumo de heroína a la inseguridad ciudadana, al aumento del delito contra la propiedad, etc., todo recogido en las encuestas de sobre victimización y drogas, así como otros datos que lo objetivan desde esta perspectiva. Esto último se acoplará a una portentosa maquinaria de producción de imágenes y discursos como lo son los medios de comunicación social, que abordaran la cuestión drogas desde la lógica del flagelo social.

Decimos además que en gran medida el problema gira en torno a la heroína. En *gran medida*, pues si bien esta es una de las ideas dominantes respecto a la formación o construcción del problema drogas en España, respaldada por la alarma social, que por cierto será mediada y modulada por los medios de comunicación social y la industria cultural, no necesariamente -esta idea e imagen- se halla respaldada a nivel del conocimiento científico. Asimetría que nos obliga a matizar necesariamente dicha afirmación.

**A.- El consumo de alcohol como especificidad direccional: metáforas y residuos de normatización.**

El proceso de objetivación del problema drogas avanza conforme codifica la significación del objeto y estabiliza sus significados, pues éstos mutan conforme el problema va adquiriendo mayor inteligibilidad. De hecho, en la medida en que la cuadrícula de análisis va adquiriendo mayor densidad y heterogeneidad, la significación del problema adquiere mayor multiplicidad y polifuncionalidad. En esa dirección, el cumulo de información que se produce durante este periodo, se caracteriza por una *especial “especificidad direccional”* la cual no solo desborda con creces los problemas de salud pública asociados al consumo de heroína, sino que hasta cierto punto lo soslaya, ya sea por cuestiones de orden metodológico asociadas a los dispositivos tecnológicos de producción de información priorizados, o por razones de orden político e ideológico que condicionarán la construcción de la agenda científica respecto a las necesidades institucionales a satisfacer. Sirva como botón de muestra la siguiente consideración formulada en el documento de presentación del Plan Nacional sobre Drogas de 1985 en el cual se señala:

*“Insuficiencia de datos estadísticos fiables sobre el número de consumidores y características de los mismos, a lo que se suma un boom de cifras y un protagonismo del problema en los medios de comunicación y en la opinión pública que han producido más desorientadora que real.” (PNsD, 1985: 19)*

Los recortes a los cuales es sometido el objeto drogas como parte del proceso de problematización, no necesariamente obedecen a una lógica programática interna al campo previamente definida, aunque algo de ello existe, sino más bien ésta va configurándose conforme la grilla analítica avanza y se consolida, logrando – estratégicamente- imponer determinado régimen de veridicción y jurisdicción en el marco de un determinado campo de saber. Sobre esa base político-epistémica, el objeto o problema drogas, es indexado, se vuelve asible, representable. Es decir, deviene en objeto de gobierno. A esos efectos, el objeto drogas en tanto práctica de consumo se desagrega y se le representa como práctica encarnada en colectivos

diversos y territorializada en múltiples espacios y contextos. Dicho de otro modo, sociológicamente hablando, el problema drogas se incardina sobre la base de una serie de categorías sociales y poblacionales (edad, sexo-género, ocupación, nivel escolar, etc.) lo que otorga determinados semblantes a sus protagonistas, sea como individuos o como población, y de paso los inscribe territorialmente. Del mismo modo, el problema se inscribe en una grilla psicosocial que lo inviste de intencionalidad, razón o sin razón, produciéndose un pliegue de naturaleza “psi” en el costado de su causación.

Desde el punto de vista de la “especial especificidad direccional” que caracterizan los estudios sobre drogas en el periodo indicado (1978-1985), los recortes que operan sobre el objeto nos indican un especial énfasis en hacer inteligible el consumo de drogas legales, principalmente el de alcohol, y de forma amplia, el consumo de drogas ilegales sin priorizar una sustancia en particular. El hecho de que en este periodo se llevaran a cabo tres estudios específicos sobre consumo de alcohol, y que éste consumo fuera incluido en el estudio general como parte de las sustancias consumidas a indagar, expresan con rotundidad, no solo el interés público sobre dichos consumos, sino también la existencia de una comunidad epistémica capaz de sensibilizar e influir en la orientación de la agenda científico política sobre la cuestión drogas en el país.

Ahora bien, desde nuestra perspectiva de análisis, quizás lo más relevante tiene relación con que tras este esfuerzo técnico por hacer visible un ángulo de la problemática drogas, probablemente el más relevante desde el punto de vista de la salud pública, como es el consumo de alcohol, **se configura una racionalidad política cuyo discurso es residual** respecto a ciertos tipos de discursos de tipo higienista y profiláctico, característicos de ciertas comunidades epistémicas (principalmente ligados a medicina y a la psiquiatría como por ejemplo Liga Española de Higiene Mental) y de ciertos grupos de interés (filantropía, grupos eclesiásticos, etc.,) de principios del siglo XX que emergieron, entre otros problemas, a propósito de la cuestión social del alcohol. Residuos que si bien cristalizan y son visualizados con mayor facilidad en el discursos sobre el consumo de alcohol, estos se reactualizan y se hacen extensivos al discurso tecno-político emergente en la década de los 80 sobre el problema drogas, mediante el cual se lo problematiza y programa su intervención.

De que otro modo se puede entender el discurso sobre los jóvenes y las drogas, sino desde las formaciones residuales regeneracionistas, higienistas y profilácticas, cristalizadas ahora en un discurso cientificista de corte psicosociológico que paradójicamente reclama para sí la autoridad fundada -como antaño- en el mal presagio.

*“Es de esperar que cuando las cohortes de la actual juventud accedan a su madurez con un largo itinerario de uso, el alcohol se convierta en el protagonista esencial de los problema sanitarios. Por ejemplo, proyectando los actuales niveles de uso en la juventud, se puede esperar que para estas cohortes, la cirrosis hepática sea dentro de diez o quince años la primera causa de muerte” (Comas, 1985b: 338)*

Desde que otro lugar, sino desde ese vórtice residual regeneracionista se puede entender sendas exclamaciones que advierten sobre el lamentable estado de la nación en los 80: “España es una sociedad intoxicada por el alcohol hasta los límites de lo intolerable” (Comas, 1985: 145) intoxicación que se cierne como una gran amenaza sobre la población española. Pues tal como se advertía, a propósito del estudio sobre consumo de alcohol realizado por EDIS en la ciudad de Vitoria en el año 1978, el consumo de esta droga incidiría negativamente en la *inestabilidad laboral, lo accidentes laborales, el absentismo, las malas relaciones familiares y los accidentes de tráfico*. Lista a cual habría que añadir la baja productividad, el maltrato y el deterioro físico y mental de los jóvenes (Comas, 1985). Tal como señala Ricardo Campos (1994) respecto a la lucha antialcohólica en España, ya en el periodo de la Restauración (1875-1902), médicos, filántropos, criminólogos, líderes obreros percibían y denunciaban los peligros del alcohol para la salud individual y para el orden social, reclamando medidas urgentes para poder contener los estragos asociados al consumo de bebidas alcohólicas. Reclamos al menos en tres niveles: el represivo, el moral y el terapéutico. Pues entonces ¿cuánta distancia, cuanta continuidad existe entre el discurso de antaño y el discurso emergente en la década de los 80 respecto al problema del alcohol?

De que otro modo sino desde la formaciones residuales podemos entender la reiterada presencia en la grilla analítica en los 80 de una serie de categorías espacio-temporales dicotómicas (casa/calle; laboral/festivo, etc.) eminentemente modernas, a través de las cuales se codifican y valoran las practicas de consumo de jóvenes. Domingo Comas (1985) comentando el estudio de EDIS anteriormente citado señala lo siguiente:

*“La dicotomía calle/casa que el estudio de EDIS maneja a diferentes niveles, le permite demostrar con claridad que en el hogar se usa normalmente alcohol pero en forma moderada, quizás por una cultura familiar que incita al uso de alcohol pero dentro de ciertos límites; el “excedente de uso”, y en especial en los casos de síndrome de dependencia se obtiene en la calle, y tiene que ver con la oferta (número de establecimientos y su distribución), la ausencia de centros alternativos de reunión y el tipo de relación social dominante. Se darían así según EDIS dos pautas: la familiar (alimenticia) y la callejera (social), la primera mucho mas inocua que la segunda” (Comas, 1985b: 76-77)*

El mismo Comas, ahora sobre la base de los estudios realizados por el mismo en el año 1984 sobre “jóvenes y drogas”, en relación al consumo de alcohol, va a señalar lo siguiente:

*“Pero no solo esto, los jóvenes beben más que los adultos, y lo podremos comprobar más adelante, que beben muchísimo más que los adultos actuales cuando eran jóvenes; además como nos indican casi todos los estudios citados, los jóvenes beben en la calle y de forma espectacular los fines de semana. De acuerdo con las conclusiones del estudio de Vitoria, citado en IV.1.- tales pautas implican una mayor posibilidad de alcanzar una situación de síndrome de dependencia al alcohol” (Comas, 1995b: 150)*

¿No hay acaso en los textos citados una serie yuxtaposiciones discursivas entre un retórica “científica” y otra moralizante y reformadora, unas y otras cargadas de prejuicios sociales hacia el joven bebedor que hace de éste un ser híbrido, una nueva entidad a medio camino, entre la enfermedad y el vicio, una nueva versión de los monstruos morales? ¿Acaso la oferta de establecimientos a la cual se refiere la primera

cita, que suponemos refiere a pub, discotecas, bares, etc. no deja de recordarnos el debate a inicios de del siglo XX sobre el lugar de la taberna como generadora de vicios e inmoralidades en el bajo pueblo? ¿O acaso la cuestión de *la ausencia de centros alternativos de reunión* como factor causal del consumo dependiente no nos recuerda la necesidad de crear, como antaño, sociedades de la temperancia? Si tal como hemos visto en páginas anteriores, desde la perspectiva objetivista, el síndrome de dependencia es una cuestión difícil de identificar desde una perspectiva social pues tendría implicancias médico-clínicas que escapan a los métodos sociológicos tradicionales, pues entonces ¿Por qué beber en la *calle* y de forma *espectacular* los fines de semana se relacionan con el síndrome de dependencia? Una vez más la historia de las drogas y su problematizaciones, nos revela como esta cuestión deviene en una compleja categoría social cuyos límites son difusos, pues no se sabe bien donde comienza y termina su existencia como enfermedad, y donde comienza y termina su existencia como problema social. Si tal como afirma Ricardo Campos (1994), a propósito de la lucha antialcohólica en el periodo de la Restauración *“el alcoholismo se convirtió en un elemento diferenciador de clases que permitió a la burguesía bienpensante señalar con claridad cuáles eran los hábitos de vida correctos y cuales debían ser combatidos como nocivos para el orden social”* (1994: 114) pues entonces, resulta no solo pertinente, sino también oportuno, preguntarnos por los marcajes, por el tipo de maquinaria de producción de identidades y diferencias que surgen prácticamente 100 años después.

### ***B.- Las drogas ilegales como especificidad direccional: heterotopias prudenciales.***

Un segundo tipo de recorte al que es expuesto el objeto drogas a propósito de la “especial especificidad direccional” que orienta la producción de conocimiento durante el periodo 1978-1985, refiere a las drogas ilegales. Como antes hemos señalado, este tipo de sustancias serán abordadas de forma amplia e indiscriminada. Es decir sin priorizar una sustancia en particular sobre otras, y en algunos casos agrupando tanto drogas legales como ilegales en los mismos instrumentos de recogida de información. Este tipo de indagación que llamaremos “de gran espectro” encuentra su correlato empírico en la figura de la “politoxicomanía escalada”. De acuerdo a

Comas (1985a) ésta caracterización refiere al modelo de uso de drogas en España, el cual puede ser entendido como un sistema de “Muñecas Rusas”, donde la más exterior se llama Alcohol, la siguiente Tabaco, la otra Cannabis y la última, drogas ilegales diversas. Por otro lado, la figura “politoxicomanía escalada” también refiere a la relación entre los distintos niveles de usos de las distintas drogas, ya que un individuo con un fuerte consumo de alcohol probablemente use otras drogas, y en general, el uso con síndrome de dependencia de una droga está asociado al uso frecuente de otras drogas. Finalmente, aparte de la correlación entre frecuencia del uso de las distintas sustancias, se daría otra también entre las respectivas edades de iniciación, la cual indica que “cuanta más baja es la edad de iniciación de una droga, legal normalmente, más baja es la edad de iniciación en otras drogas, y más denso el itinerario de consumo de drogas” (Comas, 1985: 21).

La indagación “de gran de espectro” operará mediante una lógica procedimental de precipitación, análoga a los procedimientos del laboratorio químico mediante los cuales se obtiene un sólido insoluble separándolo de una disolución mediante reacciones de precipitación segmentada. En efecto, y sin abandonar el terreno de la analogía propuesta, los tres flujos o subsistemas de intercambio existentes en el mundo sumergido de las drogas; *el flujo e intercambio de objetos* (economía política), *el flujo e intercambio de sujetos* (economía libinidal) y *el flujo e intercambio de mensajes* (economía significativa), se decanta, se precipita en una entidad sólida, estable y asible que emerge como unidad (juventud) o conjunto (jóvenes) conformado por una serie de elementos (los/las jóvenes usuarios) cumpliendo éstos una clara función referencial. Gracias a estos procedimientos se segmenta la población (los jóvenes) en relación a sus consumos de drogas (ilegales) en cuatro subgrupos: *abstemios, experimentadores, usuarios y dependientes*. Sin embargo, a la hora de ser descritos los perfiles de los usuarios (los/las jóvenes) en relación a los usos de drogas, de entrada tiende a omitirse el grupo de abstemios o no usuarios, y el de los consumos experimentales queda muy difuminado. Este recorte que en principio parece lógico y hasta cierto punto superfluo, tendrá especial interés a la hora de poder entender las narrativas emergentes sobre la juventud a través de las cuales se delinea el imaginario del nuevo prudencialismo en la década de los 80. *Este exige que los individuos se*



*hagan cargo de sus propios riesgos y cultiva el imperativo de la autoresponsabilidad (Vázquez, 2002).* Esta relación con el riesgo, nos recuerda De Marinis (1999), es muy diferente al importante elemento de previsión de riesgos presente en los enclaves e instituciones solidarias tal como podía verse en las viejas organizaciones sindicales.

Ahora bien, una vez omitido el segmento de los abstemios, será en torno a los tres segmentos restantes, que se articulará la heterotopía de las drogas en la década de los 80. De esta forma se delinea la ficción de la anomalía en la figura del yonqui, el *toxicómano por excelencia*, y la ficción de la norma en la figura del **homo prudens**, en el *hombre del riesgo cero* (Garland, 2005). Figura, esta última, que representa la conjunción de una racionalidad neoliberal y una racionalidad del riesgo. Un individuo activo que se autorealiza intentando que sean de calidad cada una de sus decisiones. Un individuo que se hace responsable, no como ciudadano ni a través de las relaciones de mutua interdependencia, sino al cuidado de sí mismo, privatizando la gestión de su proyecto de vida. Si esto no acontece, puede hablarse del fracaso sin paliativos del individuo, de alguna forma de irracionalidad, ausencia de autorespeto o carencia de aptitudes (Ampudia de Haro, 2006).

A contracorriente de lo que suele afirmarse, no es el abstencionismo la única ficción que codifica la problemática de las drogas a partir de los 80, sino también el prudencialismo. Si bien, existe un discurso y una práctica intervencionista en el campo de la drogas signada por la consigna maximalista de una “tolerancia cero” o un “no a las drogas” ésta, programáticamente, no es más que transitiva, y en gran medida minoritaria, representada por un sector clínico ortodoxo. De hecho, más allá de las voces eminentemente liberales, que abogan por un intervencionismo cero en defensa de las capacidades autoregulativas, tempranamente en los 80, apoyándose en una serie de reflexiones teórico - programáticas relacionadas con el consumo de alcohol y los debates en torno a la clasificación de las enfermedades relacionadas con el consumo de tóxicos (CIE 9 OMS), no serán pocos los expertos que van a contribuir (Domingo Comas, Jaume Funes, etc.) a desactivar de forma progresiva la representación dicotómica y discontinua salud/enfermedad. Para finales de los 80 esta

idea ha ido ganado terreno e incluso puede ser abiertamente expresada en publicaciones promovidas por los propios órganos de gobierno.

*“En la editorial del número siete de la revista del Plan Nacional (Comunidad y Drogas, 1988) –cuyo anónimo autor era Jaume Funes- con el título Toxicomanías de la normalidad” se hace una lúcida reflexión al respecto, y que, entre otras cosas, señala que <<Atender a la realidad drogodependiente de nuestra sociedad comporta ya variar los enfoques, entrar en nuevas consideraciones, tener en cuenta como los usos y abusos se imbrican cada vez más con la normalidad, con la cotidianidad” (Navarro, 2003: 21)*

Dicha dicotomía es reemplazada de forma progresiva por una representación procesual de la salud (abstinencia) / enfermedad (toxicomanía), reintroduciendo en la problemática del consumo de tóxicos, una racionalidad de gobierno sustentada en una economía política de continuos y heterogeneidades, y por tanto, susceptible de (auto) regular la población de forma segmentada (selectiva, indicada, etc.) y focalizada (grupos de riesgo, poblaciones vulnerables, etc.). En términos de Robert Castel (1984) susceptible de gobernar mediante políticas de gestión diferencial de las poblaciones.

Aún así, para entender la genealogía de las formas no marcadas de las subjetividades de los jóvenes emplazada en el *prudencialismo* asociado al uso de drogas (entre otras de las llamadas prácticas de riesgo), es decir de los usuarios de drogas no toxicómanos, es necesario atender a las prácticas forjadas para gobernar las conductas de aquellos que son objetivados como un problema. En efecto, “el modelado del sujeto normal, no marcado, es un trabajo emprendido en negativo, <<realizado a contrario>>, a partir de la acción sobre estos individuos configurados como <<problemas>>” (Vázquez, 2002: 173). ¿Qué individuo? El *yonqui* (toxicómano). Y es que para entender las prácticas divisorias mediante la cuales se gobiernan las subjetividades marcadas y no marcadas, hay que hacer inteligible sus problematizaciones, es decir las formas en que estas son debidamente subjetivadas y objetivadas al mismo tiempo. Así por ejemplo veremos como la figura del toxicómano, en este caso representado por el heroinómano, funge como un precipitado obtenido a la luz de dos dispositivos que le coexisten de forma

simultánea; nos referimos a los dispositivos disciplinarios y a los dispositivos securitarios.

#### **4.- EL YONQUI COMO TRABAJO EN NEGATIVO: LOCURA Y CRIMINALIDAD**

El perfil del toxicómano se obtiene por agregación de datos. Estos generalmente son aportados por las instituciones públicas y privadas dedicadas a su intervención, ya sea en su modalidad de tratamiento, generalmente en régimen de internamiento (por ejemplo comunidades terapéuticas, centros de residencias, etc.) o de rehabilitación-corrección (por ejemplo centros penitenciarios, etc.). Ambos caracterizados por implicar grados variables de privación de libertad (régimenes cerrados).

*“Una de las primeras instituciones que realizo una evaluación estadística sobre un grupo de toxicómanos fue el <<Grupo de Orientación>> de la Brigada Central de Estupefacientes...*

*[...] Normalmente se trataba de individuos que habían tenido problemas policiales por usos de drogas; y es evidentemente incorrecto suponer que las características de un grupo tan específico puedan extrapolarse a toda la sociedad, o todos los jóvenes usuarios de drogas e incluso a los dependientes” (Comas, 1985b: 196)*

*“Se trata de jóvenes de los cuales el 81,7% son varones y el 18,3% mujeres, cuyo nivel escolar era muy bajo (58 % solo primaria o menos. Un 52 % no hacía nada, un 37 % trabajaba y un 11 % estudiaba). La casi totalidad eran solteros y la procedencia familiar media (45 %) y alta (30 %), y finalmente a un 53 % de las familias se les atribuían desajustes y anomalías.” (Comas, 1985b: 196-197)*

Sin lugar a dudas se trata de una operación de revelado mediante la cual se quiere hacer visible el rostro del toxicómano, en este caso el de “el” heroinómano; “Si una gramática de lo visible se plantea así, es para fundir completamente el síntoma en signo, más exactamente en signo probabilístico: para administrar espacialmente temporalidades dispersas” (Didi-Huberman, 2007: 40). En este sentido, el tiempo

inestable de los casos, se convertirá en el elemento ínfimo de un importante procedimiento narrativo-tabulario, donde historial, diagnóstico y pronóstico serán configurados simultáneamente (Didi-Huberman, 2007). Como plantea Le Poulichet (1996) todo indica que la toxicomanía no preexiste a los dispositivos que la revelan y la caracterizan, es decir que se aprende ante todo en un efecto de espejo.

Cabe tener presente que el periodo 1977-1985 coincide con las dos primeras fases de las cuatro fases descritas por Juan Gamella que comportarán la llamada crisis de la heroína. Una primera entre 1977 y 1978 que será “cuando los primeros yonquis se hicieron visibles y la atención pública se concentró por primera vez en el uso local de esa droga” (Gamella, 1997: 5) y una segunda fase, entre 1979 y 1982, que será cuando el consumo de heroína alcance niveles epidémicos, incorporándose al consumo hijos de la clase media y trabajadora. De acuerdo con otros autores, ésta última “parece ser la época de mayor aumento de nuevos usuarios, incidencia que coincide con un incipiente discurso específico acerca de la heroína, que expresa el inicio de una reacción social, acompañada de una muy dispersa respuesta asistencial” (GRUP IGIA, 1995: 22).

Ahora bien, lo que nos interesa destacar es el proceso de marcaje y de etiquetado que pesa sobre esta práctica, y sobre todo en sus protagonistas. De hecho, antes de entrar la década de los ochenta, el toxicómano adquiere el rostro del usuario de heroína por vía inyectada. El perfil “yonqui” es revelado y su performance comienza a copar la escena pública. Dicho de forma más rotunda: el teatro de la toxicomanía en la España contemporánea queda inaugurado. Como señala Le Poulichet “desde el momento en que existente leyes y saberes que organizan un retrato médico-psicológico para ciertos individuos, no se puede desconocer la relación privilegiada que éstos mantienen con su propio concepto médico-legal” (Le poulichet, 1996:19). Al respecto, Juan Carlos Uso (1996) señala lo siguiente:

*“El modelo del adicto-tipo o yonqui es un rol social-individual completo, fuertemente ritualizado, donde lo de menos es consumir cierta sustancia, y lo decisivo es obtener una coartada genérica contra la responsabilidad personal,*

*un empleo del tiempo, un círculo de iguales y –en definitiva- un estatuto de víctima involuntaria. El yonqui confirma punto a punto los criterios de sus represores, y estos confirman a su vez la irresistible dependencia, aunque estos sujetos están usando –como mucho- ¼ de gramo de heroína adulterada al 95% cada día, cantidad insuficiente para provocar síndromes de abstinencia serios” (Uso, 1996: 315)*

Sin embargo, pese a que en este periodo el consumo de heroína muestra un ascenso sostenido en el tiempo, no dejará de ser minoritario, mostrando unas cifras bastantes discretas (alrededor del 1 %). Aún así, no se escatiman esfuerzos por obtener los perfiles de sus protagonistas, aun cuando para ello se tenga que recurrir a prejuicios y estereotipos de la más variada naturaleza. Cabe tener presente que todos los sectores asistenciales, muy especialmente el sanitario, “resultaron convulsionados por la aparición de nuevas necesidades ligadas al consumo de drogas. Sin embargo, la aparición de estas nuevas necesidades se anticipó al conocimiento fiable de la magnitud y evolución del problema. Como consecuencia, los estereotipos sociales más prevalentes dominaron sobre las características reales del fenómeno” (De la Fuente et al., 1991: 371).

Y no solo los medios de comunicación recurrirán a estos estereotipos para alimentar su retórica del pánico, sino que también voces autorizadas (expertos) se atreven con extensas descripciones clínicas sobre el “heroínismo” en usencia de un suelo histórico lo suficientemente extenso que pudiera dar soporte a sus enunciados o descripciones propuestas. Ante esa ausencia, las descripciones clínicas que el saber médico-psiquiátrico-psicológico ofrece sobre el *heroínismo* a inicios de los 80, constituyen una suerte de “citación absoluta”, cuya repetición se fundamenta más en el peso de la *opinión* (la doxa) - sostenida por el testimonio científico y la escritura de la autoridad- y menos en el de la evidencia, quedando su pensamiento encorsetado entre clisés científicos y estereotipos sociales. En este sentido, nos parece acertada la observación que hace Le Poulichet (1996) cuando señala que *la toxicomanía precipita un saber y causa una prisa por concluir que resulta extremadamente curioso*. De hecho, algunas de las primeras descripciones clínicas relacionadas con la dependencia a la heroína,

con el “heroínismo” (Freixa, 1981), se comportan como un conjunto de enunciados reduccionistas hasta el extremo, como si se tratase de retazos biográficos agrupados en un relato que se nos cuenta en pro del impacto, especies de reducciones anunciadoras, una suerte de escritura *avant la lettre* del crimen o la patología y de ningún modo de principios, o de explicación de los fenómenos o actos.

Como botón de muestra, en el libro Toxicomanía. Un enfoque multidisciplinario de Francesc Freixa y colaboradores (1981), texto de referencia en la formación del personal médico y sanitario en la década de los 80 (Torres et al., 2009), en el capítulo 14 “*Clínica de los opiáceos*” los autores Pere Soler y Josep Sole (1981) describen algunas de las consecuencias sociales asociadas al *heroínismo* del siguiente modo:

*“La escuela psicoanalítica no ha cesado de relacionar la adicción con la sexualidad (homosexualidad reprimida, erotismo pregenital, etc.). Dejando aparte interpretaciones, es cierto que el uso continuado de opiáceos disminuye el deseo sexual, puede producir anorgasmia e impotencia sexual. La práctica de la prostitución, frecuente entre las adictas, no tiene otra finalidad que la de financiar el hábito. Aunque, naturalmente, fuera del término <<sexopatías>>, señalemos de pasada aquí la abundante patología infecciosa venérea entre los adictos, relacionada, sin duda, con la falta de la higiene y la promiscuidad” (Soler, 1981: 348)*

*“Freixa, F. y otros (1979) señalaron, repasando la casuística de pacientes adictos a opiáceos tratados en el Hospital Clínico de Barcelona (Clínica Psiquiátrica Universitaria) varios casos en que parejas de ellos había cedido a sus hijos para adopción a cambio de cantidades de dinero. No conocemos que el fenómeno haya sido estudiado por otros autores” (op.cit)*

Volviendo a la observación planteada por Le Poulichet respecto a la precipitación del saber a propósito de la toxicomanía, resulta extremadamente curioso observar el poco tiempo transcurrido entre los primeros casos que serán atendidos en el sistema público y la publicación del texto de Francesc Freixa y col. (1981), al cual nos estamos

refiriendo. Al respecto, para ilustrar de forma elocuente los desafíos que la emergencia de la heroína plantearía al sistema asistencial a finales de los 80, Juan Gamella, en citado texto sobre la *crisis de la heroína heroína en España (1997)*, cita un relato del director de la Unidad de Drogodependencias del Hospital Psiquiátrico de la Diputación de Barcelona, a propósito de la llegada de los primeros casos de usuarios callejeros de heroína. Este es el relato:

*“En el verano de 1977 ingresaban, por orden judicial, los dos primeros heroinómanos. Recordamos el revuelo y la expectación que su presencia despertaron, dado lo novedoso del suceso...Fueron aislados en un Pabellón y sometidos a vigilancia de la Policía Armada. Hasta aquella fecha sólo habíamos tratado algún dependiente de la morfina, pentazocina, etc, de origen yatrogénico, así como de anfetaminas, barbitúricos y alucinógenos... Aun a sabiendas que los heroinómanos podían causarnos graves trastornos, los acogimos sin reservas. Éramos testigos de una nueva patología que comenzaba a nacer con fuerza inusitada (Monegal, 1980 en Gamella, 1997: 6)*

Ahora bien, en marzo de 1981 se publica el texto de Francesc Freixa y col. Téngase presente que estamos hablando de un texto cuya extensión es de 648 páginas y en el cual van a participar 22 profesionales (7 médicos psiquiatras, 4 Médicos Residentes en servicios de psiquiatría, 3 médicos, 5 psicólogos, 1 periodista, 1 abogado y 1 farmacólogo) en calidad de coautores. El texto, estará organizado en cuatro partes o capítulos compuestos por 23 sub-capítulos, entre los cuales destacan tres subcapítulos dedicados específicamente a opiáceos (1 subcap.) y la heroína (2 subcap.). Hemos dicho téngase presente, pues si bien el texto fue publicado en marzo del 1981 dada las características del mismo podemos imaginar que su preparación implicó un tiempo significativo. Esto nos indica que menos de tres años, es decir el tiempo que media entre el reporte de los primeros casos y el tiempo de preparación del texto de Freixa y col., constituyo el tiempo “suficiente” para que se produjera la cristalización –al menos textualmente- de un saber clínico sobre las drogodependencias en general, y sobre la dependencia a la heroína, en particular. A propósito de esta precipitación de un saber clínico sobre la heroinomania, ahora la pregunta por la veridicción y la jurisdicción del

saber clínico sobre la adicción a la heroína se vuelve extremadamente relevante. Esto al menos por dos razones. A saber:

En primer lugar, porque los juegos de verdad que median y modulan las relaciones sujeto y objeto en el campo de las drogas adquieren un carácter claramente performativo, lo cual es altamente productivo, en tanto significa la producción de subjetividades, de definición de identidades y diferencias al interior de un colectivo poblacional -el sujeto joven usurario de drogas- que ha devenido en un objeto prioritario de gobierno. En este caso, la sujeción de los individuos a categorías de este tipo les impondrá un modo de ser que es también una manera de relacionarse con las cosas y con los otros (especialmente con los objetos "drogas" y con los otros "adictos"), que deviene en un modo de ser natural, de manera tal que la impresión que tienen los individuos "adictizados" de esta manera, es que "puesto que tal fue mi pasado y tal es mi presente, resulta natural que sea adicto". Es la asunción de esta identidad como naturaleza original y la sujeción de los individuos a esa identidad "subjetividades lumpenizadas" diría Bourgois, lo que convierte - sujeta - a los individuos a la identidad de adictos, a una subjetividad yonqui.

En segundo lugar, porque la competencia que adquiere el saber clínico, en tanto práctica discursiva, debería ser valorada como una práctica capaz de plegar sobre sí, aunque de forma muy sutil, otras formaciones discursivas, como por ejemplo el de los medios de comunicación, y no lo contrario como muchos sostienen, insistiendo en asignarles a estos últimos un lugar determinante en el discurso sobre las drogas.

Volvamos al texto de Freixa y col., específicamente al capítulo 14 "*clínica de los opiáceos*" de Soler y Sole (1981) para detenernos un momento en algunos pasajes del texto en los cuales se señalan y describen algunas de las principales alteraciones síquicas asociadas al heroínismo habitual.

*[En relación a las alteraciones emocionales] "...ocupan un lugar central en el cuadro general del heroínismo crónico. Se admite que el toxicómano es escenario de un progresivo vaciamiento emocional, paralelo quizás al paulatino*



*debilitamiento de la libido. Según Andre (1979) existiría una disminución en la tasa de hormonas sexuales de estos pacientes. [...]” (Soler et al., 1981: 345)*

**[En relación al trastorno de conducta]** *“...derivan de todo lo anterior, en conjunción con el impulso a consumir el toxico. El heroinómano suele ser descrito como falto de escrúpulos morales, fabulador, etc. La sensación de irresponsabilidad hacia sí mismo y hacia los demás que estos pacientes provocan es grande: no es raro que heroinófilos con graves endocarditis, después de haber asegurado que han escarmentado, regresen a su adicción, después de un breve tiempo de alta cardiológica...” (Soler et al., 1981: 346)*

**[En relación a las secuelas psicoevolutivas]** *“Se desprende de todo lo anterior que el toxicómano está grandemente expuesto a degradación personal-social. Hay un estrechamiento de sus intereses vitales –vive solo para abastecerse de heroína- y termina por manifestar un patético egocentrismo, una inmadurez evidente.*

*La precocidad en el uso de la heroína hace que los pacientes jóvenes estén expuestos a alteraciones estructurales de su desarrollo psíquico. Este factor psicoevolutivo constituye, por tanto, otro componente más entre el conjunto de motivos por los que se instaura la toxicomanía y sus complicaciones.*

*En todo el proceso de maduración es evidente la causalidad de dos factores:*

*-La ausencia de interrelación familiar*

*-La ausencia de integración social” (Soler et al., 1981: 347)*

Antes de analizar los textos citados, permitirnos un pequeño señalamiento. Vivimos en una época donde el énfasis de la mirada, de la lectura del presente, está puesto en las discontinuidades históricas y en las grandes rupturas posmodernas. Quizá por ello, el “encuentro” con aquellos aspectos de la realidad que hacen visibles o inteligibles diversos plano de continuidad histórica y herencias inadvertidas del presente, cuando se hacen palpables, cuando logramos reconstruirlas, constituyan una experiencia de conocimiento que no deja de sorprendernos. Más cuando éstas significan e implican posibilidades de nuevas lecturas, o lecturas otras que sean capaces de tensionar el canon de pensamiento dominante en un momento determinado. Lo decimos a propósito de las continuidades observadas en los discursos emergentes sobre la

heroinomanía y los discursos sobre el toxicómano en las primeras décadas del siglo veinte. Sorprende aún mas, cuando el discurso sociológico sobre el problema de las drogas en la década de los 80, embebido en un discurso de la modernidad reflexiva, tenderá a sobrevalorar los cambios y el carácter novedoso o emergente del problema drogas, desplazando a un segundo lugar el plano de la continuidad y del residuo, planos que no solo habitan dichos fenómenos sociales, sino que también, en parte, lo instituyen. En esa dirección, los textos de Antonio Pagador “Los Venenos. Opio. Morfina. Psicopatología de los intoxicados y tratamiento de la desintoxicación”, publicado en 1923 y de Cesar Juarros “Tratamiento de la Morfinomanía”, publicado en 1920, resultan reveladores.

El Dr. Pagador advierte que el opio es un veneno de la voluntad, y lo hace en los siguientes términos: “la voluntad está anulada por completo y los fumadores se convierten en seres impulsivos e irresolutos. Todo el esfuerzo físico-moral es encaminado a satisfacer su hambre de opio y el fumador, como el morfinómano, como el cocainómano, son sujetos de los cuales no debe depender nadie” (Pagador, 1923: 91). En la misma senda recurrirá a la noción del ‘sentido moral’ para acusar los desajustes al ideal normativo provocado por el uso de embriagantes. En ese marco, dirá que el usuario de morfina es “egoísta y epicúreo de su propia intoxicación, hace girar su vida y, lo que es peor, la de los demás, alrededor de la jeringuilla y del frasco que encierra la solución (...) si psíquicamente es un abandonado de su propia estimación, fisiológicamente es un organismo vicioso que vive por bajo de la línea normal funcional, en un plano de inferioridad, sobre el que se eleva por breves momentos, a beneficio siempre de la morfina, encerrándose en un círculo vicioso” (Pagador, 1923: 148)

El Dr. Juarros, aunque con ciertos matices que lo alejan y lo diferencian de Pagador, aunque igual de severo en sus enjuiciamientos, dirá que en el morfinómano “*suele hallarse un fondo mental de degeneración; son individuos ya alejados del término medio de la normalidad, hasta el extremo de justificar que Delmas haya podido decir recientemente —La pratique psychiatrique, París, 1919— «de un modo general la morfinomanía no se desarrolla sino en los desequilibrados constitucionales»*” (Juarros,

1920: 4). Añadiendo que *“El morfinómano es un buen número de veces un sujeto con defectos constitucionales del psiquismo, y a este estado, ya de por sí tan difícil de modificar, viene a agregarse la apatía engendrada por el uso del veneno”* (Juarros, 1920: 5).

Ahora bien, volviendo a los 80, al capítulo 14 antes citado del texto de Freixa y col., ¿es que acaso descriptores como *“vaciamiento emocional”*, o *“La sensación de irresponsabilidad hacia sí mismo y hacia los demás”* o *“la falta de escrúpulos morales”* utilizados por Soler y Sole (1981) para caracterizar *el sujeto* de un fenómeno nuevo o emergente como es la heroína en los ochenta, no se encuentran ya sospechosamente presente en los textos de Pagador o Juarros? y entonces ¿Cuál es sujeto de la toxicomanía (el sujeto, no el protagonista, ni los individuos, ni las poblaciones) en la década de los ochenta?

Y es que quizás el campo de las drogodependencias en su totalidad es un campo eminentemente residual que si bien se presenta como un saber actual, en su práctica discursiva se puede entrever la huella, la marca, la presencia casi espectral de otras batallas, otras cruzadas morales libradas ya en las primeras décadas del siglo XX. Huellas que no solo nos permiten reconstruir ciertas líneas de continuidad en el plano del saber clínico y en el de sus dispositivos asistenciales, sino que también nos permiten reconstruir continuidades en el plano profiláctico, a nivel de la arquitectura preventiva. Al respecto un segundo breve señalamiento.

A contracorriente de lo que suele afirmarse, los dispositivos preventivos en el campo de las drogas, no solo no son recientes, sino que además existirían grandes similitudes y continuidades entre algunos dispositivos preventivos puestos en funcionamiento en los años 70 y 80 a raíz del problema drogas y los dispositivos preventivos implementados en los años veinte y treinta del S. XX. Esto último ha sido muy bien documentado por Usó (2010) en un artículo recientemente publicado bajo el título *“Prevención de Salón Durante la Dictadura de Primo de Rivera. La Asociación Contra la Toxicomanía (1925-1931)”* en el que mediante un trabajo de tipo historiográfico reconstruye y analiza la composición, trayectoria y logros de La Asociación Contra la

Toxicomanía fundada en 1926 en la ciudad de Barcelona. Dicha institución, en palabras del autor, *“supuso el primer intento en España de articular unos recursos preventivos y asistenciales en materia de drogas desde del ámbito privado”* (Uso, 2010: 58). Más allá de las particularidades del caso que el autor analiza, propias de su contexto histórico, Usó logra hacer visible la existencia de ciertas similitudes y continuidades entre el caso analizado con respecto a instituciones análogas de los años setenta u ochenta como es el caso de la Unión Española de Defensa contra las Drogas o la Fundación de Ayuda a la Drogadicción (FAD). En definitiva, tanto en el saber clínico como en el saber preventivo, existe un plano de continuidad político-epistémico en el saber sobre las drogas, el cual no solo se resiste al olvido y a la negación en forma de residuo, sino que además, se aloja, vive y se reproduce en sus intersticios, en la falta de rigor epistemológico, en el deslizamiento de los conceptos de un campo a otro. O pervive oculto, a veces travestido en la gramática de la interdisciplinariedad y/o la complejidad.

Pero dejemos a un lado la cuestión de los dispositivos preventivos, que en su momento abordaremos, y volvamos a la cuestión de los perfiles de los heroinómanos en el contexto de un saber medico psiquiátrico que como bien hemos insistido, a la luz del texto de Freixa y col., nos parece precipitado. En esa dirección, valga la siguiente interrogante ¿Desde qué lugar de saber se formulan las descripciones clínicas sobre *heroinismo*? O lo mismo pero de otra manera ¿Qué tipo de sujeto del saber instituye y es instituido en las descripciones? Desde nuestro punto de vista, se trataría de un saber clínico (médico psiquiátrico y psicológico) sostenido por una práctica discursiva y unos dispositivos tecnológicos situados en el borde, por no decir en el afuera, de la normatividad interna del saber médico. De hecho, hasta cierto punto resultaría injusto calibrar el saber médico e incluso el saber psiquiátrico con la vara de prácticas discursivas como las arriba reseñadas a propósito del *heroinismo*. Más bien, se trata de un discurso del miedo (*uso de la heroína hace que los pacientes jóvenes estén expuestos a alteraciones estructurales de su desarrollo psíquico*) y de la moralización (*El heroinómano suele ser descrito como falto de escrúpulos morales...*), cuya organización epistemológica resulta poco sostenible. Pero es que hasta las figuras retóricas utilizadas en el texto a través de los cuales se pretende potenciar sus efectos

(el miedo y la moralización) parecen tan insostenibles que llegan a bordear incluso lo absurdo. ¿Qué se espera realmente cuando se propone un enunciado como el siguiente?: *“El heroinómano suele ser descrito como falto de escrúpulos morales, fabulador, etc.”* ¿Suele ser descrito? ¿Quién suele describirlo de ese modo? ¿Porqué omitir el sujeto que le describe de ese modo? Lo mismo es válido para el siguiente enunciado: *“La sensación de irresponsabilidad hacia sí mismo y hacia los demás que estos pacientes provocan es grande”* ¿Quiere decir esto que los pacientes son irresponsables, o que parecen serlo, o es una mera sensación localizada en el otro de la relación clínica? En definitiva, en base a lo dicho, parece no quedar otra opción más que la de concluir que parte significativa de los enunciados que articulan el texto correspondiente al capítulo 14 del libro de Freixa y col., en el cual se aborda, entre otros aspectos una figura nosológica propuesta por los mismos autores como “heriomanía habitual”, carecen de verosimilitud.

Pero cuidado, no podemos olvidar que el libro de Freixa y col., tuvo una importancia seminal en la intervención sobre las drogodependencias en España (Grup IGIA, 1995; Santodomingo, 2009). Es más, de hecho fue el manual inspirador de la mayoría de los profesionales que se encargaron de desarrollar los programas y políticas de tratamiento de las redes públicas a partir, básicamente, del modelo biopsicosocial (Grup IGIA, 1995). Dicha valoración respecto a la importancia seminal del texto tiene relación con tres aspectos; **su oportunidad**, pues aparece en un momento en que se está empezando a articular el sector, en el que se van encontrando, de manera progresiva y con mayor o menor presencia, profesionales provenientes de distintas disciplinas con motivaciones, actitudes, y experiencias también distintas; **la pertinencia**, pues mostraba la descripción de los efectos bioquímicos y neurológicos de las drogas todavía poco conocidos y de difícil adquisición para el conjunto de profesionales sin formación médica (Grup IGIA, 1995); **la autoridad**, pues sus autores eran los profesionales más legitimados en aquel momento para tal empresa, por su práctica y experiencia profesional y/o porque estaban al frente de los únicos centros de tratamiento existentes en aquel entonces. Sin embargo, leídos desde otro ángulo, estos mismos aspectos permiten entender, en parte, los problemas de verosimilitud que hemos comentado anteriormente. La pregunta es ¿Cómo la

oportunidad, la pertinencia y la autoridad se relacionan con el problema de la verosimilitud que aqueja al texto? Veamos algunas posibilidades de respuesta.

Francisco Álvarez-Uría (2000), analizando la teoría política y social de Michel Foucault, advierte que el ejercicio de los poderes está íntimamente relacionado con el nacimiento de determinados saberes e instituciones. Establecer ese vínculo permite analizar la lógica, el discurso de las ciencias, poniendo en cuestión la pretendida objetividad y asepsia de las disciplinas, haciendo ver que su genealogía está estrechamente ligada a una anatomía política del cuerpo social, es decir, a una sociología del conocimiento (Álvarez-Uría, 2000). Esto quiere decir que los saberes “no pueden ser desvinculados de los agentes que los producen, de su inscripción epistemológica, institucional y social, ni tampoco pueden ser considerados al margen de sus funciones sociales. A la hora de analizar un saber es preciso preguntarse para que sirve y a quienes sirve” (Álvarez-Uría, 2000: 94). En este marco, podemos entender “*la oportunidad, pertinencia y autoridad*” en el texto de Freixa y col., (1981) particularmente respecto a aquellos capítulos en los cuales se hace referencia a una clínica de la heroína como una **herramienta de inscripción**. Esta noción, propuesta por Bruno Latour (2001) para una analítica del poder de las practicas de conocimiento científico que pueda prescindir de las grandes dicotomías o demarcaciones modernas (racional, científico, etc.), o de las grandes nociones sociopolíticas (Estado, Gobierno, etc.), refiere a las transformaciones a través de las cuales “una entidad se materializa en un signo, en un archivo, en un documento, en un trozo de papel, en una huella” (Latour, 2001: 365).

Y es que esta herramienta de inscripción como tecnología política, potencia la mutua implicación del poder y el saber. Por lo tanto no solo es una función de la estructura lógica o racional de los enunciados donde yace la potencia y el poder de los textos a propósito de una clínica de la heroninomanía, sino también en el lugar, en el tipo de sujeto que lo enuncia, y el tipo de inscripción de estos saberes y sus efectos de poder. Ambos potencian un poder que será polimorfo y polivalente. Por un lado un poder económico (por ejemplo el carácter de pago del tratamiento en ciertas instituciones asistenciales). Por otro lado un poder político; las personas que dirigen esas instituciones se arrojan el derecho de dar órdenes, establecer reglamentos, tomar

medidas, etc. En tercer lugar, este mismo poder, político y económico, es también judicial; no sólo se dan órdenes, se toman decisiones y se garantizan funciones, también se tiene el derecho de castigar y recompensar, o de hacer comparecer ante instancias de enjuiciamiento. Por último, un cuarto poder, poder que de algún modo atraviesa y anima a los otros tipos de poderes. Nos referimos a un poder epistemológico, poder de extraer un saber de y sobre estos individuos ya sometidos a la observación y controlados por estos diferentes poderes (Foucault, 1996). Respecto a esto último Foucault señala:

*“[...] Comprobamos de esta manera cómo se forma un saber extraído de los individuos mismos a partir de su propio comportamiento. Además de éste hay un segundo saber que se forma de la observación y clasificación de los individuos, del registro, análisis y comparación de sus comportamientos.”*  
(Foucault; 1996: 125)

Como hemos dicho, la potencia performativa de los enunciados nosológicos como los analizados con respecto a la heroínomanía, es derivativo de sus presunciones estatutarias de verdad, presunciones que les son inherentes en función de quienes las enuncian. En este sentido el poder deriva del hecho de que éstos se hallan inmersos en discursos de verdad debido a su estatus científico, o como discursos formulados exclusivamente por personas calificadas, dentro de una institución científica (Foucault, 2000). Ahora bien, las tecnologías de poder utilizadas por estos discursos, pivotan en su aparato conceptual, y particularmente en este caso, en la serie de nociones y categorías “descriptivas” a través de las cuales se articula la narrativa clínica respecto a la heroínomanía, y cuya repetición tautológica va a producir desplazamientos significativos en los modos de entender y abordar al heroínómano. Esto quiere decir que no solo van a afectar la significación del heroínómano, sino que también van a afectar sus dispositivos de control. Al respecto, por sus efectos de realidad, serán tres los desplazamientos que van a captar nuestra atención.

Un primer desplazamiento al que llamaremos efecto de individualización, deriva del proceso de traducción de los distintos descriptores bio-psico-sociales presentes en la

casuística clínica, que serán reinscritos como series de rasgos individuales mediante los cuales se obtiene un perfil clínico del heroinómano. Un segundo desplazamiento, al que llamaremos efecto de marcación, tiene relación con el punto anterior, pues deriva de la focalización de sus enunciados en lo que estas personas son, y solo en segundo lugar en lo que estas personas hacen, lo que implica que el control va a recaer sobre estas personas, ya sea por su clase social, o a sus estilos de vida, o por sus identificaciones sociales (Christie, 2000). Y un tercer desplazamiento, que llamaremos efecto de peligrosidad, mediante el cual el foco observación o vigilancia se desplaza hacia la virtualidad de sus comportamientos: el toxicómano debe ser considerado por la sociedad al nivel de sus virtualidades y no de sus actos, no al nivel de las infracciones efectivas a una ley también efectiva, sino de las virtualidades de comportamiento que ellas representan.

En base a lo anterior, es posible sostener que la existencia y mantenimiento de un tipo de saber clínico articulado en torno a las toxicomanías, particularmente como el referido a propósito de las descripciones hechas sobre la “heroinomanía”, podría explicarse a partir de la presencia “residual” de un núcleo teórico constituido por el par *perversión/peligro*. De hecho, nos arriesgaríamos a decir que este tipo de saber clínico, por más inverosímiles que resulten sus enunciados y débiles parezcan sus argumentos, va a ser determinante en el devenir del problemas drogas. Y lo será, porque va a dotar al saber clínico de una matriz psicopatológica residual respecto al saber sobre las toxicomanías, en la cual los espectros de la “psicosis tóxica” o de la “predisposición mórbida” (de los años 20 y 30) dejarán su huella, entre otros ámbitos, en el proceso de codificación patológica a la cual será sometida la figura emergente del heroinómano, quedando inscrito de este modo, en el registro de lo anómalo y de lo “peligroso”, allanando así el camino a su criminalización.

Cabe recordar que en el plano estrictamente médico psiquiátrico, la cuestión de la *heroímanía* se inscribirá en un plano de continuidad – obviamente de discontinuidades también- con la cuestión del morfinismo en tanto cuanto ambas figuras o entidades convergerán en una clínica de los opiáceos. En este sentido, las significaciones del heroinómano pasan necesariamente por el tamiz de *la higiene y la profilaxis*



característico del saber sobre el morfinismo de los años 20 y 30. Esto implica a nivel discursivo una clínica de los opiáceos que necesariamente transita por un proceso conformado por al menos cuatro elementos: *desplazamiento, repetición, depuración y re-significación*. Y es en este proceso donde la asociación drogas – delito, y por tanto crimen, será confirmada y difundida mediante textos fundacionales, o de referencia obligada como lo serán los textos del Dr. Juarros o del Dr. Pagador, voces de las más autorizadas en esas primeras décadas del siglo XX. En el límite de la consigna, la asociación “opiáceos – delito” aún a día de hoy continua siendo un tópico de esos que se resisten a ser desactivados.

*“En 1929 publicó Diagnósticos y Tratamientos Psiquiátricos de Urgencia a petición de los alumnos de su curso anual de Psiquiatría Forense según el mismo señaló en la «Justificación» inicial del motivo del texto. En dicha obra, «por su singular frecuencia e importancia» reseñaba el morfinismo como causa de agitaciones por intoxicación. La publicación no ofrecía información muy relevante, salvo quizá la síntesis del procedimiento diagnóstico, que se basaba en la entrevista con la familia, la presencia de los estigmas cutáneos provocados por los pinchazos, la respuesta cutánea a una reacción intradérmica o el hallazgo de la morfina en la orina. Señalaba así mismo que el pronóstico era desfavorable, por ser la mayoría «enfermos mentales y temibles por su tenacidad delictiva»” (Samblás, 2002: 14)*

En este sentido, podríamos decir que el proceso de significación de la peligrosidad que opera en torno al heroinómano se moverá en un doble registro; un primer registro de tipo patológico, a través del cual el significado de la peligrosidad viene del lado de la psiquiatría, particularmente desde dos ámbitos: uno teórico, en tanto y en cuanto la toxicomanía, como entidad clínica, no logra zafar del todo de la psicosis (la psicosis toxica por ejemplo) y por tanto en uno de sus bordes o límites de esta figura se encuentra la alienación mental y su consecuente peligrosidad social. Un segundo ámbito de tipo institucional, el cual nos indica e informa cómo la inclusión de la noción de peligrosidad en la psiquiatría ha derivado en una espinosa cuestión institucional relacionada con las reformas asistenciales de la medicina psiquiátrica impulsada desde

el siglo pasado hasta nuestros días. Respecto a esto último, Ricardo Campos (1997) en su artículo titulado “Higiene mental y peligrosidad social en España (1920-1936)” (1997) plantea que “en el periodo 1920-1936, caracterizado por un amplio movimiento de reforma asistencial, la peligrosidad social del loco y la defensa social, lejos de ser conceptos ajenos a dicha reformas fueron unos pilares básicos que la sustentaron.” (Campos, 1997: 40). Desde este segundo ámbito pesa la amenaza social y su consecuente defensa social.

Y un segundo registro jurídico-criminológico, en torno al cual la significación de peligrosidad viene de la mano de la criminalidad. Siguiendo a Foucault (1996), cabe tener presente que para el pensamiento moderno, el criminal es aquél que damnifica, perturba la sociedad, representa el enemigo social. “El crimen y la ruptura del pacto social son nociones idénticas, por lo que bien puede deducirse que el criminal es considerado un enemigo interno. La idea del criminal como enemigo interno, como aquel individuo que rompe el pacto que teóricamente había establecido con la sociedad es una definición nueva y capital en la historia de la teoría del crimen y la penalidad” (Foucault, 1996: 83). Doble registro, doble peligrosidad. Medicalización de la peligrosidad cuyo límite es la locura; criminalización de la peligrosidad cuyo límite es el delincuente o el criminal.

Será en torno al par metonímico formado por “perversión/peligro” que se produzca esa unión, la juntura y articulación de lo médico y lo penal, la cual será llevada a cabo y asegurada mediante la reactivación de una serie de *categorías elementales de la moralidad* (Foucault, 2000) tal como hemos visto, a propósito de la clínica de la heroínomanía. Respecto a este tipo de saber, articulado en la juntura, en el borde de ambas disciplinas, Foucault señala:

*“Es éste un saber que no se caracteriza ya por determinar si algo ocurrió o no, sino que ahora trata de verificar si un individuo se conduce o no como debe, si cumple con las reglas, si progresa o no, etcétera. Este nuevo saber no se organiza en torno a cuestiones tales como «¿se hizo esto?, ¿quién lo hizo?»; no se ordena en términos de presencia o ausencia, existencia o no existencia, se*

*organiza alrededor de la norma, establece qué es normal y qué no lo es, qué cosa es incorrecta y qué otra cosa es correcta, qué se debe o no hacer”.*  
(Foucault, 1996: 88)

Respecto a la peligrosidad Robert Castel advierte que ésta es una “noción misteriosa, cualidad inmanente del sujeto, pero cuya existencia permanece aleatoria dado que su prueba objetiva no se presenta más que tras su realización. Por ello, hablando con propiedad, solo existen imputaciones de peligrosidad y el diagnóstico que lo establece es el resultado de un cálculo de probabilidades intuitivo, enmascarado con un juicio substancialista” (Castel, 1983: 155). Ahora bien, el control de los individuos peligrosos a nivel de sus virtualidades, no puede ser efectuado solo por la justicia, sino también por una serie de poderes laterales, que actúan al margen, o por mandato de la justicia, tales como la policía y toda una red de instituciones de vigilancia y corrección; la policía para la vigilancia, las instituciones psicológicas, psiquiátricas, criminológicas, médicas y pedagógicas para la corrección (Foucault, 1996).

Ahora bien, desde el costado poblacional, A partir de datos aportados por diferentes instituciones públicas y privadas relacionadas con el control de la oferta y la reducción de la demanda, y de los provenientes de los estudios realizados a nivel nacional y local, se obtendrán los primeros perfiles de la población de los usuarios de heroína. Se tratará de una población muy joven, principalmente varones caracterizados por la politoxicomanía, la marginalidad, los problemas familiares y judiciales. Es decir que usa y depende de la heroína en el contexto de la politoxicomanía. “Estos datos así como, la edad de iniciación, nos indican que nos encontramos con un grupo especial, con un sector específico de usuarios, tan diferente a la media de los usuarios que no se parece a éstos más que por la conexión química” (Comas, 1985b: 200). En la misma línea en relación a la especificidad del grupo de usuarios de heroína, Juan Carlos Usó añade un matiz identitario que a nuestro juicio, a la postre, resultará ser un factor clave en el proceso de objetivación del problema drogas durante dicho periodo: “Surgió como una nueva identidad la del yonqui, un estereotipo que ya no tenía nada que ver con el patrón del adicto conocido hasta la fecha, dando origen a un proceso irreversible de marginación ocupacional, educativa, política e incluso, física de todo un sector juvenil.”

(Usó, 1996: 330). Por otro lado Gamella y Meneses (1993) señalan que no es un falso estereotipo el que la heroínomanía haya afectado de forma desproporcionada a los barrios donde predominan los estratos socioeconómicos bajos y medio-bajos, los obreros manuales y los trabajos asalariados. De hecho, unos años más tarde el mismo Gamella (1997) reconstruye el perfil de los usuarios de heroína de la siguiente manera:

*“La mayoría de los heroinómanos españoles han sido y, en menor medida, siguen siendo jóvenes varones (hay cuatro hombres por cada mujer) que nacieron entre 1956 y 1970, con un bajo nivel educativo. Se trata de una población con poca o ninguna cualificación educativa o profesional que les permita competir ventajosamente en el mercado de trabajo. Solo una pequeña porción de ellos ha accedido a la enseñanza universitaria. La gran mayoría ha padecido largos periodos de desempleo y subempleo durante la última década; muchos han acabado, vinculándose a trabajos en los que no ven futuro y que no les satisfacen. Muchos han abandonado definitivamente el mercado de trabajo convertidos en un nuevo tipo de jóvenes minusválidos” (Gamella, 1997: 7)*

De este modo el semblante poblacional del toxicómano se hace cada vez más visible, adquiriendo clase, edad y sexo; se trata de un joven varón de clase baja o media baja. Así mismo se hacen visibles sus coordenadas territoriales y espaciales; *“habita en las zonas con mayores carencias en servicios, dotaciones y recursos así como en las zonas de poblaciones obreras, es decir, allí donde reside un número mayor de jóvenes con problemas educativos, sociales y laborales”* (Gamella et al, 1993: 312). Pero cuidado, no solo habita en los suburbios, también en barrios típicamente obreros.

Por otro lado, de forma paralela aunque interconectada con el proceso antes descrito, es decir con la producción visual y discursiva del yonqui, toxicómano o heroinómano como objeto sociológico, comienza a circular una gran cantidad de información que advierte sobre la emergencia y extensión de una nueva forma de delincuencia contra la propiedad. En ésta participa un sector social nuevo formado por jóvenes varones provenientes de familias obreras con aspiraciones de movilidad social con bajo nivel educativo y profesional pero con desconocimiento del mundo delictual.

Será en el panorama social de finales de los setenta, cuando la “heroína” pasa a ocupar un lugar preponderante en el campo de los consumos. Siendo el influjo de la heroína aún incipiente, se comienzan a visibilizar los primeros consumidores, y empieza a emerger la figura del *yonqui*, imagen *que* por aquel entonces, aún se limitaba a unos pocos sujetos que rápidamente llamarán fuertemente la atención de los medios de comunicación<sup>36</sup>.

En un segundo período<sup>37</sup>, entre 1978 y 1982, cuando la expansión y popularización del consumo alcanza niveles que se han denominado “epidémicos”, el consumidor de drogas se irá convirtiendo progresivamente en una figura equivalente al delincuente y marginal y “se va a construir el binomio droga y delito” (Romaní, 1999: 94-116). Ya en aquellos años la población penitenciaria va aumentar un 50% y el tema de la “droga” va a pasar de forma habitual a las portadas de los medios de comunicación (Usó, 1996)

Es a partir de los años ochenta, cuando se produce una fuerte asociación entre aquellos delitos que generan alarma social y consumo y tráfico de drogas. La respuesta institucional suscitada, opta sistemáticamente por centrar las políticas en la “droga” como elemento maligno autónomamente y por estigmatizar a los usuarios de la misma. “Poco a poco se va a ir construyendo la imagen social del delincuente drogadicto y las prisiones se van llenar de personas con problemas de drogas, creándose lo que se ha denominado “el problema de la droga” (García-Bores et al., 2003: 14).

Sin embargo, la cristalización del nuevo rostro de la delincuencia es imposible de disociar de su proceso de objetivación. Como bien advierte Gamella (1997) pese a que este proceso se encuentra expuesto a diversas formas de amplificación y realimentación en cuanto a su alarma, a la que contribuyen diversos líderes de opinión pública y los típicos emprendedores morales, éste dista mucho de ser una mera

---

<sup>36</sup> Cabe hacer notar, junto con Escotado que, previo a este período, en España, “En 1973 no había un solo delincuente entre los adictos. En 1974 todavía no hay un caso de atraco a farmacias para obtener opiáceos, y las aprehensiones policiales apenas llegaban a 26 gramos (Comas, 1987: 95)”

<sup>37</sup> Se recoge la perspectiva de Gamella (1997).

construcción ideológica. Una vez más, como suele decirse desde la perspectiva aceptada, la última palabra está escrita en libro de la naturaleza/realidad codificada en forma hechos (el tribunal de los hechos). Y estos, al ser descifrados indicarán cambios objetivos en los comportamientos. En efecto, una serie de indicadores son incorporados en la gramática del nuevo delito. Así por ejemplo de los 265 atracos cometidos en 1977, que reportaron un total de 304 millones de pesetas, en 1984 se alcanzo una cota máxima de 6.239 atracos, con un botín de 4.014 millones de pesetas. *“Ese año España alcanzo el record mundial absoluto de atracos a bancos, tantos como en todo el territorio de Estados Unidos”* (Usó, 1996: 311). En la misma línea, Enrique Laraña (1984) a partir de datos obtenidos de la Dirección de Seguridad del Estado y Policía Judicial informa sobre un aumento espectacular del delito entre los años 1975 y 1980 llegando a casi triplicarse el número total de delitos (1975/132.436 - 1980/357.546). El mismo Laraña, informa de un ascenso igual de significativo en las cifras relacionadas con atracos y robos en farmacias las que para el año 1977 llegaron a 548 y en 1980 llegan a 1.495. Respecto a esto último, Usó recuerda que en Madrid en 1975 ya se habían cometido 5 robos en boticas; solo un año después, las cifras indican 60 robos y en 1977 esta cifra se dispara bruscamente alcanzando la cifra de 529, de los cuales en 510 casos se trata de robos con fuerza en las cosas y 19 atracos con violencia e intimidación. Como es de esperar todos estos datos van acompañados con un aumento significativo de la población reclusa. Solo para hacernos una idea, entre 1979 y 1981 se estima que la población reclusa aumenta en un 50 % (Usó, op.cit). Juan Gamella en su artículo *Heroína en España, 1977-1996. Balance de una crisis de drogas* publicado en 1996 realiza una muy buena síntesis del perfil de los heroinómanos durante la crisis de la heroína:

*“Hay heroinómanos en casi todos los pueblos y ciudades de nuestro país, y en todas las clases y estratos socioeconómicos, desde las élites a los grupos más pobres y marginados. Ha habido heroinómanos en las familias de directivos y altos cargos de la administración o del ejército, de los profesionales más exitosos, entre los hijos de obreros de la construcción, administrativos y funcionarios, pero también de parados, mercheros y gitanos que viven de la venta ambulante o de los jornales del campo o incluso de la venta de drogas*

*ilegales. Este problema social ha tenido en España un carácter no sólo urbano, sino también rural, lo que manifiesta su extensión y penetración en el tejido social. La heroínomanía y sus perjuicios, sin embargo, se concentran desproporcionadamente en las zonas con mayores carencias en servicios, dotaciones y recursos, así como en las zonas de población juvenil desempleada o subempleada, es decir, allí donde residen los sectores de clase media-baja y baja, entre los hijos de los obreros manuales de nivel cultural bajo y en las zonas de infravivienda o de viviendas de protección oficial. Hay zonas de muchas ciudades que comparten un cierto "clima social" y hasta urbanístico y donde la concentración del problema es muy elevada. Hay barrios, manzanas y calles donde hemos llegado a localizar uno o más de un heroinómano en cada bloque, incluso uno en cada planta de cada portal." (1997: 7-8)*

Lo que se conoce como tercera fase, entre los años 1983 y 1986, se caracterizó por una definitiva institucionalización del tema y por generar reacciones por parte del primer gobierno socialista que incluyeron cambios legislativos y procesales. De este modo, el tema y, por tanto, los consumidores se inscriben dentro del espacio de peligrosidad social. En consecuencia, la sociedad debe ser protegida de ellos y se deben tomar medidas para garantizar la seguridad de la ciudadanía. Producto de ello, hay un aumento del control y paralelamente varios intentos por asistir a los consumidores. En este contexto, definitivamente, el ingreso a la prisión pasa a ser el fenómeno más frecuente en la biografía de los sujetos que consumen heroína como sustancia principal<sup>38</sup>.

Es sólo a partir de 1987 cuando se da inicio a una fase en la que disminuyen los nuevos usuarios al tiempo que aumenta la morbilidad y mortalidad de los consumidores de heroína. En este período, se pone en marcha una reacción institucional que aumenta el

---

<sup>38</sup> En este sentido, se puede ver la situación en Catalunya en el estudio longitudinal realizado a 135 sujetos que inician tratamientos de deshabituación a la heroína. Un alto porcentaje de ellos cuentan con antecedentes de ingreso en prisión. "Des de l'inici del tractament, en el període comprès entre l'1 de març i el 31 de juliol de 1985 fins la data de finalització del seguiment, el 31 de desembre de 2000, 57 (42,2 %) addictes van a ingressar com a mínim una vegada en un centre penitenciari". Els any en què es van a produir més primers ingressos va ser 1986. Ver el estudio de Sánchez-Carbonell, X. Et Altrii. En Invesbreu Nº 21, maig, 2002 I Sánchez-Carbonell, J.; Seus, L., en Invesbreu nº 6, Octubre, 1998.

presupuesto invertido por la administración Central y las Comunidades Autónomas y con ello el número de profesionales y de servicios sociosanitarios que se ponen a disposición de los usuarios de drogas. Se crean respuestas asistenciales de carácter ambulatorio (“centros de día”, CAS, entre otros) y otras de régimen interno, esto es, Comunidades Terapéuticas (CT)<sup>39</sup>.

En la década de los noventa, probablemente el incremento de la población penitenciaria y el consecuente gasto fiscal serán factores desencadenantes para la emergencia de nuevos cuestionamientos respecto al abordaje del “problema de la droga”. Los argumentos económicos no se hacen esperar. Así por ejemplo, respecto al coste del encarcelamiento en Catalunya, Ruiperez señala que “según datos calculados por Redondo (1997) anualmente las prisiones de Cataluña gastan 2.164.000 pesetas por interno, lo que equivale a unas 6.000 pesetas al día” (1999: 221). Agrega que se trata de unas cifras que, junto a los elevados costes sociales, personales, deberían hacernos reflexionar sobre si es verdaderamente necesario este elevado gasto por igual para todos y cada uno de los internos que se hallan en las prisiones o, por el contrario, atendiendo a las diversas tipologías de internos existentes, no debería plantearse un sistema penitenciario menos homogéneo, más acorde con los diferentes grados de seguridad que requieren unos y otros internos y, paralelamente, más económico.

Esto es relevante por dos razones: por un lado, porque habían sido las propias políticas criminales las que habían generado un proceso de criminalización que derivó en una inflación de los encarcelamientos relacionados con consumos de drogas ilegales; por otra lado, porque deja entrever la individualización<sup>40</sup> como una propuesta para subsanar el defecto de la homogeneización<sup>41</sup> propia del sistema penitenciario.

---

<sup>39</sup> Según el DGPND, se contaba el año 1992 con 69 Comunidades Terapéuticas públicas o privadas con plazas concertadas, que atendían heroinómanos, más las que recibían subvenciones (Gamella, 1999).

<sup>40</sup> Se trata de una individualización que, como se desarrollará más adelante, es la condición de posibilidad para el funcionamiento del sistema progresivo y para la psicologización y patologización del interno.

<sup>41</sup> Entendida como una de las premisas de la cárcel, esto es, las mismas condiciones para todos, independientemente de su estatus, condición social, historia, “tipología”, etc.



En momentos de grave congestión carcelaria, de argumentos en torno a la gestión económica de la prisión y de la emergencia de discursos que atienden a las particularidades y diversas “tipologías de internos”, aparece la línea de ideas de las medidas penales alternativas a la prisión como modo de paliar las consecuencias de un abordaje meramente punitivo en relación a las drogas. En ese contexto, el consumidor problemático de sustancias ilegales trae consigo la posibilidad de individualización, que permite y justifica el tratamiento, abriéndose el espacio para pensar en las alternativas a la prisión.

Así, las Medidas Penales Alternativas (MPA), representarían entre otras cosas, una forma institucionalizada y sistematizada de descongestionar la población penitenciaria para ofrecerle rehabilitación bajo una política de descarceración. Se trata entonces de plantear los fines resocializadores de la pena en un contexto extramuros. Se acoge a la población consumidora de sustancias ilegales que ha sido penalizada y se le ofrece como alternativa, someterse a tratamientos de carácter ambulatorio o en régimen de internamiento<sup>42</sup>. En este sentido, los planteamientos de alternativas a la prisión, están dentro de un marco en que coexiste una política a nivel legal esencialmente prohibicionista y, a nivel asistencial, una política tendiente a la reducción de daño.

Razón por la cual, podemos decir que las tecnologías de poder mediante las cuales se ha articulado históricamente el dispositivo bifronte (saber-poder) de gobierno de las drogas, no solo es de naturaleza simbólica o semiótica, sino también material. Basta recordar que en 1933, durante la República, el mismo año en que se aprobó la Ley de Orden Público, y solo dos años después que fuera aprobada la legislación referente al internamiento psiquiátrico, fue promulgada la Ley de Vagos y Maleantes “que trataba de prevenir las complicaciones sociales muchas veces de raíz psicopatológica entre ellas el alcoholismo y otras adicciones” (Santodomingo, 2009: 44). Cabe tener presente que en dicha Ley, aprobada por todos los partidos políticos, y particular en su reglamento aparecido en 1935, se hacía ya referencia a los ebrios y toxicómanos,

---

<sup>42</sup> Como antecedentes, en el año 2000 se aplicaron en Catalunya un total de 1.115 intervenciones, entre las que se incluyen 16 internamientos en centros de deshabitación como sustitución de pena privativa de libertad y 56 como medida de seguridad privativa de libertad. Justidata nº 36, novembre 2003, Les mesures alternatives a la pena de presó incideix a Catalunya sota el control de l'administració.

determinando para ellos medidas de seguridad en colonias de trabajo, medidas de custodia y estancias en casa de templanza. Después de la guerra civil se modificaron algunos aspectos, en 1948 y en 1954 los que permitieron la inclusión de los homosexuales. Al respecto J.C Usó hará el siguiente señalamiento:

*“A pesar de que el consumo de psicofármacos no estaba castigado en el Código Penal, esta ley de carácter especial estaba concebida para proceder penalmente contra usuarios de drogas, ya que en virtud de la misma, podían ser declarados en <<estado peligroso>> y sometido a <<medidas de seguridad >>, entre otros, los conceptuados como <<ebrios y toxicómanos habituales>>” (Uso, 1996: 163)*

Posteriormente, la Ley de Vagos y Maleantes de 1933, junto con sus complementarias y modificativas, va a ser derogada y sustituida por la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social de 4 de agosto de 1970. Manteniendo sustancialmente sin modificación lo dispuesto en la de 1933, la nueva normativa perseguía adecuar su contenido a las necesidades y realidades del momento. De este modo la Ley incidía también en la prevención del “estado peligroso”, determinado por los ebrios y toxicómanos, entre otros colectivos, regulando la puesta en práctica de “medidas de seguridad.” Esta ley será modificada en 1974, en 1977 y en 1978, hasta ser derogada recién en 1995.

Además de la mencionada Ley de Peligrosidad Social, en relación a la hospitalización y la asistencia a los pacientes adictos, va a ser importante y significativa la derogación de la normativa legal sobre internamiento del enfermo psíquico, promulgada también en 1931 por la República, por la cual la toxicomanía dejaba de ser una de las causas explícitas de internamiento obligatorio del enfermo psíquico (Santodomingo, 2009).

En síntesis, el proceso de *revelado* mediante el cual se obtiene el *semblante del yonqui* se mueve en un doble registro. Por un lado, un registro de *securitario* en cuyo marco se obtienen y definen los perfiles sociológicos y epidemiológicos de los heroinómanos en tanto poblaciones específicas. Por otro lado, un registro disciplinario en cuyo marco se obtienen y definen las identidades, las individualidades que conforman dichos

agregados poblacionales. Ambos registros se articulan entorno a dos figuras o formaciones discursivas; la peligrosidad social y la patología. Cada una por sí sola, o acopladas entre sí, arrastran formaciones residuales que nos retrotraerán a prácticas de gobierno implementadas en décadas pasadas.

## **5.- LA INSTITUCIONALIZACION DEL PROBLEMA: EL RASTRO DE UNA EPIDEMIA**

En 1985 se aprobó el Plan Nacional sobre Drogas<sup>43</sup>. Este va a surgir en un marco flexible y diverso como un plan de prevención contra la droga en el que se contempla la reinserción de los drogadictos y cuyos objetivos serán: a) reducción de la oferta y de demanda; b) disminución de la inseguridad ciudadana; c) oferta de una red pública de servicios de atención, suficiente y transparente para el usuario y la sociedad en su conjunto; d) Coordinación y cooperación de las administraciones e instituciones sociales implicadas en el problema.

En un contexto signado por una creciente presión social, por vacíos de información y opacidades respecto a las controversias éticas e ideológicas consustanciales a las políticas de drogas, en julio de 1985 es aprobado el Plan Nacional Sobre Drogas, en cuyo documento de presentación se ofrece una caracterización del problema de las drogas en los siguientes términos:

---

<sup>43</sup> En octubre de 1984, el Congreso de los Diputados insta al Gobierno a elaborar “un Plan de prevención contra la droga en el que se contemple la reinserción social de los drogadictos”. El mismo año había sido creada una Comisión de Encuesta sobre la Droga en el Senado. Se encarga al Ministerio de Sanidad y Consumo la coordinación del grupo de trabajo, donde intervienen Justicia, Interior, Trabajo y Seguridad Social, y del grupo Técnico para la instrumentación del Plan, donde intervienen Educación y Ciencia, Cultura, Asuntos Exteriores y Presidencia del Gobierno. Se inician las consultas con entidades y asociaciones en Noviembre de 1984. En marzo de 1985 el Gobierno aprueba las líneas generales del Plan y un mes más tarde se reúne el grupo de Trabajo con los Consejeros Autonómicos de Sanidad, Trabajo y Bienestar Social (excepto Canarias y Euskadi). A partir de aquí los representantes municipales se incorporan al proceso. Una Comisión Interautonómica estudia y sugiere las posibles competencias. El PNSD es aprobado por el Gobierno el 24 de Julio de 1985.

- *“Aumento del tráfico de drogas ilegales, especialmente en lo que a la cocaína y heroína se refiere, a partir del inicio de ésta década.*
- *“Insuficiencia de datos estadísticos fiables sobre el número de consumidores y características de los mismos, a lo que se suma un boom de cifras y un protagonismo del problema en los medios de comunicación y en la opinión pública que han producido más desorientadora que real. Según las últimas investigaciones de los Ministerios de Sanidad y Consumo, Trabajo y seguridad Social y Cultura, las cifras de consumidores habituales en nuestro país podrían oscilar entre los siguientes números, en lo que a las principales drogas se refiere”*

Tabla Nº 1 Estimación indicativa del número de consumidores de cada sustancia en 1985

SUSTANCIAS	NUMERO ESTIMADO DE CONSUMIDORES
ACOHOL	1.900.000 a 2.300.000
COCAINA	60.000 a 80.000
HEROINA	80.000 a 125.000
ANFETAMINAS	35.000 a 500.00
INAHABLES	18.000 a 21.000
CANNABIS	1.200.000 a 1.800.000

- *“Protagonismo de la “heroína” como mito de una potencialidad social considerable que se asocia a una serie de factores y efectos, lo cual contribuye a que éstos aparezcan y se reproduzcan por contagio social y funcionen como un estereotipo de gran impacto y efectividad”*
- *“Aumento del consumo de cocaína, cuyos resultados están más enmascarados, dado que la cocaína tiene un período de “silencio clínico” de tres a cinco años, y es a partir de esta etapa cuando aparecen los problemas de salud.*
- *“Polémica en torno a la peligrosidad de los efectos del cannabis para la salud y su aceptación entre los jóvenes como producto menos peligroso, convirtiéndose*

*entre los adolescentes y los menores, junto con el alcohol, en un factor multiplicador de riesgo para el consumo de otras drogas.*

- *“Asociación entre el consumo de drogas ilegales y el aumento de la inseguridad ciudadana, identificando drogadicto-delincuente y droga-factor de criminalidad en un discurso más ideológico que científico ya que, normalmente, las drogas vienen a reforzar procesos de desviación social ya existentes”.*
- *“Utilización en escala de los inhalables, como droga de los más jóvenes y con menos recursos económicos, que la convierte en auténtica <<toxicomanía de la miseria>>”*
- *“Tendencia a identificar o circunscribir el consumo de drogas, y especialmente las drogas ilegales, al ámbito juvenil. El problema de la toxicomanía afecta, en estos momentos, a todos los grupos sociales y a toda la geografía española, y si bien es cierto que los jóvenes se encuentran en una situación de riesgo considerablemente mayor, también lo es que la sociedad tiene dos escalas a la hora de valorar determinados comportamientos, según sean los de un joven o los de un adulto.” (Plan Nacional sobre Drogas. Ministerio de sanidad y Consumo. Secretaría General Técnica. Servicio de Publicaciones. 1985: 19-20)*

Como bien lo sintetiza Navarro (2002) en estas consideraciones se apunta al protagonismo de la heroína en aquellos momentos, al consumo creciente pero enmascarado de la cocaína, a la polémica en torno a la peligrosidad del cannabis sobre la salud, a la asociación ideologizada del consumo de drogas ilegales y la inseguridad ciudadana, y a que el problema de la toxicomanía afecta, además de a los jóvenes, a todos los grupos sociales. Ahora bien, salvo la cuarta consideración, en la cual se cuestiona la validez de la significación de las drogas ilegales como factor de criminalidad, en las otras restantes se ofrece una lectura técnico-política del problema drogas conforme a la configuración de los patrones de consumo. Lectura que al ser analizadas a la luz de los hechos históricos que sucedieron a la presentación del documento del PNsd, abren una serie de interrogantes que cuestionan el sentido y, sobre todo, el tipo de racionalidad de gobierno asociada a dicha traducción. Del conjunto de consideraciones formuladas en el documento de presentación del nuevo

PNsD, al menos tres de ellas requieren ser analizadas con mayor detenimiento. En primer lugar, aquella que refiere a la insuficiencia de datos estadísticos fiables; en segundo lugar, aquella que refiere al protagonismo de la heroína; y en tercer, y último lugar, aquella que refiere al consumo de cocaína.

A pesar de las dificultades y vacíos de información a los que nos hemos referido, y sobre todo empujados por una creciente demanda social (“la sociedad lo reclama”) que advierte que “el consumo de drogas se ha convertido en uno de los problemas que suscita mayor preocupación en la sociedad española” el Plan Nacional sobre Drogas se presenta como la visión política y la respuesta técnica de la Administración a dicho problema. Ahora bien, tal como señala Javier Barbero (1999) tras las diversas posturas en política de drogas se ocultan, más o menos sutilmente, distintos paradigmas de moralidad que justifican éticamente las propuestas y las acciones. “Es el invisible *clothing* que acertadamente han denominado Rouse y Jhonson, y que describen como moral comercial, prohibición-criminalización, regulación del vicio, rehabilitación y, por último, salud pública” (Barbero, 1999: 191-192). De modo tal que no hay política de drogas aséptica éticamente, pues todas contienen, explícitamente o no, un código moral.

Tal como hemos visto, para entonces se habían realizado ya numerosas encuestas, algunas referidas a áreas geográficas muy reducidas, que utilizaban cuestionarios y métodos de recogida de información dispares, los que a juicio de algunos expertos, “proporcionaban estimaciones muy imprecisas de la prevalencia de consumo de las drogas más peligrosas (opiáceos)” (Sánchez et al., 1991: 396). En este sentido, “sus resultados eran poco útiles para la planificación de servicios y la inconsistencia de las estimaciones contribuía a desorientar a la opinión pública y a desviar la atención de los problemas de los consumidores” (Sánchez et al., 1991: 396).

Una dificultad añadida respecto al tipo de información disponible por aquel entonces, refería a la indistinción entre consumo de drogas y los problemas (consecuencias negativas o daños) derivados de dichos consumos. Dicha dificultad, a diferencia otras que remitían a un plano técnico metodológico, ésta remitiría al plano de la racionalidad política. En efecto, si los objetivos casi exclusivos son la disminución de

oferta mediante la represión del tráfico y la disminución de la demanda mediante programas de prevención primaria o de consecución de la abstinencia, todo lo que se aparte de esos objetivos serán considerados superfluos. El argumento será el siguiente: frenando el consumo, frenas los daños. Este planteamiento presentaba limitaciones muy importantes, porque la política de drogas no puede estar basada en la creencia (utópica) de que el uso no médico de drogas será prácticamente eliminado y que además ese uso de la drogas siempre se realizará sin peligro. En efecto, no siempre es necesario, o incluso posible, reducir el uso no médico de drogas para conseguir la reducción de daños.

En este contexto, obedeciendo también a ciertas exigencias provenientes de la comunidad internacional, se dio prioridad al desarrollo de indicadores (indirectos) respecto a las consecuencias adversas para la salud relacionadas con los consumos de drogas, apoyándose para ello en el registro de determinados eventos tales como: a) personas admitidas a tratamiento ambulatorio por abuso o dependencia; b) urgencias hospitalarias relacionadas con el consumo; c) muertes por reacción aguda registradas por Institutos Anatómico-Forenses y el Instituto Nacional de Toxicología. Se considerará que estos indicadores indirectos (indicador de tratamiento, indicador de urgencias e indicador de mortalidad, respectivamente) aunque no permitían obtener estimaciones precisas de la prevalencia del consumo, sí podían servir para evaluar las consecuencias adversas derivadas del consumo y, bajo ciertas condiciones, servirían también para vigilar las tendencias de consumo de aquellas drogas que con frecuencia producían consecuencias graves (opiáceos-cocaína). Así nació el Sistema Estatal de Información de sobre Toxicomanías (en adelante SEIT), que será el predecesor del Observatorio Español de Drogas (OED), que comenzará a funcionar el año 1987. Probablemente, la creación del SEIT va a incidir en la percepción que algunos expertos tienen, respecto a la emergencia en 1987 de un punto de inflexión en la “crisis de la heroína”, que va transformándose de un problema eminentemente sociopolítico relacionado con la *seguridad ciudadana* en un problema de *salud pública*.

Ahora bien, de acuerdo a lo señalado en el documento PNsD 1985, el protagonismo de la “heroína” es significado como mito y estereotipo social. Con ello se estaría

aludiendo a una falsa (o distorsionada) representación de la realidad, aunque no por ello, menos eficaz. Sin lugar a dudas, un primer efecto asociado a dicha significación, será el advertir de las consecuencias negativas (visibilizarlas) asociadas a dichas formas de representación de la realidad. Un segundo efecto, probablemente menos “deseado”, será el cuestionar la validez y la veracidad (su correlato “real”) del estatus “protagónico” socialmente atribuido al consumo de heroína, que lo situaba como el “principal mal”. En este sentido, mito y estereotipo, en tanto que falsa representación, sin llegar a negar directamente el lugar protagónico atribuido a la heroína, desestabilizan, y al mismo tiempo desdramatizan, la centralidad atribuida a su consumo en la estructura u organización del problema drogas.

De hecho, teniendo como antecedentes el virulento proceso de sobrecodificación moral que recayó sobre las prácticas de consumo de heroína y que contribuyó de forma significativa a la patologización y criminalización de sus usuarios, y ante la ausencia de datos fidedignos y veraces respecto a los riesgos y daños sociosanitarios asociados a dichas prácticas, la comparativa de las prevalencias de consumo de las distintas drogas de interés se alza como el indicador clave en el proceso de significación. En efecto, no por casualidad las consideraciones a las que nos estamos refiriendo, serán precedidas de unas estimaciones del número aproximado de consumidores de alcohol, cocaína, heroína, anfetaminas, cannabis e inhalables respectivamente. De hecho, si comparamos el número de consumidores de cocaína con los de heroína, los números se aproximan significativamente. Ahora, si comparamos el número de los primeros con los de alcohol o cannabis, las distancias se vuelven aun más significativas. De ahí que, hasta cierto punto se puede entender el suspicaz llamado de atención que hacen algunos expertos respecto a la centralidad de la heroína en el problema drogas en los 80 en circunstancias que su prevalencia apenas rondaba el 1%. Más aún, tan solo 2 años más tarde, en 1987, algunos expertos (Álvarez Roldan y Juan Gamella) señalarán que precisamente en ese año se inicia la popularización de “nuevas” pautas de consumo de drogas, algunas de las cuales venían extendiéndose desde años atrás, aunque alcanzarán desde entonces el centro del escenario público. Estos últimos cambios referirán principalmente a tres cuestiones: a la expansión e intensificación del uso de cocaína entre sectores de la población que



desconocían previamente esa droga y que no usaban heroína; a la extensión de nuevas pautas de consumo de alcohol; y popularización de ciertas drogas de síntesis producidas en laboratorios clandestinos, entre las que destacaba el MDMA o “éxtasis”. Esta tendencia a la desdramatización que se deja entrever en este tipo de consideraciones contrasta fuertemente con la situación problema, al menos en dos direcciones.

En primer lugar, contrasta con la naturaleza y magnitud de las consecuencias adversas relacionadas con el consumo de heroína inyectada. Dicha situación, algunos años más tarde, llevará a algunos expertos a señalar de forma enfática que en las últimas décadas España “ha sido uno de los países del mundo donde las consecuencias del uso de drogas ilegales han sido más desastrosas para la salud pública y, sin embargo, las evaluaciones de las políticas públicas sobre drogas han sido y siguen siendo muy autocomplacientes” (De la Fuente et al., 20006: 513). Pero las consecuencias no son solo morbi-mortalidades, es decir sanitarias. Estas refieren también a los impactos en la calidad de vida de los usuarios y sus comunidades, en la dificultad de acceso a otros grupos de referencia más normalizados, en la reducción al límite de las posibilidades de inserción laboral de los consumidores de drogas, en el incremento de la conflictividad familiar, en una fuerte distorsión de la convivencia ciudadana, en la criminalización, no solo de las conductas, sino de los propios sujetos con sus consiguientes exclusiones sociales, en el aumento exponencial de los costes asistenciales. En definitiva, en el enorme sufrimiento, el que muy probablemente podría haber sido, sino evitado, al menos minimizado (Barbero, 1999).

En segundo lugar, contrasta con el tipo de respuesta, tanto en lo que se refiere a su oportunidad, adecuación y pertinencia, así como a su consistencia. De acuerdo a Barbero (1999) a mediados de los 80 había ya evidencias epidemiológicas consistentes en relación con la extensión de la infección por VIH en consumidores de drogas por vía parenteral. Así lo indicaban, por ejemplo, los resultados de un metaanálisis de las tendencias temporales y geográficas de la infección por el virus de inmunodeficiencia humana en la población española realizado por Fernández et al., (1990) sobre la base de las publicaciones más relevantes realizadas entre los años 1985-1989. Los

resultados indicarían que la prevalencia en estos colectivos oscilaban entre el 54% en el año 1985 y 68,5% en 1989. Más grave aún serían las prevalencias de infección en los inyectores reclusos en las cárceles de España. Para hacernos una idea, en las cárceles de Carabanchel y Ocaña, durante los años 1985-1987 éstas oscilaban en torno 80 % (Cour et al., En Barbero, 1999). En el 1985 la tasa de mortalidad por reacción aguda tras el consumo de opiáceos y cocaína, calculada en las grandes ciudades era de 2.0 por cada 100.000 de habitantes. Cabe tener presente que la droga encontrada en el 90% de las muestras de sangre u orina analizadas en estos casos, era morfina o alguno de sus metabolitos (Sánchez, et al., 1991).

Sin embargo, tal como señala De la Fuente et al., (2006) la respuestas para aminorar y controlar los problemas no llegaron pronto, ni fueron siempre las más adecuadas. De hecho, no solo se tendrá que esperar hasta la creación del Plan Nacional sobre Drogas para que se organice una red de atención, sino que además, algunos de los servicios o programas como los de mantenimiento con metadona (TMM o PMM), “una de las intervenciones más eficaces para disminuir las repercusiones del uso de heroína (mortalidad, infecciones, problemas sociales), fueron fuertemente restringidos por una norma legal en 1985<sup>44</sup> y solo se desarrollaron ampliamente, aunque de forma desigual

---

<sup>44</sup> A principios de los 80 habían unos pocos pacientes con metadona. Siguiendo una normativa de control del uso de estupefacientes algunos médicos podían dar carnet de extradosis, los que eran regulados por los Colegios de Médicos. Con el propósito de mejorar los mecanismos de control del expendio y circulación de metadona, en el año 1983 se publica una Orden Ministerial que regula los tratamientos con metadona. En ella se hablará ya de pacientes toxicómanos y de enfermos y su uso de se planteará en términos de deshabituación, y no así de mantenimiento. Cualquier médico podía hacer un plan terapéutico, aunque este requería la aprobación de los Servicios de Salud Pública solicitándose un informe cada tres meses. Pero esta normativa parece no haber resuelto del todo el problema de control que se percibía como algo existente. De hecho, existía en la Administración cierta preocupación por posibles derivaciones de la metadona al mercado ilegal, así como también sobre posibles abusos por parte de algunas iniciativas privadas sobre el uso no terapéutico de la metadona. En esa dirección, en octubre de 1985 se publica una nueva Orden Ministerial y una resolución de la Dirección General de Salud Pública que pretende contralora aun más el mercado ilegal, obligándola a tomarla in situ al menos durante los primeros tres meses, posibilitar el establecimiento de criterios terapéuticos y disponer de un marco conceptual que no disponía la anterior regulación. Sin embargo, nueva regulación presentaba serias limitaciones que tendrían un efecto muy negativo en el funcionamiento de los programas de metadona. Se impusieron una serie de trabas burocráticas (no más de 40 mg, creación de comisiones por Comunidad Autónoma para la autorización de la prescripción a cada paciente en forme individual, dependencia de al menos tres años, ausencia politoxicomanía graves, haber realizado tratamientos libres de drogas, etc. Todo ello su vuelve una barrera tanto para disponibilidad como para la

según las Comunidades Autónomas (que desde 1990 tenían plenas competencias para hacerlo) después de de 1992, cuando lo peor ya había pasado” (De la Fuente et al, 2006: 506-507). Algo muy similar ocurrirá con los Programas de Intercambio de Jeringuillas (PIJ) ya que éstos, en países incluso con una situación epidemiológica menos dramática que la española, fueron impulsados desde 1984 como en Holanda, o en 1987 en el de Reino Unido, Dinamarca y Noruega, o en 1988 en Suiza. Pese a las dimensiones del problema en España, y pese a la abundante literatura científica que abalaba la eficacia preventiva y paliativa de este tipo respuestas, solo recién en 1988 se pondrá en marcha, en el País Vasco, el primer Programa de Intercambio de Jeringuillas en España (Arroyuelo et al., 1991). Ciertamente, la evolución de la infección de VIH y de SIDA entre los inyectores de drogas podría haber estado influida por varios factores atribuibles tanto las propias prácticas de riesgo de los usuarios como a la dinámica del mercado, aunque también parece haber influido enormemente el retraso en la puesta en marcha de intervenciones preventivas y la desproporción entre la magnitud del problema y la respuesta (Barbero, 1999).

A luz de estos datos cabe preguntarse ¿Por qué entonces hacer pivotar la significación del problema de la heroína, o mejor dicho de su protagonismo en torno al mito y al estereotipo? O ¿Por qué desdramatizar un problema cuyas consecuencias eran francamente catastróficas? Y es que los datos indudablemente son demoledores: la máxima incidencia de uso problemático de heroína se alcanzo en la primera mitad de los ochenta, aunque el mayor impacto y visibilidad de la epidemia se produjo a principios de los noventa (De la Fuente et al., 2006). En efecto, se estima que en España el mayor impacto de la mortalidad por sobredosis se produjo entre los años 1991-1992 con más de 1.700 muertes anuales (11,5 muertes por cada 100.000 jóvenes de 15-39 años, el 10,1 % de todas las muertes entre esas edades), y en más del 90% de los casos estaba implicada el consumo de heroína inyectada (De la Fuente et al.,

---

accesibilidad a los PMM o TMM. Como consecuencia, se pasa de 5.233 usuarios de metadona en 1985 a 928 en 1986 y 1.000 en 1987 (Barbero, 1999). Ante la evidencia de la situación que se había ido creando, con graves dificultades en la necesaria disponibilidad de los tratamientos de mantenimiento en la red asistencial, en 1990 se promulgó el Real Decreto de 19 de Enero, para facilitar la desburocratización de la implementación de los tratamientos con metadona con el fin de reducir las conductas de riesgo por VHI (Santodomingo, 2008)

2006)<sup>45</sup>. Del mismo modo, los nuevos diagnósticos de SIDA asociados al consumo al consumo de drogas por vía parenteral alcanzaron su máximo entre los años 1993 - 1995 con más de 3.500 casos anuales, y la mortalidad de por VIH en 1995-1996 con casi 4.300 muertos anuales (27.4 por cada 100.000 jóvenes entre 15 y 39 años, 25,3% de las muertes en esas edades). Sin embargo, tanto el número de muertos directamente relacionados con el consumo de drogas ilegales, así como el número de nuevos casos de SIDA ligados a la inyección de drogas diagnosticados anualmente, tuvieron un crecimiento sostenido durante toda la década de los 80 y solo experimentarán un descenso en los años noventa. Como señala Sánchez et al., (1991), “entre 1985 y 1990, el número de muertos por reacción aguda se multiplicó por 3.2, mientras que el número de muertos por SIDA relacionado con el consumo de drogas se multiplicó por 14.4” (Sánchez et al., 1991: 400). De hecho, si bien la mortalidad por VIH alcanza su pico más alto entre 1995 y 1996, no podemos olvidar que el VIH se había adquirido 6-11 años atrás. Esto quiere decir que probablemente la máxima incidencia de VIH ligado a la inyección de drogas se produjo entre 1985 y 1987, con aproximadamente 14.500 infecciones anuales.

En septiembre de 1991, entre 32 países europeos, España ocupaba el primer lugar en cuanto a casos acumulados de SIDA relacionados con el consumo de drogas inyectadas por 100 mil habitantes (Sánchez et al., 1991). Cabe recordar que ya al inicio de la epidemia, la tasa acumulada para el periodo 1982-1986 era 1,8 veces mayor que en Italia, país que ocupaba el segundo lugar (Barbero, 1999).

De acuerdo al SEIT entre 1987 y 1990, sobre la base de la información entregada por los centros declarantes (224 centros en 1987; 264 en 1988; 281 en 1989; 307 en 1990)

---

<sup>45</sup> El desfasaje entre problemas y respuestas no solo es una característica de las décadas de los ochenta o los noventa. Para que nos hagamos una idea de la persistencia de ésta a lo largo de las últimas décadas: recién en el año 2010 en Catalunya se comienza a implementar un programa “piloto” de prevención de sobredosis en la cual se incluye un Kit que contiene *naloxona*. Fijaos, 25 años después. Y aunque parezca retórica la pregunta ¿Cuántas muertes se hubiesen evitado de haber introducido estos programas oportunamente? Como bien señala Judith Butler en su libro “Marcos de Guerra. Vidas lloradas” (2010) “...una vida concreta no puede aprehenderse como dañada o perdida si antes no es aprehendida como viva. Si ciertas vidas no se califican como vidas o, desde el principio, no son concebibles como vidas dentro de ciertos marcos epistemológicos, tales vidas nunca se considerarán vividas ni perdidas en el sentido pleno de ambas palabras” (Butler, 2010: 13)

el total de personas tratadas ambulatoriamente por abuso de dependencias a opiáceos o cocaína era aproximadamente de 219.090 personas, en los cuales aproximadamente el 96% de los casos la droga que había motivado el tratamiento había sido la heroína. De igual modo, en el mismo periodo de tiempo, de un total de 51.972 de episodios de urgencias monitorizados en distintos hospitales (29 centros en 1987; 44 en 1988; 63 en 1989; 61 en 1990) situados en diferentes Comunidades Autónomas, en el 96% de los casos la droga principal que había motivado la urgencia había sido la heroína. En el cuadro siguiente se indican los motivos de la consultas.

TABLA 1: Urgencias relacionadas con el consumo de opioides o cocaína. España 1987-1990

Numero de comunidades autónomas	7	11	13	14
Numero de hospitales monitorizados	29	44	63	61
Numero de episodios de urgencias	3.066	11.737	15.114	22.055
Motivo de consulta				
<i>Sobredosis</i>	6.3	6.7	7.2	11.0
<i>Reacción adversa</i>	3.9	4.6	4.3	7.4
<i>Síndrome de abstinencia</i>	56.5	31.3	28.9	23.3
<i>Problema orgánico</i>	25.7	36.0	39.0	39.4
<i>Problema psicopatológico</i>	7.5	5.8	5.3	5.1
<i>Otro</i>	0.1	15.7	15.4	13.8

Fuente: Consumo de drogas en España: fuentes de información y evolución durante el periodo 1984-1990; J. Sánchez Payá, T. Romo Cortina, B. Rodríguez Ortiz de Salazar, G. Barrio Anta. Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas. Ministerio de Sanidad y consumo. Revista de Sanidad e Higiene Pública 1991; 65:395-412.

Y es que pese la “precariedad” de la información existente, los datos disponibles por aquel entonces ya señalaban de forma inequívoca que en España la heroína inyectada, a pesar de ser consumida por una proporción pequeña de personas, constituía el consumo de drogas de mayor riesgo para la salud. De hecho, los pocos indicadores de daños a la salud asociados al consumo inyectado de heroína disponible por aquel entonces, eran claros y rotundos. Y es que resulta algo paradójal que los mismos

expertos que adscribían a posiciones científicas y que durante décadas se volcaron a la objetivación del problema drogas mediante la formulación de indicadores sociológicos y epidemiológicos del problema, a la hora de valorar el problema de la heroína en la segunda mitad de los 80 en cierto modo terminan “subjektivizando” el problema. Así por ejemplo, en el artículo de Sánchez et al. Consumo de drogas en España: fuentes de información y evolución durante el periodo 1984-1990; los autores al analizar las distintas encuestas realizadas en el periodo, señalan lo siguiente: “Se confirma reiteradamente que en España la heroína, a pesar de ser consumida por una proporción pequeña de personas, ***es la droga a la que se atribuyen la gran mayoría de las consecuencias graves detectadas*** (muertes por reacción aguda, urgencias hospitalarias, necesidad de tratamiento a causa de la dependencia, enfermedades transmisibles detectadas en hospitales) ”(Sánchez et al., 401). ¿Es que acaso las muertes por sobredosis, las urgencias hospitalarias, las enfermedades transmisibles prevalentes en la población de usuarios de heroína por vía parenteral constituyen un problema que puede subsumirse en las problemáticas de la atribución? ¿Por qué no visibilizar las prácticas de riesgo asociadas al consumo de heroína inyectada en vez de seguir señalando la sustancia como la fuente de peligro intrínseco? O ¿Por qué no decir a secas que el consumo de heroína esta directamente asociada a consecuencias graves para la salud? ¿No hay cierto acoplamiento entre esta forma de significar la objetividad del problema como atribución y el uso de los términos mito y estereotipo respecto al protagonismo de la heroína? ¿Cuál era el sentido último de “desdramatizar” una situación problema que tenía unas consecuencias graves para la salud?

No cabe duda que la puesta en marcha en 1987 del SEIT haría, e hizo, posible objetivar las consecuencias adversas para la salud relacionadas con el consumo de drogas principalmente de opiáceos y cocaína. Sin embargo, no es menos cierto que desde el inicio se conocían las limitaciones metodológicas y operativas asociadas a un sistema complejo y “pesado” como el SEIT. Esto afectaría, no solo los tiempos deseados para su puesta en marcha, sino también, al menos en su primer periodo de implantación, las posibilidades de uso real de la información para los procesos de planificación. En términos metodológicos, era sabido que los indicadores indirectos de consumo

basados en el registro de usuarios de ciertos servicios asistenciales, sin bien eran útiles para monitorizar las tendencias de prevalencias, no permitían valorar la prevalencia del consumo en sí. Si bien existían modelos matemáticos más o menos complejos para tratar de estimar la prevalencia, por lo general los supuestos de los que partían casi nunca se cumplían en la realidad (De la Fuente et al., 1991). “Por otro lado, estos indicadores ofrecen poca información de los consumidores sin problemas y ninguna de aquéllos que no utilizan los dispositivos de atención monitorizados. Además, están influidos por una serie de factores externos (disponibilidad de medios de atención, grado de utilización de los mismos, etc.) que pueden modificar artificialmente el valor del indicador sin que haya variado la frecuencia real del problema” (De la Fuente et al., 1991: 373). En términos operativos, una sistema de información como el SEIT diseñado “principalmente para monitorizar las tendencias de consumo de opiáceos y de cocaína y las características básicas de los consumidores, a nivel estatal y autonómico” (Sánchez et al., 1991: 396) implicaba a muchas estructuras y a muchas personas, y exigía mucho rigor en la recogida, tratamiento e interpretación de los datos. Esto necesariamente implicaba ingentes esfuerzos orientados a ampliar y estabilizar la cobertura de los indicadores, así como grandes esfuerzos para protocolizar de forma rigurosa (a veces rígida) la obtención y registro de la información. En la práctica esto significaría que entre la puesta en marcha del sistema de información y la utilización real de la información como insumo necesario para los procesos de planificación de las respuestas sanitarias, va a transcurrir un tiempo para nada menor. En efecto, como señalan algunos de los profesionales implicados en la puesta en marcha del SEIT, recién en 1991 tras “cinco años de funcionamiento ininterrumpido empieza ya a ofrecer datos interesantes” (Sánchez et al., 1991: 407). De hecho, un número importante de los artículos científicos en los cuales se daba cuenta del estado de la situación del consumo de heroína en los años ochenta desde una perspectiva de salud pública, serían publicados en los primeros años de los noventa, es decir que muchos de ellos tenían un carácter retrospectivo.

Pese a la gravedad que en términos de salud pública revestía la situación del consumo inyectado de heroína, durante la segunda mitad de los ochenta continúan realizándose encuestas poblacionales sobre el consumo de drogas, tanto a nivel nacional (Tabla nº

5) como autonómico (Tabla nº 6). Estos poco servían para clarificar con mayor detalle la situación específica de los colectivos de usuarios de drogas por vía parenteral (UDVP), y menos aún para la planificación y diseño de acciones concretas de intervención.

TABLA Nº 5: Encuestas españolas de ámbito nacional sobre drogas periodo 1986-1990

Año	Contenido	Universo	Muestra	Referencia
1986	Valoración políticas y servicios	+ 18 años Usuarios	5.100 1.200	Sánchez, 1988
1986	Trabajadores	16-65 años	2.000	Navarro, 1987
1988	Actitudes frente a la droga	+ 12 años	3.059	REIS, nº 43 CIS, (E. 1738)
1988	Escolares medias	14-18 años	3.300	Comas, 1990
1989	Actitudes frente a la droga	+ 16 años	2.618	REIS, nº 47 CIS (E. 1804)
1990	Escolares y salud	6º - 8º EGB 2º, BUO, 2º FP1	4.393	Mendoza, 1991

\*Fuente: Domingo Comas: "Los jóvenes y el uso de drogas en la España de los 90". Tesis para optar al grado de doctor en Sociología. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Universidad Complutense de Madrid. Madrid 1994.

TABLA Nº 6: Estudios realizados en Comunidades Autónomas en el periodo 1985-1990

Año	Encuesta	Universo	Muestra
1987	Junta de Andalucía	+ 16 años	2.000
1988	Xunta de Galicia	+ 12 años	3.700
1989	Junta de Andalucía	+ 16 años	2.000



1989	Ayuntamiento de Madrid	14-64 años Municipio de Madrid	8.002
1990	Generalitat Catalunya	15-64 años Cataluña	1.560

Fuente: Elaboración propia a partir de las referencias "Consumo de drogas en España: fuentes de información y evolución durante el periodo 1984-1990"; J. Sánchez Payá, T. Romo Cortina, B. Rodríguez Ortiz de Salazar, G. Barrio Anta. Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas. Ministerio de Sanidad y consumo. Revista de Sanidad e Higiene Pública 1991; 65:395-412.

Pese a las aportaciones de estos estudios para la evaluación de las actitudes y el conocimiento sobre el consumo de drogas, lo cierto es que éstos, debido a su falta de comparabilidad (heterogeneidad de definiciones, de universos, de procedimientos de selección de la unidad muestral, entre otros aspectos) eran poco útiles para estudiar la evolución del consumo de drogas (Sánchez, et al., 1991). Más aún, se sabía que las encuestas domiciliarias y escolares ofrecían resultados poco precisos para las drogas con baja prevalencia de consumo (como es el caso de los opiáceos, la cocaína y todas las drogas ilegales). Y lo que es peor aún, no informaban sobre algunos subgrupos de la población especialmente vulnerables al consumo de drogas, como son las personas institucionalizadas o sin domicilio fijo (encuestas domiciliarias) o los jóvenes no escolarizados o los que faltan a clase (encuestas escolares) (De la Fuente et al., 1991). Además, sus hallazgos podían estar sesgados de forma importante en función de las valoraciones sociales de los comportamientos investigados (De la Fuente et al., 1991). Ahora bien, tanto los indicadores indirectos como las encuestas poblacionales, ambos enfoques, presentaban una limitación común: aislaban el problema de su contexto cultural y social (De la Fuente et al., 1991). Razón por lo cual, los estudios etnográficos, podían ser de gran utilidad, aún pese a su inconveniente de que sus resultados fuesen difícilmente extrapolables a poblaciones diferentes a las subculturas o grupos donde fueran realizados. Sin embargo, esta misma debilidad podía suponer una ventaja conceptual desde la perspectiva del diseño y evaluación de las intervenciones locales. De hecho, como sugerirán algunos autores (De la fuente et al, 1991; Romaní, 2004), en algunos casos probablemente estos estudios eran la única forma de obtener información sobre ciertos grupos poblacionales con problemas de drogas como lo eran

por ejemplo los usuarios de drogas por vía parenteral. Pese a estas indicaciones, por lo demás en plena sintonía con las indicaciones tempranamente hechas por organismos internacionales como la Organización Mundial de la Salud (Rootman et al., 1985 en Romaní, 2004) salvo honrosas excepciones, poco o nada se hizo al respecto. En efecto, salvo las investigaciones realizadas por Jaume Funes y Oriol Romaní publicada en 1985 bajo el título *“Dejar la Heroína: vivencias, contenidos y circunstancias de los proceso de recuperación financiada”* financiada por la Dirección General de Acción Social. Secretaria General para la Seguridad Social (Ministerio de Trabajo y Seguridad Social) y Cruz Roja Española, y el trabajo de Tesis Doctoral de Juan Gamella *“La peña de la vaguada. Análisis etnográfico de un proceso de marginación juvenil”* presentada en la Universidad Autónoma de Madrid en 1989, así como la publicación posterior en el año 1990 del libro *“La historia de Julián: Memorias de heroína y delincuencia”* Editorial Popular, de este último autor, poco más se hizo desde una perspectiva etnográfica durante este periodo.

Ahora bien, probablemente donde el protagonismo de la heroína deja de ser un mero eufemismo, un mito o un estereotipo, será en el campo de lo penal. A finales de los ochenta, apenas unos años después de la crisis de (in)seguridad ciudadana experimentada en el primer quinquenio de la década, en opinión de algunos jueces, la gran mayoría de los detenidos en España por delitos contra la propiedad eran heroinómanos procedentes de medios socialmente desfavorecidos. “Más del 50 por 100 de los consumidores que utilizaban los dispositivos de atención han estado detenidos al menos una vez, 1/3 ha sido juzgado y 1/5 condenado” (Sánchez et al., 1991: 406).

Sobre la base de los antecedentes expuestos, no podemos sino suscribir con toda rotundidad algunas de las conclusiones a las que arriba De la Fuente et al., (2006) tras evaluar más de 30 años de drogas en España en general y el rastro de la epidemia de la heroína, en particular:

*“Al hacer un balance provisional de la epidemia de heroína las cifras resultan escalofriantes. Con los datos publicados se estima que unas 212.000 personas*

*han sido tratadas por dependencia de esta droga en centros que notifican al indicador tratamiento del PND, por lo que los usuarios problemáticos deben haber sido más de 300.000. Unos 100.000 inyectores de drogas (prácticamente todos inyectores de heroína) se han infectado por VIH, y bastantes más por VHC o VHB. Finalmente, se han producido entre 20.000 y 25.000 muertes por sobredosis o reacción aguda a drogas...en más del 90% de los casos con implicación de heroína” (De la Fuente et al., 2006: 509).*

Y es que aún entendiendo que el uso de los términos mito y estereotípico en referencia al protagonismo de la heroína responde a una estrategia dirigida “a desactivar determinadas percepciones sociales en torno al problema” (PNsD, 1985: 26) no es menos cierto que sus efectos discursivos desgravaran la importancia, la relevancia y sobre todo la necesidad urgente de implementar respuestas sanitarias oportunas, pertinentes y adecuadas a la problemática. Es decir, una respuesta conforme al consumo de esta sustancia implicaba, en términos comparativos, mayores riesgos y daños para la salud. De hecho en la introducción del documento técnico correspondiente a la presentación del Plan Nacional sobre Drogas de 1985 se señala lo siguiente: “El consumo de drogas se ha convertido en uno de los problemas que suscita mayor preocupación en la sociedad española. Los análisis que surgen de esta preocupación están constituidos, en muchas ocasiones, por un conjunto de tópicos, mitos, lugares comunes, etc., que en nada contribuyen a un enfoque sereno. Que oponga la racionalidad al alarmismo y contribuya a encontrar vías de solución” (PNsD, 1985: 17). Pero una cosa es querer desactivar el alarmismo social respecto a determinados consumos y otra es desactivar la urgencia sanitaria asociada a éstos. De hecho, tal como nos lo han sugerido algunos expertos que asistieron de forma activa a dicho proceso, es muy probable que dicha estrategia discursiva sea, en parte, producto de las presiones y demandas provenientes del campo social, desde el cual los expertos advertían sobre los procesos de etiquetaje y estigmatización que pesaban sobre determinadas prácticas de consumo, y sobremanera, en torno a determinados colectivos de usuarios. Ciertamente, desde el campo social se advertía sobre lo perjudicial que resultaba seguir alimentado (sobretudo mediáticamente) una imagen estereotipada de la heroína y estigmatizadora de sus usuarios (los “yonqui”). En

efecto, había consenso entre los expertos del campo social de que este tipo de imágenes o representaciones sociales estereotipadas tenían unos efectos discriminatorios hacia la población de usuarios que no hacía más que profundizar su marginalización y exclusión social. Por otro lado, este tipo de imágenes amparadas en el mito y el estereotipo, potenciaban el ocultamiento de dichas prácticas y dichos colectivos, llegando a constituirse en barreras sociales y culturales, que en última instancia, impedían el acceso a los servicios y programas disponibles.

Seguramente, este tipo de observaciones y advertencias planteadas oportunamente por los expertos sociales fueron escuchadas, y de algún modo, recogidas en el documento de presentación del PNsd de 1985. Sin embargo, al igual que muchas otras sugerencias técnico-conceptuales provenientes del campo de las ciencias sociales con cierto halo constructivista como será el caso del denominado triangulo de Zimberg (1984), lo cual analizaremos en el próximo capítulo, las advertencias respecto al estereotipo y sus similares, van ser incorporadas al aparato discursivo institucional, a riesgo de ser desestabilizado su sentido primero. En efecto, producto de la traducción de la que serán objeto, la significación social “primera” de estas nociones o conceptos variará en distinto grado conforme éstas van integrándose a un discurso político institucional, mediante el cual se reprograma su sentido originario. Así como la necesaria incorporación del contexto en la grilla analítica sobre el uso de drogas, inicialmente demandada por los científicos sociales, en su traducción técnico política se incorporará como uno de los principales herramientas técnicas en el desarrollo de la prevención situacional que caracterizará los programas neoliberales de gestión de riesgos, en este caso la cuestión del estereotipo, si bien conserva algo de su programa originario orientado a desactivar el estigma, convive con otras racionalidades bien distintas, algunas de las cuales tendrán un claro tinte neoconservador. Estas últimas poco tendrán que ver con la reducción de daños o minimización de riesgos, sino más bien apuntarán al reforzamiento de la legitimidad institucional –reforzamiento de la credibilidad pública- y a la modulación de las ansiedades sociales ante la sensación de inseguridad ciudadana generadas a propósito del tándem “drogas-delito”.

Esta traducción del estereotipo, que lo incorpora a un discurso político de modulación de las ansiedades, probablemente responda a una transformación profunda en la economía política del control social en su tránsito y adecuación a un nuevo sistema postfordista. De hecho, esta nueva racionalidad vendrá acompañada de una profunda crisis del sistema correccional y rehabilitador característico del welfarismo penal. Si embargo, dichas transformaciones adquieren un valor específico en el contexto de la España de los 80, pues tal como señala Amadeu Recasens (2002) analizando las políticas securitarias “España entra en la modernidad de forma tardía y abrupta, a partir de 1975, en un momento en que Europa sufre la crisis del welfare, ese modelo de Estado social que todavía no había tenido tiempo de implantarse en los países ibéricos” (Recasens, 2002: 151). Transición política del Estado totalitario franquista a un Estado democrático, pero donde la euforia de los primeros años de la democracia no sobrevivió a la dura realidad de haber gobernado con recursos limitados y vinculados a la situación y a las necesidades generales de Europa. De modo tal que la estabilidad política, desde 1982, con los gobiernos socialistas, fue, al mismo tiempo, la causa de una inestabilidad ideológica muy fuerte que hicieron posible que las políticas gubernamentales, progresistas desde el punto de vista social, se enmarcaran en unas políticas, no sólo en lo económico, netamente liberales (Recasens, 2002)

Conforme a lo señalado en párrafos anteriores, podemos decir con toda certeza que el SIDA no fue ni mucho menos el único de los problemas asociados al uso no médico de drogas<sup>46</sup>. Sin embargo, tal como señalan diferentes autores, gracias probablemente al SIDA, en función de sus gravísimas consecuencias de toda índole, se ampliaron y diversificaron los dispositivos asistenciales, ofertándose programas de reducción de daños. De hecho, en la literatura especializada sobre Reducción de Daños existe consenso al admitir que la aparición del virus de la inmunodeficiencia humana (VIH) y su rápida expansión entre los usuarios de drogas por vía parenteral (UDVP) fue uno de

---

<sup>46</sup> “...la morbilidad asociada al consumo de drogas por vía parenteral –cuya prevención, reducción o minimización es uno de los principales objetivos de las intervenciones y programas de reducción de daños dirigidos a UDVP–, no está relacionada únicamente con el VIH/SIDA. La hepatitis C, los intentos de suicidio, los accidentes, las reacciones adversas y/o episodios de sobredosis –accidentales o no– son algunos ejemplos de otros factores que contribuyen al exceso de morbilidad experimentado por los UDVP” (Trujols et al., 2010: 136)

los factores principales que favoreció su desarrollo (Romaní, 2004; Trujols et al., 2010). Sin embargo, no se puede atribuir su desarrollo únicamente a la aparición del SIDA. De hecho, diversos autores dan ejemplos concretos de políticas e intervenciones de reducción de daños anteriores a la aparición del VIH, remontándose algunos incluso al siglo XIX, demostrando que no se trata de una perspectiva o abordaje nuevo sino con orígenes anteriores a la epidemia del SIDA (Trujols et al., 2010).

Si bien es cierto, dicha epidemia dotó de un mayor impulso a la perspectiva de la reducción de daños, propiciando el asentamiento de la cuestión 'drogas' en la agenda de la salud pública y fue uno de los principales motivos por el que tanto responsables políticos y gestores como profesionales de la salud, inicialmente reacios a dichos programas, se abrieron a la implementación de este tipo de programas, no es menos cierto que ello también significó un desplazamiento en la categorización del sujeto "adicto" o "drogodependiente", que si bien permitió el tránsito de su significación de la delincuencia a la enfermedad, no lo hizo hacia cualquier enfermedad.

No podemos olvidar que el surgimiento del Sida y la extensión epidémica localizada durante varios años en espacios sociales determinados (los grupos y prácticas de riesgo) puso de relieve una serie de dinámicas sociales, políticas y culturales altamente estigmatizantes y segregativas; la reducción del adicto a un estatuto corpóreo (biomedicalización), la enfermedad como signo del déficit de humanidad (o de moralidad) y el establecimiento de una causalidad entre el mal localizado y el mal disperso, es decir de un principio de responsabilidad de la categoría estigmatizada en la extensión del mal, fueron cuestiones cruciales (Llamas, 94). En efecto, al constituirse el nuevo sujeto adicto como cuerpo, los discursos de control social produjeron una reducción drástica de las posibilidades de su existencia autónoma. La legislación, los prejuicios de origen popular inspirados por saberes articulados y las formulaciones morales confirmarán dicha reducción, establecida originalmente desde presupuestos científico-jurídicos, impidiendo así cualquier interacción de los adictos con el resto de la sociedad. "La" o «el adicto» sólo lo serán en el ejercicio de una práctica corporal que tiene supuestamente el placer como única finalidad. Cualquier otra actividad queda definida desde una normalidad monopólica y opresiva. Esto quiere decir que no son de

su competencia, salvo en el contexto de un determinado régimen de secreto, discreción, temor al descubrimiento y sumisión institucional (Llamas, 1994).

La reducción del “sujeto drogodependiente” al cuerpo (enfermo), y la reducción de su acción corporizada solo a la búsqueda del placer, darán lugar al estereotipo de un gozo que será caracterizado como inmoderado, falso y destructivo. Tales postulados, en no pocos casos, se articulan como profecías que se cumplen a sí mismas. Placer inmoderado, que se expresa en el imaginario colectivo, a través del vicio o el síndrome de abstinencia que lo empuja a un interminable espiral de consumos, emergiendo el fantasma del descontrol como rasgo definitorio de su identidad. Falso, en tanto es un objeto toxico el artificio que funda su placer (paraísos artificiales). Destructivo, en tanto lo lleva a la muerte biológica y social.

### III.- EL PROBLEMA DROGAS COMO CONSTRUCCIÓN SOCIAL

*“La perspectiva liberal avanzada –trátase de la variante de Von Hayek, de los Ordoliberales alemanes, o de la escuela de Chicago– posee un talante constructivista. El juego libre y competitivo del mercado, la autonomía de los individuos y de la sociedad civil, no constituyen un Faktum de la Naturaleza. Se trata de realidades programables, que hay que fabricar: La libertad, como señala Von Hayek, es un artefacto” (Vázquez, 2005)*

#### 1.- DESCAJENEGRIZAR EL PROBLEMA DROGAS

Como ya hemos analizado y discutido en el capítulo anterior, la cuestión de la definición social del problema drogas tiene alcances teórico-epistémicos así como ético-políticos. Su problematización y análisis crítico requiere una actualización continua, más aún cuando la espiral de cambios sociotecnológicos asociado a la experimentación e innovación (bio)farmacológica redefinen de forma radical y sistemática los límites<sup>47</sup>, las fronteras de lo humano y lo no humano, de lo normal y lo patológico, de lo prescrito y lo proscrito, de lo natural y lo artificial, re-codificando el sueño y la vigilia, el dolor y la analgesia, el goce y los placeres, los flujos orgánicos y sus ficciones somáticas. En síntesis, modulando identidades, produciendo cuerpos y subjetividades, pues “toda tecnología del cuerpo –en el conocimiento y prácticas de la medicina y la psiquiatría modernas, en las normas y mecanismos de las instituciones legales y en las técnicas de la disciplina en general –despliega y perpetúa [en] esos límites, un tipo específico de límites que vinieron a constituir el individuo moderno y racional: <<el Hombre>>” (Arditi, 1995: 11).

---

47 Para Donna Haraway (1995) las tecnologías del cuerpo que producen al sujeto moderno se están haciendo cada vez más débiles y se están sustituyendo gradualmente por tecnologías de un orden completamente diferente. Los límites que proveen la infraestructura de las configuraciones modernas de poder y conocimiento, y hacen posible imaginar una demarcación entre el yo y lo otro, se están desdibujando y disolviendo. En su lugar, están emergiendo nuevos tipos de límites fluidos e imprecisos (si aún podemos llamarlos límites), que rompen los dualismos modernos entre el yo y lo otro, idealismo y materialismo, mente cuerpo, humano y animal.



Rabinow (2003) nos recuerda que para Foucault la problematización no significa la representación de un objeto preexistente ni la creación a través del discurso de un objeto que no existía. Más bien refiere a un conjunto de prácticas discursivas y no discursivas que hacen que algo entre en el juego de lo verdadero y lo falso y lo constituyan como un objeto de pensamiento (sea en la forma de reflexión moral, conocimiento científico, análisis político, etc.). Ahora bien, no podemos olvidar que en tanto sujetos conocedores, nuestras propias tecnologías semióticas desplegadas en la construcción de significados de ese “algo” en particular –el problema de droga en este caso- no son *nunca* exteriores al propio juego de lo verdadero y lo falso del cual nos habla Foucault. Razón por la cual éstas mismas deben ser pensadas y analizadas -problematizadas- desde un lugar crítico, lo que conlleva asumir la responsabilidad -ahí la dimensión ética implícita en la reflexividad- por nuestras propias prácticas discursivas. En este sentido, la *problematización* viene a ser una condición de posibilidad para la emergencia del pensamiento crítico, y al mismo tiempo, una herramienta metodológica útil para el análisis y la investigación social.

Tal como señala Tomas Ibáñez (1996), al problematizar se quiere “conseguir que todo aquello que damos por evidente, todo aquello que damos por seguro, todo aquello que se presenta como incuestionable, que no suscita dudas, que, por lo tanto se nos presenta como aproblemático, se torne precisamente problemático, y necesite ser cuestionado, repensado, interrogado” (Ibáñez, 1996: 54). Al respecto, Ian Hacking (2001) nos recuerda que la investigación sobre la construcción social de determinados problemas es crítica con el statu quo, en la medida en que sostiene que para que un determinado hecho o fenómeno sea investigado no es necesario que exista, o mejor, no es necesario -en absoluto- que sea como es. Dicho de otro modo, el problema de la droga, tal como es en el momento actual, no está determinado por la naturaleza de las cosas, no es inevitable.

Esto quiere decir que ha sido producido o conformado por sucesos sociales, fuerzas históricas, todos los cuales podrían haber sido perfectamente diferentes. De ahí que lo fundamental de la problematización consista en desvelar el proceso a través del cual

algo –el problema drogas- se ha constituido como obvio y/o evidente (Ibáñez, 1996). En efecto, lo obvio, lo evidente, suele ser el momento/lugar en que lo social es opacado por la imagen de realidad natural, las representaciones se hacen transparentes como si fuesen la realidad a la que refieren; en consecuencia, el estatuto social de esas interpretaciones se vela, y así, la sociedad actúa sin ser vista. De ahí que lo obvio sea el lugar en que la institución social se aplana, en su origen y relatividad histórica, para presentarse como “realidad” social, olvidando su origen, en tanto que lo obvio se presenta como a realidad sin más. De ahí la necesidad de volver, una y otra vez a ese punto próximo pero distante a la vez, ese punto que nos permita ver una vez más ese actuar de la sociedad en tanto proceso de producción de sí misma. Ahora bien, ceñida la mirada a nuestro campo específico de análisis, un enunciado del tipo “el problema drogas”, o mejor, “la construcción del problema drogas” reviste una doble problematización.

Por un lado dicho enunciado se halla embebido en una perspectiva onto-epistémica crítica del lenguaje que hace eco del llamado giro lingüístico<sup>48</sup> o discursivo, y cuya referencia canónica suele atribuirse a la influyente obra de Richard Rorty titulada *El giro lingüístico* (1967), pero cuyos antecedentes pueden rastrearse tempranamente en la obra de Ferdinand de Saussure (1857-1913), o más tardíamente, en la producción del grupo de filósofos afincados en la universidad de Oxford a mediados del siglo XX, entre los cuales destaca el trabajo de John Austin (1911- 1960), entre otros autores (Ibáñez, 2006). Como es sabido, el giro lingüístico ha tenido unos efectos y unas implicaciones que van más allá del simple incremento del énfasis sobre la importancia del lenguaje, contribuyendo a dibujar nuevas concepciones acerca de la naturaleza del conocimiento, sea de sentido común como científico, propiciando nuevas maneras de significar la realidad, tanto social o cultural como natural o física, así como nuevas

---

<sup>48</sup> Al respecto Tomas Ibáñez señala: “La propia expresión giro lingüístico induce la imagen de un momento puntualmente delimitado en el que se produce un cambio brusco desde algo que no es lingüístico hacia el espacio propiamente lingüístico...Pero esto no así. El giro lingüístico no es un hecho puntual, sino un fenómeno que va tomando forma progresivamente y que reviste diversas modalidades a lo largo de su desarrollo” (Ibáñez, 2006: 28)

modalidades para pensar la investigación, proporcionando un renovado trasfondo teórico y metodológico para ello (Ibáñez, 2006).

En el campo específico de las drogas, la perspectiva discursiva que emergerá tímidamente en la década de los 80, irá articulándose progresivamente en la década del 90 hasta los primeros años del siglo XXI, para posteriormente replegarse y experimentar, sino un duro revés, al menos un notable estancamiento, ante la (re)emergencia y posicionamiento hegemónico de unas perspectivas “cientificistas” de cuño neopositivista, agrupadas en torno a cierto quehacer científico y/o académico tributario de lo que se ha denominado como *evidencia científica*. Así y todo, la influencia de la perspectiva discursiva, como era de esperar, se hizo sentir con mayor fuerza en círculos académicos vinculados a las ciencias sociales o humanidades, así como también en centros de investigación autónomos adscritos a una serie de organizaciones no gubernamentales, siendo en ambos casos, a veces más, a veces menos periféricos a lo que podría denominarse una *comunidad epistémica* dominante en este campo. De cualquier modo, la perspectiva discursiva ha contribuido a problematizar desde un enfoque sociocultural, relacional e histórico (es decir construccionista) el llamado problema drogas, erosionando el estatus ontológico del objeto drogas -en tanto objeto semiótico y material y no exclusivamente farmacológico-, relevando la perspectiva de los implicados más allá de los etiquetamientos jurídicos y/o clínicos de éstos, de-construyendo el ensamblaje sistémico implicado en el problema, y/o visibilizando los efectos perversos y/o iatrogénicos negativos, derivados de las propias respuestas institucionales, entre otros aspectos.

Desde una segunda perspectiva, el enunciado *el problema de la droga* se abre a un análisis interpretativo que arranca –aunque no termina ahí- de la propia noción de problema, articulando una crítica bifronte en términos de saber/poder. Por un lado el problema drogas, se hallaría inmerso en el campo de lo que en las ciencias sociales se conoce como *problemas sociales* y por tanto tendría que ver con la cuestión del orden social y su gestión. O dicho de otro modo, referiría al gobierno de las sociedades y sus racionalidades científicas concomitantes en el contexto de la modernidad. En efecto, la

idea de problemas sociales emerge indisociablemente conectada al surgimiento de las ciencias sociales. Siguiendo a Tomas Ibáñez (1990), el nacimiento de las ciencias sociales se habría constituido en torno al problema del 'orden social' y a la pretensión de abordarlo desde los parámetros de la racionalidad científica. Así, la reflexión sobre la sociedad habría quedado centrada en el problema del 'gobierno de las sociedades', entendido como ciertas formas de gestionar la sociedad que inciden en su rumbo y se orientan al bien común. Surgiría, así, la preocupación por algo llamado sociedad que debe ser explicado y estudiado para gestionar su funcionamiento óptimo (Sepúlveda et al., 2008).

Ahora bien, al estar inmerso, o inscrito, en el ámbito de los problemas sociales, el problema drogas adquiere una doble significación. Por un lado, en tanto proceso, refiere a una construcción histórica del problema, en la cual se advierte que la construcción como proceso tiene lugar en el tiempo (Hacking, 2001). Más aún cuando la propia noción de *problema social*, tan arraigada en nuestro sentido común, es una concepción que se genera en un tiempo y contexto determinado, instituida por -y al mismo tiempo instituyente de- ciertas maneras de entender la sociedad y, por supuesto, de actuar en ella. Así mismo, en tanto proceso, el problema drogas, significa e implica a la vez, el reconocimiento de realidades heterogéneas y múltiples implicadas en su fabricación o producción (Latour, 2008).

Ahora bien, tal como advierte Ian Hacking "las narraciones que cuentan la construcción de algo son historias, pero insistir [*sólo*] en ese punto de vista es no captar la idea principal" (2001: 73) que está en juego en los procesos de construcción. En efecto, la significación del problema, ahora en tanto producto, remite a una *idea* del problema que se halla inscrita al interior de una matriz o marco interpretativo de la realidad. Dicha idea supone una determinada valoración del problema (diagnóstico) y una determinada forma de entender sus posibles abordajes (intervención), todo ello en un determinado horizonte teleológico. De este modo, el análisis de la significación o representación del problema, no solo nos permite concluir que este no es necesario en absoluto que sea tal como es, sino que también, tal como es -la idea o representación

del problema- puede que sea perjudicial, e incluso, que estaríamos mucho mejor, si esta – la idea del problema- fuera suprimido, o al menos transformada.

En cualquier caso, proceso y producto forman parte a la vez de los argumentos de construcción. Ciertamente, los construccionistas argumentan que el producto no es inevitable mostrando cómo se originó y señalando -al mismo tiempo- los determinantes históricos puramente contingentes de ese proceso. En este sentido, la noción de problema es abordada desde una analítica interpretativa bifronte de saber/poder, cuya producción crítica dependerá del nivel de compromiso construccionista en la cual se sitúa dicha problematización. Siguiendo a Hacking (2001) dicha compromiso puede transitar desde un nivel menos exigente como el implicado en el construccionismo histórico, a uno de nivel de máxima exigencia como el construccionismo rebelde<sup>49</sup> o revolucionario como por ejemplo el construccionismo del feminismo radical.

En síntesis, podríamos decir que ambas perspectivas desde la cual se problematizó la cuestión drogas en clave de construcción de problema social –principalmente en la década de los 80 y parte de los 90- contribuyeron de forma significativa, a ampliar o reconfigurar el campo científico de las drogas como campo de saber<sup>50</sup> y como ámbito

---

<sup>49</sup>De acuerdo al propio Ian Hacking en el campo de los estudios de género el trabajo de Judith Butler representaría una posición próxima a lo él denomina construccionismo rebelde. Mientras que, por otro lado, la posición de Monique Witting, sería próxima un construccionismo revolucionario. Según este autor, Butler insiste en que los individuos adquieren su género por lo que hacen –actuación es una palabra que prefiere- rechazando la noción de que el género es algo construido que se agrega a la identidad sexual. En este sentido, Butler, nos recuerda Hacking, señala que los cuerpos masculinos y femeninos no son algo dado. Al respecto J. Butler advierte que “Quizás ese constructo “sexo” sea tan culturalmente construido como el género...con la consecuencia de la que la distinción entre sexo y genero deja de ser una distinción en absoluto” (Butler, 1990, pág.7 en Hacking, 2001: 29). Por su parte Monique Witting repudia la tradición feminista que afirma la facultad de ser mujer. Para esta autora, el conjunto entero de categorías sexuales deberían ser derribados, siendo la lesbiana un agente de la revolución porque vive hasta las últimas consecuencias el rechazo de ser hombre o mujer.

<sup>50</sup>La primera versión del Máster de Drogodependencias de la Universidad de Barcelona correspondería a los años 1986-1987 siendo el primero en su género, tanto en España como en Europa. Sólo un año más tarde (1988) mediante convenio entre la Universidad Complutense de Madrid y la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción (FAD), cuya presidencia de honor ostenta Su Majestad la Reina D<sup>a</sup>. Sofía se crearía en Madrid El Instituto Universitario de Drogodependencias, siendo aprobada su creación por Consejo de Ministros, según Real Decreto 1000/1990 de 20 de Julio. El centro ha establecido Convenios con la Agencia Antidroga de la Comunidad de Madrid, el Ayuntamiento de Madrid, la Asociación

de intervención<sup>51</sup>. Sin embargo, se trataba de un campo eminentemente fronterizo que pondría en tensión, no solo el diagrama tradicional de las ciencias, es decir el mapa de sus estancos disciplinarios, sino que también, pondría en tensión la propia racionalidad dicotómica o categorial mediante la cual se ha construido y ha operado gran parte del pensamiento científico moderno. En efecto, producto de esta doble problematización y su radicalización, comienza a emerger una concepción del objeto drogas de *naturaleza* eminentemente *híbrida*<sup>52</sup> (Latour y Woolgar, 1995), la cual va a desafiar aquello que en términos de Wallerstein (2004) podríamos llamar *el parroquianismo* de las ciencias en general, y de las ciencias sociales en particular, ante lo cual se va a responder haciendo un llamamiento que *"exige la construcción de nuevos paradigmas o al menos nuevas retóricas explicativas"* (Comas, 1993: 18), ya sea

---

Proyecto Hombre, la Cruz Roja y el Plan Nacional sobre Drogas, para la promoción y realización de Proyectos y Programas en el campo de las Drogodependencias. En él se han formado alumnos de diversas áreas de conocimiento y nacionalidades, fundamentalmente para obtener la titulación de Experto Universitario en Drogodependencias o Magíster Universitario en Adicciones, que les habilita para desarrollar su labor profesional en los ámbitos de la prevención, intervención y reinserción social.

<sup>51</sup> En el año 1975 el "Grupo de Trabajo para el estudio de los problemas derivados del alcoholismo y del tráfico y consumo de estupefacientes", radicado en el Ministerio del Interior pero con participación de miembros de otros ministerios, publicó una memoria que resulta decisiva para conocer la evolución de este campo en aquellos momentos. Podemos decir que este Grupo de Trabajo constituye el antecedente, todavía dentro de la estructura burocrática del régimen franquista, de la Comisión que se creará a principios de los ochenta, ya establecido el sistema democrático, con Secretaría en la Dirección General de Acción Social del Ministerio de Asuntos Sociales, y representación además de Sanidad, Interior, Educación, etc., por lo que se llamará "Comisión interministerial para el estudio de los problemas derivados del consumo de drogas". Esta Comisión interministerial será el primer intento de coordinar a nivel general todo lo que se refiere a la intervención social en este ámbito, aunque especialmente la asistencia socio-sanitaria. De hecho, será el embrión del futuro PNSD, creado el año 1985. En lo que se refiere a la asistencia socio-sanitaria específica al campo de las drogas, no se creará ningún organismo público específico hasta la apertura del ambulatorio de la Cruz Roja en Madrid, el año 1979, y del Servicio de Toxicomanías del Hospital de Sabadell, que pronto fue seguido por la creación de la Unidad de Toxicomanías del Hospital del Mar de Barcelona, ambas instituciones de carácter municipal. Ciertamente ya había empezado a penetrar tanto la Iglesia Evangélica como, sobre todo, la organización "El Patriarca", que se extenderá principalmente a principios de los ochenta, durante una época, punto de referencia obligado en relación a las drogas. Será el momento también -recordemos que 1979 es el año de las primeras elecciones municipales y de la aprobación de los Estatutos de Catalunya y Euskadi, con todas las expectativas que ello despierta- en el que surgirán múltiples iniciativas locales y regionales, privadas y públicas, en torno a la asistencia a los "drogadictos", como se les llama entonces. Y esto es lo que precisamente el PNSD pretende ordenar de alguna manera, a partir de 1985 (Grup Igia, 1995)

<sup>52</sup> Siguiendo a Bruno Latour, entendemos por tales aquellos objetos que comparten rasgos antes privativos de los ámbitos de las ciencias naturales o de las ciencias sociales.

apelando a la multidisciplinariedad<sup>53</sup>, o en su defecto, a nuevos cruces disciplinarios – interdisciplinariedad- a modo de respuesta ante la complejidad creciente del objeto y/o problema (saber/poder) en cuestión.

En efecto, el giro lingüístico en clave construccionista impugna – entre otros aspectos- la definición objetivista de las drogas, definición que como bien hemos analizado y expuesto en el capítulo anterior, hasta la primera mitad de los 80 hegemoniza la racionalidad científica y política, mediante la cual se aborda el problema. O dicho en otros términos, en palabras de Jesús Ibáñez (1993) -quien mismo pugnó por su redefinición- “al presupuesto objetivizador [*que subyace y domina el discurso sobre las drogas en dicho periodo*] debe suceder el presupuesto de reflexividad” (Ibáñez, 1993: 135). Al respecto, el siguiente texto puede resultar doblemente esclarecedor, pues por una parte sirve como botón de muestra del tipo de argumentación que se utilizará en un periodo determinado para dar cuenta de la complejidad del problema drogas y de la necesidad de un giro o desplazamiento paradigmático. Botón de muestra también del tenor de la discusión científica sobre drogas que se producirá en determinados contextos académicos a inicios de los años 90<sup>54</sup>.

*El paradigma simplificado está regulado por el presupuesto de la objetividad: el objetivo es exterior al sujeto, y la investigación del objeto por el sujeto deja a ambos incambiados (pasa por ellos como un rayo de sol pasa por un cristal sin romperlo ni mancharlo). Este presupuesto corresponde a la mecánica de Newton: los objetos que el investiga (sistema planetario) eran bastante independientes de él. Pero la sociedad no se parece mucho a nuestro sistema planetario. Los individuos integrados en ella tienen un nivel de subjetividad superior en general a los planetas y a los satélites. Especialmente los drogadictos. Tal vez no los sociólogos clásicos. Además a nivel psicológico las*

---

<sup>53</sup> De acuerdo a Immanuel Wallerstein (2004) este concepto había sido ampliamente discutido en la academia norteamericana entre la primera y segunda guerra mundial.

<sup>54</sup> La cita corresponde al artículo de Jesús Ibáñez “El discurso de la droga y los discursos sobre la droga” publicado en el libro Las Drogodependencias perspectivas sociológicas actuales. Ilustre colegio Nacional de Doctores y licenciados en Ciencias Políticas y Sociología. Madrid, 1993.

*palabras vienen antes que las cosas. Así como a nivel físico cuántico hay que medir la materia con instrumentos hechos de materia, a nivel noológico hay que medir el lenguaje con instrumentos hechos de lenguaje. En ambos casos la investigación es paradójica por autorreferente. En vez de adoptar modelos de la mecánica clásica, debemos adoptar los de la mecánica cuántica. Al presupuesto de objetividad debe suceder el presupuesto de reflexividad (Navarro, 1990): el objeto es producto de la actividad objetivadora del sujeto, y esta actividad cambia al sujeto y al objeto. Si al observar (medir) algo lo alteramos, no basta con medir el objeto sino que hay que medir la medición del objeto. Los sociólogos clásicos no son sujetos, al menos eso creen ellos, pero los individuos comprendidos en los objetos que investigan sí lo son. La investigación es un enfrentamiento –una conversación- entre las actividades objetivadoras del sujeto investigador y de los sujetos que hay en el objeto. (Ibáñez, 1993: 134 – 135)*

## **2.- LOS MODELOS DE DROGAS Y SU DIAGRAMA DE PODER: CONTINUIDADES Y RUPTURAS**

De acuerdo a Oriol Romaní (2004) complejidad y reflexividad convergen y se articulan en torno a un nuevo modelo de definición de las drogas que habría surgido con mayor nitidez en la década de los 80, modelo al que el mismo antropólogo catalán propone llamar *modelo sociocultural*, el cual habría sido precedido por el modelo penal y el modelo médico, respectivamente<sup>55</sup>. De acuerdo a Romaní (2004) la emergencia de este tercer modelo, desde el cual se sostiene que para dar cuenta del fenómeno de las drogas hay que partir de la inextricable relación entre la sustancia, el individuo y el contexto (Zinberg, 1984), en términos históricos, no significará la sustitución, ni tampoco la obsolescencia de los dos modelos anteriores –el modelo penal y el modelo médico- sino más bien se tratará de una progresiva influencia de éste –el modelo

---

<sup>55</sup> El esquema propuesto por Oriol Romaní (2004) conformado por tres modelos (Penal, Médico y Sociocultural), tendría sus antecedentes en el trabajo de Amando Vega quien habría planteado la existencia del modelo jurídico-represivo, el médico-sanitarista, el psicosocial, el sociocultural y el geopolítico-estructural.



sociocultural- que se daría de forma simultánea y articulada a los dos modelos precedentes. Modelos que va a conceptualizar como “sistemas cerrados, más o menos coherentes, de un conjunto de discursos y normas debidamente jerarquizados, y formas de acción y procesos de institucionalización derivados de ellos” (Romaní, 2004: 62), diferenciándolos de los paradigmas, en tanto éstos últimos referirían a los contenidos que orientan a los primeros (Romaní, 2004). Diferencia que permite al citado autor, plantear la continuidad entre uno y otro modelo<sup>56</sup>.

Cabe señalar que tanto Romaní como muchos otros investigadores provenientes del campo de las ciencias sociales y/o humanidades, tempranamente, desde los primeros años 80, advierten de la importancia que tendría el análisis de los distintos modelos a través de los cuales se ha desarrollado históricamente la construcción social del “problema de la droga”. Estos modelos, en tanto discursos hegemónicos, implicarían un conjunto de definiciones elaboradas para referirse a las drogas y definir sus problemas relacionados. Así por ejemplo, *el modelo penal*<sup>57</sup> estaría “basado en un paradigma de tipo jurídico-represivo en el que todo lo relacionado con lo que se ha definido previamente, como <<la droga>> se trata [*se aborda*] bajo el prisma de un delito...” (Romaní, 2004: 62). O *el modelo médico*<sup>58</sup>, en el cual habría sido decisiva la

---

<sup>56</sup> La noción de paradigma se presente como solución de continuidad en la serie de modelos expuestos. El autor ejemplifica dicha solución de continuidad de la siguiente forma: “esto me permite [respecto a la distinción modelo – paradigma] plantear que, a pesar de que es el modelo penal el que se ha construido a partir de un paradigma jurídico-represivo, a veces también podemos encontrar aspectos de este último en el modelo médico por ejemplo.

<sup>57</sup> La finalidad última o la misión estratégica de este modelo eventualmente sería la “sociedad libre de drogas”. En este modelo la conducta o comportamiento de consumo de drogas -ilegales- será percibido como un comportamiento expresivo de una desviación individual o social, es decir como un comportamiento anormal, en tanto quebranta el orden normado. La idea fuerza de dicho modelo sería el “control social” en torno al cual la sociedad en su conjunto se moviliza para controlar el uso de las drogas, el cual a su vez, es valorado y definido como un “flagelo” que atenta contra la integridad global de la sociedad. Los tres componentes de este modelo son la represión para impedir cualquier oferta (control duro), la prevención para impedir cualquier demanda (control blando) y la terapia para tratar -curar- cualquier adicción. Las acciones de prevención y tratamiento del modelo de la sociedad libre de drogas están conducidas por “voluntad de creer que es posible vivir sin drogas” (Sepúlveda y Abarca, 2000)

<sup>58</sup> La idea fuerza de este modelo es que el consumo de drogas es una “enfermedad” de compleja etiología, y por tanto se puede curar, siendo la abstinencia un objetivo central, aunque últimamente parece irse incorporando al modelo el reconocimiento de la legitimidad de las intervenciones paliativas. Las respuestas del modelo sanitario se organizan como reacciones a los síntomas de la enfermedad por medio de regulaciones públicas y privadas, generalmente a través de dispositivos socio sanitarios. Los dispositivos

figura de Louis Lewin (1850-1929), quien, desde finales del siglo XIX y, sobre todo, en las primeras décadas del siglo XX, elaboró los principales conceptos, que aún a día hoy, sirven para definir el fenómeno drogas y sus consecuencias desde un punto de vista “científico” o “clínico”: dependencia, tolerancia, abstinencia. Al mismo tiempo, sirven aún para clasificar las distintas drogas de acuerdo a sus efectos farmacológicos (Romaní, 2004).

Como bien hemos señalado, el mismo Romaní se encarga de advertirnos de que no se trata -de ninguna manera- de una serie de modelos en los cuales los elementos se suceden unos a otros y los que aparecen provocan la desaparición de los precedentes. De hecho lejos de sucederse uno a otro, no solo parecen coexistir entre sí, sino que también se acoplan unos a otros generando ciertos efectos de verdad en su continuidad –en el plano del poder- de unos y otros. Sin embargo, pareciera ser que esto último, es decir la continuidad, fuera más clara y/o evidente, entre el modelo penal y el modelo médico, y no así entre éstos últimos y el modelo sociocultural, dejando entrever cierta grieta o discontinuidad (epistémica) entre los dos primeros y este último (el sociocultural).

En efecto, la continuidad entre el modelo penal y el sanitario es descrita y analizada de distintas formas y con distintos énfasis o matices. Así por ejemplo, a la hora de describir el surgimiento del modelo médico se advierta cierta continuidad con el modelo penal, básicamente en lo que refiere al orden del poder: Al respecto Romaní señala: *“Así pues, esta perspectiva médica no se dio en el vacío, sino en el marco represivo producto del primer modelo mencionado –lo que podía significar entonces*

---

sanitarios diversificarán sus estrategias de intervención "curativa" dependiendo de las particularidades teórico y metodológicas a la base del dispositivo, las cuales se caracterizan por concepciones específicas en torno a las causas o naturaleza de la adicción, así como a la naturaleza del comportamiento del consumo de sustancias. En este sentido se pueden identificar una amplia gama de dispositivos sanitarios, caracterizados por diversas interpretaciones y explicaciones del fenómeno de las adicciones lo que se traducirá en diversas estrategias terapéuticas. En este marco se pueden observar modelos tradicionales biomédicos, modelos biopsicosociales, modelos ecológicos, modelos basados el fenómeno del estrés psicosocial, etc. los que coexisten y se superponen entre sí en un momento y/o lugar determinado. (Sepúlveda y Abarca, 2000)

*una doble trayectoria institucional y un doble etiquetamiento (policial y médico), con todo los problemas que ello puede comportar (Romaní, 2004: 64). Advirtiéndonos también, “que pese a que estos dos modelos se presentan como alternativos, sobre todo por parte de los sostenedores del los segundos, en realidad sus formas de articulación en los distintos contextos sociales y culturales son los que definen las ideologías y las prácticas dominantes actualmente en el campo de las drogas” (Romaní, 2004: 65).*

La continuidad entre ambos modelos, tal como hemos dicho, quedaría inscrita – principalmente- en clave de poder. O dicho de otro modo, tanto el modelo penal como el modelo médico, ambos implicarían –desde el análisis interpretativo que nos ofrece Romaní- el despliegue de una gama amplia y múltiple de acciones (tecnologías diríamos nosotros) semióticas y materiales de control social, las cuales privilegiarían - sobre todo- la fuerza de la prohibición en el marco –interpretativo- de una concepción represiva del poder. En definitiva, lejos de sucederse, ambos modelos se acoplan y articulan de forma variable, en una serie de dispositivos de poder, a través de los cuales, y de forma circular, mediante estrategias discursivas y no discursivas- adquiere cierta estabilidad y legitimidad –efecto de verdad- un determinado orden social. Así por ejemplo –advierte Romaní- en el documento del Plan Nacional sobre Drogas (1985), nos encontramos con una integración de concepciones basadas en ambos modelos (medico y penal), observándose un predominio de la óptica médico-sanitaria. Ahora bien, dicha coexistencia, observada preferentemente en la diada de los modelos medico y penal, y rara vez, por no decir nunca, observada entre estos y el modelo sociocultural, tempranamente hacen suponer que este último modelo se plantea, desde un perspectiva epistémica, en un plano de discontinuidad.

Ahora bien, tal como hemos señalado, esta continuidad descrita entre los modelos penal y médico no se plantea del mismo modo con -y en- relación al modelo sociocultural. De hecho, pareciera que este último implica cierta distancia, grieta o ruptura respecto a los precedentes. Entonces ¿Qué implica la emergencia del modelo sociocultural? O dicho de modo ¿Qué tipo de relación se establece entre el modelo sociocultural y los modelos precedentes? ¿Qué efectos de continuidad o

discontinuidad en el diagrama de poder surgen apropósito de la emergencia del modelo sociocultural? La respuesta a estas interrogantes pasa necesariamente por la problematización de los modelos, particularmente del modelo sociocultural y su inscripción en un determinado diagrama de poder (continuidades y discontinuidades). En esa perspectiva cabe analizar algunos aspectos claves en la emergencia del modelo sociocultural, ya que estos van a ser codificados (traducidos) como grietas o rupturas político-epistémicas, cuestión que amerita su problematización.

### **3.- LA EMERGENCIA DEL MODELO SOCIOCULTURAL: ¿RUPTURA O CONTINUIDAD?**

Como hemos expuesto, la continuidad entre el modelo penal y el modelo médico, puede ser observada con mayor claridad en la complementariedad que se produce entre sus distintos dispositivos de control, así como en sus prácticas discursivas y los efectos de realidad (droga/riesgo/peligro/daño) concomitantes que les caracterizan. Sin embargo, dicho plano de continuidad no se observa con meridiana claridad a la hora de analizar y caracterizar la emergencia del modelo sociocultural. En efecto, tal como es descrito y analizado, pareciera ser que éste se sitúa en un plano de discontinuidad con respecto a los otros. De hecho, de acuerdo a lo expuesto por el propio Romaní, la emergencia del modelo sociocultural habría sido subsidiaria de la crítica que algunos estudiosos habrían hecho a la perspectiva discursiva que situaba la significación “de la droga como problema” como “la” única forma de abordar dicha cuestión. A juzgar por lo señalado por el propio autor, se habría tratado de una crítica construccionista al sintagma “el problema de la droga”, mediante la cual se iba a cuestionar la narrativa realista o neorrealista desde la cual se fundamentaba histórica, teórica y epistemológicamente el problema, y en virtud de la cual se le trataba como si se refiriera a un estado *real* del mundo y de las cosas. Es en este punto donde la cuestión de la reflexividad parece ser recogida con mayor intensidad por este modelo, en la medida en que aquello que se define como “construcción social de las drogas” pasa a ser objeto de análisis y reflexión.

Principalmente tres perspectivas teórico-empíricas provenientes de diversos campos o subcampos del quehacer científico-académico van a contribuir a la emergencia del

modelo sociocultural, marcando la distancia y discontinuidad con respecto a los modelos precedentes.

En primer lugar, desde interior del campo de criminología, surge una corriente crítica con respecto a la criminología de postguerra de cuño positivista, conocida como *nueva criminología*<sup>59</sup> o *criminología radical* (Garland, 2005), y en la cual van a confluír distintos autores como Edwin Lemert, David Matza y Howard Becker, todos autores muy distintos entre sí pero que sin embargo van a converger en un punto de vista común: consenso a la hora de sostener que “buena parte de la conducta delictiva [*o comportamiento desviado*] era menos un problema de patología individual o social y más una cuestión de etiquetamiento y de pánicos morales generados por los medios masivos de comunicación o de relaciones de poder e insuficiente tolerancia con respecto a la saludable diversidad” (Garland, 2005: 126). Estamos hablando de una nueva sociología de la desviación cuyo sistema teórico es fuertemente promovido por autores cuya producción investigativa suele adscribirse a lo que se conoce como *nueva escuela de chicago*<sup>60</sup> (Varela y Álvarez-Uría, 1989), y cuyos representantes se habrían caracterizado por manifestar una gran sensibilidad respecto a los procesos de etiquetamiento y de estigmatización a los que son sometidos miembros de los grupos

---

<sup>59</sup> “A finales de la década de los 60, tanto en Estados Unidos como en gran Bretaña, la criminología “positivista” se enfrentó a una ola de críticas académicas que se alimentaban de fuentes tan dispares como la teoría del etiquetamiento y la etnometodología, el marxismo y la filosofía de la ciencia. [...] desde el punto de vista de esta nueva sociología de la desviación, buena parte de las conductas delictivas eran, en realidad, normales, saludables y ampliamente disfrutadas, una expresión de la diversidad humana y no de una patología peligrosa. El verdadero problema radicaba en el control obsesivo y no en la desviación misma. [...] En retrospectiva, las teorías radicales del etiquetamiento aparecen como un primer reconocimiento de que el delito es normal, de que las desviaciones es endémica, de que todo el mundo lo hace. Y lo que resulta más interesante de esto –y más característico– es que se trata de una reacción despreocupada. Su mensaje era que la desviación y la ilegalidad eran algo muy difundido pero que se podía vivir con ellas. La mejor reacción era ser tolerante, desdramatizar, evitar reaccionar de modo excesivo. El <<delito>> no era problema. El problema que se debía abordar, es decir la represión estatal, pero también el control encarnado en el welfare, bien intencionado y paternalista” (Garland, 2005: 126-127)

<sup>60</sup> Al respecto Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría señalan “Bajo la rúbrica de <<nueva escuela de Chicago>> hemos agrupado a una serie de autores que con frecuencia son también situados en la corriente del interaccionismo simbólico. La referencia a Chicago no proviene únicamente de su replanteamiento de las teorías de la desviación sino que también de que algunos de sus miembros frecuentaron la universidad de Chicago a comienzos de los años cincuenta y asistieron concretamente a los cursos de E. Hughes y Blumer” (1989: 42)

sociales subalternos. Sin embargo, la influencia de la criminología en la emergencia del modelo sociocultural, no se agota en la influencia descrita de la nueva criminología a través de su renovación teórica sobre la desviación y el control social. De hecho, aunque de una forma más difusa e implícita, toda la criminología crítica en sus diversas vertientes o expresiones, sea desde el llamado *neorrealismo de Izquierda* (Jock Young, etc.), o del *Derecho Penal Mínimo* (Alessandro Baratta, etc.) e incluso desde el *Abolicionismo* (Louk Hulsman, etc.), habrían incidido en la emergencia del modelo sociocultural. Ciertamente tal como hemos señalado en el capítulo anterior, no podemos olvidar que el arco de influencias, o mejor, de relaciones entre la criminología y el llamado *problema drogas* constituye un binomio bifronte de saber/poder inscrito en el horizonte del sistema jurídico - penal, razón por la cual, los elementos que componen dicho binomio son prácticamente imposible de separar con precisión, pues su imbricación se retrotrae a la más temprana modernidad.

En segundo lugar, desde la antropología, se perfila una trama diversa de aportaciones teórico-empíricas que van a incidir, ya sea como precondiciones de existencia para la emergencia del nuevo *modelo sociocultural*, o como condiciones de posibilidad. De acuerdo a lo señalado Romaní, se puede inferir que en este primer grupo –en el de las precondiciones- las bases del modelo sociocultural se encontrarían en los estudios de la etnobotánica de los años treinta y cuarenta principalmente aquellos que versaban sobre los usos de distintas drogas en sociedades primitivas, así como también, en una serie de monografías antropológicas, llevadas a cabo en la década de los sesenta, centradas principalmente –aunque no exclusivamente- en el uso de sustancias alucinógenas (enteógenas) en relación con el *complejo chamánico* (Romaní, 2004). De esta manera, en la medida en que la investigación transcultural iba expandiéndose más allá de las fronteras académicas norteamericanas, difundiéndose desde el centro a la periferia, iría produciéndose una suerte de retorno de los saberes sometidos<sup>61</sup>. Al

---

<sup>61</sup> En la clase del 7 de enero de 1976 del curso titulado *Defender la Sociedad*, Michel Foucault se referirá de forma apasionante a lo que denomina saberes sometidos. Al respecto señalará; “Y por saberes sometidos entiendo dos cosas. Por una parte, quiero designar, en suma, contenidos históricos que fueron sepultados, enmascarados en coherencias funcionales o sistematizaciones formales. Concretamente, si quieren, lo que permitió hacer la crítica efectiva tanto del asilo como de la prisión no fue, por cierto, una semiología de la vida asilar ni tampoco una sociología de la delincuencia, sino, en

mismo tiempo, el etnocentrismo fundamentalista comenzaba a experimentar sus primeros reveses, mientras el relativismo y el multiculturalismo amagaban con dominar la nueva escena académico-cultural, y con ello, el mito primitivista de las drogas y el buen salvaje, experimentaban un franco revés.

Por otro lado, aquellas influencias que conformarían la serie de condiciones de posibilidad para la emergencia del nuevo modelo, de algún modo serían derivativas del propio modelo médico. En efecto, de acuerdo a Romaní, el conjunto de críticas dirigidas hacia el modelo médico hegemónico, provenientes de ámbitos aparentemente tan diversos como la antropología médica, la salud pública de base progresista, o el sector médico en general, entre otros profesionales de la salud, plantearían una serie de críticas dirigidas al modelo médico hegemónico (biomédico) de distinto calado. En efecto, la crítica al Modelo Médico Hegemónico<sup>62</sup> del cual era subsidiario el modelo médico en el campo de las drogas, transitaban, a veces sin ningún tipo de solución de continuidad, desde una posición liberal, desde la cual se denunciaba el modelo por sus fallas en la gestión de la salud por ejemplo (sistema pesado), pasando por posiciones comunitaristas donde se demandaba la desmonopolización del saber, hasta posiciones más radicales en las que el foco de las críticas apuntaban a hacia una lucha por la desmedicalización de la sociedad en pro de la autoregulación.

Finalmente, aunque de manera más difusa, se observará una tercera línea de influencia que incidirá de manera significativa en la emergencia del modelo

---

verdad, la aparición de contenidos históricos. Y simplemente porque solo los contenidos históricos pueden permitir recuperar el clivaje de los enfrentamientos y las luchas que los ordenamientos funcionales o las organizaciones sistemáticas tienen por meta, justamente, enmascarar. De modo que los saberes sometidos son esos bloques de saberes históricos que estaban presentes y enmascarados dentro de los conjuntos funcionales y sistemáticos, y que la crítica pudo hacer reaparecer por medio, desde luego, de la erudición" (Foucault, 1976: 23).

<sup>62</sup> "Por MMH [*Modelo Médico Hegemónico*] entiendo el conjunto de prácticas, saberes y teorías generados por el desarrollo de lo que se conoce como medicina científica, el cual desde fines del siglo XVIII ha ido logrando establecer como subalternas al conjunto de prácticas, saberes e ideologías teóricas hasta entonces dominantes en los conjuntos sociales, hasta lograr identificarse como la única forma de atender la enfermedad legitimada tanto por criterios científicos, como por el Estado" (Menéndez, 1988: 1)

sociocultural en el campo de las drogas, asociado al desarrollo de la perspectiva EMIC o enfoques cualitativos de investigación social, como consecuencia –en parte- del intenso debate sobre los distintos paradigmas de investigación en las ciencias sociales que se producirá a finales de la década de los 70 y gran parte de los años 80, en distintos ámbitos académicos, al algunos estudiosos, metafóricamente, han denominado como *guerra de paradigmas* (Gage, 1989). Como se puede imaginar con dicha metáfora se quería aludir al intenso debate entre paradigmas que corrientemente se hallaban en competencia por ser aceptados como paradigma de elección para dar forma y guiar la investigación social, entre los cuales destacan el positivismo, el postpositivismo, la teoría crítica y posiciones ideológicas afines, y el constructivismo (Guba, 1994). Tras el debate había una fuerte tendencia a impugnar la perspectiva aceptada de la ciencia en su vertiente positivista y/o postpositivista<sup>63</sup>.

Cabe señalar que este intenso debate, tendría como telón de fondo una profunda revisión del conjunto de las ciencias sociales llevada a cabo tras una serie de crisis experimentada en sus principales disciplinas como será el caso de psicología social, la historiografía, la antropología y sociología de postguerra. Dicho de otro modo, entre la guerra de paradigmas y la crisis de las ciencias sociales, surgiría una trama abigarrada de tópicos en cuestión, que irán desde los problemas relacionados con la ética, los estudios de campo, la praxis, los criterios de validez, la acumulación de conocimiento, la verdad, el significado, la formación de graduados, hasta las políticas científicas y sus implicancias éticas (Denzin, 2008). Ciertamente las consecuencias e implicancias del debate, desbordarían con creces los límites estrictamente académicos del mismo, pues tal como señala Denzin (2008) a propósito de una serie de reflexiones hechas en torno del dialogo de paradigmas en la investigación cualitativa, en este debate se pondrá en

---

<sup>63</sup>Siguiendo a Guba & Lincoln (1994) las críticas a la perspectiva aceptada podrían ser agrupadas en dos frentes. Por un lado las internas o intraparadigmáticas, entre las cuales destaca entre otras; *el despojo del contexto, la exclusión del significado y del propósito, Inaplicabilidad de datos generales a casos individuales, y la exclusión de la dimensión del descubrimiento en la indagación o proceso investigativo*. Por otro lado, entre las críticas externas o extraparadigmáticas, es decir aquellas formuladas en términos de ciertos presupuestos que definen otros paradigmas alternativos, destacan: *la carga de valor de los hechos, la indeterminación de la teoría y la naturaleza interactiva de la díada investigador-investigado (op.cit)*.



juego “el vinculo complejo de metodología / problemas sociales / políticas públicas con la posibilidad de cambio con justicia social donde el resultado de los debates académicos metodológicos en relación con la investigación cualitativa y cuantitativa tiene consecuencias en la formulación de políticas y en la distribución de los recursos locales, nacionales y planetarios” (Denzin, 2008: 63). Vinculo complejo, signado por la circularidad que comporta la relación establecida entre las piezas en juego en tanto prácticas de gobierno (metodología/problemas/políticas).

Si bien es cierto se trata de una debate protagonizado por autores cuyas filiaciones institucionales nos remiten principalmente a la academia norteamericana, no es menos cierto que éste trascenderá dichas fronteras. De hecho, como bien podemos constar en el texto de Ibáñez (1993) arriba citado, cuando el autor aboga por un desplazamiento hacia el *presupuesto de reflexividad*, está haciéndose eco de un debate prácticamente global. Y como era de esperar, el campo emergente de las drogas no quedará ajeno a dicho debate. De hecho, en el contexto español, este intenso debate, que alcanza su punto más álgido en la década de los ochenta, llegará al campo de las drogas apenas diferido en el tiempo, cristalizándose en el 1º Encuentro nacional sobre Sociología y Drogodependencias celebrado en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la universidad de Complutense de Madrid en Noviembre de 1991, así como la sesión del grupo de trabajo Nº32 “Drogodependencias” llevada a cabo en septiembre de 1992 en el marco del 4º Congreso Español de Sociología. Ambas instancias quedarán bien documentadas en la publicación del texto Las drogodependencias: perspectivas sociológicas actuales (1993) publicado por el Ilustre Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología, en el cual se recogen las distintas ponencias de los participantes a ambos eventos. En el marco de nuestro argumento, sirvan como botones de muestra las ponencias de Francisco Alvira “*La metodología de encuesta en el estudio de las drogodependencias: comentarios críticos*”; Alfonso Orti “*El proceso de investigación de la conducta como proceso integral: complementariedad de las técnicas cualitativas y de las prácticas cualitativas en el análisis de las drogodependencias*”; o Fernando Conde “*Los métodos extensivos e intensivos en la investigación social de las drogodependencias*”; todos ellos con un marcado tinte teórico-metodológico. Ciertamente, muchos otros

encuentros de características similares se van a repetir a lo largo del tiempo, pero a juicio nuestro, ningún otro encuentro debidamente documentado, alcanzará la densidad teórica tal como los que hemos señalado.

Estos tres elementos que a grades rasgos podemos sintetizar como la influencia ejercida por la nueva criminología, la crítica al modelo médico hegemónico y el fortalecimiento de una perspectiva cualitativa de investigación social, se encuentran a la base de la emergencia del nuevo modelo sociocultural. A lo anterior habría que agregar la emergencia y desarrollo creciente de un nuevo y amplio sector socio profesional de interventores y operadores de campo, que irá creciendo en la medida en que va consolidándose (década de los 80 signada por el retorno a la democracia) la institucionalidad pública y privada de las drogas. En el seno de dicho sector socio profesional ira tomando fuerza una nueva sensibilidad ante el problema drogas y una nueva cultura de intervención socio-sanitaria, la cual de forma progresiva irá distanciándose de aquellas estrategias de intervención, que de acuerdo al esquema propuesto por Da Agra (2003), podríamos llamar de *terror intervencionista*<sup>64</sup> (Da Agra, 2003), para situarse –progresivamente- en la interfaz que se produce entre el paso de unas estrategias de intervención del tipo de *ingeniería química psicotrópica*<sup>65</sup> y las estrategias de *intervención mediadora*<sup>66</sup> (Da Agra, 2003).

---

<sup>64</sup> De acuerdo a Da Agra esta estrategia se caracteriza por cuatro aspectos fundamentales: a) el principio del *alienus* –el fenómeno de la droga y sus actores es ajeno a la sociedad y su enemigo-b) el principio de la *agonística* –la acción que se adopta con relación al fenómeno es de naturaleza bélica, o sea, la intervención se sitúa bajo el signo del combate c) el principio de *erradicación* –el combate tiene como ideal una sociedad sin droga-;d) el principio de *todo vale* –todos los medios de combate son legítimos y, además todo buen ciudadano es necesariamente un buen combatiente.

<sup>65</sup> Según Da Agra esta estrategia se divide en dos sub-estrategias. Una estrategia dura para el tráfico, una estrategia blanda para el consumo. La primera mantiene los principios del terror intervencionista. La segunda, mantiene esos principios en la forma pero los altera en el contenido, trasmutando lo *alienus* (el consumidor de drogas y el consumidor-traficante) en un enfermo delincuente lo excluye hacia el interior, a través de los dispositivos medios psicológicos y jurídicos-penales. El principio de la erradicación se desplaza del plano social (una sociedad sin drogas) hacia el plano individual (el ideal de una vida sin drogas). El principio de todo vale se disimula con un lenguaje técnico y proto-científico como, por ejemplo las nociones “inter”, “multi”, “pluri”, “trans” disciplinariedad aplicadas a las tradicionales divisiones técnicas de intervención: la prevención, el tratamiento y la reinserción (Da Agra, 2003).

<sup>66</sup> Respecto a esta estrategia Da Agra señala “Esta estrategia, con relación a la intervención sobre drogas, obedece a los principios que representan una ruptura con los principios que gobiernan la guerra de las drogas. Los principios de esta estrategia son: a) el principio de la inmanencia –el fenómeno de las

Ahora bien, las tres perspectivas que hemos analizado, habiendo estado implicadas en la emergencia del modelo sociocultural, le otorgan un plus de valor, ya sea en tanto proceso de construcción, o como resultado –pues llevan sus marcas insignes y por tanto lo caracterizan- situándolo “hipotéticamente” en un plano de ruptura o discontinuidad epistémica respecto a los modelos precedentes. De hecho, las distintas perspectivas que convergen y precipitan la emergencia del modelo sociocultural son, si se quiere, externas al propio campo de las drogas, lo que significaría –así al menos es traducido por sus propios defensores- que éste modelo tendría unos orígenes distintos a los modelos anteriores. A partir de esa filiación diferencial registrada en su origen, el modelo sociocultural será codificado en proceso de ruptura y de discontinuidad epistémica.

En efecto, el conjunto de los elementos que convergen y se articulan en el proceso de emergencia del modelo sociocultural, serán traducidos, desde cierto sector “progresista”<sup>67</sup> del campo de las drogas –proveniente principalmente de las ciencias

---

drogas y sus actores no ajenos o extraños a la sociedad-; b) Principio de la tolerancia –estamos obligados a convivir con el fenómeno de la droga y a tolerarlo, ya sea en la vida de las sociedades que lo engendran, ya sea en los estilos de vida de los individuos que controlan, de diferentes modos, el uso de las drogas-; c) Principio del mal menor –el ideal de la erradicación tiende a ser sustituido por la política realista de la reducción de búsqueda, de riesgos y de daños-; d) Principio de irreversibilidad –existen situaciones de consumo de drogas que son irreversibles, lo que plantea cuestiones humanitarias y éticas. Asumirlas y darles respuesta implica poner en cuestión los tabúes que durante décadas dominaron el discurso y las tácticas del combate contra las drogas-.

<sup>67</sup> Raymon Williams (2003) nos advierte que “progresista es una palabra compleja porque depende de la historia significativamente complicada de la palabra progreso. Esta pertenece al inglés desde el S15, de la p.i. latina *progressus*, una marcha hacia adelante, de las pp.rr. *pro*, adelante, y el participio pasado de *gradi*, marchar, caminar. Sus primeros usos se referían a la marcha física, el viaje o la procesión, y luego a una serie de sucesos en desarrollo. No hay una implicación ideológica necesaria en este sentido de un movimiento hacia adelante o una serie en desarrollo, como aún podemos verlo en usos como el progreso de una enfermedad. [...] Progresista es un término difícil en política porque tiene tras él una historia. Aún puede usarse simplemente como el término opuesto a conservador; vale decir, para calificar a alguien que aprueba o aboga por el cambio. En su sentido más general de perfeccionamiento, es un adjetivo que prácticamente todos los partidos aplican a sus propias propuestas. Hay una complejidad importante en el hecho de que, por un lado, el adjetivo se use por en general para la izquierda (por sectores de ésta), como en personas de mentalidad progresista, pero, por el otro, para distinguir a los partidarios de un cambio “moderado y ordenado”...donde se invoca el sentido de un avance firme y paso a paso en cierta dirección general, como en “un partido progresista pero no socialista” o “el conservadurismo es progreso ordenado; nosotros somos el partido auténticamente progresista” (2003: 260-261)

sociales- como señas inequívocas de discontinuidad y ruptura epistémica, no solo en relación a los modelos precedentes hasta ese momento hegemónicos en el campo de las drogas, sino que también, hasta cierto punto, serán traducidos como expresión de rupturas paradigmáticas, al menos de sus límites y/o fronteras. En términos del propio Romaní:

*“De hecho, estamos ante uno de los nuevos problemas sociales y culturales que ha contribuido en gran manera a romper los límites de los paradigmas anteriores, ya que ha cuestionado los que se habían establecido como modelos hegemónicos, tanto en el campo de la medicina, como de la antropología, de la psicología o del derecho.” (2008: 138).*

Al respecto, en el informe de la investigación “Los estudios sobre las drogas en España en la década de los 80: hacia un modelo de interpretación” realizado entre 1993 y 1994 por la Organización No Gubernamental catalana Grup Igia y en el cual participaron diferentes estudiosos defensores del modelo sociocultural (Oriol Romaní, Tre Borrás, Domingo Comas, Jaume Funes, Juan Gamella, entre otros) en sus conclusiones se señala lo siguiente:

*“Por otro lado, hemos visto que el paradigma sociocultural tiene unos orígenes distintos. Elaborado desde el exterior de la intervención, a partir básicamente de estudios socioantropológicos, pronto irá adquiriendo carta de naturaleza -a nivel teórico- por lo menos en las formas de entender el problema, no tanto, quizás, en su gestión. Pero, al mismo tiempo, una parte cada vez más significativa de los sectores profesionales "psi" involucrados en la intervención directa buscarán en este paradigma las soluciones que no han encontrado, no sólo en el modelo biomédico -del que muchos ya no han llegado a participar- sino en el biopsicosocial, precisamente por el confusionismo al que éste induce. Será necesaria una ruptura con él para poder ir profundizando en el desarrollo del modelo sociocultural, como hemos podido ver a través del análisis de los distintos estudios.” (GRUP Igia, 1995: 95-96)*

*“Del conjunto de materiales analizados se desprende una progresiva consciencia, sobre todo, en los últimos tiempos, de los límites de la política jurídico-penal dominante respecto a las necesidades de la intervención. Incluso en el análisis de alguna de las entrevistas de terapeutas que se han distinguido por su identificación con el "modelo Freixa" nos encontramos con que los nuevos paradigmas que acaban dominando al final, son los de las políticas de disminución de riesgos y el de la despenalización.” (Grup Igia, 1995: 98)*

Más aún, las rupturas epistémicas implicadas en la emergencia del modelo sociocultural son interpretadas o traducidas como cambios significativos en la economía política del saber/poder operante en el campo de las drogas, significando estos cambios como avances significativos en el coeficiente de tolerancia y libertad. Dicho desplazamiento de lo epistémico a lo político, se realiza a caballo de la voluntad y de la “buena intención” de un sector progresista de las drogas principalmente representado por un grupo de expertos provenientes de las ciencias sociales. Dicha interpretación edificante de las ciencias sociales desde la cual el investigador o cientista se ve a sí mismo como un agente de cambio social, no solo amplifica de forma cuestionable el lugar de la *voluntad e intencionalidad* (la soberanía del actor) en el cambio, sino que además opaca el lugar crítico que este nuevo modelo ejercerá en la racionalidad política emergente, a efectos de la reconfiguración del poder en el campo de las drogas.

En clave foucaultiana, en rigor no habría existido un periodo del modelo de lo penal, del modelo médico y del sociocultural, en los cuales los mecanismos de poder de uno habrían tomado el lugar de los otros, delineando una suerte de espiral libertario. Lo que más bien habría existido, es una suerte de ensamblaje entre éstos, a raíz de lo cual el cambio habría afectado las técnicas mismas de poder en este campo, las cuales van a perfeccionarse, o en todo caso, van a complejizarse conforme a unas nuevas racionalidades políticas de cuño neoliberal. En efecto, lo que va a cambiar es, sobre todo, lo dominante, o más exactamente, el sistema de correlación entre los mecanismos jurídicos legales, los mecanismos disciplinarios y los mecanismos de seguridad respecto al gobierno del problema drogas (Foucault, 1978). En definitiva, si

los mecanismos jurídicos se corresponden al modelo penal, y si a su vez el disciplinario al modelo médico, pues entonces los mecanismos de seguridad se corresponderán al modelo sociocultural.

Ciertamente no se trata simplemente que las ideas sobre el significado delictivo o patológico del consumo y del consumidor fueran abandonadas porque los críticos se despertaron un buen día y comprendieron que dichas significaciones tenían implicancias peligrosas (iatrogénicas negativas por poner un ejemplo), o eran proclives a degenerar en abusos políticos e institucionales. Después de todo, dicha idea no sería más que una versión moderna o contemporánea del *cuento de hadas* de la reforma ilustrada<sup>68</sup> (Garland, 2005). De hecho, en gran medida el cuestionamiento al modelo hegemónico y su discurso médico y jurídico que como señala Castel y Coppel (2004), suelen encerrar al consumidor en la oposición enfermo-delincuente/ delincuente-enfermo sin dejarle espacio a una tercera posibilidad, habría venido –según el propio Romaní– de la incapacidad que la intervención social, realizada bajo la inspiración de la mayoría de éstos modelos hegemónicos, habría tenido para controlar la progresiva conflictividad del problema tal como estaba planteado.

Ahora bien, este último argumento, desde un punto de vista genealógico, lejos de ser una contra-versión del “cuento de hadas” ilustrado, más bien funciona como una versión residual del mismo<sup>69</sup> aunque actualizada a las nuevas exigencias del gobierno

---

<sup>68</sup> Para fundamentar el tropo del cuento de hadas en relación a la reforma ilustrada David Garland señala: “En su historia de la tortura y del derecho de la prueba, John Langbein describe como un <<cuento de hadas>> la versión de los historiadores que sostienen que la abolición de la tortura se produjo como resultado de las críticas morales desarrolladas por los pensadores de la ilustración. En contra de esa versión estándar, Langein sostiene que la tortura fue abandonada a finales del siglo XVIII no como consecuencia de los escritos críticos de los *philosophes*, sino debido a circunstancias institucionales y culturales que dieron a estos textos una fuerza nacida del contexto que no había existido cuando anteriormente otros autores realizaron las mismas críticas” (2005: 123). Esta es una muestra del sistema explicativo que debería tener en cuenta a la hora de pensar el paso de un modelo a otro.

<sup>69</sup> Siguiendo los planteamientos de Raymond Williams, en tanto concepto teórico lo emergente está constituido por los nuevos significados y prácticas que se crean continuamente y aún no han sido incorporados a la cultura dominante. Mientras que lo emergente mantiene ese carácter potencial o activamente alternativo, lo meramente nuevo implica otra fase en el devenir de lo dominante. Sin embargo, como el mismo R. Williams nos advierte, resulta excepcionalmente difícil distinguir, entre los elementos que constituyen efectivamente una nueva fase de la cultura dominante, y los elementos que

(neoliberal) de las drogas. Al respecto, cuatro son los puntos críticos que nos permitirán repensar la hipotética ruptura epistémica con detenimiento.

#### 4.- REPENSANDO LAS RUPTURAS Y LAS DISCONTINUIDADES: MÁS ALLÁ DE LA HIPÓTESIS REPRESIVA DEL PODER

En primer lugar, se nos presenta un análisis de la emergencia del modelo sociocultural, en discontinuidad y ruptura epistémica con los modelos precedentes, que en clave foucaultiana, podríamos definir como genético por filiación. En efecto, desde esta perspectiva de análisis, los distintos modelos constituyen una serie histórica en progresión<sup>70</sup>, (en el siguiente punto volveremos sobre esta cuestión) la cual se articula y se desarrolla en el tiempo como expresión de un campo de saber/poder en proceso de construcción. Al respecto, el siguiente fragmento tomado del estudio anteriormente referido elaborado por distintos investigadores y expertos en el campo de las drogas agrupado en torno a Grup igia puede ser un buen botón de muestra.

*“A pesar de que en un principio el libro plantea dudas y pretende cuestionar estereotipos, domina en él una óptica estrictamente sanitarista basada, como veremos más adelante, en concepciones morales. En definitiva, quien dictamina*

---

son esencialmente alternativos o de oposición a ella, es decir contra-hegemónicos. En el proceso de formación y constante redefinición de la hegemonía, el orden dominante puede no incluir a lo residual y a lo emergente y, por lo tanto, intentar incorporarlos o simplemente negarlos, excluirlos, reprimirlos y hasta no reconocerlos.

<sup>70</sup> Algunas veces la idea de progreso constituye la significación imaginaria central de ciertas comunidades interpretativas y socio mnemónicas, dando gran importancia a nociones como desarrollo desde un estadio atrasado o primitivo a uno avanzado o civilizado, crecimiento o modernización. En esta línea se inscriben las filosofías de la historia de fines del siglo XVIII y de comienzos del siglo XIX, representadas por Condorcet, Hegel, Comte, Spencer, Morgan o Tylor. Sin embargo, otras veces, las estructuras sociomnemónicas convencionales, puesto que todas ellas son objeto de convención, de construcción sociohistórica, se orientan por la idea de declive, de deterioro, comportando una visión inevitablemente trágica, pesimista, de un pasado glorioso perdido; a diferencia de las narrativas optimistas del progreso, estas otras narrativas comparecen como narrativas esencialmente regresivas, dando lugar a una visión general del pasado representada por una flecha descendente frente a la flecha ascendente que representa el progreso. Estas dos narrativas pueden competir por espacios de la opinión pública. (Beriain, s/f)

*sobre los distintos aspectos, tanto farmacológicos, como socioculturales, contraculturales, etc. (con la notable excepción de los aspectos legales y del capítulo dedicado a la publicidad) son siempre los médicos. Se trata de un buen ejemplo de aquel momento de transición entre el modelo biomédico y el socio-cultural, cuya importancia se reconoce, pero que se fagocita desde el primero, debido al mayor asentamiento institucional de los que trabajan con dicho modelo, en contraste con la presencia todavía incipiente y marginal de los profesionales que trabajan a partir del segundo. Las incongruencias teóricas a las que ello conduce se perciben incluso en las pocas páginas que se dedican a los aspectos históricos, culturales o preventivos respecto a los farmacológicos, en contradicción con las manifestaciones explícitas de la importancia de los primeros.” (GUP IGIA; 1995: 70)*

Desde esta perspectiva, los cambios experimentados en el campo de las drogas responderían, en gran medida, a un proceso de doble faz: por un lado a cierta economía política de la verdad encarnada en un discurso científico (docto y experto) sobre las drogas que se (re)presenta ahora, ya no solo como verosímil, y he aquí su otra faz, sino que también como eficaz, o al menos como garantía de tal. Respecto a esto último:

*“Apuntando a este marco general, podemos situar la figura del científico social “experto en drogas”. La intervención social en este campo, efectuada desde un buen principio a partir del paradigma jurídico-medicalista con el que se fue definiendo el mismo, ha tenido que ir dando entrada, sin embargo, a distintos tipos de sociólogos, dada la propia naturaleza del fenómeno y las dificultades en resolver algunos de los problemas planteados desde aquel mismo paradigma.” (Romaní, 1993: 70)*

Desde esta perspectiva, los cambios, desplazamientos, etc., son traducidos como efectos de la voluntad expresa de un sector –progresista por cierto- que se ve asimismo como una pieza fundamental –*la inteliguentsia*- en el campo de las drogas capaz de producir cambios en las lógicas institucionales mediante las cuales se aborda



el problema de las drogas. Sin embargo, los espectros del pensamiento ilustrado se dejan entrever en la emergencia de una temprana narrativa “docta” sobre las drogas, desde la cual se nos advierte de ciertos malentendidos, frutos del error o lisa y llanamente, vástagos de la mala conciencia.

*“El conjunto de mitos y estereotipos históricos, en cuyo contenido no se puede entrar en el corto espacio de un artículo, se articula sobre dos malentendidos.*

*El primero consiste en pensar en que la mera presencia de una droga en cualquier época histórica concreta, implica su uso, en las condiciones y efectos que hoy conocemos. Es decir, por ejemplo, que el uso del alcohol en el siglo XVI producía fenómenos de intoxicación e itinerarios de desviación similares a los que hoy conocemos. El segundo, que tal presencia implicó en otras culturas –un modelo de consumo-, como es el que se da en nuestra sociedad. Es decir que se trataba siempre de usos, o conocimientos de tales usos, de tipo general, en forma compulsiva y/o asociados a actividades ilegales.*

*Estos puntos de vista, totalmente erróneos, conducen a que tales malentendidos sean utilizados, tanto para justificar, como para explicar o desprestigiar el actual fenómeno del uso de drogas, en realidad solo valen para enmascararlo.” (Comas, 1985: 14)*

Se deja entrever también, la emergencia de una narrativa “experta” desde la cual se nos advierte de las falencias teóricas en el campo de las drogas, de sus limitaciones, de sus inadecuaciones para dar respuesta a nuevos contextos, en definitiva, de sus opacidades tecno-políticas. Al respecto:

*“El fenómeno de la drogodependencia ha sido explicado por los sociólogos de diversas maneras, sin que en realidad se haya dado en ningún caso una teoría unificada que exponga de forma global los mecanismos sociales involucrados en el consumo de sustancias que producen dependencias” (Comas, 1993: 24)*

*“La mayor parte de las explicaciones se reducen pues a dar cuenta de la configuración social de las conductas, en el contexto del hecho del consumo y como mucho, por el ámbito disciplinar donde se produce (la sociología del*

*delito) a relacionarlo con otra conducta (la delictiva) que se superpone al consumo, lo que de entrada, establece una relación teórica entre droga y delito, que se corresponde con un estereotipo social pero que los estudios empíricos han mostrado como falaz ¿Cómo podemos seguir considerando el fenómeno de las drogas inserto en un campo conductual con el que no posee ninguna relación preferente?” (Comas, 1993: 25).*

En oposición a una genealogía de los saberes, el análisis genético por filiación se inscribe en el marco de la historia de las ciencias. De hecho, tal como afirma Michel Foucault “el elemento que distingue lo que podríamos llamar la historia de las ciencias de la genealogía de los saberes es que la primera se sitúa esencialmente en un eje que, en términos generales, es el eje conocimiento/verdad, o, en todo caso, el que va desde la estructura del conocimiento hasta la exigencia de la verdad. En oposición a la historia de las ciencias, la genealogía de los saberes se sitúa en otro eje, el eje discurso/poder, o, si lo prefieren, practica discursiva/enfrentamiento del poder” (Foucault, 2000: 167). Razón por la cual, no hay que confundir el análisis genético por filiación con la genealogía. En el primero se problematiza desde lo que Foucault llamaría el “institucionalcentrismo” (Foucault, 2006), y en el segundo caso, se problematiza desde el descentramiento de las instituciones, buscando detrás de la institución para tratar de encontrar, no solo detrás de ella, sino en términos más globales, en la red de alianzas, lo que el mismo Foucault llama *un punto de vista global de la tecnología de poder*. Al respecto el siguiente texto puede resultar esclarecedor:

*“La década de los años ochenta fue una década de progresión en la conciencia social de la problemática general de las drogodependencias, de un esfuerzo investigador sin precedentes en este campo y de una amplia creación de recursos para la recuperación social de los drogodependientes. Pero a tenor de lo que sucede en estos días –violencia popular contra la droga- todo parece indicar que afrontamos un profundo retroceso social de la lógica de la racionalidad social frente a la lógica de la racionalidad incivil en la concepción y práctica social de las drogodependencias. Ello no puede sino producir una profunda perplejidad y desconcierto en los profesionales y ciudadanos*

*partidarios de la normalización frente al alarmismo social, de la solidaridad frente a la criminalización y de la integración social frente a la exclusión.”*  
(Rodríguez, 1993: 83)

En segundo lugar, tal como afirmamos en el punto anterior, los distintos modelos constituirían una serie histórica en progresión. En efecto, tanto los aspectos continuos como discontinuos observados en el tránsito de un modelo a otro, en la emergencia de uno con respecto a otro, o en la coexistencia simultanea, en todos los casos se trataría de un *progreso*, de un triunfo adscrito a la lucha del conocimiento contra la ignorancia, de la razón contra las quimeras, de la experiencia contra los prejuicios, de los razonamientos contra el error, etc. En síntesis, una narrativa espectral del progreso de las Luces, escribe el avance del día que disipa la noche (Foucault, 2000). Sirva como botón de muestra el siguiente fragmento:

*“Pero la perplejidad y el desconcierto solo se pueden producir cuando la problemática de las drogodependencias se contempla aislándola del conjunto de los problemas sociales con que aquellas se entroncan de los que es sobre todo efecto y en menor medida causa. Ello quiere decir que el fracaso relativo de la lucha contra las drogodependencias es sobre todo el fracaso de la sociedad, de la estructura social, para solventar un campo de problemas a través de los que se manifiestan los consumos adictivos, conflictivos y no conflictivos de la sociedad española. De nuevo hay que intentar arrojar luz, como conciencia racional, sobre un proceso social que es único y en el que es necesario articular drogas con estructura social. Es decir, hay que crear conciencia sobre procesos que son endógenos y parcialmente exógenos.”*  
(Rodríguez, 1993)

Una narrativa progresista en la que figura el progreso como la recompensa de los espíritus libres, el hijo de largas soledades, el privilegio de aquellos que han sabido emanciparse (Foucault, 1999). El texto que a continuación citamos corresponde a un fragmento del artículo de Domingo Comas sugerentemente titulado *La necesidad de modelos teóricos ante los resultados de las investigaciones realizadas desde 1980*. Más

sugerente aún es el subtítulo del apartado del cual forma parte el texto que ahora reproducimos: “Luces y sombras ante una necesidad poco deseada” (Comas, 1993: 27)

*“Pero el deseo permanece agazapado en los sujetos sociológicos que realizan la investigación empírica (y a veces la intervención), por lo que la reconstrucción teórica es posible al margen de retóricas e instituciones.*

*¿Cómo? ¿Dónde?, preguntas a las que el deseo [para entender el deseo aquí hay volver al título y al subtítulo] va a dar respuesta en cuanto rompa definitivamente las cadenas del paradigma institucional: la obsesión por unos datos llamados epidemiológicos sobre el que se desarrolla el debate circular en torno a metodologías cuyos objetivos finales son inalcanzables. Pero también cuando rompa con las cadenas del paradigma anti-institucional: la obsesión por el estado Leviathan, omnipotente e inexistente cuya descripción pormenorizada parece obedecer más a leyes de la publicidad que a la descripción sociológica.”*  
(op.cit)

Imbuido en el representacionismo<sup>71</sup>, lo que parece olvidar el autor antes citado, y junto a él otros autores críticos de la década de los 80, es que la verdad no está fuera del poder, no carece de poder. Como señala Foucault, *la verdad es de este mundo*. Es producida en este mundo gracias a múltiples imposiciones, y produce efectos reglados

---

<sup>71</sup>“El representacionismo implica que existe siempre la posibilidad de conocer el grado de verdad de lo que creemos conocer contrastándolo con la realidad misma. Podemos inventar tantas descripciones, explicaciones o teorías como nos venga en gana o como alcance nuestra imaginación, pero los hechos son tozudos y es la propia realidad la que se encargará de poner freno a nuestra inventiva. Al igual que en los sistemas jurídicos hay siempre una instancia superior que dicta la última palabra sobre un litigio, todo conocimiento se enfrenta, asimismo, a un referente inapelable, el «tribunal de los hechos”. Los representacionistas nos conceden que seamos dueños de las preguntas que formulamos a la realidad, e incluso también que seamos responsables de la elaboración de las respuestas, pero queda fuera de toda discusión que sea la propia realidad, y sólo ella, la que tenga en sus manos la decisión última en cuanto a si la pregunta estaba bien formulada y en cuanto a si la respuesta que hemos construido es aceptable. Un planteamiento tal encierra un problema nada sencillo de resolver. Para saber que dos cosas se corresponden hay que compararlas, y para compararlas hay que acceder a cada una de ellas con independencia de la otra. Ahora bien, ¿cómo se puede acceder a la realidad con independencia del conocimiento que tenemos de ella para poder compararla así con ese conocimiento? Nadie ha sabido decirlo hasta ahora y, sin embargo, es precisamente lo que debería explicarnos aquél que pretenda que el conocimiento se corresponde con la realidad y que nos dice cómo es ésta” (Doménech & Ibáñez, 1998: 15)

de poder. En una sociedad como la nuestra -nos advierte Foucault- múltiples relaciones atraviesan, caracterizan, constituyen el cuerpo social. Estas relaciones, no pueden disociarse, ni establecerse, ni funcionar sin una producción, una acumulación, una circulación, un funcionamiento del discurso de lo verdadero. No hay ejercicio del poder sin cierta economía de los discurso de verdad que funciona en, a partir de y a través de ese poder. El poder nos somete a la producción de la verdad y solo podemos ejercer el poder por la producción de la verdad. Eso es válido en cualquier sociedad (Foucault, 2000). El poder no deja de cuestionar y de cuestionarnos e institucionaliza la búsqueda de la verdad y no cesa de investigar y de registrar: “[...] el poder nos obliga a producir la verdad, estamos forzados, condenados a confesar la verdad o a encontrarla...Después de todo, somos juzgados, condenados, clasificados, obligados a cumplir tareas, destinados a cierta manera de vivir o cierta manera de morir, en función de discursos verdaderos que llevan consigo efectos de poder” (Foucault, 2000:34).

Como leer, sino desde el requerimiento de la verdad, la queja formulada inicios de los 90 en la cual se advertía de que se había ampliado el conocimiento de las drogas en el plano horizontal pero no así en el plano explicativo, como si esto último fuera cuestión de tiempo, de voluntades, de intenciones adscritas al propio campo, las que mutando tarde o temprano permitirían corregir sus errores en tanto adecuarían sus herramientas teóricas y metodológicas a las exigencias del contexto: *“Sin duda el mayor hándicap de las teorías sociológicas sobre drogas reside en la “ignorancia” del perfil actual de las instituciones y su papel central en el fenómeno”* (Comas, 1993: 27) Observamos entonces como el espectro del pensamiento moderno sobrevuela la narrativa “progresista” de las drogas en los 80, cifrando el juego de la verdad en el costado aristotélico de la “adecuación del intelecto a la cosa” entendida esta última de modo realista.

En tercer lugar, nos encontramos ante una traducción teleológica de la “serie” histórica de modelos de drogas de tipo emancipatorio, cuya progresión en el tiempo denotaría un movimiento irreversible hacia un mayor coeficiente de libertad (reducción de riesgos/daños y despenalización), y cuyo avance significaría el alejamiento, el distanciamiento e incluso la ruptura con cierto *ethos* represivo

característico de los dos modelos anteriores. Lo anterior quedará registrado de forma elocuente en las conclusiones presentadas en el informe final de la investigación titulada “Los estudios de las drogas en España en la década de los ochenta: hacia un modelo de interpretación” citado anteriormente.

*“Por otro lado, hemos visto que el paradigma sociocultural tiene unos orígenes distintos. Elaborado desde el exterior de la intervención, a partir básicamente de estudios socioantropológicos, pronto irá adquiriendo carta de naturaleza -a nivel teórico- por lo menos en las formas de entender el problema, no tanto, quizás, en su gestión. Pero, al mismo tiempo, una parte cada vez más significativa de los sectores profesionales "psi" involucrados en la intervención directa buscarán en este paradigma las soluciones que no han encontrado, no sólo en el modelo biomédico -del que muchos ya no han llegado a participar- sino en el biopsicosocial, precisamente por el confusionismo al que éste induce. Será necesaria una ruptura con él para poder ir profundizando en el desarrollo del modelo sociocultural, como hemos podido ver a través del análisis de los distintos estudios” (Grup Igia, 1995: 95-96).*

*“[...]De hecho, la historia analizada antes de la creación de una red específica de asistencia a partir de unas condiciones sociopolíticas y corporativas, tendría que completarse con la idea de que la apertura de un nuevo sector profesional fue facilitada también por la incidencia de dos factores que, a pesar de que puedan parecer contradictorios si se efectúa un análisis por separado de sus contenidos, actuaron complementariamente. Nos referimos, por un lado, a la alarma social -mencionada ya en algún momento- pero por el otro a un cierto ambiente cultural digamos que "progre", coherente con la incipiente política de bienestar social desarrollada por el nuevo Estado democrático y dispuesto a apoyar actividades sociales que implicaran una ampliación de la solidaridad, de la lucha contra las desigualdades, etc.” (Grup Igia, 1995: 97)*

Se trata de una *traducción* en el sentido que la sociología simétrica le otorga al término. Al respecto Bruno Latour señala que “...Llamaré traducción a la interpretación que los constructores de hechos hacen de sus intereses y de los intereses de la gente

que reclutan” (Latour, 1987: 106). Desde la perspectiva de la sociología simétrica, conocer no es representar, conocer es traducir, y esto –la traducción- opera en todos los niveles en los que se desarrolla la práctica del conocimiento. La traducción es el sistema de conocimiento de las cosas en el espacio de los textos. Esta se ejerce en la relaciones entre los objetos, las sustancias, las técnicas, los intereses, los problemas, los sentimientos, los sueños (Domènech et al, 1998). Comprende todas las negociaciones, intrigas, actos de persuasión o violencia, gracias a los cuales un actor consigue la adhesión de otros actores, en definitiva, teje una red. “El acto de traducción significa la transformación de partes, de materiales inmóviles, informes, sin sentido, en redes, en efectos, en entramados móviles, con forma, con determinado sentido” (Domènech et al., 1998: 28) ¿Qué sentido? Pues en la narrativa que sostiene la serie histórica de los modelos y paradigmas de drogas, y principalmente en aquella que sostiene la emergencia del modelo sociocultural en ruptura epistémica con los que le preceden, ésta denota ampliación de libertades, avances y progreso, apertura y cambio. En definitiva, se trata –así se nos propone- de una traducción irreversiblemente emancipatoria, o, al menos, así se sueña...se desea.

Sin embargo, dicha narrativa olvida que el acto de traducción parece denotar cierta duración que paradójicamente está condenada a no durar. Todo efecto es incierto, inacabado, y hasta cierto punto, está condenado a volver a ser traducido, modificado, y así, una y otra vez, sin pausa ni descanso. En cualquier momento surge ese ángulo ínfimo que altera un estado de cosas, lo transforma en algo diferente, lo vuelve a traducir. *“Ese ángulo es inevitable, puesto que puede aparecer de la mera yuxtaposición con otras entidades, de la conexión azarosa con algún elemento, de la inclusión de una nueva entidad que forzará irremisiblemente la reorganización, la traducción, de toda la red, sus entidades, y significados”* (Domènech et al, 1998: 28). En definitiva, olvida que la traducción es un continuo fluir, nunca es representación de algo que le preexiste.

En cuarto lugar, respecto al origen del modelo sociocultural, diremos que el conjunto de enunciados mediante los cuales se sostiene la *exterioridad de la crítica que le precede en su nacimiento*, cuestión que por lo demás constituiría la condición de posibilidad para su emergencia en ruptura y discontinuidad con los modelos

precedentes, y con ello, el surgimiento -el anuncio- de una nueva *espisteme*<sup>72</sup> de las drogas, responde a una traducción derivada de una concepción represiva del poder. En efecto, el esquema analítico propuesto por Romaní respecto a la serie de modelos sobre drogas, y particularmente respecto a la emergencia, validación y legitimación del modelo sociocultural en ruptura epistémico-política con los modelos precedentes, se apoya en una narrativa en la cual se identifica al poder con una ley que dice no, que privilegia sobre todo la fuerza de la prohibición, a la cual escaparía el modelo sociocultural. Desde esa lógica, la ruptura y legitimación del modelo sociocultural pasa por la emancipación.

Siguiendo la “analítica del poder” propuesta por Foucault antes de que introdujera la cuestión del gobierno y del biopoder extendiendo su analítica a los procesos de gubernamentalización, existirían dos grandes sistemas de análisis del poder: Uno que sería el viejo sistema que encontramos en los filósofos del siglo XVIII, el cual se articularía en torno al poder como derecho originario que se cede, constitutivo de la soberanía, y con el contrato como matriz de poder político. Y ese así constituido correría el riesgo al superarse a sí mismo, es decir, al desbordar los términos mismos del contrato, de convertirse en opresión. Y tendríamos el otro sistema que, al contrario, trataría de analizar el poder político ya no de acuerdo con el esquema contrato/opresión, según el esquema guerra/represión. En ese momento la represión, no sería lo que era la opresión con respecto al contrato, vale a decir, un abuso, sino, al contrario, el mero efecto y la mera búsqueda de una relación de dominación (Foucault, 2000).

Pues bien, si analizamos la crítica a los distintos modelos hegemónicos en el campo de las drogas a luz de los esquemas analíticos propuestos por Foucault, veremos que

---

72 Foucault llama episteme al conjunto de suposiciones, prejuicios y mentalidades que estructuran y limitan el pensamiento de cualquier época en particular. La palabra se deriva de la misma raíz griega antigua que la rama de la filosofía conocida como epistemología, el estudio de los fundamentos en que se basa el conocimiento...Una episteme particular hará surgir una forma particular de conocimiento. Foucault llamó a esta última discurso, y con ello se refiere a la acumulación de conceptos, prácticas, proposiciones y creencias producidas por una episteme determinada (Strathern, 2002 en Pastor, 2007: 17)



tanto la crítica al modelo penal como la crítica al modelo médico, se encuentran codificadas principalmente sobre la base del esquema contrato/opresión y en menor medida represión/dominación. De hecho, la crítica a estos modelos se articula, principalmente, en torno a aquellos puntos o zonas donde suele desbordarse el contrato, y por consiguiente, queda al descubierto la opresión. Es más, la razón de ser de la crítica, sería -en gran medida- hacer inteligible dichas zonas de opresión.

Situados en una posición minoritaria, desde las ciencias sociales de cuño constructivista, no se dudará en codificar el debate sobre la base de una oposición, tan maniquea como ingenua a la vez, enfilada sobre la delgada línea que separa el binomio opresión/emancipación. En efecto, desde esta posición crítica, el poder hegemónico en el campo de las drogas se manifiesta como *prohibición*, bajo la fórmula de un decir *no*. Dicho de otro modo, se partirá de una concepción formal del poder, una concepción jurídica donde el poder es la ley, el que dice “no debes”, es la regla, la prohibición, lo que marca el límite entre lo permitido y lo prohibido. Sirva como botón de muestra el siguiente fragmento, en el cual Romaní (2004: 61-62) expone los antecedentes del modelo penal y traza algunos de sus rasgos definitorios.

*“La definición del concepto unificado y estigmatizante de droga hegemónico aún en la actualidad se origina durante los años del cambio de siglo en EE.UU., con el inicio del control de opio en Filipinas según las pautas de lo que será el paradigma prohibicionista, y también durante los años de la primera Gran Guerra en Europa, y puede seguirse a través de los principales convenios internacionales que fiscalizan determinados productos, ocasionando la criminalización de sus consumidores. Estamos ante el modelo penal, basado en un paradigma jurídico-represivo...”*

Resulta significativo que el propio Dr. Freixa quien fuera uno de los principales exponentes del modelo médico en su versión socio sanitaria en España de la década de los 80, argumentando a favor de la adicción como constructo psicosocial en el cual la cuestión de los estilos de vida y la subcultura serían claros determinantes de la conducta adictiva (racional y positiva), incluso por encima de los determinantes

estructurales como el estatus legal de las sustancias. Este concluirá que su propuesta se distancia y se distingue del denominado “*modelo de construcción social*” en el que la heroína es solo un problema porque su uso es ilegal” (Freixa, 1985: 70).

Ahora bien, como a continuación veremos, la hipótesis represiva no se agota ni limita su crítica al modelo penal, sino que también extiende su crítica bajo el mismo principio, al modelo médico toda vez que éste se articula bajo el principio teleológico de la abstinencia, de una sociedad libre de drogas. En este sentido, la crítica se dirige a un poder que niega, entre otras cosas el placer (principalmente visto como ganancias secundarias, es decir más bien como gratificación), que silencia, entre otras cosas la voz de los propios afectados, de los subalternos, que excluye la multiplicidad tanto como la singularidad y que se fundamenta en la superioridad moral de los que detentan el saber (poder). Desde esta perspectiva, el modelo sociocultural deviene en el envés de la prohibición, de la represión.

En el informe “Los estudios de las drogas en la década de los 80...” citado anteriormente, el análisis crítico referido a la ideología asistencial<sup>73</sup> del modelo médico en el campo de las drogas, representado claramente por el texto de Toxicomanías, un enfoque multidisciplinario (Freixa et al., 1981), texto que para fines del estudio referido tendrá un valor documental crucial, se dirá lo siguiente:

*“Por parte de FREIXA se insiste mucho en la pérdida de valores, asociada a la modernidad y, de hecho, se propone como alternativa una ideología militante del concepto de salud como valor que debe imponerse, casi como un nuevo tipo de religión científica cuyos sagrados sacerdotes serán los médicos (este parangón ya sabemos que, por lo menos desde la Némesis Médica de Ivan ILLICH, no es original, pero, FREIXA lo expone con mucha claridad. Según ellos el gran reto del S.XXI es la organización de la salud como un bien colectivo de toda*

---

<sup>73</sup> “Podemos pensar que el conjunto de instancias relativas a la salud y a la enfermedad se compone de dos planos: un nivel ideológico, formado por representaciones, valores y actitudes propios de los sectores sociales implicados en los mismos, y en los cuales podemos hallar desde legitimaciones corporativas hasta modos de organización institucional; y un segundo plano o nivel que se refiere a las “praxis”, a la gestión propiamente dicha de los procesos aludidos, es decir, al conjunto de comportamientos, actuaciones, tomas de decisión y técnicas destinadas a la utilización de estos marcos institucionales dentro de los límites que marca la compatibilidad ideológica” (COMELLES, 1985: 76).

*la comunidad mundial". Y el profesional médico es el responsable de salvaguardar este bien ante la mala utilización que puede hacer el individuo.*

*Desde una óptica que responde plenamente al modelo sanitarista, se plantea la prevención a través de la educación y la información, como medios para formar a los sujetos haciéndoles conscientes de los peligros de las drogas, y ayudar a integrar conductas y respuestas ante la oferta de las mismas. Pero, por otro lado, critica la permisividad general que existe sobre el tema, y sostiene de manera enfática, que para poder controlar esta oferta de modo preventivo es necesario ilegalizar todas las drogas.*

*Su pretensión de cientificidad asimilada a la objetividad, dentro de la ortodoxia del modelo biomédico positivista, les lleva a plantear un tipo de prácticas interventivas en las que el papel del individuo es totalmente minimizando, podríamos decir que prácticamente no existe. Esto es muy coherente con el mencionado modelo biomédico, a partir del cual se construye un ente con el que se trabaja, la enfermedad, y no se considera que, en realidad, se trata con individuos que tienen un conjunto de conflictos." (GRUP IGIA, 1995: 53)*

En cuanto a la crítica en código de "represión/dominación" -en el marco del esquema de poder señalado por Foucault- cabe recordar que a partir del siglo XIX y hasta nuestros días, por una parte, existe una legislación, un discurso y una organización del derecho público articulado en torno del principio de soberanía del cuerpo social y la delegación que cada uno hace de su soberanía al Estado, y, al mismo tiempo, y por otra parte, una apretada cuadrícula de coerciones disciplinarias que asegura, de hecho, la cohesión de ese mismo cuerpo social (2000). En efecto, en las sociedades modernas, el poder se ejerce a través del juego mismo de esa heterogeneidad entre un derecho público de la soberanía y una mecánica polimorfa de la disciplina. Siguiendo a Foucault, las disciplinas tienen su propio discurso, son en sí mismas creadoras de aparatos de saber, de saberes y de campos múltiples de conocimiento. Además, tienen una extraordinaria inventiva en el orden de esos aparatos formadores de saber y conocimiento, y son portadoras de un discurso, pero un discurso que no puede ser el del derecho, el discurso jurídico. Al respecto Foucault señala; *"el discurso de la*

*disciplina es ajeno al de la ley; es ajeno al de la regla como efecto de la voluntad soberana". (2000: 45)*

Las disciplinas, según Foucault, portarán un discurso que será el de la regla. No el de la regla jurídica derivada de la soberanía, sino el de la regla natural, vale decir, de la norma. Ciertamente, las disciplinas definirán un código, pero este no será el de la ley, sino el de la normalización, y se referirán necesariamente a un horizonte teórico que no será el edificio del derecho sino el campo de las ciencias humanas, y *"la jurisprudencia de esas disciplinas será la de un saber clínico"*. El juego mismo de esa heterogeneidad entre un derecho público de la soberanía y una mecánica polimorfa de la disciplina, operará el discurso crítico constructivista en las década de los ochenta, particularmente en lo que refiere al campo de las drogas. Una vez más volvamos al citado informe de Grup Igia de 1995.

*"La ideología que sustenta todo el entramado de programas de intervención y la consecuente organización para su desarrollo, se orienta hacia un modelo que intenta intervenir de manera represiva sobre a todos<sup>74</sup> los efectos relacionados con la oferta (tráfico, distribución, dinero ilegal, etc.) y, de forma paliativa en los efectos relacionados con la demanda (facilitar procesos de rehabilitación, ayudas sociales para costear dichos recursos, etc.) en las personas con problemas de adicción y, mediante la información adecuada, prevenir sobre el aumento o mantenimiento de dicha demanda" (GRUP IGIA,1995: 71).*

Ahora bien, la crítica al modelo médico, principalmente en lo que refiere a sus dispositivos clínicos, dirigirá su cuestionamiento al aparato teórico conceptual en términos de los efectos de realidad concomitantes al proceso de mediación (codificación/normalización), así como también a los efectos de poder con relación al proceso de modulación (disciplinamiento/sujeción) ejercido por dichos dispositivos. Al respecto, la siguiente cita quizás sirva de buen botón de muestra sobre esta doble dimensión crítica "mediación/modulación".

---

<sup>74</sup> Se trata de una cita literal. Suponemos que hay un error de redacción en la fuente pues al parecer falta una "y" pudiendo quedar el texto de la siguiente forma: "intervenir de manera represiva sobre y a todos los efectos..." o sobre la palabra "sobre".

*“En un nivel más concreto, preconizan una clínica que sigue las pautas aprendidas en los tratamientos tradicionales del alcoholismo. Es decir, primero desintoxicar y, una vez instaurada la desintoxicación con sus secuelas de trastornos y conductas que tienden a la repetición del consumo, ya se puede recorrer el camino de la deshabituación, con la ayuda de la presión de grupo a través de grupos terapéuticos en los que tiene mucha importancia la figura del rehabilitado como modelo a seguir. Se parte, por tanto, de un modelo médico y psicológico desde una perspectiva conductual de reforzamiento de conductas fóbicas, a través de la implicación y el control ejercido por el grupo.” (GRUP IGIA, 1995: 54)*

*“En el caso de la heroína se parte de este modelo, pero se aceptan también otras posibilidades como las Comunidades Terapéuticas (de las que se destaca el aprendizaje a través de la jerarquización y el control riguroso de los distintos aspectos de la vida cotidiana), los Programas de Mantenimiento con Metadona, como un elemento más del tratamiento, programas con antagonistas, y “programas amplios (...) que posibilitan diversas opciones terapéuticas que favorecen una asistencia más globalizada” (GRUP IGIA, 1995: 54)*

En este sentido, la crítica a ambos modelos, aunque principalmente focalizada en el modelo médico, ya sea desde una lógica opresión/dominación o –aunque en menor medida- contrato/opresión, a veces sobrevuela y otras se sumerge en una dialéctica negativa, mediante la cual se fuerza a si misma a la “negación de la identidad” (entre razón y realidad, entre sujeto y objeto, entre éste y su concepto) en tanto se sobreentiende que afirmar la identidad “equivale a anular las diferencias, reducir la multiplicidad a la unidad, lo dado particular y concreto al pensamiento, para así poder dominarlo” (Barahona, 2005). Así mismo, se fuerza, también a “desmitologizar” el concepto, a acabar con la ilusión de que éste coincide sin más con lo que representa. En esa dirección dirige su mirada a los conceptos fundamentales que sostienen la arquitectura del conocimiento científico de las drogas: el concepto de drogas, de adicción, de dependencia/abstinencia y de contexto.

Al respecto, en el citado informe de la investigación realizada por profesionales reunidos en GRUP Igia (1995), y al cual nos hemos referido profusamente en el presente capítulo, a partir de una muestra documental conformada por cinco publicaciones, las que a juicio de los responsables del estudio serían *teóricamente* representativas de los distintos modelos sobre drogas presentes en la década de los 80, se analizan las nociones que los diferentes autores tienen respecto a los conceptos básicos que conformarían el campo científico de las drogas. Así por ejemplo, se analiza y compara la definición de *drogas* utilizadas por los distintos autores conforme éstos son adscritos a uno u otro modelo. En ese marco, se observan diferencias significativas en las definiciones de drogas a partir de las cuales opera uno u otro modelo. Así por ejemplo en la definición de drogas que opera en el *modelo médico* se releva como cualidad intrínseca o atributo definitorio de ésta su capacidad (real o potencial) para generar dependencia (física o psíquica). Por el contrario, desde la perspectiva sociocultural, este atributo tiende a ser omitido, sin que se desconozcan las cualidades farmacodinámicas del objeto drogas. *“La sustancia se considera como un elemento neutro, acentuándose la representación social y el elemento mítico que introduce el contexto cultural”* (GRUP IGIA, 1995: 85). De este modo, desde una perspectiva sociocultural, se intenta desactivar el atributo del objeto, el cual, desde una perspectiva biomédica, sería definitorio; nos referimos a la *dependencia*, en tanto ésta forma parte del conjunto de efectos, consecuencias y funciones de las drogas que estarían condicionados, sobre todo, por las definiciones sociales, económicas y culturales que generan los conjuntos sociales que las utilizan (Romaní, 2004). Al respecto la siguiente cita tomada del informe al que nos hemos referido puede resultar elocuente.

*“Esta última forma de conceptualizar las drogas, que tampoco aparece sino muy marginalmente entre los entrevistados, ha tenido una proyección mucho más minoritaria y una introducción mucho más lenta dentro de los distintos campos de la intervención, quizás debido a ciertas dificultades para operativizarla, quizás, también, porque a través de ella se podía ver demasiado claro “que el rey estaba desnudo”. Es decir, si a la clave de bóveda de toda una*

*construcción social de repercusiones tan contundentes en las sociedades contemporáneas como es la de las drogas, le quitamos sus elementos legitimadores básicos, o sea, las supuestas verdades ontológicas, de tipo "científico", que la sustentan, nos encontramos que se abre una brecha por la que se puede cuestionar dicha construcción de arriba a abajo y esto, con la mejor buena fe del mundo, puede llegar a ser muy difícil de admitir. O bien, como mínimo, hay que reconocer que resulta francamente conflictivo gestionar el tema, ahora y aquí, a partir de estos presupuestos, cuando no ha habido una crítica teórica seria y profunda que haya propiciado un verdadero cambio de paradigma a partir del cual elaborar análisis de los aspectos más generales de la vida humana; o, mejor dicho, cuando esto está todavía en pleno proceso de realización y no es fácil, por lo tanto, traducirlo inmediatamente al nivel del sentido común." (GRUP IGIA 1995: 86)*

Los intentos por redefinir el aparato conceptual de las drogas es una expresión más de la lucha de poder, de la disputa entre constructivistas y neopositivistas, entre agentes provenientes del mundo de las ciencias sociales y del mundo de las ciencias médicas, los que inmersos en un juego dialectico de gran intensidad, pugnan por reconfigurar el campo de las drogas, interviniendo para ello en el plano de su economía política de la verdad y sus efectos de realidad. "En un campo, los agentes y las instituciones están en lucha constante, de acuerdo con las regularidades y reglas que constituyen este espacio de juego (y, en determinadas circunstancias, sobre las reglas mismas), con diversos grados de fuerza y, por lo tanto, con diversas probabilidades de éxito, para hacerse con los productos que están en juego. Los que dominan en un campo dado están en posición de hacer que obre a su ventaja si bien han de contender siempre con la resistencia, las reivindicaciones, la lucha, política u otra, de los dominados" (Bourdieu En Zolkower, 1998: 83). Los siguientes fragmentos citados a continuación, expresan las tensiones entre el modelo médico y el modelo sociocultural observadas por los responsables del estudio al que nos hemos referido anteriormente, por cierto, investigadores que serán claros defensores y promotores de las bondades del modelo

sociocultural como por ejemplo *“su capacidad o naturaleza intrínseca para abordar desde la complejidad determinados fenómenos sociales”*.

*“Efectivamente, centrándonos solamente en la evolución de las relaciones entre los distintos modelos de abordaje del tema, tanto desde el punto de vista teórico como práctico, podemos apreciar que a través de una serie de condiciones históricas, el modelo biomédico, indiscutidamente hegemónico de abordaje de la salud, no, es capaz de integrar con fluidez la complejidad de este nuevo problema, debido a sus propias formas organizativas y al conjunto de percepciones básicas que maneja. Serán los incipientes servicios sociales los que lo hagan, contribuyendo decisivamente a la creación de un nuevo sector profesional, el de la intervención en el campo de las drogodependencias.*

*Por esto, no significa que los servicios sociales consigan tener una posición hegemónica en el nuevo campo que se está configurando. Precisamente por su falta de legitimación social y profesional, será desde el paradigma biomédico, con pretensiones de alternativa universal, que se configurará como modelo el que durante unos años dominará el campo asistencial de las drogas: el biopsicosocial. Como hemos visto, aquí habría que considerar no sólo la fagotización-cristalización y prematura rigidificación de posibles nuevas alternativas por parte de las corporaciones hegemónicas, sino también contingencias históricas. Al tratarse de los inicios del problema, los autores tienden a hacer "manuales" en los cuales se debe hablar de todos los aspectos del problema. Con la característica, en el caso de FREIXA, de que al tratarse, no sólo de un manual de la corporación médica, sino de aquel sector de la misma que se dedicaba a la atención a los alcohólicos, le permitió marcar la pauta durante una dilatada época.” (GRUP IGIA, 1995: 94-95)*



En definitiva, la ley prohíbe y la disciplina prescribe. Ahora bien, en la década de los ochenta y gran parte de la década de los noventa, la crítica de base constructivista<sup>75</sup> independientemente si su objeto es el modelo penal o el modelo médico, se halla fuertemente ligada a una concepción represiva del poder (ya que la cuestión del poder por regla general se expresa en forma de represión) mediante la cual se tiende a relevar los efectos negativos de este (exclusión, rechazo, negaciones, ocultaciones, distorsiones, etc.) omitiendo, sino olvidando, sus efectos positivos (productivos) a nivel del saber<sup>76</sup>. Salvo algunas excepciones<sup>77</sup>, se tiende a priorizar un punto de vista

---

<sup>75</sup> Utilizamos aquí la noción constructivista por dos razones. Por un lado para desmarcarnos y dejar fuera de nuestra crítica la perspectiva construccionista próxima a los planteamientos de Keneth Gergen. Y en segundo lugar, utilizamos la noción constructivista como noción genérica que remite a cierta perspectiva paradigmática en términos de la clasificación propuesta por Guba. & Lincoln.

<sup>76</sup> Desde cierto empirismo sociológico Domingo Comas asocia esta tendencia observada en el periodo que estamos analizando a una corriente de la sociología institucionalizada “que se había vinculado más a una corriente de opinión que a una elaboración teórica en el sentido estricto” (1993: 88). Este señala que al margen de la investigación empírica, una parte de la teorías de la conducta desviada tal y como fueron enunciadas por algunos sociólogos, se trasforman en los elementos configuradores de un discurso político y ético, liberal y radical, de carácter “antiprohibicionista”. Al respecto Comas señala: “En resumen se trata de un discurso que basa sus enunciados en la identificación entre disidencia moral y disidencia política (comparando la ilegalidad de algunas drogas con otras formas históricas de persecución), lo que permite de partida deslegitimar cualquier opción relacionada con el control de las drogas, al considerarla exclusivamente como una formula de persecución política inaceptable en un Estado Democrático y no como una posible realidad configuradora y esencial (la protección social) de este mismo Estado moderno” (1993:88). De acuerdo a Comas, el argumento se construyo sobre dos planos: el primero de carácter teórico, implicaría una combinación -contra natura dirá Comas- de Merton y Sutherland, “algo así como “la asociación diferencial de la profecía que se autocumple lo que equivale a describir un proceso articulado alrededor de un “mercado negro” que se podría eliminar con la liberalización de todas las drogas” (op.cit); el segundo de carácter empírico, supondría una selección de aquellos resultados que resaltaban la incidencia del estereotipo social sobre las drogas, al cual se atribuiría un relevante papel en el mantenimiento del sistema. Este tipo de argumento sería asumido por la “criminología crítica”, aunque sin duda, en una línea similar, la visión más influyente ha sido la contenida en la “historia de las drogas” de Antonio Escohotado, cuyas tesis centrales fueron reiteradamente difundidas por los “espacios de pensamiento” de diversos MCS: las políticas sobre drogas representan, transfigurado para nuestra sociedad, el “eterno conflicto” entre libertad y seguridad. Curiosamente, esta crítica empirista enfilada por Comas coincide en su argumentación con la crítica al welfarismo penal hecha en por la sociología en el mundo anglosajón y la posterior emergencia de cierto pragmatismo neoliberal.

<sup>77</sup> Creo que un buen excepción a esta tendencia –y quizás hasta cierto punto en contraste con la perspectiva de Comas anteriormente citada- lo constituye un texto probablemente de los menos conocidos de Oriol Romaní titulado “Prohibicionismo y Drogas: ¿un modelo de gestión social agotado? incluido en el libro Sistema Penal y problemas sociales coordinado por Roberto Bergalli. Si bien el texto es mucho más tardío (2003), creo recupera de forma focalizada e intensiva algunos planteamientos desarrollados tempranamente por el autor en una obra colectiva publicada por GRUP IGIA en el 1989 con el título Repensar las drogas. En el texto publicado en el 2003 Romaní desde una perspectiva del

eminentemente opresivo afincado por lo general en la cuestión del prohibicionismo moderno. Todo indica que la crítica olvida, o pone en segundo plano, la perspectiva desde la cual se entiende que el poder disciplinario es eminentemente productivo, apoyándose en una multiplicidad de dispositivos de producción de individualidades para ello, los cuales a su vez producen efectos individualizadores.

*“También el mecanismo disciplinario codifica en forma permanente lo permitido y lo prohibido o, mejor dicho, lo obligatorio y lo prohibido; el punto al que se aplica un mecanismo disciplinario, entonces, no es tanto lo que no debe como lo que debe hacerse...En el sistema de la ley, lo indeterminado es lo que está permitido; en el sistema del reglamento disciplinario, lo determinado es lo que se debe hacer, y por consiguiente todo el resto, al ser indeterminado, está prohibido.” (Foucault, 2006: 68)*

De ahí que por más que se incorporen al análisis crítico de las drogas los dispositivos clínicos como expresión del poder disciplinario, éstos no dejarán de ser analizados desde el costado de la represión normativizadora (normación), relevándose las prohibiciones, los excesos que oprimen los derechos de los ciudadanos, o de los pacientes, y menos los procesos de normalización. Al mismo tiempo, en el anverso del esquema jurídico y negativo que orienta esta narrativa crítica de las drogas, se dejan entrever una serie de atributos positivos asignados al modelo sociocultural, muchos de los cuales surgen como fruto de una inversión positiva de sus homólogos negativos que serían característicos del modelo penal y médico, y característicos también, de un paradigma prohibicionista. En ese juego de inversiones, se traza una línea divisoria, entre los modelos penales y médicos por un lado y el modelo sociocultural por otro, línea que se extiende al ritmo de una dialéctica de identidad/diferencia, mediante la cual se entreteje una serie de dicotomías: de un lado complejidad y del otro puro reduccionismo; de un lado opresión y del otro, emancipación; de un lado unicidad y del otro multiplicidad; y así en más, una larga serie de pares opuestos que se pierden en frondoso bosque de los tópicos libertarios modernos.

---

control social se cuestiona sobre las posibilidades críticas eventualmente alcanzables desde una lógica de reducción de daños, cuestionando de este modo, *la doxa* que asimila reducción de daños a mayores coeficientes de libertad.

A diferencia de M. Foucault, quien por aquella época ya había reparado en que el análisis del poder no debía hacerse en términos de derecho precisamente, sino en términos de tecnología, en términos de táctica y de estrategia, y que era necesaria una sustitución de un esquema jurídico y negativo por otro técnico y estratégico, a diferencia de él, gran parte de los críticos constructivistas del campo de las drogas seguirán durante mucho tiempo intentando salvaguardar la naturaleza intrínsecamente libertaria de sus propuestas, cuidando de que éstas no sean “tergiversadas” en manos del poder instrumental, como si éstas hubieran nacido a un costado de éste, y que al solo contacto con él, estas se pudieran corromper. Salvaguarda y denegar a la vez su lugar en la maquinaria productiva del poder. En una entrevista a Foucault realizada en 1977 a propósito de las relaciones entre cuerpo y poder, señalará lo siguiente:

*“...si el poder no tuviese por función más que reprimir, si no trabajase más que según el modo de la censura, de la exclusión, de los obstáculos, de la represión, a la manera de un gran súper-ego, si no se ejerciese más que de una forma negativa, sería muy frágil. Si es fuerte, es debido a que produce efectos positivos a nivel del deseo —esto, comienza a saberse— y también a nivel del saber. El poder, lejos de estorbar al saber, lo produce.” (Foucault, 1977: )*

Sobre la base de estos planteamientos, la cuestión es ¿Cómo los planteamientos teóricos, el aparato conceptual aportado por determinados enfoques constructivistas que dieron origen al llamado modelo sociocultural llegaron a imbricarse, incorporarse al engranaje de las nuevas tecnologías de poder? O parafraseando a Foucault ¿Cómo las tecnología concerniente al problema de las drogas, pasó de la negatividad a la positividad, de binaria se convirtió en compleja y multiforme? Habría que preguntarse cómo los distintos dispositivos de poder, ampliamente diseminados en la extensa serie de heterocontroles que en la década de los 80 se cernirán sobre el problema drogas *produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos*, produciendo a su vez consecuencias sobre la realidad social a través de formas diversas de objetivación (definición del riesgo y de lo “riesgoso”) y de subjetivación (modos de producción del

sujeto). En síntesis, reconocer la dimensión productiva y no meramente represiva del poder. Desde esa perspectiva debe afrontarse el análisis de los cambios en las formas de control que desde los años setenta se han producido en los regímenes liberales avanzados, entre ellas los usos del riesgo como dispositivo en el terreno del control social (San Martín, 2009). Pero bien, no nos adelantemos, y dejemos formuladas estas interrogantes, algunas de las cuales intentaremos responder al término de este capítulo, y otras iremos respondiendo en la medida en que avanzamos en el texto.

Por otro lado, si bien la crítica constructivista en el campo de las drogas, logra objetar e impugnar el modo en el que se plantean las relaciones entre conocimiento y sociedad desde un enfoque positivista, el cual defenderá la separación entre las esferas de la realidad o del objeto que se pretende conocer, del conocimiento o discurso disciplinar y de la sociedad, Sin embargo, a ésta crítica le pesa una sociología del error. En efecto, si bien la gran contribución de los enfoques derivados principalmente de premisas marxistas o de la sociología clásica de las ciencias, ha sido la vinculación del conocimiento con el dominio de la sociedad, cuando se produce dicha vinculación se hace en un sentido negativo: el conocimiento es erróneo o falso, ideológico, entendido como distorsión y definido como proyección indebida de fuerzas externas o intereses particulares que distorsionan la “imagen primera de la realidad”.

El antropólogo Catalán Joan Pallares en su texto “El Placer del escorpión. Antropología de la heroína y los yonquis” publicado en 1996, específicamente en el capítulo primero que lleva por título *“La droga como problema”*, hace una excelente síntesis de la crítica *al problema drogas*, que resulta muy representativa de la crítica general (a juicio nuestro, deudora de la sociología del error y de la crítica ideológica) que desde la ciencias sociales de cuño marxista o constructivista, se hace a la perspectiva aceptada sintetizada en “problema de la droga” al respecto Pallarés señala:

*“Como decíamos al principio, la forma en que nuestra sociedad enfoca la cuestión de las drogas interviene como una variable más en todo el contexto. Criminalizar y por otra parte considerar a los usuarios como enfermos esta contribuyendo a crear parámetros que dan sentido a aquello que se entiende como “problema de la droga”:*

*a) Priorizando por encima de otras cuestiones, lo cual significa redefinir lo que se considera como problema y su nivel de importancia. Es paradigmático constatar cómo la población en general y de forma mayoritaria considera las drogas (ilegales) como problema prioritario por delante del paro, la pobreza, los desastres ecológicos, etc.” (Pallarés, 1996: 24)*

*b) Implicar al sistema penal y sanitario en la solución de lo que se ha definido como <<problema>>, lo cual tiene efectos negativos para dichos sistemas: masificación y aumento del índice de fracasos en rehabilitación (Pallarés, 1996: 24).*

*“J) Encubrir las dimensiones políticas y económicas del asunto, puesto que gracias a la ilegalidad de ciertas drogas se consiguen grandes ganancias y permite intervenir a los EUA en los asuntos internos de los países productores más débiles, así como en las políticas criminales y de salud pública del resto del mundo”. (Pallarés, 1996: 25)*

Esta concepción del conocimiento, en el caso de la cita al texto de Pallarés (1996) *el problema de la drogas* a servido de base a la crítica que, desde una óptica marxista, se han dirigido a la imagen positivista del conocimiento (Gómez, 2003). Sin embargo, si bien la crítica ideológica ha servido para romper el silencio legitimador que acompañaba a la versión cientificista del conocimiento, se muestra limitado a la hora de entender las relaciones entre la ciencia y sus disciplinas por un lado, y la organización del poder y la constitución de la subjetividades por otro. En este sentido, en vínculo que se establece entre dominio de la sociedad y el dominio del conocimiento se muestra limitado por su carácter monolítico y unidireccional: la crítica ideológica asigna al problema drogas un único rol: la distorsión y/o opresión. Ahora bien, la crítica ideológica, al fundamentar su crítica en la idea de un conocimiento distorsionado o erróneo de la realidad, nos revela que sigue atada a una concepción representacionista del conocimiento. En lo fundamental se mantiene la creencia en un objeto que está en la realidad, “que preexiste al conocimiento e independiente de este y del que se obtiene una visión inadecuada cuando los intereses sociales influyen en el

conocimiento producido, pero del que podría darse un reflejo fiel sin la influencia distorsionadora de dichos interés” (Gómez, 2003: 101).

## 5.- LA EMERGENCIA DEL CONTEXTO EN LA PROBLEMATIZACIÓN DE LAS DROGAS

Volviendo las cuatro observaciones que hemos hecho, ahora nos proponemos trabajar un ejemplo a través del cual intentaremos mostrar como el proceso de traducción operó en el campo de las drogas en la década de los ochenta y parte de los 90, y cuáles fueron sus efectos de saber/poder. Al mismo tiempo, intentaremos mostrar cómo este proceso implicó necesariamente una disputa por la significación de ciertos hechos o fenómenos, siendo sus efectos de verdad la resultante de prácticas de apropiación, reapropiación y expropiación. Para ello proponemos tomar una noción, que a juicio nuestro, emergió con fuerza renovada en la narrativa progresista de las drogas en la década de los 80, y que hasta cierto punto sería baladí del modelo sociocultural; nos referimos a la cuestión del *contexto*.

Si bien es cierto que esta noción va adquirir un significado y una función específica acorde a una racionalidad de tipo emancipadora, no es menos cierto, que a posteriori, va a ser objeto de nuevos procesos de traducción, adquiriendo “nuevas” significaciones y funciones, ahora en el marco de una nueva racionalidad: la del riesgo y la seguridad. Utilizo el entrecomillado para relativizar la noción de lo nuevo, pues como veremos más adelante, la cuestión del contexto en el marco de los dispositivos securitarios de gobierno, constituye una problemática clave que emerge ya en el siglo XVIII en el marco de la gestión del territorio y la ciudad como espacios de seguridad. Al respecto Foucault señala:

*“La disciplina trabaja en un espacio vacío, artificial, que va a construirse por entero. La seguridad, por su parte, se apoyará en una serie de datos materiales. Va a trabajar, desde luego con el emplazamiento, con los desagües, con las islas, con el aire, etc. Trabajarán, por lo tanto, sobre un dato. [Segundo] no se trata de que la seguridad reconstruya ese dato de tal manera que sea dable esperar un punto de perfección como una ciudad disciplinaria. Se trata*

*simplemente de maximizar los elementos positivos, que se circule lo mejor posible, y minimizar, al contrario, los aspectos riesgosos e inconvenientes como el robo, las enfermedades, sin desconocer, por supuesto, que jamás se los suprimirá del todo. Por lo tanto se trabaja no solo sobre datos naturales sino también sobre cantidades que son relativamente reducibles, pero nunca por completo. Como jamás se las puede anular, se trabajará sobre probabilidades.”*  
(Foucault, 2006: 39)

Pero no nos adelantemos, y volvamos a nuestro ejemplo con el compromiso de volver retomar más adelante la cita que hemos hecho a Foucault, y responder las interrogantes que han quedado planteadas. Bien, a propósito de la emergencia del modelo sociocultural, Romaní (2004) señala como un gran avance en este campo, el establecimiento de cierto consenso entre diferentes estudiosos del tema, mediante el cual se reconoce que “para dar cuenta del fenómeno de las drogas habría que partir de la consideración de que el mismo se basa en la inextricable relación entre sus tres factores constitutivos fundamentales, que son la sustancia, el individuo y el contexto” (Romaní, 2004: 67).

Apoyándose en distintas investigaciones etnográficas realizadas en la década de los 70 y 80 (Becker, 1971; Kramer y Cameron, 1975; Zinberg, 1984; Romaní & Funes, 1985), en especial, en los planteamientos de Zinberg (1984), ampliamente difundido y conocido en el campo de las drogas como *el triangulo de Zinberg (Drug- Set- Setting)* se advierte “que las drogas y su uso no pueden percibirse como algo que sucede exclusivamente entre la sustancia y el consumidor” (Barendregt, 1999: 265). De ahí que “para poder determinar los efectos de la interacción entre una droga y un individuo, es necesario tener en cuenta el contexto en el que se realiza” (Barendregt, 1999: 265). O dicho de otro modo, lo que aquí se está relevando es que para poder comprender los efectos de las drogas no se puede dissociar la sustancia consumida del sujeto consumidor, ni del contexto donde se da el acto de consumo. Al respecto Romaní señala que “una cosa es el laboratorio y otra distinta son las condiciones, materiales y simbólicas, en las que los sujetos, en su vida cotidiana, consumen las sustancias que llamamos drogas” (Romaní, 2008: 302). Ciertamente, alentado por la crisis de la psicología social experimental y el “experimentalismo” ampliamente

difundido en las ciencias sociales y del comportamiento hasta la década de los 70, se reclama cierto retorno a las corrientes naturalistas, en tanto estas representan un paradigma –el naturalismo- alternativo al positivismo.

En este marco, la incorporación del modelo de *Zinberg* (1984) como base del consenso en torno al cual emerge y se articula gran parte del modelo sociocultural en el campo de las drogas, permite impugnar los principios ontológicos, epistémicos y metodológicos característicos del paradigma positivista (aunque no así, o no con la misma intensidad, aquellos característicos del post-positivismo), en el cual se sustentaban –desde el punto de vista crítico- los dos modelos precedentes en el campo de las drogas. Así por ejemplo, desde un punto de vista epistemológico, sobre la base del modelo de *Zinberg*, se impugna la perspectiva binaria (diádica) del modelo objetivista/dualista (positivista) que separa sujeto (individuo) y objeto (drogas). De igual modo, desde el punto de vista ontológico, se impugnará el carácter esencialista que adquieren los objetos naturales en el “realismo ingenuo” característico de la perspectiva aceptada (Guba, 1994), recusando –de esta forma- la profilaxis del conocimiento desencarnado, neutral y libre de “distorsiones” subjetivas. Y finalmente, desde el punto de vista metodológico, el interés por el significado y la interpretación, terminarán por desplazar (al menos transitoriamente) a aquel interés centrado exclusivamente en el dato y su valor explicativo-predictivo.

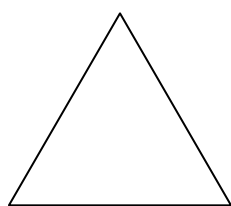
De esta forma, la entrada en escena del “contexto” en el proceso de análisis de la realidad social de las drogas, o mejor, en la dialéctica del conocimiento, modula la propia experiencia del conocimiento, al tiempo que relativiza su naturaleza y reformula el sentido de su práctica. Entrada que hecha sus raíces filosóficas en la obra de Edmund Husserl y Max Weber (1864-1920), entre otros, y tiene amplias y diversas filiaciones teóricas, entre las cuales se destaca la etnometodología de Alfred Schutz, el interaccionismo simbólico de Herbert Blumer, la antropología interpretativa de Clifford Geertz, y la sociología del conocimiento de Peter Berger y Thomas Luckman (autores del primer libro que incluyó en el título de un libro el enunciado “La construcción social...”) En este marco de filiaciones y referencias, se entiende que el contexto, no solo va a mediar la acción social o práctica social, sino que también va a modular su significación. En esa dirección, se plantea la idea de que las variables



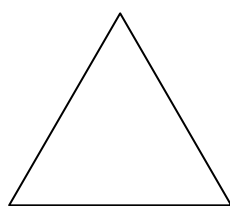
determinantes serán las de tipo sociocultural, pues son las que condicionarán desde una determinada construcción del sujeto, o una expectativas acerca del significado de sus actos, hasta unos determinados sistemas legales, una organización sanitaria, comercial, etc., todo lo cual incidirá en el tipo de presentación material de la sustancia, en su calidad, en las condiciones y formas de consumo, en los efectos deseados y no deseados, e incluso en sus repercusiones orgánicas y daños asociados.

### 5.1.- La Tríada “Drogas, Sujetos Y Contexto”: Diagramas Y Traducciones

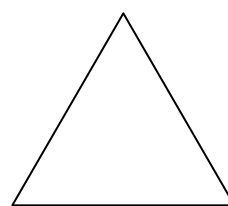
Al revisar la literatura sobre drogas en la cual se hace mención a la triada de Zinberg, podemos observar el uso de diferentes significantes -aparentemente equivalentes entre sí- en la composición de distintos diagramas del triángulo. Un primer diagrama va a estar conformado por la triada “drogas-sujetos –contextos”. Un segundo diagrama por la triada “Sustancia, individuo, entorno”. Y un tercer diagrama, aunque mucho más espectral que los anteriores, estará conformado por la triada “agente, huésped, medio ambiente” (fig. 1)



Metáfora culturalista



Metáfora psicologicista



Metáfora biologista

Ahora bien, no solo parece producirse cierto acuerdo tácito en torno a la equivalencia masiva, es decir como totalidad, de los distintos diagramas entre sí (al menos entre los dos primeros), sino que además parece existir, en ausencia de reparos, cierto acuerdo implícito respecto al plano de equivalencia que se produciría entre las distintas formas

de representar cada una de sus unidades en cualquiera de las versiones del diagrama. En definitiva, pareciera ser que estamos ante tres series de equivalencia: s1 (drogas, sustancia, agente); s2 (sujeto, individuo, huésped); y s3 (contexto, entorno, ambiente). Pero ¿son equivalentes los diagramas entre sí? ¿Son validas las series de equivalencias entre las distintas unidades que conforman la triada? Y aunque parezcan retóricas las interrogantes antes planteadas, pues basta una mirada atenta a cada uno de los diagramas y sus unidades que lo conforman para decir que no son equivalentes entre sí, la cuestión es ¿cómo estos diagramas han devenido en un plano de equivalencia? ¿Hasta qué punto han coexistido de forma armónica?, o bien, ¿cuales son la relaciones, las continuidades y discontinuidades que se han producido entre las distintas metáforas que componen cada uno de los diagramas?, y finalmente, ¿cuáles han sido sus efectos de saber/poder?

En términos generales, diremos que si bien el reconocimiento de las diferencias existentes entre los distintos diagramas se deja entrever con relativa nitidez, de forma más o menos implícita, en la narrativa de las drogas a propósito de la emergencia del modelo sociocultural, sobre todo en la dialéctica “identidad/diferencia” de éste modelo con respecto a sus precedentes, éstas, al mismo tiempo, irán difuminándose progresivamente en el curso de su desarrollo. De ahí que la traducción del contexto como pieza clave en la tríada “drogas, sujetos y contextos”, tendrá más bien un valor fundacional a nivel disciplinario o socio-profesional, y no necesariamente así, a nivel epistémico y político. De hecho, desde una perspectiva genealógica, la significación del contexto como pieza clave distintiva del nuevo diagrama en torno al cual se va a entretejer la narrativa sociocultural de las drogas, más bien constituye un lugar de enunciación, desde el cual resulta posible pensar e imaginar la ruptura, la discontinuidad. En este sentido opera más bien en el plano de la racionalidad -de gobierno- como campo discursivo desde el cual es posible reconstruir el problema drogas y sus soluciones de gobierno. Ahora bien, en un plano eminentemente tecnológico, el contexto, el esquema técnico del concepto, parece gravitar en torno a una estructura pragmática que viene perfilada de antemano. Pero no solo eso, sino que además, en adelante, en el curso de su desarrollo, parece acoplarse, sin solución

de continuidad alguna, a programas tecno-políticos reñidos –en principio- con su vocación emancipadora original.

Retomemos las interrogantes antes formuladas, deteniéndonos en el análisis de la serie “s2” (contextos-entorno-ambiente) a la luz de las tres metáforas propuestas anteriormente (ver fig. 1). Antes cabe señalar que, de acuerdo a Donna Haraway (1995), la naturaleza política de la ciencia y de su análisis, lejos de quedar oculta, es reafirmada por su carácter fundamentalmente discursivo o narrativo, que se explicita en los modelos teóricos-conceptuales, en las metáforas básicas, en la carga narrativa de la observación y la descripción, en la concreción conversacional, conflictiva y retórica de significados e imágenes, cuerpos y otras realidades físicas. Hasta en la espuma de las dedicatorias, las portadas de libros o los esquemas explicativos-advierde Haraway- se puede apreciar la condensación del entramado de redes institucionales y raíces socio-políticas que asientan y producen la construcción del discurso científico. En este sentido, las metáforas son índices –en el sentido benjaminiano- para aproximarnos a la densidad de esa textura cultural que continuamente escribimos y leemos, y en la cual somos escritos y leídos (Davobe & Jáuregui, 2003). Nunca mejor dicho, en términos propiamente metafóricos “la metáfora es el sueño del lenguaje y como todos los sueños, su interpretación nos habla tanto del interprete como de quien origina el sueño” (Davidson, 1978).

### ***A.- Metáfora culturalista***

Con la metáfora culturalista (ver fig. 1) queremos aludir a un conjunto heterogéneo de corrientes y enfoques teóricos, en su mayoría adscritos a una perspectiva post-positivista del conocimiento, que enfatizan la naturaleza simbólica y culturalmente codificada del contexto. Desde estas perspectivas –en principio- el contexto dejará de ser concebido exclusivamente como “superficie de inscripción” de la acción humana, convirtiéndose, para algunas perspectivas convergentes en este metáfora, en el objeto de estudio por excelencia, en tanto constituyente o determinante de los fenómenos sociales. Desde esta última perspectiva, resulta insuficiente una conceptualización del contexto desde el punto de vista restrictivo de “variables o factores culturales”, ya que éste no es exterior ni a los objetos, ni a los sujetos que forman la tríada. Ahora bien, la naturaleza polisémica del contexto, no solo permite establecer distinciones entre los

distintos diagramas que hemos expuesto, sino también produce diferencias al interior del conjunto de las distintas perspectivas que hemos agrupado en las tres metáforas propuestas.

Respecto a estas últimas diferencias, en la metáfora culturalista se pueden reconocer al menos cuatro perspectivas de análisis que asignan un valor diferencial al contexto. Ciertamente no se trata de una comunidad epistémica, en la cual coexistan diferentes perspectivas de análisis agrupadas por una suerte de solución de compromiso colaborativa e interdependiente. Más bien se trataría de un sub-campo en formación que isomórficamente reproduce hacia su interior ciertas dinámicas que caracterizan la formación del campo de las drogas<sup>78</sup> en la década de los 80 y parte de los 90. Cabe destacar, entre otras características, la disputa por la significación del contexto, significación que posibilite la traducción del problema drogas en un esquema tecnológico, que sin abandonar su pretensión de “complejidad”, es decir sin desconocer el carácter indisociable de la triada “contextos, sujetos y drogas” permita una eficaz –más tarde se agregará el carácter eficiente- intervención social. Al respecto, el artículo de Juan Manuel Camacho “*Sociología de la prevención*” publicado en el libro Las drogodependencias perspectivas sociológicas actuales (1993) al cual nos hemos referido reiteradamente en el presente capítulo, resulta elocuente en algunos de sus pasajes:

*“Parece obvio desde la sociología, que el ser humano es un ser dinámico, se encuentra en constante actividad, en constante interacción con su medio, tanto físico como social. El medio social es, por ello, un medio resultante de la actividad humana colectiva que condiciona las actividades humanas individuales. El hombre, por tanto, no se enfrenta al mundo individualmente,*

---

<sup>78</sup> P. Bourdieu entiende por campos sociales lo siguiente: “Espacios de juego históricamente constituidos con sus instituciones específicas y sus leyes de funcionamiento propias; son espacios estructurados de posiciones, las cuales son producto de la distribución inequitativa de ciertos bienes (capital) capaces de conferir poder a quien los posee”(Bourdieu, 1988: 108). Desde esta perspectiva, los campos se presentan como sistemas de posiciones y de relaciones entre posiciones (perspectiva relacional). Recordemos aquí que pensar en términos de campo es pensar relacionamente: se trata de espacios estructurados de posiciones, a las cuales están ligados cierto número de propiedades que pueden ser analizados independientemente de las características de quienes la ocupan (Gutiérrez, 1995)

*sino inmerso en una colectividad que da sentido a su actividad como ser humano y le permite participar de un marco de referencia común. Y ese marco de referencia común es diferente según de qué grupo social estemos hablando. Sin embargo parece que el ambiente ha sido marginado dentro de las políticas de intervención en prevención de las drogodependencias, no tanto porque no se reconozca su influencia y su importancia, sino porque no se ha sabido ni querido contar con el de forma adecuada” (Camacho, 1993: 343-344)*

A riesgo de forzar en extremo el esquema propuesto por Ian Hacking (2001) en el cual se identifican distintos niveles de compromiso construccionista, las perspectivas o enfoques teóricos agrupadas bajo el paraguas de la metáfora culturalista de acuerdo con la valoración que éstas hacen del contexto, pueden ser ordenadas en una gradiente descendente de la siguiente manera: *perspectiva interpretativa; sociogénica; welfarista; y ecológica.*

La corriente interpretativa, como buena heredera de la crisis de las ciencias sociales, reconoce la importancia de redefinir el campo teórico y metodológico de las ciencias sociales, de modo que, en su intento por comprender una realidad social de cambios acelerados y nuevas reconfiguraciones, potencia la ruptura de las fronteras disciplinarias, y la configuración de objetos de conocimiento móviles, nómades, de contornos difusos e imposibles de encerrar en las mallas de un saber positivo y rígidamente parcelado (Martín Barbero, 1996). De ahí que en esta corriente puedan confluír y coexistir planteamientos, en principio tan disímiles entre sí en términos de sus filiaciones disciplinarias, como aquellos provenientes de la psicología cultural de Jerome Bruner, la antropología interpretativa de Clifford Geertz, la sociología de la vida cotidiana de Alfred Schutz o el enfoque biográfico de Daniel Bertaux. En definitiva, disímiles en cuanto a sus filiaciones, pero muy próximos en cuanto a sus planteamientos teórico-conceptuales, desde los cuales se enfatiza el papel del lenguaje y la mediación simbólica en la configuración de la realidad social. El lenguaje asume un lugar central en la experiencia, que no consiste meramente en representar al mundo, sino que forma parte del fluir de la acción humana, al constituirse en un acto por sí

mismo (Austin), a través del cual podemos ejercer influencia sobre los demás y sobre los procesos colectivos de significación. El contexto y el lenguaje forman un todo indisoluble, ya que éste último gana su significado a través de su uso en la acción, como parte de formas organizadas de interacción. En este sentido, la corriente interpretativa, como parte de la metáfora culturalista, radicaliza la perspectiva triádica, en tanto reconoce que los planos de sujeto individual, sujeto social y objeto (ego, alter, objeto), se hallan vinculados por relaciones dialécticas de carácter constituyente, por tanto, sin independencia y en relación de mediación mutua, siendo el contexto de naturaleza semiótica-material, el lugar de la alteridad.

La corriente sociogénica, se caracteriza por poner en un primer plano los determinantes sociales y culturales del problema drogas. A la sociogénesis habría que entenderla, pues, de un modo muy general, como la que describe la formación de la “psique” de un individuo a partir de sus condicionamientos sociales, sin dejar de concebirse desde las instituciones en las que se organizan las prácticas por las cuales los individuos y los grupos construyen su mundo social y lo dotan de sentido. De ahí que la metáfora culturalista, situada en la corriente sociogénica, nos sugiera que las drogas y las drogodependencias son un producto cultural, socialmente estructurado. En este sentido, el contexto adquiere una naturaleza eminentemente social y cultural, poniendo en juego una doble perspectiva de análisis. Por un lado, una perspectiva socio-histórica desde la cual los distintos ámbitos que comportan el contexto son analizados en el marco de procesos históricos de larga duración. En general, se trata de unidades macro sociales cuyo análisis permite una comprensión del problema debidamente situada. Sin embargo, la sociogénesis de la drogas es prácticamente indisoluble de su psicogénesis. Sin duda, aquí la Influencia de autores como Norbert Elías con su brillante análisis de los procesos civilizatorios es de una influencia indiscutible. En esta línea, el análisis del deslinde drogas y medicamentos, de los sistemas asistenciales, del desarrollo histórico del prohibicionismo/anti-prohibicionismo, de la emergencia de las culturas/contra-culturas juveniles, y más recientemente, de los procesos de globalización y posmodernización de la cultura, son algunos de los principales tópicos que han sido profusamente abordados desde esta perspectiva (Romaní, 2004). Por otro lado, una segunda perspectiva va a relevar la

función de mediación que ejercen los distintos ámbitos que componen el contexto, sobre todo en los procesos relacionados con el desarrollo de la conciencia de los individuos. Aquí el lenguaje vuelve a ser una cuestión clave en tanto permite ejercer una acción instrumental de mediación entre el individuo y el mundo. Cuestiones como actitudes, procesos de internalización de pautas culturales entre grupos de pares, representaciones sociales, etc., son tópicos recurrentes, destacándose la influencia de Lev Vygotski (1896-1934) como uno de los máximos representantes del constructivismo moderno.

La corriente *welfarista*, tal como su nombre indica, hace referencia al conjunto de intervenciones sobre la cuestión social estructuradas en el marco de una transformación radical de la forma de Estado producida desde fines del siglo XIX en diferentes contextos, con modalidades diversas, pero que convergen y se unifican en ciertos puntos básicos en la referencia al *welfare state* o *Estado de Bienestar*. Mediante la adjetivación del sustantivo *welfare* se quiere aludir específicamente a la racionalidad política que encarna y expresa ese conjunto de intervenciones sobre la cuestión social. Desde esta perspectiva, los distintos ámbitos que conforman el contexto adquieren un valor explicativo de carácter estructural, lo que llevará a implementar un conjunto de intervenciones signadas, entre otras cosas, por un fuerte compromiso ético-social. Aquí el problema drogas es valorado como un signo de un proceso de socialización insuficiente, de individuos y familias mal adaptadas, o como un síntoma de necesidades insatisfechas, de la injusticia social o del choque inevitable de normas culturales en una sociedad pluralista aún jerarquizada. En su narrativa explicativa, uno de sus argumentos principales refiere a la privación social o privación relativa a la que ciertos individuos, grupos o clases de individuos son expuestos de forma más o menos sistemática, cuestión a la que el Estado tendría la obligación de responder, garantizado a mediano plazo, la igualdad de oportunidades, la equidad distributiva de la red de protección social, o en lo inmediato, reparando o reduciendo el daño socialmente producido. La matriz estructural-funcionalista tiende a ser hegemónica en esta corriente, sin embargo, a partir de la década de los 80, y con mayor nitidez a inicios de los años 90, la noción de exclusión social va a tensionar, y en cierta medida renovar, dicha perspectiva de análisis.

Finalmente, desde la perspectiva ecológica los distintos ámbitos que forman parte del contexto adquieren una significación de tipo espacial. O dicho de otro modo, el contexto refiere a la inscripción espacial del fenómeno drogas. Desde esta perspectiva, se relevan las características físicas y socio-ambientales del contexto -el espacio- y se analiza cómo estas son determinantes para la eficacia, desde el punto de vista de su sobrevivencia en el mosaico urbano, del llamado *mundo de la droga* (Fernández, 1999). Sin embargo, aquello que podría parecer una categoría unívoca -el espacio- se problematiza, multiplicándose sus sentidos. Así, aparece un espacio físico, pero también uno social; uno personal, pero también uno transaccional; hay el espacio habitado, pero también el desocupado; el denso y el vacío; hay el espacio público, y también el privado; el espacio vivido, pero también el imaginario; el dominante, pero también el intersticial; y hay el comunicacional, el aprehendido, el simbólico, el vital; hay el espacio que engendra poder y el que engendra desviación; aquel que normaliza y aquel que marginaliza; aquel que potencia control social informal, y el que potencia asociación diferencial de grupos desviantes (Fernández, 1999). De la pléyade de significados que puede adquirir el espacio como categoría analítica, desde el punto de vista de la metáfora culturalista, será el espacio psicosocial el que adquiera mayor relevancia. Este se inscribe en una concepción micro del espacio, *“que pone de relieve el nivel de las interacciones y los aspectos culturales-normativos resultantes de la interacción cotidiana, observando la sociedad como una entidad proteicamente construida por los individuos y los grupos”* (Fernández, 1999: 58). De este modo, la categoría abstracta de espacio se transforma, a través de la lectura psicosocial, en un conjunto de lugares territorializados e investidos por los individuos; la apropiación, la demarcación física y simbólica y la defensa, convierten los espacios más o menos indefinidos en territorios. Otra categoría clave que surge desde este enfoque será la noción de barrio. Como es sabido, desde inicios de los años 80, el **topos** (el lugar) de las drogas se ha identificado, en el discurso colectivo, con las áreas urbanas degradadas, la mayoría de las veces situadas en la periferia de la ciudad, o en los cascos antiguos. En esta línea va a emerger la noción de barrio -como entidad social- que será clave a la hora de describir y analizar la geografía de los consumo en un determinado contexto espacio-temporal.



## ***B.- Metáfora Psicologista***

En segundo lugar, la metáfora psicologista alude a un conjunto de enfoques o corrientes teóricas pertenecientes al entorno “psi”, principalmente a aquellos enfoques profusamente promovidos e impulsados por disciplinas científico-sociales adscritas al modelo biopsicosocial (psicología, trabajo social, educación social, etc.). Tal como afirman algunos autores en la década de los ochenta y noventa, el modelo biopsicosocial se postula en ruptura o superación de las perspectiva psicologista (Camacho, 1993). Para otros autores se figura como antesala del modelo sociocultural, o interfaz entre éste y el modelo médico asistencial (Romaní et al, 2000). Ahora bien, tal como veremos a continuación, desde nuestra perspectiva de análisis, el modelo biopsicosocial, en todas sus variantes y expresiones, aunque con diferentes matices, emerge no solo en un plano de continuidad con los modelos precedentes, sino que además va a potenciar la radicalización de cierta tecnología política “del riesgo y la prevención”, la cual, por aquel entonces, recién comenzaba –al menos en el campo de las drogas- a emerger en todo su esplendor.

El análisis crítico de las distintas corrientes teóricas agrupadas bajo el paraguas de la metáfora psicologista, nos advierte de su amplio registro narrativo, el cual se desplaza y oscila entre un polo sociogénico metafísico y otro psicogénico adaptativo, y en cuyo vórtice cohabitan, como formaciones residuales, una serie de categorías dicotómicas características del pensamiento moderno: racional/irracional; mente/cuerpo; exterior/interior, etc., a partir de las cuales se elaboran una serie de imágenes o tropos teleológicos: homeostasis; adaptación; normalización, etc. Ahora bien, en cualquiera de los dos polos, la interacción sujeto-contexto permite revelar y reactualizar el carácter suplementario y protésico del objeto drogas. Dicho de otro modo, el contexto se revela en su interacción con el sujeto, como la condición de posibilidad de la falta (óptica), de la carencia, de la falla, y simultáneamente, devela el artificio, el objeto droga, haciendo inteligible la naturaleza artificial del suplemento, en oposición al carácter (socio)natural de la diada sujeto/ambiente.

Desde el polo sociogénico metafísico, la narrativa de las drogas pivota en una serie de constantes históricas, universales antropológicos o generalizaciones definidas de

antemano como grilla de inteligibilidad obligatoria para una serie de prácticas concretas (Foucault, 2007). El Sujeto, la Razón, la Cultura, la Juventud, todos con mayúscula inicial, subsidian el relato (en el sentido que Lyotard da al termino término) de las drogas. Al respecto, los siguientes fragmentos, ambos tomados del monográfico de la Revista de Estudios de Juventud dedicado al tema “juventud y drogas” publicado en el 1985, pueden resultar ilustrativos:

*“El uso de medios químicos, de drogas, para alterar la conciencia, responde más bien a las necesidades integrativas de la sociedad de consumo; se desarrolla gracias a los medios de comunicación, y la <<contracultura>> se utilizó sólo como <<cobertura ideológica>>, como una atractiva alternativa al predominio sociocultural del puritanismo de la postguerra.” (Comas, 1985: 15)*

*“...el estereotipo sobre el sentido de rebelión de la juventud frente a una cultura o sistema establecido va dejando de existir. En la época hippie, imperaba la protesta social radical y la mística de buscar un mundo mejor. Las drogas potenciaban las capacidades personales para luchar contra el sistema. Actualmente su consumo esta normalizado. Los jóvenes de nuestra década prefieren la droga frente a una sociedad que ha demostrado su eficacia. El ritmo acelerado, artificial y competitivo que la sociedad le ha impuesto en los últimos decenios es el causante del consumo cada vez mas progresivo de drogas. Los factores sociales son, en realidad, la principal causa del uso y abuso de las drogas. Una sociedad incapaz de dar respuesta a las expectativas juveniles, y de solucionar el paro, poniendo la droga en la calle [...] Las macrosociedades con su falta de espacio lúdicos, automatización, falta de valores, es rechazada por los jóvenes, resaltando en ella como aspectos negativos la falta de convivencia familiar y las relaciones interpersonales” (García Más, 1985: 45)*

Del otro polo, desde psicologismo adaptativo, la narrativa de las drogas alude a un estado resultante que es consecuencia de la manera que una persona se ajusta o no a los cambios que acaecen en un ambiente. Si dicho ajuste tiene lugar se puede decir entonces que el estado psicológico de una persona, en particular, en un momento del

continuo de interacción, es el óptimo, o bien que refleja un nivel de homeostasis. En este sentido, el consumo sería un signo de desequilibrio, de inestabilidad o desajuste en la interacción individuo/contexto, que revela cierta falla o “déficit” que estaría afectando al individuo a nivel de los procesos psicológicos, básicamente de carácter cognitivo, tales como esquema de sí, autoconcepto, información, creencias, etc., o bien a nivel de las habilidades sociales, tales como asertividad, comunicación interpersonal, etc. En este sentido, desde este segundo polo, el locus disruptivo se invierte y de desplaza desde un exterior transhistórico, a un interior a-histórico. En consecuencia, ni uno ni el otro, logran desembarazarse del sujeto constituyente, del sujeto mismo, es decir, llegar a un análisis que pueda dar cuenta de la constitución del sujeto en la trama histórica (Foucault, 1999). O dicho de otro modo, no logran acceder al estudio de las prácticas concretas mediante las cuales el sujeto se constituye en la inmanencia de un dominio de conocimiento (Foucault, 1992).

Desde esta perspectiva, la dinámica que explica el consumo disfuncional sería la condición de malestar (primer polo) y/o tensión (segundo polo) generada en el interjuego de las características psicológicas propias de sujetos vulnerables y/o sus condiciones medioambientales deficitarias. Esta situación se daría en virtud de que el uso de drogas permitiría, frente a una realidad sentida como displacentera, lograr cambios en la percepción del sí mismo, posibles de ser vivenciados por la persona como una forma de solución a su estado de tensión (Alfaro, 2004).

En consecuencia, desde esta lógica descrita, el análisis se focaliza en las variables específicas situadas en cualquiera de los dos planos, ya sea el medio social inmediato, entendido como factor influyente, o bien en los sujetos individuales, es decir en sus características de vulnerabilidad, entendidas también como factores de riesgo (Alfaro, 2004). En consecuencia, las dimensiones culturales, tales como los significados, los sistemas de creencias y las valoraciones relacionadas al fenómeno, son concebidas como variables psicológicas o como variables ambientales de contexto, que interactúan y predisponen (en el sentido que influyen) a los individuos, ya sea a su consumo o riesgo de ello. Ahora bien, al conceptuar los sistemas de significación en que se enmarca el fenómeno del consumo de drogas como variables psicológicas, se

les da el carácter de procesos cognitivos que son definidos básicamente como fenómenos de nivel individual, tales como creencias, información, percepción, actitud, etc. Así también, al ser definidos como variable o factor del ambiente, se les da el carácter de componentes del entorno, y en cuanto tal, independiente, o solo en relación de influencia con otros planos, ya sea del propio ambiente, o de los sujetos individuales (Alfaro, 2004). De ahí que plantear la discontinuidad del enfoque biopsicosocial con respecto a los enfoques dualistas de tipo biomédico o médico hegemónico, no deja de ser mas que una quimera. Si en rigor, en la serie de modelos analizados, el movimiento progresista se produce gracias a la entrada en escena del “contexto”, entonces la metáfora psicologista lo que nos revela es una “otra” posibilidad de traducción del contexto, traducción que no necesariamente remite a un giro, a un desplazamiento hacia un nuevo modelo.

*“Dicho de otra forma, este modelo que refiere notoriamente a la perspectiva o tradición diádica de la Psicología Social (Moscovici; 1985) de importante presencia en las ciencias psicológicas y en diversos modelos analíticos de problemas sociales. En esta perspectiva se, concibe y estudia lo ambiental y lo psicológico como planos independientes, no considerando las dinámicas constructivas (procesos constantes de re- elaboración y reproducción) o de constitución mutua que se presentan entre los planos individuales, los grupales y el de los sentidos (valencias) culturales. No se visualiza el carácter constituyente (sociogénico) de la relación de lo social con lo psicológico (Harré; 198919), procesos que de ser visualizados, reconfigurarían esencialmente la comprensión del fenómeno drogas, perdiéndose así planos analíticos de tremenda importancia y determinantes de las prácticas y acciones para el abordaje de la cuestión drogas” (Alfaro et al., 2004: 4)*

### **C.- Metáfora Biologista**

En tercer lugar, con la metáfora biologista aludimos a un conjunto de aproximaciones empíricas, adscritas, principalmente (aunque no exclusivamente), a una perspectiva positivista o neopositivista<sup>79</sup> del conocimiento. Central a este paradigma será el enfoque hipotético-deductivo y la creencia en mecanismos causales internos que pueden ser encontrados a través de rigurosas investigaciones empíricas. En esta metáfora el diagrama triádico es eminentemente residual al Modelo Médico Hegemónico (Menéndez, 1988) y al modelo clásico de salud pública del siglo XIX, principalmente en lo que refiere a noción transmisión de la enfermedad (contagio).

Sea en su representación esquemática lineal – la cadena epidemiológica- o en su diagrama interactivo triádico –triángulo epidemiológico- la palabra *contexto* es sustituida por su “homóloga” *ambiente*, el que será definido como el entorno social y material del huésped. Como es sabido, por lo general suele utilizarse la palabra compuesta medioambiente, o el “pleonasma” *medio ambiente* para referirse al conjunto de componentes físico-químicos, biológicos y sociales capaces de causar efectos directos o indirectos, en un plazo corto o largo, sobre los seres vivos y las actividades humanas. Hemos entrecomillado el término pleonasma para relativizar el carácter redundante que tendría la expresión medio ambiente, y al mismo tiempo, poner énfasis en la relevancia que adquiere el análisis de cada uno de los términos que participan en la palabra compuesta, sobre todo de aquella palabra que tiende a omitirse o considerarse implícita. Nos referimos a la noción de medio.

En su análisis de los distintos mecanismos de seguridad, particularmente en lo que refiere a la emergencia de los espacios de seguridad, Foucault advierte sobre la relevancia que va a tener en este ámbito la noción de *medio* como parte de un esquema analítico aplicado a la gestión del territorio (urbano) y de las poblaciones que se consolida en el XIX, pero cuyas raíces nos remiten a la mecánica de Newton. De acuerdo a Foucault, el *medio* es una noción que en biología recién aparece con Lamarck (1724-1829), pero que ya existe en física, pues Newton y los newtonianos ya lo habrían

---

<sup>79</sup> En el esquema de Guba citado anteriormente esta sería postpositivista.

utilizado. *“La noción mecánica -no el vocablo- aparece con Newton, y el término, con su significación mecánica, está presente en la Encycopédie de D’Alambert y Diderot”* (2006: 40). Desde un punto de vista histórico, la noción y término de *medio* pasan de la mecánica a la biología en la segunda mitad del siglo XVIII, ya sea como modelo de explicación de una reacción orgánica por la acción de un medio, o como “fuerzas penetrantes”, la que viene a ser una noción negativa mediante la cual se explican las variaciones y las enfermedades, más que las adaptaciones y las convergencias. De cualquier modo, el “medio” es lo necesario para explicar la acción a distancia de un cuerpo sobre otro: “Se trata, por lo tanto, del soporte y elemento de circulación de una acción. En consecuencia, la noción de medio pone en cuestión el problema de la circulación y la causalidad” (Foucault, 2006: 41).

Los dispositivos de seguridad, trabajan, organizan y acondicionan un medio. El medio será entonces el ámbito en el cual se da la circulación y estará conformado por un conjunto de datos naturales y artificiales, cuya agregación será capaz de afectar a quienes rodea. *“[el medio] Es un elemento en cuyo interior se produce un cierre circular de los efectos y las causas, porque lo que es efecto de un lado se convertirá en causa de otro lado”* (op.cit: 41). La seguridad tratará de acondicionar un medio en función de acontecimientos o series de acontecimientos o elementos posibles, series que será preciso regularizar en un marco polivalente y transformable. El espacio propio de la seguridad remite entonces a una serie de acontecimientos posibles, remite a lo temporal y a lo aleatorio, una temporalidad y una aleatoriedad que habrá que inscribir en un espacio dado. En este sentido, el medio aparece como un campo de intervención donde, en vez de afectar a los individuos como un conjunto de sujetos de derecho capaces de acciones voluntarias (corriente sociogénica), o en vez de afectarlos como una multiplicidad de cuerpos susceptibles de prestaciones exigidas como disciplina (psicologismo adaptativo), se tratará de afectarlos como una población (Foucault, op.cit). De ahí que la metáfora biologista se constituye en la antesala del riesgo. Del riesgo como tecnología de gobierno. Sin embargo, antes de cristalizar en ello, deberá transitar un largo periplo, metamorfosear su relato biopolítico, abdicando tácticamente de la narrativa degenerativa/regenerativa, tan propia y característica del

discurso higienista del siglo XIX e inicios del XX, pero sin renunciar a su objetivo último: la salud pública<sup>80</sup>

*“[...] en la actualidad y como salpicaduras de la guerra europea, empezamos a ver aumentado enormemente el número de sujetos empeñados en disfrutar las delicias de esas dos sirenas, morfina y cocaína, que hacen estragos en todas las clases sociales.*

*Madrid y Barcelona, las dos grandes capitales españolas, están presas del medio ambiente de cafés conciertos, cabarets repletos de profesionales del amor, que como aluvión desde 1914, francesas, alemanas e italianas que han difundido entre la juventud asidua a la vida nocturna el placer mortal de esos alcaloides”* (Pagador, 1923 En Uso, 1996: 59)

En el otro extremo de la metáfora biologista, embebida en el Modelo Médico Hegemónico, nos encontramos con una narrativa que transita entre el biologismo médico y la química de las neurociencias, entre la ley del órgano (individuo) y la ley del objeto (drogas), obliterando a su paso, el topos del sujeto y del contexto. Respecto al biologismo Eduardo Menéndez (1988) nos recuerda que este constituye un carácter tan obvio del modelo, que no aparece reflexionado en las consecuencias que él tiene para la orientación dominante de la perspectiva médica hacia los problemas de salud/enfermedad. “De hecho el biologismo subordina en términos metodológicos y en términos ideológicos a los otros niveles explicativos posibles. Lo manifiesto de la enfermedad es ponderado en función de este rasgo, como lo casual, sin remitir a la red de relaciones sociales que determinan lo fenoménico de la enfermedad” (Menéndez, 1988: 2). La gramática de la adicción está servida: Williams Burroughs ha tomado las riendas del laboratorio cultural moderno.

---

<sup>80</sup> “En la década de 1920 a 1930 es cuando confluyen en España tres factores, en principio, independientes entre sí, conformando el sustrato de la factura política sobre drogas: la creciente medicalización de la sociedad, las presiones prohibicionistas y una reacción fundamentalista ante la creciente laicización de la sociedad. Como resultado, el gobierno interviene en el ámbito de la intimidad de los españoles, invocando un principio de derecho civil antiguo: la protección de la salud de todos. Sin embargo, el principio jurídico de <<salud pública>> es identificado con la defensa y evitación, por una parte de la <<enfermedad>> y, por otra, del <<vicio>>, todo ello <<en defensa de la moral y las buenas costumbres>>, lo cual implica un doble valor: terapéutico y, a la vez, religioso.” (Uso. 1996: 123)

*“La morfina altera el ciclo completo de expansión y contracción, liberación y tensión. La función sexual se desactiva, la peristalsis se inhibe, las pupilas dejan de reaccionar en respuesta a la luz y a la oscuridad. El organismo ni se contrae por el dolor ni se expande hacia las fuentes normales del placer” (Burroughs, 2002: )*

Al igual que la narrativa biomédica prescinde del contexto, obtura al sujeto, la economía narrativa de Burroughs prescinde de la interioridad psicológica, de la motivación de los personajes, de los condicionamientos del ambiente y del conflicto intersubjetivo; “El teorema de la droga narrado por Burroughs presenta un montaje similar [...] todo circula en torno al próximo chuteo...Sólo la droga por sí sola, con su implacable coherencia química, impone la continuidad de la serie. No hay uso, tipo, concepto ni finalidad abstraible. Así ella establece su coseidad al margen de cualquier función objetual” (Duchesne, 2010). Ahora bien, tal como nos recuerda Menéndez, el biologismo del modelo Médico Hegemónico, se expresa, no solo en la práctica clínica, sino que también -y con notable relevancia- en la práctica epidemiológica.

## **6.- EL CONTEXTO COMO DISPOSITIVO POLÍTICO**

La traducción de un conjunto de hechos, entre ellos el consenso alcanzado en la comunidad científica en torno a la inextricable relación “drogas, sujetos y contextos”, otorgará un plus de complejidad al fenómeno drogas, y por tanto a su análisis y pretensión de abordaje. Dicha operación pivota en la doble lectura que se hace del contexto, en tanto, pieza clave e instituyente de la “nueva” triada, en torno a la cual se va a producir la emergencia del modelo sociocultural. Por un lado, una primera lectura se produce en clave de racionalidad política. Esto quiere decir que el “contexto” en tanto significativo opera en un campo discursivo de configuración cambiante, en cuyo marco se produce una re-conceptualización del ejercicio del poder político, en el sentido amplio de este último término, es decir no centrado en la autoridades propiamente políticas, sino atendiendo a la multiplicidad de ámbitos en lo que puede ejercerse el mismo (De Marinis, 1999). Discurso que codifica el “contexto” como



inversión de los atributos ético-políticos característicos de una *episteme* de las drogas hasta ahora dominante. Frente al absolutismo (penal), el relativismo estratégico, frente al fundamentalismo (farmacológico), el constructivismo o construccionismo en cualquiera de sus versiones. Dicha inversión “positiva” se yergue como una apertura política, una ampliación de las libertades, un paso adelante en la cultura democrática basada en el respeto y la tolerancia cultural, aun cuando el fantasma de la razón instrumental sobrevuele el *locus* de enunciación desde el cual se afirma dicho cambio. Al respecto, en el prologo del libro “Contextos, sujetos y drogas” publicado por Grup Igia y otras organizaciones en el año 2000, Mario Argandoña, en calidad de funcionario de la Organización Mundial de la Salud señala lo siguiente:

*“El campo de batalla de las sustancias psicoactivas está muchas veces a merced de opiniones enconadas, sin embargo es un mérito de la colectividad científica el haber mantenido la cabeza erguida y el haberse equipado para defender la equidad frente a los avatares de la política”. (Argandoña, 2000: 25).*

Ciertamente, el concepto de racionalidad puede prestarse a interpretaciones muy diversas, puesto que se trata de una noción que atraviesa casi toda la historia del pensamiento filosófico y social moderno y se encuentra fuertemente cargada de valoraciones normativas (De Marinis, 1999). Y aunque en la narrativa que rodea la emergencia del modelo sociocultural a propósito de la entrada en escena del “contexto” en el proceso de análisis de la realidad social de las drogas, el concepto de racionalidad sea residual a una significación que lo sitúa como constante antropológica, lo cierto es, y he aquí lo verdaderamente relevante, que esta noción adquiere un significado meramente relativo a determinadas prácticas históricas: “se trata de una forma de concordancia de reglas, formas de pensar, procedimientos tácticos, con un conjunto de otras condiciones, bajo las cuales, en un determinado momento, resulta posible percibir algo como un problema, tematizarlo como tal y generar alternativas prácticas de resolución del mismo, aún pese a las resistencias que precisamente esto puede generar por parte de otros actores” (De Marinis, 1999: 88). Volvamos al prologo del libro “Contexto, sujetos y drogas” que antes hemos citado.

*“Una innovación muy prometedora en el manejo de las consecuencias perjudiciales del uso de sustancias psicoactivas es el énfasis paralelo, primero,*

*en incorporar las técnicas de investigación, prevención, tratamiento y rehabilitación en el sistema de la atención primaria de salud y segundo, en apoyar a la comunidad para que utilice sus propios recursos, conocimientos y tradiciones a fin de optimizar la efectividad de los servicios comunitarios y de salud existentes. Esta innovación ha confirmado **la ineludible necesidad de respetar los contextos socioculturales en que ocurren los problemas. Sin este respeto, un programa que es efectivo en una cultura puede fracasar en otra***” (Argandoña, 2000: 25).

Ahora bien, será en el transcurso de su despliegue cuando una racionalidad adquiera una coherencia práctica, lo que quiere decir que no la tiene desde el principio mismo de su aplicación. David Garland (1997, en De Marinis, 1999) explica de la siguiente forma el despliegue de una racionalidad política: unas racionalidades específicas se constituyen a partir del éxito de determinadas modalidades de resolver problemas de la práctica social -y consecuentemente a partir del fracaso de otras- ellas, luego se vuelven ejemplares y son imitadas y aplicadas por analogía.

Una segunda lectura del contexto se produce en clave de tecnología de gobierno. Al igual que el punto anterior en relación a la controversial noción de racionalidad, aquí “el concepto de tecnología no deja de ser controvertido puesto que estamos hablando, en definitiva, de diversas formas que pueden revestir y asumir la relaciones sociales” (De Marinis, 1999: 90). Sin embargo, este concepto resulta útil ya que permite incluir en el seno mismo de las relaciones sociales la participación de aquello que Bruno Latour llamará *agentes no humanos* como por ejemplo artefactos técnicos, aparatos de registro e inscripción, todos y cada uno de los cuales jugará un papel fundamental en la construcción y conducción de los sujetos (De Marinis, 1999). Desde esta perspectiva adquiere gran relevancia aquello que llamaremos *proceso de epidemiologización o protocolización del triangulo de Zinberg*, refiriéndonos con ello, a cierto proceso de traducción tecnológica a través del cual se formalizan una serie de procedimientos técnicos metodológicos, mediante los cuales el contexto –cultural en este caso- deviene en una serie de variables o factores intervinientes, inmersos en una determinada plataforma de observación.

Como veremos, la noción de tecnología aquí refiere a los procedimientos prácticos por los cuales el saber se inscribe en el ejercicio práctico de poder, la autoridad y el dominio. Como bien lo resume Michell Dean “el concepto de tecnología de gobierno plantea la relación entre formas de saber y ciertas actividades prácticas y técnicas” (En De Marinis, 1999: 89), por ejemplo, aquellas involucradas en la dirección de la conducta humana, la formación de capacidades y el modelado de personas, ciudadanos y entidades colectivas. Desde esta perspectiva el “contexto” adquiere un significado tecnológico en la medida en que permite focalizar, acotar, incardinar tempo-espacialmente la observación y registro de una serie de eventos, hechos, fenómenos y/o comportamientos específicos de determinados colectivos y/o poblaciones. Al mismo tiempo, desde un punto de vista analítico, permite establecer el patrón de interacciones, el peso y la direccionalidad de la influencias, sean éstas mediciones o modulaciones, de los diferentes ámbitos o factores de contexto (sean materiales o simbólicos) en relación un determinado fenómeno, conducta, o hecho. En este sentido, el contexto, al tiempo que recorta las unidades de observación, irá delimitando el universo de referencia, sea por inducción o por deducción, constituyéndose en una metáfora escópica (*close up*) que oscila en un continuo macro – micro de exploración, extendiendo la visión hacia lo lejano, lo distante, lo que está más allá de nuestras fronteras físicas y culturales (la sonda como metáfora es un buen ejemplo) o más acá, hacia lo micro, lo próximo e intrincado de la cotidianidad (el examen mediante endoscopía como metáfora podría ser un buen ejemplo).

Ahora bien, veamos cómo opera en la práctica la significación tecnológica del contexto en el marco de las drogas. Para ello tomaremos como ejemplo algunas indicaciones de tipo metodológico orientadas al estudio y prevención del VIH/SIDA en usuarios de drogas inyectables (UDIs) elaboradas en la década de los 90 por un grupo de expertos de UK por encargo de la Organización Mundial de la Salud (OMS) cuya primera versión en español se difundirá en 1998. Al respecto se señala lo siguiente:

*“...es importante tomar en cuenta dos principios claves que ayudarán a guiar la evaluación y la naturaleza de la información recabada. El primero es que los factores sociales, culturales y estructurales se traslapan. Aunque la evaluación requiere una descripción separada del “contexto estructural” y del “contexto*

*social y cultural”, es importante considerarlos como factores interactuantes. Ellos interactúan juntos y al mismo tiempo”.*

*“Al comienzo, es importante reconocer que el uso de sustancias y las conductas sexuales no son únicamente producto de las percepciones y conductas individuales de riesgo, sino que también están influidos por la interacción de los factores contextuales. El impacto de la economía política sobre los patrones de migración laboral (contexto estructural) podrían influir, por ejemplo, en las normas sociales sobre la estructura y significado de las relaciones sexuales (contexto social y cultural), lo cual a su vez podría influir en la negociación interpersonal de los encuentros sexuales (contexto interpersonal)” (OMS-OPS, 1998: 87).*

Las tecnologías de gobierno son “de gobierno” y con ello quiere decirse que están animadas por intenciones de dirigir, moldear, modelar y modular la conducta de otros. Ya no se trata de grandes esquemas políticos de conjunto, ni de codificaciones ideológicas, ni de racionalizaciones, ni sistematizaciones, sino de mecanismos prácticos y reales, locales y aparentemente nimios, a través de los cuales los diversos tipos de autoridades pretenden conformar, normalizar, guiar, instrumentalizar las ambiciones, aspiraciones, pensamientos y acciones de los otros, a los efectos de lograr los fines que ellas consideran *deseables*:

*(¿Cuáles son las normas y valores locales sobre conducta sexual y cómo influyen en los patrones de conducta sexual? ¿Cuáles son las normas y valores locales sobre uso de sustancias y cómo influyen en los patrones de uso de sustancias? ¿Cómo influyen los ambientes en los cuales se dan el uso de sustancias y las conductas sexuales en los patrones de uso de sustancias y conducta sexual? ¿Cómo influyen las normas, valores y ambientes sociales en el desarrollo de las políticas de salud y de las intervenciones? (OMS, 1998: 94)).*

Sin embargo, como bien es sabido, desde la propia analítica foucaultina, el gobierno no solo refiere a la conducción de los otros, sino también a la conducción de la propia conducta, cuestión que el pensador francés abordará bajo el rotulo de “tecnologías del yo” o “prácticas de libertad” (Vázquez, 2005). Como señala Nikolas Rose (1999) las

tecnologías de gobierno son aquellas que tiñen, nuestras aspiraciones modelando las conductas con la esperanza de producir unos determinados efectos, desviar y/o prevenir otros...

*“Los beneficios, así como los riesgos del consumo de drogas deben ser considerados dentro del contexto en el que el consumo tiene lugar. Los efectos y riesgos potenciales del consumo de drogas dependen de las drogas, de la manera de tomarlas y de factores contextuales” (Zinberg, 1984 en Cohen, 1994:).*

Ahora bien, el hecho de que la coherencia no precede a la trama, ni sea exterior a esta, sino más bien sea parte del proceso, una suerte de “en-tramado”, tal como hemos visto a propósito de las metáforas analizadas, implicará la presencia en su narrativa de una serie de entresijos a través de los cuales se hará posible que se produzcan nuevos actos de traducción mediante los cuales se va a desterritorializar, y al mismo tiempo reterritorializar la significación otorgada al contexto, produciéndose nuevos efectos de sentido que afectarán principalmente la función y expresión tecnológica de este. Así por ejemplo, hemos visto como la serie “drogas, sujetos y contextos” deviene en tres diagramas de poder/saber diferentes entre sí, lo cuales, bajo cierto principio ingenuo de equivalencia, van a ser representados en un plano de coexistencia armónica, llegando incluso a superponerse uno a otro en un juego de series de equivalencia.

Decimos que es un principio ingenuo por dos razones. Primero, porque entre los tres diagramas en absoluto hay equivalencia, ni pueden intercambiarse entre sí sus elementos de forma neutra. Más bien se implican, se desplazan, se estrategizan en un continuo, donde la batalla por su significación lejos de quedar saldada a favor de uno u otro esquema, quedará abierta nuevas traducciones, a nuevas aplicaciones políticas.

# **PARTE SEGUNDA**

## ***EL RIESGO COMO DISPOSITIVO DE GOBIERNO***

*“...azar es el nombre que se da a la ignorancia de  
quién manipula las reglas.” (Brian Holme, La  
personalidad Flexible. Por una nueva crítica cultural)*

## I.- DE LA CUESTION DEL RIESGO AL RIESGO EN CUESTION: RIESGO Y GUBERNAMENTALIDAD<sup>81</sup>

### 1.- LAS SIGNIFICACIONES DEL RIESGO: UBICUIDAD Y GOBIERNO

En las últimas décadas, en plena expansión hegemónica del liberalismo avanzado<sup>82</sup>, o neoliberalismo, la cuestión del riesgo ha ido adquiriendo de forma progresiva una presencia prominente, tanto en el habla experta como profana, instituyendo significados y formas de enunciación que involucran el conocimiento y gestión de fenómenos tan diversos entre sí, como el cuidado de la salud, la preservación de la naturaleza o el control de ciertas *conductas desviadas (los llamados comportamientos de riesgo)*. Diversos en principio, pues tras una segunda lectura se observará como estos distintos fenómenos confluyen y se relacionan entre sí con tal intensidad que llegan cristalizar en un tipo singular de *formación discursiva* inscrita en la genealogía *del biopoder*<sup>83</sup>.

En particular, el análisis de las prácticas discursivas sobre los riesgos en el marco de los procesos de gubernamentalización, no reduce el problema de su gestión a la esfera del

---

<sup>81</sup> Respecto al concepto *gubernamentalidad*, Michel Foucault señala que dicho concepto refiere a “[...] el conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer esa forma bien específica, aunque muy compleja, de poder que tiene por blanco principal la población, por forma mayor de saber la economía política y por instrumento técnico esencial los dispositivos de seguridad” (Foucault, 2006: 136). La noción de gubernamentalidad como concepto le permitirá a Foucault no solo dar cuenta de las transformaciones sociales y políticas que se producen entre los siglos XVII y XVIII (Grimberg, 2007), sino que también le permite definir el entrelazamiento estructural del gobierno de un Estado con las técnicas de gobierno de sí en las sociedades occidentales. Esta relación entre el Estado y la población como sujetos no es una constante atemporal. Fue en el curso del siglo XVIII que por vez primera pudo echar raíces aquello que venía desarrollándose desde el XVII: una nueva técnica de gobierno o, más precisamente, las líneas de fuerza de las técnicas modernas de gobierno, las cuales se extienden hasta la actualidad” (Lorey, 2007: 238).

<sup>82</sup> La noción de liberalismo avanzado es utilizada en el sentido que Nikolas Rose le otorga a éste, quien enfatiza el hecho de que, a través de la disolución de las lógicas propias del welfare, el neoliberalismo no abandona la "voluntad de gobernar", sino que implementa nuevas estrategias de gobierno basadas en una específica comprensión del espacio social, del individuo y de la libertad que a éste se le atribuye (Rose 1996 en San Martín, 2009).

<sup>83</sup> Según Isabell Lorey, los modos liberales de gobierno presentaban la estructura básica de la gubernamentalidad moderna, la cual habría sido siempre biopolítica. De acuerdo a esta autora uno de los pocos lugares en los que Foucault apunta al carácter inseparable de la gubernamentalidad moderna y la biopolítica será en el Curso del Collège de France de los años 1978-1979 titulado como Nacimiento de la Biopolítica (Lorey, 2007).

Estado, sino lo inserta en una cuestión más amplia relacionada con las nuevas racionalidades y tecnologías de gobierno de cuño neoliberal<sup>84</sup>. Al mismo tiempo, posibilita entender las modernas estrategias de gubernamentalidad como expresión del poder en transformación, poder que en tanto realidad creativa es capaz de adaptarse a las nuevas realidades históricas, produciendo a su vez, consecuencias sobre esas mismas realidades, a través de sus múltiples formas de objetivación y de subjetivación.

En efecto, por un lado el término riesgo es un concepto que forma parte del vocabulario utilizado frecuentemente por los diferentes técnicos y especialistas implicados en su gestión y control, y por otro, forma parte del lenguaje cotidiano de las personas que por diferentes razones son expuestas a dichos *infortunios*, asumiendo por ello y para ello ingentes esfuerzos, ya sea para evitarlos o bien para reducirlos. En cualquier caso, independientemente del locus diferencial de su enunciación, no cabe duda que hoy por hoy, en la llamada era de la gubernamentalidad, la cuestión del riesgo constituye un campo de saber/poder en torno al cual las nuevas tecnologías de gobierno se van a articular, movilizandole para ello sus respectivos dispositivos de control y regulación social. Así por ejemplo, hoy en día la palabra «riesgo» es omnipresente en las políticas socio-sanitarias y en las prácticas asistenciales, especialmente en el marco de la llamada era del Sida. Tal como subraya Tim Rhodes (1995), en el campo del VIH y del consumo de drogas, la noción de riesgo constituye el «pan cotidiano» conceptual de las iniciativas –tanto públicas como privadas -de prevención del VIH y del consumo de drogas, pero sin que la noción sea realmente comprendida y menos aún cuestionada.

En efecto, el término riesgo suele ser utilizado con diversos sentidos, los que a menudo se solapan entre sí, dependiendo de quién lo emplee, de su finalidad y de su contexto de enunciación; riesgo como peligro o amenaza (por ejemplo las drogas); una situación

---

<sup>84</sup> Siguiendo los planteamientos Michel Foucault y de Mitchell Dean, respecto a al gobierno liberal, Francisco Vázquez señala lo siguiente: “Desde la perspectiva del análisis del gobierno, el liberalismo no es una ideología ni una doctrina política. Se trata de un modo reflexionado de conducir las conductas, de un arte de gobernar. Este arte implica ante todo una actitud, un ethos crítico que consiste en una desconfianza permanente respecto al poder ejercido por el estado” (2005: 84)



o actividad que puede tener consecuencias dañinas (por ejemplo fumar cigarrillos); riesgo como término para las consecuencias dañinas de un peligro (el riesgo de fumar es el cáncer de pulmón); o, más cercano a su significado original, riesgo como probabilidad de la ocurrencia de un (a menudo adverso) resultado (la probabilidad de tener cáncer de pulmón) (Gemma et al, 2005). Y es que en cierta medida, ello se debe a que la idea de riesgo se ha convertido en un instrumento abierto a la construcción de múltiples significados sociales. En realidad, las propias características discursivas del riesgo generalmente introducen una fuerte dosis de opacidad dificultando su análisis, pues siendo una construcción primordialmente socio-histórica, suele concebirse en términos a-históricos.

En otras ocasiones, la idea de riesgo tiende a exhibir la representación de un espacio social reducido, en la medida que transporta un habla despolitizada, esto es, en el sentido de la construcción de imágenes naturalizadas de las conductas y de la realidad social en general (Lupton, 1993). En este sentido, detrás de diferentes fórmulas y tipos de cálculos de riesgo, el tipo de universo semántico que caracteriza al lenguaje del riesgo es, entonces, limitado y cerrado a cualquier clase de interpelación, ya sea desde el punto de vista de sus contenidos y significados como de sus implicaciones (Lupton, 1993).

Si en el pasado, el riesgo significó simplemente la posibilidad de que ocurriera un evento, en el mundo moderno, el término tendrá una carga negativa en la medida en que es asociado a una situación o actividad con consecuencias indeseables, adversas o francamente dañinas. Así lo demuestran diversas investigaciones, en las que habiéndose investigado la cuestión del riesgo en diversos contextos culturales, se advierte una clara tendencia en el lenguaje del riesgo al acoplamiento “al peligro” (Hunt et al, 2007). Dicho desplazamiento en la significación del riesgo, tendrá fuertes implicancias en la formalización de riesgo como concepto teórico y empírico. Implicancias que se expresaran de diversas formas dependiendo, por un lado, de las particularidades que adquiera la dialéctica entre el saber científico y el hacer político según que contexto; y por otro lado, dependiendo también de la intencionalidad que adquiere la mirada sobre dicha cuestión.

Sin embargo, pese a sus diferentes significados, será con el advenimiento de la modernidad cuando con mayor nitidez el término “riesgo” adquiriera una inequívoca connotación negativa, en la medida en que su significado último va a remitir a las consecuencias indeseables y/o adversas resultantes de una determinada acción o situación. En esa deriva, la significación hegemónica del riesgo devela en su trayectoria un triple proceso de colonización caracterizada por: en primer lugar, la colonización de su campo semántico, al cual quedará fijado por los conceptos de *peligro y amenaza* que actuarán, no solo como pivotes en el proceso de su significación, sino que además actuarán como “suplementos”, imponiendo un juego de equivalencias, “como sí” en el proceso de su significación pudiesen intercambiarse uno a otro sin llegar a “alterar” su significado final; en segundo lugar, un proceso de colonización caracterizado por la institucionalización del riesgo, en tanto que la modernidad institucionaliza el principio de la duda radical, recalando de este modo que todo conocimiento adopta siempre la forma de hipótesis. Y en tercer lugar, en tanto su significado apunta al despliegue de la voluntad individual, los resultados imprevistos (es decir el riesgo) serán consecuencia – en gran medida- de nuestras propias actividades o decisiones, en lugar de ser una expresión de ocultos significados de la naturaleza o de las inciertas intensiones de una divinidad (Giddens, 1994).

Los cambios y mutaciones en la significación del riesgo, arriba señalados, nos informan como mediante este concepto se entrelazan procesos epistémicos, morales y tecnológicos inscritos en la gramática del poder<sup>85</sup>. Michel Foucault (2006), en su intento por deslindar las diferencias existentes en los dispositivos disciplinarios y los dispositivos de seguridad va a problematizar la cuestión de la normalización, y en esa dirección va a analizar “la enfermedad endemoepidémica que en el siglo XVIII era la viruela” (Foucault, 2006: 76). En este marco va a centrar su análisis en dos técnicas específicas; la *variolización* y la *vacunación*, cuya incorporación, en términos de la racionalidad médica de la época, era prácticamente impensable, pero que sin embargo fueron incorporadas por la fuerza de los hechos, en tanto lograron demostrar ser dos

---

<sup>85</sup> Aquí se entenderá el poder desde una perspectiva foucaultiana, es decir, en términos generales como “una red de relaciones”.

técnicas realmente eficaces. Foucault (2006) recurrirá al análisis de las condiciones de posibilidad que operaron en dicho éxito. En esa dirección identifica y propone dos soportes que de acuerdo a su análisis habrían hecho “posible su inscripción en las prácticas reales de la población y del gobierno de Europa occidental” (Foucault, 2006: 78). En primer lugar, el carácter certero y generalizable de ambas técnicas, permitieron pensar el fenómeno en términos de cálculos de probabilidad, gracias a los instrumentos estadísticos con los que se contaba. En segundo lugar, el hecho de que ninguna de las dos técnicas intentaba impedir el fenómeno, sino al contrario, apoyarse en la “realidad” del mismo fenómeno, a fin de que éste, en cierto modo, se anulara a sí mismo. Dicho de otro modo, “sobre la base de esa pequeña enfermedad artificialmente inoculada, era posible prevenir los ataques eventuales de la viruela” (Foucault, 2006: 79). En síntesis, racionalización del azar y de las probabilidades<sup>86</sup>. Ahora bien, para sostener y extender esta doble racionalización, o dicho en términos tecnocráticos contemporáneos, para garantizar la *sostenibilidad de dicho plan*, se requerirá que entren en escena al menos cuatro nociones, las mismas que serán claves también para su ulterior desarrollo. Nos referimos a: *la noción de caso, la noción de riesgo, de peligro y la noción de crisis*<sup>87</sup>.

En síntesis, de acuerdo a Foucault, los dispositivos de seguridad expresan a partir del siglo XVIII un modo de intervención del poder (biopoder/biopolíticas<sup>88</sup>) que

---

<sup>86</sup> De acuerdo a San Martín (2009) “Foucault opone el tratamiento “disciplinario” de la peste en el siglo XVII y la gestión de la epidemia de viruela en la Francia del siglo XVIII como expresión de un cambio de lógica del poder: lo determinante no es ya contener al individuo infectado (recluirlo, internarlo, reglamentar su comportamiento cotidiano), sino determinar el perfil de sujetos más expuestos a la infección en virtud de datos como la edad, el sexo, la raza o el lugar de residencia, con el fin de adoptar medidas preventivas” (San Martín, 2009: 62)

<sup>87</sup> Nótese como estas mismas nociones forman parte del andamiaje que sostiene el proceso de objetivación del problema drogas durante la década de los ochenta.

<sup>88</sup> Foucault entiende por biopoder “el conjunto de mecanismos por medio de los cuales aquello que, en la especie humana, constituye sus rasgos biológicos fundamentales podrá ser parte de una política, una estrategia política, una estrategia general de poder; en otras palabras, cómo, a partir del siglo XVIII, la sociedad, las sociedades occidentales modernas, tomaron en cuenta el hecho biológico fundamental de que el hombre constituye una especie humana” (Foucault, 2006: 15). En ese marco general, las biopolíticas –en particular– refieren a la manera como se intentó, desde el siglo XVIII, racionalizar los problemas propuestos a la práctica gubernamental por los fenómenos propios de un conjunto de seres vivos constituidos en población: salud, higiene, natalidad, razas. De ahí que “el objetivo de las biopolíticas era organizar la vida, cultivarla, protegerla, garantizarla, multiplicarla, regularla, en fin,

complementa el marco disciplinario dirigiéndose, no ya al cuerpo del individuo, sino a la idea de peligrosidad: a la gestión de una serie de eventos probables que se refieren a los grupos de población en que el individuo se inscribe (San Martín, 2009:). Como señala Ian Hacking (1991) se trata de una racionalidad de gobierno posibilitada por el desarrollo del conocimiento estadístico y los cálculos de probabilidad desplegada a partir del siglo XVIII. Momento en el que “el poder descubre el cálculo de riesgos, es decir, la prevención de peligros con base a la distribución de su probabilidad” (San Martín, 2009: 52).

Desde un punto de vista genealógico, la noción de riesgo, desde los albores de la modernidad, se encuentra fuertemente imbricada a la cuestión del peligro, y éste con la cuestión del gobierno de las poblaciones<sup>89</sup>. Por ello mismo, desde una perspectiva político-epistemológica, el riesgo, no solo será una manera moderna de considerar el peligro, atribuyéndole una probabilidad en un contexto de incertidumbre, sino que además constituye un dispositivo de gobierno inscrito en la gramática del biopoder. De hecho, los riesgos (o peligros) no son datos absolutos, pues existe una selección y una construcción social de los mismos, a través de los cuales éstos son moralizados y politizados respectivamente (Douglas, 1991)<sup>90</sup>. Parafraseando a Foucault, quien afirmará que no hay liberalismo sin cultura del peligro, hoy se puede decir que *no hay neoliberalismo sin cultura del riesgo*. Si la estimulación del temor al peligro, en cierto

---

controlar y compensar sus contingencias, delimitando sus posibilidades biológicas al encuadrarlas en un formato preestablecido y definido como normal. De este modo, se comenzó a administrar de manera racional y efectiva todos los procesos inherentes a las poblaciones vivas, entre la cuales obviamente se incluyen las epidemias. Tanto la elaboración como la ejecución de las biopolíticas a través de instituciones estatales solo fueron viables en la era moderna, gracias a la acumulación de conocimiento científico basado en la observación y el examen y a la capacidad de efectuar un procesamiento centralizado de toda esa información mediante saberes enteramente nuevos, tales como la estadística y la demografía [...] El objetivo de las biopolíticas era dominar el inefable azar que afecta a toda la población de seres vivos; en definitiva, establecer mecanismos capaces de estimular la natalidad, de prolongar la vida, prevenir la epidemia, regularizar la extensión e intensidad de la enfermedad” (Sibilia, 2005: 204-205)

<sup>89</sup> Este concepto alude a un “conjunto de seres vivos que comparten un determinado espacio, con sus rasgos biológicos particulares y que pueden ser configurados mediante el uso de técnicas y saberes específicos” (Sibilia, 2005: 198).

<sup>90</sup> Desde una perspectiva foucaultina Pat O'Malley señala: “...el riesgo puede asumir una amplia diversidad de formas que reflejan los propósitos para los que es usado y las afirmaciones en las que está basado. Esto implica que el riesgo no es nunca tecnológicamente neutral. Es siempre una forma de gobernar moralizada, y sus bases morales, específicas, deberían ser explicitadas” (2007:154).

modo, fue la condición, el correlato psicológico y cultural interno del liberalismo (Foucault, 2009), el discurso “riesgosista” va a ser su equivalente neoliberal.

En el marco de nuestro planteamiento, esto último tendría una doble implicancia. Por un lado, desde una perspectiva histórica – desde un eje conocimiento/verdad - implicaría situar la significación *negativa* del riesgo en un contexto histórico de larga duración, pudiendo ser entendida como un efecto asociado a la codificación moderna del peligro en clave de manejo y control de la incertidumbre y la inseguridad. Por otro lado, implica situar la significación negativa del riesgo en su dimensión genealógica – desde un eje discurso/poder-, esto es en tanto efecto de determinadas prácticas discursivas y enfrentamiento del poder –es decir, tecnologías de gobierno- que caracterizan la especificidad que adquiere su construcción social, explicando cómo este es capaz de reinventarse ante nuevas condiciones de posibilidad. Es decir, como se reconfigura en determinados momentos históricos. Desde esta doble perspectiva, el análisis del binomio “riesgo-peligro” en el presente, resulta no solo pertinente, sino que además necesario, toda vez que éste se comporta como un dispositivo de saber/poder a través del cual se entretajan discursos, instituciones, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, etc. en un contexto signado por la globalización y la post-modernización, donde la relación “Estado-Sociedad” y las problemáticas del gobierno<sup>91</sup>, se hallan inmersas en una profunda reconfiguración.

## 2.- LA GESTIÓN DEL RIESGO: NUEVAS RACIONALIDADES...NUEVAS TECNOLOGÍAS

Ahora bien, el análisis de las prácticas discursiva contemporáneas sobre el riesgo, nos advierte de cambios significativos experimentados tanto a nivel de su racionalidad política y como de sus tecnologías. Dichas transformaciones llevan una doble marca;

---

<sup>91</sup> De la perspectiva puesta en juego, es decir desde un punto de vista foucaultiano *gobierno* refiere al ejercicio del poder sobre la conducta individual y en masa, de modo de asegurar el buen funcionamiento de cada uno y del todo (Rose, 1999). En esa línea, el gobierno constituye un ámbito de estrategias, técnicas y procedimientos a través del cual diferentes fuerzas buscan hacer operativos sus programas, y por medio de las cuales se establecen una multitud de conexiones entre las aspiraciones de las autoridades y las actividades de individuos y grupos. (Rose y Miller, 1992).

por un lado, la huella del paso de una racionalidad welfarista a una racionalidad neoliberal; y por otro lado, la del tránsito de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control. Doble marca que performará la semblanza del poder, difuminándolo y haciendo que el sujeto de gobierno deje de ser aquel “sujeto dócil” y “disciplinado” para ahora ser el sujeto “libre” y “autónomo”.

En cuanto al desplazamiento en las racionalidades políticas, cabe tener presente que la **racionalidad welfarista** es propia del Estado de Bienestar, la cual se gestó institucionalmente a finales del siglo XIX y fue dominante durante todo el periodo que media entre el final de la Segunda Guerra Mundial y mediados de los ochenta e inicios de los noventa (Ampudia de Haro, 2006). De acuerdo a dicha racionalidad, será el Estado el encargado de asegurar el pleno empleo, el progreso y crecimiento económico, el sistema de la seguridad social, el acceso a la salud, a la vivienda y el responsable de regular las posibilidades educativas, todo ello mediante el establecimiento y redistribución de impuestos y su propia acción inversora y planificadora (Ampudia de Haro, 2006). Desde esta racionalidad, la cuestión fundamental será garantizar un marco de bienestar generalizado, promocionando la igualdad de oportunidades, la responsabilidad y la socialización de los riesgos.

Del otro lado, **la racionalidad política neoliberal** prescindiendo de la pretensión reguladora, planificadora y previsora del Estado de Bienestar y del welfarismo, apostará por economizar, en la máxima medida de lo posible, el ejercicio del poder (Ampudia de Haro, 2006). Como bien advierte Francisco Vázquez (2005) en la *gubernamentalidad neoliberal*, la cuestión es “cómo gobernar con la máxima seguridad el mercado y los procesos vitales de la población limitando al mínimo la acción directa de Estado”. De ahí que se enfatice la necesidad de que sean los propios individuos quienes se aseguren personalmente la provisión de determinados bienes y servicios, argumentando que con ello lo que se busca es combatir la “cultura de la dependencia”, en tanto esto último representa uno de los principales blancos de la crítica neoliberal. Resumiendo, “en términos prácticos, la racionalidad política neoliberal comporta la paulatina privatización de los servicios de salud, educación, seguridad, pensiones, seguros... en general, bienes y servicios de los que ahora

realizará acopio el individuo a título personal acudiendo al mercado para su compra; bienes y servicios dependientes de su capacidad y solvencia económicas (Ampudia de Haro, 2006: 67). La privatización de bienes y servicios correrá de ahora en adelante aparejada a la privatización de empresas antaño estatales, a la gestión con arreglo a modelos privados de empresas públicas y a una creciente flexibilidad laboral y contractual (Ampudia de Haro, 2006).

En cuanto al desplazamiento hacia las sociedades de control, este se halla fuertemente relacionado al punto anterior, pues refiere a las nuevas formas del ejercicio del poder que sugieren una serie de discontinuidades caracterizadas por la crisis del paradigma disciplinario, tal y como alcanzo su esplendor bajo el *welfare*. A grades rasgos, tres líneas de fuerza caracterizarán el paradigma disciplinario: una filosofía de integración derivada de un sistema productivo siempre carente de trabajo vivo; un entramado de formas de saber dirigidas a una introspección en el sujeto con el objetivo de su normalización, lo que significaría una intervención centrada en el cuerpo y el alma del individuo; y un sistema de control que privilegia los entornos cerrados de tratamiento donde llevara a cabo esa ortopedia social (San Martín, 2009). Y aunque el mismo Foucault a la hora de analizar el ejercicio gubernamental del poder dirigido a la regulación de agregados de población más que a la normalización de individuos aislados, dará cuenta de dicho desplazamiento, será Gilles Deleuze (1990) quien mejor retratará el tránsito hacia las sociedades de control, que se caracterizará por el declive de las instituciones de encierro (en su filosofía, no en su existencia), la creciente colonización del espacio abierto por los dispositivos de control –“control al aire libre”, dirá Deleuze (1990: 5) -, el paso de los moldes disciplinarios a las modulaciones, el paso del individuo-cuerpo a la cifra, al dato, la sustitución de la fabrica por la empresa, “la empresa es un alma, es etérea” (Deleuze, 1990: 6), el paso del examen y la observación analógica, a la digitalización y la virtualidad. En palabras de Deleuze:

*“No es preciso apelar a la ficción científica para concebir un mecanismo de control capaz de proporcionar a cada instante la posición de un elemento en un medio abierto, ya sea un animal dentro de una reserva o un hombre en una empresa (collarín electrónico). Félix Guattari imaginaba una ciudad en la que*

*cada uno podía salir de su apartamento, de su casa o de su barrio gracias a su tarjeta electrónica individual mediante la que iba levantando barreras; pero podría haber días u horas en los que la tarjeta fuera rechazada; lo que importa no es la barrera, sino el ordenador que señala la posición, lícita o ilícita, y produce una modulación universal” (Deleuze, 1990: 8)*

Como consecuencia de las formas de gobierno neoliberal, se producirá una fuerte crisis de Estado-nación, lo que no solo alterará, sino que también va a reconfigurar el rol del Estado, de las diferentes instituciones y de los sujetos. Al mismo tiempo, se re-codificará el vínculo, el tipo de relación del Estado y las instituciones, de lo público y lo privado, situando en el centro de la relación, los principios de la *gestión eficiente o eficiencia en la gestión* como el “*quid*” o clave de la nueva gestión, marcando el arranque de la *sociedad auditada*. Un nuevo *management* con su técnicas portátiles y multiuso para rendir cuentas y evaluar –valores propios de sector privado-, llenarán el vacío que se creó cuando el contenido más sustancial y positivo del viejo enfoque social perdió credibilidad (Garland, 2005). De forma simultánea, y en dirección inversa, principios como los de la *solidaridad o la pertenencia*, entrarán en un franco proceso de devaluación (Martín et al, 2002). En este nuevo contexto, y desde una perspectiva de los estudios de gubernamentalidad, van a emerger tres tipos de dispositivos que serán determinantes en la gestión moderna del riesgo en el marco de de la llamada nueva cuestión social. Estos son: *las políticas del miedo, el gobierno a distancia y la gestión individual del riesgo*.

### **2.1.- Las Políticas Del Miedo**

En cuanto a las políticas del miedo, más allá de los alcances antropológicos que sitúan la cuestión del miedo en el centro de la historia de la cultura, en términos estrictamente gubernamentales, el miedo como dispositivo de gestión política emerge con fuerza en la década de los 70, a propósito del rápido aumento del lo que se conocerá como *nuevo delito* y la crisis del *welfarismo penal*. De acuerdo a David Garland (2005) a partir de los 70, lo que hasta entonces se veía como una ansiedad



situacional y localizada que afectaba a los individuos y vecindarios en peores condiciones, comenzó a considerarse como un problema social fundamental y característica de la cultura contemporánea. Así es, el temor al delito llegaría a considerarse como un problema en sí y por sí, claramente distinto del delito y la victimizaciones reales, desarrollándose políticas que apuntarán a reducir, no necesariamente el delito en sí mismo, sino mas bien los niveles de temor (Garland, 2005). A poco andar, el delito cobraría una nueva significación que sería estratégica en la nueva cultura política de corte neoliberal. El delito, junto con las conductas asociadas a la *underclass* como el uso de drogas, el embarazo adolescente, las madres solteras y la dependencia de las prestaciones sociales, comenzó a funcionar como una justificación retórica de las políticas sociales y económicas que van castigar efectivamente a los pobres y como una justificación para el desarrollo de un fuerte Estado disciplinario o neodisciplinario.

Como consecuencia, la vieja cuestión de la seguridad pública retorna una vez más, ahora en forma de inseguridad ciudadana, y se sitúa ahora en más, como uno de los objetos centrales para la nueva racionalidad política. Si bien en el neoliberalismo continúa la centralidad de la noción de seguridad propia de la racionalidad liberal, se produce un cambio significativo -respecto a su antecesora-, en el concepto de población, donde aparecen delimitados claramente sectores de riesgo y peligrosidad (Martin, 2002). Así lo demostrarían las políticas que se dirigirán a los llamados grupos de riesgo, los cuales constituirán una suerte de reedición del concepto decimonónico de clases peligrosas. Como bien señala Castel “la cultura del riesgo fabrica peligro” y el peligro vulnerabiliza, pues produce la sensación de estar expuesto a alguna desgracia. En efecto, la vulnerabilidad es un estado de debilidad, miedo y preocupación (Nichter (2005). El problema es que la invención del sentimiento de inseguridad como opinión pública, va despolitizar paulatinamente el debate sobre la cuestión de la libertad v/s seguridad, y se ira creando, tanto en los medios de comunicación social como en la opinión pública en su conjunto, un fuerte consenso, no solo sobre lo irrenunciable que es la luchar contra la pequeña delincuencia, sino también sobre, el color, clase y tipo de vida de ese “otro” que la encarna (Martín et al., 2002).

En la década de los 80 y 90 las dinámicas de las clases sociales relacionadas con la concentración de la pobreza, desempleo de los jóvenes de los barrios degradados, crecimiento de la población inmigrante excluida social y culturalmente, etc., va a incrementar y exacerbar aún más los miedos sociales, posibilitando que la opción de reprimir la delincuencia sea prioritaria. Esto tendrá tres efectos: a) un claro endurecimiento y extensión del campo penal; b) abandono o secundarización de la cuestión social; c) sobredimensión e hipervisibilización de la pequeña delincuencia en detrimento de la delincuencia económica y financiera (Martín, 2002).

Finalmente en el 2000, el miedo y la inseguridad experimenta un salto cualitativo después del 11-S, intensificándose el relato de la inseguridad de occidente como forma de legitimación de los aparatos securitarios y de los estados de excepción, so pretexto de la defensa y de la prevención, abriéndose una nueva etapa en la gestión del miedo, ahora a escala global.

## **2.2.- El Gobierno A Distancia**

La nueva mentalidad de gobierno a distancia se basará en que los gobernados aporten la máxima cantidad posible de energía para su propio gobierno. Aunque el Estado desempeña un rol fundamental, en tanto que centro de decisiones, éste cada vez más transfiere y delega sus antiguas responsabilidades, economizando, racionalizando y optimizando sus recursos, lo que se traducirá en la emergencia de una multiplicidad de actores que intervendrán en diferentes ámbitos del quehacer público (proceso de tercerización). Así, cada vez más el Estado aparece como un actor más, que junto a otros actores, principalmente de carácter privado, participa en la gestión de los nuevos problemas sociales. En este marco, los límites entre la política y la administración se volverán cada vez más difusos, de modo tal que asistimos a una suerte de transición progresiva -aunque en algunos casos parece más brusca o radical que progresiva- “de la administración a la gerencia”, cuestión que será especialmente significativa en el campo de los problemas sociales. La nueva racionalidad neoliberal, prescinde de la pretensión reguladora, planificadora y previsor del Estado de Bienestar, apostando

por economizar, en la máxima medida de lo posible, el ejercicio del poder (Ampudia de Haro, 2006).

En este sentido, los distintos regímenes políticos “se sirven de técnicas de gobierno que crean una distancia entre las decisiones de las instituciones políticas formales y otros actores sociales, conciben a esos actores de forma nueva como sujetos de responsabilidad, autonomía y elección, y tratan de actuar sobre ellos sirviéndose de su libertad” (Rose, 1997:33). En este nuevo contexto, emergerá una multiplicidad de “expertos” especializados en una amplia gama de problemáticas psicosociales, orientados cada vez más hacia la promoción, la prevención específica (preventólogos), y a la intervención selectiva (operadores), apoyándose para dicho cometido, -y legitimándolo de paso- en la llamada *evidencia científica* que la ciencia de la prevención provee, dependiendo del campo en cuestión. Sin embargo, a diferencia de otros momentos históricos, su accionar no se agota en la reparación de disfunciones patológicas o institucionales, ni tampoco en la prevención de riesgos, sino por el contrario, este se amplía, se extiende, poniéndose a trabajar el estado del “individuo normal” y el tejido de su sociabilidad ordinaria (Castel, 1984). Dichas intervenciones expresan un nuevo tipo de gestión del riesgo, donde la prevención no solo subordinará progresivamente la actividad curativa a una gestión administrativa de las poblaciones con nivel de riesgo, sino que también actúa sobre el sí mismo y sobre el otro “normal”, haciendo de la movilización del sujeto, la nueva panacea para afrontar los problemas de la vida en sociedad.

En un extremo de este abanico encontraríamos la administración “autoritaria”, centralizada en poblaciones con niveles altos de riesgo, gestionada y dirigida generalmente por el Estado, quien prescribe los procedimientos a realizar. Es la gestión de los grupos vulnerables expuestos riesgos sociales. En otro polo aparecerán innovaciones cuya retórica se liga al crecimiento personal; ejercicios de intensificación del potencial humano, técnicas de desarrollo de la capacidad de relacionarse, en fin, una cultura psicológica y pedagógica de masas que los consumidores devoran no solo para reemplazar la sociabilidad perdida (Castel, 1984), sino también para poder competir en el mercado laboral. Se trata de una gestión de las fragilidades individuales.

Pero cuidado, como bien señala Loïc Wacquant (2000), en rigor, más que hablar de un estado mínimo, habría que hablar de la complejización de sus formas de gobierno, pues simultáneamente que se debilita y retrocede el sector social del Estado, se extiende y despliega su brazo penal<sup>92</sup>. Al respecto, Brandariz (2009) analizando los cambios en las lógicas de control penal en el capitalismo postfordista, señala que “el control no se dirige ya prioritariamente a individuos concretos, sino que se proyecta de forma intencionada sobre sujetos sociales, sobre grupos considerados de riesgo, en la medida en que el propio control adopta formas de cálculo y gestión del riesgo, que impregnan todos sus dispositivos de ejecución” (Brandariz, 2009: 34). Por lo que la tendencia sería a adoptar una lógica más de redistribución que de reducción del riesgo, que era el objetivo básico en la etapa anterior (paradigma *solidario*, en términos de François Ewald). De este modo, hoy se asume como inabordable, aunque sólo sea porque se normaliza la existencia de segmentos sociales permanentemente marginalizados excedentarios, que son objeto cada vez menos de políticas de inclusión y cada vez más de políticas de puro control excluyente (Brandariz, 2009).

---

<sup>92</sup> Este planteamiento de Loïc Wacquant, al que por cierto adherimos, tensiona cierto tipo de lectura adscrita al entorno anglofoucaultiano en la cual se enfatiza el repliegue, la retirada, o la ausencia de la acción directa del Estado en ciertos ámbitos de interés público como una característica de la racionalidad de gobierno neoliberal. Así por ejemplo, en relación al gobierno a distancia, Francisco Vázquez señala lo siguiente: “De este modo los programas políticos más vastos, que conciernen al interés general de la nación, descansan en una red de modos concretos de ejercer la autoridad que no son ni generados ni mantenidos por el Estado. Se trata de establecer –y éstos son términos elaborados por los analistas anglosajones de la gubernamentalidad- una <<traslación>>, una <<interface>> entre las decisiones de la administración estatal y la acción autónoma y autogobernada del mercado, la población, la sociedad civil, y los individuos mismos” (Vázquez, 2005: 80). Al respecto, y coincidiendo con Wacquant, Pablo de Marinis (1989) apoyándose en textos del Nikolas Rose, entre otros autores de referencia del entorno anglofoucaultiano, señala que sería un error ver al neoliberalismo como una simple repuesta política negativa al welfarismo o corporativismo de las décadas anteriores. Pues lo que en una crítica superficial al neoliberalismo se ve como una simple retirada del estado de funciones que anteriormente le había correspondido, en realidad debe verse como una técnica positiva de gobierno. Esto último en el sentido estratégico del término que realza la activa intervención que el estado todavía sigue realizando, así como la reconfiguración que experimenta la relación entre instancias estatales, y no estatales, entre lo público y lo privado (1989:93). Curiosamente, el mismo Vázquez señala en un texto anterior al antes citado, lo siguiente: “...sería necesario tal vez completar el estudio de las tecnologías de gobierno con la investigación de su muy diversa distribución en el espacio social, analizando las correspondencias según las clases y las fracciones de clase. Pero esto significaría pasar de la historia de las técnicas a la historia social. Los trabajos de Bourdieu y su escuela podrían servir aquí como complemento y como contrapunto crítico de las genealogías de la gubernamentalidad (2002:217).

Sobre la base de esta nueva economía política del riesgo, este deviene en un dispositivo de control clave para el desarrollo de la gubernamentalidad biopolítica. En coherencia, se impulsarán estrategias de gobierno que conjugarán la planificación centralizadora y la iniciativa privada, el autoritarismo "tecnocrático" y las asociaciones espontáneas de los ciudadanos, la objetividad de los profesionales y los buenos sentimientos de los ciudadanos (Castell, 1984). Este nuevo registro, trocará el enfoque normalista de control por un doble sistema de reglamentaciones, que refiere tanto a la definición de los objetivos (diseño y programación), como (prioritariamente) la valoración de los resultados (monitoreo y evaluación).

### 2.3.- La Gestión Individual De Los Riesgos

En cuanto a la gestión individual de los riesgos, a partir de la influyente obra del Michel Foucault, se distinguen dos formas complementarias del gobierno del sí (o gestión de sí) que serán clave para entender este desplazamiento en la gestión del riesgo en el marco de las nuevas *tecnologías de gobierno*. Por un lado, se encuentran todas aquellas prácticas que refieren a las formas con que las agencias y autoridades de diferente signo intentan moldear la conducta, aspiraciones, deseos, necesidades, así como las capacidades de diversas categorías sociales, de tal manera que éstas se inscriban en diversas estrategias, para lograr con ello ciertos fines (***la conducción de la conducta de otros***) (Martín et al., 2002). Por otro lado, se encuentran "aquellas prácticas de autorregulación de los sujetos, fundamentalmente a través de medios que los sujetos mismos movilizan para saber más sobre sí mismos" (Martín et al., 2002: 402). A estas últimas formas de gobierno Foucault las denomina *tecnologías del yo*, en tanto corresponden al modo en que un individuo actúa sobre sí mismo, a los procesos a través de los cuales el "uno mismo" es construido y modificado por cuenta propia (***la conducción de la propia conducta***).

En palabras del propio Foucault, las tecnologías del yo refieren "*a cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad*" (Foucault, 1996:48). En síntesis,

como señala Francisco Vázquez (2005), el gobierno de sí remite a cierto deslizamiento del foco de interés, el que se desplaza de las técnicas heteroformativas a las técnicas autoformativas, de la política a la ética, del gobierno a la libertad. Pero como el mismo Vázquez advierte *“este cambio de acento no debe de hacer pensar que entre el gobierno de los otros y el gobierno de uno mismo, o dicho de otra forma, entre las tecnologías del gobierno y las tecnologías del yo, exista un corte o una irreductible inconmensurabilidad”* (Vázquez, 2005: 81). En efecto, el poder no solo se ejerce mediante la sujeción, sino también lo hace mediante la subjetivación, merced a esa capacidad de autoconstituirse como sujeto. En esa dirección las prácticas de libertad o tecnologías del yo toman el relevo de las estrategias de gobierno (Vázquez, 2005).

Ambas modalidades, se hallan tan imbricadas entre sí, al punto que resulta imposible disociarlas, constituyéndose ambas en "tecnologías de gubernamentalidad", entendiendo por estas el “conjunto de estrategias mediante las cuales se pueden constituir, definir, organizar e instrumentalizar las estrategias que los individuos, en su libertad, pueden tener los unos respecto a los otros” (Foucault, 1999: 414). Sin embargo, pese a ser indisociables, lo cierto es que se articulan de modo diferenciado, dependiendo de cuál sea el contexto histórico y político en el que éstas operen. En efecto, la primera modalidad, el gobierno de los otros, se halla embebida en la lógica de una racionalidad propia a los dispositivos disciplinarios. Por su parte, la segunda modalidad, las técnicas autoformativas, llevará la marca de los dispositivos de seguridad, del autocontrol reflexivo, y de la gestión liberal del yo moderno.

Estas “tecnologías” van a adquirir formas variables dependiendo de los marcos históricos y políticos que las contengan. En esa dirección, cabe recordar que fue en el curso del siglo XVIII, cuando el liberalismo y la burguesía se tornaron hegemónicos, que por primera vez la población se sumó a una nueva forma del poder la cual pretendía mejorar la vida del pueblo que gobernaba. “El poder del Estado ya no dependía solamente del tamaño de un territorio o regulación de sus súbditos, sino de la “felicidad” de la población, de su vida y de la constante mejora de esta” (Lorey, 2007: 239). A finales del siglo XVIII la fuerza y la riqueza de un estado cada vez más dependía de la salud su población. Ahora bien, con el fin de producir y maximizar los

estándares de salud de la población el gobierno biopolítico requerirá de la participación activa de cada uno de los individuos, lo cual implicará el despliegue de una serie de tecnologías orientadas al gobierno de sí, al menos en doble registro; el del cuerpo y el de la subjetividad.

En efecto, “el individuo moderno debe aprender, en primer lugar, la manera de poseer un cuerpo dependiente de ciertas condiciones existenciales y, en segundo lugar, a desarrollar una relación creativa y productiva “consigo”, una relación en la que es posible crearse “su propio” cuerpo, “su propia” vida y a “sí mismo” (Lorey, 2007t: 240). En este sentido, las tecnologías del yo, en tanto idea de la capacidad de modelarse y crearse, no surgió nunca de manera independiente a los dispositivos biopolíticos de la gubernamentalidad. De ahí que, en este contexto, podríamos entender las tecnologías del yo como tecnologías gubernamentales del yo liberal, en cuyo marco, el atributo de lo “propio” (el cuerpo y la subjetividad) va a adquirir un significado signado por el “individualismo posesivo”.

Así por ejemplo, en lo que se refiere a los trabajadores asalariados, tales relaciones imaginarias consigo significan que el cuerpo, constituido como propiedad de sí, deviene un cuerpo “propio” que debe venderse como fuerza de trabajo. De tal modo que el individuo moderno, “libre”, se ve compelido a coproducirse mediante un tipo de relaciones consigo tan poderosas que lo hacen vender su fuerza de trabajo con el fin de vivir una vida que pueda mejorarse sostenidamente” (Lorey, 2007: 240). Este hombre moderno, tan celebrado por John Locke quien afirmara que *“el hombre es amo de sí mismo y propietario de su propia persona y de sus acciones, y de su trabajo”* (1990 en Castel, 2003: 22), a través del libre desenvolvimiento de sus actividades, construye su independencia con su trabajo y se vuelve simultáneamente propietario de sí mismo y de sus bienes (Castel, 2003).

A comienzos de la era moderna la propiedad adquiere un significado antropológico, volviéndose en la condición de posibilidad del individuo, sea el hombre burgués o el trabajador asalariado que vende su fuerza de trabajo<sup>93</sup>. En efecto, la propiedad

---

<sup>93</sup> Respecto a la significación antropológica de la propiedad Robert Castel señala que al comienzo de la modernidad la propiedad aparece como la base a partir de la cual el individuo que se emancipa de las

deviene en el prerequisite para que el individuo pueda volverse independiente y libre del sistema tradicional de servidumbre y seguridad. Dado que el individuo ya no está tomado en las redes tradicionales de dependencia y de protección, lo que le protege es la propiedad. La propiedad es la base de recursos a partir de la cual un individuo puede existir por sí mismo y no depender de un amo o de la caridad del prójimo. Será esta la que garantice la seguridad frente a las contingencias de la existencia, a la incertidumbre del porvenir (Castel, 2003).

Ahora bien, desde la perspectiva de la gubernamentalidad biopolítica<sup>94</sup>, el significado de la propiedad sobrepasa el significado que adopta dentro de los límites de las relaciones entre ciudadanía, capital y trabajo asalariado. Antes bien, debe entenderse como algo ampliamente generalizado, “en tanto que en un dispositivo biopolítico las relaciones de propiedad corporizadas [encarnadas] afectan a la totalidad de la población, y no solo a los ciudadanos y trabajadores, en la forma de gobierno de si gubernamental” (Lorey, 2007: 241). De acuerdo a esto, el individuo moderno se constituye mediante relaciones consigo de tipo individualista y posesivo que son fundamentales para la formación de las ideas históricamente construidas respecto la “autonomía” y la “libertad”. Dicho en otros términos, las modernas relaciones consigo mismo, estructuralmente, están basadas, más allá de la interpelación económica, en una relación compleja con el cuerpo propio como medio de producción. En este marco ampliado del sentido de la economía y la biopolítica emerge la noción del “empresario de sí”<sup>95</sup> como modo de subjetivación<sup>96</sup>, la cual se remonta al comienzo de las

---

protecciones – sujeciones tradicionales puede encontrar las condiciones de su independencia lo cual le imprime un significado profundamente antropológico. De lo contrario, dirá Castel, “no se comprendería que la propiedad privada haya sido defendida no solo por los conservadores y las corrientes más moderadas (burgueses si se quiere) de la época prerrevolucionaria o revolucionaria, sino también por sus representantes más radicales” (Castel, 2003:26).

<sup>94</sup> Uno de los fenómenos más significativos de las sociedades industriales -según Foucault- fue la adquisición de poder sobre el hombre en tanto ser vivo. Un suceso de estatización de lo biológico, de secuestro de la vida, implementada de forma sistemática y racional a través de toda una gama de dispositivos de poder que apuntaban a la población en tanto objeto/sujeto biopolítico (Sibilia, 2005).

<sup>95</sup> Esta noción propuesta tempranamente por Gilles Deleuze en su canónico texto *“Post-scriptum a las sociedades de control”* (1990), refiere aquí a cuando la empresa se convierte en el modelo de racionalidad para estructurar la propia vida. Sin embargo, la exigencia de maximizar los recursos personales, como puede parecer a simple vista, no refiere necesariamente a una exaltación del logro material y de la ganancia económica. Más bien refiere al “enriquecimiento espiritual” del propio yo orientado a obtener beneficio y equilibrio afectivo en la familia o en el trabajo. En definitiva, un yo que



sociedades liberales modernas y se reactualiza en el las sociedades neoliberales, en el marco del desmantelamiento del estado de bienestar y de la redefinición de la relación Estado-sociedad. Razón por la cual, más que los cuerpos adiestrados de la época industrial como fuerza mecánica de trabajo corporal, hoy lo que se requiere, lo que se demanda, son almas capacitadas, o dicho de otro modo, subjetividades equipadas con las cualidades volátiles más cotizadas del mercado laboral, tales como la creatividad, la inteligencia emocional, el aguante resiliente y las flexibles habilidades comunicativas, todas ellas plasmadas o encarnadas de forma ideal en el yo emprendedor y el empresario de sí. Cualidades todas que “casualmente”, directa o indirectamente, se hallan integradas en la parrilla de los objetivos específicos de los programas de prevención, constituyéndose de este modo en el objeto “Psí” de la intervención.

Esta breve digresión sobre el cuerpo y los procesos de subjetivación asociados al desarrollo de capitalismo y a los regímenes (neo) liberales, constituyen señalamientos tan inevitables como necesarios, pues fungen como clave de lectura para la aprehensión de noción de *Homo Prudens* de Pat O'Mallay. En efecto, así como se ha producido una importante recodificación del lugar del Estado, también se ha redefinido el lugar del sujeto en este nuevo contexto. En ese horizonte, el *homo prudens* actúa como un artefacto semiótico, un tipo ideal, a través del cual es posible repensar la cuestión del riesgo en el marco de las racionalidades políticas y de las tecnologías de gobierno emergentes. Esta es precisamente una de las ventajas operativas del análisis en términos de gubernamentalidad, pues permite analizar las yuxtaposiciones, los vínculos, los entrecruzamientos, las traducciones, las alianzas y los

---

emprende un proyecto de enriquecimiento personal, que delinea un estilo de vida autentico. Al respecto, Francisco Vázquez propone un ejemplo para ilustrar esta imagen del *empresario de sí mismo* que resulta muy esclarecedora: “piénsese en la siguiente manera de enfrentar el desempleo. En vez de proporcionarle al individuo en paro un subsidio estatal que ayude a su manutención, método que reduce su libertad, al hacerlo dependiente del Welfare, se trata de asesorarlo y subvencionarlo condicionalmente para que se responsabilice de situación y llegue a ser buen <<empresario de sí mismo>>, un idóneo *job-seeker*, optimizando su propios recursos personales en un universo laboral muy competitivo. Con este efecto se le facilitará la posibilidad de consumir servicios de reciclaje profesional, cursillos y terapias personalizadas para aumentar su autoestima, seguridad en sí mismos y capacidad de afrontar con éxito la obtención de un empleo (como presentar y hacer valer el propio curriculum y la propia imagen como triunfar en una entrevista laboral, etc.)” (2005: 83)

<sup>96</sup> De acuerdo a Rose (en Grimberg, 2007: 99) la subjetivación refiere a todos esos procesos y prácticas heterogéneas por medio de las cuales los seres humanos llegan a relacionarse consigo mismos y los otros como sujetos.

roces entre el gobierno de la sociedad y el gobierno de la conducta individual (De Marinis, 1989).

### 3.- EL “HOMO PRUDENS” Y LA MINIMIZACIÓN DE RIESGOS

En ese horizonte, De Marinis (1989) señala que sería un error ver en el nuevo sujeto construido y estimulado por el neoliberalismo una simple reedición del viejo y decimonónico *homo economicus* del liberalismo clásico. Cabe recordar que el liberalismo clásico identificaba la acción estatal con una tarea negativa, pues éste debía eliminar los obstáculos que impedían el autogobierno espontaneo de los procesos sociales y de un tipo de individualidad concebido al modo de la Naturaleza (Vázquez, 2005). El *homo economicus* era el individuo que elegía libremente, buscando la maximización de su interés mediante el cálculo de su intervención en términos puramente utilitaristas (Vázquez, 2005). En este sentido, el liberalismo clásico era vocacionalmente naturalista; el mercado (auto-regulado), la población y la sociedad civil (autónomas), e incluso el mismo *Homo economicus*, era una realidad “cuasinatural” que se encontraban artificialmente constreñidas por el pesado reglamento del Estado de policía. En cambio para la perspectiva liberal avanzada, o neoliberal, se va tratar de realidades que poseen un talante eminentemente constructivista. En efecto, el juego libre y competitivo del mercado, la autonomía de los individuos y de la sociedad civil, no constituyen un hecho *de la Naturaleza* (Vázquez, 2005). Antes bien, se trata de realidades programables, realidades o artefactos contruidos o por construir. Si el individuo liberal estaba constituido por intereses naturales y preestablecidos como la búsqueda del placer y evitación del dolor, la maximización del beneficio personal, etc., el individuo promovido por la gubernamentalidad neoliberal necesitará ser fabricado. Se trata de convertir entonces al individuo dependiente y necesitado, al ciudadano social, ligado a la colectividad por mecanismos estatales de solidaridad, en un individuo activo y autoresponsable, capaz de elegir por sí mismo y de sacarle el máximo partido a sus recursos personales en la búsqueda de un estilo propio y singular.

El nuevo sujeto no es un mero calculador de sus intervenciones en términos puramente utilitaristas, sino más bien, como lo señala Pat O`Malley (1996), se trata de

un tipo humano que puede ser significado como *homo prudens*. En efecto, en “el marco del nuevo prudencialismo, el *homo prudens* buscará en el mercado (y podrá encontrar, en concordancia con sus específica capacidad de adquisición de bienes y servicios) las variadas ofertas disponibles para satisfacer sus necesidades vitales de seguridad, placer y bienestar personal y existencial” (De Marinis, 1989: 94)<sup>97</sup>. El *homo prudens* encarna una subjetividad afín con las racionalidades políticas<sup>98</sup> neoliberales, así como con las nuevas tecnologías del riesgo. En cuanto a su primera afinidad, habrá que señalar que los modos de subjetivación del *homo prudens* se hallan codificados conforme al orden molar de “el empresario de sí”. En efecto, tal como hemos señalado en párrafos anteriores, en consonancia con su intención de economizar el ejercicio del poder, lo que se pretende desde el liberalismo avanzado, es que el individuo aporte la mayor cantidad de energía aplicada a su autogobierno, que sea personalmente autónomo para desarrollar un proyecto de vida optando racionalmente entre una amplia gama de opciones, y de este modo, pueda autogestionar su individualidad (Ampudia de Haro, 2006). Así, se abre una plétora de posibilidades reflexivas y creativas para poder diseñar su proyecto de vida, el cual se diseñará conforme al *diagrama Psi* de la felicidad y del bienestar que preconiza el *código de la civilización reflexiva*<sup>99</sup> en la modernidad tardía. Diagrama que integra una serie de rasgos de la

---

<sup>97</sup> En términos de la investigación social aplicada al campo de las drogas, es posible observar las diferencias que existen en un análisis orientado por la figura del *Homo Economicus* y otro orientado por la figura del *Homo Prudens*. La primera puede ser observada en un artículo de Juan Gamella publicado bajo el título “Drogas: la lógica de lo endovenoso” (1991) en el cual el autor releva la racionalidad económica que orienta la elección de una determinada vía (la inyectada) como la resultante de un cálculo aritmético básico. La segunda puede ser observada en el trabajo etnográfico de J. P. Grundt et al., publicado bajo título “Rituales de regulación: en consumo controlado e incontrolado de las drogas en el marco legal” (2004) en el cual se relevan las prácticas rituales de consumo inyectado orientadas a hacia una mayor obtención de ganancias (placeres, efectos, etc.), lo que integra un objetivo de minimización de riesgos.

<sup>98</sup> Por racionalidad política se entiende el haz de objetivos (políticos, sociales, pedagógicos, militares, etc.) perseguidos en el ejercicio del poder, así como los principios que respaldan la consecución de los mismos (libertad, justicia, equidad, responsabilidad, prosperidad, etc.), principios en nombre de los cuales se materializa dicho ejercicio. Cada variante de la racionalidad política posee una concepción propia sobre la naturaleza de los individuos gobernados y, asimismo, articula objetivos, principios y tal concepción según un vocabulario y un discurso particular (Ampudia de Haro, 2006).

<sup>99</sup> Fernando Ampudia de Haro propone la noción de “código de civilización reflexiva” para analizar el código de comportamientos y gestión de las emociones que se configura a partir de la literatura de autoayuda. El autor señala que desde una perspectiva eliasiana (Norbert Elías) mantiene el vocablo civilización en tanto con esta noción se alude al nivel de autocontrol que ejerce la persona sobre sus

cultura “psi” como la auto-aceptación física y psíquica, la autenticidad, la no deberización, o la autodependencia, entre otros, los cuales serán recogidos e integrados en los *kit* preventivos usados en el campo de las drogas -entre otros problemas del llamado ámbito psicosocial- en clave de *habilidades para la vida*<sup>100</sup> o *fortalecimiento de la autoestima*<sup>101</sup>. Rasgos o atributos característicos de la cultura terapéutica ampliamente difundida a través de sus diversos dispositivos orientados a la autoayuda y a la ayuda de otros. En clave foucaultiana, se trata de la potenciación de un *diagrama Psi* en el marco de la cultura terapéutica que conecta con el desarrollo de las tecnologías políticas de la individualidad. Tecnologías que las autoridades, entre otros agentes, ponen en marcha al entender que es deseable educar al ciudadano en técnicas de autogobierno. De ahí que el diagrama Psi y sus técnicas de regulación de sí, modulan las subjetividades en consonancia con las políticas neoliberales contemporáneas.

En consonancia con el objetivo neoliberal de sacarle máximo partido a los recursos personales, se visualiza una segunda filiación del *homo prudens*, ahora inscrita en la genealogía de las tecnologías<sup>102</sup> del riesgo. Ciertamente, la gubernamentalidad liberal

---

conductas y emociones. A lo que añade el vocablo reflexiva, en la línea definida por Cas Wouters, en tanto que se entiende que ese control se flexibiliza al tiempo que se solidifica a partir de un pensar sobre sí mismo y un pensar lo pensado; es decir, a partir de un examen introspectivo y el consiguiente autoanálisis del comportamiento y los afectos.

<sup>100</sup> Solo por poner un ejemplo, entre muchos otros que podrían ser tomados para estos fines: El programa para la promoción de la salud y la prevención de las drogodependencias “L’aventura de la vida” impulsado por la Federación Catalana l’Espalai con el aval y el soporte de la Subdirecció General de Drogodependencias del Departament de Salut de la Generalitat de Catalunya llevado a cabo desde 1999 tiene una cobertura estimada aproximada de 200.000 niños y niñas (7-11 años) provenientes de 270 escuelas y 144. Este programa fue creado por el grupo Edex, ONG del País Vasco, que lo aplica y promueve desde 1989 y ha sido declarado programa de interés para el Plan Nacional sobre Drogas de Gobierno de España. En este programa uno de los principales componentes corresponde a lo que los autores llaman **habilidades para la vida**, bloque conformado por los siguientes temas: **respeto por uno mismo; afrontar los desafíos; manejar la tensión; relacionarse y tomar decisiones**.

<sup>101</sup> Basándonos en la información aportada por Teresa Salvador e Isabel Martínez en su artículo titulado “De la magia a la evidencia: Desarrollo de las actuaciones preventivas en España” (FAD 2002) se estima que más del 60% de los programas preventivos aplicados en el ámbito escolar en España incluyen un componente relacionado con el fortalecimiento de la autoestima. A lo que habría que agregar que de los 7 componentes identificados por las autoras, al menos 4 de ellos (autoimagen y superación; control emocional; habilidades de resistencia y tolerancia y cooperación) tienen relación directa con el *diagrama psi* de individuación conforme a un código de civilización reflexiva.

<sup>102</sup> Aquí *tecnología* refiere al conjunto de prácticas sociales orientadas o dirigidas a la manipulación del mundo físico o social, de acuerdo a rutinas determinadas.

avanzada, tiende a reemplazar la tecnología de riesgos localizada en los vínculos colectivos por estrategias de autoresponsabilización. Pero cuidado, si bien puede parecer que nos encontramos ante una reedición del viejo prudencialismo de los siglos XIX y XX, lo cierto es que dista mucho de serlo. En efecto, el *homo prudens* del liberalismo avanzado, nos remite y nos revela a la vez, las características definitorias del contexto histórico en que opera; esto es el *neoprudencialismo*. Al respecto, autores como François Ewald, Michell Dean, Robert Castel y Ulrich Beck, desde distintos ángulos, proponen claves interpretativas mediante la cuales se puede captar con mayor precisión ciertas singularidades y diferencias de este *homo prudens* respecto al viejo prudencialismo.

Françoise Ewald (1997) partiendo de la premisa que la prudencia define el comportamiento humano frente a la incertidumbre, sostiene que en los dos últimos siglos se han sucedido tres grandes dispositivos de prudencia: el dispositivo de *responsabilidad*, en base a la *falta*, que predominó en el siglo XIX; el dispositivo de *solidaridad*, en base al *riesgo*, que se ha ido desarrollando a lo largo del siglo XX. *Ahora bien*, en el presente, una serie de hechos sociológicos, jurídicos y normativos llevan a Ewald (1997) a pensar que somos actores de una profunda transformación que anuncia la reformulación del compromiso de la responsabilidad y la emergencia del dispositivo de *seguridad*, cuyo nacimiento se produce en torno al reconocimiento del principio de *precaución*. Según este autor, a cada uno de estos dispositivos le corresponde una actitud; si en el paradigma de la solidaridad es la *prevención* la actitud dominante, en el paradigma de la responsabilidad será la *prevención* y en el de seguridad como ya hemos dicho será el de la precaución. Sin embargo, conviene precisar que estas tres formaciones, lejos de ser incompatibles, resultan complementarias. “No se trata de tres mundos que se sucederían en el tiempo, se trata más bien de tres actitudes respecto a la incertidumbre y desarrolladas en tres momentos distintos en el tiempo” (Ewald, 1997: 28).

En términos generales el paradigma o dispositivo de responsabilidad refiere a una determinada economía de derechos y deberes en la cual la parte de las obligaciones morales –hacia uno mismo y los demás– es más importante que las obligaciones

jurídicas. Es decir que este paradigma, arraigado en una filosofía liberal, privilegia la libertad y la voluntad individual antes que la obligación. Aquí las obligaciones legales hacia los demás se resumen en la norma de “no perjudicar a los demás” y la virtud ocupa un lugar preponderante en la doble forma de la previsión (hacia uno mismo) y de la benevolencia (hacia los demás) (Ewald, 1997). El dispositivo o paradigma de responsabilidad corresponde al Estado de Providencia, en el cual se amplían las obligaciones legales que tienden a cubrir a las de tipo moral. Se acompaña de una ampliación y multiplicación de derechos sociales y del reconocimiento del derecho general de indemnización frente a cualquier evento de la vida. “Es contemporánea de una utopía científica técnica según la cual la sociedad tendría la posibilidad de un dominio sobre sí misma, y el saber tendría un control indefinido sobre el poder” (Ewald, 1997: 14). Filosóficamente es indisociable del imperativo de la prevención (de las enfermedades, del crimen, de los accidentes, de la inseguridad social y de la pobreza). El paradigma de la seguridad reconfigura y pone en marcha una nueva economía de derechos y deberes. Si la noción de riesgo unida a las competencias otorgadas a la pericia científica, eran suficientes para determinar la situación de inseguridad, este nuevo paradigma reintroduce la cuestión de la incertidumbre pero de una forma diferente al modo en el que lo hacían los paradigma predecesores. También pondrá de manifiesto una relación profundamente transformada con una ciencia a la que interroga mas por las dudas que plantea y menos por los saberes que ofrece. Aquí “las obligaciones morales adoptan la forma de la ética, y el principio de responsabilidad queda reflejado en torno a la nueva noción de precaución” (Ewald, 1997: 14).

Sobre la base de este diagrama, se observará que la lógica neoproduncial que orienta al *Homo Prudens* se aleja en varios sentidos del veteroprudencialismo del siglo XIX y XX. Si bien este último hacía hincapié en la responsabilidad individual, lo hacía con matices distintivos, pues los criterios de gestión y regulación de la conducta y la emocionalidad remitían por lo general a la pericia de expertos vinculados al aparato de gobierno (saber profesional burocratizado). Será por ejemplo el caso de los higienistas y pedagogos, que basándose en el discurso científico de la época lograrán vertebrar sus influencias a través de sus publicaciones que harían llegar a las escuelas y centros

de instrucción con el propósito de inculcar patrones conductuales y emocionales en pro de la autorregulación y el autogobierno (Ampudia de Haro, 2007). Esa era la lógica que trasuntaba el viejo prudencialismo, cuando la filantropía y las instituciones correccionales trataban de inculcar en las clases trabajadoras las virtudes del ahorro, la sobriedad y la anticipación calculada de las incertidumbres venideras. Como veremos a continuación, el nuevo prudencialismo se distancia del anterior tanto epistemológica como políticamente.

En términos epistemológicos, la emergencia del paradigma de la seguridad que opera bajo el principio de la precaución supone una nueva relación de la ciencia y el conocimiento. Esta refiere a una epistemología de la relatividad del conocimiento científico y, en consecuencia a una ética sofisticada y escéptica. Dicha epistemología invita a anticiparse a lo que todavía no se sabe, a tener en cuenta hipótesis dudosas, simples sospechas, a tomar en serio las previsiones más descabelladas, los avisos de profetas, falsos o verdaderos, etc. (Ewald, 1997). En efecto, mientras que la actitud de prevención que precede a la precaución (paradigma solidario – industrial) supone una relación con el saber que garantice la veracidad de los saberes, la hipótesis de la precaución invita a convertir al genio maligno más engañoso en un continuo compañero. El desgaste, el retroceso, la erosión de la ilusión de un posible control de la ciencia por sí va a ser más que evidente (Ewald, 1997). Antes parecía que las ciencias de la ingeniería disponían de una especie de poder de autocontrol infinito. Parecía también que a medida que iban surgiendo nuevos peligros se daban nuevas posibilidades de controlarlos y reducirlos. Como bien dice Ewald *“Vivíamos en la hipótesis de una adecuación siempre posible entre saber y poder”* (Ewald, 1997: 25). En la práctica, esto quiere decir que dentro de la lógica veteroprudencialista la vinculación autoridad política y pericia del experto era muy fuerte. Esta se traducía habitualmente en el peritaje como medio, no solo de validación, sino también de inducción de determinadas pautas de comportamiento autorregulado. La voz del experto, siempre vinculada al Estado, fungía como criterio indiscutible de objetivación a partir del cual se socializan los riesgos y se proporciona un margen de seguridad para su gestión.

Ahora bien, a partir de la década de los ochenta condicionado por una serie de *problemas contemporáneos relacionados con la seguridad* en el campo de la medicina, el medio ambiente y desarrollo tecnológico (Ewald, 1997), o como diría Beck condicionado por la emergencia de una serie de *riesgos civilizatorios*, se vivirá un marcado retorno de la incertidumbre científica en las lógicas del saber. Dicho desde su anverso, esta ausencia de certidumbres refiere a una situación en la que no se puede formular -entre una causa y su efecto- más que una relación de posibilidades, de eventualidad o de probabilidad, sin que se pueda tener la prueba de su validez. Esto va significar que se reintroduzca una lógica de decisión “pura”, pues ya no podrá ampararse, ni en el conocimiento experto, ni en una moral ligada a la aplicación de un marco preexistente.

En este nuevo escenario de “catástrofes ingobernables” conjuntadas con la irrupción de racionalidades neoliberales de gobierno y al desmantelamiento del Estado de Bienestar, va a terminar por “*acabar*” con uno de los pilares básicos del *veteroprudencialismo*: el cuerpo de expertos sociales se fractura en una pluralidad inabarcable de ellos –*expertos en adicciones, mujeres, niños, inmigrantes, ancianos, matrimonios, relaciones sentimentales, riesgos laborales, trastornos psíquicos...* - ante la cual el individuo no tiene más remedio que convertirse en un experto de sí mismo” (Ampudia de Haro; 2007:70). Ahora bien, este desplazamiento a nivel epistémico introduce una fractura en la relación del “saber/poder” y el “orden/social”, pues el primero hasta ahora proveía de certitudes, certezas y certidumbres que estabilizaban el sistema, es decir inyectaban negüentropía hacia el segundo (orden/socia). La producción de saber se apoyaba hasta ahora en cierto monopolio del discurso de la verdad (la ciencia), cuya producción se organizaba sobre la base de un esquema altamente centralizado y jerarquizado. Tras estos quiebres, como bien señala Beck (1998), de pronto la opinión pública y la política empiezan a ejercer el derecho a voz en el ámbito íntimo del *management* empresarial, en la planificación de la producción, en el **equipamiento** técnico, etc., no sólo en relación a las consecuencias para la salud de la naturaleza y del ser humano, sino también en relación a sus *efectos secundarios sociales, económicos y políticos*. Hablamos de hundimiento de mercados, desvalorización del capital, controles burocráticos de las decisiones empresariales,



apertura de nuevos mercados, costes monstruosos, procedimientos judiciales, etc. (Beck, 1998). Se produce entonces una suerte de implosión en el diagrama de saber, el cual se descentra, fragmenta y capilariza, que tendrá unas consecuencias imprevistas. Ciertamente, la fractura del cuerpo de expertos sociales implicará no solo su fragmentación sino también su entrada masiva a un mercado de consumo antes centralizado en los distintos aparatos del Estado. Esto significará la inflación de una oferta especializada a la cual tendrá que recurrir (consumir) el nuevo *sujeto* prudencial. Sin embargo, no es menos cierto, que también implicará la apertura -en la multiplicidad- de nuevos espacios políticos y epistémicos donde se podrá agenciar la nueva acción social (nuevos locus de enunciación). La implosión del saber científico, en cierto modo, desnuda la arbitrariedad de la verdad y desactiva su monopolio. Lo que hasta ese momento *se había considerado apolítico se vuelve político*, y por tanto, puede devenir en objeto de reappropriación por parte de un saber minoritario. Para retomar una expresión de Deleuze/Guattari diríamos que se activa un proceso de **desterritorialización** en ciertos ámbitos del saber, abriéndose espacios para la articulación de otros saberes que puedan maximizar las oportunidades de contradicción. O dicho de otro modo, abriéndose la posibilidad para la entrada en escena de *saberes otros* cuyo propósito sea la minimización de la dominación.

En términos políticos, la distancia política entre ambos prudencialismos tiene relación con la economía política del riesgo. Ulrich Beck (1998) advierte que si bien los riesgos en la sociedad industrial concernían principalmente a las clases populares, ahora en el presente, la mundialización de los peligros medioambientales, el fin del pleno empleo y el desmantelamiento del Estado del Bienestar han expandido el riesgo a todos los sectores. El palabras de Beck *“los riesgos de la modernización afectan más tarde o más temprano también a quienes los producen o se benefician de ellos. Contienen un efecto bumerang<sup>103</sup> que hace saltar por los aires el esquema de clases”* (Beck, 1998: 29). Esto,

---

<sup>103</sup> Respecto al efecto *bumerang* Beck señala: “Contenido en la globalización y sin embargo claramente diferente de ella es un modelo de reparto de los riesgos en el que se encierra una buena cantidad de dinamita política: los riesgos afectan más tarde o más temprano a quienes los producen o se benefician de ellos. Los riesgos muestran en su difusión un efecto social de bumerang: tampoco los ricos y los poderosos están seguros ante ellos. Los efectos secundarios anteriormente latentes golpean también a

según el mismo Beck, no excluye que muchos riesgos estén repartidos de una manera específica de las capas o clases. En este sentido, dirá Beck “hay amplias zonas de solapamiento entre la sociedad de clases y la sociedad del riesgo. La historia del reparto de los riesgos muestra que éstos siguen, al igual que las riquezas, el esquema de clases, pero al revés: las riquezas se acumulan arriba, los riesgos abajo” (Beck, 1998: 41). Por tanto, los riesgos parecen fortalecer y no suprimir la sociedad de clases. A la insuficiencia de los suministros se añade la falta de seguridad y una sobreabundancia de riesgos que habría que evitar o minimizar. Frente a ello, aquellos situados en lo alto de la pirámide social pueden comprarse la seguridad y la libertad respecto del riesgo. *“Esta «ley» de un reparto de los riesgos específico de las clases y, por tanto, de la agudización de los contrastes de clase mediante la concentración de los riesgos en los pobres y débiles estuvo en vigor durante mucho tiempo y sigue estándolo hoy para algunas dimensiones centrales del riesgo” (Beck, 1998: 50).* Algo muy diferente e inverso ocurre con las incertidumbres manufacturadas o riesgos de la modernización cuya extensión relativiza las diferencias y los límites sociales. Según Beck esto “queda más claro aún si tomamos en consideración el modelo especial de reparto de los riesgos de la modernización: éstos poseen una *tendencia inmanente a la globalización*” (Beck, 1998: 48). Extremando esta línea argumental Beck llegará a la controversial conclusión *“que las sociedades del riesgo no son sociedades de clases; sus situaciones de peligro no se pueden pensar como situaciones de clases, ni sus conflictos como conflictos de clases” (1998: 42).*

Otro aspecto relevantes relacionado con el nuevo prudencialismo tiene que ver con el trastocamiento que éste implica en los mecanismos de gestión de los riesgos característicos del régimen *welfarista* (Vázquez, 2005). En este último, el gobierno de los riesgos estaba implantado en la red de dependencia que vinculaban al ciudadano social con la colectividad y cuya forma emblemática es el sistema de cotizaciones a la seguridad social que permite prevenir múltiples eventualidades (enfermedades, desempleo, etc.). El dispositivo de solidaridad, a diferencia de su predecesor, no se

---

los centros de su producción. Los propios actores de la modernización caen de una manera enfática y muy concreta en el remolino de los peligros que desencadenan y de los que se benefician. Esto puede suceder de formas muy diversas” (1998: 43)

fundamenta en la culpa sino en el riesgo y su principal instrumento no es el derecho, sino el seguro. Ewald (1997) señala que *“La racionalidad que es el fundamento del riesgo lleva a modificar la forma de interpretar el problema de la imputación jurídica de los daños”* (Ewald, 1997: 16). La escisión entre la causalidad y la imputación, conducirá a la institucionalización de un principio de imputación que no se refiere ya a la causalidad objetiva de los daños, sino en términos de <<reparación>>. Se trata de un riesgo socializado, lo que quiere decir distribución del riesgo, o reparto social de las cargas. En este sentido el problema de la responsabilidad ya no es determinar “de quien es la culpa”, sino a quien se tendrá que imputar el daño, quien tendrá que soportar la pérdida causada por accidente. En definitiva, un problema de equidad formulado en términos más económicos que morales. La fuente y el fundamento de la responsabilidad se desplazan del individuo a la sociedad: se es responsable no porque se es libre por naturaleza y porque se hubiese podido actuar de otra manera, sino porque la sociedad estima justo hacerle responsable, o sea decidir quién soporte la carga monetaria del daño, independientemente de que sea autor o víctima. Esta es la lógica que se ha trastocado, en la medida que los procedimientos de significación, y en particular, el sujeto del riesgo, tiende a ser remplazado por la autoresponsabilidad. Esto significa al menos dos cosas:

En primer lugar, como ya hemos advertido en párrafos anteriores, el individuo ha de hacerse cargo de prevenir sus infortunios contratando los servicios pertinentes en un mercado; llámese fondo de pensiones, seguros de accidentes, compañías sanitarias, sistemas de seguridad, kit de prevención, etc. Más aún, el sujeto debe de desarrollar conductas de cálculo, autodisciplina y previsión, debiendo ser prudente en relación con su propia salud corporal y mental, prudente también con su futuro laboral y con su seguridad particular (Vázquez, 2005). Este desplazamiento en la significación del riesgo es indisociable del proceso de erosión de los sistemas de protección social que se habían desplegado en la sociedad salarial sobre la base de condiciones de trabajo estable. Indisociable también, de los procesos de individualización y descolectivización asociados a las transformaciones en el mundo del trabajo experimentadas en las últimas tres décadas.

En segundo lugar, en la medida que se fragiliza la lógica de la causación, el espectro del sujeto soberano de la decisión racional retorna y junto a ello una nueva ola de moralización recaerá sobre sus faltas. En efecto, si bien la epistemología de la relatividad se articula sobre una ética compleja y escéptica del sí mismo, al mismo tiempo, y de forma contradictoria, se retorna a una noción tradicional de la responsabilidad en tanto ésta refiere *a la renuncia de transferir a otro el peso de lo que ocurre a uno (salvo en el caso que se debiera a la culpa de otro)*. Se trata de una lógica liberal y neoconservadora que considera al individuo soberano en su decisión, propietario de su cuerpo, reivindicativo del derecho inalienable al placer (Preciado, 2003).

En este sentido, en el marco de la culpa, se observa el retorno del principio de responsabilidad el cual hará las veces de conversor universal del mal en bien. El individuo debe de ser tan previsor como prudente. Previsor en cuanto a las incidencias de la contingencia (antes llamada fortuna) y prudente en cuanto a sí mismo y a las consecuencias de sus actos. Previsor y prudente, el individuo no tiene excusas, razón por lo cual de toda y cualquier falta se ha de responsabilizar. Así por ejemplo en el kit educativo “hablemos de drogas. Una realidad que debe tratarse en la escuela”, elaborado por la Obra Social de la Fundación “laCaixa”, una de las actividades a desarrollar con el alumnado (actividad 7; p. 55) se describe del siguiente modo: “A partir de historietas sobre consumo de drogas, se pretende que el alumnado identifique causas por las que se presentan situaciones conflictivas asociadas al consumo de drogas y proponga que medidas de **previsión y prudencia** deberían ser tomadas para reducir o evitar ciertos riesgos”.

¿Cuáles son las implicancias políticas y epistémicas asociadas al principio auto-responsabilidad? A modo de ejemplo, en el campo del delito, como señala David Garland (2005), esto va significar que se produzca la conjunción diferencial de dos figuras contradictorias del delito (la falta); por un lado ***criminología del sí mismo*** para la cual el individuo que delinque es un sujeto racional y normal. Esto quiere decir que los “delincuente” no son distintos del resto de nosotros y por tanto deben ser objeto de políticas incluyentes (normalización); Por otro lado la ***criminología del otro***, del

desafiliado, del atemorizante, el extraño amenazante, el resentido y excluido, para la cual el individuo que delinque, el “delincuente”, será considerado como “monstruo”, un sujeto distinto a nosotros y de esta manera un candidato listo para la exclusión y la coerción (O'Malley, 2007). *“Una es invocado para hacer del delito algo cotidiano, reducir los temores desproporcionados y promover acciones preventivas. La otra es utilizada para demonizar al delincuente, expresar lo miedos e indignaciones populares y promover el apoyo al castigo estatal”* (Garland, 2005: 232).

Como se puede observar, queda excluida una tercera posición intermedia entre esos dos polos, posición que hasta hace pocos años ocupaba la criminología welfarista la cual describía al individuo que delinquía o al delincuente como una persona desfavorecida y escasamente socializada. De acuerdo a esta última lógica, sobre la base de un paradigma solidario, se transfería la responsabilidad hacia el Estado quien, a través de la política penal como de la política social, debía llevar adelante medidas destinadas a remediar dicha situación.

Más allá del campo penal, este tipo de racionalidad del riesgo opera con igual o mayor intensidad en otros campos. Así por ejemplo, en el de la salud pública, la noción de “estilo de vida”, desprovista de su carga sociológica “dura”, funge como una categoría (factor de riesgo) descriptiva y predictiva, articulada sobre unos supuestos teóricos (ej. Teoría de acción racional) y axiológicos (soberanía y libertad individual) que modulan la significación del riesgo conforme a una práctica divisoria consistente con la descrita anteriormente (criminología del otro y del sí mismo). En efecto, en el marco del neoprudencialismo contemporáneo, el estilo de vida se codifica sobre la base de un modelo de la responsabilidad que oscilará entre el exceso (el todo) y la renuncia (el punto cero) pasando por su punto vinculado a una ética del cuidado de sí. Ahora bien, como antes hemos señalado, el modelo neoprudencial atribuye al sujeto la responsabilidad de gestionar sus propios riesgos, de auto-proveerse seguridad a través de acciones positivas, basadas en su cálculo (previsión). Esto presupone que los individuos son sujetos racionales que han internalizado el cálculo de riesgo y que se han implicado de forma activa en el modelado de sus vidas conforme al *ethos* de la precaución. Para ello se implementaran una serie de dispositivos pedagógicos a través

de los cuales se dotará a los individuos de un equipamiento semiótico-material para que estos puedan gestionar de forma eficaz los riesgos. La puesta en escena de la pedagogía del riesgo se realiza mediante un *package* formativo que interviene a nivel cognitivo, conductual y actitudinal a través de la entrega de información basada en evidencias científicas disponible en dicho campo, el entrenamiento individual o grupal de habilidades y una serie de *kits* preventivos con los cuales los individuos se tendrán que familiarizar para poder automonitoriar sus comportamientos.

En este marco neo-prudencial ¿Cómo se entienden y como se significan los comportamientos de riesgo? O más aun ¿Cómo se significan los daños asociados a dichos comportamientos? Obviamente responder a estas interrogantes no es tarea sencilla, y no se puede dar una respuesta unívoca y absoluta, pues varía éstas variarán dependiendo del contexto y de la situación en particular, es decir, varían conforme el universo de referencia. Así y todo, si nos atenemos a la relación estilo de vida y comportamiento de riesgo bajo los supuestos que hemos descrito veremos que la falta, la transgresión dependiendo de su valoración moral, puede ser significada como una falla en los mecanismos de autocontrol, falla que puede referir a su inconsistencia, a su ausencia, o lisa y llanamente a su perversión (exceso). Ahora bien, si la superficie de inscripción de la falta o transgresión tiene que ver con un territorio altamente moralizado como es el uso de drogas o el comportamiento sexual, pues entonces, en los dos últimos casos, es decir en los sujetos a los que se les supone una ausencia de control o una perversión, la falla remite a una cuestión intrínseca, inscrita en su naturaleza “monstruosa” solo posible de controlar mediante su segregación. Piénsese en prácticas relacionadas con la reinfección a propósito de dos imágenes o íconos de sujetos de riesgo en el imaginario neoprudencial; en el caso de ausencia de control, nos referimos al “*yonki de calle*” el que no pudiendo aplazar o diferir en el tiempo su autosatisfacción, se inyecta tan pronto tiene la posibilidad de hacerlo, sin reparar en demasía en las condiciones sociales y sanitarias en las realiza su práctica. Y en el segundo caso, nos referimos por ejemplo en practicante de *barebacking*<sup>104</sup> sobre todo

---

<sup>104</sup> “Esta práctica de riesgo es definida por Shernoff (2006) como la realización de sexo anal sin condón de modo intencional entre hombres que no son pareja estable. El término *bareback* también es conocido como “sexo a pelo” o “sexo al natural” y puede ser diferenciado de otras prácticas sexuales de

si pensamos en su vertiente marginal relacionada con *bugchasing* “definido como el acto de llevar a cabo sexo *bareback* cuando uno de los participantes presenta estatus serológico positivo y el otro no; en este acto sexual el participante con estatus serológico negativo – denominado como *bugchaser* – busca de modo premeditado ser infectado por su compañero sexual – designado como *giftgiver*” (Luna, 2010). La cuestión es que desde una perspectiva neo-prudencial, se va a sostener que ambos comportamientos son expresión de unos sujetos refractarios a la información e incluso a los servicios que podrían aminorar o modificar dichos comportamientos. Hipotéticamente hablando, ambos sujetos, previendo los riesgos y posibles daños, e incluso disponiendo de medios para poder modificar sus comportamientos o evitar ciertas consecuencias negativas altamente probables (salas de venopunción- uso de preservativos), deciden por voluntad propia continuar con determinado comportamiento. Por tanto le pregunta que surge lógicamente desde este imaginario es ¿a quién imputar los daños? ¿Quién debe soportar con la carga de estos? Como podemos ver aquí es estos casos la frontera entre responsabilización y la culpabilización es muy difusa. En cualquier caso, ambas figuras pese a su excepcionalidad lejos de ser secundarias, ocupan un lugar central pues entre otras cosas sirven para recrear dos ficciones necesarias para el mantenimiento del orden sociopolítico establecido y su imaginario neoprudencial: la ficción de la libertad y la ficción de la racionalidad del sistema (Álvarez-Uría, 2000).

Si la falta remite a una falla en los sistemas de autocontrol, esto puede deberse a una debilidad o deficiencia en el equipamiento preventivo del que dispone el individuo, o una falla atribuible a la irrupción de la contingencias no contempladas en el curso de la acción. En cualquiera de los casos, el individuo no queda exento de responsabilidad, pues o bien debería haber previsto las posibles derivas del curso de su acción y haber tomado las medidas de precaución de forma oportuna. En consecuencia se deberá potenciar y reforzar la programación preventiva de la que será objeto y sujeto a la vez.

---

riesgo por: 1) la intencionalidad y premeditación de llevar a cabo el acto sexual sin utilizar un método de barrera como es el condón en sus múltiples presentaciones; 2) enfocarse a prácticas de sexo anal entre hombres; 3) tener un referente temporal y cultural que se da después de la aparición y propagación del VIH/SIDA” (Luna, 2010) .

Sin duda, esto no podrá hacerse sin la implicación activa del propio individuo el que deberá desplegar una serie de prácticas -de sí- orientadas al cuidado de sí. Estas prácticas no son, sin embargo, “algo que el individuo mismo invente. Se trata de esquemas que encuentra en su cultura y que le son propuestos, sugeridos, impuestos por dicha cultura, su sociedad y su grupo social (Foucault, 1999: 404).



## **II.- EL DISCURSO DE RIESGO EN EL CAMPO DE LA SALUD: APUNTES PARA UNA GENEALOGIA**

Desde un punto de vista genealógico la noción de riesgo se inscribe en el desarrollo de la gubernamentalidad liberal como un elemento consustancial al avance de la sociedad industrial. De acuerdo a François Ewald (1986), la toma de conciencia sobre los efectos imprevistos del propio desarrollo, inherente a la idea misma de progreso, se remonta a la consolidación del capitalismo industrial en la segunda mitad del siglo XIX. Como una verdadera paradoja, la mejora de los estándares de vida, parecen ir acompañados de una amenaza constante, de una inseguridad creciente que genera costes individuales y colectivos. Ewald encuentra ejemplificada la irrupción de la presencia insidiosa y omnímoda del riesgo en el descubrimiento de Pasteur; el mundo moral y el orden de la ciencia se rearticularán a la sombra de Pasteur sobre la presencia de cada individuo y de cada relación social como portadora de una potencia de contagio (Mínguez, 1995). En esa misma dirección, Foucault ejemplifica mediante la oposición del tratamiento disciplinario de la peste en el siglo XVII y la gestión de la viruela en la Francia del siglo XVIII el cambio de lógica del poder, en tanto lo determinante no será ya contener al individuo afectado (reclusión y aislamiento por ejemplo), sino determinar el perfil de sujetos más expuestos a la infección en virtud de datos como la edad, el sexo, la raza o el lugar de residencia, con el fin de adoptar medidas preventivas. Para este último, los dispositivos de seguridad expresan a partir del siglo XVIII un modo de intervención del poder que complementa el marco disciplinario dirigiéndose no ya al cuerpo del individuo culpable, sino a la idea de peligrosidad; a la gestión de una serie de eventos probables que se refieren a los grupos de población en que el individuo se inscribe (San Martín, 2009).

Resumiendo, desde esta perspectiva, el riesgo es una forma de racionalidad, una manera de objetivar los eventos con el fin de hacerlos gobernables. Razón por lo cual, su análisis se sitúa en la relaciones entre poder y saber, en los modos en que estas relaciones se configuran a partir de determinadas formas de conocimiento. Sobre esta base, se puede afirmar con toda rotundidad que el riesgo constituye un concepto clave

en la modernidad por cuanto habría posibilitado, no solo la colonización del futuro – como posibilidad de prever y controlar eventos- sino también habría hecho posible el gobierno de las poblaciones, en virtud de los cambios políticos que se sucedieron entre el orden social de los antiguos regímenes (feudalismo) y los estados modernos (capitalismo).

## **1.- EL GOBIERNO DE LA SALUD/ENFERMEDAD: EPIDEMIOLOGIA DEL RIESGO**

Las ideas de infección y de contagio, de la importancia de las condiciones de vida y de los determinantes sociales, hasta aquellas sobre los estilos de vida, han orientado y ordenado las distintas aproximaciones teórico-prácticas sobre como pensar e intervenir la salud de las poblaciones conforme la relación que se establece entre ellas y el riesgo (Suárez et al, 2006). Cabe recordar que la epidemiología se desarrolla durante los siglos XVIII y XIX principalmente en torno de las enfermedades infectocontagiosas, aunque también en torno a las enfermedades laborales y las denominadas toxicológicas (Menéndez, 1998). De acuerdo a Menéndez (1998) “el saber medico hasta el último cuarto del siglo XIX esta todavía impregnado por concepciones referidas a los miasmas, a los temperamentos a la irritabilidad, las cuales conviven de modo diferencial, según los países, con las explicaciones biológicas respecto a la enfermedad luego denominadas infectocontagiosas” (Menéndez, 1998: 37)

Las prácticas sanitarias de fines del siglo XVIII, habían facilitado los primeros sistemas de clasificación demográfica de la morbilidad realizados en los albores del capitalismo de la gran Industria, época en la surgió un gran interés por cuantificar los fenómenos ligados con la fuerza de trabajo y los fenómenos socio-económicos conexos. Fue una etapa en que la demografía y econometría comenzaron a articularse en torno al recuento de la morbi-mortalidad y se establecieron las relaciones entre los fenómenos sociales y económicos con los eventos de enfermar y morir (Breilh, 2003). La entrada de las ciencias básicas en las problematizaciones de los procesos de salud/enfermedad, hizo posible que la estadística paulatinamente se fuese consolidando como una herramienta eficaz para la planificación y programación de la intervención sobre las

poblaciones. Inmersa en una matriz positivista, desde el siglo XVIII, ésta última apareció con el fin, no solo de identificar y describir las condiciones de la sociedad, sino también de identificar, describir y predecir los comportamientos de las distintos conglomerados poblacionales (Breilh, 2003).

Hacia finales del siglo XVIII surge una preocupación creciente por el entorno urbano y sus condiciones, focalizándose principalmente en los sectores populares y la asociación que se hacía entre éstos y las suciedades (pestilencias) de las ciudades. Así por ejemplo, esta idea será desarrollada en Gran Bretaña por Edwin Chadwick, considerado el fundador de la Salud Pública inglesa, quien en 1842 postula que la eliminación de la suciedad a través de medidas sanitarias era la única manera de acabar con las enfermedades. La higiene surge entonces, como una manera de detectar, caracterizar y legitimar la intervención en los focos infecciosos en el paisaje urbano. Dicho de otro modo, la higiene, emerge como un conjunto de mecanismos y conocimientos dirigidos a favorecer determinadas condiciones que propiciarían el mantenimiento de la salud, garantizando de este modo, la producción y reproducción social (Breilh, 2003).

Hacia mediados del Siglo XIX cuando los procesos del ámbito público de la vida pasaron a ser vistos como un espacio de facilitación “extraorgánico”, donde ocurren las causas de los fenómenos orgánicos del medio interno, se abandonó –al menos parcialmente- el enfoque de las relaciones generales entre lo biológico, lo político y lo económico, y se volcó la mirada epidemiológica, hacia la mecánica “medio interno-medio externo” (Ayres, 2005). En efecto, como recuerda Eduardo Menéndez (1998), el descubrimiento de las causales microbianas de las enfermedades infecciosas a fines del siglo XIX, y el desarrollo de soluciones técnicas de tipo biológico, colocaron el eje del objetivo epidemiológico en las enfermedades infectocontagiosas y en este tipo de soluciones. En consecuencia, señalará Menéndez, “la epidemiología se desarrolla entre 1890 y 1950 básicamente en torno a dichos padecimientos, lo cual se expresa en el hecho de que el primer manual (Stalley, 1931 en Buck et al., 1988) solo se refiere a este tipo de enfermedades. Esta focalización, con la orientación bacteriológica, marco el desarrollo de la epidemiología al reducir cada vez más sus objetivos a la búsqueda

de los factores determinantes y las soluciones dentro del campo biológico” (Menéndez, 1998: 38). Será en ese momento que la noción de transmisión se coloca en el centro del saber epidemiológico, sustituyendo a la vaga noción de contagio.

No será hasta mediados Siglo XX cuando se imponga una nueva racionalidad de causalismo de base biológica que va desplazar a la noción naturalista de los fenómenos epidémicos, sustituyéndola por una noción probabilística de la causalidad, traducida por la noción de riesgo (Ayres, 2005). De ahí en más, gracias a la gran disponibilidad de herramientas de modelos matemáticos y de simulación, y al gran énfasis de técnicas estadísticas prospectivas, la obtención de datos epidemiológicos se ha vuelto una cuestión indispensable para la gestión de la salud/enfermedad en el mundo contemporáneo. Sin duda, el afán predictivo se ha acentuado cada vez más, hasta el punto que algunas ciencias *hightech* presentan un aura futurista que las aproxima en gran medida a las narrativas de la ciencia ficción o a la literatura fantástica (Castiel, 2005).

En este contexto, la epidemiología, entendida como una disciplina cuyo propósito va ser el estudio de la distribución de las enfermedades y los determinantes de la prevalencia, la incidencia de las enfermedades y su aplicación a los problemas de salud, se consolidó como la disciplina central para la salud pública. Ahora bien, con el establecimiento de la epidemiología se formalizaron una serie de categorías técnico-operacionales de gran calado epistémico -político, que si bien antes ya existían, ahora, una vez formalizadas, le permitirán a ésta, no solo dar cuenta de la realidad que pretende estudiar, sino también reactualizar viejas utopías tecno-científicas. Como bien señala Alvares-Uría “La medicina moderna se instituye en el interior de un nuevo proyecto político que pretende construir una nueva sociedad basada en la salud, el trabajo y la riqueza para todos...en nombre de esa utopía se materializó una alianza entre la vida y la salud que ha generado efectos que llegan hasta nuestros días” (1989: 56). Y sin duda alguna, de la serie de “nuevas” categorías, el riesgo ocupará un lugar preponderante y llegará a constituirse en el eje vertebrador del discurso de la epidemiología en su relación con las prácticas médico-sanitarias (Breilh, 2003).

## **2.- EL CONCEPTO EPIDEMIOLOGICO DEL RIESGO**

José Ayres (2005) en su libro *“Acerca del Riesgo. Para comprender la epidemiología”* (2005) analiza el desarrollo de la epidemiología y de las prácticas de la salud pública moderna, desde el siglo XVIII hasta su madurez tecno-científica, alcanzada a mediados del siglo XX. En ese marco, el autor problematiza las diversas facetas que conforman el discurso epidemiológico del riesgo. Sintética y esquemáticamente estas facetas pueden ser descritas en tres periodos.

### **2.1.- Primer Periodo: El Riesgo Como Amenaza Y Peligro**

En este primer periodo constitutivo de la epidemiología, el concepto de riesgo irá remplazando paulatinamente al de medio, aunque aún ocupará un lugar marginal. En esta etapa la noción de riesgo está ligada principalmente a la idea de “amenaza” o “peligro”, más no a las de probabilidad y azar, desempeñando un papel periférico y de carácter básicamente descriptivo. Ayres lo señala del siguiente modo: “El concepto de riesgo surge en la epidemiología de los años 20 como el heredero tardo moderno del concepto de medio. Podemos definirlo, en el contenido de nuestras discusiones como la *actualización tecnopragmática del interés moderno en conceptos de hecho relativos al espacio público de la salud*. En la medida que el medio se va diluyendo conceptualmente, el riesgo se va haciendo más significativo. En la medida que el medio va siendo marginalizado en las estructuras argumentativas de la epidemiología, el riesgo va demarcando su centralidad en esta argumentación” (Ayres, 2005: 160). Habrá que esperar hasta 1933, a propósito de la publicación en el American Journal of Public Health de un trabajo de W.H. Frost sobre el riesgo de las personas en contacto familiar con tuberculosis pulmonar, para que el concepto de riesgo adquiriera plenamente su carácter técnico instrumental.

### **2.2.- Segundo Periodo: La Exposición**

De acuerdo a Ayres (2005) la etapa de la epidemiología de la exposición se desarrolla entre los años 1930 y 1945. Según el autor, la crisis del año 29 produce una inflexión

en la idea de progreso gatillando un fuerte crisis social, ante la cual surgen voces que denotan una fuerte preocupación por dicha situación clamando por la centralización e intervención estatal (Breilh, 2003). El concepto de exposición aparece en la década 30 y el 40 para lo cual el concepto de riesgo adquiere mayor relevancia y una dimensión analítica. En este periodo, el riesgo se refiere a las condiciones de susceptibilidad individual que determinan el comportamiento epidémico de las enfermedades infecciosas. “El riesgo, ya no califica una condición poblacional, sino que indica una relación entre fenómenos individuales y colectivos” (Breilh, 2003: 1999).

### **2.3.- Tercer Periodo: La Probabilidad**

La tercera etapa de la epidemiología del riesgo, que Ayres (2005) llamará “*etapa del preventivismo de posguerra*”, se inicia después de la II Guerra Mundial y se extiende hasta mediados de los años sesentas. En este periodo, el concepto de riesgo alcanza la plenitud de su desarrollo, y adquiere plena centralidad en la disciplina como parte de una concepción tecnicista y de cuantificación de la misma<sup>105</sup>. Pasa a designar las probabilidades de susceptibilidad atribuibles a un individuo cualquiera de un colectivo particularizado de acuerdo con su grado de exposición a agentes de interés técnico-científico. Esto significa que se impone una nueva racionalidad del causalismo de base biológica, que desplaza la noción naturalista de los fenómenos epidémicos, sustituyéndola por una noción probabilística de la causalidad, traducida por la noción de riesgo. “Desde ese momento surge el paradigma del riesgo que identifica lo posible con lo probable; lo poblacional con lo muestral; y lo muestral con lo individual. Así queda inscrita una forma de reduccionismo y un camino de constitución formal de la cientificidad de la epidemiología que desvaneció los vínculos de los fenómenos epidemiológicos con los procesos más generales” (Breilh, 2003: 200).

---

<sup>105</sup> Analizando la relación epidemiología y salud pública Milton Terris, entonces director del “Journal of Public Health Policy” recuerda su experiencia formativa del siguiente modo: “Hace unos 50 años, en 1943, yo era alumno de la “Johns Hopkins School of Hygiene”, y uno de los profesores era el Dr. Pascua. En aquella época, gran parte de la enseñanza de bioestadística y epidemiología se impartía en el laboratorio. Una vez allí, no utilizábamos ni microscopios ni probetas de ensayo sino calculadoras manuales de las que extraíamos, no sin esfuerzo, la respuesta a ejercicios de resolución de problemas”. (Revista de Salud e Higiene Pública, 1994; 68: 5-10)

El mismo Ayres, en coautoría con otros investigadores, publicará un artículo en el 2009, en el cual, basándose en algunos trabajos previos, va a rastrear el desarrollo del concepto epidemiológico del riesgo a partir de una revisión de los primeros números del American Journal of Hygiene. En este trabajo colectivo (Filho, et al., 2009), los autores constatarán que el término riesgo fue desarrollado tempranamente en un estudio sobre mortalidad materna conducido por William Howard, profesor de biometría de la escuela de Higiene y Salud Pública de la Johns Hopkins University, publicado en el primer número del American Journal of Hygiene (que se transformará posteriormente en American Journal of Epidemiology) en 1921. Según Filho et al., (2009) “el concepto ya se presenta con un asombroso grado de formalización heurística y matemática, expresado en términos de proporciones entre el número de afectados y el número de expuestos” (Filho et al, 2009: 326). El concepto de riesgo aparece formulado nuevamente cuatro años más tarde, pero ahora de forma más consistente, en un estudio realizado por Doull y Lara (1925) sobre la difteria. Reaparece luego, en 1928, en un artículo de Fales (1928), en el cual se analizan datos secundarios sobre varias enfermedades infecciosas. En este último trabajo -según los autores-, se introduce la noción de *riesgo relativo* para señalar la naturaleza comparativa de los indicadores de asociación.

El trabajo de Filho et al., (2009) resulta esclarecedor por cuanto revela las tempranas (por no decir, fundacionales) filiaciones del lenguaje epidemiológico del riesgo a una matriz biomédica, sea en su vertiente clínica o sanitaria. Ahora bien, el análisis de dichas filiaciones, permiten entender mejor el surgimiento de aquello que Breilh (2005) llamará *el paradigma de riesgo*, aludiendo con ello a una gran matriz disciplinaria de la epidemiología que con el paso del tiempo habría terminado por copar este campo, abarcando todo el sistema de valores, creencias, construcciones simbólicas y modelos que se dan en las ciencias de la salud. Y aludiendo también, a un paradigma menor que estaría comprendido en uno más amplio: el paradigma del causalismo positivista (Breilh, 2005).

Como veremos a continuación, las tres filiaciones que serán descritas y brevemente analizadas, se irán encadenando entre sí en una suerte de espiral de complejidad creciente, revelando el entrelazamiento que se producirá entre técnicas de inscripción, centros de cálculo y racionalidades científicas. Ahora bien, cabe señalar que para describir y analizar dichas filiaciones, se parte de una premisa básica propia de la sociología del conocimiento científico: *el carácter normativo e históricamente situado de las instituciones científicas*. Esto quiere decir, que como toda actividad social, la ciencia está sujeta y depende de convenciones y negociaciones, de los intereses de los individuos y comunidades específicas que pueden y deben ser explicados.

#### **A.- 1ª Filiación: American Journal of Hygiene como técnica inscripción**

En el año 1921 la Escuela de Higiene y Salud Publica de la Jhons Hopkins University comienza a publicar el American Journal of Hygiene (en adelante AJH) como parte de su intento de consolidación de su liderazgo entre las instituciones de formación e investigación existentes al otro lado del Atlántico. En este sentido, la publicación del AJH será decisiva para dicho propósito, por cuanto ésta le permitirá agrupar, articular y transmitir el conocimiento más significativo y de vanguardia relacionado con las investigaciones sobre la salud pública. Al mismo tiempo, le permitirá reestructurar las bases discursivas de todo el debate académico acerca de sus problemas. El destacado lugar que el AJH va a ocupar en la formación de una mentalidad científico-sanitaria en dicho contexto, es expresado con toda claridad por su editor Wiliam Welch quien lo expresa de forma elocuente en el editorial a su cargo del primer número de la revista:

*“La necesidad que a la que esta publicación viene a atender, fue sentida en aumento en los últimos años por el cultivo activo de la ciencia y arte de la higiene en este lado del atlántico, por la productividad del departamento de salud pública resultante de su mayor organización y mejor soporte por el establecimiento de laboratorios, institutos y escuelas de higiene y salud pública, por el número creciente de investigadores y trabajadores entrenados que se han introducido en este campo tan atractivo, y por la gran cantidad de valiosas contribuciones para el conocimiento en higiene, hasta ahora dispersas en varias*



*publicaciones y documentos que no están pensados en su forma original o específicamente para la divulgación de investigaciones científicas relativas a la medicina preventiva y la salud pública. [...] La historia de la administración de la salud pública y de medicina preventiva ejemplifican la forma, tal vez más destacada que la de cualquier otro campo, como el resultado práctico depende del conocimiento perfeccionado. Por más que nuestros conocimientos sobre la causa y modo de propagación de la enfermedad haya avanzado durante los últimos cincuenta años y a pesar de los significativo que sean los resultados obtenidos por su aplicación en la disminución de la enfermedad y la muerte, los campos ya abiertos han sido apenas explorados en forma parcial y no se puede dudar que serán abiertos nuevos caminos orientados a conocimientos aun más capaces de salvar vidas de lo que fueran antes” (Ayres, 2005: 132-133).*

La lectura de este fragmento del editorial del primer número del AJH, nos invita a realizar varios comentarios, los que podríamos resumir en tres titulares: a) la debida articulación de aspectos organizativos, infraestructurales y políticos institucionales, resultan piezas fundamentales para proyectar un sistema sociotecnológico que se quiere productivo como lo será la Salud Pública; b) la medicina preventiva y la salud pública constituyen dos campos disciplinarios profundamente imbricados entre sí, ambos proyectados en un mismo horizonte biopolítico; c) el proyecto editorial lleva la marca del evolucionismo tecnopragmatista característico de la Escuela de Higiene y salud Publica (en adelante EHSP) que fundará Henry William Welch.

Estos tres aspectos, y sobre todo el último, permiten entender el interés y la legitimidad que llegaron a experimentar discursos de naturaleza técnica y aspiraciones universales con relación a los aspectos propiamente colectivos de la salud, entre ellos, ocupando un lugar que se destaca de forma progresiva, la epidemiología moderna. Entender también, la dirección preferencial que estos discursos tomaron al dirigirse a los aspectos individualizantes e instrumentales de la epidemiología del riesgo.

Cabe tener presente que Welch, uno de los científicos biomédicos más influyentes de la época y muy bien relacionado con la élite política y económica de los EE.UU. en

aquella época, tuvo a su cargo la organización y apertura de la EHSP desde la cual se impulso el proyecto de publicación AJH. Welch y sus colaboradores, sostenían que la salud pública debía ser entendida y estudiada bajo el mismo ángulo biológico experimental que fundamentaba la medicina moderna como un todo, sin renunciar a sus aspiraciones de especificidad. Como paradigma de este proyecto tenía la experiencia del Instituto de Higiene de Munich, organizado por Max Von Pettenkofer, en el cual había realizado parte de su formación. Defendía una institución volcada hacia la investigación, que pudiera desarrollar recursos humanos y tecnología con un alto grado de especialización en intervención sanitaria. En ese marco la objetividad, especificidad y eficacia que permitían la intervención de la salud en el espacio público, se convirtieron en uno de los pilares de la “Nueva Salud Pública”. En definitiva, Welch apoya una visión biomédica de la higiene, a lo cual habrá que agregar su comprensión empirista del comportamiento humano respecto al cual resulta posible formular juicios objetivos, lo que implica una concepción naturalista de su objeto.

#### ***B.- 2ª Filiación: la Escuela de Higiene y Salud Pública como centro de cálculo e información***

En los primeros años del siglo XX la necesidad de una intervención en salud dirigida públicamente concitaba un alto grado de consenso en los EEUU. Sin embargo, hasta ese momento, no había un proyecto monolítico para la salud pública en torno al cual fuese posible articular, sin previas negociaciones dicho proyecto. Es este periodo que Ayres (2005) define como el periodo constitutivo de la epidemiología que abarca desde el nacimiento de la Asociación Americana de Salud Pública (1842) hasta los inicios de la depresión (1929), el sanitarismo se mueve entre tres grandes corrientes: ***ambientalista***, articulada a la Universidad de Harvard y a la preocupación por el saneamiento de del “medio externo”; la corriente ***sociopolítica***, vinculada a la universidad de Columbia y a las propuestas de reforma legislativa y cambios de los modos de vida; y la corriente ***biomédica***, ligada a la Universidad de Johns Hopkins, inspirada en la higiene científica alemana que propugnaba el énfasis biológico experimental, la aplicación de la biometría y los modelos estadísticos más rigurosos.

Ahora bien, cuando en 1914 la Fundación Rockefeller decide financiar la instalación de una moderna institución de enseñanza e investigación enfocada a la salud pública, las tres corrientes de pensamiento entran en franca confrontación (Ayres, 2005). Tras dos años de evaluación e intensos debates, la búsqueda de una escuela nueva, capaz de desarrollar investigaciones de punta en el área biomédica, lejos de las complejas y antiguas reflexiones sociopolíticas asociadas a Columbia, libre también del conservadurismo de la tradición médica de Harvard, hicieron posible que el “modelo Hopkins” terminara por imponerse (Ayres, 2005; Breilh, 2003)<sup>106</sup>.

Una vez zanjada la disputa Welch comienza a organizar la EHSP en estrecha colaboración con los recursos docentes y materiales de la escuela Médica de la Johns Hopkins University, convocando además a destacados profesionales, algunos externos a dicha institución. El proceso de enrolamiento, revela el carácter biomédico y pragmatista de su proyecto. En efecto, Welch enrolará a William Howell, fisiólogo de renombre, quien desarrollaba investigaciones de laboratorio y de campo sobre los efectos de aspectos ambientales (la luz, el calor, la humedad, etc.) sobre el funcionamiento del organismo. Este intentaba conocer “las reglas del correcto vivir, es decir, del tipo de vida que mantiene las funciones de nuestro cuerpo en su más alto nivel de eficiencia” (Howell En Ayres, 2005: 130). Lo mismo hace con Emer Mc-Collum, a quien se le atribuye una verdadera revolución en la ganadería a propósito de sus investigaciones en el campo de la nutrición, y de cuyos laboratorios saldrán los principales descubrimientos sobre las vitaminas y su uso en la salud pública. Para la División de Patología de la Enfermedad, enrolaría a Wickliff Rose, quien había

---

<sup>106</sup> La implicación de las universidades en el desarrollo de la salud Pública como es el caso de los EUA contrasta con la realidad española en la cual más bien se observa una ausencia de estas en las primeras etapas de su desarrollo. Al respecto, Juan Martínez del centro Nacional de Epidemiología en un artículo publicado en la Revista de Sanidad e Higiene Pública bajo el título “*Salud pública y desarrollo de la epidemiología en la España del siglo XX*” (1994: 68; 29-43) señala lo siguiente: “El planteamiento de la Epidemiología en España, se hizo en el marco de la Administración Sanitaria. No observamos ni conocemos otro desarrollo al margen de la Administración, siendo notable la escasa contribución de la Universidad. Sólo, a partir de la última década, se ha modificado esta situación al aplicarse por grupos de investigadores en las Escuelas de Salud Pública, en los centros de investigación y en los ámbitos universitarios y clínicos. Se hace, por tanto, absolutamente necesario señalar este hecho anómalo, que explica por qué no existe una creación teórica ni metodológica en nuestro país donde, sin embargo, sí que hay una práctica, si bien limitada a la Administración Sanitaria” (Martínez, 1994: 29-30)

desarrollado un exitoso programa de investigación sobre la parasitosis intestinal en zonas rurales, y otras zoonosis como la malaria, el dengue, etc. todas relevantes para las misiones “civilizatorias” internas y externas, civiles y militares. Para el área de epidemiología enroló a Wade Hapton Frost, cuyas investigaciones unían al trabajo de laboratorio, cuidadosos estudios de campo de enfermedades infecciosas, siendo uno de los pioneros en el uso de métodos estadísticos para este tipo de investigaciones.

Estos y otros enrolamientos que no viene al caso detallar, revelan el carácter pragmático del programa de Welch, en cual deje entrever de forma implícita al menos tres objetivos: a) convertir en áreas productivas aquellas zonas que dada su condiciones de salubridad dificultaban su explotación y desarrollo económico; b) posibilitar la existencia de un trabajador sano, no afectado por ciertos padecimientos que pudieran mermar sus capacidades productivas; c) proteger el conjunto de los estratos, sobre todo de las capas superiores, para que no contrajeran enfermedades (Menéndez, 2005).

Desde Baltimore, el modelo Hopkins se difundirá con rapidez a otras escuelas situadas a ambos lados del Atlántico. Hacían el interior, la propia escuela de Harvard, termina por organizar en 1921 su Escuela de salud Pública con patrones bastante similares a los de la Johns Hopkins. Hacia al exterior, además de estimular activamente la llegada de estudiantes extranjeros provenientes de diferentes países de América Latina y Europa, se exporto el modelo de la EHSP a diferentes países, como Inglaterra, con la London School of Hygiene and Tropical Medicine (1924); Canadá, con la escuela de Higiene de la Universidad de Toronto (1924); China, con el Peking Unión Medical College (1919) entre otros países y territorios (Ayres, 2005)<sup>107</sup>.

---

<sup>107</sup> Esteban Rodríguez Ocaña en un artículo titulado “*La intervención de la fundación Rockefeller en la creación de la sanidad contemporánea en España*” (Rev. Esp. Salud Pública 2000, Vol. 74, Monográfico) señala: “...las relaciones entre la Fundación Rockefeller y España subraya ambos factores -las deficiencias internas y la importancia de la acción internacional- de manera relevante, además de aportarnos un punto de vista nuevo al proceso de constitución de la Sanidad pública española, como es la existencia de una auditoría permanente a lo largo de la etapa primorriverista. La organización sanitaria hispana a mediados de los años 20 era un espantajo de papel y latón y los esfuerzos para darle contenido se sustentaron sobre una alianza entre determinados círculos elitistas dentro de España y una potencia internacional, la Junta (o División) Sanitaria Internacional, International Health Board (División)

### ***C.- 3ª Filiación: el modelo médico hegemónico***

El análisis de las filiaciones antes descritas, es indisociable del papel y de las características que fue desarrollando el saber médico en el curso de la modernidad. Dicho proceso puede ser descrito y analizado en términos de lo que Eduardo Menéndez ha analizado en profundidad como **Modelo Médico Hegemónico** (en adelante MMH) y que el antropólogo Catalán Oriol Romaní, ha sabido trasladar con todo rigor, al análisis de las drogodependencias. Menéndez señala que (2005) en casi toda sociedad, la enfermedad y los padecimientos son tratados mediante una variedad de formas de atención. Sin embargo, desde la perspectiva biomédica, el tratamiento de la enfermedad ha sido siempre considerado patrimonio del saber médico. “Dicho rol fue organizado e impulsado a través de instituciones médicas específicas, pero fue fundamentado no solo por criterios profesionales sino por instancias jurídicas aplicadas por el Estado” (Menéndez, 2005: 10). Ahora bien, esto no significa necesariamente que la biomedicina se haya apropiado de todo el proceso de

---

(en adelante, I.H.B.), órgano de la mencionada Fundación, que tuvo la dirección del proceso. [...] la inmanente tentación imperial de la I.H.B., tal vez subrayada por el antiguo papel hispano de metrópoli respecto de las Américas, explicaría el último porque de los acuerdos entre la Fundación Rockefeller y España” (Ocaña, 2000: 28). Según Ocaña (2000) la Fundación Rockefeller buscaba implantar el estilo científico y la dinámica de gestión norteamericanos a través de la formación posgraduada –entre otras líneas de trabajo- de quienes, en sus países de origen, debían hacerse cargo de la dirección de la administración y la docencia. Se confiaba en el valor de irradiación o de fermento de progreso de esos profesionales nuevos, capaces de mostrar a la opinión pública y a las minorías dirigentes las ventajas de la ciencia a través de la transformación de su entorno laboral inmediato (Ocaña, 2000). Durante el curso 1923-1924 se produjo la dotación de tres becas. Los dos primeros se especializaron en laboratorio sanitario, mientras que el tercero lo hizo en salud pública general y administración sanitaria. Entre 1925 y 1930, se amparó a otras 21 personas, 19 médicos, de los cuales se especializaron 14 en salud pública general, cuatro en laboratorio y uno en estadística, además de un ingeniero sanitario y una enfermera. Entre 1931 y 1936 se otorgaron otras 20 becas, 15 para mujeres, una matrona y las restantes para enfermeras de salud pública, y 5 en médicos varones, tres para administración sanitaria y dos para laboratorio. Existieron varios modelos de beca, en función de su duración, entre 4 y 24 meses. Los agentes de la Rockefeller preferían las estancias más largas, advertidos de la dificultad con el inglés que presentaban la mayoría de los candidatos. La estancia típica se dividía en tres partes consecutivas: estudio del idioma, curso en la Escuela de Salud Pública de Johns Hopkins en Baltimore y viajes por distintos Centros sanitarios del Este y Sur de los Estados Unidos, así como europeos. Las becas de cuatro y seis meses se concedían, casi siempre, para estancias en centros europeos, y la mayoría lo fueron en relación con la lucha antipalúdica. La duración de la beca estaba prefigurada, en muchos casos, según el puesto que ocupaba el becario en la sanidad española, de forma que cuanto más cercano al Director General, menos tiempo se les concedía (Ocaña, 2000).

salud/enfermedad, y menos aún que haya eliminado otras formas de atención. Antes bien, indica que el saber y las instituciones médicas instituyen su hegemonía respecto a los otros saberes que operan simultáneamente respecto a los padecimientos (Menéndez, 2005). Según Menéndez (2005) lo que actualmente se considera biomedicina se instituye inicialmente en algunos países europeos a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, y en EE.UU. en la segunda mitad del siglo XIX (Menéndez, 2005). Esto significa que el modelo médico, no solo se instituye durante la llamada Primera Revolución Industrial, sino que además, es consustancial a la misma, acompañando la constitución de la clase obrera, de la ciudad industrial y más adelante a la expansión colonial correspondiente al periodo imperialista.

Según Menéndez (2005), las principales características estructurales del MMH, son su biologismo, individualismo, ahistoricidad, a-sociabilidad, mercantilismo y eficacia pragmática. Ahora bien, el rasgo estructural dominante será el biologismo, el cual constituye el factor que garantiza la cientificidad del modelo, así como la diferenciación y jerarquización respecto de otros factores explicativos (Menéndez, 1988). Éste, articula el conjunto de los rasgos señalados y posibilita la exclusión de las condiciones sociales y económicas en la explicación de la causalidad y desarrollo de las enfermedades, subordinando, en términos metodológicos y en términos ideológicos, a los otros niveles explicativos posibles (Menéndez, 1988). En este sentido, “el biologismo es el que posibilita proponer una historia natural de la enfermedad en la cual la historia social de los padecimientos queda excluida o convertida en variables bioecológicas” (2005: 12).

Y aquí lo más relevante: el biologismo del MMH se expresa no sólo en la práctica clínica, sino también en la práctica epidemiológica. Dado que esta práctica, así como el enfoque preventivista en general, debe tener como unidad de trabajo a los conjuntos sociales, es donde con mayor significación puede destacarse la dominancia de esta característica (Menéndez, 1988). Y es que si bien el biologismo puede ser encontrado en la globalidad del trabajo epidemiológico, existen dos ámbitos o características específicas en la investigación epidemiológica, donde éste se expresa con toda fuerza y claridad: en el manejo de series históricas de corta duración, ignorando en los hechos

la mediana y larga duración histórica; en la utilización como variables principales aquellas que más fácilmente puede referir a procesos biologizados como por los serán por ejemplo el sexo y edad (Menéndez, 1988). Esto no quiere decir que no utilice variables como localización, ocupación, niveles de ingresos o estratificación, sino que las variables biologizadas, son las de mayor y más extenso uso, y que respecto a las otras, existe en la mayoría de los casos, sólo una propuesta descriptiva, en la cual por lo general se pierde el contenido dinámico y social de las mismas (Menéndez, 1988).

Cabe recordar además, que según Menéndez, en la segunda mitad del siglo XIX se organiza la Salud Pública en los principales países capitalistas europeos y americanos, lo cual implica el desarrollo de la epidemiología como un instrumento indispensable para la descripción y análisis de morbilidad y para la propuesta de acciones puntuales de prevención (Menéndez, 2005). Ahora bien, pese a que la epidemiología consideraba en su proyecto la inclusión y el manejo de factores de dimensiones sociales y culturales, como ya la habían demostrado algunos destacados estudios (como por ejemplo el realizado por E. Durkheim en 1898 sobre el suicidio), la Salud Pública impulsara el desarrollo de una epidemiología, que si bien utilizaba variable sociales, lo hará a costa de biologizar o ecolologizar dichas variables (Menéndez, 2005). Estas serán manejadas desprendidas de sus características sociales, económicas y culturales, constituyéndose en una suerte de *demografía deshistorizada* (Menéndez, 2005).

La descripción y análisis que hemos realizado respecto a las tempranas filiaciones del paradigma del riesgo, revelan que el discurso y las prácticas de la salud en general, y del riesgo en particular, nunca refieren solamente a sí mismas. Si tales discursos y prácticas significan modos de pensar, escribir, hablar acerca de la salud y los riesgos, es necesario ubicarlos en determinados momentos históricos y conocer las razones (porque) y los modos (como) en que éstas se legitiman, al acompañar y ajustar al orden económico, político y social donde son generados, sostenidos y reproducidos (Castiel, 2005).

### 3.- EL MODEO DE LOS FACTORES DE RIESGO: “RISK APPROACH”

La larga trayectoria del concepto del riesgo, que tuvo sus comienzos en las aplicaciones iniciales en la Economía, en los seguros (marítimos, de vida, de salud, etc.) y a los censos poblacionales, lleva a progresivas formalizaciones que generarán en la segunda mitad del siglo XX, el sofisticado campo del *Análisis de Riesgos* (Spink, 2007). Este se fundará en la tríada conformada por la **estimación de riesgos** (risk assessment), la **percepción de riesgos** y la **gestión de riesgos** (risk management) (Spinik, 2007). Dicha triada se entreteje y articula sobre la base de un paradigma signado por causalismo positivista, y sobre unas coordenadas teórico-empíricas circunscritas, principalmente, al *modelo de los factores de riesgo*, el cual devendrá en hegemónico.

Sin embargo, como bien advierte Spink (2007) no se trata de un campo homogéneo. De hecho, en el área biomédica se pueden reconocer al menos tres tipos de abordajes distintos que tienen como eje principal y como foco de interés, el riesgo (Hayes, 1992):

a) *El Health Risk Appraisal* que refiere a un método de evaluación prospectiva de pacientes que busca evitar la mortalidad prematura. Se trata de una herramienta de la medicina preventiva, asociada a la epidemiología clínica. La información referida a los estilos de vida, las características personales, la historia médica personal y familiar, entre otros aspectos son analizadas a la luz de datos epidemiológicos y estadísticas vitales de modo que se pueden hacer proyecciones sobre el riesgo futuro en términos de morbi-mortalidad (Spink, 2007).

b) *El Risk Approach*, desarrollado por la organización Mundial de Salud en el contexto de su programa de salud materno-infantil en cuyo marco el texto de Backett, Davies y Petros-Barvazian (1985) “El concepto de Riesgo en la Asistencia Sanitaria” se constituyó en una de sus principales referencias. Su principal objetivo refiere a maximizar la utilización de recursos públicos para la prestación de servicios de salud, identificando para ello las personas en mayor



riesgo, de modo de poder prestarles atención especial. Aquí los factores de riesgo son concebidos de forma más amplia, incluyéndose el contexto sociológico, además de los factores individuales (Spink, 2007).

c) El Risk Analysis/Assessment/Management, que surge del análisis de riesgos técnicos, refiere a la evaluación de riesgo/beneficio de tecnologías y productos. Si bien los riesgos que son considerados por lo general son externos a los individuos, la percepción, actitudes y comportamientos ante estos son parte intrínseca a este abordaje. En este sentido, desde esta perspectiva el estudio del riesgo contempla de forma variada tanto la evaluación, la percepción como el gerenciamiento o gestión de los riesgos (Spink, 2007).

Según el Diccionario de Epidemiología de Last (Filho et al, 2009) el término riesgo se define como: a) la probabilidad de ocurrencia de un evento (mórbido o fatal); b) un término no técnico que incluye diversas medidas de probabilidad en cuanto a consecuencias desfavorables. Ahora bien, la propia idea de probabilidad puede ser leída de dos modos: a) de un modo intuitivo, subjetivo, vago, ligado a algún grado de creencia. Es decir, una incertidumbre no mensurable; b) de un modo objetivo, racional, determinado de forma precisa mediante técnicas probabilísticas. Es decir, una incertidumbre mensurable (Filho et al., 2009). Pues bien, el abordaje de los factores de riesgo se sitúa en esta segunda acepción, en tanto éstos refieren a marcadores que apuntan a la predicción de morbilidad futura. De este modo “se podrá identificar, contabilizar y comprar individuos, grupos familiares o comunidades con relación a las exposiciones a dichos factores (ya establecidos por estudios previos) y proporcionar intervenciones preventivas” (Filho et al., 2009: 328).

Como bien es sabido en la década de los ochentas, el abordaje de diversos problemas médico-sanitarios (enfermedades cardiovasculares, neoplásicas, etc.) y psicosociales (violencia intrafamiliar, consumo de drogas, desajustes conductuales en la adolescencia, etc.), serán fuertemente influidos por el enfoque factorial derivado de la epidemiología del riesgo, poniéndose un fuerte énfasis en la noción de “factores de riesgo”. La tesis central de dicho enfoque será la que en cada sociedad existen

comunidades, familias e individuos con más probabilidad de sufrir un trastorno, enfermedad o problema y que por tanto son más *vulnerables*. Lo “curioso” de estos planteamientos, -entre otros aspectos- es que cuando se trata de explicar esa vulnerabilidad, de forma mayoritaria los autores adscritos a este modelo, independientemente del campo de actuación en que estos operen, tienden a atribuirla a características esencialmente individuales (biológicas, genéticas, ambientales, psicosociales, etc.) que interactúan entre sí. Una tesis de claro guión empirista, cuyo elemento interpretativo central remite a la contingencia o probabilidad, difumina y desactiva el carácter socio-estructural que signa el significado de la vulnerabilidad, asimilándola, en un plano de equivalencia, a los factores de riesgo (como causas y señales), individuales o colectivos. Veamos en qué términos los autores Backett, Davies y Petrot- Barvazian (1985) antes mencionados, se refieren a la vulnerabilidad en su relación con los factores de riesgo.

*“La vulnerabilidad especial a la enfermedad se debe a la posesión de cierto número de características -biológicas, genéticas, ambientales, psicosociales, etc.- que interactúan entre sí. Las embarazadas, los individuos muy jóvenes, los inmigrantes, los viejos y los pobres son especialmente vulnerables, mientras que los adultos jóvenes y los ricos suelen no serlo tanto. Nuestra capacidad para medir con precisión uno de estos riesgos es relativamente reciente...” (Backett et al, 1985).*

Al focalizar la atención, ya sea en el medio social inmediato, o en los sujetos individuales, al no considerar el peso que tienen los procesos históricos, sociales y culturales como por ejemplo la grupalidad, los significados de las conductas, y los vínculos de ellos con las identidades individuales y sociales, esta perspectiva o modelo presenta serias limitaciones analíticas que dificultan la comprensión de los fenómenos como parte de procesos genéticos y sociales. Pero nos solo eso, sino que además, como una paradoja, el modelo de los factores de riesgo, corre el “riesgo” de naturalizar y esencializar las diferencias, por cuanto ontologiza la vulnerabilidad, permutando su carácter procesual y situado, es decir la condición de *estar en* situación de vulnerabilidad, por la condición del “ser” (son) vulnerable.

El siguiente ejemplo, no solo permitirá clarificar aun más la crítica que hemos apenas insinuado, sino también, tratándose de un texto muy reciente, indica la vigencia de este tipo de planteamientos en el campo específico de las drogas. Concretamente nos referimos a la noción de vulnerabilidad tal como se viene articulando en los discursos expertos adscritos a la “ciencia” de la “preventología”. Más aún, cuando se observa cómo de manera acrítica se dice que “cierta terminología está siendo ampliamente utilizada en la actualidad para referirse a aquella población susceptible de ser abordada a través de los programas de prevención selectiva e indicada” -Guía para la prevención del consumo de cannabis en población vulnerables e inmigrantes. Visión diferencial para ambos sexos- (Santolaya, 2008: 44), refiriéndose a las nociones de riesgo y vulnerabilidad.

*“A pesar de que hacer referencia a «grupos de riesgo», puede implicar perder la objetividad al respecto, así como caer en la estereotipia, considerar la vulnerabilidad de ciertos colectivos nos facilita actuar con ellos de manera preventiva” (Santolaya, 2008:44)*

Pese a todas las precauciones declaradas por el autor, no cesará éste de intentar ligar la significación del riesgo, en un plano de equivalencia a lo vulnerable, refiriéndose en ambos casos a ciertos atributos asignables o reconocibles en los sujetos, sean éstos individuales y/o colectivos. De este modo se producirá un efecto de sentido eminentemente regresivo pues la “nueva terminología” deviene en residuo, en tanto el nuevo significado de lo vulnerable se acopla a la vieja y controversial noción de “grupo de riesgo”. Al respecto:

*Consideraremos población vulnerable a aquellos grupos o individuos que presentan una serie de atributos sociales, culturales y de relación individual con su entorno, independientemente de que se hayan iniciado ya en el consumo de drogas. Estos atributos les sitúan en situación de vulnerabilidad a la hora de desarrollar, con una cierta probabilidad, consumos problemáticos o*

*comportamientos adictivos posteriormente (OEDT, 2004 citado en Santolaya, 2008).*

De hecho, en su operativización, el concepto de vulnerabilidad, deviene en una serie jerarquizada de factores de riesgo generales y específicos, y aunque una y otra vez se insista en que se quiere evitar caer en tópicos, lo cierto es que estos se repiten una y otra vez, con toda la carga del inevitable etnocentrismo que les caracteriza a la hora de estudiar ciertos comportamientos en contextos multiculturales.

Ahora bien, ya sea en su definición como *paradigma de riesgo* o como *modelo de los factores de riesgo*, lo cierto es que éste ha sido objeto de fuertes críticas que intentan relevar sus limitaciones teórico-epistémicas o técnico-políticas. Es el caso de Jaime Breilh, uno de los fundadores del movimiento latinoamericano de la Nueva Salud Pública, quien enfila su crítica al paradigma del riesgo desde un modelo praxiológico, intentando evidenciar a este paradigma como un instrumento estratégico del causalismo positivista, claramente orientado a la instrumentalización de un programa de salud ligado a la gobernabilidad<sup>108</sup>. De acuerdo a Breilh, el paradigma de riesgo, como toda formalización positivista, tiene ciertas características que pueden ser sintetizadas de la siguiente forma: a) Vaciamiento de contenido histórico y reificación de los factores; b) Ausencia de explicación de los procesos generativos y reduccionismo probabilístico; c) Aplanamiento ontológico, metodológico y praxiológico al plano empírico, de factores asociados y manipulables; d) ambigüedad interpretativa (Breilh, 2003, 2004-2005)

El autor advierte que el concepto riesgo centraliza etimológicamente la idea de contingencia de los eventos causales, considerándolos esencialmente “probables”. El problema es que la rigidez de la noción de contingencia no permite distinguir que en la generación de condiciones de salud algunos procesos operan de modo estructural o

---

<sup>108</sup> Esta noción (gobernabilidad) puede pensarse como la versión propositiva y programática de aquello que Foucault intentó estudiar y problematizar mediante el concepto de gubernamentalidad (Grimberg, 2007)

permanente, mientras otros lo hacen de modo diario, aunque no permanente, y otros, son de carácter eventual.

Breilh (2003) mediante un caso de epidemiología de la intoxicación, intenta demostrar lo pertinente y necesario que resulta poder distinguir en el análisis epidemiológico los patrones de exposición eventual de aquellos de exposición crónica y permanente o invariable. El problema es, siempre según Breilh (2003), que de acuerdo al paradigma de riesgo, todos los procesos a los que se alude con la designación de riesgos serían apenas probablemente destructivos, su nocividad sería apenas contingente. Y es aquí donde la crítica realizada por Breilh al paradigma de riesgo, se desplaza al terreno de lo ético-político, al advertir que este paradigma termina aceptando que en una sociedad como la nuestra, en la que se produce estructuralmente la inequidad, y en la que hay una supeditación de lo humano a lo productivo y mercantil, sí habría cabida para la plena reproducción de la salud, ya que los riesgos que operan en ella serían apenas probables. Es decir, serían variables que podríamos dominar con solo controlar las variaciones de cada una de ellas hasta niveles tolerables (Breilh, 2003). De manera que “el paradigma de riesgo nos encasilla de esa forma en un mundo atomizado, donde los factores de riesgo son variables y su variación es contingente; ninguno de ellos serían parte de algo permanente ni tendría la permanencia como una de las cualidades, pues entonces dejaría de ser un riesgo para convertirse en un hecho destructivo. En definitiva, en este tipo de concepciones lo contingente sustituye lo determinado, en lugar de considerar lo contingente y lo regular como polos de un movimiento dialectico” (Breilh, 2003: 2006). De igual forma, bajo la alquimia del modelo de los factores de riesgo, se convierten *en riesgos* procesos como la sobrecarga de exigencias en el trabajo. O como la remuneración por debajo de su valor, es decir se convierten en hechos externos a la vida misma de los trabajadores y que solo eventualmente pueden dañarlos, cuando en realidad son inherentes al modo de vida de esa población laboral y por tanto forman parte orgánica de un sistema de reproducción social.

Por otro lado, desde un punto vista epistemológico, Breilh (2003) critica al modelo por sus implicación en una concepción epidemiológica de relación lineal de “causa y

efecto” entre “riesgos” y las variables relacionadas con la salud, con lo cual éste reduce la explicación a una contingencia o asociación empírica demostrable, cuando en realidad son procesos que al desmembrarlos del movimiento global del modo de vida, quedan automáticamente reificados en entidades desconectadas y abstractas (factores de riesgo) que pierden así sus relaciones generativas. Estos al ser interpretados como factores de riesgo, es decir fragmentos contingentes de probable daño o destructividad, y cuyos efectos podríamos apenas atenuar o controlar, en lugar de organizar nuestras acciones para suprimirlos cambiando la estructura misma o la lógica esencial que los genera.

Y es que como consecuencia lógica de su concepción empirista y su estructura formal asociativa, el paradigma de riesgo con su modelo de análisis, reduce la realidad a un solo plano, el de los fenómenos empíricos y, dentro de ese marco unidimensional, asigna prioridad a distintos factores causales según el criterio probabilístico, cuando en realidad esa prioridad solo podría ser entendida bajo un abordaje integral, que analice las condiciones objetivas-subjetivas de la población en el contexto de su complejidad social (Breilh, 2003). Es más, se trata de una lógica vertical cuya racionalidad está centrada en el presente factorial desconectado de los procesos históricos de génesis (pasado) y de emancipación (futuros), razón por lo cual, esta viene a ser “una teoría de enorme utilidad a los modelos de gerencia neoliberal y a la manipulación de la hegemonía en salud” (Breilh, 2003: 2008). Y es que precisamente por su estructura lógica, que mira la realidad como atomizada y estática, es decir centrada en un eterno presente, es que el paradigma de riesgos se constituye en un instrumento requerido por la gerencia funcionalista. Salir de ese presente lineal y congelado en asociaciones resulta posible solo mediante una ruptura epistemológica gracias a la cual se pueda incorporar la complejidad y el dinamismo de los fenómenos y de las realidades; realidad como proceso, con un pasado (base histórica) y con una noción instrumental de futuro articulada a una concepción clara de modelo de sociedad (Breilh, 2003).

Más embebido en la propia lógica del modelo, Hayes (1991) describe cuatro limitaciones implícitas al modelo; a) *la regularidad de los efectos empíricos*, en relación a lo esencial que resulta la estabilidad de las condiciones de existencia del

objeto para que el sujeto investigador lo aprenda de forma fidedigna. “Es decir ni el objeto puede variar en sus características, atributos, propiedades, ni sus interrelaciones con el medio circundante, en términos espacio-temporales” (Filho, 2009: 331); b) *la definición del estatuto de los factores de riesgo específicos*, relacionado con la dificultad para discernir en muchas situaciones, particularmente en aquellas en las que están implicados aspectos psicogénicos, si el factor es determinante o predisponente en relación a aquellos que son tan solo contribuyentes o incidentalmente asociados; c) *los factores de riesgo pertenecientes a niveles de organización distintos*, en relación a las dificultades para establecer precisamente los mecanismos y mediaciones entre variables consideradas sociales (por ejemplo desempleo, precariedad, etc.) y aquellas llamadas biológicas (edad, estado inmunológico, etc.); d) *el periodo de tiempo considerado válido para la predicción*, en relación a lo problemático que es lidiar con exposiciones ocurridas hace largo tiempo y/o en cantidades reducidas, en el transcurso de largos intervalos cronológicos, de modo que no es posible garantizar la relación causal en el caso de ocurrencia del daño.

Filho et al., (2009), recuerda que una de las principales críticas realizadas al enfoque cuantitativista del riesgo consiste en el hecho de instituir una entidad que poseería una existencia autónoma, objetivable, independiente de los complejos contextos socioculturales en los cuales se hallan inmersos los sujetos. Dicho en otros términos, “el riesgo adquiere un estatuto ontológico que acompaña, de cierta forma, a aquel producido por el discurso biomédico para las enfermedades, pero poseedor de características propias, o sea, atributos de virtualidad, “fantasmagóricos”” (Filho et al, 2009). En efecto, la existencia del riesgo puede ser invisible, dado que no siempre es perceptible a través de señales/síntomas que han sido objeto de los tradicionales instrumentos de la semiología médica. De hecho, muchas veces son necesarios sofisticados exámenes de laboratorio para hacerlos “visibles”, para localizar ese “arisco ser”, capaz de desarrollarse de un modo silente y traicionero (Filho et al., 2009).

Señalan también que la retórica del riesgo habría redimensionado el papel de la configuración espacio-temporal en la comprensión del padecer. Esto último, al menos en tres direcciones: a) la biomedicina habría incorporado en el marco de sus tareas, la

localización e identificación en los “sanos” de sus posibles riesgos, valiéndose para ello de técnicas diagnósticas cada vez más sofisticadas; b) se ha configurado una infinita red de riesgos en la que los comportamientos, señales, síntomas y enfermedades pueden confluír para transformarse en factores de riesgo para otras afecciones, y así sucesivamente; c) el eje temporal adquiere mayor importancia en los modelos explicativos de los procesos de salud/enfermedad.

Pero quizás la conclusión más relevante a la que arriban los autores antes referidos, al menos desde nuestro punto de vista, tendrá relación con el surgimiento en el discurso y en la práctica biomédica de una nueva condición medicalizable: ***el estado de salud bajo riesgo***. Esto último tendría diversas implicancias que pueden ser sintetizadas de la siguiente forma: a) el estado de salud bajo riesgos se constituye en el sustrato generador de preceptos comportamentales volcados a la promoción y prevención de la salud; b) se establecen fuertes lazos con la producción tecnológica biomédica; c) el surgimiento de una vigilancia médica en tanto se amplían las tareas de la clínica médica; d) la creación de una amplia demanda de nuevos productos, servicios y especialistas destinados a la prevención de múltiples riesgos; e) re-fortalecimiento del poder y prestigio de los profesionales responsables de las actividades dirigidas a las nuevas técnicas/programas de control o investigación de factores de riesgo (preventólogos/preventología).

Conforme al canon científico moderno, la epidemiología se basa en un modelo multicausal, en donde unas causas serán más importantes que otras, dependiendo de las valoraciones sociales que se hagan de éstas. Esto último ha sido ampliamente documentado por diversos autores (Douglas, 1996; Lupton, 1993; Suarez et al., 2006; Romaní et al., 2010), que advierten sobre el peso y el rol decisivo que tendría el análisis del riesgo en términos factoriales en determinados contextos históricos y situacionales, en tanto éstos participarían en la producción de una enorme cantidad de interpretaciones y significaciones, en las cuales se puede entrever la utilización de ésta categoría, en incluso de la misma enfermedad a la cual se le relaciona, como una manera de justificar ciertos juicios morales. De este modo, el riesgo, lejos de ser un hecho objetivo neutral, constituye una dimensión emocional asociada a una



trasgresión, que como tal, es expresada en términos de rabia miedo y ansiedad, develando una representación polimorfa (contagio, infección, vicio, predisposición, etc.) como consecuencia del rompimiento de ciertas reglas morales dentro de una organización social determinada (Suárez, 2006).

En la misma línea, distintos autores advierten sobre la funcionalidad que tendrían los distintos lenguajes del riesgo y sus respectivos dispositivos socio-sanitarios en los procesos de disciplinarización y gubernamentalización de las poblaciones, en el marco de las racionalidades neoliberales. Como bien señala Spink (2007) “emergen de esos análisis críticas contundentes en cuanto a la tendencia individualista de los análisis de riesgo, que no toman en cuenta los contextos socioculturales de la percepción o de los comportamientos de riesgo, y que acaban por exacerbar las funciones moralizantes del lenguaje del riesgo, como ya hacía mucho tiempo señalaba Mary Doauglas” (Spink, 2007: 584). Pero no solo eso, sino que además, desde la perspectiva biomédica, correr riesgos pasa a ser responsabilidad de cada individuo y frente a la negatividad de los riesgos, “cabe a cada uno de nosotros, con el apoyo de las estrategias de educación para la salud, controlar los riesgos, sea por cambios en los estilos de vida o por la aceptación de la “dádiva de la información”...que es propiciada por las modernas técnicas diagnósticas y por la adhesión a los sistemas de monitoreo (screenings)” (Spink, 2007: 584-585). Habrá que tener en cuenta el énfasis moralista de las sociedades modernas y sus correspondientes preocupaciones por la responsabilidad y la culpabilización. Como bien señalan Filho et al., (2009) la responsabilidad consiste en una idea normativa que posibilita y sustenta ordenamientos esenciales a la organización de los colectivos humanos. Sin embargo, es inevitable la asociación de responsabilidad con culpa, especialmente en lo referente al incumplimiento de las obligaciones. Más aún, cuando “la visión moralista, a partir de raciocinios que apuntan a establecer las causas bien definidas, procura localizar y punir responsables/culpados por sus correspondientes faltas” (Filho et al., 2009: 340). Así por ejemplo, como bien señala Menéndez, “Colocar en el estilo de vida del sujeto la responsabilidad de su enfermedad constituye una variante de la “culpabilización de la víctima” (Menéndez, 1998: 56).

#### **4.- CONTROVERSIAS RESIDUALES: *RISK ASSESSMENT***

La noción de riesgo como concepto técnico-operativo, en tanto artefacto moderno, ha heredado una serie de controversias tensiones teórico-epistémicas que hacen de este campo emergente, un territorio en disputa. En este sentido, en rigor no podríamos hablar de la existencia de dos o tres perspectivas de la salud pública sobre los riesgos, sin dejar de advertir que tratándose de un campo en disputa, estas perspectivas representan, posiciones inestables de dominación o hegemonía con respeto a otras perspectivas, las que siendo minoritarias o subalternas, pugnan por revertir o subvertir el orden del discurso (dominante) en este campo.

En tanto herederos del discurso moderno de la ciencia, los discursos de la salud pública sobre la naturaleza de los riesgos, re-actualizan de forma más o menos explícita, algunas creencias básicas en torno a las cuales históricamente se ha articulado gran parte de la racionalidad científica moderna. En este contexto, en el seno del debate sobre la naturaleza de los riesgos, observamos ciertos planteamientos teóricos que intentarán resolver estas diatribas, haciendo uso de categorías dicotómicas (subjetivo/objetivo; naturaleza/cultura, saber experto/saber lego, etc.) eminentemente modernas, las que lejos disipar el debate, terminan reavivándolo. Así por ejemplo, para algunos autores (Kelly, 2005; Portell et al, 1997), el riesgo comprende dos elementos clave: determinantes objetivos, como probabilidad de un resultado negativo dada una cierta acción dentro de un contexto dado, y determinantes subjetivos, en tanto amenazas de peligro sentidas o percibidas dada cierta acción (kelly et al, 2005). Los determinantes objetivos del riesgo, según estas perspectivas, varían a través de los individuos dependiendo de factores biológicos (en el caso de los usos de drogas éstos podrían ser indicadores metabólicos), tanto como de factores sociales (posición en la estructura de clase o en las particularidades históricas del marco cultural propio). Por su parte, los determinantes subjetivos del riesgo pertenecerían más específicamente al modo en que los humanos viven la experiencia del riesgo.

Por lo general, los autores que sostienen esta suerte de “doble naturaleza” del riesgo, son conscientes de las limitaciones que tiene este tipo de planteamiento: Conscientes de ello, señalan, a modo de solución de compromiso, que ambos determinantes son dialécticamente influenciados entre sí, y que ambos dependen de la confluencia de determinados procesos sociales.

Si bien esta doble naturaleza del riesgo se ha ido orientando en favor de la dimensión subjetiva de éste, la discusión no está zanjada del todo. De hecho, gran parte de las teorías sociales sobre el riesgo, si bien ponen un fuerte énfasis en sus dimensiones subjetivas, al ser operacionalizadas en el marco de determinados programas de investigación (reducción/formalización)<sup>109</sup>, estas dimensiones serán re-situadas o re-localizadas en el campo de la cognición social (procesos mentales). Ahora bien, mediante esta operación de traducción, los procesos subjetivos son tratados como formando parte de los procesos cognición social, equivalentes a la percepción social.

Probablemente, un factor –entre otros- determinante para que se produjera esta particular traducción “subjetividad=percepción”, se deba a la creciente influencia y expansión del pragmatismo americano en la década del 60 y 70, a menudo defensor de la ingeniería social debido a su epistemología instrumentalista (en la que se subraya la primacía de la práctica sobre la teoría) y defensor también del método científico en tanto garante de un conocimiento válido de la realidad. En efecto, serán los modelos o enfoques cognitivos de la percepción social, principalmente provenientes de la psicología social de corte experimental, los que van a “ofrecer” un modelo teórico, metodológico y técnico, particularmente útil para entender, estudiar e intervenir en los diversos campos relacionados con los riesgos, su percepción social y gestión.

---

<sup>109</sup> Al respecto “Toda practica de investigación social consiste en un proceso de progresiva reducción de las múltiples dimensiones y planos de expresión de cualquier fenómeno social. Es este proceso de progresiva reducción de la multidimensionalidad de lo real como y donde se van produciendo, y por tanto podemos ir definiendo, toda una serie de situaciones más o menos estables y cristalizadas, de niveles o instancias de los real a las que corresponden tendencialmente un conjunto dado de metodologías, de prácticas y de técnicas de investigación e, incluso, de análisis de datos” (Conde, 1994: 98)

El hecho de que se le haya otorgado un peso excesivo a los factores cognitivos (con una clara tendencia al individualismo metodológico) en la percepción de riesgos, ha provocado cierto recelo en otros investigadores, que no proponiéndose romper con este modelo dominante, han dirigido su atención a otros factores –no estrictamente cognitivos- que eventualmente podrían ser determinantes del riesgo y de su percepción. En esta línea, algunos autores consideran clave incluir en el análisis del riesgo los factores sociales y comunitarios, incluyendo, entre otros aspectos, las presiones de origen social, las expectativas culturales y las normas sociales referentes a ciertos comportamientos. En esta última perspectiva se puede situar a una de las corrientes más prolíficas de los estudios sobre percepción del riesgo proveniente de la psicología cognitiva, concretamente del enfoque psicométrico representado Slovic, Fischhoff, y otros investigadores del Decision Research of Oregon (Espluga, 2004).

Aunque desde una posición minoritaria, no por ello menos relevante, algunos autores entienden el concepto de riesgo como un constructo, y defienden la hipótesis de que el riesgo es ante todo un proceso social (Lupton, 1993). En esta dirección se señala la necesidad de analizar la influencia de las instituciones sobre la percepción de riesgo y las capacidades y desempeños de los diferentes agentes sociales para percibir, entender y convivir con el riesgo. Dicho de otro modo, desde ésta perspectiva se apunta al análisis crítico de los procesos implicados en la gestión social del riesgo. Asimismo, desde estas perspectivas se advierte que el análisis de la extensa literatura sobre la percepción y aceptación de los riesgos en el campo de la salud, indican una clara tendencia a no tomar en consideración la influencia del contexto sociocultural dentro del cual la percepción tiene lugar y donde el discurso político del riesgo es emitido. A pesar de la riqueza de la literatura sobre evaluación, análisis y percepción del riesgo, y el extremadamente común uso del concepto de “riesgo” en la salud pública, ha sido escaso el examen crítico del significado y la utilización retórica del discurso del riesgo por parte de los expertos en éste campo.

En la misma línea “minoritaria”, Cameron Duff (2003) del *Centre for Youth Drug Studies del Australian Drug Foundation*, tras realizar un análisis exhaustivo y no menos incisivo de políticas de drogas en Australia y sus similitudes con el Reino Unido y otros países

de Europa Occidental, advierte enfáticamente que restringiéndose a dimensiones supuestamente objetivas y racionales del riesgo, las valoraciones de la ciencia del riesgo descartan la subjetividad y la experiencia situada del riesgo, a pesar del hecho de que el riesgo siempre se encuentra en contextos sociales específicos. Asimismo, advierte Duff (2003), existe la tendencia de los científicos a ver cualquier oposición al discurso experto del riesgo como ignorante e irracional. Para ellos el problema del riesgo es un problema de información y de cómo ésta es diseminada; así, los riesgos podrán superarse a través de una mayor difusión de dicha información experta. Esta es la tendencia según esta autora, pese a que existe suficiente evidencia empírica que indica que los actores legos o no expertos, por el contrario, cada vez más acostumbran a descartar esta información por irrelevante, equivocada o peor, ideológicamente motivada, dado que ignora los cambios en el modo de experimentar riesgos en los diversos *settings* culturales. Citando a Ulrich Beck, Duff (2003) señala que esta tensión solo exacerba las ansiedades sociales y políticas subordinadas al riesgo en la medida que incrementa la conciencia pública de su debate sin un acuerdo general sobre qué constituye realmente el riesgo y cómo los “nuevos” riesgos pueden superarse. De ahí la necesidad urgente, concluye, de repensar o pensar de otras formas los riesgos en general y los riesgos relacionados con los consumos de drogas en particular.

Dicha dicotomía opera de forma significativa en el discurso de salud pública, el cual, de acuerdo a Deborah Lupton (1993) puede ser separado en dos grandes perspectivas. Una primera, enfocará al riesgo como un peligro para la salud de la población que está expuesta a accidentes ambientales, desechos nucleares y residuos químicos tóxicos. En esta conceptualización del riesgo, la amenaza para la salud está relacionada con un accidente que es externo, y sobre el cual los individuos tienen escaso control. La respuesta habitual a tales riesgos por parte de la población común es de enojo con las autoridades, sentimiento de falta de poder y ansiedad, e interés por la, aparentemente deliberada y no regulada, contaminación del ambiente por parte de la industria<sup>110</sup>. Las

---

<sup>110</sup> El síndrome NIMBY ha sido un fenómeno profusamente estudiado en los EE.UU. Este concepto ha sido utilizado muy a menudo para caracterizar la oposición a la ubicación de industrias contaminantes, depósito de residuos peligrosos y otro tipo de instalaciones poco atractivas, y puede ser definido como la oposición local a propuestas de desarrollo que son percibidas como una amenaza (Fischer 1995; Wolsink 1994; Lober 1995).

comunicaciones acerca de estos riesgos por parte de las autoridades se dirigen a desalentar la reacción pública, a construir credibilidad en quienes “generan, regulan y analizan los riesgos” y a facilitar “la aceptación del riesgo” por parte del público (Lupton, 1993).

Desde esta perspectiva los riesgos suelen concebirse como conformados por característica objetivas de ciertos elementos que componen el ambiente físico. No obstante esta forma de concebir el riesgo, al atribuir a la situación todo el peso en la definición del riesgo, puede entorpecer y crear fuertes barreras técnicas y metodológicas para el diseño de estrategias orientadas a la modificación de aquellos comportamientos sociales que se vislumbran como arriesgados o peligrosos. Ante los múltiples cuestionamientos hechos a este punto de vista sobre el riesgo objetivo, se han propuesto otras visiones que lo consideran como una respuesta, es decir que toman en consideración la valoración subjetiva llevada a cabo por los individuos o grupos. En este contexto, el riesgo sería una percepción que se presenta como un factor desencadenante de determinadas conductas ante situaciones potencialmente peligrosas en los múltiples contextos en los que se encuentran inmersos e interactúan los individuos.

Los metodólogos que examinan la percepción del riesgo y su aceptación por parte de personas legas, están orientados objetiva, sistemática y científicamente a proveer de medios “racionales” para la toma de decisiones ante accidentes de salud. La evaluación del riesgo que hace la gente común es visto como un proceso cognitivo que puede ser medido en el laboratorio, divorciado del contexto social. Psicólogos en el campo del análisis de decisiones emplean experimentos de laboratorio, simulaciones, juegos y técnicas de investigación para entender la percepción del riesgo, intentado lograr determinaciones cuantitativas del grado de aceptación del riesgo. Se les ofrecen a los individuos nombres de técnicas, actividades o sustancias y se le piden que elaboren una escala de riesgo con ellos (Lupton, 1993).

Una segunda perspectiva, enfatizará el riesgo como consecuencia de los “estilos de vida” elegidos por los individuos y pone el acento en el autocontrol. Los individuos son

exhortados por las autoridades en promoción de la salud a evaluar sus riesgos de sucumbir a la enfermedad y consecuentemente a cambiar sus comportamientos. La detección de riesgos relacionados con los estilos de vida es llevado a cabo formalmente por medio de evaluaciones de riesgos y programas de *screening* en los que los individuos participan y son clasificados (Lupton, 1993.). Tales evaluaciones son utilizadas para asesorar a los individuos acerca de las futuras amenazas a su salud, que están asociadas con comportamientos posibles de ser modificados. El objetivo es promover la toma de conciencia de los peligros potenciales en los estilos de vida elegidos y así motivar a los individuos para que participen de programas de educación y promoción de la salud (Lupton, 1993).

Las investigaciones sobre la aceptación del riesgo del estilo de vida personal también tienden a utilizar métodos cuantitativos, usualmente sobre la base de cuestionarios que incorporan preguntas tales como “¿A cuánto riesgo (de padecer la enfermedad en cuestión) cree Ud. que personalmente se encuentra?, con respuestas disponibles del tipo de “En gran riesgo” o “absolutamente sin riesgo”. La mayoría de los cuestionarios son del tipo cerrados con respuestas pre categorizadas, que brindan escasa oportunidad para que quien responde pueda expresar opiniones o ampliar sus respuestas. Esta clase de métodos de investigar la percepción del riesgo falla al tomar en cuenta el sistema de creencias de las causas de los comportamientos en relación a la salud y la enfermedad (Lupton, 2003).

Ambas perspectivas convergen a la hora de reconocer la existencia de ciertos criterios objetivos u objetivables, en base a los cuales es posible orientar la observación y medición científica del riesgo. En este marco las nuevas estrategias médico-sicológicas y sociales pretenden ser sobre todo preventivas, y la moderna prevención pretende ser, ante todo, detectora de los riesgos (Sepúlveda, 2002).

Ahora bien, algunos autores (Sharland, 2006) advierten de la existencia creciente de un tercer tipo de discurso, el que no siendo propio de la salud pública, estaría muy relacionado a éste. Esta tercera perspectiva refiere a la amplia gama de fenómenos llamados "problemas sociales" que son analizados e intervenidos desde la perspectiva

del “riesgo”, lo cual habría hecho de esta noción una pieza clave para la planificación social moderna.

En esta última perspectiva, la designación generalizada de los niños y jóvenes “de riesgo” habría comenzado a incluir en esta categoría, no solo a aquellos que de algún modo se encuentran expuestos a ciertos riesgos o sufren daños significativos, sino también a aquellos que eventualmente podrían constituirse en un peligro para otros o capaces de poner en riesgo un “futuro deseado”. Dentro de la retórica del riesgo, ha habido efectivamente una elisión entre las agendas de cuidado y control. En el caso de la gente joven, algunos argumentan preocupados por lo anterior, que han sido significativamente subsumidos, cuando no capturados, por ésta última escisión (Sharland, 2006). Por este camino llegamos a la definición de la gente joven como riesgosa, ya no solo para sí mismos, sino para “otros”. Paradójicamente, ellos pueden estar incluidos en la retórica de la categoría “de riesgo”, pero cada vez más ellos o sus padres son designados como dignos de vigilancia, control y castigos, más que de soporte. En efecto, la distinción entre aquellos merecedores de apoyo y aquellos a los que se asegura corrección nunca es nítida y explicitada.

El “modelo de factores de riesgo” aparece como ejemplo paradigmático de esta última perspectiva, y deriva de los modelos clásicos de salud pública que analizan los problemas de salud en base a una tríada constituida por agente, huésped y ambiente. Como ya hemos señalado anteriormente, esta forma de análisis focaliza la atención en el medio social inmediato y/o en los sujetos individuales, limitando su capacidad de comprender el fenómeno como parte de procesos socioculturales. En lo fundamental, estos enfoques no consideran ni valoran las dinámicas globales que dan cuenta de la acción humana, inherentemente entrelazadas con los marcos culturales e históricos en los que tienen lugar dichos fenómenos (Alfaro et al, 1997, citado en Sepúlveda, 2002)



### III.- EL DISCURSO DEL RIESGO EN CAMPO DE LAS DROGAS

#### 1.- DE RIESGOS, JÓVENES Y DROGAS: VIOLENCIA SIMBÓLICA

En los apartados anteriores hemos querido abordar la problemática del riesgo desde una perspectiva amplia, aunque no menos situada. En primer lugar nos hemos aproximado a este desde las coordenadas de la gubernamentalidad, la salud pública y las nuevas racionalidades de gobierno. En segundo lugar, lo hemos hecho mediante el seguimiento y análisis de aquellas tensiones epistémicas que lo caracterizan como un campo en disputa. Ahora bien, como podremos observar a lo largo del presente capítulo, todos y cada uno de los aspectos antes discutidos son perfectamente trasladables al campo específico de las drogas, su usos y riesgos asociados. En efecto, el análisis de la literatura científica en este campo particular, confirma las tendencias analizadas y discutidas. Pero además de confirmarlas ofrece también una base empírica donde se proyectan, encarnan y escenifican dichas tendencias, pudiendo ser, no solo corroboradas, sino también matizadas en muchos aspectos. Así por ejemplo, las tensiones paradigmáticas no solo se reproducen en el campo específico de los consumos de drogas y sus riesgos asociados, sino que además, algunas de éstas se amplifican y agudizan, revelando a su paso, un proceso de doble violencia: por un lado una violencia de tipo simbólica<sup>111</sup> y por otro una violencia epistémica<sup>112</sup>. Doble

---

<sup>111</sup> “La violencia simbólica en el campo del lenguaje, como en cualquier otro, se ejerce mediante lo que Bourdieu llama el orden de las cosas, en este caso a través de la censura y la formalización inherentes al mismo; es la propia estructura del campo la que rige la expresión regulando a la vez el acceso a la expresión y a la forma de expresión. La censura resulta especialmente eficaz e invisible cuando los agentes no dicen más que aquello que están objetivamente autorizados a decir o cuando se excluye a determinados agentes de la comunicación excluyéndoles de los grupos que hablan o de los lugares donde se habla con autoridad. Y para comprender lo que puede y no puede decirse en un grupo, no sólo hay que tener en cuenta las relaciones de fuerza simbólicas que se establecen en ese grupo y que impiden a ciertos individuos hablar (por ejemplo a las mujeres) o les obligan a conquistar por la fuerza su derecho a la palabra, sino también las leyes mismas de formación del grupo (por ejemplo, la lógica de la expulsión consciente o inconsciente), que funcionan como una censura previa (Fernández, 2005: 18).

<sup>112</sup> La violencia epistémica es un concepto desarrollado por Gayatri Spivak en su texto canónico *¿Pueden hablar los subalternos?* (2009) que consiste en la alteración, negación y en casos extremos como las colonizaciones, extinción de los significados de la vida cotidiana, jurídica y simbólica de individuos y grupos. Estas formas de ninguneo, alteración de una experiencia o ausencia de mediación, traen como consecuencia silencios. La violencia epistémica es una forma de invisibilizar al otro, expropiándolo de su posibilidad de representación: La violencia se relaciona con la enmienda, la edición, el borrón y hasta el

violencia que refiere no solo al proceso mediante el cual se ejerce la autoridad y control de este campo discursivo, sino que también refieren a las lógicas excluyentes y subalterizantes que colonizan los modos de producción de conocimiento sobre los riesgos, preferentemente cuando el objeto de conocimiento refiere a los/las jóvenes y a las drogas.

Respecto a la doble violencia, probablemente la violencia simbólica mediante la cual se ejerce la legitimidad y control de este campo a la hora de situarlo en el contexto de los riesgos asociado al consumo de drogas y los jóvenes, tenga relación con lo que Deborah Lupton (1998) señala en cuanto a que el discurso del riesgo tal como actualmente es articulado en la salud pública parece estar en consonancia con el humor de los tiempos, el cual objetiva el cuerpo como un lugar de toxicidad, contaminación y catástrofe, que necesita un muy alto grado de vigilancia y control. El cuerpo, según esta autora, no sería más el sitio para ser venerado como el templo de Dios, sino que habría pasado a ser un objeto regulado y mercantilizado que requeriría del constante monitoreo por parte de su dueño, para evitar caer en comportamientos, que puedan amenazar su salud, como los identificados por el discurso del riesgo (Lupton, 1998).

Desde otro ángulo, la cuestión de la violencia simbólica con la que se ejerce el control (legitimador) y producción en y desde este campo, ahora situado en el contexto específico de los jóvenes y sus consumos de drogas, podría ser analizado en relación a la definición que desde el propio campo se hace de los actores o sujetos hacia los cuales dirige su producción de conocimiento. Saharland (2006) señala que existe una gran riqueza de discusiones teóricas e investigaciones sobre jóvenes y riesgo, que se dan dentro de una variedad amplia de disciplinas. Sin embargo, a pesar de su heterogeneidad, la mayoría de autores comparten una visión de la gente joven como población riesgosa, tanto por definición como en virtud del mundo contemporáneo en

---

anulamiento tanto de los sistemas de simbolización, subjetivación y representación que el otro tiene de sí mismo, como de las formas concretas de representación y registro, memoria de su experiencia (...). La violencia epistémica se relaciona con la pregunta hecha por Edward Said "¿quién tiene permiso de narrar?" (Belasteguioitia et al, 2006).

que viven. La misma autora nos recuerda que históricamente, los discursos públicos han utilizado a los jóvenes como barómetro de enfermedades sociales, sea como sea parecen representar una amenaza que es tomada como indicador del declive moral de la sociedad (Sharland, 2006). Otros cuestionan el modo en que la juventud ha sido construida como una categoría riesgosa por definición. Las narrativas del riesgo, argumentan estos autores, ofrecen simultáneamente, la promesa, la justificación y las técnicas para regular el comportamiento de los jóvenes, la disposición y los *futuros deseables*.

En la misma línea, aunque con matices algo diferentes, Hunt et al., (2007) señalan que existen escasos estudios que examinen los significados socio-culturales que los propios jóvenes elaboran sobre los riesgos que asumen en sus prácticas de uso de drogas. Una posible razón de esta negligencia, señalan los autores, puede relacionarse al hecho de que la gente joven ha sido representada generalmente como pasiva, cuando no es vista como víctima del desempleo, los embarazos adolescentes o el uso de drogas. De acuerdo a estos autores, la literatura de la prevención asume tanto que la gente joven está mal informada y con carencias para comprender enteramente las consecuencias dañinas del uso de drogas (Bukoski, 1991 citado por Hunt et al, 2007), como que el deseo de tomar riesgos se basa en una falla en la socialización próxima y el resultado de “recibir malos mensajes en tiempos vulnerables”. Estas autoras afirman enfáticamente que estas asunciones están hechas con pocos o ningún dato empírico que las sostenga, ofreciendo los resultados de su propia investigación como argumento para refutar estas asunciones.

Para otros autores, la violencia simbólica mediante la cual se ejerce el control y legitimación (es decir la producción de saber) de este campo, responde a la particular forma en que históricamente se ha articulado el saber (científico) y el poder (político) en el campo de las drogas. En efecto, de acuerdo a Duff (2003) en los discursos “expertos” de las ciencias de la salud y epidemiología, criminología, psicología del desarrollo y jurídicos, el uso de drogas a menudo es caracterizado como una práctica de “alto riesgo”, de forma que lidera un amplio espectro de daños sociales, políticos e individuales (Duff, 2003). Significativamente, esta evaluación ha sido aplicada a toda la

gama de experiencias de uso de drogas, desde los usos regulares o dependientes hasta los experimentales, ocasionales y los llamados “usos recreativos”. Así pues, los gobiernos alrededor del mundo han intentado regular y en muchas ocasiones prohibir el uso de las drogas en un esfuerzo de gestionar estos riesgos y daños. Según esta autora esta caracterización del riesgo se basa en lo informado por un grupo reducido de “expertos” profesionales y científicos, conduciendo a un espectro de vacíos y omisiones en el desarrollo de las políticas de drogas. La misma autora concluye que estas omisiones tendrían implicancias significativas de largo alcance para el desarrollo de estrategias de reducción de riesgos dirigidas a la población de jóvenes usuarios de drogas.

Ahondamos un poco más en este último planteamiento. Para analizar el componente político, el que de acuerdo a nuestro análisis, sería determinante de la “violencia simbólica” que caracteriza el discurso dominante sobre los riesgos relacionados con los consumos de drogas, C. Duff parte del reconocimiento de que existirían dos enfoques muy diferentes entre sí, a partir de los cuales se intenta comprender y responder a los problemas relacionados con los consumos de drogas. De acuerdo a esta autora, dependiendo del enfoque que tomemos como referente, el concepto de “riesgo” y de “daño” adquiere un valor y significado diferente.

De un lado, aquellos que abogan por la minimización del daño tienden a ver el riesgo asociado con el uso de drogas más en relación a las circunstancias del consumo que al simple consumo de estas sustancias (Wodak, 2000 citado por Duff, 2003) y tienden a medir el éxito de los programas de drogas de acuerdo a su capacidad para reducir una serie de daños diferenciados y medibles, y no necesariamente por su capacidad de reducir el consumo. En consecuencia, se focalizan en identificar estrategias a través de las cuales los riesgos asociados con el consumo de sustancias ilícitas deberían ser gestionados y minimizados.

De otro lado, aquellos que apoyan el enfoque de tolerancia cero identifican riesgos y daños inherentes a la sustancia en sí. De este modo, el uso de drogas es visto como una práctica inequívocamente peligrosa que conduce inevitablemente a consecuencias

dañinas, no solo para el individuo usuario sino también para su familia, su comunidad y la sociedad en su conjunto. Así, no existe un nivel seguro del uso de drogas porque no hay droga (ilícita) segura. Con el locus del riesgo fundado en la farmacología de la sustancia misma, la meta principal de cualquier estrategia de gestión de riesgos se torna hacia la minimización del consumo de esas sustancias.

Es interesante notar en esta ecuación –señala la misma autora- la forma en que el riesgo se combina con daño y peligro. En el uso convencional, el riesgo es definido en términos de la probabilidad de que ocurran sucesos o consecuencias indeseables. Sin embargo, la tolerancia cero surge como resultado de la eliminación de la chance, ya que argumenta que el uso de drogas invariablemente produce diversos daños y peligros debido a la naturaleza de las sustancias en cuestión. No hay riesgo de daño, el daño es un resultado cierto a corto o largo plazo.

Sin lugar a dudas, la aportación de C. Duff (2003) a la cuestión del riesgo relacionado con los consumos de drogas, no refiere únicamente a las diferencias descritas para cada uno de estos enfoques. En efecto, por más válida y pertinente que sea la distinción, no se necesita ser experto para saber que existe un enfoque de reducción de daños y un enfoque de tolerancia cero en el campo de las drogas. Su aportación tiene que ver más con el análisis agudo e incisivo que la autora hace en torno al proceso de significación del riesgo y sus implicancias políticas. En efecto, a lo largo de su artículo, la autora desliza la hipótesis de que es posible que en la actualidad se este experimentado, cierto acoplamiento y superposición, entre ambos modelos a partir de cierta modo de producir la significación del riesgo. Dicho acoplamiento se estaría produciendo como consecuencia del posicionamiento hegemónico de ciertos discursos “cientificistas” (neopositivistas) sobre el riesgo, a partir de los cuales, la forma distintiva de concebir y caracterizar el riesgo, entre uno u otro enfoque comienza sospechosamente a difuminarse. Se trata de una caracterización del riesgo como real, objetivable, verificable y relacionado causalmente a daños específicos.

Apoyándose en otros investigadores, la autora señala que en Australia, al igual que en otros países europeos, el análisis de riesgos y drogas ilícitas ha estado dominado en los

últimos años por la “ciencia de la prevención”. Este campo busca desarrollar bases científicas para las estrategias específicas de prevención de problemas del uso de sustancias. Basándose en la información de expertos en farmacología, neurotoxicología, medicina psiquiátrica y ciencias de la salud, la ciencia de la prevención identifica una serie de riesgos “cuantificables” para la salud individual y el “bienestar psicológico” relacionados con el consumo de sustancias ilícitas (Duff, 2003)<sup>113</sup>. Es en este punto en el que la autora desliza con mayor claridad el lugar que tiene el dispositivo “saber/poder”, tanto en la producción de significados del riesgo como en el propio proceso de su significación. En esta perspectiva, la introducción de una gama de sofisticados métodos científicos provenientes de las ciencias de la salud y la epidemiología han vuelto más “medicalizados” los debates sobre políticas de drogas en los últimos años. De especial importancia ha sido el movimiento hacia la “práctica basada en la evidencia”, en la que todas las políticas y estrategias de drogas requieren demostrar evidencias claras de eficacia y sostenibilidad para una puesta en marcha segura (Dale & Marsh, 2000). Por supuesto, lo que cuenta como evidencia y cómo se recoge dicha evidencia ha sido rebatido acaloradamente. Aún así, dicho movimiento sigue expandiéndose, llegando a ocupar un lugar “autorizado”, tanto para uno como para el otro enfoque, desde el cual se avalan determinadas actuación técnicas y/o políticas. Heredero de la ciencia y tecnología, este nuevo tipo de saber se erige como el nuevo proveedor de una garantía universal de progreso y prosperidad en el crecimiento de estándares de vida y mejora de los problemas sociales y políticos.

El acoplamiento y superposición de los dos enfoques descritos por C. Duff (2003) que se habría producido a raíz de cierto desplazamiento en la significación del riesgo y del daño a consecuencia de ciertas transformaciones experimentadas en los dispositivos

---

<sup>113</sup> El Plan de Acción sobre Drogas 2005-2008, elaborado por el Ministerio de Sanidad y Consumo en marzo de 2005, va a contemplar entre las medidas a llevar a cabo, la constitución de una Comisión Clínica de expertos entre cuyos objetivos se encuentran realizar un seguimiento y actualización de la evaluación del perfil de los consumos de drogas, analizar los efectos clínicos y toxicológicos de las mismas, evaluar las diferentes estrategias terapéuticas y formular las recomendaciones pertinentes. Dicho comisiones amparadas en la ciencia de la prevención y el saber clínico, han elaborada hasta la fecha los siguientes informes (evidencia científica): Informe Nº1 Cannabis (2006); Informe Nº 2 Alcohol (2007); Informe Nº 3 Cocaína (2008); Informe Nº 4 Cannabis II (2009); Informe Nº 5 Heroína (2010).

de saber están profundamente imbricados a la “ciencia de la prevención”. En efecto, los dispositivos de saber (científico) /poder (político) y sus regímenes discursivos sobre las drogas, los riesgos y daños, constituirían la base científica sobre la cual se articulan los principios básicos de la política de drogas en Australia, que como la misma autora señala, son perfectamente extrapolables a otros países de Europa Occidental. Estos principios serían los siguientes: 1) la caracterización del riesgo como real, objetivable, verificable y relacionado causalmente a daños específicos. En consecuencia, se entiende que es posible alcanzar algunos acuerdos racionales en relación a la naturaleza de los riesgos, lo que constituye la base de las respuestas del estado en la gestión de riesgos. 2) la experiencia del riesgo es ampliamente caracterizada como un problema de ignorancia e incertidumbre. Particularmente en el caso de las drogas de uso social o recreativo, se asume que el uso de drogas tiene lugar dentro de una cultura que promueve de forma casi exclusiva los placeres asociados con esta práctica, por lo que terminan siendo ignorantes de los riesgos. De esta forma, se piensa que la provisión de información experta y científicamente rigurosa conducirá a los individuos a modificar sus comportamientos de uso de drogas. Así, los gobiernos dedican recursos significativos para la educación pública tanto en escuelas como a través de campañas en los medios masivos con el fin de incrementar la concienciación del público sobre estos riesgos y daños (Duff, 2003).

Desde este posicionamiento del riesgo como real y objetivo, quienes diseñan las políticas ignoran la amplitud en la que el riesgo es “construido socialmente”. En efecto, existe una amplia literatura científica, tanto dentro como fuera del campo de la “ciencia de la prevención”, en la que podemos encontrar suficientes argumentos, sean teóricos o empíricos, que nos permiten entender que los significados asignados a los comportamientos de riesgo cambian a través del tiempo y de una cultura a otra. Estos argumentos giran en torno a la reflexión de que riesgos, daños y peligros son caracterizados de distinta forma de acuerdo a las culturas, sistemas de conocimiento y períodos de la historia, dependiendo de qué intereses se utilizan en la identificación, o incluso confusión, de esos riesgos. Así, lo que se identifica como riesgo depende de las elecciones particulares de acuerdo al tipo de conocimiento utilizado en la valoración, y más importante aun, de cuales conocimientos son ignorados (Duff, 2003). Sin

embargo, esto no significa que no existan riesgos ni consecuencias reales, sino que las nociones de riesgo surgen como resultado de juicios valorativos particularmente “situados”. Restringiéndose a dimensiones supuestamente objetivas y racionales del riesgo, las valoraciones de la ciencia del riesgo descartan la subjetividad y la experiencia situada del riesgo, a pesar del hecho de que el riesgo siempre se encuentra en contextos sociales específicos.

## **2.- CIENCIA DE LA PREVENCIÓN: VIOLENCIA EPISTÉMICA**

A la hora de analizar los discursos de la salud pública sobre el riesgo y relevar algunas de sus principales tensiones, pudimos advertir que tras las diferentes formas de conceptualizar y abordar la noción de riesgo se estaban poniendo en juego los distintos sistemas de creencias básicas que los diferentes agentes del campo tenían sobre la naturaleza del riesgo, sobre el modelo de relación posible entre el investigador y lo investigado y sobre el modo de conocer aquello que llamamos riesgo. Dicho de otro modo, las diferentes formas de conceptualizar el riesgo escenifican tanto la heterogeneidad de perspectivas que convergen en este campo, como la distribución asimétrica del poder que cada una de estas perspectivas ejerce. De ahí que planteamos la necesidad de entender este campo como un territorio disputado. Ahora bien, tal como ya ha sido señalado anteriormente, estas mismas observaciones son validas y pertinentes para el análisis situado del riesgo en el contexto de los jóvenes y sus usos de drogas.

Es este marco deben ser entendidos los llamados de atención que diferentes autores hacen respecto a la necesidad de repensar el riesgo. En efecto, a la luz del discurso dominante sobre los riesgos y usos de drogas, estos autores convergen en la necesidad de examinar “verdades alternativas” que muestren otras formas de pensar los riesgos y los comportamientos de uso de drogas en los jóvenes. Para ello, se tiene que intentar ir más allá de aquellas teorías que comportan la ciencia de la prevención y sus aplicaciones técnico-políticas. En consecuencia, sugieren e invitan a la comunidad científica a tener en consideración las teorías socioculturales sobre el riesgo. El sentido último de esta invitación, no se encuentra en cuestiones meramente de orden teórico,



sino que más bien alude a cuestiones prácticas, de orden técnico y político, ya que una determinada opción teórica tiene serían consecuencias en las formas de abordar la cuestión de los riesgos asociados al consumo de drogas de los jóvenes.

Al respecto, Duff (2003) señala que la ciencia del riesgo falla en el examen de la experiencia vivida del uso de drogas, y en la variedad de decisiones que los individuos construyen sobre su comportamiento de uso de drogas. Falla en la exploración del rango de supuestos beneficios que los usuarios típicamente atribuyen a esta práctica, focalizándose en cambio únicamente en los riesgos o los costos; es a propósito de esas fallas que se plantea la necesidad repensar las teorías del riesgo. En efecto, a partir de las teorías socioculturales sobre el riesgo<sup>114</sup> se sostiene que el uso de drogas de la gente joven siempre tiene lugar dentro de *settings* culturales específicos donde el mismo *setting* a menudo influencia el modo en que los riesgos son experimentados. Yendo más allá, se argumenta que una mejor comprensión de la cultura y significados del uso de drogas dentro de estos *settings* culturales, y una comprensión más clara de cómo los jóvenes perciben por sí mismos los riesgos asociados con el uso de diferentes sustancias, se podrá finalmente producir mejores y más efectivos resultados en promoción de salud. De hecho, una promoción de salud más efectiva debería dirigirse a complementar y reforzar la diversidad de prácticas de gestión de riesgos que habitualmente existen dentro de la población de jóvenes usuarios de drogas.

En esa dirección se orientan las investigaciones realizadas y publicadas por Hunt, G.P., Evans, K. & Kares, F. (2007); Kelly, B.C. (2005); Gamma, A., Jerome, L., Liechti, M. E. & Sumnall, H. R. (2005). Principalmente las dos primeras, aportan información significativa en torno a la percepción y gestión de riesgos asociados a jóvenes usuarios de drogas. Así mismo, ofrecen evidencia empírica que permite corroborar lo que hasta ahora hemos venido señalando. Por otra parte, sus análisis nos permiten visualizar de

---

114 Según este enfoque el riesgo es una forma culturalmente dada de responder a aquello que amenaza la cohesión de un grupo, organización o sociedad, sus definiciones de la realidad y formas de mantener el orden social. Revisado por una perspectiva socio-cultural (Lupton & Tulloch, 2002; Tulloch & Lupton, 2003), la perspectiva o foco intenta desplazarse respecto del modelo funcionalista y de este modo poder aprehender la multidimensionalidad de los riesgos.

forma empírica los efectos encarnados de lo que entendemos como violencia epistémica. En efecto, sus hallazgos investigativos, nos alertan sobre la existencia de una brecha significativa entre los discursos expertos y los discursos legos. De igual modo, nos informan de cómo los propios jóvenes se experimentan a sí mismos como sujetos excluidos y subalternizados ante el discurso oficial o modelo profesional que se les propone. Sin embargo, esto último no impide que los mismos jóvenes activen sus propios recursos y capitales culturales disponibles para hacer frente a estos discursos, y de esta forma posicionarse como agentes activos (procesos de subjetivación y agenciamiento) de sus prácticas sociales y culturales. En definitiva, estas investigaciones nos abren una gran ventana a través de la cual podemos observar el ejercicio de la violencia epistémica, sus efectos y resistencias. Más aún, nos ofrecen un lugar de observación que será complementario a los “otros” lugares que hemos utilizado para observar y analizar el riesgo como campo de saber, permitiéndonos de este modo, aprehender el carácter multidireccional de la violencia epistémica en el campo de las drogas.

### **3.- LAS LUCHAS POR LA SIGNIFICACIÓN DEL RIESGO Y EL SENTIDO DE LAS PRÁCTICAS: LAS DISPUTA.**

El discurso oficial o “modelo profesional” contiene dos elementos comunes a los distintos eventos y sustancias a que se refiere (Hunt et al., 2007). En primer lugar, el foco está puesto en eventos donde asisten principalmente adolescentes, jóvenes y adultos jóvenes. En segundo lugar, dichos eventos tienen lugar por la noche. Desde esta perspectiva, la combinación jóvenes y vida nocturna significa que estos “espacio-tiempos fueran pensados para ser cargados de riesgos sexuales y farmacológicos” (Moore & Valverde, 2000, pp. 516 citado en Hunt et al, 2007). Esta perspectiva, advirtiendo sobre los peligros y riesgos asociados a los eventos de “drogas y fiesta”, se ha acoplado con las estrategias oficiales para restringir estas actividades. Por otro lado, los propios participantes, describen la importancia de sus experiencias festivas nocturnas (raves, clubs, etc.), enfatizando en el placer que obtienen de la música, el baile y las drogas. Conscientes de las diferencias existentes entre uno y otro discurso, los asistentes regulares a este tipo de eventos, expresan su frustración porque sus

voces sean desoídas, a diferencia de las voces de las autoridades, quienes poseen poca o ninguna experiencia real en drogas o fiestas. En este sentido, las diferencias que existen entre estos dos discursos sobre el uso de drogas refleja las discrepancias existentes entre las nociones de riesgo que portan los “expertos” y el “conocimiento lego” de los mismos usuarios. Como remarca Duff, las diferencias apuntan a la “disyuntiva que a menudo existe entre el modo en que el riesgo es caracterizado en los debates de la ciencia de la prevención y el modo en que es negociado dentro de las culturas juveniles” (2003, pp. 290 citado en Hunt et al, 2007).

El discurso oficial describe el uso de drogas de los jóvenes como problemático y como un riesgo que será generalmente significado como algo *inherentemente negativo o intrínsecamente perverso*, y por tanto fracasan al no considerar la posibilidad de que el uso de drogas pueda ser visto por la gente joven como algo normal, positivo y placentero (Hunt et al 2007). Más aún, tal como informan algunos trabajos recientes sobre las percepción de seguridad del éxtasis se afirma que es en gran medida la función percibida del uso de drogas lo que dirige el comportamiento de uso de drogas (Gemma et al., 2004). Los efectos prosociales y mejora del estado anímico predominan entre las funciones percibidas respecto al uso de drogas en términos generales. Así por ejemplo, en cuanto al éxtasis en particular, por lo general las investigaciones indican que respecto a su consumo los usuarios reportan habitualmente que este es utilizado para prolongar la socialización durante una salida nocturna con amigos (ver más adelante apartado sobre el aguante), para la activación física y “energización”, así como también para sentirse muy feliz o eufórico (Gemma et al., 2004). Otros autores, sostienen también la visión de que los efectos sociales y de mejora del estado anímico constituyen los principales determinantes del uso de éxtasis, incluyendo tanto la decisión inicial de tomar éxtasis como el mantenimiento de su uso. Subrayando su función social, los usuarios tienden a describir el éxtasis como un “facilitador social”.

En la misma línea, en un estudio realizado por Hunt et al., (2007) se obtuvieron una serie de hallazgos que corroborarían fuertemente la brecha o distanciamiento existentes entre el discurso experto y el discurso lego. En efecto, en ésta última investigación se pudo observar que los entrevistados no estaban ni mal informados ni

desconocían los efectos negativos o daños posibles relacionados al consumo de las drogas. Sin embargo, la información científica, especialmente la obtenida de fuentes “oficiales”, no era vista necesariamente como la única fuente válida, y los entrevistados frecuentemente combinaban esta información con el conocimiento adquirido por las experiencias con las drogas de ellos mismos o de sus amigos. Como Mayock (2005) subraya (en Hunt et al., 2007) los jóvenes usuarios de drogas construyen un discurso alternativo del riesgo basado en sus propias experiencias cotidianas. Ya se trate de información proveniente de fuentes oficiales, libros, amigos, Internet o la propia experiencia, el conocimiento adquirido tenía un impacto en lo que los entrevistados percibían que serían los riesgos de las drogas. Así mismo, muchos de los entrevistados estaban conscientes de las potenciales consecuencias a largo plazo, algunos más que otros creían que los riesgos serían más serios, y no todos estaban de acuerdo con el modo en que aquellos riesgos eran representados en los medios y en los mensajes de prevención.

Respecto a los riesgos percibidos, los autores (Hunt et al., 2007) destacan el hecho de que a veces los sujetos estudiados hablaban del lado negativo de los efectos como un problema propio del consumo como si tratase de una cuestión hasta cierto punto inevitable (ver más adelante la cuestión de la zona gris del riesgo). En otros casos, los jóvenes entrevistados no percibían ciertos efectos como inherentemente negativos. Muchos jóvenes a la vez que reconocían los efectos potencialmente dañinos de algunas sustancias, sentían que los beneficios ganados por su uso “valían” los riesgos (Homo Economicus). Esto daría apoyo empírico a lo señalado por Tim Rhodes en cuanto a que “la amenaza de riesgo a largo plazo tiende a ser sopesado por los usuarios de drogas contra los amplios beneficios inmediatos más influenciados por factores culturales y sociales que por la posibilidad del daño físico” (en Shewan et al., 2000: 450). Sin embargo, matizarán los propios autores los beneficios no solo incluyen experiencias transitorias como el relax de las presiones cotidianas, sino también efectos duraderos como el vínculo con amigos, e incluso la ocasión de cambios profundos en el bienestar mental y los subsecuentes comportamientos sociales.

A modo de conclusión, Hunt et al., Osostienen que los significados que los jóvenes usuarios les dan a las drogas y los posibles riesgos percibidos están todos socialmente embebidos y socialmente determinados. Ellos raramente ven a las drogas como inherentemente riesgosas o placenteras, desprovistas de un contexto social, discutiendo en cambio la naturaleza del riesgo y el placer de una sustancia particular dentro de los parámetros de un evento social. Delinean los beneficios y problemas de las sustancias individuales desde distintas perspectivas que incluyen la gente y los grupos sociales involucrados y los *settings* sociales donde se tienden a usar. De esta forma, conceptualizan y experimentan el riesgo y el placer no solo como una respuesta atomizada e individual, sino como una decisión implicada socialmente.

El que exista una brecha significativa entre los discursos expertos y los no expertos, no significa que éstos se constituyan y se comporten como dos entidades autónomas e independientes entre sí. De hecho, para algunos autores como Jesús Ibáñez (1993), el discurso de la drogas (el discurso proveniente de los propios usuarios) termina siendo capturado por el discurso sobre la droga (los discursos institucionales). Si así fuera, lo relevante sería poder entender el como se produce ese proceso de captura, o desde su anverso, el como se produce el proceso de fuga. De cualquier modo, lo que ahora nos interesa relevar es el modo en el que los discursos oficiales son negociados dentro de las culturas juveniles. En esta dirección, la investigación realizada por Brian Kelly (2005) de la Universidad de Columbia sobre las concepciones de riesgo en la vida de jóvenes usuarios de drogas de club señala que existen muchas áreas de consistencia entre los modelos profesionales y populares sobre los riesgos. Según el autor los "modelos profesionales" son los que gozan de un estado privilegiado en una sociedad determinada; se dotan con autoridad y ofrecen interpretaciones oficiales de una práctica dada (Kelly, 2005). En este caso, los profesionales, los científicos, expertos de la salud pública, y políticos. Alternativamente, los "modelos populares" se elaboran a partir de las prácticas cotidianas de la gente en una sociedad determinada. La diferencia entre ambos modelos radicaría en que del lado de los discursos expertos los riesgos se discutirían como incidentes clínicos y del lado de los discursos de los jóvenes (modelo popular, lego o no experto) los riesgos se discuten como realidades fenomenológicas.

El autor propone un interesante camino metodológico conducente a corroborar la existencia de diversos planos de constancia observable en determinadas áreas o ámbitos indicativos de posibles riesgos y daños. Para ello va a identificar y listar los principales ámbitos de riesgo y daños relacionados con el consumo de éxtasis que han sido descritos en la literatura científica y que sería correspondiente a los modelos profesionales. Esta información posteriormente será contrastada con la información etnográfica obtenida durante el trabajo de campo en el cual se entrevistó a una muestra de jóvenes usuarios de drogas de club. Tal como ya hemos señalado, la investigación condujo a identificar una serie de áreas de consistencias entre ambos modelos. En el siguiente cuadro resumimos algunas de las principales (Kelly, 2005)

MODELO PROFESIONAL	MODELO POPULAR
Hipertermia	<p>Deshidratación/golpe de calor</p> <p>El potencial daño de la deshidratación y el golpe de calor es quizás una de las preocupaciones más comunes entre los jóvenes usuarios de éxtasis. Los jóvenes lo perciben como uno de los potenciales peligros, que reviste serio peligros, pudiendo llegar a ser mortal. Así mismo, los jóvenes no solo asocian el riesgo de deshidratación con el hecho de beber alcohol habiendo consumido éxtasis, sino que también lo relacionan con una serie de factores ambientales (habitabilidad de los espacios). De cualquier modo, las preocupaciones que sostienen los jóvenes respecto a este ámbito son consistentes con las preocupaciones de los profesionales.</p>
Neurotoxicidad	<p>La cabeza quemada</p> <p>Sin duda los jóvenes no utilizan un lenguaje clínico para referirse a cuestiones relacionadas con la neurotoxicidad. En lugar de ello, hablan de pérdida de memoria y otros efectos utilizando expresiones como "quemarse el cerebro" o "cabeza quemada". Así mismo, abordaron los posibles daños a largo plazo relacionados con el uso de éxtasis, sugiriendo que éstos no se refieren solamente a los actuales peligros, sino a lo que puede significar en un futuro. Muchos de los jóvenes hablaron de los efectos agudos en los</p>

	días posteriores de haber tomado éxtasis. Una opinión muy extendida entre los jóvenes tiene relación con la percepción de durante un tiempo breve experimentan cierto deterioro de las capacidades cognitivas, generalmente al día después de haber tomado éxtasis. Sin embargo, esta valoración se asocia a aquellos que consumen de forma frecuente y no a aquellos que lo consumen de forma ocasional.
Desordenes depresivos	Depresión Algunos usuarios de éxtasis concibieron este riesgo como un riesgo probable para aquellos que presentan cierta predisposición a la depresión.
Dependencia	Adicción y pérdida de control La mayoría de jóvenes afirmó que la gente no se hace adicta al éxtasis en si mismo, sino que más se engancha una determinada forma de vida. La droga no es el punto focal, sino, algo, simplemente una parte de una experiencia entera que es adictiva.

El autor tras constatar la serie de planos de consistencia entre ambos modelos, concluye que los profesionales de la salud pública asumen con frecuencia que los jóvenes asumen ciertos riesgos porque no conocen otras alternativas, o que simplemente no entienden estos riesgos. La suposición generalizada de que los jóvenes tienen comportamientos de riesgo debido a la falta de conocimiento, ha permeado de forma significativa la esfera de la salud pública y su literatura, principalmente aquella referida a temas relacionados con el consumo de alcohol, el comportamiento sexual y el uso de drogas. Esto puede deberse, en parte, a una subestimación de las capacidades de los jóvenes por parte de los profesionales de la prevención y la gestión del riesgo. Según este autor los profesionales de la salud pública a menudo privilegian el peligro a la hora de evaluar el riesgo. Esto contrasta con los hallazgos investigativos que indican que los jóvenes ven en el consumo de drogas una apuesta de doble cara: por un lado ven el riesgo y el peligro, pero al mismo tiempo ven la rentabilidad potencial, como el placer o la conectividad con los otros. Respecto a esto último punto, en coherencia con los planteamientos de Kelly (2003) el estudio realizado por Gamma, A., Jerome, L., Liechti, M. E. & Sumnall, H. R. (2004)

informan que de acuerdo a datos aportados por Hansen et al. (2001) sobre el éxtasis, los efectos sociales y de mejora del estado anímico constituyen los principales determinantes de su uso, incluyendo tanto la decisión inicial de tomar éxtasis como el mantenimiento de su uso.

A luz de la información analizada, la ecuación “más información = menos riesgos” al menos se desestabiliza. En efecto, en general las investigaciones realizadas sobre los riesgos relacionados con los usos de drogas en la población joven, indican que éstos reportan estar si no muy bien a lo menos bien informados sobre estos. Sin embargo esto no significa necesariamente que ellos dejen de incurrir en prácticas de riesgo. En esta línea el artículo de Gemma et al. (2004) es contundente. Señalan que el argumento de que el éxtasis es percibido como seguro, está plausiblemente basado en la asunción de los investigadores de que la continua proliferación de su uso indica que los usuarios no son conscientes de los riesgos asociados, y que informarles sobre los riesgos puede conducir a una reducción del uso de la droga. Basándose en los resultados de su propia investigación y en la revisión de la literatura científica, estos autores sostienen que estas asunciones son inadecuadas y que la información sobre drogas y las estrategias de reducción de daños deberían focalizarse en aspectos afectivos y de personalidad que serían significativos en la percepción de riesgos (Gemma, et al, 2004). Efectivamente, tras revisar la literatura científica sobre percepción de riesgos relacionada al éxtasis y una encuesta a 900 usuarios, concluyen que los usuarios son conscientes y poseen conocimientos sobre los riesgos, aunque su evaluación resulta en una baja significancia personal sobre estos riesgos en relación a otros factores que co-determinan los comportamientos del uso de la droga. A diferencia de lo que establecen los científicos, el éxtasis no es visto como seguro ni por los usuarios ni por el público general.

Según los autores, como reflejo de la heterogeneidad conceptual del término “riesgo”, “percepción de riesgo” se usa actualmente con significados diversos, a menudo solapados. Puede tomarse para significar el contenido de las creencias individuales sobre el riesgo y su vulnerabilidad frente a éste, el reconocimiento del riesgo inherente a alguna situación, o la exactitud de los juicios sobre riesgos. La percepción del riesgo



puede ser focalizada sobre situaciones o sobre posibles resultados, y puede ser evaluada en términos relativos o absolutos (Gemma et al, 2004). Ahora bien, los autores advierten también que en general el concepto tiende a tener un sabor cognitivo, residuo de sus primeros tiempos, cuando era propiedad de la ciencia cognitiva y moldeado por las teorías de la elección racional y toma de decisiones. Estos modelos conceptualizaban la percepción de riesgos como un proceso relativamente unidireccional y racional en tanto se trataba trasladar información objetiva del riesgo a comportamientos guiados apropiadamente. Hoy, esta visión estrecha comienza a abrirse para incorporar un amplio abanico de influencias, no solo cognitivas sino también afectivas, sociales y culturales. Los autores señalan que es necesario suplementar aspectos cognitivos de la percepción de riesgos con un segundo proceso más afectivo de la evaluación del riesgo, cuyo resultado es la significación personal de la información sobre el riesgo, definida como el impacto que esa información tiene en la determinación de comportamientos de riesgo subsecuentes, relacionados a otros factores que también influyen en el comportamiento.

En esta dirección, los autores advierten que el proceso de evaluación personal del riesgo está sujeto a varias influencias, entre ellas: procesos afectivos (lo que Slovic y sus colegas llaman “heurística afectiva”; Slovic, 2001 citado en Gemma et al, 2004), valores sociales y morales, preferencias, creencias normativas, beneficios percibidos, y estrategias de *coping* emocional (Millstein, 2003 citado en Gemma et al, 2004). También está el grupo de los “modificadores” psicológicos específicos de la percepción del riesgo. Estos incluyen, pero no se limitan a, consecuencias inmediatas (las consecuencias inmediatas tienen mayor impacto sobre los comportamientos de riesgo que las consecuencias a largo plazo), sesgo optimista (los riesgos sobre uno mismo son juzgados como menores que los riesgos padecidos por otros en la misma situación), voluntariedad de la acción (los riesgos tomados voluntariamente son vistos como menos severos), control percibido (la creencia de tener los riesgos bajo control hace que sean vistos como menos severos) y familiaridad de un evento (los riesgos familiares son vistos como menos severos).

Finalmente, los autores señalan que la presencia o ausencia de problemas actuales tiene más peso en los procesos de evaluación personal del riesgo que la consciencia de riesgos potenciales comunicados por los medios, los investigadores y las campañas de información de drogas, a las que se les asigna una baja significación personal. La relativa falta de impacto de la información externa sobre riesgos y comportamientos relacionados a las drogas ha sido subrayada por estudios que muestran que dos de los determinantes más fuertes en el comportamiento del uso de drogas son los efectos adversos inmediatos de las drogas y los beneficios percibidos o funciones del uso de drogas.

Desde nuestro punto de vista, la ecuación “mas información = menos riesgos” más que un simple eslogan de campaña es una excelente metáfora de los distintos modelos que subyacen en el campo de las drogas en general y en el campo de los riesgos en particular. Una metáfora de las luchas entre diferentes tipos de conocimiento por la hegemonía de este campo. Metáfora también de la lucha (violencia simbólica y epistémica) o competencias de racionalidades entre las valoraciones metodológicas y racionales del riesgo fundadas en los discursos científicos, y las más pragmáticas “funcionales” generadas entre la población lega. Siguiendo a Lupton diríamos que la ecuación es una metáfora de la histórica ignorancia de la ciencia sobre la realidad del riesgo como contingente, como experiencia vivida.

## **PARTE TERCERA**

### ***LOS DISURSOS SOBRE EL RIESGO: SUJECCIÓN Y AGENCIAMIENTO***

## **I.- EL DISCURSO SOBRE LAS DROGAS Y SUS EFECTOS NORMATIVOS: ORDEN Y DISRUPCION.**

### **1.- POSICIONAMIENTOS DICURSIVOS: LEY Y NORMATIVIDAD**

Al iniciar el trabajo investigativo en su dimensión empírica, entendimos que era necesario situar la cuestión del riesgo en un marco más amplio de indagación: las prácticas de control y regulación de los consumos de sustancias psicoactivas. En esa dirección, desde una perspectiva técnico-metodológica, nos propusimos situar los dispositivos de producción de información (entrevistas en profundidad y grupos de discusión) en un marco dialógico (situación de entrevista) capaz de favorecer la emergencia de un habla heterogénea que hiciera posible el (re)conocimiento de lo múltiple, los diferentes lugares de enunciación desde donde se construye el discurso del riesgo. Un lugar que permitiera a los entrevistados, en tanto otros, narrarse a sí mismos en tanto que jóvenes y en tanto que usuarios de drogas a la vez. En este sentido, apostamos por dispositivos de producción de información que fuesen capaces de generar cuotas significativas de reflexividad. En ese rumbo, planteamos un conjunto de interrogantes que nos permitieran, a la hora de su formalización técnica, es decir a la hora de ser traducidas en guiones de entrevistas, la producción de narrativas sensibles a las dimensiones historiográficas, ideológicas, experienciales, etc., presentes en el proceso de significación de sus prácticas de consumo y en sus trayectorias de vida.

En esa perspectiva, habiendo transcurrido más de veinte años de institucionalización del problema drogas, nos preguntamos ¿Cómo se posicionan ahora los jóvenes ante las drogas? ¿Cómo significan el problema? ¿Qué es lo problemático? ¿Cómo perciben la situación actual de las drogas y sus prácticas de consumo?, ¿Cómo se sitúan en torno a esta cuestión? ¿Cómo significan los riesgos? ¿Cómo éstos son encarados?

Lejos de haber pretendido obtener una respuesta directa a estas interrogantes, y menos aún definitivas, optamos por una aproximación progresiva, serpenteante,

acercándonos al objeto en cuestión desde sus bordes. Esta opción nos llevó a reconstruir, en una primera etapa (primer subcapítulo), las narrativas sobre las drogas y sus consumos, sus problemas asociados y las estrategias desplegadas para encararlos. Aquellos discursos<sup>115</sup> que dejaban entrever los posicionamientos que los jóvenes entrevistados adoptaban ante el discurso sobre las drogas, es decir, sus posicionamientos ante la ley, en tanto ésta nos remitía a un determinado orden jurídico normativo, al proceso de codificación jurídico disciplinario de las drogas como campo de saber/poder.

A partir de estas premisas fue posible aproximarnos y conocer en mayor profundidad los discursos de los jóvenes sobre las drogas y sus consumos, y al mismo tiempo, reconocer la singular topografía que los caracteriza, al menos de forma parcial y transitoria. En principio pudimos constatar, entre otros aspectos significativos, que los discursos de los jóvenes sobre las drogas y sus consumos, tendían a construir su legitimidad y validez mediante la aplicación del principio de mutua exclusión. Dicho en términos empíricos, en un principio observamos que los discursos de los jóvenes sobre las drogas y sus consumos se construían en oposición a los discursos institucionales, pudiéndose incluso observar posiciones discursivas que se fundaban en la negación y exclusión del discurso del *otro* (discurso institucional).

*“Claro, hay algunas que no son ni drogas. Es una flor, el opio es una flor. El MD lo sacaron de la nuez moscada, alguno de los principios activos. Muchas drogas vienen de la naturaleza. Lo que pasa es que la gente no tiene, lo envicia. La sociedad lo envicia, y la sociedad lo ve como malo. Que es como el yin y el yan. Que está bien que informen, pero también tendrían que informar desde otro punto un poco.” (Oriol, 20 años; MDMA)*

---

<sup>115</sup> Desde nuestra perspectiva el discurso constituye una práctica social articulada a otras prácticas enmarcadas en el orden de la discursividad. Los discursos se hayan relacionados con otros discursos que se retroalimentan, que se interpelan y que se interrogan entre sí (Iñiguez, 2006). Un discurso es un conjunto de prácticas lingüísticas que mantienen y promueven ciertas relaciones sociales, entonces el análisis consiste en estudiar como éstas prácticas actúan en el presente manteniendo y promoviendo estas relaciones. Dicho de otro modo, el análisis del discurso implica sacar a la luz el poder del lenguaje como una práctica constituyente y regulativa de la vida social.

En este sentido, pudimos constatar la existencia de cierta coherencia y/o convergencia entre los modos en que los jóvenes otorgaban legitimidad a sus discursos sobre las drogas y sus consumos, y las formas en que el saber científico sobre las drogas se ha erguido como un discurso de saber autorizado. En efecto, ambos convergerían a la hora de construir un sistema de oposición binario, mediante el cual se sometía la “alteridad” (el discurso del “otro” o el “otro” discurso) al principio de exclusión mutua. En efecto, como hemos visto en capítulos anteriores, el saber científico insiste de forma persistente en validar la distinción jerárquica entre un saber experto -por un lado- y un saber lego -por otro-. De hecho, gran parte del debate actual sobre los riesgos y sus abordajes, en su mayoría parten del reconocimiento y validación de dicha distinción. Pues bien, aquí se trataba de una inversión de esta lógica de subordinación. El siguiente relato es elocuente:

*“Y, es saber eso, que puedes tener problemas porque te puedes meter esto. Y yo creo que la clave de todo no está en decirle que no a los chavales, no en enseñarles que la gente se muere y tiene problemas, porqué a los chavales cuando les estás enseñando – por más 14 años que tengan- algunos ya las han probado, las cosas como son. Y algunos las han probado, su experiencia no tiene nada a ver con la de aquella persona que se ha matado, que se le ha girado el cerebro, que ha desarrollado una esquizofrenia paranoide, no tiene nada que ver. No se lo creen, no les entra eso en la cabeza. O sea, el tío que bebe una o dos cervezas y conduce, no le expliques que se matará con el alcohol, porqué no se lo cree. Porqué él si que conduce con alcohol en sangre y ve que controla, y si no se cree eso, sabrá que tres tampoco. Porqué eso es mentira, eso no pasa, yo bebo y cojo el coche. Pero es que uno ha bebido dos cervezas y otro se ha bebido diez cubatas. Y yo creo que el discurso prohibicionista y el discurso de dar información, pero inculcando miedo, no funciona. No funciona, porque la gente es consciente de que no se tiene que meter mucho, pero el problema es que entre poco y mucho hay todo un espacio gris que nadie sabe qué medidas hay.” (Albert, 25 años)*

En efecto, desde el discurso científico institucional la distinción opera en un campo asimétrico y jerarquizado, siendo el saber lego un saber menor que careciendo de bases sólidas, debe subordinarse al saber experto, cuya autoridad descansa de modo incuestionable en el conocimiento científicamente elaborado. Ahora bien, hemos

podido constatar que si bien los discursos de los jóvenes sobre las drogas y sus consumos recurren y en cierta forma refuerzan la distinción “saber experto-saber lego”, al mismo tiempo esta relación es invertida, subordinando o excluyendo al saber experto de sus prácticas discursivas. La siguiente cita permite reconocer que desde el propio discurso, no solo se reconoce y valida la supuesta distinción entre locus externo (saber institucional) de enunciación y locus interno (saber lego), sino que las disputas por la legitimidad entre los diferentes discursos, producen su legitimidad en base a la deslegitimación o exclusión del otro.

*“O sea, lo que a mí no me sirve es que una persona me diga: “es que te estás engañando, porque no te lo pasas bien”. Ni hablar, perdona, eso te lo metes y te lo pasarás súper bien. Y yo me lo he pasado súper bien, y he disfrutado como una vaca, y me encanta, me encanta, cuando estoy borracho lo bien que me lo paso. Ahora, también sé lo que comporta, sé lo que puede pasar y también sé cómo me ven desde fuera.” (Albert; 25 años)*

Empero, a poco andar en el trabajo investigativo, se hizo necesario introducir ciertos matices en torno a la distinción recién expuesta. Para ello tuvimos que introducir algunas consideraciones teóricas que permitieran matizar, y en hasta cierto punto, desarticular la lógica binaria a partir de la cual las racionalidades en juego estaban siendo decodificadas. Siguiendo los planteamientos de Jesús Ibáñez (1993), fue necesario introducir y considerar la distinción entre "discursos sobre la droga" y "discursos de la droga". Cabe señalar que para este autor, el discurso sobre la droga correspondería a aquel que surge de la institucionalidad (médico-clínica, jurídico-política, policial-represiva) y de los medios de comunicación, y que contiene definiciones y acciones dentro de una "estrategia de control" (Ibáñez, 1993). En cambio, el discurso de la droga correspondería a las opiniones, creencias, deseos y sentidos que relevan los propios consumidores (Ibáñez, 1993). Sin embargo, sin abandonar los planteamientos de Ibáñez, lo anterior no necesariamente quiere decir que el discurso de la droga sea opuesto, contestatario o subversivo respecto del discurso sobre ella, ya que – como dirá el propio Ibáñez- más bien ocurre lo contrario, pues *“en general, el discurso de la droga está controlado por el discurso sobre la droga.*

*Entrar en la droga es dejarse capturar por uno de los discursos sobre la droga" (Ibáñez, 1993: 128).* Es decir, se asume el significado de una "droga" incorporando también la significación social con que está cargada a partir de las definiciones institucionales establecidas. Por ello los consumidores, de alguna manera, estarían inscritos en el discurso sobre la droga, en tanto el fenómeno "droga" circula y atraviesa el mercado de los objetos, los sujetos y los mensajes (Ibáñez, 1993). En este sentido, si bien resultaba plausible hacer la distinción entre discurso experto y discurso lego, o dicho en los términos de Ibáñez, entre discurso sobre la droga y discurso de la droga, la cuestión fundamental desde nuestra perspectiva, no sería al valor intrínseco de la distinción hecha por Ibáñez, sino más bien la fricción, la tensión que se producirían en el encuentro de los discursos que luchan y se disputan el campo de significación de las drogas y sus consumos. En definitiva, lo relevante sería observar como la *lengua dominante sufría el asedio de otras lenguas (Ibáñez, 1993)*. Del mismo modo, la cuestión fundamental se jugaría, en sus zonas intersticiales, aquellas zonas de margen, zonas afásicas (silenciadas), sea esto por ausencia de representación discursiva, o ya sea por exceso de acoplamientos discursivos (sobrecodificación). De un lado el silencio de los invisibles. Del otro, la voz monocorde de los avatares mediáticos.

Sabemos que los discursos sociales (como los discursos sobre las drogas, el problema drogas y riesgos relacionados) son discursos peculiares que emergen en relación a estratos específicos de la sociedad (grupos profesionales, campos de conocimiento distintos, etc.), en un determinado sistema social y en una determinada época o momento histórico. Razón por la cual, estos discursos sobre las drogas y el riesgo no existen en el vacío: un hablante o locutor siempre invoca un lenguaje social o discurso peculiar al producir un enunciado, *pero* lo hace apropiándose de éstos de alguna u otra manera, poblándolos con sus propias intenciones y estilos. En consecuencia, el habla es siempre una construcción híbrida, un atravesamiento de voces, estilos y tipos de enunciados, llamada a inscribirse -de una u otra manera- en el orden del discurso dominante (Spink, 2006).

En ese marco, el análisis de los discursos de los jóvenes usuarios y usuarias de drogas nos informa que éstos tienden a estructurarse principalmente en torno a tres



posicionamientos discursivos. Ciertamente, estos posicionamientos cumplen una función organizativa y estructurante del discurso de los jóvenes respecto a los tópicos en cuestión, permitiéndonos de este modo, identificar cuestiones que son comunes entre ellos, y al mismo, tiempo cuestiones diferenciales. En términos metafóricos, estos posicionamientos refieren a una suerte de “constelaciones discursivas”, en torno a las cuales se organiza y estructura una determinada serie de variantes discursivas, que particularmente en nuestro caso, pueden ser organizadas en tres posicionamientos.

Una primera posición, a la que denominaremos **discurso converso**, caracterizada entre otros aspectos, por estar orientado hacia la ley, entendiendo por ley, en este caso, el orden simbólico-normativo, instituido por el discurso oficial sobre la droga, siendo éste último caracterizado por la unidimensionalidad de sus contenidos y por asociar legitimidad y daño, es decir, por considerar “drogas” aquellas sustancias que están prohibidas, cuyos consumos se encuentra asociados a una serie de connotaciones negativas. Una segunda posición a la que llamaremos **discurso perverso**, caracterizada por ir contra la ley. En este sentido, este discurso se caracteriza porque sigue el camino proscrito y evita el camino prescrito. En ese sentido *perverso* porque necesita de la ley para invertir su sentido. Finalmente, una tercera posición discursiva a la que denominaremos **discurso subverso** caracterizada por cuestionar o interrogar los fundamentos de la ley. Subverso, porque para poner en cuestión la ley hay que ir más allá de la ley dando una vuelta por debajo de la misma.

A continuación analizaremos cada uno de estos posicionamientos discursivo a la luz de los textos/discursos producidos en el marco de nuestra investigación. Al mismo tiempo, intentaremos seguir reforzando la cuestión referida a la importancia que adquieren los matices a la hora de profundizar en el análisis de los discursos. Cuestión que adquiere mayor relevancia, toda vez que las narrativas que a continuación presentamos, son producto de una práctica de investigación social, y por tanto, parte de un proceso de progresiva reducción de las múltiples dimensiones y planos de expresión del fenómeno social que está siendo analizado (Conde, 1994).

## 2.- LOS CONVERSOS: NARRATIVAS RESIDUALES

Si bien es cierto que esta posición discursiva no representa, en términos cuantitativos, una posición mayoritaria al interior del corpus discursivo, no es menos cierto que en términos cualitativos resulta altamente significativa, adquiriendo una función fuertemente (re)productiva, en tanto converge y fortalece a la vez la codificación jurídico-normativa mediante la cual se ordenan y fijan los significados de las drogas en el discurso hegemónico, es decir, en la lengua dominante. En efecto, al tratarse de un tipo de discurso que se orienta hacia la ley, al mismo tiempo que la legitima, es legitimada por ella. Sin embargo, este proceso de legitimación mutua, no es una operación de plena equivalencia, ya que la legitimidad que adquiere un discurso adscrito a la ley, en ningún caso es proporcional a la legitimidad que la primera es capaz de otorgarle (a la última). Dicho de otro modo, si bien la ley requiere de su aceptación, en ningún caso depende –exclusivamente– de ello para su existencia. Sin embargo, inversamente pensada la relación, ocurre lo contrario, pues la ley es la condición de posibilidad del discurso converso. En este sentido, pese a no ser un discurso mayoritario, al ser convergente con la ley, ésta última transfiere a los enunciados el poder de una “verdad” inscrita en el costado de la tradición y del orden social instituido.

En este sentido, se trata de una posición discursiva que no siendo mayoritaria es capaz de organizar de forma hegemónica, las coordenadas del campo simbólico desde donde resulta posible, no solo decir o pensar la cuestión de los consumos de drogas, sino también imaginar sus posibles derivas, subordinando sus enunciados al respecto, a un principio de realidad demarcado por la moral y la norma. En este sentido, cabe señalar que la posición conversa no se cierra sobre sí, es decir que no solo remite a un grupo o colectivo de sujetos que adscriben o son adscritos a esta posición. Muy por el contrario, los discursos que emergen de esta posición permean en diferentes grado la totalidad del corpus discursivo sobre las drogas y sus problemas asociados.

En efecto, una cuestión relevante que caracteriza a este tipo de discursos, es que en éste los fenómenos relacionados con el consumo de drogas adquiere una significación problemática. Dicho de otro modo, son significados sobre la base de ciertos parámetros sociopolíticos a través de los cuales el habla experta y el orden mediático definen el consumo de drogas como un problema social alarmante. En efecto, desde esta posición discursiva, las narrativas emergentes sobre las drogas se caracterizan por ser convergentes con los enfoques científico-normativos, los que a su vez se caracterizan, entre otros aspectos, por definir o entender el fenómeno drogas como un problema social, que en tanto tal, requiere ser abordado desde el control prohibitivo, o en su defecto, desde un *prudencialismo* de tinte neoliberal. La siguiente definición de problema social, será de utilidad para poder visualizar con mayor claridad lo que acabamos de afirmar: *“Un problema social se refiere a la definición de una situación que representa una falta de armonía con los valores de una sociedad dada. Es, por lo tanto, una situación que viola las normas generales compartidas es un sistema social y se define como un fenómeno que tiene impacto negativo sobre la vida de un segmento considerable de la población”* (Montenegro, 2004: 59).

Ahora bien, el grado de correspondencia y de similitud existente entre este tipo de definición de problema social y las narrativas de los jóvenes correspondientes a esta posición discursiva a la que hemos denominado como *discurso converso*, son más que significativas. Revisemos lo anterior a la luz de algunos fragmentos del texto de los jóvenes entrevistados.

*“...son malas, son malas si porque no se a lo mejor, pienso que los porros son menos malos pero, todas son malas todas acaban destruyéndote la cabeza como cualquier otro órgano vital, como todo te echan a perder por dentro psíquica, física de todo, es muy malo, es muy malo, cuanto menos mejor, es mi pensamiento luego ya que lo haga es diferente, pero mi pensamiento es ese...”* (María, 22 años)

*“...yo lo veo diferente, bastante diferente el alcohol y los porros y luego ya las demás sustancias”* (María, 22 años)

En el marco de las convergencias que pueden ser observadas entre la definición de problemas sociales que hemos citado anteriormente y el relato de María que acabos de reproducir, nos interesa destacar tres cuestiones que a nuestro juicio resultan relevantes en tanto permitirán matizar, no solo las convergencias entre ambos discursos, sino también matizar el sentido o carácter distintivo que tiene esta posición discursiva.

Una primera cuestión tiene relación con la palabra converso. Como ya hemos señalado, discurso converso refiere a que éstos se caracterizan, entre otros aspectos porque se orientan hacia la ley. Pues bien ¿qué es lo que la ley, en tanto tal, prescribe y al mismo tiempo proscribire? Ya hemos señalado, que cuando decimos ley no nos estamos refiriendo única y exclusivamente a cuestiones de orden jurídico. En efecto, cuando hablamos de ley estamos hablando de una cuestión de orden simbólico que tiene relación con el orden social, cultural, económico, político y moral, y que en este campo en particular, no solo va a codificar la experiencia en tanto práctica social, sino que además, la va a regular y modular mediante una serie de dispositivos de control social<sup>116</sup>.

En este sentido, cuando María refiere a los porros y el alcohol *como menos malos*, es porque ella misma actúa conforme a lo que el propio discurso normativo está induciendo a través de sus diversos aparatos publicitarios y dispositivos de normalización social (como por ejemplo el discurso social y la opinión pública). En efecto, María realiza un corte entre las drogas prescritas y por tanto “legales” y las drogas proscritas, por tanto ilegales, inscribiéndolas de paso, en tanto practica social, en un plano de legitimidad. En este sentido, hablamos de un discurso converso. Veamos lo que dice María:

---

<sup>116</sup> Al respecto, ver dos artículos cuya lectura conjunta permitirían profundizar sobre este punto. El primero es “Prohibicionismo y Drogas: ¿Un modelo de gestión Social Agotado? De Oriol Romaní publicado en Sistema Penal y problemas sociales (Bergallí, 2003: pp. 429-450). El otro artículo es “Los controles de la toxicomanía” de Robert Castel y Anne Coppel en Individuos bajo influencia (Ehremberg, 1994)

*“...hombre claro todo mundo considera que el alcohol y los porros son normal bueno si normal que nadie se asusta porque alguien se fume un petardo o alguien se beba una copa de alcohol pero si se asustan si alguien se mete una raya porque ya las cosas son diferentes y se nota, se nota mucho.” (María, 22 años)*

En segundo lugar, María es usuaria de cánnabis y en menor medida de alcohol. Sin embargo, tal como pudimos observar en la cita anterior, ella misma señala que todas las drogas son malas, aunque unas menos malas que otras. De hecho a la hora de narrar sus consumos de alcohol los va a jerarquizar de más a menos llegando a incluso a referir al consumo de gaseosas o incluso de agua como punto de salida.

*“...cerveza y porro ya más hay días si a lo mejor me meto una copa de whisky o algo, pero una o dos, pero no puedo eso ya es muy fuerte te estoy hablando de toda la noche ¿no? Pero luego siempre acabo bebiendo coca-cola o agua jajajaja, pero..Pero si generalmente todo mundo mezcla de todo, todo el mundo alcohol y porros todo el mundo.” (María, 22 años)*

Aquí lo converso adquiere una segunda connotación. En este caso, el discurso converso se caracteriza porque el sujeto de la enunciación se halla inmerso activamente en un proceso de reformulación, tanto a nivel de su quehacer (de su práctica de consumo, entre otros aspectos) como de su concepción de sí y del mundo. En efecto, dice de sí como si se encontrase inmerso en la búsqueda permanente de un orden distinto, de transición entre lo que desea ser y lo que es efectivamente (procesos de conversión). Más allá de la búsqueda –legítima por lo demás- de dignificación del propio sujeto a través de su relato, pareciera ser que el sentido de lo converso refiere a una posición subjetiva en tensión, que se traduce en una vía de cambio, en un proceso que va de un pasado-presente deteriorado hacia un presente-futuro prometedor; de re-construcción de su identidad a través de una nueva posición que desea poder llegar a encarnar. En este sentido, la economía política de la ley normativa en el campo de las drogas, no solo exhorta *a hacer* en determinada dirección, sino también *a ser* de determinado modo (normativiza y normaliza a la vez, es decir produce subjetividades). En esta perspectiva, en el campo de las drogas, al

igual que en otros campos sociales, la ley opera como un sistema jurídico disciplinario, donde el poder se ejerce a través de, a partir de y en el juego mismo de esa heterogeneidad entre un derecho público de la soberanía (la salud pública y la defensa social) y una mecánica polimorfa de la disciplina (Foucault, 2000). En este sistema, desde el costado jurídico, lo indeterminado es lo que está permitido. Del otro costado, desde el reglamento disciplinario, lo determinado es lo que se debe hacer. En otras palabras, prohibición y prescripción. Al respecto los siguientes fragmentos discursivos son elocuentes.

*“Te inventabas grandes conceptos como “mariachi”: maría y hachís. Después ya (el biturbo, el trituerdo), todo un extenso vocabulario, toda una filosofía de vida casi. Y esto se acabó, porque llegó un punto en que era insostenible, el ritmo este psicotrópico de estar todo el día colocado, no me enteraba de nada, no servía para nada, los estudios no iban bien, si tenía algún trabajo, obviamente tampoco iba bien. También llega un momento en que dices: “oye tío, o estamos todo el día colgado o hacemos algo”. (Albert, 25 años)*

*“Creo que tarde o temprano me cansaré. No me cansaré de fumar porros, si te digo la verdad, me veo con 40 años fumando un cañón seguro. Pero de esto te saturas. Yo cada día los bajones son peores”. (Oscar 24 años)*

*“En general pienso que son malas. Porque yo he tenido en un caso muy cercano, en mi familia, que pueden destruir a una persona, que pueden salir de eso, pero yo creo que ya llevas como el estigma. Si sale mal...o sea que sé perfectamente que son algo malo, de buenas a primeras, aunque yo me he movido en muchos círculos...” (Javi, 25 años)*

*“Una vez al mes, pero en una ocasión especial. Quizás una vez cada dos meses. Una cosa así. Yo que sé, un día que es el cumpleaños de alguien importante, que esa persona también quiere, sabes lo que te digo, una persona que consume y que para su cumpleaños diga: “venga”. Y ya te digo la última vez fue en Nochevieja, y estamos a 24 de enero y no hay planes. Tampoco estas cosas se planean por supuesto”. (Javi, 25 años)*

En tercer lugar, una la lectura cruzada de las dos primeras citas, es decir, la definición de problemas sociales, y el primer relato de María, -que por cierto coincide con el relato de Javi, en cuanto a la valoración mediante la cual se dará cuenta de que las drogas son malas-, nos ofrece otra sugerente línea de indagación. Para desarrollar esta última, será necesario detenernos brevemente en el antes citado señalamiento teórico que hiciera Jesús Ibáñez (1993) a propósito de la distinción entre *discursos sobre la droga* y el *discurso de la droga*. Al respecto éste autor, señalará que ***“En general, el discurso de la droga está controlado por el discurso sobre la droga.”*** (Ibáñez, 1993: 128) En el marco de esta premisa, se puede aprehender el plano de correspondencia que existiría entre la definición de problemas sociales que hemos utilizado anteriormente y los relato de nuestra/os entrevistada/os. Sin embargo, aquí se abren dos cuestiones que precisas ser aclaradas. Una primera cuestión de orden teórico y una segunda de orden empírico.

Respecto a la primera, siguiendo los planteamientos de Ibáñez, cuando nos referimos a los discursos sobre la droga, y hacemos referencia explícita a los discursos institucionales que lo comportan, no estamos hablando de un cuerpo unitario y homogéneo de discursos institucionales. En efecto, si por discursos institucionales entendemos aquellos discursos científicos y sociales derivados de los modelos médicos, penales y socioculturales que históricamente han codificado y caracterizado el discurso sobre las drogas, históricamente encarnados en una serie de dispositivos institucionales de vigilancia, control y regulación, pues entonces debemos ser enfáticos al señalar que lejos de tratarse de discursos estables y homogéneos, se trata más bien de discursos, no solo cambiantes y heterogéneos, sino también en permanente disputa, confrontación e hibridación.

En efecto, tal como hemos visto en los capítulos anteriores, tanto desde el campo de la salud como desde el campo jurídico-penal, la cuestión de las drogas constituye un nudo problemático, que ha sido abordado históricamente desde diversas perspectivas, siendo algunas más o menos periféricas, y otras más o menos centrales o dominantes como resultado y expresión de las relaciones de saber/poder asimétricas existentes en dicho campo. Sin embargo, y aquí está la cuestión a la que queremos apuntar, hemos podido constatar, que dependiendo del tipo de posicionamiento discursivo que

elijamos para ser analizado, encontraremos modos diferentes de asimilación de los discursos sobre las drogas. Dicho en otras palabras, si analizamos el discurso converso, la presencia residual del discurso sobre las drogas va a referir principalmente a ciertos enfoques o perspectivas disciplinarias que han sido, y siguen siendo hegemónicas en relación al campo de científico/político al que se encuentran adscritas. En este sentido, desde la perspectiva del discurso converso, la significación de las drogas como problema social converge con una definición de tipo funcionalista de los problemas sociales, y no, por ejemplo, con una definición de tipo constructivista (de problema social). De igual modo, si analizamos el discurso subverso, encontraremos que el principio de responsabilidad al que se recurre de forma frecuente en su argumentación para dar legitimidad a sus prácticas, dialoga con una perspectiva más próxima al constructivismo social.

Indisociable a la cuestión arriba planteada, nos queda una segunda cuestión por plantear. Si tal como hemos señalado, desde el discurso converso la matriz asimilada para significar las drogas como problema social se corresponde con una matriz de tipo funcionalista, entonces hemos de esperar que los argumentos que emergen desde esta posición intenten satisfacer aquello que desde esa matriz define un problema social. Al respecto:

*“Según la tendencia objetivista de estudio de los problemas sociales, éstos surgen en diferentes condiciones, como por ejemplo, la desviación de ciertos grupos sociales con respecto a las normas mayoritarias, la transformación o evolución de ciertas prácticas sociales, los desacuerdos con respecto a las reglas de convivencia o los conflictos de valores o intereses entre grupos. Por lo tanto, en esta tendencia no se incluye necesariamente el que las personas o grupos afectados directamente por este problema lo definan como tal; de hecho, esta definición parte de la asunción de que es posible, a través de métodos diferentes a la propia opinión de los afectados, **ubicar en qué momento y lugar se produce un desequilibrio o falta de armonía con los valores de una sociedad.**”* (Montenegro, 2004; p. 59-60).



En esta dirección, las narrativas que a continuación presentamos convergen en distintos planos con la definición objetivista de los problemas sociales. En primer lugar, a la hora de significar las drogas como problema social identificamos dos ejes principales mediante los cuales se articula dicha significación. Un primer eje de tipo temporal, a través del cual la significación de las drogas como una cuestión problemática (o problema social) surge como producto de un ejercicio comparativo, mediante el cual se contrasta la imagen estereotipada que se tiene del fenómeno drogas en la actualidad, y a la cual se le atribuye una función de representación del presente, con la imagen estereotipada del pasado, que a su vez se le atribuya la representación “antes” de la situación drogas. En resumen, dos imágenes, dos estereotipos, dos épocas. En segundo eje de tipo espacial y/o territorial, en torno al cual se articula la percepción problemática de las drogas, que al igual que en el caso del eje temporal, se capta por contraste y comparación. Mediante contraste se identifican y describen los cambios percibidos en los escenarios de consumo, los cuales servirán de base argumental para sostener la magnitud del problema actual y por tanto dar cierta legitimidad a la significación de las drogas como problema social.

Particularmente en relación al eje temporal, la imagen o percepción problemática de las drogas se asocia a ciertos cambios observados en el tiempo a nivel de sus prácticas y sus significados asociados. Dichos cambios tienden a ser percibidos como procesos sociales que *amenazan*, ponen en *riesgo* o significan un *peligro* social en la medida en que pueden ser capaces de alterar significativamente el orden de lo normal, o el orden deseado de la vida social. Ciertamente, la representación social del problema drogas remite a ciertos cambios percibidos en el mundo de las drogas registrados tanto a nivel de la demanda (por ejemplo la masificación del uso del cánnabis) como a nivel de su oferta (por ejemplo mayor oferta o disponibilidad de cocaína), lo que dadas sus connotaciones serán valorados como altamente preocupantes. Podríamos decir que la valoración general de los cambios respecto al mundo de las drogas muestra una tendencia en su significación posible de resumir con la célebre afirmación de Manríquez “*cualquier tiempo pasado fue mejor*”.

Ahora bien, los hechos o situaciones a las que aluden los jóvenes como indicadores de cambios preocupantes son muy variadas y diversas, estos tienden a ordenarse entorno a ciertos tópicos recurrentes. En la siguiente tabla se identifican y describen brevemente éstos.

TOPICOS	NARRATIVAS
<p><b>a. Cambio significativo en las edades de inicio y en los patrones de consumo que caracterizan (diferencian) a las nuevas generaciones de jóvenes usuarios de drogas:</b> Desde el punto de vista de los jóvenes esta situación contrastaría significativamente con sus propias experiencias. En efecto, de acuerdo a lo señalado por estos últimos, en comparación con la situación actual, sus inicios en los consumo drogas se caracterizan y diferencian por ser mas tardíos y mas regulados. En este sentido, el descenso observado en las edades de inicio sería un claro indicador de cambio valorado negativamente. Ahora bien, los jóvenes actuales no solo creen y perciben que existen diferencias significativas en las edades de inicio entre unas u otras generaciones, sino que además creen y perciben que también existen diferencias significativas en las formas o modos de vivir las experiencias asociadas a éstos inicios. Diferencias que aluden tanto a las prácticas propiamente tales (intensidades, frecuencias, etc.) así como a sus significados asociados.</p>	<p>“Además yo te digo, yo soy del 80, pero es que yo veo un abismo entre mi generación y la generación del 76 que son cuatro años de diferencia sólo. Y yo veo que estos chicos tienen unas ganas tremendas de probarlo todo; yo ya te digo que mi ideal no te digo que sea consumir así, pero tampoco me arrepiento de haberlo hecho, de haberlo hecho y haber esperado a esta edad para hacerlo.” (Javi; 25 años)</p> <p>“Es que ahora está tanto, que ida asco! Por eso ya te digo que yo lo hago por qué a lo mejor vengo... Es que mi concepto es éste. Yo cuando probé el opio, el opio; cuando probé esto otro, esto. Pero era consciente, de con qué gente estaba, que eran colegas, que no eran unos payasos ni eran tontos, ni era gente que me pudiera hacer daño, que si me pasa algo me puedan auxiliar, que me puedan salvaguardar, que pueda estar tranquilo.” (Oriol; 20 años)</p>
<p><b>b. Cambio significativo en el mercado lo que implica mayor disponibilidad y accesibilidad:</b> En efecto, en los últimos años se vendrían produciendo ciertos cambios significativos a nivel de la oferta de drogas, destacándose entre éstos, la introducción de nuevas sustancias en el mercado local, tales como <i>cocaína</i>, <i>ketamina</i> y otras drogas de síntesis (por</p>	<p>“Ah ¿yo? Yo pues, normalmente suelo tener números de teléfono, sobre todo cerca de mi casa, vivo a 15 minutos del centro, es muy fácil, sobre todo por donde yo vivo, mi amiga y su novio han empezado a</p>

<p>ejemplo: 2C-I, 2C-B). Las innovaciones experimentadas a nivel de la oferta, y de sus redes de distribución, habrían impactado significativamente en las pautas de consumo y en los comportamientos de los usuarios. En este sentido, a nivel de los discursos sociales sobre el consumo de drogas, se establece una relación directa y de interdependencia entre la oferta y la demanda de drogas. Innovación, diversificación, constancia y proximidad, no solo serían algunas de las principales características del mercado actual de las drogas, sino que al mismo serían algunos de los principales factores de contexto que permitirían explicar el crecimiento observado en sus consumos, así como los cambios observados a nivel de sus pautas de uso y significados asociados. Particularmente, a nivel de la vida cotidiana, serían indicadores sociales y culturales que nos <i>hablan</i> de la facilidad con la que actualmente los jóvenes y/o adultos pueden acceder al mercado de las drogas a nivel local.</p>	<p>vender ahora, y ahora estoy yendo allí, entonces es...es como pasarme por casa de mis colegas y ya está; y antes pues tenía otro colega que...vivía un poquillo más para abajo de mí, le daba un toque, se asomaba por la ventana y...y 10 aceitunas o 20 aceitunas o 5 aceitunas” (Marta, 20 años).</p> <p>“La gente se va de fiesta con ketamina; que dices tú como te vas de fiesta con ketamina, si lo importante de la fiesta es bailar, y así bailar, mover el cuerpo. Meterte una orgía con el cuerpo y con el baile. Sonreír. Yo qué sé, cuando vas de fiesta tienes que estar alegre, al menos. Y ahí peña que toma ketamina, pues muy bien. Yo les respeto, no voy y les pego dos hostias, pero me dan asco en verdad. Gente que está así: “um, um, um, ummmmmmm” (gesticula).” (Oriol; 20 años)</p> <p>“Y me cuido con gente que igual que no conozco y por eso me da asco la ketamina, porque encima que les voy a ayudar te meten mocos. Están ahí tirados en el suelo con todo el sol, porque no se pueden ni mover del suelo. Voy ahí a ayudarlos a una pareja: “no, no déjanos”. Como que te deje, no ves que son las 12 del mediodía que está el sol, todo el <i>lorenzo</i> pegándote aquí. Te vas a morir, te va a pillar aquí un colapso, te va a dar una hipotermia o lo que</p>
--	--

	<p>sea.” (Oriol; 20 años; MDMA)</p> <p>“Ahora ya no tanto, sabes, porque ahora fumar porros, pero vamos todo el mundo sabes, ahora vas por la calle vas viendo así (...) O sea, es que, cocaína, tú te vas a cualquier fiesta de fin de año, mismo, te vas a cualquier sitio y juegas a ver a alguien, metiéndose una raya, y nadie lo va a mirar raro, sabes porque ya está mucho más aceptada socialmente”. (Rodo, 26 años)</p>
<p><b>c. Cambios socioculturales, distancias generacionales:</b> Los jóvenes de hoy, poco o nada tendrían que ver con los jóvenes de ayer. Aunque históricamente los adultos tienden a percibir a las juventudes del presente como siendo diferentes a lo que habrían sido sus propias experiencias y formas de ser jóvenes en el pasado, hoy en día estas diferencias serían tan marcadas que incluso serían percibidas por los propios jóvenes como una característica central del presente, siendo además indicativas de los profundos cambios sociales y culturales que están afectado el mundo contemporáneo. Estos procesos de cambio constituyen el telón de fondo en el que se sitúan sus propias experiencias de cambios relacionadas con las drogas. En efecto, hemos podido observar como a través de sus diferentes narrativas los jóvenes son capaces de traducir a escala local y situar en el marco de sus cotidianidades estos cambios generales. Estos últimos refieren principalmente a: (i) Cambios en los sistemas normativos y en los mecanismos de regulación y/o control social (heterocontroles, controles societarios y autocontrol) relacionados con la visibilidad social (normalización en el sentido político mediático de uso del término) de ciertas prácticas asociadas a los usos de drogas en el espacio público y privado; (ii) Cambios relacionados con la representación del mercado como vía privilegiada de integración social de los jóvenes lo que impulsaría una precipitada búsqueda y/o adquisición del estatus de consumidor como señal de identidad y prestigio social. (iii)</p>	<p>“...pero el alcohol, la gente como bebe tío, yo me he tirado, yo ahora no bebo, hombre, la, bebo dos o tres cervezas, no me gusta estar borracho cuando salgo, pero...la gente tío, te vas...a plaza...al paseo del parque este, y todo ese rollo y la gente, sistemáticamente jueves, viernes y sábado, a destruirse bebiendo, tío, toda la puta noche, y eso...ahora tiritita, pero yo creo que dentro de unas generaciones...epidemia etílica ¿sabes? la gente con los hígados partidos porque es que no es normal, no es normal, eso es un abuso, eso se llama abuso crónico del alcohol, pero como está normalizado ¿sabes?” (Javier, 25 años)</p> <p>“...en mi pueblo todas las experiencias que he visto con gente de coca es muy, son muy negativas y en mi pueblo...hay una generación que se fue por el caballo, que no queda ni uno, de coca...los jóvenes tienen muchos problemas, es decir,</p>

Cambios múltiples a nivel microsociales pero de alcance global y viceversa que advierten sobre cierta crisis societal a nivel de sus costumbres y valores.	llega un momento en el que...es decir, hay menos gente que no se mete, que...que se meta, hay padres de chicos de mi edad metiéndose, hay mucha gente que trafica, hay policía en medio de, del trapicheo, es que...está todo...hecho una mierda, y...y ves gente que se queda tontísima, bueno, que empieza un día por curiosidad...como la que puedo tener yo y...entonces acaban cada fin de semana..." (Rafael, 19 años; Cannabis)
--	--

En cuanto a los contenidos del segundo eje, el análisis de los relatos nos indica el valor significativo que los jóvenes asignan a los contextos (espacios o territorios) en los que se llevan a cabo las prácticas de consumo y al mismo tiempo nos informa del valor que adquieren los cambios observados en este ámbito. Los contextos, más allá de tener un valor funcional, también tienen un fuerte valor simbólico y expresivo. En consecuencia no solo median las experiencias de consumo de drogas, sino que también las modulan, definiendo –en gran medida- sus significados y sentidos asignados. Estos se caracterizan por constituir escenarios privilegiados en entorno a los cuales es posible constatar *in situ* las nuevas tendencias y/o cambios que se estarían experimentando en los modos de consumo. Indirectamente, permitirían situar las coordenadas socio-espaciales en torno a las cuales se estarían anclando las alarmas respecto al consumo (los espacios de riesgo).

Cabe señalar que tanto los espacios como los territorios de consumo, adquieren una fuerte connotación problemática toda vez que éstos son significados como factores “contextuales” capaces de influir de forma significativa, o incluso determinar el curso de sus propias prácticas de consumo. Más aún, son significados como factores determinantes, toda vez que ejercen una fuerte presión implícita de cara a inducir ciertas prácticas de consumo (principalmente asociada a los espacios de consumo) o incluso un presión explícita (principalmente asociada a los territorios socio afectivos)

para incurrir en las prácticas de consumo. Ambos aspectos, es decir la dimensión espacial y territorial, tal como es significada desde esta posición discursiva de tipo conversa, constituyen la base material y simbólica sobre la cual se va articular la significación de los consumos como siendo prácticas altamente contingenciales. Al respecto el siguiente relato puede resultar esclarecedor.

*“Cada vez hay más gente que toma, y yo a veces he salido y he dicho: “no me apetece tomar nada, de ningún tipo de droga”. Y sales, y si no es por uno, es por otro, porque vale, yo no es que sea la hostia diciendo que no a las cosas, pero sí que sé decir que no. Pero viene uno: “¿quieres, quieres?”. “No, voy de tranqui, voy de tranqui”. Y claro, todo esto es que en Cuenca, te encuentras 50 mil habitantes, y con todos te conoces. Entonces, si no te lo dice uno, te lo va a decir otro. Y si no, otro, otro... Esto es cuando ya saben –como aquél que dice- que tomas, porque si no, no te lo ofrecen directamente. Y siempre hay quién te lo ofrece. Tengo un grupo de amigos –ten en cuenta- que somos 15 ó 20 personas. Y se te digo la verdad, pues de esto 15-20, fácil 10-12 toman. Y frecuentemente, que sepas que siempre van a tomar seis, siete u ocho. Y yo te digo la verdad pues soy uno de esos, de esos siete u ocho. Porque cuando hay fiestas importantes, como San Mateo, Semana Santa... Son cosillas que... Y soy de los que antes de salir, ahora sí, y ya decidimos qué y tal. Hay otras que me hago el longui que digo: “que no, que no, salimos y ya está”. Pero luego al final sí que acabas cogiendo algo, porque es como me dijo un amigo y me lo dijo bastante bien. Me dijo: “Óscar, cada vez que entras... En el momento que la pruebas y te gusta y tal, se te va a encender un interruptor. Se te va a encender un interruptor y, es que es así, cada vez que emborraches, cuando vayas pedo, que como aquél que dices pierdes el poder de decidir, se te va encender el interruptor, y vas a decir: “sí”. Y habrá veces que no tienes un duro y te lo pasas igual de bien. Yo he tenido un montón de veces que he ido de fiesta y me ha apetecido, y no ha habido contactos o no ha habido dinero y me lo he seguido pasando igual de bien. Lo típico que preguntas... Y no sé, por ejemplo, este sábado me fui por ahí. Que si con el grupo con el que iba, que eso influye. Eso influye porque desde el principio ya te influye. Que lo piensas: “hoy, voy de light”. Y me acosté a las 9’30h diciendo: “ves, es que a veces...”. Y a mí me enorgullece y yo me siento tranquilo. Al igual que cuando lo hago, lo peor es cuando al día siguiente digo: “yo ¿para qué lo he hecho?”. Me gusta pensar así también, por qué digo así no se me va de*

*las manos, por así decirlo. Porque para nada soy de los de entre semana, pero entre semana si no hay algún rollo de estos esporádicos.” (Oscar, 24 años)*

El peso significativo que adquieren estas dos dimensiones (espacio y territorio), al igual que el peso que adquiere el carácter eminentemente contingencial de sus consumos, en la práctica, se traduce en un movimiento cíclico de distanciamiento y acercamiento a estos entornos. Sin embargo, de haber proximidad esta se experimentará conforme a lo que ley proscribire y prescribe, es decir conforme al imperativo del consumo. Tal como señala Oscar en su relato *“se te va encender el interruptor, y vas a decir: “sí”*. Más aún, en ciertos casos, este imperativo significará extremar e intensificar la experiencia de consumo, como si se tratase de un proceso en el que los sujetos se debaten entre **el todo o nada**. De alguna manera este tipo de discurso evoca cierta narrativa “clínica” de las drogodependencias, particularmente en relación a la experiencia y significado de ciertos episodios definidos como recaídas en un marco de búsqueda de abstinencia. El siguiente texto puede ayudar a entender lo que hemos afirmado anteriormente:

*“Y, ahora, hace poco tuve un repunte, fue en la despedida de soltero de un amigo y fue la primera vez que realmente, auténticamente, no me acuerdo de nada. De despertarme a las tantas de la noche en algún sitio, y el móvil lleno de llamadas perdidas y llamar a alguien: “estoy aquí, venidme a buscar”. “Hostia, tío” y que el día siguiente me dijiesen: “¿Te acuerdas de algo?”, “¿De qué?”. A partir de que empezamos a beber no me acuerdo absolutamente de nada. Pero de nada, quiero decir nada, que no sé nada. Se ve que habíamos hecho de todo, había estado en diferentes sitios, vamos aquí, vamos allá, hacemos esto, lo otro... La primera vez, y espero que sea la última.” (Albert, 25 años)*

### 3.- LOS PERVERSOS: EL RESIDUO DEL ANVERSO

Tal como ya hemos señalado, este tipo de discurso se caracteriza por ir contra la ley, *“haciendo o diciendo lo contrario de lo que manda a decir o hacer”* (Ibáñez, 1993: 125). En este sentido, este discurso, y por tanto su práctica social asociada sigue el camino proscrito y evita el camino prescrito por la ley. En ese sentido decimos *perverso* en

tanto y en cuanto necesita de la ley para invertir su sentido. De hecho, tal como veremos más adelante, a diferencia del discurso subverso, desde el discurso “perverso” no existe un cuestionamiento a la ley. Muy por el contrario, la mayoría de relatos que convergen en esta posición, van a confirmar su legitimidad. Sin embargo, a diferencia del discurso converso, sus narrativas van a transitar por derroteros inversos, es decir por el costado proscrito de la ley. Los dos siguientes relatos que continuación citamos, nos permitirán ir clarificando las diferentes estrategias discursivas que caracterizan a este tipo de discursos.

*“Yo estoy convencida de que dentro de unos años va a ser horroroso. Yo creo que, por ejemplo, la heroína tuvo su momento de que todos vimos como repercutía en las personas, todos vimos a los yonquis robando, tirados en la calle, todos los vimos. Entonces por eso fue condenada. Pero todavía no vimos como llegaba a la gente de la generación de las pastillas y de todas estas drogas de diseño, todavía no vimos como llegaban a ser mayores. Y yo creo que eso mentalmente va a ser un montón de problemas.” (Lucia, 22 años)*

*“Eh...la cosa es, que yo siempre eso, estamos eh...saliendo...eh, nos lo estamos pasando más o menos bien, moderadamente bien, pero en un momento de la noche dice alguien, vamos a pillar, porque venden en el local, en el...conoce a uno...o incluso lo ve, quillo tengo ¿quieres?.... ¿pillamos o qué? y al final pillas ¿sabes lo que te digo? Porque eso, te lo estás pasando moderadamente bien, pero es que es tan fácil...**es que es súper cómodo, o sea, la tentación es muy grande porque sabes que por un, unos pocos de euros, que tiene que es muy barato, por...es que no he puesto dinero, pero vamos, que por unos pocos euros tienes garantizada una...un pedazo de noche que recordar y...de forma visible, no ves que te haga daño, después, dentro de unas décadas veremos a ver ¿no? pero ( ) eso me da un poco pero...no, la cosa es eso, que no ves daño directo...y yo creo que...bueno, estoy hablando mucho, pero vamos, de esto se trata ¿no?” (Javier, 25 años; MDMA)***

Lucia y Javier son dos jóvenes usuarios de MDMA. Ambos, en cierta medida, se reconocen en el discurso oficial sobre la droga, en tanto éste se caracteriza por la unidimensionalidad de sus contenidos y por asociar “ilegalidad y daño”. En efecto,



Lucía refiere a la crisis de la heroína en España como una cuestión problemática en tanto advierte sobre la existencia de cierta correspondencia entre ilegalidad, daños y condena, *“...todos vimos a los yonquis robando, tirados en la calle, todos los vimos. Entonces por eso fue condenada”* y de algún modo traza un plano de correspondencia entre lo jurídico y lo moral. Aunque no de forma explícita, plantea cierta analogía entre la “crisis de la heroína” y la situación actual o futura que las drogas de síntesis puedan llegar producir. En este sentido, tanto heroína como pastillas serán significadas en el marco de la “ilegalidad y el daño”. Sin embargo, y aquí resulta revelador el relato de Javier, el “daño” no solo es relativizado en tanto carece de visibilidad concreta (al contrario de la heroína en donde **“todos vimos”**), sino que es suspendido (aplazado) del tiempo “presente”, siendo relegado a un futuro eventual (latencia clínica). Una vez realizada esta operación, el resto, lo residual del objeto solo adquiere sentido en el marco de una lógica de mercado caracterizada por la primacía del consumo y sus gratificaciones concomitantes las que **“por unos pocos euros tienes garantizada una...un pedazo de noche”**.

Al respecto, siguiendo una vez más a Ibáñez, el efecto principal del discurso dominante sobre las drogas, sería la inducción al consumo, tanto de las drogas legales como de las drogas ilegales. La inducción legal tiene que ver con la publicidad y la posibilidad de autoprescripción; en tal caso se habla de un consumo converso (hacer lo que la ley dice). La inducción a las drogas ilegales es inversa; la prohibición genera una "economía informal" de las drogas. En este caso el consumo es perverso (hacer lo contrario de lo que dice la ley). La línea divisoria entre ambas caras de la ley, es tan frágil como porosa, y perfectamente se puede transitar de una a otra sin solución de continuidad. Al respecto la siguiente cita es elocuente:

*“...vamos, que yo creo que en realidad...los fármacos estos que se...los antidepresivos no creo que tengan...que se distinguen mucho del MDMA, yo creo que tienen que ver, y bastante.” (Javier, 25 años)*

Las narrativas que emergen desde esta posición discursiva, respecto a la cuestión drogas dejarán de estar estrictamente vinculadas a la noción de problema social. En efecto, la relación drogas - problema social abandona el lugar central que tiene en los

discursos conversos. Sin embargo, el desplazamiento que experimenta la relación “drogas-problema social” en este tipo de discursos, no obedece necesariamente a un cuestionamiento hecho por parte de los sujetos a su validez o legitimidad. Más bien obedece a cierto desplazamiento experimentado a raíz de la emergencia de nuevos ejes de significación sobre la cuestión drogas. Aún así, en términos estructurales, las nuevas significaciones emergentes desde el discurso perverso, tienden a coincidir en algunos aspectos con las significaciones articuladas en torno a la cuestión drogas como problema social. Después de todo, no podemos olvidar que se trata de un discurso de inversión de la ley, y por tanto no situado por fuera de esta. En este sentido, observamos que las nuevas significaciones respecto a las drogas y sus consumos, desde esta posición discursiva, indican una serie de cuestiones que ameritan ser analizadas con mayor detención.

Estas nuevas significaciones sobre “drogas y consumos”, se articulan entorno a tres ejes principales; un primer eje relacionado con las prácticas de consumo al que denominaremos metafóricamente como *el menú* para relevar el carácter programado y seriado del consumo. Muy relacionado con el eje anterior, identificamos un segundo eje relacionado con el supuesto lugar de *sujeto soberano* del individuo como consumidor. Finalmente, un tercer eje relacionado con la *integración funcional* de sus prácticas de consumo. A continuación, revisaremos cada uno de estos ejes de significación. Cabe tener presente que estos mismos ejes de significación se observan en las narrativas emergentes en la posición discursiva de tipo subversa. Aún así, estos se organizan y articulan de forma diferente, y por tanto las significaciones adquieren nuevos sentidos.

### **3.1.- El Menú Como Metáfora Del Consumo Programado**

Si bien las drogas ilegales son hoy mercancías de consumo de masas, no dejan de ser mercancías muy especiales en varios aspectos cruciales: por la falta de calidad intrínseca que incorporan, lo que supone un riesgo hasta cierto punto aceptado por los consumidores; tienen un impacto sobre el sistema decisorio del consumidor que no es secundario, sino por el contrario, precisamente las drogas se toman para cambiar la

conciencia del que consume, o incluso producir la ebriedad y una vez bajo los efectos de una droga, los consumos siguientes pueden ya no ser ni tan racionales ni tan conscientes; además, en la mayoría de los casos las drogas más deseadas pueden alterar la autonomía del consumidor, instalando hábitos tan difíciles de modificar como las adicciones; y por último, se trata de productos ilícitos cuya manufactura y venta está penada y que por la tanto han de conseguirse, a través de personas que están vulnerando la ley, lo que introduce también riesgos añadidos (Gamella, 2002). Aún así, la mentalidad dominante en las usuarias y usuarios de drogas es la del consumidor. En cierto sentido la decisión se toma con criterios de racionalidad, por mucho que, como en otros aspectos del consumo, haya elementos preferenciales que vienen determinados por prejuicios, estereotipos y tradiciones culturales o subculturales de lo que vale o no vale lo que es bueno, o no lo es, lo que resulta más o menos peligroso.

En efecto, no cabe la menor duda que la mentalidad de los usuarios y usuarias que hemos estudiado puede ser significada como la de un consumidor. Sin embargo, es posible observar diferencias significativas entre las diferentes posiciones discursivas que hemos identificado, en las cuales la posición de sujeto consumidor adquiere un posición diferenciada. Así por ejemplo, en las narrativas que hemos caracterizado como “posición perversa”, los consumos de drogas, en reiteradas ocasiones, son significados como si tratase de un **dispositivo semiótico y material ensamblado** a un conjunto de prácticas o lugares en los que transcurre su sociabilidad. En este sentido, sus propios consumos son experimentados, y en cierta medida, también explicados, como efectos o resultados inevitables de su ser joven situados en determinados contextos de actualidad, que de algún modo fuerzan o determinan la práctica de consumo, inscribiéndola en una gramática que alude a cierto comportamiento automatizado. Ciertamente, se trata de un ensamblaje capaz de operar tanto en los espacios como en los territorios de consumo. Sin embargo, en la mayoría de estos casos, las narrativas sobre las drogas y sus consumos, lejos de relevar estos aspectos, más bien tiende naturalizarlos, reforzando la relación “joven-ocio-drogas” ampliamente divulgada por los discursos oficiales y los medios de comunicación de masas. Dicho de otro modo, lejos visibilizar los contornos de cada una de las piezas

que participa en el ensamblaje, estas más bien se fusionan en una suerte de tejido sin costuras. Al respecto, la siguiente cita puede sernos de utilidad:

*“Cuando hay alguna cena importante o alguna cosa, como los viernes por la tarde, pues dices no, hasta después de cenar, o hasta yo qué sé... Pero, normalmente, alguna vez: “algún tirito, venga”, “venga” y cae. Pero normalmente es eso, cena, colla, la gente: “el postre, tal”. Que hay algunos de mis amigos que son muy gorilas, muy chinchas, muy chinchas... Pero ya después de cenar, que ya sabes que te entonas. Para mí lo perfecto es eso, lo suyo sería muy poca cantidad, y cuando ya vas súper ciego de esto que hasta te da vergüenza, de consumir un tiro de coca y se te pasa el pedo pero a lo bestia. Y da gusto. Eso sería lo perfecto. Eso lo he hecho mucho de menos: porque podríamos aguantar, pero entre unos u otros al final lo acabas catando. Y después de cenar lo haces, empiezas a consumir...Y si lo haces después de cenar, es que cuando empiezas con la primera es inevitable que te pida la segunda, una tercera, como poco. Porqué es así...Pero, vamos, ya te estás hasta las 10 o las 11 desde el día ese que te ibas a cenar, y te estás por ahí, si no es más a veces. Y lo que pasa es que es eso, no ves la hora de irte.” (Oscar, 24 años)*

El relato de Oscar nos informa de una secuencia de hechos o situaciones que se funden entre sí (de ahí la idea de ensamblaje). En efecto, **viernes; cena; colla; gente; el postre y hasta las 10 o las 11 del día**. Y como corolario dice **“lo que pasa es eso”**. Ciertamente, en el relato de Oscar, el significante **postre** adquiere un valor significativo, en tanto viene a reforzar nuestro planteamiento anterior. Cuando Oscar refiere al “postre” se está refiriendo al consumo de cocaína. Sin embargo, la metáfora que utiliza nos es para nada ingenua, y menos aún, una cuestión menor.

En primer lugar, significar la cocaína como “postre” viene a señalar que ésta se inserta en una secuencia, o en una serie de acciones y objetos integrados en una suerte de totalidad que podríamos imaginar como una carta o menú. Es decir, que pertenece a una oferta ordenada secuencialmente. Una oferta, mediante la cual se quiere capturar el deseo y proceder así a su programación. Ciertamente, no se trata de que se esté agregando una nueva unidad, o un nuevo objeto al programa, a la secuencia o serie, sino más bien se señala que éste, la coca/postre ha sido incorporado a la totalidad,

ocupando un lugar, un casillero ya existente. En consecuencia, no se estaría produciendo ninguna alteración en el orden normal de las cosas. Más bien, este “postre-coca” se integra, es decir se ensambla, como si se tratase de un objeto más de consumo incorporado en los hábitos “alimenticios”. En este sentido, la metáfora del postre, pensada como un código cultural de alimentación, representa un cierto orden, una secuencia, una práctica social que ha devenido en costumbre, y que por lo tanto se ha de seguir y respetar. En este sentido, las prácticas sociales de los jóvenes que en algún momento fueron instituyentes de una otra sociabilidad, ahora han devenido en prácticas instituidas, y en tanto tales, regulan, modulan y median sus prácticas sociales, evitando, perversamente, su quebrantamiento.

En este sentido, la significación del consumo vendrá en gran medida determinada por los ensamblajes diferenciales en los cuales se encuentra inscrita. Deslocalizar la significación, no será para nada una tarea fácil. De hecho, como veremos más adelante, esta operación será una cuestión clave en la producción de los discursos subversivos. Y no es nada fácil, pues la propia producción discursiva sobre las drogas, en su anverso, es tanto o más productiva que en su versión de lo prescrito. De hecho, podríamos pensar los discursos sobre las drogas, en su doble faz, como un software cultural a través del cual resulta posible conocer, imaginar y desear el mundo. Un software capaz de territorializar las subjetividades juveniles. De programar su deseos, inscribiéndolos en un orden molar<sup>117</sup>. No podemos olvidar que el sistema de producción de mercancías, mediante el uso “inteligente” de las nuevas tecnologías de la información y comunicación, ha podido ampliar sus mercados, generando una oferta de consumo centrada en la diferencia, la que es sobre evaluada e integrada en los procesos seriados de diseño y producción, favoreciendo la auto percepción de los

---

<sup>117</sup> Desde un planteamiento filosófico-político como el formulado por el tándem Deleuze-Guattari se hace la distinción entre un orden molar y n orden molecular; “...los mismo elementos que existen en flujos, estratos, agenciamientos, pueden organizarse de un modo molar o de un modo molecular. El orden molar corresponde a las estratificaciones que delimitan los objetos, sujetos, las representaciones y sus sistemas de referencia. El orden molecular por el contrario, es el de los flujos, los devenires, las transiciones de fase, las intensidades” (Guattari, 2005: 370). En esa misma dirección, Antonio Negri señala que el objetivo del orden molar es absorber la fuerza del deseo y rehacer los aparatos con el único fin de bloquear el flujo pragmático de lo molecular. Lo molar sería, por definición, el obstáculo ontológico de lo molecular.

consumidores de que gozan de coeficientes significativos de libertad de elección, aunque sea solo entre marcas, tipos y ambientes. Los siguientes relatos de un entrevistado son elocuentes:

*“Pues, igualmente que te digo lo de los porros. Pues empiezas a ir a discotecas y tal, pues igual que con los 16 uno empezó con un porro y lo ves, pero tú no lo compartes, pero lo ves. Pues a los 18 o antes, mis amigos empezaron pues a eso: un día uno porque prueba una pastilla. Otro día uno prueba una raya de coca. Y tú igualmente dices que no en un principio, como me pasó con los porros. Y dices: “no es para mí, o no es para mí de momento. Tengo una curiosidad de experimentar porque es una cosa que está ahí y quieres descubrir”. Y dices: “éstos están tomando y se lo pasan de puta madre. Quiero probar esa sensación, pero no ahora, sino en algún momento. No ahora por miedo quizás a los riesgos, pero sí en algún momento”. Hasta que, bueno, llega un momento en que te llega a las manos a ti y progresivamente vas probando cosas.”*  
(Guillem, 25 años)

*“Así como te decía que el éxtasis sí, lo asocio completamente a una música y a un momento determinado que te lo quieres pasar bien, o quieres vivir algo un poco más..., sentir algo..., sentir la música más allá de lo que puedes sentirla. Y el porro no, lo veo algo súper-normalizado, que lo puedes hacer en cualquier momento. Tú mismo, con amigos, en una discoteca, entre clase y clase...Algo mucho más normalizado.”* (Guillem, 25 años)

### **3.2.- La Ilusión Del Sujeto Soberano**

Como contrapunto al apartado anterior, en este analizaremos aquellos discursos sobre las drogas y sus consumos cuya significación se caracteriza por posicionar a los propios usuarios en un lugar central en el proceso de producción de significados. Ciertamente, en el apartado anterior la posición de los usuarios y usuarias se veía un tanto eclipsada producto del peso que adquiría el contexto situacional conformado por una suerte de ensamblaje “drogas-contextos=programación del deseo-consumo”. Del mismo modo, la posición del usuario se desdibujaba en tanto éste queda fijado, estratificado como mero consumidor de ciertos productos y/o mercancías (orden

molar). Sin embargo, no solo resulta un tanto maniqueo, sino también equívoco y reduccionista, pensar la posición del consumidor como si se tratase de un lugar vaciado de subjetividad, o dicho de otro modo, como pura alienación. En efecto, en los últimos años, tanto las agencias de publicidad como los medios de comunicación tradicionales (radio, televisión, prensa, etc.) vienen haciendo investigaciones de forma sistemática sobre los gustos preferenciales y las diferencias entre los consumidores-receptores. Desde esta perspectiva, los consumidores son considerados como agentes activos, en tanto exigen productos de calidad y “desean” que estos sean adecuados a sus formas y estilos de vida. Y he ahí que incluso sean pensados como consumidores / productores. Esta tendencia sería un signo claro de la habilidad, de la destreza del capitalismo, que a partir de una problematización del deseo y de la producción de las subjetividades, ha podido adentrarse y llegar a lo más profundo de las personas, constituyéndose en un modelo “intromisor / receptor”. Veamos cómo opera esta idea habilidosa del capitalismo y su potencia para adentrarse en la problemática del deseo:

*“Yo lo veo que la música electrónica va ligada con las drogas. Entonces no te puedes tomar un éxtasis un día en medio de un parque que sea tarde primaveral, o en una casa jugando a la videoconsola, no te vas a tomar un éxtasis. En cambio, coca sí. Hay mucha gente que se encierra en casa, juega a la videoconsola y toma un gramo de coca. Últimamente lo hacen mucho los jóvenes, los más pequeños. Pero el éxtasis es eso, siempre está relacionado a la música electrónica, a sentir la música de una forma diferente de lo que la puedas sentir sin éxtasis.” (Guillem, 25 años)*

*“...pero a diferencia de las demás drogas, lo que te he dicho antes, lo de que, que te queda...cuando te acostumbras al MDMA, te acostumbras o no te acostumbras, tú te comes MDMA tienes garantizado que te lo vas a pasar bien, eso no lo puedo decir yo con ninguna droga ( ) comes y si no te lo pasas bien, come más ¿eh?” (Guillem, 25 años)*

*“Tiene el plus este de que te da ánimos. Por eso te digo, que a mí siempre lo que me ha dado miedo es que es buena, es que es muy buena. Te anima, estás tope bien, la cabeza te funciona súper bien, sabes de qué hablas, sabes que tienes qué hacer... Es*

*que un momento es que eres la polla, colega. El speed es diferente, porque vas aquello: uuuuurrrhhhh, súper puesto.” (Albert, 25 años)*

Si en el punto anterior la posición de los usuarios y usuarias quedaba subsumida en la programación seriada del deseo mediante la mutación del “*deseo a la carta*” por “*la carta del deseo*” condensada en la imagen metafórica del “*postre*”, ahora los relatos de los jóvenes revelan un tipo de agenciamiento condensada en la diada yoica: **yo elijo - yo controlo**. Sobre la base de esta premisa sus narrativas se caracterizan por situar al usuario o usuaria en una posición que podríamos denominar como “**consumidor soberano**”. En efecto, si en el apartado anterior, la posición del sujeto quedaba suspendida, por no decir alienada, en este caso, emerge desde su extremo opuesto, adquiriendo el consumidor, en tanto protagonista de su relato, un lugar con fuertes connotaciones “*épicas*” y “*heroicas*”, en tanto lucha y se debate por lograr o conservar su lugar de supuesta soberanía. Respecto a esta tensión el siguiente relato es significativo:

*“...yo creo que puedo controlarlo, porque por ejemplo, puedo estar dos meses sin salir de fiesta y estoy bien, pero, por otro lado tampoco lo sé, porque a lo mejor salgo de fiesta y yo, si ya no me meto pues... sí puedo aguantar, me lo puedo pasar bien, pero no es lo mismo, que la verdad, que cuando salgo de fiesta, también...es para meterme...por ejemplo, cuando voy a la xxxx (nombre de un bar) es para... ¿sabes? que me voy a meter, no voy con el pensamiento de no, a lo mejor no...solo a ver, cuando se tercie...” (Carola, 19 años; MDMA)*

Esto constituye un rasgo definitorio que caracteriza el proceso de significación del usuario, en tanto lugar o posición, en el marco general de los discursos sobre las drogas y sus consumos. En este sentido, la significación “*perversa*” del lugar de consumidor, restringe de forma contundente la significación del mismo, alojándola en un lugar de exaltación del yo épico, que se expresa metafóricamente en la imagen o tropo “**yo controlo**”. En efecto, se trata de un símil del “**yo elijo**” que será exaltado en una gramática general del consumo de masas. En este sentido, el “yo controlo” es la resultante del cruce que se produce entre las particularidades que tiene este producto o mercancía (drogas) algunas de las cuales han sido señaladas anteriormente, y el



discurso neoprudencialista caracterizado entre otras porque (i) *el individuo gestiona su autonomía como medio para reducir incertidumbres y ansiedades* (ii) *el individuo se responsabiliza de sí mismo en cualquier aspecto vital* (iii) *el individuo que se autogestiona y responsabiliza está en condiciones de asegurarse un futuro satisfactorio* (iv) *el individuo responsable invierte en su propia seguridad abasteciéndose en el mercado y desarrollando mecanismos de autovigilancia del comportamiento y la emocionalidad* (v) *el individuo acude al mercado para proveerse esos medios que satisfagan sus necesidades de seguridad* (vi) *el individuo ha de afrontar el continuo desafío que le plantea la política del riesgo, esto es la exhortación para cada cual se haga cargo de su seguridad física y síquica* (Ampudia de Haro, 2006). Los siguientes relatos son significativos:

*“...yo creo que la marihuana es una droga que te da un poco más de juego que las otras, porque no es tan peligrosa, pero tú también has de controlar, es decir, en el momento que la marihuana te controla, tú te tienes que preocupar; es una droga de la cual puedes abusar un poco más que las otras, pero en todo momento tú ser el con...no sé, que tú controlas, que...” (Rafael, 19 años)*

*“Manejar...o no. Que... exacto, y eso, uno lo sabe en cuanto prueba una droga, sabe, pienso yo, que sebe perfectamente si va a poder controlarla o no va a poder controlarla...” (Marta, 20 años; cánnabis)*

*“...pues en plan, pues bueno, voy a ir, me voy a beber mis cubatillas y ya está, pero creo que hay ciertas personas que...tienen esa mentalidad, no sé, no...no ven ningún problema a...si voy a un festival drogarme, porque más que nada yo lo pienso como eso, si lo viera como algo malo, no lo haría, diría bueno, pues aunque sea verano, voy a hacerlo una vez al mes. Pero como yo realmente no lo veo algo...sé controlarme, sé...hombre, cuando me paso...” (Sara, 20 años; MDMA)*

*“Lo veo algo totalmente controlable, o sea...en el sentido de que no necesitas salir y meterte MDA, que también puedes salir al centro, beberte unas copitas y no...” (Sara, 20 años; MDMA)*

Ahora bien, la supuesta soberanía del consumidor, solo será puesta en entredicho mediante su denegación, quedando relegado su cuestionamiento y problematización a las narrativas subversas que pronto analizaremos. Respecto a la denegación, el siguiente relato es elocuente:

*"No puede ser que entre semana salgas de fiesta y al día siguiente tengas que ir a trabajar y vayas también demacrado: no, no estás haciendo el trabajo que tendrías que hacer. Es eso, es controlar. Yo creo que controlar. Y es que aplicar lo de 'yo controlo las drogas' es ¡tan tópico! No, tú no controlas las drogas, como mucho sabes poner una cierta –no un límite- zona de límite. Y a partir de entrar en esta zona, he de ir parando. Mañana es día de fiesta. Vale, podré dormir. Hoy puedo apretar un poco más. No he de salir hasta tan tarde y después no tengo que hacer otra cosa. Y es que es eso, no es solamente tener la información sino tener cierto bagaje propio y saber decir: "yo, y no el tío del manual, yo, sé que aguanto hasta aquí y sé que hacer en estas situaciones..."*  
(Albert, 25 años; Cocaína)

Sin embargo, la denegación que Albert efectúa en relación al tópico *"yo controlo las drogas"* produce, al menos, dos desplazamientos en la significación del control, que a nuestro juicio son relevantes, y por tanto, ameritan cierta puntualización. Por un lado, la denegación de Albert, como el mismo puntualiza, opera en universo tópico, es decir un universo del sentido común y de sus clichés respectivos. En este sentido, Albert intenta desestabilizar la *doxa*<sup>118</sup> referida al consumo controlado de drogas. Sin embargo, al mismo tiempo que intenta desarticular su validez como práctica social, es decir como práctica más o menos común o universal, re-sitúa su condición de posibilidad, en el campo de la experiencia personal. En este sentido, el desplazamiento que se produce en la significación del control como consecuencia de su denegación,

---

<sup>118</sup> Derivada del verbo griego "dokein" (δοκεῖν: que significa "creer" o "parecer"), la palabra "doxa" es un término con el cual se hace referencia al conjunto de creencias y de prácticas sociales que son consideradas normales en un contexto social, las cuales son aceptadas sin cuestionamientos. Los orígenes sociales de estas creencias y prácticas, y sus principios de funcionamiento son desconocidos y sin embargo, se les reconoce habitualmente como criterios y formas de proceder socialmente válidos. Allí reside su eficacia simbólica: la *doxa* es una condición para mantener el estado de cosas existente en una sociedad.

tendrá un efecto de “esencialización” y “ontologización” del control. Los siguientes relatos tal vez ayuden a clarificar más estos planteamientos:

*“Sí, cualquier tipo de droga creo. Si a nivel mental no eres una persona fuerte, o que estás pasando un momento malo, no tienes clara alguna cosa, o te preocupa algo es mucho más peligroso.” (Guillem, 25 años; MDMA)*

*“Sí, y que si hay gente que no sé de cuenta de esto, de lo peligroso que es, pueden acabar muy mal. Es gente que no sabe... que no ve el tope y dice: “siempre me lo paso bien de fiesta, súper-no sé qué...” Pero que es importante ver que conlleva un riesgo y que el riesgo está ahí y que bueno, si no tienes las cosas muy claras desde un principio y no tienes la suficiente fuerza mental como para darte cuenta que sí que es muy peligroso.” (Guillem, 25 años; MDMA)*

*“Eso, de ver a mis amigos totalmente enganchados... Bueno he visto amigos míos que están en tratamiento psiquiátrico también. Que a muchos de ellos, bueno exactamente a una de ellas –y en realidad no tiene porqué ser de eso, no todo el mundo que es esquizofrénico ni está en tratamiento psiquiátrico consume drogas-, pero que si eres propenso está claro que puede influir. Entonces ya ha llegado un momento en que te encuentras con un amigo tuyo de la infancia metido en la cárcel por tráfico de drogas y de consumo de drogas. Otro en el Proyecto Hombre. Otra en el psiquiátrico. Pues eso ya llega un momento, que dices: “¿esto qué es?, ¿qué pasa aquí?” (Lucia, 22 años; cánnabis)*

Aunque la cuestión del control no está dicha de forma explícita en ninguno de relatos que hemos citado, se sobreentiende que está presente de forma implícita en cada uno de ellos. Así mismo, en cada uno de éstos, la cuestión del control adquiere una connotación intrínseca y particular, en tanto y en cuanto, su condición de posibilidad vendría dada por la concurrencia de ciertos factores internos de naturaleza eminentemente individual. Sin embargo, la significación de la ausencia o deficiencia de control va más lejos aún, ya que se produce **“si a nivel mental no eres una persona fuerte”** o **“no tienes la suficiente fuerza mental”** o bien **“si eres propenso”**. En este

sentido, y en particular en el caso que estamos analizando, el desplazamiento en la significación del control que se produce al denegar la doxa “yo controlo las drogas”, produce una reversión de lo universal a lo particular y de lo social a lo individual. Y por otro lado, transforma la cuestión del control, en un atributo de valoración personal, en tanto expresa una triple equivalencia que dará entre “control-fuerza mental-persona fuerte”. Y de forma inversa, instala la ecuación “descontrol-debilidad mental-persona débil” como signo de desvalorización social. Se trata de una suerte de estratificación o jerarquización que opera sobre el Homo Prudens en tanto arquetipo preconizado por la civilización reflexiva.

En este sentido, el discurso perverso instala una ilusión de soberanía cuya condición de posibilidad está dada por la conjunción de ciertas cualidades y atributos individuales, a decir verdad, más innatos que adquiridos. Al respecto:

*“Entonces...partiendo de esa base, creo que...cualquiera es...responsable de sus actos, y que, por ejemplo en mi caso, me encanta, porque me gusta mucho, creo que no lo hago en exceso, pero que tampoco lo hago mal, y que no puede conmigo; el día que pueda, o que yo me encuentre mal, lo...no lo volveré a tomar.” (Sara, 20 años; MDMA) .*

El giro en la significación del control que se ha dado desde esta perspectiva tiene implicancias éticas que serán significativas. De hecho parten de la base de que las elecciones son eminentemente racionales (salvo fallas naturales) y que sus prácticas de control ocurren en un mundo de individuos libres e iguales ante la ley. Al respecto la siguiente cita es elocuente:

*“Pues...pienso; pienso que es algo que...para bien o para mal están ahí y que quien quiera las toma, quien no las deja, que cada uno tiene que ser autosuficiente de sus actos y que...realmente, si sabes que te está haciendo mal, debes dejarlo, si crees, si tú sientes que no, porque creo que algo...muy ra...muy de razón, tú sabes cuando algo te sienta mal, sabes cuando algo te sienta bien, sabes cuándo te estás colando y sabes cuándo no. Es decir, para todo en la vida eres un poco, con sentido común, eres capaz de llegar a saber que eso te está sentando mal, o te, o que está pudiendo contigo.” (Sara, 20 años; MDMA)*

### 3.3.- Los Usos Instrumentales: La Eficacia De Ley

Desde los diferentes campos de las ciencias humanas se nos advierte que a nivel social podemos observar como diferentes drogas están presentes en muy distintos tipos de relaciones sociales, tanto de manera instrumental como simbólica (Romaní, 2004). En algunos casos serán utilizadas para intensificar el rendimiento físico o intelectual como por ejemplo ocurre en el campo laboral, festivo y bélico. En otros casos éstas pueden ser utilizadas para mermar las capacidades físicas e intelectuales del adversario como por ejemplo ha ocurrido en las guerras o en diversos tipos de secuestros institucionales<sup>119</sup>. También pueden ser utilizadas como vehículos de identificación grupal, prestigio social e incluso poder y control. Otros usos se orientan hacia la experimentación, ya sea para la obtención de puro placer y/o para la exploración mental y espiritual, e incluso coerción. En este sentido, podríamos decir que los usos de drogas se comportan como “tecnologías del yo” inscritas en un horizonte que puede ser tanto molar como molecular, pues en sí mismas, no garantizan cuál será su deriva final.

Ahora bien, la fuerza de la noción foucaultiana de tecnología reside en que ésta logra escapar a la comprensión reductora de la técnica como un conjunto de objetos, instrumentos, máquinas u otros artefactos. Para Foucault, una técnica es un dispositivo complejo de poder y de saber que integra los instrumentos y los textos, los discursos y los regímenes del cuerpo, las leyes y las reglas para la maximización de la vida, los placeres del cuerpo y la regulación de los enunciados de verdad. Para él, la

---

<sup>119</sup> Sobre las investigaciones realizadas para controlar la mente habría que remitirse al fascinante libro de John Marks En busca del candidato de Manchuria. La CIA y el control mental. Historia secreta de investigaciones con LSD para la modificación de la conducta. Valdemar, 2007, España. En uno sus pasaje Mark señala lo siguiente: “A menos de 200 millas del laboratorio donde se desempeñaba Hofmann, varios médicos y químicos que trabajaban para la SS y la Gestapo desarrollaban por aquel mismo tiempo experimentos con mezcalina, una droga que tiene cualidades muy semejantes a las del LSD, experimentos que tomaban como cobayas a prisioneros del campo de concentración de Dachau. Los alemanes creían (como que era completamente ajena a las investigaciones de Hofmann, que solo buscaba un remedio contra la mala circulación sanguínea) que el usos de ciertas drogas como la mezcalina les serviría para controlar por completo a la gente. Según lo confesó posteriormente a sus interrogadores americanos, uno de los miembros de aquel equipo de investigación de Dachau, Walter Neff, lo que se perseguía era “eliminar la voluntad de cualquiera”” (Mark, 2007: 55)

técnica es una especie de de micro-poder artificial y productivo que no opera de arriba abajo, sino que circula en cada nivel de la sociedad (desde el nivel abstracto del Estado al de la corporalidad). Así por ejemplo ocurre con las técnicas disciplinarias de la sexualidad, pues estas no son un mecanismo represivo, sino estructuras de re-productoras, así como técnicas de deseo y de saber que generan las diferentes posiciones de sujeto de saber-placer. (Preciado, 2002).

Cabe tener presente que durante el siglo XX, periodo en el que se lleva a cabo la materialización del régimen postindustrial, la psicología, la sexología, la endocrinología han establecido su autoridad material transformando los conceptos de psiquismo, de libido, de conciencia, de deseo/placer, de femineidad y masculinidad en realidades tangibles, en sustancias químicas, en moléculas comercializables, en cuerpos, en biotipos humanos, en bienes de intercambio gestionables por la multinacionales farmacéuticas. En este sentido, se puede afirmar que la ciencia ha devenido en la nueva religión de la modernidad, puesto que tiene la capacidad de crear, y no simplemente de describir, la realidad. El éxito de la tecnociencia contemporánea es transformar nuestra depresión en Prozac, nuestra masculinidad en testosterona, nuestra erección en Viagra, nuestra fertilidad/esterilidad en píldora, sin que sea posible saber quien viene antes, si la depresión o el Prozac, si el Viagra o la erección. (Preciado, 2008).

En este marco general, leemos y analizamos los relatos de los jóvenes sobre drogas y consumos. En este sentido, la pregunta por la función instrumental y/o simbólica que adquiere las prácticas de consumo en sus narrativas, puede ser caracterizada como expresión lógica de una racionalidad discursiva que se comporta de forma más o menos consistente. En efecto, desde el discurso que hemos denominado de tipo perverso, las significaciones de los consumos adquieren un valor funcional propia de una subjetiva maquínica, esto es, esencialmente fabricada, modelada, recibida y consumida (Guattari, 2005). Dicho de otro modo, las drogas en tanto artefactos “semiótico – materiales” y sus prácticas de consumo, devienen en maquinas de producción subjetiva tan eficaces como eficientes. Parafraseando la célebre afirmación de William Burroughs “*la droga se impone por defecto*” en torno a la cual mucha tinta

ha corrido especialmente en el mundo psicoanalítico<sup>120</sup>, desde esta posición discursiva resulta perfectamente plausible decirlo de esta otra manera: *“la droga se impone por efecto”*. Si bien es cierto, esta cuestión es válida para todas las sustancias estudiadas, será en torno a la cocaína y en menor medida al MDMA, donde esta significación adquiera mayor potencia. Al respecto los siguientes relatos son elocuentes:

*“Tiene el plus este de que te da ánimos. Por eso te digo, que a mí siempre lo que me ha dado miedo es que es buena, es que es muy buena. Te anima, estás tope bien, la cabeza te funciona súper bien, sabes de qué hablas, sabes que tienes qué hacer... Es que un momento es que eres la polla, colega...” (Albert, 25 años, cocaína)*

*“Yo me acuerdo que me sentó muy bien aquella noche. Era una cosa que nunca había probado, la primera vez que la pruebas, te tiras hablando toda la noche, te sientes bien, no estás borracho en el sentido de que no sabes qué estás haciendo, sino que estás súper despejado.” (Javi, 25 años cocaína)*

*El estado, no sé, te da bienestar. Te da bienestar, vas por ahí, vas con toda la parlanchina, hablas más, no sé, te mueves más para arriba, para abajo, no quiere decir que lo pases a lo mejor mejor, pero sí que... Bueno, sí que te lo pasas mejor en verdad. Vas por ahí charlando con unos con otros, vas ahí con el palique, charlas más, haces no más amigos, pero conoces más gente, a lo mejor, en un momento dado...(Javi II, 20 años; cocaína)*

*Si ya de por sí tengo la virtud o la maldición de no callarme ni debajo del agua, esa vez era como que todo me salía y me salía perfecto. A cualquier persona sabía qué decirle y cómo decírselo. Era como pensar súper rápido. No sé, y me dio como una confianza a la hora de hablar. Que ya ves tú, ya de por sí hablo muchísimo; pero aún así lo notaba en eso, la capacidad a la hora de hablar. Y notarme la felicidad ahí –de cómo cuando vas borracho- pero como firme, como sin caerte al suelo, que vas haciendo esos por ahí. Y entonces me hizo gracia, yo me reía de la situación. En vez de asustarme –que no es para asustarse-, pero en vez de asustarse de que yo no puedo, yo decía: “coño, es genial, así da gusto”. (Oscar, 24 años; cocaína)*

---

<sup>120</sup> Para profundizar en los análisis hechos sobre esta afirmación ver el capítulo I del texto de Giulia Sissa, *El Placer y el Mal. Filosofía de la droga*. Manantial, 1998, Argentina.

*Me aumenta la sensibilidad, me da mucho gusto, disfruto mucho más de la música, mucho más del tacto. Seguramente sí, me desinhibo también, seguramente hablo más, soy más comunicativo y por eso me gusta. (Ferran, 25 años; MDMA)*

*Más difícil es renunciar a ella; y en mi caso, no todo el mundo piensa igual, pero en mi, pero en mi caso, el MDMA es hoy por hoy la droga que yo conozco que más placer me ha dado y que mejor me lo he pasado y entonces tengo una expectativa de éxito en la noche que, que la tengo garantizada cuando me ofrecen y más si estoy borracho, muy, muy difícil decir que no. (Javier, 25 años; MDMA)*

*“¿Qué me gusta? Pues el sabor, el olor, el hacérmelo, el...es todo, es el...como un ritual, tú lo has dicho antes, es, el estar con mis amigas, el ( ) el porrito, que si lo quema, que si te lo hace, y luego cuando lo fuma ya, se te, te acoplas en cualquier lado y ya te quedas allí charlando o lo que sea, más a gustito que...¿sabes? el gusto, o sea la sensación de...de paz. (Marta, 20 años cannabis)”*

*“...es una felicidad...que es al momento ¿sabes? Es decir, es...es esto, es decir, es...bueno, estoy mal, me fumo un porro, quedaré... (jugaré un poco a la consola) y me iré a dormir y más contento que...que un ajo ¿no? Pero claro...” (Rafael, 20 años; cannabis)*

Sin pretender abusar del recurso de la cita, consideramos que ha sido necesario reunir los diferentes relatos sobre las significaciones asignadas a sus consumos en un solo cuerpo seleccionando aquellos relatos que hacen referencia a los efectos experimentados. Sin embargo, dichas significaciones si bien refieren a los efectos valorados positivamente respecto a estos consumos, también nos ofrecen pistas significativas sobre los horizontes de sentido en el cual se inscriben sus prácticas de consumo. Ahora bien, una primera lectura comparativa a partir de la sustancia de referencia, nos permite identificar diferencias significativas entre los distintos relatos. Si retomamos el hilo argumental de este apartado, observaremos que tanto las significaciones hechas en relación a los efectos del consumo de cocaína como las



hechas en relación MDMA se ajustan, en mayor o menor medida, a las características definitorias que caracterizan los usos instrumentales desde esta posición discursiva.

En efecto, cinco imágenes condensan de forma elocuente la significación dominante sobre los efectos valorados positivamente asociados al consumo de drogas: *es que en un momento eres la polla; te sientes bien; te da bienestar; todo me salía y me salía perfecto; es genial, así da gusto!*. Cinco imágenes capaces de condensar la multiplicidad de aspectos que participan y convergen en la significación altamente favorable, por no decir virtuosa, de la cocaína y sus efectos. En este sentido, aún cuando sea desde el anverso de la ley, el discurso sobre los efectos de la cocaína y sus significaciones favorables se caracteriza por ser fuertemente consistente y bastante homogéneo. Pero su eficacia, no solo radica en estas constantes. Si bien se alimenta de éstas, su fuerza o poder performativo, son efectos concomitantes a su “naturaleza” socio-tecnológica que ha adquirido, actuando como un dispositivo complejo de poder y de saber, capaz de integrar los instrumentos y los textos, los discursos y los regímenes del cuerpo, las leyes y las reglas para la maximización de la vida y los placeres del cuerpo: ***Es que en un momento eres la polla...***

Algo similar ocurre con el MDMA, aunque con menor intensidad y amplitud. En efecto, sus narrativas se restringen a la intensificación sensorial, su potenciación socializante y la intensificación de experiencias (auto) placenteras. Aún así, no deja de ser una sustancia cuyo valor instrumental está garantizado. Sin embargo, su producción subjetiva ha sido significativamente codificada, y por tanto, ha devenido en una experiencia fuertemente territorializada. De hecho, sus narrativas también se caracterizan por ser más o menos estables y homogéneas.

Finalmente, existe un tercer tipo de relatos correspondientes a las experiencias y significaciones de los efectos asociados al consumo de cánnabis. En rigor estas narrativas no son representativas (en términos estructurales) del discurso tipo al que hemos denominado perverso. Sin embargo, hemos querido incluirlas en esta secuencia de citas para generar efectos de contraste. De hecho la polifonía y multiplicidad de acciones que emerge en sus narrativas sirven de contrapunto. Sin ir más lejos, la sola

inclusión de la palabra *felicidad* para dar cuenta de la experiencia, nos da claros indicios de la multiplicidad de registros y planos que puede llegar a atravesar las significaciones de los efectos relacionados con su consumo. En rigor, estas narrativas son más bien propias del tercer tipo de discursos, el que ahora analizaremos.

#### 4.- LOS SUBVERSOS: INTERROGAR LA PREGUNTA

Al inicio de este capítulo señalamos que el **discurso subverso** se caracterizaba, entre otros aspectos, por cuestionar o interrogar los fundamentos de la ley. En este sentido, son preguntas a la ley. Como dice Ibáñez “El subversivo, irónico o sádico hace una pregunta a la pregunta: cuestiona la pregunta. Subvertir viene de **sub+verteré** y significa dar una vuelta por debajo de la ley para poner de manifiesto su fundamento” (1993: 125-124). Ahora bien, si el discurso converso se caracterizaba, a su vez, por ir hacia la ley, o dicho de otro modo, por ser convergente con el discurso institucional sobre las drogas, caracterizándose este último, entre otros aspectos, por la unidimensionalidad de sus contenidos y por asociar “ilegalidad y daño”, pues entonces ¿Cómo o de qué modo el discurso subverso es capaz de interrogar o cuestionar los fundamentos de la ley? ¿Cómo o de qué forma es capaz de ir más allá de la ley? ¿Qué significa el desplazamiento más allá de la ley? Intentaremos en este apartado responder, en la medida de lo posible, estas y otras interrogantes que emergen de la lectura y análisis de las narrativas producidas por los jóvenes en relación a las drogas y sus consumos.

El análisis de los relatos de los jóvenes usuarios de drogas, nos indican que los discursos situados en una posición subversiva se caracterizan por producir una narrativa desdramatiza del riesgo y el peligro relacionado con los consumos de drogas y sus consecuencias adversas. Dicha narrativa, fricciona los dictámenes de la ley y puede llegar a producir distintos tipos y grados de inflexión en su fundamento. Discursos subversivos y narrativa de inflexión, se articulan a partir de dos ejes de significación; Un primer eje al que llamaremos **“des-territorialización del riesgo”**, cuya característica principal es que sus argumentos apuntan a “desnaturalizar” el binomio “Drogas/Peligro” o al menos a relativizar su relación intrínseca en tanto fundamento

de la ley. Y un segundo eje, al que llamaremos ***relativización y mediación del riesgo*** caracterizado por relevar el lugar o posición de agente situado –la agencia- que tiene, desde esta perspectiva discursiva, el sujeto consumidor como dimensión instituida e instituyente a la vez. Así mismo, este segundo eje permite relevar también el lugar del grupo de pares como cuestión o dimensión clave en la mediación de los saberes sobre las drogas. De cualquier modo, como veremos a continuación, ambas dimensiones – agencia del sujeto del enunciado y el rol mediador del grupo de pares- se encuentran fuertemente relacionadas entre sí.

#### **4.1.- Narrativas Desdramatizadas Del Riesgo/Peligro**

Tal como ha sido señalado, la característica principal de estas narrativas viene dada por la intención de “desnaturalizar” el binomio “drogas/peligro”. O quizás al menos, intentar relativizar los supuestos a partir de los cuales se sostiene la relación intrínseca “drogas/peligro” como fundamento último de la ley. Para ello, se recurrirá a diferentes estrategias retóricas y discursivas, pero sobre todo, se recurrirá al saber de la experiencia como fundamento último opuesto al conocimiento experto. Entre las estrategias retórico-discursivas destaca, una que llamaremos ***“des-territorialización del riesgo”*** pues es precisamente el proceso de des-territorialización lo que se constituye como eje de significación. Mediante esta estrategia se intenta revertir la significación hegemónica que signa el lenguaje de los riesgos en el campo de las drogas. En esa perspectiva, se intenta complejizar el habla, la lengua dominante anclada en anatemas reduccionistas mediante los cuales se traza una geografía dual y dicotómica del mundo drogas dividida entre “lo bueno/lo malo”, “lo prescrito/ lo proscrito”, o “drogas si / drogas no”. Complejizar y abrir a la vez nuevas posibilidades para su significación.

Con este propósito, desde esta variante discursiva se intentará desestabilizar el discurso sobre la droga poniendo en entredicho la “función referencial” del riesgo/peligro. En esa dirección, los discursos de tipo “subverso”, y particularmente aquellos correspondientes a esta variante, cuestionan la validez (y no necesariamente su veracidad) de aquellos discursos sobre las drogas que ponen especial énfasis en sus

riesgos/peligros, como si éstas últimas fuesen características “exclusivas” y definitorias del problema de las drogas. Este cuestionamiento a la validez de este tipo de discurso, no significa que los jóvenes desconozcan o nieguen la existencia de riesgos asociados a sus consumos. De hecho, salvo algunas excepciones, casi la totalidad de los jóvenes entrevistados, así lo reconoce. En este sentido, lo que más bien se está cuestionando, son los modos dominantes de abordar y significar la problemática de los riesgos como si se tratase de una cuestión “restringida” al consumo de drogas (territorializada). A esta visión restringida, los jóvenes contraponen un discurso sobre los riesgos que se propone ampliar su problemática, proponiendo una topografía amplia, diversa y múltiple de los riesgos. Al respecto los siguientes relatos resultan elocuentes:

*“Aparte es súper hipócrita, claro que tiene sus riesgos, pero como todo, ¿que no tiene riesgos? Sabes, ¿no tiene riesgos ir con el coche? Pero es que no todo eso es malo, claro que es malo sabes, claro que si tu coges y te comes dos kilos de langostinos también va a ser malo ¿no? pues coño, explícale los riesgos que tiene, que la gente se informe y cuando esté informada que decida, sabes.”*  
(Rodo, 26 años; cannabis)

*“...Y a raíz de esto él tuvo varios brotes sicóticos y al final ya le han diagnosticado una esquizofrenia bipolar. Y este chico lo atribuye bastante a las drogas; yo no sé hasta qué punto es cosa de las drogas, o que él ya era proclive a desarrollar esta enfermedad o la tenía latente, no sé. A lo mejor sí que le ha influenciado para esto. Bueno, éste también es uno de los riesgos también psicológicos que se le pueden atribuir a las drogas. **Pero, bueno todo tiene sus riesgos.**”* (Ferran, 25 años, MDMA)

Tal como se señala en relatos citados, la problemática de riesgo, constituye un fenómeno social que **desbordaría el campo específico de las drogas**, al menos por dos razones. En primer lugar, porque constituye una problemática que está vinculada, ya sea real o potencialmente, a otros ámbitos de la actividad humana, como el transporte o la alimentación, entre otras esferas. En segundo lugar, porque los daños

experimentados como consecuencia de una determinada práctica, plantean una complejidad explicativa que difícilmente puede ser resuelta mediante el aislamiento de “uno” de los factores intervinientes como factor determinante. Ambas cuestiones tienden a **des-territorializar del riesgo**, ya sea ampliando su horizonte problemático, o ya sea, poniendo en cuestión la equivalencia inequívoca riesgo/daño.

Sin embargo, desde una lectura de segundo orden, los relatos arriba citados, plantean una cuestión extremadamente compleja que dada sus implicancias prácticas amerita al menos ser puntualizada. Tanto el uno (“*pero como todo, ¿que no tiene riesgos?*”) como el otro (“*Pero, bueno todo tiene sus riesgos*”) recurren a una narrativa de los riesgos a través de la cual se deja entrever una suerte de doble “naturaleza” del riesgo. En efecto, en primera instancia, ambos confluyen a la hora de significar los riesgos como si se tratase de una condición intrínseca a toda práctica social en la vida moderna. En este sentido, pareciera ser que “el riesgo” deviene en una categoría universal (omnipresente), en tanto todo tiene riesgo. En este sentido, *en una primera instancia*, pareciera ser que este tipo de narrativas en su propósito de desestabilizar o desactivar el vínculo “intrínseco” que se establece mediante el binomio “drogas-peligro”, mediante su cuestionamiento en tanto especificidad, haya derivado en una suerte de universalización del riesgo. Más aún, parece ser que en ese intento, y como consecuencia del cuestionamiento de su especificidad, se haya derivado en una suerte de ubicuidad del riesgo y al mismo tiempo, en una suerte de “naturalización” del mismo, en tanto éstos serían un atributo intrínseco del orden de las cosas, orden que funcionaría mediante la siguiente fórmula: **después de todo...todo tiene sus riesgos...todo es un riesgo.**

Ahora bien, hay una segunda lectura que nos parece más apropiada y sobre la cual se funda la segunda variante discursiva que vamos a tratar en este apartado. Al respecto la siguiente cita es elocuente.

*“Yo creo que ningún tipo de consumo tiene riesgo, lo que tiene riesgo es no saber qué estás haciendo. Es como conducir: ¿conducir es un riesgo? No. Conduces, pero a 30 Km. por hora o a 50, vas por dónde toca, y no es ningún*

*riesgo. Ahora, conducir por una autovía a 200 Km. por hora, saltándotelo todo ¿es un riesgo? Ah, y además sin tener el carné, porque no te lo has sacado. Eso sí que es un riesgo. Por tanto, consumir coca o consumir speed ¿es un riesgo? Sí, primero, porque siempre te pueden timar y siempre te lo pueden cortar. Hay la leyenda esta de que te lo cortan con matarratas, que es mentira. Obviamente a ningún camello le interesa cortarlo con matarratas, a no ser que te quiera matar porque te tiene manía. Pero, me quiero cargar éste... Pero no lo esconderá si el tío te ha metido matarratas, pero yo creo que hay mucho mito: “es que sin consumes te puedes morir, te puede pillar una apoplejía del cerebro...”. Y es verdad, te puede pillar una apoplejía, pero es que para pillarte una apoplejía te tienes que haber metido un gramo tú solito, cariño. No te pillas eso por una raya. Es que a la gente se le imbuye mucho la cultura del medio: “es que esto...”. No, si comes mucha arroz, y cada día comes arroz, aparte de una anemia seguramente te provocará un restriñimiento que cogerás un cólico. Y estás comiendo una cosa que va bien para el cuerpo, que es arroz. Pero, todo tiene una medida. Y ¡también es de color blanco! Pero, quiero decir que lo que tiene riesgo es el desconocimiento de aquello que se hace. Y creo que la clave está aquí, en saber, primero, en comprobarlo. Es que, definitivamente, es lo que decíamos: tiene que haber información sí, pero también tiene que haber experiencia.” (Albert, 25 años; cocaína)*

Este relato, al igual que los otros anteriores, nos indica algunas cuestiones que serán clave para desarrollar esta segunda variante discursiva a la que llamaremos **relativización y mediación del riesgo**. En efecto, lo que nos plantea esta segunda lectura, es que más allá de la ubicuidad o universalización del riesgo, y de su aparente naturalización, lo que se está poniendo en juego a través de estas narrativas, es la función constituyente que adquiere la “agencia” humana en la problemática del riesgo. Dicho de otro modo, si bien el riesgo existe en el orden de las cosas, en tanto es un atributo de la materialidad de las cosas, este solo adquiere sentido y existencia en tanto deviene en prácticas sociales inmersas en unos marcos culturales históricamente determinados. Al respecto el relato de Albert nos parece que es claro cuando señala “Es como conducir: ¿conducir es un riesgo? No. Conduces, pero a 30 Km. por hora o a

*50, vas por dónde toca, y no es ningún riesgo. Ahora, conducir por una autovía a 200 Km. por hora, saltándotelo todo ¿es un riesgo? Ah, y además sin tener el carné, porque no te lo has sacado. Eso sí que es un riesgo”*. Resulta extremadamente relevante observar como desde las propias narrativas de los jóvenes, se está interpelando la significación dominante que adquieren los riesgos en los discursos dominantes sobre las drogas. En este sentido, una segunda lectura de las narrativas, nos indica que la naturaleza del riesgo está siendo pensada desde una lógica más próxima a ciertos planteamientos derivados del constructivismo social, a diferencia de las otras posiciones discursivas, como las conversas, desde las cuales se pensaba los riesgos desde unas matrices más próximas a los paradigmas positivistas de corte funcionalistas.

Son innumerables los relatos que confluyen en este tipo de narrativas, aportando una sólida base empírica que nos permite señalar que en su conjunto constituyen un tipo de discurso emergente que se visualiza como tendiente a constituirse en un discurso mayoritario entre los jóvenes usuarios de drogas. Así mismo, se advierte que sus estrategias discursivas gravitan en función de dos ejes fundamentales. Por un lado, en torno a un eje que pone énfasis en relativizar la cuestión de los riesgos y los daños, y por otro lado, en torno a un eje que pone énfasis en el conjunto de agencias y agentes que participan en la medicación de los riesgos y daños asociados a consumos de drogas. Recordemos el relato de Rodo cuando señala lo siguiente: *“Pero es que no todo eso es malo, claro que es malo sabes, claro que si tu coges y te comes dos kilos de langostinos también va a ser malo ¿no?”*. Narrativas cuyos discursos lo que intentan es relevar la validez, legitimidad y veracidad de un discurso que es capaz de matizar la relación “drogas/peligro”. Albert es muy elocuente sobre este punto: *“es que sin consumes te puedes morir, te puede pillar una apoplejía del cerebro...”*. Y es verdad, *te puede pillar una apoplejía, pero es que para pillarte una apoplejía te tienes que haber metido un gramo tú solito, cariño. No te pilla eso por una raya. Es que a la gente se le imbuje mucho la cultura del medio: “es que esto...”*

Ciertamente, no existe consenso entre los diferentes discursos que relativizan la relación “drogas/peligro” en torno a sus argumentos, en este sentido, se observa una gran heterogeneidad.

*“Eh...a ver, que no...no sé, es que...es complicado, supongo con las drogas, como con todo ¿no? Que no se puede abusar de nada, y más esto que te perjudica. Mmm...no sé; así riesgos...es que pueden haber muchos tipos de riesgos, si te llegas a enganchar, supongo que también económicos, laborales, amistades...familiares...” (Montse, 23 años; MDMA)*

Sin embargo, tal como veremos más adelante, estos muestran ciertas recurrencias. La frecuencia de consumo, la intensidad, los contextos de uso, el tipo y calidad de las sustancias, el propósito y sentido asignado al consumo, las características propias de los usuarios, son algunos de los tópicos más recurrentes utilizados para relativizar los riesgos asociados al consumo de drogas. Pero pese a la diversidad de argumentos, y a la falta de consenso que existe entre ellos, lo que aquí nos interesa relevar es la fuerte confluencia de los discursos en un tipo de narrativas que pone especial énfasis en el valor atribuido al *agenciamiento* de los usuarios en tanto sujetos de sus prácticas. Al respecto:

*“...y adecuado a cada persona, porque cada persona es totalmente diferente, una persona se puede fumar 8 porros y... no le pasa nada y otra persona se fuma 2 y le da un amarillo. Yo pienso que eso, o sea, las drogas han destruido mi vida, yo nunca pienso que vaya a decir eso, no...Es uno, no es... no es la gente... ni e...s; que tú puedes hacer...o sea yo pienso que tú puedes hacer tu vida a la vez que te drogas ¿no? o sea, no a la vez, sino en tiempos diferentes, pero puedes hacerlo, perfectamente.” (Marta, 20 años; Cannabis)*

A diferencia, de la posición discursiva de tipo perverso, aquí el sujeto no se plantea como un sujeto de facto soberano, o sujeto trascendente, sino más bien se plantea como un lugar vulnerable, frágil, como siendo parte de un proceso atravesado por una



serie de contradicciones, de idas y venidas. En este sentido, la imagen del consumo responsable puede ser de utilidad en tanto significa una interpelación y por ende moviliza:

*“Yo pienso que...si se hace un consumo responsable, se puede, se puede uno drogar perfectamente, lo que no es, es, para mí, una persona que dice no, es que las drogas me han destrozado la vida; no, yo pienso que no, sinceramente pienso que... la droga no te, no te destruye, eres tú mismo el que te destruyes, o sea, si sabes que te sienta mal una cosa, no la tomes; ahora si te sienta bien, y sabes perfectamente cuando lo puedes hacer, cuando no lo puedes hacer, cuando te viene mejor y cuando te viene peor, pues, un consumo, eso, responsable.” Marta, 20 años; Cannabis)*

Sin embargo, se plantea como un lugar tanto problemático como problematizable: El consumo responsable tendría que ver más con un devenir sujeto, y menos con una condición de facto.

*“Entonces por eso sí...intento, cuando, sobre todo en la época de exámenes, lo menos posible, lo menos posible para aprovechar el tiempo, porque para perder el tiempo en la mesa y perder el tiempo por haberme fumado dos porros antes, pues...no tiene sentido.”(Marta, 20 años; Cannabis)*

Frente a los discursos que relevan la imagen de las drogas como una cuestión asociada al miedo, estas narrativas emergentes proponen la imagen del respeto que las drogas merecen para ellos mismos. La diferencia entre una y otra imagen, es que la segunda les interpela en tanto sujetos. La otra, los inmoviliza, los anula.

*“Yo con las drogas siempre tuve mucho respeto, sabes, porque ya desde el principio sabía que eran muy adictivas eran pena sin diente por ahí y siempre me, si que las he probado y eso pero yo nunca he sido por ejemplo, de ir de pillarme un gramo y metérmelo yo solo, nunca me metí, la peor raya nunca me metí ninguna solo, sabes...” (Rodo, 26 años, cannabis)*

La imagen de respeto, los moviliza subjetivamente a reflexionar continuamente sobre su lugar como agentes en las tramas complejas de las prácticas del consumo de drogas.

*Lo malo de las drogas es que la gente se empieza a drogar, se empieza a drogar y lo que no se dan cuenta es que la droga es como algo más que para yo que sé, si te vas de fiesta la fiesta no es la droga, la droga es un aliciente de la fiesta, sabes. Y mucha gente lo que confunde es eso, sabes, que ya no sale de fiesta, sale a drogarse y luego cuando va drogado, pues va de fiesta, sabes. Yo siempre me lo he tomado, intento tomarlo así sabes...” (Rodo, 26 años, cannabis)*

La coherencia entre estas narrativas y cierta matriz constructivista, se da también en el plano de cierto énfasis que adquiere en las narrativas de los jóvenes el dominio cognitivo como un componente clave en el lugar de la agencia. En esta perspectiva adquiere gran relevancia la “información” de la cual se dispone sobre las drogas. Obviamente, no se trata de cualquier información, sino una información que sea coherente con la posición discursiva en su conjunto.

*“Eso me parece súper hipócrita verdaderamente, porque a mi, lo que hacen los anuncios esos es darme ganas de drogarme mas, sabes, no me quitan las ganas de drogarme. O sea es como, no se están negando algo, pero no dejan de hablar de ello sabes lo que te quiero decir, o sea, están haciendo una especie de promoción de las drogas, sabes.*

*Porque ves dibujitos ahí no, sabes, y las chorradas que si bebes no se que, no se cuanto sabes o no fumes cannabis porque vas a quedar tonto, sabes, o sea por qué te ponen cosas negativas que yo realmente ya se, sabes, ponme cosas que no se, sabes” (Rodo, 26 años, cannabis)*

Dicho de otro modo, desde esta perspectiva, se valora como una cuestión clave disponer de una información veraz y útil sobre las drogas y sus riesgos asociados, pues se parte del supuesto que a mayor información relevante y adecuada a sus necesidades, se fortalecerá aun más su proceso de agenciamiento como usuarios.

*“Yo creo que la gente no es tonta sabes, y creo que las personas pueden decidir por ellas mismas lo que hacer, igual que con estas cosas, con otras. Yo les daría la información que hay, y que ellos decidieran sabes, y algo mas objetivo sabes, algo no tan no porque no, porque es malo y porque lo digo yo ...” (Rodo, 26 años, cannabis)*

*“Pues yo creo que sí, yo creo que sí. Porqué además he visto ahora por ahí una campaña que me moló la verdad. No sé si la habrás visto: es un tríptico, que es como se le llama a la cocaína y tal, y no sé qué, y como que no informa de qué mala es, de no sé qué y qué tal y cual, sino que te dice lo que te hace realmente y tal, y si la consumes, cómo debes consumirla para evitar problemas. ¿Sabes lo que te digo? Y entonces esa campaña la vi por ahí, y me llamó un montón la atención y me gustó. Está bien, porqué es una cosa que no puedes evitar. Que no puedes evitar en la sociedad, igual que fumar porros o lo que sea. Que está ahí, que está ahí y que hay que concienciarse, que por muchas cosas que saquen en televisión, que no me gustan nada las campañas que salen en televisión, no va a... No sé, las veo demasiado...” (Javi, 20 años; cocaína)*

Sin embargo, una vez más en concordancia con los enfoques constructivistas, las narrativas emergentes desde estas posición discursiva, nos señalan que considerar solo la dimensión cognitiva, simplifica la propia construcción de la realidad, ya que se estaría excluyendo de la misma, otros aspectos relevantes tales como los afectivos y los vivenciales, con los que accedemos a la realidad experimentándola, y la experiencia más que conocida, se nos hace vivida y sentida. Es en torno a este punto cuando emerge la cuestión complementaria a la relatividad del riesgo, que tal como hemos señalado anteriormente, refiere a la **mediación de los riesgos**. Al respecto Albert es elocuente: **“Es que, definitivamente, es lo que decíamos: tiene que haber información sí, pero también tiene que haber experiencia”**. En efecto, las narrativas sobre las drogas y sus consumos de tipo subverso se caracterizan por significar como lugar instituyente de sus experiencias lo que podríamos llamar “saberes subalternos”. En

efecto, si estos discursos se caracterizan por cuestionar la ley para ir más allá de sus efectos, requieren organizar redes alternativas de saber o conocimiento. En este marco, se ha podido constatar que principalmente son los grupos de pares los agentes mediadores por excelencia, constituyéndose éstos en los referentes clave para los diversos aspectos relacionados con las practicas de consumo y sus riesgos asociados.

*“Sí, hombre, más o menos siempre estás pendiente. Aunque no consumas. Es que estás siempre pendiente, es que ¡coño!, estamos todos juntos, no sé qué. Estás pendiente de que si alguien está un poco rallado o lo que sea. Estás pendiente. Y si vas a lo mejor, vas un poquito menos pendiente si te digo la verdad, si vas colocado. Pero también es verdad que cuando te das cuenta de que algo falla, de que ves alguien mal, sí que vas y dices: “quillo, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?” Y cuando alguien le ha dado cualquier rollo o lo que sea, pues hemos estado con él o muchas veces a lo mejor dormimos en el salón si hemos tomado dos o tres o no sé cuántos, dormimos en el salón, nos llevamos un colchón, por estar juntos, por no estar solos de rallarnos en el cuarto, yo qué sé...” (Javi, 20 años; cocaína)*

*“Sí, bueno, cuando tuve lo de ansiedad me lo, muchos me lo dijeron, oye ahora, para cuidado con los porros porque...te puede, puedes tener algún problema, y yo bueno, les hice caso, sí. Pero aparte que lo tenía claro, es decir, me...me hizo bien que me lo dijese, que me lo dijese, pero estaba...concienciado; y...bueno sí, alguna vez sí, pero...como....como mis amigos saben que...es decir, mis amigos tienen una concepción de mí que soy una persona muy responsable y con mucha capacidad de autocontrol y de...y de decir basta ¿sabes? Entonces no se preocupan tanto porque saben que si yo un día digo basta, diré basta y se acabará, que siempre lo he hecho, y no tiene, no tiene porqué no volver así, entonces en general no se preocupan mucho por...” (Rafael, 20 años; cannabis)*

En esta perspectiva, los grupos de pares constituyen una red de contención clave para aquellos jóvenes que en algún momento han experimentado alguna situación

complicada relacionada con sus consumos de drogas. De hecho, los grupos de pares son una suerte de dispositivo clave que permite monitorear la dimensión problemática que puede estar adquiriendo una determinada pauta de consumo. En este sentido, el análisis de narrativas emergentes revela cierta demanda desde los propios jóvenes a que se preste mayor atención a sus necesidades grupales, de modo tal que ellos mismos puedan y sepan cómo reaccionar ante situaciones adversas relacionadas con sus consumos.

*“No se, pues lo cogemos y lo llevaremos al hospital, esperemos que no, hombre, yo con los amigos que voy ahora, estamos todos bastantes medianamente sencillos sabes, comparado con antes sabes, pero que también quedamos, es que no se...Pero es que también el otro día tuve también un problema con un colega que sabes, también le dio como una especie de explote, no sé, que haces, pues flipar, de primera flipar y luego ya pues si, intentar hablar con él, y eso sabes. Pero a veces cuando tienes que hablar algo así, procura que no esté ciego ni nada, sabes, pero si el colega está ciego siempre pues es súper complicado” (Rodo, 26 años, cannabis)*

## II. CARTOGRAFIA DEL CONSUMO: CONTROL DE SÍ Y SUBJETIVACION

### 1.- LA CARTOGRAFÍA

No cabe duda que las trayectorias de vida de los jóvenes y sus experiencias de consumo son tan variadas y múltiples como lo son sus propias biografías. Sin embargo, no deja de ser cierto que desde una perspectiva analítica se pueden reconocer ciertas constantes estructurales que de forma transversal se harán presente en sus texto/discursos y en sus narrativas específicas. Estas constantes constituyen lo que suele llamarse la *serie de tópicos discursivos*, y en tanto tales, permiten caracterizar el discurso sobre las trayectorias de consumo. Trazan una topografía discursiva que puede ser pensada y analizada metafóricamente como si se tratase de una cartografía del consumo. En este sentido, una cartografía del consumo se erige virtualmente como un artefacto, un instrumento capaz de ser sensible a los movimientos o desplazamientos que se suceden en el marco de las coordenadas tempo-espaciales (trayectorias) entre las cuales transcurre la vida de los jóvenes. Al mismo tiempo, es sensible también, a los procesos subjetivación que se irán desencadenado en el curso de éstas trayectorias.

Bajo esta perspectiva, hemos elaborado una primera aproximación cartográfica que nos permite identificar y describir los principales lugares/momentos, así como los procesos de subjetivación que se producen en éstos. El cuadro que viene a continuación sintetiza estos dos aspectos lo que en su conjunto constituyen la cartografía del consumo.

Tabla Nº 1 Cartografía de los consumos

CARTOGRAFIA TRAYECTORIAS DE CONSUMO	
Lugares o momentos	Narrativas
<b>Un primer momento</b> al que hemos denominado <b>momento de experimentación</b> que marca el inicio del consumo de drogas en general, así como el consumo de nuevas drogas en	"Con 14 años le pegué mis primeras caladas a un porro. Con mi hermano mayor, que mi hermano mayor es ( )

<p>particular. Aunque no de forma exclusiva, en el primer caso referirá principalmente al consumo de sustancias tales como alcohol, tabaco y cánnabis. En el segundo caso generalmente referirá al consumo experimental de nuevas drogas tales como cocaína y/o éxtasis. Acontece por lo general en la primera adolescencia (13-15 años), aunque cuando se trata del inicio de nuevas sustancias (segundo caso) se presenta hacia el término de la adolescencia (15-18 años). En términos de sus contextos materiales, este momento en las trayectorias se caracteriza por una presencia significativa del grupo de pares y por la utilización de espacios o lugares que normalmente y cotidianamente son usados por los adolescentes (casas, locales, institutos, calles, parques, plazas, etc.). En términos de sus contextos simbólicos, este momento se encuentra relacionado con momentos de transiciones vitales, principalmente relacionadas con procesos socioeducativos (inicio de la ESO o ingreso a la educación técnico superior) y de orden sociolaboral (incorporación temprana al trabajo). En términos de su patrón de uso, este varía de acuerdo al tipo de sustancia. Así por ejemplo si se trata de alcohol, las narrativas apuntan a señalar que este es consumido mas bien esporádicamente, aunque intensivamente y en altas dosis. En el caso del consumo de otras drogas, este momento se caracteriza por un consumo esporádico y en bajas dosis. En cuanto a su duración, se trata de un momento más bien breve a partir de cual rápidamente le sucederán nuevos momentos que caracterizan la nueva posición que habría adquirido el usuario al interior de su propia trama de consumo.</p>	<p>fuma todos los días, y...no fue una mala experiencia, la verdad [ruidos]. Y no...o sea, es una cosa que me gusta mucho, la verdad, me relaja, me...hace reír, me....no sé, con 14 años, la primera, las primeras caladas y ya con 15 pues...los fines de semana...eh...alguno que cayera durante la semana...ya llegan los 16 igual, los 17 igual, los 18 igual, ya llegaron los 18 y ya los 18 ya era a diario, como ahora.” (Marta, 20 años; cannabis)</p> <p>“A ver, creo que mi primer porro me lo fumé... no sé, cuando tenía 14 o 15 años, pero hombre, no es que me fumé el porro y empecé a fumar porro, sabes?, es la tontería de probarlo y eso, sabes?. Pero así en serio, yo qué sé, más a diario... creo que a partir de los diecisiete o dieciocho.</p> <p>Y las otras drogas a partir de los dieciocho”. (Rodo, 26 años; cannabis, cocaína, speed)</p> <p>“Bueno, pues empezamos a tomar hachís un poquito después. Un poquito después, no sé, al tiempo de empezar a beber alcohol empezamos a consumir hachís. Y luego lo que es la cocaína así la probé hace bastante tiempo en verdad, hará unos dos años o incluso tres; pero a consumir así más habitualmente y tal el año pasado.” (Javi, 20 años; cocaína)</p>
<p><b>Un segundo momento</b> al que hemos denominado <b>momento asimilación y acomodación</b> caracterizado por la integración del consumo de drogas a las pautas de comportamiento más o</p>	<p>“...sí, si también porque ya te digo ha sido esta primavera cuando ya he empezado más bien a pillar yo y a....</p>

<p>menos habituales de los jóvenes. Se trata de un momento de duración variable durante el cual los jóvenes realizan arreglos diversos, tanto en sus pautas de comportamiento y hábitos (por ejemplo cambio en los gustos asociados al divertimento), así como también en sus entornos próximos (por ejemplo alquiler de locales) con el propósito de generar condiciones optimas para la incorporación de las practicas de consumo intentando evitar que esta nueva experiencia pueda significar cambios radicales en las pautas de vida cotidiana. Así también, este será un momento en el que tras una serie de ensayos y errores se logrará la identificación y reconocimiento social de ciertos atributos positivos asociados a las diferentes sustancias y a sus consumos. En este sentido, será un momento fundamental para reconocer el valor de uso y la función social de cada una de las sustancias, al interior de los grupos o culturas de referencia (por ejemplo el alcohol como un desinhibidor social). En términos del patrón de consumo predominante, este se caracteriza tanto por una tendencia a la apertura y ampliación de la experimentación de nuevas sustancias como de la intensificación de ciertas prácticas de consumo.</p>	<p>entonces pues si no había pues no pasaba nada, entonces había épocas en las que no fumaba nada, por ejemplo época de hierba pues si porque se pillaba mas tienen más los amigos, se pillaba más, todo mundo tiene pero luego en verano o en otra época a pues no hay y me daba igual y no pillaba y no se fumaba.” (María, 22 años; cannabis)</p> <p>“Pero si empiezas “si no hay yo no salgo, ¡qué coñazo!”. O que estés pasando toda la noche buscando. Que por ejemplo eso nos pasó una vez que estuvimos toda la noche buscando y eso te amarga toda la noche. Cuando te pasan cosas de esas tienes que cambiar un poco el chip y centrarte un poco.” (Javi, 25 años, cocaína)</p>
<p><b>Un tercer momento de desajuste</b> caracterizado por la intensificación de los consumos de sustancias y por la emergencia de cambios significativos en los comportamientos sociales relacionados con las prácticas de ocio. Se vive por lo general en las primeras etapas de la juventud o posteriormente a la adolescencia. Se trata de un periodo muy significativo, ya que puede marcar y definir de forma rotunda el sentido y el lugar asignado al consumo de drogas en la vida de los jóvenes. Efectivamente, este tercer momento de <b>desajuste</b> se caracteriza por ser un punto clave en las trayectorias de consumo, ya que implica por un lado, el despliegue de una amplia variedad de recursos individuales y/o colectivos a través de los cuales se pondrán en juego las capacidades de los propios jóvenes para gestionar sus propios consumos de drogas en el marco de un uso no problemático y por otro lado, existe una alta probabilidad de que los jóvenes sean objeto de acciones que a modo respuestas</p>	<p>“Y en este sentido siempre he pensado un poco lo mismo, pero ahora desde que...entré en Barcelona, supongo que...como los nervios han aumentado mucho y todo, yo creo que fumo un poco más, y empecé a fumar cada fin de semana e incluso ahora...entre días de...cada día y tal, también.” (Rafael, 19 años; cannabis)</p> <p>“Y, además, hubo un verano que aún iba con aquella gente de cuando hacía letras puras, y hubo un verano que fuimos –lo típico- a festivales de música de verano, y porros, y porros, y porros, y porros... y</p>



<p>institucionales, intentarán ejercer el debido control social sobre sus prácticas de consumo. En términos de sus contextos materiales, este momento se caracteriza por encontrarse íntimamente relacionado con la emergencia y/o consolidación de la cultura juvenil de ocio festivo y por tanto se vive en espacios de baile y fiesta. En términos simbólicos, se trata de un momento singular en las trayectorias de consumo significado por los propios jóvenes como uno de los momentos de máxima “locura” o “desfase” siendo ambos parte de cierto vitalismo que caracteriza la celebración ritualizada de la fiesta. En términos de los patrones de consumo, es el momento en que éste pasa a ser parte integral del estilo de vida<sup>121</sup> del joven o bien esta muy próximo a serlo. Si bien, aún se mantienen ciertos niveles de control y de funcionamiento social, también es cierto que ambos aspectos (control y funcionamiento) se encuentran sometidos a una tensión permanente e incluso es muy probable que se desencadenen procesos o puntos de quiebre. En cuanto al patrón de consumo, predomina el poli-consumo y el uso múltiple de sustancias, siendo frecuente las mezclas de sustancias con el propósito de prolongar y/o potenciar los efectos buscados. Finalmente, si bien los contextos materiales y simbólicos se encuentran fuertemente relacionados con espacios de ocio y fiesta éstos también pueden transitar hacia el encierro y aislamiento social.</p>	<p>desquiciadamente porros, hasta que un colega me dijo: “prueba esto” y me puso una raya de coca delante.”  (Albert, 25 años; cocaína)</p>
<p>Identificamos un cuarto <b>momento de estabilización</b> que está fundamentalmente asociado al despliegue de un proceso de reorganización y/o replanteamiento total o parcial, permanente o transitorio de las pautas de uso de drogas y sus sentidos asociados. Generalmente la estabilización emerge como efecto o como consecuencia del momento de desajuste, aunque en rigor no depende exclusivamente de éste. Se trata por lo general de un momento resolutivo en el que se marcan pautas de consumo que probablemente perdurarán</p>	<p>“Y esto se acabó, porque llegó un punto en que era insostenible, el ritmo este psicotrópico de estar todo el día colocado, no me enteraba de nada, no servía para nada, los estudios no iban bien, si tenía algún trabajo, obviamente tampoco iba bien. También llega un momento en que dices: “oye tío, o estamos todo el</p>

<sup>121</sup> Aunque no recurriremos en demasía a este concepto a lo largo de nuestro análisis, cuando lo hagamos nos referiremos a los estilos de vida como *“un concepto que se refiere a los hábitos adquiridos (de forma consciente o inconsciente) por los sujetos de un grupo social, a partir de sus condiciones materiales e ideológicas de existencia, teniendo en cuenta sus intereses y aspiraciones culturales”* (Romaní et al, 2010: 22).

<p>-al menos así se desea – un largo tiempo. En comparación con los otros momentos, aquí el patrón de consumo se caracteriza por el ejercicio deliberado de la selectividad de sustancias y de lugares o contextos de uso. En efecto, en esta fase de estabilización los jóvenes por lo general han logrado construir un conocimiento empírico y significativo sobre las sustancias y sus efectos (deseados y no deseados) y en ese marco han logrado redefinir sus gustos y/o preferencias, así como ajustar sus expectativas. En este sentido el momento de estabilización refuerza el mapa de las culturas juveniles (pre)existentes. En efecto, la cristalización de cierto patrón de consumo en el que se destaca la estabilización “drogas -contextos” permite regenerar el trazado social y cultural sobre el que se han instituido las diversas geografías juveniles. La cristalización de un patrón de consumo más o menos estable no solo refiere a la selectividad observada a nivel de la relación drogas-contextos, sino que también se hace extensiva a otros aspectos como por ejemplo, dosis, vías y mezclas.</p>	<p>día colgado o hacemos algo”. (Albert, 25 años, cocaína)</p> <p>“Pues...como hace...hará tres meses por ahí, tuvimos una rachilla de irnos de fiesta todos los fines de semana, durante no sé cuánto, dos meses o así, todos, todos los fines de semana; pero por ejemplo, ahora mismo, en época de examen, por ejemplo no me voy de fiesta, o si me voy es una...una que haya, porque ...o quiera ir porque vaya alguien que quiera ver, pero no...y antes, en época de exámenes, ya bastante antes me empiezo a tranquilizar, de salir...pero sí que hay rachas que a lo mejor que más, y rachas que menos...” (Carola, 19 años; MDMA)</p>
<p>Por último, indisolublemente ligado al momento anterior hemos identificado un <b>momento de resolución</b> caracterizado por la cristalización de un patrón de uso que será predominante, entorno al cual los jóvenes construirán sus identidades o identificaciones como usuarios o usuarias de drogas. Ciertamente, se trata de un patrón dinámico en el tiempo, entorno al cual se articulan y alternan periodos de mayor o menor intensidad de usos de drogas, pudiendo variar tanto los contextos de consumo como el tipo de drogas preferentemente consumida. Conforme al tipo de uso predominante la resolución puede tomar rumbos diferentes, siendo los más característicos los siguientes: <i>Uso situacional</i> en el cual se usan drogas para conseguir efectos determinados en situaciones concretas (por ejemplo para aumentar la energía o para mejorar el rendimiento sexual); <i>Uso intensivo</i> en el cual el uso de drogas pasa a ser parte integral del estilo de vida; <i>Uso problemático</i> en el que la vida de los y las jóvenes usuarias pasa a ser totalmente centrada en la obtención y uso de</p>	<p>¿En la facultad? Bueno, ya allí, la gente pues sí, fuma más que en el colegio, ya te encuentras gente más mayor, también más pequeña, pero...sobre todo más mayor, que ya...consumen todos los días, que ya...y que no ven un problema en ello, la verdad, que yo tampoco lo veo; y entonces pues, un placer, se hacen ellos primero el porro, tú te haces el tuyo, rula...y ya pues, el primero de, los de por la mañana son... en la facultad.” (Marta, 20 años; cannabis)</p> <p>Yo, desde luego, después de unos años consumiendo he decidido no consumir tanto, y a veces ya ni consumo como consumía. Yo creo</p>

drogas.	que estuve metida y sigo alrededor de esa gente, y sigo viendo quién llegó a la barbaridad y yo, por ej., me retiro.” (Lucía, 22 años; MDMA, cannabis)
<b>Procesos subjetivos</b>	
<p><b>El control de sí:</b> Prácticamente en toda trayectoria de consumo, el tópico del control se constituye en un dispositivo de producción de la subjetividad. En efecto, los diferentes posicionamientos subjetivos que los jóvenes realizan entorno sus propios consumos o sobre el de otros dependen de la percepción de las capacidades propias o ajenas para gestionar adecuadamente el control del consumo de drogas. Pareciera ser que se tratará de una ecuación simple que indica que a mayor control, mayor valoración social y personal tiene el usuario. De hecho no se debe olvidar que no solo desde el imaginario social dominante, sino que también desde el discurso especializado, el tópico del control de sí, marcará el límite, el borde, entre lo normal y lo patológico. De cualquier forma, los relatos convergen a lo hora de señalar que el control de sí se va adquiriendo progresivamente conforme se adquiere mas experiencia, es decir un mayor saber sobre las drogas. En este sentido, el control estaría intrínsecamente ligado a la <i>experiencia</i> adquirida en el seno mismo de las culturas de las drogas. O dicho de otro modo, la experiencia se adquiere a lo largo de la historia del consumo. En general se observa una dignificación de los relatos que versan sobre el control. Dignificación que opera en dos sentidos. Por un lado señalando que este control ha seguido un desarrollo progresivo en el tiempo. Es decir que las historias de consumo generalmente se caracterizan por que trazan una trayectoria de consumo en la que el control es ascendente, ya sea en su estructura como en su funcionamiento. En términos de su estructura, el control sería ascendente en la medida en que se funda y organiza entorno a principios y convicciones que irán fortaleciéndose en la medida en que transcurren los años de consumo. Por otro lado, en términos de su funcionamiento, el control sería ascendente en la medida en que este iría</p>	<p>“Es que es eso, hay los dos extremos: una cosa es que sepas y sepas controlar y otra es que sepas, pero que vayas tan colocado, que no, no, no y venga, venga, y venga... Y eso también me ha pasado, pero algún día, pero después no podía dormir, fue horrible.” (Albert, 25 años; cocaína)</p> <p>“Que a lo mejor son los mismos que no consumen, los que nos dicen: “oye, tíos, lleváis ya tres o cuatro fines de semana consumiendo a lo mejor todos los fines de semana”. Y nosotros decimos: “sí, que es verdad. No sé cuántos. Vamos a calmarnos un poquito”. Y sí que hablamos de ello.” (Javi, 20 años, cocaína)</p> <p>“Supongo que la diferencia era la información que tú tenías ya en un principio, y supongo que el tope que tú te marcas. El tope que tú dices que de aquí no voy a pasar, porque no es que no pueda, es que no quiero, porque sé que a partir de aquí ya la cosa puede ser peligrosa, sabes.” (Guillem, 25 años; MDMA, cannabis)</p>

<p>ganando en eficacia y rendimiento conforme se tienen más años de experiencia en el consumo.</p>	
<p><b>De la experiencia al saber:</b> Un segundo ámbito característico de las subjetividades asociadas a las trayectorias de consumo tiene relación con el desplazamiento experimentado a nivel de significación del lugar asignado al sujeto consumidor en tanto sujeto del discurso. En efecto, esta dimensión se encuentra presente de forma significativa, sino en todos, en casi la totalidad de los relatos. Empíricamente, este desplazamiento refiere a las diversas formas que los jóvenes tienen de posicionarse como usuarios. En general este desplazamiento se orienta hacia un fortalecimiento de dicha posición. Dicho fortalecimiento deriva de un largo proceso de aprendizajes individuales y colectivos en torno a los cuales convergen y se articulan múltiples capitales sociales y culturales alojados tanto en las propias culturas juveniles como las culturas de las drogas. Se trata de una experiencia que irá decantándose progresivamente con el tiempo hasta llegar a cristalizarse en un saber sobre las drogas.</p>	<p>“También, psicológicamente hay que estar preparado; ( ) Como, yo por ejemplo, con 14 años, pues no era muy consciente, la verdad; pero como luego ya, no te lo tomas, o sea, es la primera vez y no te lo tomas como algo...una dinámica para todos los días, en un principio, pero luego ya, pues te interesa el tema, te informas, te...sobre los, las consecuencias, los efectos, los...cómo te lo puedes fumar mejor, cómo puedes fumar peor... (Marta, 20 años; cannabis)</p> <p>“Claro, y eso lo vas aprendiendo con la edad, sabes. Vas probando que lo que te decía, si tú estás bien y te drogas, estarás mejor. Si estás mal y te drogas, pues igual no estás mejor, sabes igual hasta estás peor.</p> <p>R-Yo lo que ahora de las drogas lo se por que, por todo lo que he vivido, sabes, porque ( ) también sabes.” (Rodo, 26 años; cannabis, cocaína, speed)</p>
<p><b>La pragmática del saber :</b> El análisis de los relatos y discursos nos indican que algunos de estas cualidades y/o atributos serían principalmente las siguientes:</p> <p><i>-Intermitencia o alternancia en las practicas de consumo:</i> Refiere a la alternancia entre periodos de consumo y de no consumo. En este sentido remite tanto a los cuidados de sí como a la optimización de los efectos placenteros asociados a los consumos de ciertas drogas.</p> <p><i>- Situacionalidad del consumo en relación a la interacción existente entre contextos, tipo de drogas, vía y dosis</i></p>	<p>“Ah...es que depende, porque...soy un poco así de decir, estoy fumando mucho, me estoy dos semanas sin fumar, entonces estoy dos semanas, entonces vuelvo, fumo un fin de semana, entonces estoy una semana un porro cada día antes de ir a dormir, después paro, no sé (voy haciendo) es decir, que a veces voy un poco más y entonces digo, bueno,</p>

<p><i>consumida</i>: Refiere a cierta farmacopea que se aprende y domina con el tiempo. Al respecto, los relatos indican que los usuarios con el paso del tiempo adquieren cierto saber sobre las drogas que darían cuenta de ciertos logros y de cierto mejoramiento en la eficacia material y simbólica relacionada con determinadas drogas y formas de uso en determinados contextos. Es decir que exista cierta correspondencia entre expectativas y logros.</p> <p><i>-Pertinencia y oportunidad selectiva</i>: Refiere a la capacidad que se adquiere con el tiempo para decidir oportunamente el lugar y momento preciso en el que se va llevar a cabo el o los consumos.</p> <p><i>-Previsión y proactividad</i>: Refiere a las capacidades y habilidades adquiridas con el tiempo para prever situaciones adversas asociadas al antes, durante y después del consumo. Se trata de tener “conciencia” de los costos asociados a ciertos consumos. Por otro lado, lo pro-activo refiere a las capacidades adquiridas para promover activamente ciertas situaciones deseadas, sean estas para consumir ciertas sustancias en un contexto o momento deseado o para evitar situaciones que pudieran estar asociadas al hecho de consumir sustancias cuando no se desea o no se piensa que no sería conveniente hacerlo.</p>	<p>paro, me estoy pasando ¿sabes? Y vuelvo atrás...” (Rafael, 19 años; cannabis)</p> <p>“Y es eso, ya llevas siempre el espidéfren, tienes a mano y sabes dónde hay agua potable y zumos de fruta, y dónde hay arroz y cosas que el cuerpo tolere de entrada. Pero eso también lo vas aprendiendo.” (Albert, 25 años, cocaína)</p> <p>“Porqué a lo mejor sabes que todos los fines de semanas no puedes. Sabes que no tienes que abusar una noche. Por ejemplo, que se te acaba a las 4’00h de la mañana no buscas, te vas a poner feo, te vas a poner horrible, vas a desconectar de ti... Que ves mucho lo feo que es, porqué tú tienes respeto, pero hay gente que no lo tiene y colegas tuyos tienes que decirle: “<i>quillo</i>, tranquilo”. Entonces controlas, y tienes cuidado sencillamente.” (Javi, 25 años; cocaína)</p>
---	---

## 2.- REGULACIÓN Y CONTROL DE SÍ: PELIGROSIDAD Y DAÑO<sup>122</sup>.

Resulta a lo menos curioso observar la centralidad que adquiere el control (particularmente *el control de sí*) en la significación de las historias y trayectorias de consumo. En efecto, pareciera ser que gran parte –por no decir casi la totalidad- de las historias de consumo de los jóvenes se instituyen en relación al control/descontrol. Más aún, pareciera ser que la historia de los jóvenes y sus consumos de drogas, se encuentra necesariamente mediadas y/o moduladas por las historias del control. En esa dirección, el relato de las drogas y sus consumos, tiende generalmente a reproducir y reafirmar ciertas cualidades o atributos individuales –generalmente más individuales que colectivas- supuestamente funcionales a todo proceso de individualización y socialización. Control, voluntad, dominio de sí, conciencia, etc., son la materia signifiante entorno a la cual se organiza la retórica casi épica de las historias de los jóvenes y sus derivas de consumo. Dignificación cuanto más se haya ganado en el control de sí. Dignificación, aún cuando el lugar de enunciación haya devenido como efecto de experiencias de descontrol. Resulta curioso, pues pareciera ser que los consumos de drogas, su significado y sentidos asignados necesariamente devienen en una trama de relaciones en la que se pone en juego la capacidad para ejercer el poder de control sobre sí. De ahí que el signifiante control, no solo se constituye en un campo semántico que es transversal a los relatos y trayectorias de consumo, sino que además, se constituye en una referencia desde la cual se puede ordenar y valorar la propia experiencia en relación a los otros, estableciendo una suerte de topografía del yo y sus vicisitudes.

---

<sup>122</sup> Para una debida comprensión de este apartado debe tenerse presente la diferencia entre la noción de peligro y riesgo (que abordaremos en el siguiente apartado). Esta diferencia estriba en que un peligro potencial puede ser conceptualizado como riesgo cuando aquél no deriva de un fenómeno externo e imprevisible para los seres humanos, sino que es, de algún modo, la consecuencia de una intervención humana activa que, por tanto, es la responsable de la amenaza. Dicho de forma esquemática, el peligro es un efecto indeseado que tiene su génesis en algo externo al sujeto (fuente de daño). Siguiendo esta lógica, el riesgo, en cambio, es la probabilidad que se materialice un daño en el caso de una interacción voluntaria y el sujeto de esta relación es el afectado por el daño potencial (Campione, 2003). La intervención voluntaria, “desde un punto de vista histórico constituye la pauta principal de un tipo de dominante de acción social: la socialización y la valoración positiva del riesgo se implantan progresivamente en el desarrollo de las actividades sociales, hasta el punto de convertirse en un elemento constitutivo de la sociedad burguesa” (Campione, 2003: 12)

*“Es que yo creo que es imposible. ¿Qué es controlar? Llevarlo lo mejor que puedas. Por eso digo que no me gusta la palabra controlar, porque creo que es incontrolable en general el mundo de las drogas. Claro, si fuese controlable totalmente pues yo creo que la gente... Aunque, por supuesto, hay gente que no acaba mal y esa gente quiere decir que llegó a controlar en un momento dado la situación. Pero no me gusta decir eso, porque luego todo el mundo puede caer en cualquier momento en cualquier cosa. Si no pasarían esas cosas que pasan. O el camello que también controla y luego acaba en la cárcel, eso no tiene sentido. O lo mismo que tu madre te pille con medio gramo en el bolsillo. Eso ya no es controlar, porque te ha pillado tu madre y entonces hay a nivel familiar un descontrol, unas broncas, unos disgustos... Que eso ya no es controlar. Desde el mismo punto que tu madre te encuentre con un tío con la navajilla en el aeropuerto que me pasó, que tengo una navaja en el bolso, y sacó el guardia-civil la navaja y salió mi madre: “guárdela señora”. Y la navaja manchada de arriba abajo. Desde ese momento ya no es de yo controlo, porque ya te has buscado un disgusto familiar o una cosa horrorosa, por eso te digo que es muy difícil llegar a controlar todos los aspectos y tus hábitos.” (Lucia, 22 años; MDMA)*

Los discursos de los jóvenes sobre el control/descontrol se articulan a través de una dialéctica en la que se pone en tensión permanente la dualidad “sujeto-droga”. En efecto, el discurso de los jóvenes polariza la significación del control de sí, ya sea mediante la exaltación de ciertas propiedades y características asociadas a las sustancias u objetos drogas (descontrol), o bien desde el polo del sujeto (control), mediante la exaltación de ciertas capacidades o atributos que los sujetos y grupos poseen para gestionar y/o controlar sus consumos en unos marcos percibidos como más o menos peligrosos. Al respecto:

*“Que te diga lo más peligroso, el éxtasis, porque así como el speed y eso también puede ser peligroso, es que las drogas son peligrosas todas, sabes, no sé, es que en realidad sabes, en realidad, es lo que... el éxtasis de las pastillas pero sin cortar, puro ahí sabes, y tú haces un caldo te lo hechas en el cubata y cómo vas un poco borracho, se te pueden ir la pinza y que se te caiga ahí un poco más de la cuenta no se qué y... me he hecho un consumo así no, pero estás en la discoteca y que se mueva la discoteca y tú no sabes, y dices puff sabes. Y que te encuentren colega de esos que te entran los*

*calores de esos de uff, uff sabes, parece que voy a entrar en combustión espontánea”  
(Rodo, 26 años, cannabis)*

Desde el polo de las sustancias, la significación del peligro de descontrol depende de forma directa del tipo de droga que se utilice como referencia. En este sentido, cada droga se diferencia de otra, no solo por sus efectos, valor, accesibilidad, etc. sino que también por su potencial de descontrol. Dicho potencial transfiere cierta imagen e identidad a cada una de las sustancias, pudiendo incluso ser ordenadas y clasificadas de acuerdo a su potencial peligrosidad asociada al descontrol.

*“Bueno, yo generalmente coca no es una cosa que me haya atraído mucho, sí que le ha probado alguna vez, bueno bastantes veces y tal. Pero es una cosa que no me compensa, el precio que vale con la sensación que te puede dar. Es una cosa que digo: “bueno 60 euros por un gramo” que es lo que cuesta ahora, es una cosa que no me compensa. Aparte que sé que es una cosa súper-adictiva y sé que lo que te puede pasar es que acabes adicto a una cosa que sea súper-cara y que encima te esté destrozando. Es que no sé, conozco casos de peña que todo su sueldo se lo gasta en eso. El peligro ese que tiene que sabes que es súper-adictivo, que no es como el éxtasis, que no te crea una adicción. Eso ya con el conocimiento que tenemos después de drogas y así”  
(Guillem, 25 años; MDMA)*

En el marco de las cualidades atribuidas a las sustancias, son significativos los discursos y relatos que hacen referencia al potencial adictivo de cada sustancia siendo esto percepción una cuestión clave pues opera como demarcador de la peligrosidad (descontrol).

*“Pues creo que la coca te da una adicción física, como pueda ser la nicotina, en un momento dado, de no tener y necesitarlo. Y en cambio, el éxtasis no. O sea que tú te puedes pegar una fiesta un sábado y el lunes no tendrás ganas de consumir éxtasis. Y en cambio la coca sí que es así.” (Guillem, 25 años; MDMA)*

*“No, la verdad que no. Por ejemplo, la coca, es adictiva porque lo es, y...yo que sé, cuando, yo nunca lo he hecho, pero vaya, que...cuando te metes coca, pues al principio,*



*pues eres consciente de que, o sea, tú mismo sabes que es adictiva ¿no? eso es sabido por la sociedad y es sabido por todos ¿no? Entonces de ahí tu fuerza de voluntad, que te puedes meter un día y...y ya no meterte más hasta que... pues vale; pero si no puedes...no lo hagas.” (Marta, 20 años; cannabis)*

De todas de drogas utilizadas como referencia en los diferentes discursos y relatos, será la cocaína la sustancia que mayoritariamente se instala en la conversación social como la sustancia provista de mayor potencial adictivo. Sin embargo, dicha característica no necesariamente cumple una función disuasoria, ya que generalmente compite con otros atributos asignados a la misma sustancia, los que serían valorados positivamente por los potenciales consumidores:

*“Hombre, yo pienso que, por ejemplo, la cocaína es más golosa que otras cosas. Pero sí, todo, porque claro sales por ahí, vas que te comes el mundo, y ya sientes que...” (Javi, 20 años; cocaína)*

Cabe señalar que de la misma manera que los jóvenes tienden a centrar en la cocaína la imagen y representación de los riesgos asociados al poder adictivo de una sustancia, de igual forma tienden a ver y percibir en la *ketamina* cierta “naturaleza” propia a la sustancia que haría de ella una sustancia peligrosa. En efecto, en torno a esta sustancia se genera una alta percepción de peligrosidad, y hasta cierto punto, un fuerte rechazo social. Este último opera sobre todo al interior de las propias culturas juveniles ligadas al consumo de drogas. Sin embargo, en el caso de la *Ketamina*, su percepción de peligrosidad no descansa necesariamente en su potencial adictivo, sino más bien en los efectos sociales que el consumo de esta sustancia tendría. En ciertos entornos culturales, esta sustancia ocuparía un lugar marginal en la jerarquía social de las drogas. De hecho, no son pocos los relatos de jóvenes vinculados a ciertos entornos *techno* o *raveros* que atribuyen a la difusión de su consumo cierto cambio negativo que se habría producido en las dinámicas festivas.

*“La gente se va de fiesta con ketamina; que dices tú como te vas de fiesta con ketamina, si lo importante de la fiesta es bailar, y así bailar, mover el cuerpo. Meterte una orgía con el cuerpo y con el baile. Sonreír. Yo qué sé, cuando vas de fiesta tienes*

*que estar alegre, al menos. Y ahí peña que toma ketamina, pues muy bien. Yo les respeto, no voy y les pego dos hostias, pero me dan asco en verdad. Gente que está así: “um, um, um, ummmmmmm” (gesticula). A mí grupo intento que vea, por ejemplo, con el éxtasis que sudas mucho y tal, y que también bebemos mucho, beber agua, te deshidratas también. Y tampoco... Y me cuido con gente que igual que no conozco y por eso me da asco la ketamina, porque encima que les voy a ayudar te meten mocos. Están ahí tirados en el suelo con todo el sol, porque no se pueden ni mover del suelo. Voy ahí a ayudarlos a una pareja: “no, no déjanos”. Como que te deje, no ves que son las 12 del mediodía que está el sol, todo el “Lorenzo” pegándote aquí. Te vas a morir, te va a pillar aquí un colapso, te va a dar una hipotermia o lo que sea.” (Oriol, 20 años; MDMA)*

Ahora bien, valga la siguiente pregunta: ¿De qué depende que la potencialidad adictiva atribuida a cada sustancia se exprese en una u otra persona? Este será uno de los momentos clave en que la tensión dialéctica se desplaza hacia el polo del sujeto. Las respuestas a esta interrogante tienden a organizarse bajo un argumento común, que en términos generales, plantea que existen ciertas capacidades, habilidades o recursos personales que marcan la diferencia entre los usuarios, y significarán en la práctica, el grado de poder que ellos tienen para ejercer un debido control sobre sus propios consumos. Estos atributos y/o cualidades generalmente refieren a variables o dimensiones que operan a nivel individual o personal y no así –salvo excepciones- en un nivel grupal o colectivo. Ahora bien, las capacidades de control sobre los consumos se expresan en un continuo que va desde el máximo dominio o gobierno de sí, hasta el polo opuesto de descontrol y de pérdida de las capacidades para poder regularse en un marco definido como aceptable (sin enganche o con enganche).

*“No, porque no. Porque supongo que es incontrolable, es que sino la gente no acabaría enganchada. Está claro, si se pudiese controlar, nadie estaría con necesidad de tomarse un porro ni con necesidad de meterse una raya... O sea, mis amigos te dicen: “sí, yo controlo, yo controlo”. Y claro yo controlo porque sabes el efecto que te da. Pero después a las dos de la mañana te vas a tu casa. Entonces eso no es controlar. O yo esta noche salgo, pero si no hay drogas me voy a casa, o yo no salgo porque no hay drogas. O antes de salir, en plan: “dónde están las drogas, que luego no quiero*

*buscarlas durante toda la noche". Eso no es controlar, yo creo. A mí entender no. Es que yo creo que es imposible. ¿Qué es controlar? Llevarlo lo mejor que puedas. Por eso digo que no me gusta la palabra controlar, porque creo que es incontrolable en general el mundo de las drogas. Claro, si fuese controlable totalmente pues yo creo que la gente... Aunque, por supuesto, hay gente que no acaba mal y esa gente quiere decir que llegó a controlar en un momento dado la situación. Pero no me gusta decir eso, porque luego todo el mundo puede caer en cualquier momento en cualquier cosa. Si no pasarían esas cosas que pasan. O el camello que también controla y luego acaba en la cárcel, eso no tiene sentido. O lo mismo que tu madre te pille con medio gramo en el bolsillo. Eso ya no es controlar, porque te ha pillado tu madre y entonces hay a nivel familiar un descontrol, unas broncas, unos disgustos..." (Lucia ,22 años; MDMA)*

Respecto a esto último, es decir sobre los peligros relacionados con el consumo no controlado de drogas, los usuarios advertirán que tanto la intensidad como la frecuencia de los consumos son indicadores validos y útiles para valorar en qué punto del continuo control/descontrol se sitúa una determinada practica de consumo. En esa dirección, será aceptada la ecuación simple que señala que a mayor frecuencia de consumo mayor indicación de descontrol. Así mismo, será bastante aceptada la percepción de cuanto más intensos es el consumo más peligro de perder el control. Ciertamente, ni la frecuencia, ni la intensidad son cuestiones que pueden ser objetivadas de forma consensuada, y tampoco son necesariamente sometidas a una valoración exhaustiva por parte de los usuarios o usuarias. Sin embargo, existen ciertos parámetros culturales, más o menos consensuados, más o menos aceptados que son de utilidad, sean usuarios o no usuarios, para valorar y estimar de forma subjetiva, el punto en el que se encuentran sus prácticas de consumo en relación al continuo de peligro relacionado con el control/descontrol. Este parámetro generalmente tiende a estructurarse en base a dos ámbitos clave:

**a) Temporalidad o tiempo dedicado al consumo:** Esta dimensión constituye un parámetro general que permite a los jóvenes situar, valorar y significar críticamente sus prácticas de consumo. En general se encuentra fuertemente asociado a la frecuencia del consumo, aunque no excluye del todo aspectos relacionados con la

intensidad del mismo. En este sentido, la temporalidad del consumo sería una prueba sólida de las preferencias, valores y orientaciones de los propios jóvenes para emplear su tiempo disponible. De allí que la temporalidad del consumo tiene relación con cierta valoración de las opciones tomadas por los jóvenes para distribuir sus actividades relacionadas con el ocio y el tiempo libre. En este sentido, el punto o medida crítica emerge como una medida reflexiva de sus prácticas de consumo en relación al *ciclo diario del tiempo*, generalmente marcado por las actividades rutinarias como comer, dormir, estudiar, etc., y en relación al *ciclo semanal del tiempo*, caracterizado por una división entre días dominados por las actividades laborales o escolares propias o de los demás y días dominados por el tiempo libre (Comas, 1997). En este contexto, se ha podido observar que la significación del riesgo asociada a las prácticas de consumo, emerge cuando éstas desbordan la temporalidad culturalmente pautadas por los jóvenes, ya sea en el marco del ciclo diario o semanal del tiempo.

**b) El deber ser:** Este segundo aspecto tiene relación con las posibles interferencias del consumo en las actividades cotidianas que los jóvenes realizan. Ciertamente no se puede analizar este aspecto sin considerar el punto anterior. Sin embargo, a diferencia del primero, este segundo parámetro no tendría un valor únicamente normativo y orientador de las prácticas de consumo, sino que además tendría un valor asociado a la experiencia adquirida que habría devenido en un saber sobre las drogas transmitido informalmente entre los jóvenes y grupos de usuarios. En este sentido, tiene un valor semántico (el saber de la experiencia) y a la vez pragmático, pues basándose en la experiencia vivida, sería capaz de poder advertir de ciertas consecuencias no deseadas asociados a ciertas pautas de uso de drogas. Pautas que refieren a un uso de drogas cuyas frecuencias e intensidades se caracterizarían por estar inscritas en el (des)borde del (des)control.

Ahora bien, el mundo de la vida de los jóvenes que se fragua al calor de sus prácticas de consumo de drogas, no está exento de episodios críticos. Sin embargo, estas experiencias *críticas* –salvo algunas excepciones– comúnmente no son del todo objetivadas y representadas por los propios jóvenes como formando parte de una realidad que estaría siendo fuertemente determinada por una serie de riesgos que en

gran medida son concomitantes a los consumos de drogas. De hecho, no es menos frecuente que dichas situaciones críticas sean comúnmente significadas como episodios *excepcionales* asociados generalmente a ciertas fallas o incapacidades de los propios consumidores para ejercer el debido control sobre algunos aspectos relacionados con los consumos de drogas. Ciertamente, el halo de excepcionalidad que reviste a estos episodios los sitúa en un lugar tan ajeno y distante de la vida de otros consumidores que incluso dejan de ser percibidos como riesgos reales o potenciales, y por tanto capaces de afectar del mismo modo las prácticas de ellos mismos. Ahora bien, dicha excepcionalidad se organiza en torno a dos figuras o imágenes retóricas. Por un lado surge la imagen del daño como si se tratase de un estigma físico o mental de grandes magnitudes y prácticamente irreversible. Por otro lado la excepcionalidad se apoya en la representación de una situación extremadamente límite en la cual el daño se caracteriza por afectar a la totalidad de la persona a tal punto que no dejaría otra opción más que una respuesta institucionalizada.

Desde esta perspectiva el daño deja de ser algo cotidiano y próximo y afecta a “otros” distantes y diferentes de uno mismo produciéndose narrativas que descansan en “el supe que a tal le pasó esto o aquello...” como si de mitologías urbanas se tratara. Pareciera ser que las significaciones del daño como algo parcial y matizado que se vive en la cotidianidad de los usuarios no pudiera encontrar un lugar en los relatos y discursos micro sociales sobre las drogas y por lo tanto se estaría restando de la conversación social cotidiana. En este sentido hemos podido constatar que en ausencia de una conversación social normalizada sobre las drogas las narrativas sobre sus efectos negativos o consecuencias adversas resultan extremadamente difíciles de ser habladas en tanto se corre el riesgo de la exclusión y la estigmatización de quien las diga. Exclusión, en la medida en que desde la cara pública, el habla social de las drogas está sancionado, salvo si ésta se corresponde con los preceptos propuestos desde el discurso institucional. Por otro lado riesgo de estigmatización, en tanto su habla sería acusatoria de una incapacidad o de una debilidad del yo para ejercer su debido poder de control. En efecto, las narrativas microculturales de los jóvenes usuarios de drogas, dada su posición subalterna ante un discurso dominante que sanciona y excluye cualquier narrativa afirmativa del consumo, tiende a hipertrofiar las ventajas o

beneficios asociados al consumo de drogas, invisibilizando u opacando los aspectos negativos o críticos asociados al consumo. Más aun, en cierta medida éstos solo pueden emerger en la conversación social como narrativas extremas o excepcionales, mediante las cuales el peligro y el daño adquieren una significación que será sino atemporal al menos a largo plazo.

Constatamos que el daño tiende a minimizarse toda vez que es abordado desde el presente de la primera persona. Inversamente, al ser abordado desde el condicional y desde una mirada retrospectiva, su producción mejora significativamente pudiéndose reconstruir la ruta crítica del consumo. En este sentido, la ruta crítica es una reconstrucción histórica que permite valorar a luz de un pasado presente los daños experimentados en relación a los consumos de drogas y desde ese lugar hacer posible la estimación de sus riesgos eventuales. En este contexto, el análisis de la ruta crítica nos permitió identificar y caracterizar los puntos claves conforme al ámbito específico en que estos eran situados. En la tabla siguiente se identifican y caracterizan estos hitos significativos de acuerdo a su ámbito de localización<sup>123</sup>.

**Tabla 2: Situaciones e hitos constitutivos**

SITUACIONES O HITOS	NARRATIVAS
<b>Del entorno Psí:</b> Aquí se agrupan todos aquellos episodios críticos en los que los consumos de drogas han afectado significativamente la salud mental de los jóvenes usuarios. La forma en que se expresa concretamente este punto crítico puede ser muy variada (alteraciones del animo, alteraciones de la personalidad, ansiedad, trastornos de la conducta, etc.) como también puede variar la gravedad de los mismos. El análisis de los relatos de los entrevistados, nos permitió constatar que este tipo de situaciones se experimenta con una frecuencia mucho mayor a la imaginamos inicialmente y que por lo general los jóvenes tienden a ser refractarios a su divulgación. En	“Me fue a mayor las paranoias de...que igual me miraban, que igual... ¿sabes? No dejaban de...de estar. Y aparte me obsesioné un poco con ellas, estuve así un mes, así que...pensaba que lo podría controlar y tal y decidí dejarlo y ya está.” (Montse, 25 años; MDMA, cocaína, cannabis)  “Y la coca...es...euforia, te de... (te crees) rey de la noche, pero cuando se te quita y te acostumbras un poco al pelotazo, es paranoia, es paranoia, la coca a mí lo que me queda de residual es mucha tensión, mucha psicosis ¿sabes? ...todo el mundo, no

<sup>123</sup> Con toda certeza el análisis de la situaciones descritas se vería fuertemente enriquecido si se considerada la perspectiva de genero. Al respecto el trabajo de Nuria Romo es de referencia.

<p>consecuencia, estas situaciones se viven como algo muy íntimo y privado, ocultándose y restándose de la conversación social. También existen consecuencias negativas que actúan a nivel del entorno Psi que son altamente contingentes a las situaciones de consumo. Generalmente este tipo de situaciones críticas aluden a alteraciones del ciclo del sueño y la vigilia. Son muy frecuentes las narrativas que hacen mención e reiterados episodios en los que los usuarios no pueden conciliar el sueño una vez que ya se ha terminado el ciclo de fiesta. Dichas experiencias se viven con desagrado ya por lo general van acompañadas de ideaciones angustiantes y se viven con gran ansiedad ya que por lo general se experimentan en contextos no necesariamente acordes con la situación por ejemplo en casa de los padres. Lugar similar ocupan los relatos que hacen mención <i>al bajón</i> el que frecuentemente es acompañado de cierta sintomatología depresiva y que puede durar de uno a varios días.</p>	<p>me río, acaba bebiendo whisky, ahí...terrible, a mí me acaba siempre..." (Javier, 25 años; MDMA)</p> <p>"En ti mismo te das cuenta de que es algo... Los porros, que no puedes tener la misma agilidad mental si los fumas, a la hora de hacer cualquier cosa, supongo. Te das cuenta, y dices: "a ver, yo antes era mucho más despierto o pensaba mucho más rápido o me despertaba mucho mejor". (Guillem, 25 años; MDMA, cannabis)</p> <p>"...al principio de hecho que al principio me dieron un par de ataques de ansiedad y fue todo un caos por mi estado y por las porros por supuesto, porque ya sabemos que los porros son mas depresivos y no debemos consumirlos, pero yo lo he hecho, si lo he cagado jaja la cague en su momento pero bueno..." (María, 22 años; cannabis)</p>
<p><b>Del entorno económico:</b> Aquí se pueden agrupar todas aquellas consecuencias negativas asociadas a los consumos de drogas que se caracterizan por ser capaces de alterar de forma significativa la economía domestica de los jóvenes. En general hemos observado que estas situaciones suelen estar relacionadas con los consumos de cocaína, aunque no de forma exclusiva. Se trata de puntos de quiebre en las economías que se sostiene por largos periodos a costa de ciertas omisiones relacionadas con ciertos gastos básicos (por ejemplo se dejan de pagar cuentas de gastos). A menudo también se recurre a la venta o menudeo como una estrategia para poder solventar el consumo o para poder paliar otros gastos o deudas o se recurren a otras estrategias que en general tienden a alejarse o quebrar ciertos pactos de la convivencia social</p>	<p>"Pero sí algún fin de semana, digo para qué se hace, para qué lo hacemos. Pero claro, eso te pasa luego en el bajón, como aquél que dice. Cuando estás en tu casa, cuando estás con otro amigo o al día siguiente que lo dices. Y por la pasta que te dejas y por todo." (Óscar, 24 años; cocaína)</p>
<p><b>Del entorno de la salud:</b> Por lo general los episodios o situaciones que se dan en este entorno de los daños oscilan entre aquellas consecuencias negativas inscritas</p>	<p>"Hubo una vez que tome mogollón de MD que acabe en la casa de un chico, y teníamos tres condones solamente, los gastamos y</p>

<p>en un horizonte de temporal de largo plazo y consecuencias negativas que irrumpen violentamente en forma de fuertes crisis en la salud de los usuarios. En términos empíricos nos hemos encontrado con relatos que hacen referencias a episodios de coma etílico, pérdida de la conciencia, espasmos, etc. Generalmente todos ellos, salvo en los casos de coma etílicos, marcan un antes y un después en las trayectorias de consumo de los jóvenes.</p>	<p>luego continuamos follando, luego sin condones. Eso fue también una de las cosas por las que nos hicimos la prueba del sida. Ese día sí que se me fue bastante la castaña, porque era una persona que no conocía absolutamente de nada, pero bueno mira...” (Ferrán, 25 años; MDMA)</p> <p>“Pues ¿qué me pasó? pues...no sé si es que... me sentaría mal, no sé, era la primera vez, no sé cuánto me metí, la verdad y de repente empezaron a entrarme unos calores, unos mareos...me cogió una...tía que era más mayor que yo, que entendería de eso, ella me echó agua, estuvo conmigo un montón, y ya después se me pasó, pero...pero lo pasé mal.” (Carola, 19 años; MDMA)</p> <p>“Hombre, supongo que te podrá dar taquicardia, te podrá incluso un rollo al corazón creo yo. O incluso ya no sólo al corazón, aquí, a la cabeza... En esto de que si no la picas guay, pues me ralla mucho porque un amigo de mi hermano tuvo un problema con eso, no la ligó bien, y de hecho falleció, murió por eso. Y por el corte. Y por eso, que te puede dar un rollo, incluso durmiendo, asfixiarte porque sangras, que yo qué sé, que sí, que sí, que sí.” (Javi, 20 años; cocaína)</p> <p>“...y luego, ya claro los pulmones, yo además siendo fumadora lo notó muchísimo, los pulmones y la capacidad pulmonar es tremenda, ya a mas nivel pues no sabría hablar pero también.” (María, 22 años; cannabis)</p>
<p><b>Del entorno social próximo:</b> Aquí se pueden agrupar todas aquellas consecuencias adversas asociadas a los consumos que actúan a nivel de las redes sociales</p>	<p>“He visto amigos enfadarse por drogas y no se habían enfadado nunca en la vida, después de miles de años por cosas que no</p>



<p>próximas y que se caracterizan por desencadenar alteraciones significativas a nivel de las pautas habituales de interacción social y/o por el quebrantamiento de ciertos pactos sociales relacionados con la vida en comunidad. Frecuentemente estas refieren a los grupos familiares y a los grupos de pares, en menor medida refieren a instituciones del ámbito escolar y laboral.</p>	<p>fuesen eso. Y, no sé, a lo mejor es que me hago un poco más mayor y considero que, a veces, dan más problemas que alegrías. Entonces ya, cuando dejan de dar alegrías malo. Para que seguir con ellas.” (Lucía, 22 años; MDMA, cannabis)</p> <p>“Y ese mismo año dejé esto, el siguiente año tuve una rallada existencial, yo creo que a raíz de esto, de tomar tantas drogas y de una cosa que me diagnosticó algo más tarde la psicóloga: un pequeño problema del TDH, un trastorno de déficit de concentración, con un poco de hiperactividad; pues esto más drogas productividad casi cero”. (Albert, 25 años, cocaína)</p> <p>“Yo, porque yo tengo muy mala memoria, entonces y yo me tengo que acordar de las cosas, yo tengo que estudiar, yo tengo que...tengo que hacer cosas.</p> <p>M: Entonces, como te afecta, yo pienso, a mí me afecta a la memoria, porque no.... te pones a estudiar y no es igual. (Marta, 20 años; cannabis)”</p> <p>“...los porros para mi sobretodo es la cabeza que no carbura o no piensa con suficiente claridad, y con y, y, y por ejemplo yo lo noto mucho en las clases no tienes la misma capacidad de memoria, no recuerdas igual, no te enteras de las cosas es que parece que te están hablando en chino, vamos...” (María, 22 años; cannabis)</p>
--	--

Para la mayoría de los jóvenes, independientemente de sus situaciones específicas de consumo, la percepción y valoración de los peligros y daños asociados con los consumos de drogas refiere a una cuestión extremadamente sensible en la medida en que su sentido último se relaciona con ciertas capacidades o habilidades de los

individuos para ejercer el debido control (y en su anverso el descontrol) sobre sus prácticas de consumo. Dicho de otro modo, el consumo de drogas y sus peligros asociados, desde el punto de vista de los jóvenes, refiere principalmente a la gestión de sí en el marco del continuo control/descontrol de sus prácticas. En este sentido, se puede sostener que el riesgo, en tanto que experiencia, puede ser entendido como un proceso de conocimiento dialéctico y constructivo de la realidad social, mediante la cual los jóvenes forjan un espacio para el ejercicio del conocimiento de sí. Dicho de otro modo, sostenemos que la percepción de riesgos, expresa de forma significativa, la relación indisoluble e intrínseca entre conocimiento y experiencia, pues la percepción del riesgo no deja de ser una forma de conocer o representarnos la realidad. Sin embargo, más allá de su dimensión puramente cognitiva, la percepción o representación de los riesgos, lejos de ser una operación puramente formal, constituye un proceso complejo en la que se producen ciertas subjetividades provisorias que permiten modular y mediar la construcción de las identidades individuales y colectivas de los jóvenes. En síntesis, la percepción o representación del riesgo, en términos sociales y culturales, debe ser entendido como un proceso generativo y constructivo de tipo dialógico que es capaz de incidir de forma significativa en la producción de las diferentes subjetividades juveniles.

### III.- EL RIESGO COMO DISPOSITIVO: ENTRE LA SUJECCIÓN Y LA AGENCIA

*“El que toca el fuego se puede quemar...” (Grupo Focal, País Vasco)*

#### 1.- DESLINDAR EL RIESGO

Para diferentes pensadores contemporáneos, riesgo y experiencia de vida, no solo constituyen dos cuestiones muy relacionadas entre sí, sino más bien son dos ámbitos indisociables, ya que siendo el riesgo la característica estructural de las sociedades contemporáneas -institucionalización de la incertidumbre y orientación hacia el futuro- éste deviene en su condición de posibilidad<sup>124</sup>. De acuerdo a esta línea de pensamiento, el carácter abierto de las cosas por venir expresa la maleabilidad del mundo social y la capacidad de los seres humanos para dar forma a las condiciones físicas de nuestra existencia. Así, la introducción de los sistemas abstractos en la vida cotidiana, unida a la naturaleza dinámica del conocimiento, va a significar que la conciencia del riesgo se infiltre en la casi totalidad de nuestras acciones (Giddens, 1995). Tal ubicuidad del riesgo, o como dice Castel (2004) la cuasi metafísica del riesgo, podría ocultar la especificidad de los problemas que hoy se plantean con respecto a éste. Podría ocultar también la búsqueda de responsabilidades en el origen de sus daños asociados, los que a menudo se plantean como ineluctables. La tendencia a la generalización del riesgo derivada de las perspectivas macro-sociológicas, dificultan atender aspectos simbólicos y culturales que lo constituyen. Así por ejemplo, las relaciones de poder, los aspectos psicosociales implicadas en la relaciones entre

---

<sup>124</sup> Como se puede advertir nos estamos refiriendo a algunas las ideas fuerza desarrolladas por los sociólogos de la modernidad, principalmente Anthony Giddens y Ulrich Beck. Cabe recordar que el concepto de modernización reflexiva impulsado por Beck tiene una estrecha relación de <<modernidad tardía>>, difundido por Giddens. Según este último –coincidiendo con Beck- lo que caracteriza nuestra existencia como seres humanos reflexivos es que cuando actuamos incorporamos conocimiento sobre nosotros mismos. A su vez este proceso imprime cambios en el mundo que esa misma actividad cognitiva había originariamente contribuido a describir. “De esta manera, provocaríamos un tipo de conocimiento que se caracteriza por ser continuamente inestable. Ésta sería un rasgo característico de la sociedad reflexiva que demuestra por qué en un momento altamente reflexivo hay tantos eventos impredecibles. De ahí, la utilización del término *riesgo*” (Campione, 2003: 14-15)

nosotros y ellos, el carácter moral y político que contienen los marcos culturales que operan en su identificación e interpretación suelen ser desestimados o quedan en un segundo plano.

Por otro lado, la experiencia empírica nos ha llevado a poner en entredicho toda premisa teórica o modelo de conocimiento del riesgo tendente a su generalización (ubicuidad del riesgo), sea esto a nivel conceptual, normativo o a nivel institucional. En efecto, el análisis de los discursos de los jóvenes sobre los riesgos relacionados con sus consumos de drogas, releva la heterogeneidad que adquieren estos discursos, toda vez que éstos son mediados por las experiencias de vida y las condiciones materiales y simbólicas en las transcurre su existencia en tanto jóvenes usuarios o consumidores de drogas. Sin lugar a dudas, estos aspectos, no solo condicionarán los procesos de significación de los riesgos, sino que también mediarán y modularán las formas de abordarlo, o si quiere, de gestionarlos.

Así por ejemplo, se puede constatar que en cuanto los jóvenes son conminados a hablar sobre los riesgos relacionados a los consumos de drogas, y al mismo tiempo, a hablar sobre sus propias experiencias en tanto usuarios, en primera instancia responden poniendo en marcha una estrategia discursiva mediante la cual se intenta desanclar la significación del riesgo, como concepto y experiencia, del campo específico de las drogas y su consumo<sup>125</sup>. Acto seguido, intentan reterritorializar sus significados en un marco más amplio de posibilidades, vinculado, entre otros aspectos, a la contingencia de ser jóvenes en un determinado contexto social e histórico. Al respecto, la siguiente fragmento tomada de una conversación grupal correspondiente a uno de los grupos focales realizados en Cataluña (GF; Cataluña I) puede resultar esclarecedora.

---

<sup>125</sup> Esto es coherente con algunos planteamientos formulados por Ulrich Beck a propósito de la sociedad del riesgo. De acuerdo a este autor, en la sociedad del riesgo se registran fuertes contrastes entre quienes producen las definiciones de riesgo y quienes las consumen, lo cual viene a decir que el riesgo se encuentra abierto a procesos sociales de definición. Su definiciones, no se pueden aceptar simple y llanamente, e incluso su propia existencia, en algunos casos y situaciones, es una cuestión a debatir (ej. la cuestión de los riesgos asociados al consumo de cannabis o de MDMA). Según Beck parece ser que la aparente pérdida de confianza hacia los planteamientos y hallazgos científicos es una consecuencia del marco social inducido por el surgimiento de la propia sociedad del riesgo.

**A:** *Es que riesgo hay saliendo a la calle.*

**B:** *Que te atropellen, de que se te lleve un coche a rastras.*

**C:** *Es que riesgo hay siempre en la vida.*

**D:** *Es que la vida es un riesgo, entonces estamos hablando de riesgos ¿de drogas?*

**D:** *Puedes coger tantas otras cosas que no te vengan por el tema de la droga.*

**A:** *No, eso está claro, por eso te digo que el riesgo está ahora mismo más en salir a la calle, que en tomarme un éxtasis y me dé un chungo*

**E:** *No, es que no hay nada... La vida es un riesgo.*

**C:** *Vivir es un riesgo*

El espacio liso y unívoco del riesgo se hace rugoso y multívoco en el proceso de desterritorialización (“...*puedes coger tantas otras cosas que no te vengan por el tema de la droga*”). Adquiere densidad, gana profundidad en la medida en que incorpora nuevas dimensiones al proceso de su significación (por ejemplo voluntariedad “*tomarse un éxtasis*”; o control “*Es que riesgo hay saliendo a la calle*”), en la medida en que se reconocen niveles distintos de riesgos, pudiendo incluso jerarquizarlos. Al respecto, la siguiente cita correspondiente a uno de los grupos focales realizados en el País Vasco, expresa de forma sintética lo que hemos afirmado.

**P6:** *Claro, si trabajas pues te puede pasar esto...si te drogas mucho pues te puedes quedar loco y...eso es como todo.*

**P4:** *Se habla de una fábrica que provoca cáncer, ¿quién me va a decir a mí que drogarte es malo?*

**P4:** *¿Y la gente que se está muriendo por contaminación del aire?*

**P7:** *Cualquier trabajo es más sano que eso, cualquier trabajo*

**P7:** *...también trabajando te puede pasar algo ¿no?*

**P7:** *Y estás torturándote como un cabrón todos los días haciendo ejercicios, sin drogarte, sin nada de nada, y vas con tu cochecito a la playa, viene un subnormal, se salta de acera, te mata...*

En principio, enunciados tales como “*riesgo hay saliendo a la calle*”, “*la vida es un riesgo*” o “*que si te drogas puedes quedar loco*” pueden ser considerados como meras expresiones (emisiones) constatativas que se restringen a describir el mundo y las

cosas que lo conforman. Sin embargo, al relevar el carácter situado y relacional de los enunciados, la mera función constatativa queda desbordada. En efecto, la articulación discursiva de los diferentes enunciados sobre el riesgo, otorgan un carácter performativo a determinadas formaciones lingüísticas. En este sentido, los discursos sobre el riesgo, no solo nos dicen cómo es el mundo, sino que también lo instituyen. Es decir, no se limita a reflejar las cosas del mundo, sino que también actúa sobre ellas. Cuando los jóvenes dicen *que “riesgo hay saliendo a la calle”*, si el enunciado no se limita a reflejar las cosas del mundo, pues entonces ¿De qué forma estos enunciados están actuando en el mundo de las cosas? ¿Cuál es sentido de dicha acción? ¿Qué media dicha acción?

## **2.- DISPOSITIVOS SEMIÓTICOS DEL RIESGO**

En primer lugar cabe recordar que los discursos de los jóvenes sobre el riesgo no existen en el vacío. Su habla es siempre una construcción híbrida, un atravesamiento de voces, estilos y tipos de enunciados llamada a inscribirse, de una u otra manera, en el orden dominante del discurso. En este sentido, las prácticas discursivas de los jóvenes sobre el riesgo relacionado al consumo de drogas, corresponden a determinados posicionamientos discursivos, más o menos estratégicos, respecto a un determinado orden semiótico y material. Si los discursos son un conjunto de prácticas lingüísticas que mantienen y promueven ciertas relaciones sociales y un determinado orden, pues entonces las prácticas discursivas de los jóvenes pueden devenir en facilitadores u obstaculizadores de sus propias posibilidades de acción, haciendo emerger y/o sostener determinadas reglas y/o relaciones. En este sentido, dilucidar la significación y sentido que adquiere el orden del discurso sobre los riesgos, desde los propios discursos de los jóvenes, se vuelve una cuestión fundamental, pues solo así podremos comprender el sentido de la acción de sus prácticas discursivas.

El análisis de los textos/discursos de los jóvenes, nos indica que el orden del discurso dominante sobre el riesgo, adquiere visibilidad social (se materializa) a través de los diferentes dispositivos institucionales orientados a gestionar los riesgos relacionados con los consumos de drogas. Entre éstos últimos, tendrán un lugar destacado, todos

aquellos dispositivos relacionados con la información y comunicación pública orientada a la prevención del consumo de drogas. Estos dispositivos, no solo mediarán la experiencia, sino que también modularán las significaciones que los jóvenes elaboran en torno a los consumos de drogas y en torno a sus riesgos y daños asociados. Al respecto:

*A: En un chungo, o en estar enganchando y volverte un delincuente. Eso son los riesgos que te venden. (GF; Cataluña II)*

*P2: ... y más yo que sé, yo que sé, desde cuando eres joven, pues tus padres, o la tele o el Gobierno, o lo que sea, que algo es malo, pues dices, pues va...(GF; País Vasco I)*

*P6: Luego las campañas informativas así, que hacen los anuncios que hacen en la tele y así... para mi personalmente no me parecen una forma de... de, no sé, de enseñar a los jóvenes que no se droguen (GF; País Vasco I)*

*P5: Claro, prácticamente tiene que hacer para que digas: "Ostras, es peligroso, no voy a hacerlo", ese es el fin que ellos querrán, sabes no? prevenirnos de esa forma, pero al final (GF; País Vasco I)*

*P7: Y luego físicamente, los riesgos físicos y mentales, físicamente ya ves la gente, alguna vez he visto en la tele, yo no conozco a nadie, (...) imágenes de esas que ponen y las chicas éstas que están ya que, se había traspasado lo que es el paladar, un agujero ya que... y operaciones yo he oído operaciones de tabique, de ponerles el tabique, y decirles: "No puedes consumir más", igual son 5 fases de operación, primero una, luego tienes otra, y dicen que pasas la primera fase, luego la segunda dentro de dos meses, otra vez, no se puede, que paren ya que se van a reventar la cara (GF; País Vasco I)*

Independientemente de la distancia crítica asumida por cada uno de los hablantes respecto a sus propios enunciados, lo que ahora nos interesa relevar son las constantes discursivas que de forma explícita o implícita, directa o indirectamente, van delineado el *semblante* del sujeto (las narrativa como procesos de subjetivación) que emerge a propósito del dialogo que se produce entre el habla de los jóvenes y el discursivo dominante afincado en el habla experta. Asimismo, también nos interesará relevar los efectos discursivos, en tanto estos efectos instituyen los significados y sentidos de los discursos sobre los riesgos en el campo de las drogas.

En cuanto a lo primero, en los textos antes citados, se observa que el orden del discurso dominante sobre los riesgos se funda sobre la base de una conjunción del “saber/poder” emanada de una voz de autoridad moral y política (*tus padres, o la tele o el Gobierno*) legitimada (o no) científicamente mediante la ciencia de la prevención y sus dispositivos de comunicación (*Luego las campañas informativas así, que hacen los anuncios que hacen en la tele y así... para mí personalmente no me parecen una forma de...de, no sé, de enseñar a los jóvenes que no se droguen*).

En cuanto a lo segundo, es decir en cuanto a los efectos discursivos, estos se caracterizan por su tendencia a instituir la ecuación “riesgo-peligro-daño” como uno de los ejes fundamentales (sino exclusivos) de significación de las drogas, sus consumos y sus consecuencias asociadas. Como puede observarse en los textos citados, la cuestión de la peligrosidad constituiría un pivote central en los discursos sobre el riesgo en el campo de las drogas (*Claro, prácticamente tiene que hacer para que digas: “Ostras, es peligroso, no voy a hacerlo”, ese es el fin que ellos querrán, sabes ¿no? prevenirnos de esa forma, pero al final...*). Peligrosidad que en su modalidad ex - post se expresaría en múltiple ámbitos de pérdidas o daños (*chungo, o en estar enganchando y volverte un delincuente. Eso son los riesgos que te venden*), y en su modalidad ex - antes en múltiples ámbitos relacionados con su evitación y/o control (*...que paren ya que se van a reventar la cara*).

Entre los diferentes dispositivos implicados en la gestión de riesgos relacionados con los consumos de drogas, adquieren gran relevancia aquellos relacionados con la producción de información. En efecto, uno de los componentes clave de la prevención moderna en el campo de las drogas tiene relación con la comunicación del riesgo al público<sup>126</sup>. Esta comunicación, está dirigida fundamentalmente a incrementar la concienciación del público sobre los riesgos y daños relacionados con las drogas. Ahora bien, el análisis de los textos/discursos de los jóvenes sobre el riesgo, nos indica que

---

<sup>126</sup> La inseguridad se ha incorporado a la cultura de los ciudadanos debido, en gran medida, a la constante promoción y escenificación del riesgo generada por los medios de comunicación. El discurso del riesgo ha contribuido a la construcción de una imagen social de la incertidumbre que los individuos perciben como realidad social fundamental (Beck, 2002)



estos dispositivos de “información – comunicación”, no solo son coherentes con la ecuación “riesgo-peligro-daño, sino que además producen una serie de efectos discursivos que serán determinantes en la topografía discursiva del riesgo que los propios jóvenes elaboran. En términos empíricos, los efectos discursivos antes señalados, se encuentran fuertemente relacionados con los siguientes dispositivos semióticos: *el anuncio como metáfora de control y la información*.

*P5: Sí, que no entendemos esos anuncios, que también da miedo el hecho de la dependencia esa de que llegan a demasiado, y eso, pues si enfocan los anuncios esos un poco p’ahí, igual nos hacen pensar un poquillo, y tener más cuidado de, más en cuenta aunque. (GF; País Vasco I)*

Ciertamente, en las prácticas discursivas de los jóvenes, los enunciados que refieren a los dispositivos antes señalados se encuentran fuertemente imbricados entre sí. De ahí que cualquier recorte tendiente a su separación, no es más que un recurso metodológico orientado a facilitar su análisis. Analicemos el primero de éstos dispositivos.

## **2.1.- El Anuncio Como Metáfora Del Control Social**

De acuerdo a la Real Academia Española la palabra anuncio viene del latín *anuntîus* y se define como: (1) Acción y efecto de enunciar; (2) Conjunto de palabras o signos con que se anuncia algo; (3) Soporte visual o auditivo en que se transmite un mensaje publicitario. Como observaremos a continuación, serán éstas dos últimas acepciones del término las que tienen mayor resonancia en los discursos del riesgo, haciendo que este último adquiera un particular significado. El siguiente texto correspondiente a uno de los grupos focales realizados en el País Vasco puede resultar aclaratorio.

*P6: Muchas veces, pero no sé por ejemplo cuando, yo me acuerdo, (del anuncio de los gusanos) es que era asqueroso, pero no sé, aparte de salud por los demás, incluso a veces, te llegan a incitar, te llegan a incitar*

*P4: Ya...*

*P6: Yo lo veo así, no sé, yo creo que los anuncios y así no están muy bien*

*P5: Sí, que no entendemos esos anuncios, que también da miedo el hecho de la dependencia esa de que llegan a demasiado, y eso, pues si enfocan los anuncios esos un poco p'ahí, igual nos hacen pensar un poquillo, y tener más cuidado de, más en cuenta aunque*

*P6: A largo plazo pues cualquier droga te afecta*

En relación a la cita, cuando se dice que *“yo me acuerdo, (del anuncio de los gusanos) es que era asqueroso, pero no sé, aparte de salud por los demás, incluso a veces, te llegan a incitar, te llegan a incitar”* se puede inferir que desde la perspectiva de los jóvenes, la recepción de las campañas informativas en el campo de las drogas, se hace en clave de anuncio. En efecto, lo que los jóvenes significan como *el anuncio de los gusanos* refiere a la campaña **“Ten cerebro. Pasa de la coca”** (Fig. 1), creada por la agencia saatchi&saatchi para la Fundación de Ayuda Contra la Drogadicción (FAD) emitida por primera vez en el año 1992 y vuelta a ser emitida (recuperada) en el año 2004.

Figura 1. Campaña “Ten cerebro. Pasa de la coca” (enero, 1992) FAD



“Curiosamente” dicha campaña sería bautizada por los medios de comunicación como **la campaña del gusano**, la misma que, como se indica en la cita anterior, los jóvenes recuerdan como **el anuncio de los gusanos**. En la versión para la televisión la campaña

mostraba la imagen de un gusano introduciéndose en la nariz de un joven, simulando una raya de cocaína, acompañadas por el sonido característico que se produce al esnifar, sucedida de una voz en *off* que decía lo siguiente: *“La cocaína va directamente al cerebro y te produce graves daños. Desde el primer momento. Desde la primera línea. Ten cerebro. Pasa de la coca”*<sup>127</sup>.

La campaña del gusano actúa como intertexto, dando forma al contexto de enunciación a partir del cual la palabra *anuncio* adquiere un significado particular. En efecto, sabemos que una palabra u oración, no conllevan el significado plenamente, sino que lo adquieren del todo en el escenario concreto en el que se produce. De ahí que, leer las campañas de información en clave de anuncio, significa algo más que una mera constatación de que a través de ellas se está anunciando algo. La cuestión central estriba en que el significado definitivo que adquiere la palabra anuncio en el discurso de los jóvenes, se encuentra ineludiblemente vinculado la representación de las drogas y sus *daños anunciados* tal cual son escenificados (representados discursiva y visualmente) en las campañas de información. De hecho, el texto *“La cocaína va directamente al cerebro y te produce gran daño. Desde el primer momento. Desde la primera línea”* subyace al enunciado sobre el anuncio del gusano y completa su significado, y por tanto constituye una pieza clave del escenario concreto en el que realiza su producción.

Por otro lado, aunque con menor fuerza e intensidad, en los discursos de los jóvenes la palabra anuncio adquiere un significado asociado a la segunda acepción del término. Desde esta segunda perspectiva, la recepción de las campañas de prevención en clave de anuncio, implica que el mensaje informativo adquiere un determinado significado en el marco de los códigos publicitarios. En este sentido, no solo se trata de que el mensaje devenga en objeto de consumo, sino que además, dada su codificación publicitaria, puede llegar a tener un efecto discursivo contra-preventivo (*...incluso a veces, te llegan a incitar, te llegan a incitar*)

---

<sup>127</sup> El texto de la versión era algo diferente al de la versión televisiva: *“Cada vez que te metes una línea de cocaína te estás metiendo algo que va directamente al cerebro. Y lo va devorando. Y lo daña para siempre. Desde el primer momento. Desde la primera línea. Ten cerebro. Pasa de la coca”*.

En esta doble perspectiva ¿Qué implicancias tendría el hecho de que las campañas informativas sean significadas en clave de anuncio? A modo de respuesta, debemos señalar que análisis de los discursos de los jóvenes, nos indica que los distintos dispositivos semióticos y materiales mediante los cuales se articula el discurso social sobre el riesgo, adquieren una insospechada potencia performativa, revelando así su gran capacidad para crear realidades. De hecho, si tal como hemos visto hasta ahora, en la gramática del anuncio el daño pliega al riesgo, entonces la chance queda anulada, y el anuncio deviene en presagio<sup>128</sup>. Ahora bien, si en la gramática del presagio los indicios o señales que anuncian un suceso futuro son omitidos o quedan anulados, entonces el presagio habrá devenido en profecía<sup>129</sup>...“*La cocaína va directamente al cerebro y te produce gran daño. Desde el primer momento. Desde la primera línea*”.

## 2.2.- Información Y Neguentropía

De acuerdo a Jesús Ibáñez (1994) la palabra información articula dos significados: informarse de (extraer información, mediante la observación –semántica-) y dar forma a (inyectar neguentropía, mediante la acción –pragmática-). En clave marxista, advierte que en una sociedad de clases, la información fluye de abajo hacia arriba, la neguentropía de arriba hacia abajo, advirtiendo que las clases dominantes se reservarían el azar, y de este modo, podrían predecir a las clases oprimidas, siendo ellas mismas impredecibles (Ibáñez, 1994).

---

<sup>128</sup> Según el diccionario de la RAE **PRESAGIO** se define como: (Del lat. praesagĭum). (1). Señal que indica, previene y anuncia un suceso (2) Especie de adivinación o conocimiento de las cosas futuras por medio de señales que se han visto o de intuiciones y sensaciones.

<sup>129</sup> Según el diccionarios de la RAE **PROFECIA** se define como: (Del lat. prophetĭa, y este del gr. προφητεία) (1) Don sobrenatural que consiste en conocer por inspiración divina las cosas distantes o futuras. (2) Don sobrenatural para pronunciar oráculos en nombre y por inspiración de Dios. (3) Predicción hecha en virtud de don sobrenatural. (4) Cada uno de los libros canónicos del Antiguo Testamento en que se contienen los escritos de cualquiera de los profetas mayores. La profecía de Isaías, la de Jeremías, la de Ezequiel, la de Daniel. (5) Juicio o conjetura que se forma de algo por las señales que se observan en ello. (6) Libros canónicos del Antiguo Testamento, en que se contienen los escritos de los doce profetas menores.

Parafraseando a Ibáñez podríamos decir que en el marco de la gestión de riesgos, los dispositivos de información adquirirían un significado y una función eminentemente neguentrópica (o pragmática) y solo en un segundo término, adquieren un significado y una función semántica. En efecto, en términos generales la información sobre los riesgos fluye de arriba hacia abajo, ordenando la acción social de los jóvenes a través de múltiples dispositivos de información. Estos dispositivos convergen y se articulan en un discurso normativo sobre las drogas, desde el cual se prescribe, y al mismo tiempo, proscriben determinados comportamientos individuales y sociales relacionados con los consumos de drogas y sus riesgos asociados. En este sentido, una vez más parafraseando a Ibáñez, decimos que los dispositivos de información orientados a la gestión de riesgos privilegian la dimensión pragmática por sobre la dimensión semántica en sus enunciados, ya que principalmente intentan inyectar neguentropía al sistema para disminuir la cantidad de incertidumbre existente en el mismo<sup>130</sup>. La función reguladora que ejerce esta información sobre el riesgo, será reforzada a través de la compresión o cierre de las fronteras (estratégicas) del campo semántico a partir del cual se instituyen los significados del riesgo. Sin embargo, esta doble operación que caracteriza el funcionamiento de los aparatos y dispositivos de producción de información sobre el riesgo, significará que estos dispositivos orientados a la gestión de riesgos, dependiendo del tipo de objeto/población a la que se dirigen, devengan, o bien en una suerte de tecnología disciplinaria dirigida a “encauzar conductas”, corregir, reducir las desviaciones, transformar y prevenir determinados comportamientos, en definitiva, tecnología dirigida a hacer del individuo un cuerpo dócil; o bien, en una tecnología post-disciplinaria, a través de la cual el

---

<sup>130</sup> Los procesos de institucionalización tratan de asegurar la estabilización y permanencia de la norma interpretativa y su imposición a través de estructuras sociales resultantes de procesos históricos, culturales y políticos, los cuales se concretan en formaciones discursivas que regulan no sólo el acceso a la significación de los acontecimientos del mundo, sino también el acceso a la palabra y a los espacios privilegiados para su circulación. De igual modo, estos procesos aseguran la permanencia normativa de lo “común” por encima de las diferencias de clase, de riqueza y de necesidad, bajo el discurso homogeneizador del riesgo global (Lozano, 2002). “Desde esta perspectiva, los problemas y conflictos relacionados con la salud no son fenómenos que tienen una existencia autónoma fuera de las formaciones discursivas que legitiman su abordaje cognitivo sino que, por el contrario, constituyen el síntoma de un campo problemático de definición de las relaciones sociales, entre los individuos, entre nosotros y los otros” (Landowsky, 1997:60 en Lorente, s/f)

autocontrol (el control de sí) y la autogestión del riesgo se constituyen en las coordenadas principales a través de las cuales se encarnará el nuevo prudencialismo.

Ciertamente, el análisis de los discursos de los jóvenes en relación a los dispositivos de información sobre los riesgos y sus efectos discursivos, nos advierten sobre ciertos cambios o mutaciones que estarían afectando tanto al sujeto enunciador o lugar de la enunciación como a las propias condiciones históricas en las que emergen sus enunciados. Dicho en otras palabras, el análisis de los textos nos advierten sobre ciertos cambios en la propia institución de producción y difusión del discurso del riesgo, así como también nos advierten de ciertos cambios a nivel de la racionalidad política y de las tecnologías de gobierno antes analizadas.

Ahora bien, en este nuevo contexto ¿cómo analizar los dispositivos de información orientados a la gestión de riesgos y sus efectos discursivos? ¿De qué forma estos dispositivos producen, median y/o modulan las prácticas discursivas sobre el riesgo de los jóvenes? ¿Cuál es la relación existente entre los dispositivos de información, sus efectos discursivos y las nuevas estrategias de gubernamentalidad?

Tal como hemos señalado, el análisis de los discursos de los jóvenes sobre el riesgo, nos indica que los dispositivos de “información”, no solo son coherentes con la ecuación “riesgo-peligro-daño descrita en los apartados anteriores, sino que además producen una serie de efectos discursivos que son determinantes en la construcción topográfica de los discursos sobre el riesgo que los jóvenes elaboran. En consecuencia, dichos dispositivos no solo median la experiencia, sino que además modulan las significaciones que los jóvenes elaboran en torno a sus propios consumos de drogas y a los riesgos y daños que enfrentan. Al respecto, las siguientes citas, a modo de base empírica, nos serán de gran utilidad para seguir avanzando en posibles respuestas a las interrogantes antes formuladas.

**P3:** *“Hoy en día con la información que hay todo el mundo sabe los riesgos que hay, la cosa es el nivel de autoengaño que puede llegar a tener la gente y decir no, sí puede*

*pasar (...) ser consecuente, saber lo que hay, y saber qué puede pasarte, pero bueno, valorar si te compensa" (GF; País Vasco I)*

**P6:** *"Sí, pues que tiene razón, no, que riesgos ya tienes pero, bueno que tienes que ser consecuente también con lo que estás haciendo" (GF; País Vasco I)*

**P6:** *"Qué pasa, ¿que no quieres ver la realidad? ¿no? Acaba con futbolistas, acaba con toreros, presidentes, ¡o acaba con un triste obrero! O sea, tienes que ser consciente de que... ¿no? Yo creo que es inmaduro, directamente, ¿qué tanto te enganchas? ¡Joder macho! pero es que sabes que cuando no estás colocado y piensas con la cabeza..." (GF; País Vasco II)*

**DIANA:** *"Pero yo creo que, no sé, información la tenemos. Tenemos la posibilidad de acceder a toda la información, pero preferimos cómo no saber. Y cuando vas a consumir al final decides que sí, unas cosas las coges, pero no estás pensando en que a mi amigo le ha pasado esto, que alguien a quién conocía le ha pasado lo otro. No, no piensas en los riesgos, vas a ello y ya está. Porque si no, no lo haces". (GF; Cataluña II)*

Tal como se observa en los diferentes textos citados, la información sobre los riesgos, entendida como aquella capacidad (del poder) para dar forma a algo (en este caso los riesgos), incide de forma significativa en la construcción del sentido de la acción social relacionada con los consumos de drogas y la significación de sus riesgos asociados. En efecto, en los discursos de los jóvenes arriba citados, se advierte que la información existente sobre los riesgos (*Hoy en día con la información que hay todo el mundo sabe los riesgos que hay*) sería tan contundente y unívoca que sólo el autoengaño, la negación, o lisa y llanamente su aceptación sería posible<sup>131</sup>.

---

<sup>131</sup> Desde una perspectiva comunicativa, el proceso de normalización informativa de la realidad se entiende como un conjunto de prácticas discursivas y culturales mediante las cuales se construye un sistema interdefinido de enunciados, gracias a los cuales, de forma arbitraria, inestable y polémica se establece, discrimina y reconoce un campo convencional, normalizado, de significación y por ende, de lo que queda excluido del mismo y categorizado como anormal, singular y excepcional. Ahora bien, *"la normalización contribuye a la reducción de la complejidad que caracteriza los problemas y tensiones relativos a la salud y la enfermedad, denegando la legitimidad de voces que plantean disputas entre sistemas de valores concurrentes. Las sucesivas constricciones que ha sufrido el campo semántico y conceptual de la salud y su estabilización bajo el paradigma "sanitario", perfilan un panorama de las distintas formas de pensamiento acerca de las relaciones del individuo con el propio cuerpo, con la enfermedad, la medicina y los servicios sanitarios, así como del consenso, la asunción y habituación al sentido socialmente otorgado a las mismas"*. (Lorente, s/f: 3)

**P1:** *“Hoy en día con la información que hay todo el mundo sabe los riesgos que hay, la cosa es el nivel de autoengaño que puede llegar a tener la gente y decir no, sí puede pasar (...)(GF; País Vasco I)*

**P4:** *“Yo lo tengo presente, pero no lo pienso en el momento, porque si lo pienso en el momento no lo hago. (GF; Cataluña II)*

**P2:** *“Hombre, el riesgo está ¿no?...o sea, si te desfasas un montonazo con las drogas, sabes que algo te puede pasar, pero bueno...” (GF; País Vasco II)*

**P2:** *“Sí, pasar sabes que te puede pasar, tú cuando te estás poniendo ahí de lo que sea, ya sabes que... los efectos que tiene” (GF; País Vasco II)*

Como veremos más adelante, el posicionamiento mayoritario de los discursos de los jóvenes respecto a la información que poseen sobre los riesgos relacionados con los consumos de drogas, articulan su versión más edificante, a través de un triple posicionamiento. En primer lugar, asumiendo que las drogas constituyen un riesgo, ya sea por sus propiedades intrínsecas en tanto objetos tóxicos, o bien por las dificultades que en tanto objetos peligrosos (adictivos) revisten para hacer un uso controlado de ellas.

**P4:** *“Pero siempre hay un riesgo, aunque sea menor. Aunque sea pura, da igual”. (GF; Cataluña II)*

**P6:** *“Qué pasa, ¿que no quieres ver la realidad? ¿No? Acaba con futbolistas, acaba con toreros, presidentes, ¡o acaba con un triste obrero! O sea, tienes que ser consciente de que... ¿no? Yo creo que es inmaduro, directamente, ¿que tanto te enganchas? ¡Joder macho! pero es que sabes que cuando no estás colocado y piensas con la cabeza...” (GF; País Vasco II)*

En segundo lugar, considerando que las drogas constituyen un riesgo, y que todos los jóvenes se encuentran informados al respecto, sería responsabilidad de cada uno actuar en consecuencia:

*“Sí, pues que tiene razón, no, que riesgos ya tienes pero, bueno que tienes que ser consecuente también con lo que estás haciendo”*



*P6: “Hombre, pues si tú decides consumir igual o ya coger el hábito de consumir los fines de semana o algo, pero si lo haces de vez en cuando o lo que sea pues que tienes que tener en cuenta que como te pases o algo pues que te puedes, no sé que te puede sentar mal, que no deja de ser una droga” (GF; País Vasco I)*

Y en tercer lugar, al igual que existen aspectos negativos intrínsecamente asociados a los consumos de drogas, también existirían aspectos positivos o ganancias intrínsecas asociadas a las prácticas de consumo, y en consecuencia, la decisión personal de consumir o no consumir sería la resultante del cálculo que cada uno realiza sobre los pro y los contra del consumo de determinadas drogas en un determinado momento y lugar.

*P3: “Claro, pues es un poco la balanza, no, pues cada uno lo verá, si... los riesgos y los factores positivos...”(GF; País Vasco I)*

En este sentido, el discurso experto sobre los riesgos, a través de los distintos dispositivos de comunicación e información, hará eco en el discurso edificante que los jóvenes elaboran entorno al riesgo, en la medida en que los tres posicionamientos antes señalados, denotan cierto isomorfismo con respecto a los tres pilares básicos sobre la cuales se ha asentado el análisis moderno del riesgo. A saber: *La percepción del riesgo (primer posicionamiento)*, *la gestión del riesgo (segundo posicionamiento)* y *el cálculo del riesgo (tercer posicionamiento)*. Más aún, denotan cierto isomorfismo también, en relación a los tres dispositivos característicos de la gestión moderna de los llamados nuevos problemas sociales. El siguiente extracto de una conversación correspondiente a uno de los grupos focales (GF; País Vasco II) es elocuente.

*P1: Pues un chungo*

*P5: O que te quedas pa’ lla*

*P3: Que te quedas pa’ lla*

*P6: Pues esto; acabar en el Hospital ingresado o que me he quedado pa’ lla, esos son los riesgos que más veo.*

**P5:** *A corto plazo, que te pase en un momento, todo lo que me vaya a pasar... de joven te pusiste las botas y ahora estás...sabes sufriendo...todos los problemas que te pueden causar esas cosas.*

**P3:** *Yo también, a largo plazo me da más miedo.*

**P1:** *Yo en eso no me paro a pensar.*

**P6:** *Yo en eso no me preocupo.*

**P1:** *A mí el corto.*

**P7:** *A largo plazo... ¿cuando sea mayor?*

**P3:** *¡Claro!*

**P7:** *Pues estaré ciego, me dolerá la espalda*

**P5:** *Yo te digo, colegas que tengo, están como palillos y se sabe que es por eso...la cara chupada*

Tal como se aprecia en la conversación antes citada, la información sobre los riesgos y sus respectivos efectos discursivos, dejarán su huella en las tramas discursivas elaboradas por los jóvenes sobre éstos. Ciertamente, los distintos dispositivos de información revelarán su potencia performativa en las distintas formas en que los jóvenes codifican y re-codifican los riesgos relacionados con los consumos de drogas. En efecto, el análisis de los textos/discursos nos revela la existencia de una topografía del riesgo signada por presencia del daño y del peligro. Sin embargo, en esta particular topografía emergente, la significación del riesgo, ya sea como daño o como peligro, tendrá fuertes implicancias en la gestión del riesgo. En efecto, la significación del riesgo como daño, se hace en virtud de cierta información proveniente del discurso experto, a partir del cual se advierte sobre un conjunto de consecuencias adversas para la salud relacionadas con los consumos de drogas.

Ahora bien, el discurso experto requiere ser mediado y a la vez, mediatizado. Mediado por el conjunto de agentes e instancias educativas que intervienen en el campo de la prevención del consumo de drogas. De igual modo, el discurso experto será mediatizado a través de los diferentes aparatos o dispositivos de información que participan en la comunicación social de los riesgos a nivel público. En este sentido se debería producir un doble flujo de información. Uno que iría de los medios a las mediaciones, y simultáneamente otro, que iría de las mediaciones a los medios. Sin

embargo, el análisis de los textos/discursos de los jóvenes nos indica una significativa ausencia de instancias de mediación, situación que contrasta con la significativa presencia que adquieren los medios en sus discursos. En este sentido, el esperado doble flujo de información, que hipotéticamente se produciría en la comunicación social del riesgo, quedaría reducido a un flujo unidimensional, lo que indica un modelo de comunicación social del riesgo caracterizado por la primacía de los medios de comunicación a nivel del discurso público.

Lo anterior quiere decir que estamos ante un modelo de gestión de los riesgos, en el cual dada la preeminencia del régimen escópico (visibilización) que gobierna la producción mediática, se privilegiaría la visualización de los riesgos. En este sentido, para poder escenificar los riesgos, en el marco estricto de la economía de los signos que orientan el consumo mediático, éstos tendrían que ser “necesariamente” espectacularizados<sup>132</sup>. Dicha espectacularización, se produciría gracias a una gramática del riesgo en la cual la pérdida y el daño adquirirían dimensiones claramente conmovedoras, o en su defecto, dimensiones visiblemente dramáticas:

**P5:** *“Este tipo de anuncios yo creo, por lo menos para mí, es como ver en el telediario que miles de niños se están muriendo de hambre, te dura 5 segundos, 5 segundos literalmente, luego ya...te olvidas” (GF; Vasco II)*

**P1:** *“Yo creo que la mejor forma de dejar una droga es tener un susto que te caes por las patas, tener un susto de muerte, o verlo... es que no sé como se puede hacer pero yo lo que haría sería si quiero que los jóvenes dejen de drogarse es coger a uno, llevarle donde una (...) y decirle: “Mira, esto es lo que te va a pasar, (...) como no te pongas las pilas...” (GF; Vasco I)*

---

<sup>132</sup> Esto es convergente con el modelo de información de actualidad, ya que éste al incidir en el relato del acontecer inesperado como principal valor de lo noticiable, prima la inestabilidad, el cambio y la excepcionalidad en el proceso de (re)construcción informativa de la realidad, interpelando el capital cognitivo disponible del público y sus márgenes de previsión, con constantes variaciones que son presentados como acontecimientos. El tratamiento informativo de la actualidad al tratar de implicar directamente al público mediante la proyección de las causas, efectos y consecuencias de los acontecimientos en su entorno inmediato, moviliza constantemente sus márgenes de previsión y la percepción de la magnitud de los acontecimientos informados.

En este sentido, la topografía discursiva de los jóvenes que codifica los riesgos desde la perspectiva del daño, encuentra en la gramática mediática del riesgo/daño sus principales anclajes. En este horizonte emergen los distintos enunciados sobre el *riesgo/daño*. “**El chungo**”, en referencia a los riesgos de sobredosis; “**el quedar pa`lla**” en referencia a los riesgos psiquiátricos; “**el enganche**”, en referencia a los riesgos de habituación o dependencia. Estos son algunos de los ejemplos de los riesgos posibles visto desde el prisma del daño. *El chungo*, *el enganche*, etc., se instituyen como los iconos principales que nos advierten de la colonización del discurso del riesgo por el discurso del daño. En este proceso de cierre, de clausura del espacio enunciativo, el lugar de la agencia se verá francamente eclipsado. En este sentido, al igual que en el caso del anuncio, *la información sobre el riesgo* tendrá como uno de sus principales efectos, la eliminación total o parcial de la multiplicidad y con ello de *lo probable* en la producción del sentido y del significado del riesgo.

La sobrecodificación del riesgo en clave de daño, reduciría de forma significativa el margen de acción de los jóvenes (la dimensión pragmática del riesgo) encaminada a gestionar los riesgos relacionados con sus propios consumos de drogas. En efecto, tal como se desprende del análisis de los discursos, o bien éstos aceptan (asumen) los riesgos/daños implicados en sus consumos de drogas, o bien los olvidan transitoriamente (suspensión), ya sea relativizando tácticamente su advenimiento, o difiriendo en el tiempo su ocurrencia (a un mediano o largo plazo). Una tercera posibilidad, por cierto mucho más estratégica que las dos anteriores, está dada por los intentos por re-codificar o redefinir el campo semántico del riesgo en vías a abrir nuevas posibilidades de acción y de manejo. Por ahora solo nos vamos a detener en el análisis de las dos primeras posibilidades, es decir aceptación y olvido, de igual modo haremos un breve señalamiento respecto al último punto.

### **2.3.- La Aceptación**

**En cuanto a lo primero**, el análisis de los discursos nos informa que una línea de acción seguida por los jóvenes ante el riesgo eminente que conllevaría el consumo de drogas, se encuentra relacionado con lo que los expertos definen como aceptación o

*aceptabilidad social del riesgo*. Ciertamente, un primer análisis nos advierte que éstos a la hora consumir sustancias psicoactivas son plenamente conscientes de los riesgos o peligros a los que se encuentran expuestos. De hecho, a través de sus discursos se puede entrever la emergencia de una ética del consumo y del consumidor, a través de la cual se le va a reclamar a los usuarios que se comporten conforme a ésta, lo que implica asumir los riesgos. Así por ejemplo, se apela a que en tanto consumidor se debe de “*ser consecuente también con lo que estás haciendo*”. En este contexto enunciativo, el ser consecuente no significa que estando ellos informados y por tanto siendo conscientes de los riesgos, daños o peligros relacionados con el consumo de drogas, vayan a evitar o abandonar sus prácticas de consumo. Muy por el contrario, aquí la lógica preventiva se invierte, pues ser *consecuente* significará *asumir* conscientemente que el consumo de drogas implica **correr** determinados **riesgos**. Dicho de otra forma, ser consecuente significa asumir que cuando estas consumiendo drogas estás corriendo riesgos. Más aún en el contexto de la información que hemos venido analizando, pues asumir que estas *corriendo riesgos*, significará que eres consciente, y hasta cierto punto responsable de tus actos, ya que estás “plenamente” informado de los riesgos, peligros y daños relacionados con tus propios actos.

Ahora bien ¿cómo se explica que estando los jóvenes informados de los riesgos/peligros y daños asociados a los consumos de drogas, aún así, éstos decidan seguir consumiendo? No cabe duda que intentar resolver esta interrogante se nos hace una empresa extremadamente compleja y no menos pretenciosa. Sin embargo, si situamos la interrogante en el marco estricto del análisis de los dispositivos de información y los efectos discursivos hasta ahora analizados, podremos arriesgar una respuesta posible que al menos resulte medianamente satisfactoria. Una primera cuestión a tener en consideración, tiene relación con el enfoque desde el cual vamos a intentar entender y asumir la relación entre percepción del riesgo y aceptabilidad del riesgo. En efecto, desde ciertas perspectivas hegemónicas, se suele asumir que el factor fundamental del que depende la aceptabilidad del riesgo, es la percepción de los riesgos y beneficios que conllevan determinados actos. Desde esta perspectiva, se entenderá la percepción del riesgo como algo equivalente o circunscrita a la estimación del nivel de peligro, siendo -por lo general- la estimación correcta del nivel

de peligro equivalente a la estimación técnica realizada por los expertos. Bajo esta premisas, la exposición al riesgo de los jóvenes, o bien respondería a una falla en la estimación del peligro, lo que no sería lógico pues tal como hemos visto los jóvenes se encuentran informados de los peligros, o lisa y llanamente responde a un acto puramente irracional de éstos. Sin embargo, en base a nuestro trabajo empírico, significar el comportamiento de consumo como una práctica irracional, no solo nos parece éticamente rechazable, sino también en términos estrictamente heurísticos, nos parece limitado, lo que nos lleva a cuestionar algunas de las premisas básicas en las que se apoya dicho modelo.

Ciertamente, desde la perspectiva de las ciencias sociales, ni la aceptabilidad ni la percepción del riesgo son funciones de una única dimensión referida a la estimación objetiva del riesgo. Ambas poseen un carácter multidimensional que hace referencia a diversas características o atributos de las fuentes de peligro, más allá de una única concepción abstracta del riesgo, por más docta (matematizada) o experta (evidencia) que esta sea. Y puesto que los juicios y valoraciones sobre la aceptabilidad pueden resultar afectados por dimensiones similares a las que subyacen a los juicios sobre la percepción del riesgo, resulta necesario considerar ambos tipos de juicios y/o valoraciones como relacionados entre sí. Sin embargo, esta relación no tiene por qué ser necesariamente una relación de causalidad, en el sentido de que cuanto mayor es el riesgo percibido, menor es la aceptabilidad, ya que bien podría ocurrir a la inversa, que cuando se rechaza una fuente de peligro, las mismas características o dimensiones que llevan a su rechazo son las que pueden llevar a percibir más riesgo o peligro. O puede también ocurrir que aunque la “cantidad” o nivel de riesgo percibido sea pequeño, este se considere inaceptable por otras razones como por ejemplo factores relacionados con el contexto social, cultural y/o político.

En este sentido, desde esta segunda perspectiva, la gramática mediática del riesgo que apuesta por la visibilización espectacular del daño/peligro, anclando su texto/imagen en el costado de la morbi-mortalidad de las drogas, no solo no garantiza la no aceptación del riesgo, sino que además, de paso invisibiliza otras dimensiones que podrían resultar relevantes para los jóvenes a la hora de estimar los niveles de riesgo a

los que se encuentran expuestos. Relevantes también a la hora de valorar su aceptación o rechazo. Al respecto, la siguiente cita correspondiente a la intervención de uno de los participantes en un grupo focal (GF; Cataluña II) pueden resultar aclaratoria:

***PIÑA:** Pues que hay un riesgo emocional, que hay un desgaste emocional, un desgaste extra cuando tomas drogas. No sólo físico en tu cuerpo, también mental y también emocional. Si tuviéramos la información no tan sugestionada de lo que la droga realmente es, o de cómo se puede tomar. No sólo pensar si se tiene que tomar, sino tomar en tal sitio, de tal forma... Si te informaran realmente bien, bien, bien, de todo, yo creo que la gente entraría con mucha más consciencia de los riesgos qué hay.*

De acuerdo a lo señalado hasta ahora, asumir consecuentemente los riesgos, significaría algo más que aceptar que las drogas dañan la salud física de los potenciales consumidores. De hecho, tal como se señala en la cita anterior, el riesgo es “*no solo físico, en tu cuerpo, también mental y también emocional*”. Sin embargo, en este tipo de enunciados, no solo se está apelando a la multidimensionalidad de los riesgos, sino que también se está aludiendo a cierto impedimento que se produciría en la propia gestión del riesgo, toda vez que éste es visibilizado desde una óptica unidimensional. De hecho cuando se dice “*Si te informaran realmente **bien, bien, bien, de todo**, yo creo que la gente entraría con mucha más consciencia de los riesgos qué hay*” cabe preguntarnos por el significado que adquiere el énfasis que en el enunciado se le da al hecho deseable de ser bien informado, es decir que te informen **bien, bien, bien de todo**.

Respecto a esto último, debemos señalar que el análisis del corpus textual, nos advierte que la significación del riesgo en clave de daño/peligro que los medios de comunicación producen y reproducen, no solo tiende a restringir las fronteras del campo semántico sobre el cual se constituyen los significados del riesgo, sino que también restringen el campo de acción social a través del cual los jóvenes pueden devenir en sujetos activos en la gestión del riesgo relacionado con sus consumos de drogas. En este sentido, el discurso social sobre el riesgo se caracteriza por la

constricción semántica y pragmática de sus enunciados, donde la información juega un papel clave como medio regulador, ya que a través de ella se intenta disminuir la cantidad de incertidumbre del sistema. Sin embargo, en su anverso, nos vamos a encontrar frente a un conjunto de experiencias vitales cargadas de incertidumbre, cargadas de azar que se resiste al poder de la predicción.

***P5:** Sí, cualquier cosa te puede pasar en este mundo y quien te está diciendo que hayas estado metiendo fichas a la máquina y te puede tocar el premio...o sea, amigos que ha tenido leucemia, madres de colegas, padres de colegas y tío, colegas míos de clase, 15, 16 años y que han muerto por esas cosas y dices: "...Hostia puta!, y cómo voy a pensar yo en... ahora, de cara a los 60?, me puede pasar cualquier cosa, cualquiera, absolutamente cualquiera..."*

A juzgar por los propios discursos de los jóvenes, ser consecuente con las propias prácticas de consumo significa algo más que asumir el riesgo en las claves de significación del discurso social dominante. De hecho, implica asumir también toda esa otra parte del mundo de la experiencia que en tanto usuarios de drogas han vivido y experimentado en carne propia o de forma indirecta, ya sea a través de sus pares o de otros situados en su entorno social próximo. Significa asumir, encarar de forma consecuente la parte *off* de las drogas y sus riesgos concomitantes. Al respecto:

***JUDIT:** No es sólo el riesgo de un día, de que te de el chungo.*

***ALBERT:** No, pero yo creo que es lo que viene después. O sea, te tomas un trippi...*

***JUDIT:** Lo que viene después y lo que vendrá más tarde.*

***BUI:** Claro, hombre, si te pillan con un gramo 700 euros, si te pillan con un porro 300 euros...*

***PIÑA:** Bueno, eso es el riesgo legal.*

***JUDIT:** Si lo fías y no lo pagas...*

***PIÑA:** Yo creo que la mayoría de gente piensa en que te de un chungo.*

***LUCÍA:** Y aparte de esto está que si estás un poco enganchado a cualquier droga vas perdiendo pasta, siempre. Aunque no sea que estés enganchadísimo, que no puedas*



*vivir sin eso, si tienes el enganche de estar cada fin de semana metiéndote lo que sea, estás perdiendo pasta, que te sale por todas partes.*

Pero no solo significa asumir aquellos otros riesgos comúnmente omitidos por el discurso social y mediático como lo son los riesgos legales o económicos, lo que ya es relevante. Sino que además implica asumir una serie de otros aspectos relacionados con lo que podríamos llamar la ***zona gris de los riesgos***. *Con zona gris de los riesgos nos referimos a todos aquellos efectos y consecuencias no deseados relacionados directa o indirectamente con el consumo situado de una(s) determinada(s) sustancia(s), y que dada sus características socio-estructurales que condicionan su experiencia, éstos son significadas al margen de la ecuación “riesgo/peligro/daño”.*

Cuando nos referimos a las características estructurales que condicionan la experiencia y que caracterizan la emergencia de la *zona gris de los riesgos*, estamos aludiendo a la dimensión pragmática y semántica que caracteriza el discurso social sobre el riesgo. Para ser más específicos aún, nos estamos refiriendo a las condiciones específicas de producción, circulación y consumo del discurso sobre el riesgo en el campo de las drogas. De hecho, y tal como hemos venido planteando a lo largo de todo este capítulo, el discurso dominante y hegemónico sobre el riesgo y sus diversos y/o múltiples dispositivos de comunicación e información en el campo de las drogas, se articula a través de una alianza -más o menos explícita- en la que confluye un saber experto sobre las drogas, que mayoritariamente suscribe a un determinado modelo del saber hacer perteneciente al campo que hemos denominado *ciencia de la prevención* (Duff, 2006). Y por otro lado, confluye un determinado saber hacer (decir y ver) propio al orden mediático espectacular que caracteriza nuestras sociedades tardo modernas en la llamada era de la información. Dicha confluencia, más o menos articulada, más o menos orquestada, adquiere cierta visibilidad pública mediante la puesta en escena de un conjunto de enunciados sobre el riesgo, los que por más descentralizados o diversificados que nos parezcan, van a converger, corporizarse y anudarse en una idea fuerza: *Las drogas son un peligro en tanto dañan la salud.*

En el marco de dicho cometido, el discurso público y responsable sobre el riesgo, deberá exacerbar y/o enfatizar de forma inequívoca los riesgos, peligros y daños relacionados con el consumo de drogas. En esa dirección, el discurso sobre las drogas, de alguna manera forzado, en tanto no puede dar señales equívocas al respecto, delineará un campo u horizonte de significación de los consumos de drogas cercado por la peligrosidad y el daño. Para ello, tanto el daño como la peligrosidad, requerirán ser debidamente objetivados sobre la base de un conjunto de evidencias científicas que de forma veraz informen sobre la realidad objetiva relacionada con las drogas y sus consecuencias adversas para la salud. Y será en esa deriva que el discurso social sobre el riesgo anclará su significación en el costado de la morbi-mortalidad relacionada con los consumos de drogas, erigiéndolos como indicadores irrefutables del peligro o daño que el consumo de drogas comporta. Sin embargo, al tiempo que instala dichos indicadores como referentes del riesgo, omite y excluye un conjunto amplio de “otros” fenómenos, que no calificando en la categoría morbi-mortalidad, e independientemente de su relevancia empírica o experiencial, y de su significación social y cultural en el mundo de la vida de los usuarios, quedan excluidos de la significación del riesgo. Estos fenómenos excluidos de la significación estructural del riesgo constituyen aquello que hemos denominado como **la zona gris de los riesgos**. Al respecto la siguiente cita puede resultar, sino elocuente, al menos sugestiva.

*P2: Con el speed llegas a casa y bueno, te metes en la cama y normalmente no puedes dormir, si te has puesto mucho y no has bebido mucho, pero si llegas con una borrachera de puta madre pues igual duermes*

*P6: Pero tres horas, luego ya estás*

*P2: Luego igual duermes tres horas, pero luego cuando se te pasa el pedo te vuelves a despertar y ya no puedes dormir, así que estamos en las mismas y, pues eso, y te tumbas en la cama, (si están los viejos por ahí...) tú llegas de fiesta un día a las 8 de la mañana y tú no puedes estar por casa dando vueltas porque daría un poco el cante*

*P2: Pues te metes en la cama y te echas a dormir, (...) y a dar vueltas y ponerte a sudar y a dar vueltas a la cabeza*

*E: ¿Y qué haces?*

*P2: ¿Yo? Pues me pongo la tele o me pongo a leer un libro o a escuchar música o a escribir...en casa estoy con la cabeza, un poco empanado para no comértela*

*E: Y a fumar porros dice él (risas)*

*P6: Para sí, para intentar tranquilizarte un poco*

*P3: Bueno, riesgo... es que no es riesgo, es lo que hay*

*P3: Sí, o sea, yo eso no lo consideraría riesgo, hombre, quiero decir, eso no me vas a decir que no lo vas a recuperar en tu vida, o sea hay gente que le puede llegar a sentar mal el hecho de no dormir, no el hecho de meterse speed, que a veces no dormir también tiene unas consecuencias para el cuerpo pues horribles, pero bueno, quiero decir yo de lunes a viernes, me echo unas siestas de puta madre y duermo como Dios, y bueno, porque no duerma dos noches en la semana, es que tampoco lo considero*

*P3: Pero es que no, ya te digo, o sea, yo no lo considero riesgo, simplemente, bueno, no has dormido pues no has dormido, es como (tampoco asumido)*

*P4: Hombre, es que no es un riesgo, es la parte mala, pero no es un riesgo, lo tomamos como "uh! No voy a dormir"*

Sin embargo, y sobre la base de los textos antes citados, se puede observar que la dimensión estructural no solo cumplirá una mera función de contexto en la construcción social del riesgo, sino que además modulará la experiencia y el significado de esta. En este sentido, la dimensión estructural del riesgo a la que nos estamos refiriendo, constituye una dimensión clave en la conformación del "habitus" del consumo de drogas, en tanto que se constituye en parte de los esquemas generativos a partir de los cuales los sujetos perciben el mundo y actúan en él. En efecto, y de acuerdo a la teoría del *habitus* desarrollada por Pierre Bourdieu, estos esquemas generativos serían socialmente estructurados. Esto quiere decir, que serían conformados a lo largo de la historia de cada sujeto y supondrían la interiorización de la estructura social, del campo concreto de relaciones sociales en el que el agente social se ha conformado como tal. Pero al mismo tiempo serían estructurantes. Es decir que al mismo tiempo son las estructuras a partir de las cuales se producen los pensamientos, percepciones y acciones del agente.

En este sentido, en tanto estructura, *la zona gris de los riesgos* es interiorizada e incorporada en las relaciones y prácticas sociales de los usuarios, y al mismo tiempo,

en tanto estructurante produce los pensamientos, percepciones y acciones de sus agentes. Sin embargo, dada sus características estructurales, su incorporación implicará que se produzca un desplazamiento en la significación del riesgo, desalojándolo de todas aquellas experiencias y practicas relacionadas con los efectos no deseados del consumo, los que siendo aún valorados como aspectos adversos del mismo, son significados como aquellos “costos” inevitables, concomitantes al consumo. De ahí que el hecho de que te *“metes en la cama y te echas a dormir, (...) y a dar vueltas y ponerte a sudar y a dar vueltas a la cabeza”* o el *“no dormir”*, lo que *“tiene unas consecuencias para el cuerpo pues horribles”* en relación a los efectos no deseados relacionados con el consumo de speed, no sean necesariamente significados en clave de riesgo, pues constituyen una experiencia que *“no es riesgo (sino más bien) es lo que hay”*.

Esto último sería “el lado B del riesgo”, la otra cara, la zona gris de los riesgos, una suerte de anverso experiencial del componente estructural, que adquiere un carácter eminentemente fenomenológico, y por tanto, se halla profundamente enraizado en el mundo de la vida de los jóvenes usuarios de drogas. Sin embargo, se trata de una dimensión fenomenológica de los riesgos, profundamente codificada por el discurso social sobre el riesgo, a tal punto que deviene en un discurso subalterno. En efecto, si gran parte del conjunto de fenómenos relacionados con los efectos no deseados y/o las consecuencias adversas relacionadas al consumo, no son significadas por los jóvenes como riesgos propiamente tales, esto no necesariamente responde a una falla en la percepción social del riesgo, sino que más bien responde a la sobredefinición restrictiva que desde el discurso hegemónico se hace respecto al riesgo en su versión del daño/peligro. En este sentido, el conjunto de efectos adversos relacionados con los consumos de drogas, cuya representación social los sitúa más acá, o más allá del límite impuesto por el orden de la morbi-mortalidad asociada al consumo de drogas, no solo quedan excluidos de la significación del riesgo, sino que además tienden a ser reificados en el discurso de los jóvenes como efecto del discurso hegemónico sobre las drogas y el riesgo. Cuestión que será válida, tanto para aquellos efectos no deseados como para aquellos que si lo son.

Para finalizar este breve subapartado sobre los dispositivos de información y sus efectos discursivos relacionados con la emergencia de una ética del consumo, desde la cual quien decida consumir deberá *“ser consecuente también con lo que estás haciendo”*, asumiendo que cuando se consume una determinada sustancia se corren determinados riesgos, recordar que tal como el análisis de los discursos nos advierte, el ser consciente, es decir estar informados sobre los riesgos, no significa que se vaya a evitar o abandonar el consumo de drogas. Muy por el contrario, invirtiéndose la lógica preventiva, ser *consecuente* significará **aguantar el riesgo**, no solo el riesgo informado, sino también, todos aquellos otros aspectos relacionados con lo que hemos denominado la **zona gris de los riesgos**.

En efecto, tal como hemos señalado hasta ahora, la sobrecodificación del riesgo en clave de daño/peligro, reduciría significativamente el margen de acción de los jóvenes ante el riesgo, ya que directa o indirectamente ordenará y dará forma a los posibles posicionamientos. En este orden de cosas, o bien se es convergente con el riesgo informado y no informado, y por tanto se reconoce y acepta la naturaleza inexorable de las drogas como una cuestión vinculada intrínsecamente al riesgo/daño, o bien coyunturalmente se es “divergente” y se niegan (olvidan) transitoriamente los riesgos/daños, relativizando tácticamente su advenimiento, difiriendo en el tiempo su ocurrencia (a un mediano o largo plazo), suspendiendo temporalmente las certitudes de sus consecuencias.

#### 2.4.- La “Divergencia”: ¿Aplazamiento?

Desde una posición coyuntural de divergencia, el análisis de los textos/discursos de los jóvenes sobre el riesgo, nos informa que dada la significación que el riesgo adquiere en la clave peligro/daño, la “conciencia individual” de los mismos, no solo se caracteriza por ser inconsistente, sino que además hasta cierto punto se hace incompatible con las prácticas de consumo, pudiendo incluso llegar a ser contraproducente. La racionalidad que subyace a estas afirmaciones, queda muy bien expresada en las siguientes citas textuales:

- (1) *"Probablemente si piensas <<hoy no me voy a drogar aquí>>, te drogas más"* (GF; Vasco II);
- (2) *"Yo lo tengo presente, pero no lo pienso en el momento, porque si lo pienso en el momento no lo hago";*
- (3) *"Las drogas son muy psicológicas, y si tu te las tomas ya pensando que te va a pillar un chungazo, pues te pilla el chungazo."* (GF; Cataluña II)

Ciertamente, y sobre la base de nuestros planteamientos teórico-empíricos, dicha racionalidad no puede ser entendida, sino en el marco de las condiciones de producción que hacen posible la emergencia de los enunciados que la constituyen. En este sentido, no puede ser pensada por fuera del discurso social sobre el riesgo, o al margen de los discursos instituidos en este campo. De ahí que el completo sentido que adquieren los enunciados que refieren a la inconsistencia de la conciencia individual del riesgo, como a la incompatibilidad con la práctica del consumo o a lo contraproducente que puede llegar a ser la conciencia del riesgo, solo pueden ser entendidos en sus contextos de producción y en el marco de las complejas relaciones que estos enunciados establecen con el discurso dominante sobre el riesgo. De hecho, si el riesgo ha devenido en peligro y daño, y dicha significación ha sido incorporada por los propios sujetos como parte importante de su *habitus* de consumo, entonces es lógico esperar que, a modo de solución de continuidad, a la hora de incurrir en dichas prácticas, su conciencia (su presencia) sea, al menos temporalmente o tácticamente, denegada.

*"...yo pues si me voy a meter una raya y me lo voy a pasar mejor... si yo he venido a pasármelo bien, y luego ya mañana pues ya se verá, pues es lo que hemos estado hablando antes, al día siguiente...(GF; Vasco I)*

De no ser denegada, entonces será suspendida y diferida en el tiempo, haciendo del riesgo/daño una cuestión, que si bien resulta inexorable, pertenecerá al orden del después o del mañana.

**P4:** *Pues estás mal físicamente y mentalmente también, la cabeza no te funciona bien*

**E:** *Cuándo te pasa eso?*

**P4:** *Los días siguientes, lo mismo pueden ser dos días, tres días, o uno solo, depende, depende que haya sido, y el M por ejemplo te deja muy mal psicológicamente, el speed quizá...yo hablo de speed y M, y el speed pues es más bajón, no te apetece hacer nada pero no es tanto como el M que es más, más... más apático*

**P5:** *(El M) es más físico*

**P4:** *Sí, es físico, el speed es físico, no te apetece hacer nada porque tu cuerpo, o sea, has hecho tanto el día anterior que ahora no puedes hacer nada, y el M también como que (te vas a suicidar) estás todo mustio, triste... (GF; Vasco I)*

O bien de modo inexorable, se harán sentir en un mañana lejano. Al respecto:

**ALBERT:** *A ver, somos jóvenes y aguantar podemos aguantar. Pero cuando seamos mayores ya no...Puedes ir a trabajar.*

**BUI:** *Pero cuando tengas más años pagarás.*

**ALBERT:** *Es que así puedes estar unos 10 años.*

**JUDIT:** *Las cosas vienen de golpe, a lo mejor. (GF; Cataluña II)*

**ALBERT:** *Claro, porque cuando sea mayor a mí qué me pasará. Porque hay muchas drogas que sí se sabe lo que pasará, pero hay drogas nuevas que no han experimentado con la gente. El "M" no se ha probado, no se ha probado. (GF; Cataluña II)*

O en su defecto, en su versión más extrema y minoritaria, se hará del riesgo una cuestión banal como si se tratará de pura contingencia, de azar puro.

**P7:** *Y estás torturándote como un cabrón todos los días haciendo ejercicios, sin drogarte, sin nada de nada, y vas con tu cochecito a la playa, viene un subnormal, se salta de acera, te mata... (GF; Vasco II)*

Aceptación, denegación transitoria, olvido intencionado o desplazamiento táctico, o lisa y llanamente banalización del riesgo, todas y cada una de estas posiciones ante el riesgo confluyen y se anudan en una suerte de *ethos* juvenil tardo moderno cuyo principio rector está representado por la categoría del 'aguante': un principio de

plenitud, estoicismo y congruencia táctica. Dicho principio rector estaría intrínsecamente relacionado con el tercer dispositivo que ahora analizaremos: la ley del todo o nada.

### **3.- LA LEY DEL TODO O NADA: EL AGUANTE COMO IDEOLOGÍA.**

De acuerdo a Spink y Menegon (2006), la construcción del lenguaje de los riesgos, desde que éste se volvió objeto de gestión, se expresa de forma diferenciada dependiendo de los distintos contextos en el que dicho discurso se articula. Al respecto, las autoras proponen la existencia de al menos tres tradiciones discursivas: el gobierno de colectivos (relacionadas con cuestiones de salud, tecnología y ambiente), la disciplina de los cuerpos (en relación al estilo de vida como forma de autocontrol) y la aventura (en relación a unas determinadas prácticas necesarias para alcanzar determinadas ganancias). A cada una de estas tradiciones le correspondería una metáfora: *estar en riesgo*, en la primera tradición; *correr riesgos*, en la segunda; y *correr el riesgo deseado*, en la tercera.

Si aceptamos el esquema propuesto por estas autoras, podemos convenir que en los discursos del riesgo en el campo de las drogas convergen las tres tradiciones discursivas mencionadas; y advertiremos también que estas tradiciones se expresan y articulan de forma diferenciada. Sin embargo, dicha articulación diferencial, en el campo de las drogas, no solo dependerá de los múltiples contextos de enunciación, sino que también dependerá de los sujetos y de las sustancias en torno a los cuales se va articular. En este sentido, la trilogía “drogas, sujetos y contextos” modula su producción, segmenta su circulación y media su recepción. De ahí que el uso político diferencial de las distintas metáforas propuestas para cada una de las tradiciones discursivas, devenga en una suerte de geopolítica del riesgo, en tanto permite categorizar a los individuos o grupos, diferenciado entre “aquellos en riesgo” y “aquellos que representan un riesgo para los demás”; es decir, diferenciar aquellos que se encuentran expuestos de aquellos que “nos exponen”. Sólo como distinción moral se diferencia entre “aquellos en riesgo” y “aquellos que representan un riesgo”, y la educación para la salud produce una distinción rutinaria entre el daño producido



por causas externas al control de los individuos y aquel causado por uno mismo. Al respecto, Deborah Lupton (1993) señala que *“de acuerdo a este discurso, si los individuos eligen ignorar los riesgos se están poniendo ellos mismos en peligro de enfermedad, discapacidad y muerte, lo cual los aleja del rol útil en la sociedad e incurren en costos para el tesoro público. Los individuos expondrían directamente a otros al daño, por ejemplo fumando en un lugar público, conduciendo borrachos o diseminando una enfermedad infecciosa, poniendo en un gran riesgo potencial a la comunidad”* (Lupton, 1993: 5).

Siguiendo a Spink y Menegon (2006), la tercera tradición se nutre del campo de la economía y del deporte. Así, hay un conjunto de repertorios sobre el riesgo con connotaciones que hacen del correr riesgos una práctica necesaria para alcanzar determinadas ganancias. En este sentido, algunos de los repertorios propios de la aventura, se habrían vuelto parte integral del campo de la economía, imprimiendo singularidades en el abordaje del riesgo en ese campo de saber: coraje, adrenalina, aguante. Desde esta perspectiva es totalmente irrelevante si un perjuicio es significado como placentero o catastrófico: la relevancia está en la satisfacción subjetiva ante potenciales consecuencias y no en una lista predefinida de efectos indeseables (Spink et al., 2006)). De este modo el denominador común satisfacción personal sería lo que permite la comparación directa entre riesgos y beneficios, a partir de un abanico de opciones.

**P1:** *“Yo lo que creo que alguien que consume busca algo en particular, o sea que los riesgos no tienen que ver con lo que estás buscando, y luego pues que una vez que consumes te metes en un círculo que ya se hace tu vida, y por mucho que quieras consumir o no, ya se hacen valores, ¿no? vínculos, objetivos, o lo que sea, con la droga y...y ahí está”* (GF; Vasco I)

**P1:** *“Sí pues cada droga yo creo que te da algo, si tú buscas por ejemplo con el speed, pues buscas velocidad o adrenalina, o lo que sea, pues buscas eso, y luego pues las consecuencias ya vendrán”* (GF; Vasco I)

Desde el campo del deporte, la aventura habría sido resignificada en la modalidad de las emociones radicales. Ciertos deportes radicales habrían sido domesticados, ya que se apoyan en reglas y equipos de seguridad. En esas modalidades de correr riesgos, lo que se buscaría sería mantener viva la tradición de fortalecimiento del carácter. Sin embargo, en oposición a la aventura sujeta a reglas, emerge la demanda y oferta de aventuras sin rescate, radicalizando aún más la experiencia de riesgo. De cualquier modo, lo relevante aquí es que, de acuerdo a estas autoras, el discurso del riesgo desde la tradición de la aventura, considerando en ésta el peso del mundo de los negocios y de los deportes, permitiría reconocer que las teorías sobre riesgo necesitan incorporar la pregunta por el sentido del *riesgo deseado*.

Si bien las tesis de Spink y Menegon (2006) parten de un paradigma constructivista de corte hermenéutico, de alguna manera nos llevan una vez más a la cuestión de la aceptabilidad del riesgo, cuestión ampliamente debatida desde otros paradigmas y tradiciones científicas (Douglas, 1996). Guardando las debidas distancias del caso, la cuestión del *riesgo deseado* no deja de recordarnos las investigaciones llevadas a cabo por el denominado grupo de Oregon, los que apoyándose en diseños experimentales de investigación han intentado identificar y analizar las dimensiones individuales y contextuales que influirían en la percepción y aceptación social del riesgo. Así por ejemplo, Vlek y Sallen (1980) identificaron hasta once categorías diferentes de aspectos que hipotéticamente estarían relacionados con la aceptabilidad del riesgo, entre las cuales se destaca la voluntariedad de la exposición al riesgo y la controlabilidad de las consecuencias; la primera de estas dos nos resulta cercana a la noción de riesgo deseado.

Sin embargo, existiría una diferencia significativa entre ambos enunciados, diferencia que será clave para entender la noción de aguante que presentaremos. En efecto, si descontextualizamos el siguiente enunciado: *las teorías sobre riesgo necesitan incorporar el sentido del riesgo deseado* y abrimos su significado más allá del horizonte empírico restrictivo de los negocios y deportes que las propias autoras nos proponen para fijar su significado primero, y si luego, re-situamos la cuestión del riesgo deseado en un horizonte teórico y empírico más amplio, entonces la brecha entre ambos

enunciados se vuelve más que significativa. Si operamos de este modo, la cuestión *del riesgo deseado* perdería su función referencial restringida a un determinado contexto o campo (deporte o negocios), y al mismo tiempo, dejaría de estar atada a una casuística de tipo explicativa, produciéndose un doble desplazamiento –político y epistémico- en la significación del riesgo deseado.

Pueden encontrarse algunos antecedentes sobre el desplazamiento político al que nos estamos refiriendo, en el debate generado en la década de los 70 y 80 a propósito del acelerado desarrollo tecnológico vivido en esa época (principalmente vinculado a la energía nuclear) y donde la cuestión de la aceptabilidad social del riesgo y su percepción sería uno de los puntos cruciales en torno a lo cual se generaría la mayor parte del debate. Sin embargo, ya por aquel entonces, algunos autores advertían que tanto los propios planteamientos de la aceptación del riesgo y el debate en torno a su relación con la percepción del riesgo, habrían aportado respuestas cada vez más precisas y elaboradas a una pregunta equivocada (Puy, 1994), aludiendo de esta forma a las profundas implicaciones políticas que tendría el análisis de dichas cuestiones.

En esa misma línea Otway y Thomas (Puy, 1994) intentarán zanjar la discusión señalando que aunque sin duda el riesgo es una variable relevante en el estudio de la aceptabilidad social – en este caso de la tecnología- existiría un cuerpo de evidencia significativa y creciente que apoya la idea de que la crisis de la aceptación (en relación al creciente fenómeno NIMBY característico de la década de los 80) no lo sería por el riesgo *per se*, sino que se trataría de una crisis de las instituciones y de los procedimientos políticos, y que esto estaría planteando un gran reto a las nociones establecidas acerca de cuál debe ser el funcionamiento de la democracia representativa. Los mismos autores, señalarán que el concepto de riesgo en sí mismo no resultaría suficiente para explicar los fenómenos que necesitan ser investigados (en relación a la aceptación, rechazo o si se quiere, al riesgo deseado). Más aún, señalan que:

*“...puede que el uso más apropiado de los estudios empíricos sobre la percepción del riesgo sea el de servir de demostración para aquellos que*

*todavía no han comprendido, que “simplemente depende”. Y en este sentido, los que decimos trabajar en el área, deberíamos aceptar que estamos tratando con un tópico que en sí mismo no es más simple ni más complejo que el de cualquier otro aspecto acerca de cómo la gente vivencia y modela sus mundos, y actúa después en base a esas representaciones. Pero se trata de un tópico que, no obstante, es una cuestión política” (Otway y Thomas, 1982, p. 81 citado por Puy, 1994).*

A luz de estos antecedentes ¿Cómo releer políticamente la cuestión del riesgo deseado desde una perspectiva situada? O dicho de otro modo ¿Cómo entender el sentido político del riesgo deseado en el marco de nuestras sociedades contemporáneas y en el marco específico de los usos de drogas? Desde nuestro punto de vista, un primer paso en esa dirección, tiene que ver con repensar la tercera tradición propuesta por Spink y Menegon, a la que las autoras llaman *aventura* y sus respectivas consideraciones con el mundo de los negocios y del deporte. En esta perspectiva, cabe revisar los enunciados mediante los cuales se afirma que el correr riesgos es una práctica necesaria para obtener determinadas ganancias, y por tanto estaría codificada por el mundo de la economía, y más específicamente aún, por el mundo de los negocios.

El análisis del corpus discursivo de los jóvenes respecto al riesgo relacionado con las drogas y otros ámbitos de sus vidas cotidianas, nos advierte que el correr riesgos para obtener determinadas ganancias constituye una práctica recurrente que desborda el mundo de los negocios y el deporte. De hecho, correr riesgos deseados pareciera ser una constante en las vidas de los jóvenes. No una constante en sus estilos de vida, como si se tratase de opciones antojadizas de ser de una determinada forma, sino una constante estructural que signa sus contextos vitales. Una constante que se ciñe sobre la vida de los jóvenes como una demanda de mercado. De hecho la vida de los jóvenes transcurre en un contexto marcado por la precarización laboral, la incertidumbre y la desesperanza. En ese marco, como dice el viejo dicho “quien no se arriesga, no cruza el río”.

*P1: "...nosotros lo único que podemos ver es eso, lo que es nuestro entorno, pero nosotros en realidad, si se ven las cosas desde fuera con algún telescopio del mundo y todo como está montado toda la pirámide, nosotros somos unos pringaos"*

***E: Muy bien; y...y bueno, y cuando termines ¿qué...qué te gustaría...?***

*S: Pues no lo sé, la verdad no...intento no planteármelo mucho porque todo el mundo me dice que, que no tiene ninguna salida, que no...y bueno, como es lo que me gusta, y lo estoy haciendo bien, pues prefiero no pensarlo mucho, ya el año que viene intentaré pensarlo un poco más, quiero hacerme algún máster...especializarme en algo y luego pues, a ver si tengo suerte...en lo que vea.*

Es este el contexto que nos permite comprender con mayor profundidad el hecho de que a la hora de convocar a los jóvenes a hablar sobre los riesgos relacionados con los consumos de drogas, éstos responden intentando desarticular la experiencia del riesgo del campo exclusivo de las drogas y sus prácticas de consumo, y al mismo tiempo, intentan re-territorializar sus experiencias del riesgo en un marco más amplio vinculado, entre otros aspectos, a la contingencia de ser jóvenes en una sociedad tardo moderna como la nuestra.

*C: Es que riesgo hay siempre en la vida.*

*D: Es que la vida es un riesgo, entonces estamos hablando de riesgos ¿de drogas?*

*D: Puedes coger tantas otras cosas que no te vengan por el tema de la droga.*

*A: No, eso está claro, por eso te digo que el riesgo está ahora mismo más en salir a la calle que en tomarme un éxtasis y me dé un chungo*

*E: No, es que no hay nada... La vida es un riesgo.*

*C: Vivir es un riesgo*

En consecuencia, correr un riesgo deseado dejaría de ser algo equivalente a la acción individual y voluntaria de ciertos tipos de jóvenes, o un tipo de discurso ceñido a ciertas esferas de la vida social moderna. Más bien se trataría de una metáfora de los tiempos, mediante la cual se expresarían los distintos modos de producir la

subjetividad juvenil postmoderna. Uno de estos modos o formas tiene que ver con lo que llamaremos *el aguante*.

Desde un punto de vista etimológico, la palabra 'aguante' proviene de aguantar; y ésta, a su vez, del italiano *agguantare* 'coger, empuñar', 'detener (una cuerda que se escurre)', 'resistir (una tempestad)' y éste derivado de *quanto* 'guante', por alusión a los guanteletes de los guerreros medievales (una pieza de armadura con que se guarnecía la mano).

Desde un punto de vista existencial, ¿qué es el aguante sino el reemplazante humano de la fe? Es una actitud de resistencia frente a los embates de la vida. Una disposición a la entrega total, una actitud de sacrificio. Es una virtud del que arriesga y por tanto, deviene plenamente actor de una verdad. En este sentido, el aguante constituye el corazón de un microrrelato que se ofrece a los sujetos como una importante reserva de sentido.

Los discursos sobre el aguante nos indican que éste adquiere diferentes sentidos y significados en las prácticas de los jóvenes relacionadas con sus consumos de drogas. Al respecto, nos ha sido posible identificar al menos cuatro posiciones.

En una primera posición, la significación del aguante refiere a una experiencia encarnada, siendo su principal eje de significación la resistencia física y mental. Generalmente dicha experiencia remite a contextos festivos o laborales, en los cuales la resistencia física alude a prolongar y potenciar la *performance* física, potenciando la presencia y prolongando la vigilia. En cuanto a la resistencia psíquica, esto alude a cierta potenciación del capital de sociabilidad, ya sea en intensidad y/o extensión. Desde esta perspectiva, la encarnación del aguante remite a la fisicidad de la experiencia.

*P7: "Me pongo una raya, quizás solo para aguantar ese día, luego ya volveré a casa, toda la tarde durmiendo, y al día siguiente ya de puta madre, eso me ha pasado muchas veces"*

*ALBERT: “Porqué te deja desinhibirte cómo eres realmente, por la fiesta, por aguantar...”.*

*JUDIT: “Y para aguantar toda la noche”.*

En una segunda posición, la significación del aguante refiere a una tecnología del yo y del control de sí, en tanto implica un acto de constricción experimentado por el sí mismo. Si en el caso anterior el movimiento subjetivo era centrífugo, en este segundo caso se tratará de un movimiento eminentemente centrípeto, en el cual se pondrá en juego una determinada técnica de autocontrol.

*P4: lo bonito es... claro, si tú tienes una cosa que a ti te apetece y no le vas a decir nunca que no ¿sabes? nunca vas a contradecir tus sentimientos, porque si a ti te apetece fumarte un porro, te lo vas a fumar y si te apetece fumarte otro, te lo vas a fumar ¿sabes? el tema es saber decir, mira me voy a fumar un porro, pero ya me he fumado tres, pues mira ya está ¿sabes? y aguantarte un poco y te jodes porque el próximo será mucho mejor.*

*P7: Hombre, yo aprendí a aguantarme para la fiesta como quien dice, sí a racionar*

En una tercera posición, la significación del aguante refiere a una puesta a prueba o actualización de ciertos atributos relacionados con la fortaleza y/o capacidad para soportar. Esta significación, al igual que las otras posiciones, aunque de forma más clara, visible y pública, permite actualizar las diferencias entre unos y otros usuarios, sobre la base de una jerarquía de más y menos aguante.

*PIÑA: Es que unos tienen más aguante, otros menos.*

*JUDIT: Unos son más débiles, a unas personas los porros les pueden causar mucho más que...*

Finalmente, en una cuarta posición, la significación del aguante remite a una condición: el ser joven. Desde esta perspectiva, ser joven permite “poder” aguantar.

*ALBERT: A ver, somos jóvenes y aguantar podemos aguantar. Pero cuando seamos mayores ya no...*

La ideología del aguante, definida como el arte de no escapar, de soportar lo que venga, alteriza el ideal de "joven consumidor" e implica el despliegue de un sentimiento estoico ante la adversidad. Asimismo, la ideología del aguante somete continuamente al joven consumidor a su confrontación, posibilitando su autoafirmación. El aguante no se puede "soltar" o "aflojar", siempre se debe estar allí, ofreciendo "todo". En este sentido el aguante implica un ejercicio de sacrificio por parte del joven consumidor, sacrificio no exento de dolor y peligro que pone a prueba su resistencia otorgándole un plus de honor y goce<sup>133</sup>. **Todo o nada.** Del mismo modo somete a los jóvenes consumidores al despliegue de todas sus habilidades y capacidades para sortear las variadas dificultades impuestas por las entidades de control y por las propias características del mercado informal de las drogas. Ahora bien, cabe preguntarnos ¿Cómo el discurso del aguante ha devenido en Ideología del aguante?

Resultará oportuno detenernos brevemente en la noción de ideología, y así intentar esclarecer su relación de pertinencia con el discurso del aguante. Eliseo Verón, desde una amplia noción de análisis del discurso, realiza una mirada vinculante entre lo ideológico y el poder, en función de dos tipos de gramáticas distintas: la de producción y la de reconocimiento, donde el eje central de su esquema está puesto en el lugar del sentido (Irazábal, 2004). Afirmará que lo ideológico es el nombre del sistema de relaciones entre un conjunto significativo dado y sus condiciones sociales de producción. En este sentido una ideología, históricamente determinada, es una gramática de producción. Por lo tanto está presente en cualquier tipo de materialidad discursiva y no queda reducida a un determinado repertorio de contenidos. Es una

---

<sup>133</sup> En el uso común goce y placer tienden a ser sinónimos pero en el psicoanálisis, los significados respectivos se diferencian: "en tanto hace del goce, ya sea un exceso intolerable del placer o una manifestación del cuerpo cercana al dolor y al sufrimiento". En el sentido común asoma pues la idea de un placer mortífero, intolerable, cuyo atravesamiento nos situaría en las puertas mismas de la locura o la muerte. O sea que la definición psicoanalítica va contra la ortodoxia del sentido común pero coincide con ciertas intuiciones que están ahí presentes.



gramática de generación de sentido, ya que no existe sentido que pueda ser no-ideológico (Irazábal, 2004). De ahí que el aguante, en tanto que materialidad discursiva, devenga en ideología.

De cualquier forma, no basta con decir esto último para responder la interrogante. El crítico literario inglés Terry Eagleton, vincula fuertemente la ideología al poder. Dicho autor va a sostener que la ideología tiene que ver con la legitimación del poder de un grupo o clase dominante; el estudio de la ideología supone el estudio de las formas en que el significado sirve para sustentar relaciones de dominio que logran resolver imaginariamente contradicciones reales por medio de ciertas estrategias (Irazábal, 2004). Las estrategias por las cuales el poder se legitima son: “Promocionando creencias y valores afines a él, naturalizando y universalizando tales creencias para hacerlas evidentes y aparentemente inevitables, denigrando ideas que puedan desafiarlo, excluyendo formas contrarias de pensamiento, quizás por una lógica tácita pero sistemática, y oscureciendo la realidad social de modo conveniente a sí mismo” (Eagleton, 1997 en Irazábal, 2004).

Desde nuestro punto de vista, el análisis del discurso del aguante nos revela una gramática del sentido que sólo puede ser aprehendida en el marco de las relaciones de poder/contrapoder y de hegemonía/subalternidad. De hecho, no podemos olvidar que el aguante como práctica discursiva de los jóvenes usuarios de sustancias psicoactivas se inscribe en, y al mismo tiempo forma parte del orden del discurso de las “drogas y sus riesgos asociados”. Como tampoco podemos olvidar que tratándose de jóvenes consumidores, presentan un doble atributo de subordinación: en primer lugar por su condición de jóvenes, dado que la no integración -o integración parcial- en las estructuras productivas y reproductivas es una de sus características definitorias. Y en segundo lugar, por su condición de consumidores de drogas, dado que sus prácticas de consumo transcurren al margen de la ley. En este sentido, el aguante como práctica de subordinación no puede entenderse sino como uno de los términos constitutivos de una relación binaria en la que el otro es la dominación, ya que los grupos subalternos están siempre sujetos a la actividad de los grupos que gobiernan, incluso cuando se rebelan y sublevan. De ahí que el análisis del discurso del aguante nos revele de forma

elocuente la colonización ejercida por el discurso dominante en la producción de su propia narrativa. De hecho, la presencia de la ecuación “riesgo/peligro/daño” atraviesa de forma espectral el corazón de su microrelato. ¿De qué otra forma podemos entender sino en esta relación de dominación la posición casi épica del consumidor dispuesto a aguantar los embates del riesgo/daño como consecuencia de su accionar? ¿De qué otra forma podemos entender la consagración del consumidor en el “todo o nada” sino en el marco de la idealización de la abstención?

La ideología no es una simple “visión del mundo”, sino una proyección social; puede reproducir el orden social existente y mantener como definitivos y naturales los sentidos que las cosas tienen en un determinado sistema de relaciones de producción o, al contrario, discutir y subvertir en la práctica dichas relaciones y su articulación discursivo-ideológica (Ponzio, 1998 En Irazábal, 2004). En el marco de dicha tensión ¿Cómo situar el discurso del aguante? A nuestro juicio, el discurso del aguante está conformado por un habla de naturaleza híbrida, cuya producción se debate entre “lo nuevo” y “lo emergente”. Lo nuevo solo implicaría otra fase en el devenir de lo dominante, mientras que lo emergente implicaría que este discurso está constituido por nuevos significados y prácticas que aún no han sido incorporados a la cultura dominante.

En relación a dicha diferencia, Raymond Williams (1997) nos advierte que resulta muy difícil distinguir entre los elementos que constituyen efectivamente una nueva fase de la cultura dominante, y los elementos que son esencialmente alternativos o de oposición a ella, es decir contra-hegemónicos. Así y todo, tenemos indicios suficientes como para pensar que el discurso del aguante, en tanto que deviene en ideología, es coherente con la formación discursiva dominante sobre las drogas y sus riesgos asociados, así como también lo es en relación a otras formaciones discursivas como por ejemplo los discursos sociales dominantes sobre las juventudes contemporáneas.

Así por ejemplo, sus narrativas edificantes y casi épicas, mediante las cuales se vincula el aguante a la fortaleza, nos invitan a pensar en cierta correspondencia con la tendencia imperante en el mundo moderno y tardo moderno a la esencialización de las

identidades. Podemos, asimismo, establecer una cierta correspondencia entre estas narrativas y los nuevos dispositivos de gubernamentalidad puestos en marcha en las sociedades de control, mediante los cuales se promueve una visión del individuo como poseedor de una forma especial de capital definido como su “potencial”, el cual debe gestionar mediante un laborioso trabajo sobre sí mismo, para lo cual dispone, entre otros recursos tecnológicos, de toda la farmacopea moderna.

Desde otro lugar, la postcolonialista Gayatri Spivak, nos advierte de la existencia de un silenciamiento estructural del “subalterno” en las lógicas narrativas históricas del capitalismo. Para esta autora, existen unas lógicas narrativas en el discurso del subalterno; unas lógicas que inscriben su “habla”, su lenguaje, a través de su corporalidad, su lenguaje físico, a través de “el espacio en blanco de las palabras”, pues para ella incluso los silencios son expresiones de habla, contrariamente a lo que se estructura desde las lógicas narrativas históricas dominantes. Para Spivak el sujeto social, “el subalterno” no es escuchado, su discurso no está validado por la institución, y por lo tanto, constituye un sujeto social que estaría alejado de una línea de movilidad social. En este sentido, dada la condición de subalternidad de los jóvenes consumidores de drogas, y por consiguiente de la de sus discursos, y dada nuestra posición institucional, en tanto que investigadores, es posible pensar que se produzca cierto impedimento para ver con mayor nitidez y claridad lo emergente y contra-hegemónico de sus prácticas discursivas.

O quizás, esta suerte de ceguera selectiva que impide ver con nitidez lo emergente en las prácticas discursivas de los jóvenes, no se deba solamente a la condición de silenciamiento estructural del subalterno, sino que también obedezca a una falla estructural, tanto a nivel de las herramientas categoriales y/o conceptuales que utilizamos para producir conocimiento sobre el subalterno y la subalternidad, como en los modos de producción de conocimiento sobre la subalternidad.

# **PARTE CUARTA**

## ***CONCLUSIONES NO CONCLUYENTES***

## CONCLUSIONES NO CONCLUYENTES

1.- La deriva genealógica emprendida con el propósito de trazar una historia del presente de las drogas, nos hizo ver que históricamente las drogas han formado parte de ese espejo turbio de figuración del *otro* y del ego, así como de zonas confusas en las que reina la opción ineludible de lo incierto, lo enigmático, lo confuso y lo abyecto. En efecto, pensadas canónicamente como naturaleza pura (exterioridad), o como suplemento protésico psicocultural (interioridad), las drogas desde tiempos pretéritos indican la otredad, producen la diferencia, al tiempo que cifran la anomalía y alteridad en la periferia de occidente (el *otro*).

En esa dirección, el análisis del texto/relato atribuido a Américo Vespucio entendido metafóricamente como escena inaugural, y su tratamiento historiográfico, nos ha llevado a concluir que desde una perspectiva hegemónica esta “escena inaugural” lleva la marca de lo residual, en tanto ha sido incorporada al archivo histórico-arqueológico de los monumentos etno-culturales. Residual también en tanto aportó el suelo material y simbólico de las diferencias fundamentales y esenciales (residuales) que han permitido, hasta el día de hoy, articular el mito eurocéntrico de la modernidad y sus falacias desarrollistas. Desde esta perspectiva hegemónica, las drogas solo habrían aportado al sistema mundo, mano de obra (explotación) y materias primas (sobre todo esto último). En contraste, a modo de contra-versión, si bien el texto/relato de Vespucio tiene un carácter residual, aquí lo residual connotaría el modo en que lo secundario y lo no-integrado es capaz de desplazar la fuerza de la significación hacia los bordes más desfavorecidos de la escala de valores sociales y culturales, para cuestionar sus jerarquías discursivas desde posiciones laterales (Richard; 1998)

De ahí que la escena inaugural, en su versión contra-hegemónica, permitió avanzar hacia una analítica de las drogas, en relación a su lugar en la formación del mundo moderno, no solo como prácticas discursivas objetivadas en distintos aparatos disciplinarios (leyes, mercados, burocracias, etc.), sino también en sus formas concretas de producir subjetividades marcadas (modos de vida, estructuras de

pensamiento y acción incorporadas al habitus de los sujetos) en el marco de una teoría de la modernidad/colonialidad. Dicho de otro modo, nos permitió avanzar hacia una lectura de la escena inaugural, haciendo uso de la noción o categoría de “colonialidad” del poder en tanto elemento constitutivo y específico del patrón mundial de poder capitalista fundado en la imposición de una clasificación racial/étnica de la población del mundo como piedra angular (Quijano, 2007).

Cabe recordar que esta categoría permite avanzar hacia una analítica del poder que amplía la noción de biopoder por cuanto hace referencia a una estructura de control de la subjetividad que se consolidó desde el siglo XVI y no apenas en el XVIII, colocando en el centro del análisis la dimensión racial de la biopolítica y no solamente la exclusión de ámbitos como la locura y la sexualidad. Además porque proyecta este conflicto a una dimensión epistémica, mostrando que el dominio que garantiza la reproducción incesante del capital en las sociedades modernas pasa, necesariamente, por la occidentalización del imaginario (Castro-Gómez, 2005).

La escena inaugural adquiere un carácter residual, no solo porque su citación repetida sea capaz de evocar el murmullo de un acontecimiento venido desde muy lejos, sino porque dicha citación, en las condiciones que hemos descrito, constituye, es en sí misma, una operación de colonización del espacio, en tanto hace de la escena inaugural una pieza museística que representa el grado cero, permite indexar y graduar el desarrollo de la humanidad en un horizonte civilizatorio con un *télos* definido y determinado. De hecho, lejos de cualquier esteticismo retórico, la propia noción de *escena inaugural*, fue elaborada sobre la base del reconocimiento de que hay una situación en juego que contextualiza el significado último de los enunciados. Esta idea fundante de la escena inaugural contrasta de forma radical con el uso y significado que adquiere dicha escena en la historiografía moderna de las drogas. Pareciera ser, que desde cierto canon historiográfico, las implicancias situacionales y contextuales que condicionan el significado último del texto, han quedado excluidas o desalojadas del texto. Como consecuencia, el significado atribuido al texto ha quedado reducido a una mera función mimética del texto, en tanto describe la realidad e informa de ciertos hechos.

Constamos también como la estrategia discursiva colonial que aborda la otredad, tarde o temprano, termina pivotando en el estereotipo racial. Sin embargo, aquí la cuestión racial no se relaciona con el color de la piel o la pureza de sangre, sino con la categorización de individuos según su nivel de similitud o cercanía respecto de un modelo presupuesto de humanidad ideal. Modelo por cierto situado en el contexto histórico de un orden civilizatorio moderno/colonial.

**2.-** La constitución del fenómeno drogas como problema social, supuso todo un trabajo político de construcción y selección de un ámbito de la realidad –entre los muchos posibles- como tal, esto es, como algo que concierne a la totalidad de la población y que exige soluciones políticas urgentes, lo que implica, a su vez, excluir otras situaciones o dejarlas en segundo plano como problemas que exigen soluciones.

Pero cuidado, tal como hemos visto, no se trata de que los problemas sociales representen o reflejen una serie de objetos constituidos de antemano, o que éstos preexistan al propio proceso de problematización que los define como tales. De hecho, en el campo de las drogas, los enunciados que van a referir al “problema de las drogas” en la década de los ochenta, serían traducciones momentáneas, recortes de un proceso de formación de un objeto de pensamiento -la droga como objeto- que se constituyó como tal, es decir como problema, en el proceso mismo de su problematización. Esto quiere decir que la relación *objeto problema - proceso problematización* se constituyó en un plano de inmanencia.

En esa perspectiva, nos propusimos repensar el proceso de *problematización de las drogas*, es decir repensar el conjunto de prácticas discursivas o no discursivas que hicieron que algo como las drogas entrara en el juego de lo verdadero y de lo falso y se constituyera como objeto para el pensamiento. Dicho en otras palabras, implicó pensar el pensamiento que piensa las drogas como problema. Haciendo uso del concepto de problematización que, tal como lo advierte el propio Foucault- cuestionará al mismo tiempo la teoría de la representación -como reflejo de objetos constituidos de antemano- así como las conceptualizaciones textualistas –

constructivismo social radical- que suponen que el objeto es una quimérica ilusión resultante de la mediación discursiva (Restrepo, 2008).

En esa dirección, logramos hacer visible el lugar de poder que el propio cocimiento científico ejerce en la construcción del problema drogas, en tanto propone los parámetros básicos para su definición. Pero no solo eso, sino que además porque establece alianzas múltiples con distintos actores, ganando de este modo, estabilidad el conjunto de definiciones respecto a lo que es normal, no normal, o anormal. Pero más aún, establece alianzas de cara a la gobernabilidad del problema drogas. De ahí que las disputas epistémicas, o las luchas por la definiciones del problema drogas entre representacionistas y convencionalistas, entre positivistas y constructivistas, no solo tengan implicaciones internas al conocimiento, sino que también tienen implicancias profundamente éticas y políticas que trascienden las fronteras meramente científicas.

De hecho, hemos podido advertir como ésta última mediante sus plataformas de observación y de sus equipamientos técnicos y semióticos deviene en práctica divisoria, produciendo subjetividades marcadas y no marcadas, gracias a las cuales se podrá articular una programación diferencial de intervención. O en términos de Robert Castel (1984) divisiones susceptibles de gobernar mediante políticas de gestión diferencial de las poblaciones. De hecho pudimos observar como mediante el trabajo en negativo efectuado sobre la figura del “yonqui”, se configuro un contra horizonte de lo anormal y que ello permitiós rearticular el viejo sueño del gobierno pastoral dirigido a la población joven normalizada. O como también se articulo la cuestión del riesgo como dispositivo de gobierno en el marco de la nueva racionalidad neoliberal.

En este sentido, las practicas divisorias relacionadas con el problema drogas siguen siendo residuales respecto a la colonialidad del saber y del ser, por cuanto generan procesos divisorios convirtiéndose en máquinas productores de subalternidad.

**3.** El término riesgo suele ser utilizado con diversos sentidos, los que a menudo se solapan entre sí, dependiendo de quien lo emplee, de su finalidad y de su contexto de enunciación; riesgo como peligro o amenaza; una situación o actividad que puede



tener consecuencias dañinas; riesgo como término para las consecuencias dañinas de un peligro o, más cercano a su significado original, riesgo como probabilidad de la ocurrencia de un (a menudo adverso) resultado. Y es que, en cierta medida, ello se debe a que la idea de riesgo se ha convertido en un instrumento abierto a la construcción de múltiples significados sociales. En realidad, las propias características discursivas del riesgo generalmente introducen una fuerte dosis de opacidad dificultando su análisis, pues siendo una construcción primordialmente socio-histórica, suele concebirse en términos a-históricos. En efecto, la idea de riesgo tiende a exhibir la representación de un espacio social reducido, en la medida que transporta un habla despolitizada, esto es, en el sentido de la construcción de imágenes naturalizadas de las conductas y de la realidad social en general. En este sentido, el tipo de universo semántico que caracteriza al lenguaje del riesgo es, entonces, limitado y cerrado - detrás de diferentes fórmulas y tipos de cálculos de riesgo - a cualquier clase de interpelación, desde el punto de vista de sus contenidos como de sus significados.

Si en el pasado, el riesgo significó simplemente la posibilidad de que ocurriera un evento, ahora en nuestro mundo moderno, el término tendrá una carga negativa en la medida en que es asociado a una situación o actividad con consecuencias indeseables, adversas o francamente dañinas. Dicho desplazamiento en la significación del riesgo, tendrá fuertes implicancias en la formalización de riesgo como concepto teórico y empírico también. Implicancias que se expresaran de diversas formas dependiendo por un lado de las particularidades que adquiera la dialéctica entre el saber científico y el hacer político en determinados contextos, y por otro lado, dependiendo también de la intencionalidad que adquiere la mirada sobre la cuestión del riesgo.

Sin embargo, pese a sus diferentes significados, será con el advenimiento de la segunda modernidad cuando con mayor nitidez el término “riesgo” adquiera una inequívoca connotación negativa, en la medida en que su significado último va a remitir a las consecuencias indeseables y/o adversas resultantes de una determinada acción o situación. En esa deriva, la significación hegemónica del riesgo devela en su trayectoria un triple proceso de colonización, caracterizado por: En primer lugar, por la

colonización de su campo semántico, al cual se fijarán los conceptos de *peligro* y *amenaza*, los que actuarán no solo como pivotes en el proceso de su significación, sino que además actuarán como si se tratase o fuesen sus equivalentes, como sí pudiesen intercambiarse entre sí, sin alterar su significación. En segundo lugar, un proceso de colonización caracterizado por la institucionalización del riesgo, en tanto que la modernidad institucionaliza el principio de la duda radical, recalcando de este modo que todo conocimiento adopta (o adoptaría) la forma de hipótesis. Y en tercer lugar, en tanto su significado apunta al despliegue de la voluntad individual, siendo los resultados imprevistos (es decir el riesgo) consecuencia –en gran medida- de nuestras propias actividades o decisiones, en lugar de ser expresión de una deriva social situada históricamente, o expresión de ocultos significados de la naturaleza o de las inciertas intensiones de una divinidad..

Desde un punto de vista genealógico, la noción de riesgo, desde los albores de la modernidad, se encontraría fuertemente imbricada con la cuestión del peligro, y este con la cuestión del gobierno de las poblaciones. Así, desde una perspectiva histórica y cultural, el riesgo, sería una manera moderna de considerar el peligro, atribuyéndole una probabilidad en un contexto de incertidumbre. Sin embargo, los riesgos (o peligros) no serían datos absolutos, pues existiría una selección y una construcción social del riesgo a través de los cuales éstos son moralizados y politizados respectivamente. Parafraseando a Foucault, quien afirmará que no hay liberalismo sin cultura del peligro, se puede decir que *no hay neoliberalismo sin cultura del riesgo*. Si la estimulación del temor al peligro en cierto modo fue la condición, el correlato psicológico y cultural interno del liberalismo, el discurso “riesgosista” en su equivalente neoliberal.

Esto último tendría una doble implicancia. Por un lado, desde una perspectiva histórica – desde un eje conocimiento/verdad - implicaría situar la significación *negativa* del riesgo en un contexto histórico de larga data, pudiendo ser entendida dicha significación como un efecto asociado a la codificación moderna del peligro en clave de manejo y control de la incertidumbre. Por otro lado, implica situar la significación negativa del riesgo en su dimensión genealógica –desde un eje discurso/poder-, esto

es en tanto efecto de determinadas prácticas discursivas y enfrentamiento del poder que caracterizarían su construcción social en determinados momentos históricos. Desde esta doble perspectiva, el análisis del binomio “riego-peligro” en el presente, resulta no solo pertinente, sino que además necesario, toda vez que éste se comporta como un dispositivo de saber/poder a través del cual se entretejen discursos, instituciones, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, etc. en un contexto signado por la globalización y la post-modernización, en el cual la relación Estado-Gobierno se halla inmersa en un proceso de profunda reconfiguración.

4.-Los jóvenes a lo largo de la última década han ido centrando su tiempo de ocio cada vez más en la noche. Estos, más que ningún otro grupo social, vive el fin de semana como algo especialmente suyo, y es en los establecimientos privados de música y baile donde han hallado un espacio para el encuentro y la gestión de sí. Este hecho ha ido en paralelo a una gran extensión de la industria del ocio que ha beneficiado la asociación del tiempo nocturno como espacio de encuentro, diversión y ruptura con el tiempo cotidiano. No salir el fin de semana es en la actualidad es revelador de un desajuste ideológico como no ir a misa en 1940. Los chicos y chicas que no salen son ‘raros’ y sus actividades son percibidas socialmente como sospechosas en la medida en que ponen en duda el nuevo contrato social (Comas, 2001). La cada vez más larga duración del ritual ocioso y el consumo de drogas legales e ilegales, forman parte del juego recreativo y han tomado tanto para los consumidores como no consumidores un cariz de normalidad. En resumen, el consumo de drogas, sean legales o ilegales, es parte de la realidad recreativa de los jóvenes y éstos las identifican a menudo como aliadas para procurarse diversión, ya que valoran las sustancias por su capacidad balsámica, socializadora e intensificadora de sus tiempo de ocio.

En este sentido, ya en la estrategia nacional 2000-2008 del Plan Nacional sobre Drogas, se señala enfáticamente que existen una serie de factores de riesgo asociados a determinadas prácticas de consumo que amplían la probabilidad de que estas devengan en un uso problemático de drogas, generando de esto modo daños en la población consumidora, a terceros y a la propia sociedad. Razón por la cual, en este plan se dará prioridad a la implementación de intervenciones dirigidas a aminorar los

riesgos y daños ocasionados por estos consumos. En ese horizonte, observamos que una parte de los usuarios desarrolla graves problemas y pierde el control tanto sobre su consumo, como sobre otros aspectos de su vida. En este sentido el factor control – descontrol del consumo y sus variables implicadas, en tanto marcan la diferencia entre consumidores que controlan y consumidores que no controlan, es una cuestión clave para poder entender y actuar sobre el fenómeno de las drogas y sus problemáticas asociadas. En este sentido, estudiar el comportamiento cotidiano de los usuarios, los consumos de drogas en sus propios contextos sociales y culturales, fue una oportunidad única para desarrollar un conocimiento situado de la gestión de riesgos. En efecto, el comportamiento cotidiano de los consumidores de drogas se encuentra constituido por procesos de aprendizaje social (principalmente entre iguales) en el que se desarrollan rituales y reglas específicas mediante los cuales los propios consumidores regulan sus consumos y generan los arreglos necesarios en torno a los efectos, sus modos de consumo y la gestión de sus riesgos asociados.

Los discursos sobre el significado y gestión de los riesgos asociados al consumo de drogas ilegales se desarrollaran de forma oculta y subterránea a la mirada y control institucional promovido por la cultura hegemónica. Del mismo modo, en coherencia éstos son invisibilizados o negados por el saber experto. Resistencia o negación, en cualquier caso indican que el principal problema de nuestras sociedades para reflexionar de forma seria y tranquila sobre las drogas tiene relación con la (in)capacidad de éstas para entender el sentido que estas prácticas tienen, en tanto prácticas culturales inscritas el gobierno de las drogas. Desde esta perspectiva debemos aceptar que hay gente que ha tomado la decisión de tomar ciertas drogas y que en consecuencia, se debe potenciar o favorecer la emergencia de discursos sobre los riesgos y practicas discurso la emergencia favorecer la emergencia de los saberes subalterno o minoritarios sobre “culturas del uso de drogas controlado” y la gestión de riesgos relacionados. En definitiva, posibilitar y potenciar agencia de los jones usuarios. En efecto, para la mayoría de los jóvenes, independientemente de sus situaciones específicas de consumo, la percepción y valoración de los riesgos y daños asociados con los consumos de drogas, refiere a una cuestión extremadamente sensible en la medida en que su sentido último se relaciona con ciertas capacidades o habilidades de

los mismos para ejercer el debido control (y en su anverso el descontrol) sobre sus prácticas de consumo. Dicho de otro modo, el consumo de drogas y sus riesgos asociados, desde el punto de vista de los jóvenes, refiere principalmente a la gestión de sí en el marco del continuo control/descontrol de sus prácticas. En este, podríamos sostener que la gestión del riesgo debe ser entendida como un proceso de conocimiento dialéctico y constructivo de la realidad social, mediante la cual los usuarios y no usuarios delinearán el gobierno de sí y de los otros. Dicho de otro modo, sostenemos que la percepción de riesgos, expresa de forma significativa, la relación indisoluble e intrínseca entre realidad, conocimiento y poder. Ciertamente, la percepción del riesgo no deja de ser una forma de conocer o representarnos la realidad. Sin embargo, más allá de su dimensión puramente cognitiva, la percepción o representación de los riesgos, lejos de ser una operación puramente formal, constituye un proceso complejo en la que se producen subjetividades provisorias que permiten modular y mediar individualmente y colectivas el gobierno de las drogas. En síntesis, la percepción o representación del riesgo, en términos sociales y culturales, debe ser entendido como un proceso generativo y constructivo de tipo dialógico que es capaz de incidir de forma significativa en la producción de las diferentes subjetividades juveniles.

Por otra parte, apoyándonos en las narrativas emergentes, entendemos que los propios discursos juveniles tienden a una re-definición de los problemas sociales, en particular el consumo de drogas y sus fenómenos asociados, que tiende a entender éstos como el producto de procesos de definición colectiva, y por tanto contruidos como objetos mediante prácticas y discursos en un marco social, histórico y cultural que permiten ciertas construcciones y no otras. En este sentido, el riesgo no es un dato de la realidad, sino más bien un dispositivo de gobierno, del gobierno de sí y del gobierno de otros. Un dispositivo indisoluble del contexto que se va transformando conforme cambian las racionalidades políticas. Y es en este sentido que el riesgo -y su gestión- devienen en un artefacto semiótico/material de gobierno, orientado a generar estabilidad en sistema. En nuestro caso, acorde con las políticas neoliberales, que cada vez tienden más a poner énfasis en autogobierno, dibujando en su horizonte

tipos ideales como el de la *identidad flexible* o el de *homo prudens*, las que se entremezclan, se fusionan con las prácticas de libertad.

En definitiva el análisis situado de las prácticas discursivas sobre el riesgo en el contexto de los procesos de gubernamentalización, permite evitar reducir el problema de la gestión de los riesgos a la esfera del Estado, insertándolo en una cuestión más amplia relacionada con las nuevas tecnologías de gobierno. Al mismo tiempo, en un sentido inverso, posibilita entender las modernas estrategias de gubernamentalidad como expresión del poder en transformación, poder que en tanto realidad creativa es capaz de adaptarse a las nuevas realidades históricas, produciendo a su vez consecuencias sobre esa misma realidad a través de sus múltiples formas de objetivación y de subjetivación.

## BIBLIOGRAFIA

Álvarez-Uría, Fernando (Ed.)(1992): "Marginación e inserción". Ediciones Endymion. Madrid.

\_\_\_\_\_ (2000) "La Capitalismo y subjetividad. Teoría política y social de Michel Foucault". En: López, P., y Muños J. (Eds.) En: "La impaciencia de la libertad". Editorial Biblioteca Nueva, S.A., Madrid.

Ampudia de Haro, Fernando (2006): "Administrar el yo: literatura de autoayuda y gestión del comportamiento y los afectos". Revista Española de Investigaciones Sociológicas, núm. 113, 2006, pp. 49-75. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.

Amodio, Emanuele (1993): "Formas de alteridad. Construcción y difusión de la imagen del indio americano en Europa durante el primer siglo de la conquista de América". Ediciones BYA-YALA, Quito-Ecuador.

Arribas, S., Cano, G., Ugarte, J. (Coords.) (2010): "Hacer vivir, dejar morir. Biopolítica y capitalismo". CESIC, Catarata. Madrid

Argandoña, Mario (2000): "Prólogo", en: Díaz, M y Romaní, O. (coord.). *Contextos, sujetos y drogas. Un manual sobre drogodependencias*. Grup Igia. Barcelona 2000

Ayres, José (2005): "Acerca del riesgo. Para comprender la epidemiología". Editorial El lugar, Buenos Aires, Argentina.

Balandier, George (1994): "El poder en escena: De la representación del poder al poder de la representación". Editorial Paidós, Barcelona.

Bauman, Zygmunt (2005): "Trabajo, consumismo y nuevos pobres". Editorial Gedisa, Barcelona (España).

Beck, Ulrich (1998): "La sociedad del riesgo". Hacia una nueva modernidad. Ediciones Paidós Ibérica S.A, Barcelona.

Bhabha, Homi (2000): "El lugar de la cultura". Ed. Manantial. Buenos Aires

Butler, Judith (2002): "Cuerpos que importan." Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo": Editorial Paidós Género y Cultura. Argentina.

\_\_\_\_\_ (2009): "Lenguaje, poder e identidad". Editorial Síntesis, Madrid.

Castiel, Luis (2005): "Vigilar(se) y prevenir(se) - la prevención basada en evidencias: en los límites de la responsabilidad". Revista electrónica del núcleo SEPHORA.  
[http://www.nucleosephora.com/asephallus/numero\\_01/artigo\\_05esp\\_edicao01.htm](http://www.nucleosephora.com/asephallus/numero_01/artigo_05esp_edicao01.htm)

Breilh, Jaime (2003): "Epidemiología crítica. Ciencia emancipatoria e interculturalidad". Lugar Editorial, Buenos Aires, Argentina.

Castro-Gómez, Santiago (2000): "Ciencia sociales, violencia epistémica y el problema de la "invención del otro"". En: *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Edgardo Lander (comp.) CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina

\_\_\_\_\_ (2005): "La Hybris del Punto Cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada". Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

\_\_\_\_\_ (2005): "La poscolonialidad explicada a los niños". Editorial Universidad de Cauca, Instituto Pensar, Universidad Javeriana.

Castro-Gómez, Santiago y Ramón Grosfoguel (2007): "El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global". Pontificia Universidad Javeriana-Instituto Pensar, Universidad Central-IESCO, Siglo del Hombre Editores, Bogotá (Colombia)



Campos, Ricardo (1997): "Alcoholismo, medicina y sociedad en España (1876-1923)".  
Consejo Superior de Investigaciones Científicas, España.

\_\_\_\_\_ (1997): "Higiene mental y peligrosidad social en España (1920-1936)" Rev. Asclepio-Vol.XLIX-1-1997.

\_\_\_\_\_ (1994): "Casas para obreros. Un aspecto de la lucha antialcohólica en España durante la restauración" Rev. DYNAMIS. Vol. 14, pp.111-130.

Castel, Robert (1984): "La gestión de los riesgos. De la anti-psiquiatría al post-análisis".  
Editorial Anagrama, Barcelona

\_\_\_\_\_ (1986): "De la peligrosidad al riesgo". En: Álvarez -Uría, F., Varela, J. (ed.) *Materiales de Sociología Crítica*". Las Ediciones de La Piqueta, Madrid.

\_\_\_\_\_ (2004): "La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?" Manantial,  
Buenos Aires, Argentina.

Cohen, Stanley (1994): "Escepticismo intelectual y compromiso político: la criminología radical", en Delito y Sociedad, N. 4-5, 1993-1994, 3-31.

Comas, Domingo (1985): "El uso de drogas en la Juventud". Informe juventud en España Nº 4. Publicaciones de juventud y sociedad S.A. Ministerio de cultura. Instituto de la Juventud, Madrid.

\_\_\_\_\_ (1985): "Conceptos y datos básicos sobre uso de drogas por la juventud española", en Revista de estudios de Juventud Nº 17 Marzo 1985 pp. 11-31. Ministerio de cultura. Instituto de la Juventud, Madrid.

\_\_\_\_\_ (1993): "La necesidad de modelos teóricos ante los resultados de las investigaciones realizadas desde 1980". En EVVAA *Las drogodependencias:*

*Perspectivas sociológicas actuales*. Ilustre Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología. Madrid. En colaboración con el Plan Nacional sobre Drogas. España.

\_\_\_\_\_(1994): "Los jóvenes y los usos de drogas en la España de los 90". Tesis Doctoral. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Universidad Complutense de Madrid. Madrid, Junio de 1994

Conde, Fernando (1998): "Procesos e instancias de reducción/formalización de la multidimensionalidad de lo real: Procesos de institucionalización/reificación social en la praxis de investigación social". En: Delgado, J.M. y Gutiérrez, J. *"Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales"*. Editorial Síntesis, Madrid.

Courtwright, David (2002): "Las drogas y la formación del mundo moderno. Breve historia de sustancias adictivas". Paidós Contextos, España.

Da Agra, C., Domínguez, J.L., García, J., Hebberecht, P., Recasens, A (Eds.) (2003): "La seguridad en la sociedad del riesgo. Un debate abierto. Colección políticas de seguridad" Nº2. Ediciones Atelier, Barcelona

Deleuze, Gilles y Guattari, Felix (1997): "Mil mesetas: Capitalismo y esquizofrenia. Editorial Pre-Textos, Barcelona.

De la Fuente, Luis y Antó, Josep (1991): "La información sobre el uso indebido de drogas ilegales y sus problemas asociados", en Revista de Sanidad Higiene Pública, Vo1 65, No. 5. Madrid

De la Fuente L., Brugal, T., Salvany, A., Bravo, M (2006): "Más de treinta años de drogas ilegales en España: Una amarga historia con algunos consejos para el futuro". En Revista Española de Salud Pública, septiembre-octubre, año/vol. 80, número 005. Ministerio de Sanidad y Consumo. Madrid, España pp.505-520.

De Almeida filho, Naomar y Ayres, J.R (2009) "Risk: basic concept of epidemiology". Salud colectiva [online]. 2009, vol.5, n.3 [citado 2011-09-22], pp. 323-344. en:<[http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1851-82652009000300003&lng=es&nrm=iso](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-82652009000300003&lng=es&nrm=iso)>. ISSN 1851-8265

Davenport-Hines, Richard (2003): "La búsqueda del Olvido. Historia global de las drogas, 1500-2000". Turner Publicaciones, Madrid; Fondo de Cultura Económica, México.

De Certeau, Michel (1996): "La invención de lo cotidiano. Artes de hacer". Universidad Iberoamericana, México.

\_\_\_\_\_ (2006): "La escritura de la historia". Universidad Iberoamericana, México.

De Giogi, Alessandro (2005): "Tolerancia cero. Estrategias y prácticas de la sociedad de control". Colección ensayo Editorial Virus, Barcelona.

\_\_\_\_\_ (2006): "El gobierno de la excedencia. Postfordismo y control de la multitud". Ediciones Traficantes de sueños, Madrid.

Denzin, Norman (2008): Los nuevos diálogos sobre paradigmas y la investigación cualitativa. Un compromiso en la relación Universidad – Sociedad. Rev. Reencuentro, agosto, número 052. Universidad Autónoma Metropolitana- Xochimilco. Distrito Federal, México.

De Marinis, Pablo (1999): "Gobierno, Gubernamentalidad, Foucault y los Anglofoucaltianos (Un Ensayo sobre la Racionalidad Política del Neoliberalismo)", en García Selgas, F. y Ramos Torres, R. (Eds.): "Retos Actuales de la Teoría Social: Globalidad, Reflexividad y Riesgo". Centro de Investigaciones Sociológicas. Madrid.

Dean, Mitchell (1996): "Putting the technological into government", en *History of the Human Sciences*, 9, 3, pp. 47-68.

De Sousa Santos, Boaventura (2003): "La caída del angelus novus: ensayos para una nueva teoría social". Colección en clave de sur. 1ª ed. ILSA, Bogotá, Colombia.

Domènech, M. y Tirado, F.J (1998): "Sociología simétrica". Ed. Gedisa. Barcelona.

Domènech, M. e Ibáñez, T. (1998): "La psicología social como crítica". *Anthropos*, 177, 12-21, España.

Didi- Huberman (2007): "La invención de la histeria. Charcot y la iconografía fotográfica de la Salpêtrière". Ediciones Cátedra. En sayos Arte. Madrid

Dusell, Enrique (2007): "La "filosofía de la liberación" ante el debate de la postmodernidad y los estudios Latinoamericanos". En: Jáuregui, C. y Moraña, M., (Eds.). *Colonialidad y crítica en América Latina. Bases para un debate*". Universidad de las Américas Puebla. Colección Pensamiento Latinoamericano, México.

Duff, Cameron (2003): "The importance of culture and context: rethinking risk and risk management in young drug using populations" [La importancia de la cultura y el contexto: repensando el riesgo y la gestión del riesgo en poblaciones jóvenes usuarias de drogas]. En: *Health, Risk & Society*, (5)3, 285-299.

Dreyfus, H y Rabinow, P (2001): "Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica". Nueva Visión, Argentina.

Eagleton, Terry (2005): "Ideología. Una introducción". Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona.

Escobedo, Antonio (2004): "Historia general de las drogas". Editorial Espasa Calpes, S.A., Madrid, España.

Esposito, Roberto (2006): "Bíos. Biopolítica y filosofía". Ediciones Amorrortu. Buenos Aires.

Ehremberg, Alain (2004): "Individuos bajo influencia. Drogas, alcoholes, medicamentos psicotrópicos". Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina.

Ewald, François (1986): *L'État providence*, París, Grasset, 1986

\_\_\_\_\_ (1997): "Filosofía de la Precaución". Fundación MAPFRE. Gerencia de riesgos. - Madrid. - nº 58, 2º trimestre 1997; p. 13-30.

Foucault, Michel (1989): "Vigilar y castigar". Nacimiento de la Prisión. Siglo XXI, México

\_\_\_\_\_ (1990): "*Tecnologías del yo*". Editorial Paidós / I.C.E.- U.A.B. España

\_\_\_\_\_ (1999): "El orden del discurso". Editorial Tusquet, Barcelona.

\_\_\_\_\_ (1999): "Dialogo sobre el poder" En: *Estética, ética y hermenéutica*. Obras Esenciales. Volumen III. 59-72. Paidós. Barcelona

\_\_\_\_\_ (2002): "Los Anormales". Fondo de Cultura Económico. México.

\_\_\_\_\_ (2007): "El nacimiento de la biopolítica". Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, Argentina.

\_\_\_\_\_ (2006): "Seguridad, territorio y población". Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, Argentina.

\_\_\_\_\_ (2000): "Defender la sociedad": Fondo de Cultura Económica, México.

\_\_\_\_\_ (1996): "La verdad y las formas jurídicas". Editorial Gedisa. Barcelona

\_\_\_\_\_ (2008) "La arqueología del saber". Siglo XXI editores. España.

Feixa, Carles (1999): "*De jóvenes, bandas y tribus*". Editorial Ariel. España

Fernández, Manuel (2006): "Cristóbal Colón. Los cuatro viajes del almirante y su testamento. Cristóbal Colón". Editorial Espasa Calpes, S.A., Pozuelo de Alarcón (Madrid)

Fernández de Navarrete, Martín (2003): "Viajes de Américo Vespucio". Ediciones Espasa Calpe, S.A., Pozuelo de Alarcón (Madrid)

Fernández, J. Manuel (2005): "La noción de violencia simbólica en la obra de Pierre Boudieu: una aproximación crítica". En: Cuadernos de Trabajo Social. Vol. 18. Pp. 7-31. Madrid.

Freixa, F., Soler Insa, P.A y colaboradores (1981): "Toxicomanías. Un enfoque multidisciplinarios". Editorial Fontanella, Barcelona

Gamma, A., Jerome, L., 8Liechti, M. E. & Sumnall, H. R. (2005). Is ecstasy perceived to be safe? A critical survey [¿Es el éxtasis percibido como seguro? Un estudio crítico]. Drug and Alcohol Dependence, 77(2), 185-193.

Garland, David (2005): La cultura del control. Editorial Gedisa, Barcelona.

Gamella, Juan (1997): "Heroína en España, 1977-1996. Balance de una crisis de drogas" En:[http://www.dipucadiz.es/opencms/export/sites/default/dipucadiz/galeriaFicheros/drogodependencia/ponencias4/HEROxNA\\_EN\\_ESPAxAx\\_1977-1996.\\_BALANCE\\_DE\\_UNA\\_CRISIS\\_DE\\_DROGAS.pdf](http://www.dipucadiz.es/opencms/export/sites/default/dipucadiz/galeriaFicheros/drogodependencia/ponencias4/HEROxNA_EN_ESPAxAx_1977-1996._BALANCE_DE_UNA_CRISIS_DE_DROGAS.pdf)

Gamella, Juan y Álvarez Roldán (1999): "Las rutas del éxtasis. Drogas de síntesis y nuevas culturas juveniles". Editorial Ariel, S.A, Barcelona.

Gerbi, Antonello (1978): "La naturaleza de las Indias Nuevas". Fondo de Cultura Económica, México.

García, Juan (2005): "Mutaciones del poder hegemónico en la Amazonía Trasfondo de los idearios selváticos en la colonización Amazónica y su relación con la coca" En:

Enguita, Paula: (coord.): *En Colombia si hay guerra Colección Insumisos Latinoamericanos*. Libros en Red. [www.librosenred.com](http://www.librosenred.com)

Giorgi, Gabriel y Rodríguez, Fermín (Comps.) (2007): "Ensayos sobre Biopolítica. Excesos de vida". Paidós. Espacios del saber 67. Buenos Aires

Gómez, Lucía (2003): "Procesos de subjetivación y movimiento feminista. Una aproximación política al análisis psicosocial de la identidad contemporánea". Tesis doctoral dirigida por: Ramón Bueno; Miquel Domènech y Maite Larrauri. Departamento de Psicología Social. Universidad de Valencia.

Guattari, Felix (1989); "Cartografías del deseo". Francisco Zegers Editor; Santiago de Chile.

Guattari, Felix (1998): "El devenir de la subjetividad". Editorial Dolmen; Santiago de Chile.

Gili Miner, Miguel (1994): "Epidemiología y prevención. Perspectivas. Revista Sanidad y Higiene Pública 1994. Val. 68.

Grinberg, Mariela (2007): "Gubernamentalidad: Estudios y perspectivas". Revista Argentina de Sociología AÑO 5 Nº 8, pp. 95-110

Guba, E.G., Lincoln, Y. S (1994): "Competing Paradigms in Qualitative Research" En: Denzin, N. K., Lincoln, Y. S. (eds.): "Handbook of Qualitative Research" Cap. 6, Sage Publications, California, 1994, Pag. 105-117 Traducción de Mario E. Perrone

Grup Igia (1995): "Los estudios de las drogas en España en la década de los 80: Hacia un modelo de interpretación". Informe coordinado por Oriol Romaní. Barcelona.

Grup Igia (2000): "Contextos, sujetos y drogas. Un manual sobre drogodependencias" Coordinado por Miguel Díaz y Oriol Romaní. Barcelona.

Hacking, Ian (2001): "¿La construcción social de qué?". Ediciones Paidós Ibérica, S.A. Barcelona.

Haraway, Donna (1995): "Ciencia, Cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza". Ediciones Cátedra, Universitat de Valencia e instituto de la Mujer, Madrid.

Henman, Anthony (1992): "Mama coca". Editorial Hisbol. La Paz, Bolivia.

Honneth, Alex (2007): "Reificación un estudio en la teoría del reconocimiento". Katz Editores. Buenos Aires.

Hunt, G.P., Evans, K. & Kares, F. (2007): "Drug use and meanings of risk and pleasure" [Uso de drogas y significados de riesgo y placer]. *Journal of Youth Studies*, 10(1), 73-96.

Ibáñez, Jesús (1993): "El discurso de la droga y los discursos sobre la droga" En: *Las drogodependencias. Perspectivas sociológicas actuales*. Ilustre Colegio de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología; Madrid.

Ibáñez, Jesús (1994); *El regreso del sujeto: La investigación social de segundo orden*". Editorial Siglo XXI; Madrid.

Iñiguez, Lupicínio (2006): "Análisis del discurso. Manual para las ciencias sociales". Ediciones de la Universitat Oberta de Catalunya (UOC), Barcelona.

Irazábal, Francisco (2004): "El giro Político. Editorial Biblos". Argentina

Jameson, Fedrerick (1999) "El giro cultural. Escritos seleccionados sobre el postmodernismo 1983 – 1998". Editorial Manantial. Buenos aires.



Jáuregui, Carlos y Dabove, (Editores) (2003): "Heterotropías. Narrativas de indentidad y alteridad latino americana". Biblioteca de América. Instituto Literatura Iberoamericano. Universidad de Pittsburgh.

Jáuregui, Carlos (2008): "Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina". Editado por Iberoamérica (Madrid) y Vervuert (Frankfurt)

Jitrik, Noé (1983): "Los dos ejes de la cruz". Puebla, Universidad Autónoma de Puebla. México

Juarros, César (1924): "El tratamiento de la morfina". Revista FRENIA. Vol.II-1-2002.

Kelly, B.C. (2005): "Conceptions of risk in the lives of club drug-using youth" [Concepciones de riesgo en la vida de jóvenes usuarios de drogas de club]. *Substance Use & Misuse*, 40(9-10), Special issue: Club Drug Epidemiology, 1443-1459.

Lans, Alfonso (2005). "Esquizo" En: Romero, C. y Vázquez, R. (editores) *Sicopolis. Paradigmas actuales y alternativos en la psicología contemporánea*. Editorial Kairós, Barcelona.

Laraña, Enrique (1984); "Las drogas como problema social: Tipologías y Políticas de tratamiento". *Rev. Española de Investigación Sociológica (REIS)* 34/86 pp. 83-109: 1984

Latour, Bruno (2008): *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Manantial, Buenos aires.

Leis, Alejandro (2010): "Alteridad, ficcionalización y subalternidad en América Latina: del Corpus Colombino al Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos". En [www.alipso.com/monografias2/ALTERIDAD,\\_FICCIONALIZACION\\_Y\\_SUBALTERNIDAD\\_EN\\_AMERICA\\_LATINA/index.php](http://www.alipso.com/monografias2/ALTERIDAD,_FICCIONALIZACION_Y_SUBALTERNIDAD_EN_AMERICA_LATINA/index.php)

Le Poulichet, Sylvie (1996): "Toxicomanías y psicoanálisis: las narcosis del deseo".  
Editorial Amorrortu, Argentina

Lorey, Isabell (2006): Gubernamentalidad y precarización de sí. Sobre la normalización de los productores y productoras culturales. Rev. Brumaria. Prácticas artísticas, estéticas y políticas Nº 7, diciembre 2006, Madrid.

Lupton, Debora (1993): "Riesgo como peligro moral: las funciones política y social del discurso del riesgo en salud pública". International Journal of Health Services, Volume 23, Number 3, Pages 425-435

Llamas, Ricardo (1994): "La reconstrucción del cuerpo homosexual en tiempos de SIDA". Revista Española Investigaciones Sociológicas (REIS). 68/94, pp.141-171.

Marks, John (2007): "En busca del candidato de Manchuria. La CIA y el control mental. Historia secreta de sus investigaciones con LSD para la modificación de la conducta". Ediciones Valdemar, Madrid.

Martín-Barbero, Jesús (1998): "Jóvenes: des-orden cultural y palimpsestos de identidad". En: Cubides, H.,; Laverde, M., y Valderrama, Ca. *Viviendo a Toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Editores Siglo del Hombre; Bogotá; pp. 22-37.

Martín - Criado, Enrique (2005): "La construcción de los problemas juveniles". Revista Nómadas, 23, p 86-93. Bogotá.

Megías, Eusebio (Dir.) (2004): "Percepción social de los problemas de drogas en España". Fundación de Ayuda a la Drogadicción (FAD), Madrid.

Mínguez, Luis M<sup>a</sup> (1995): "L'État providence y la crisis del estado de bienestar". RIFP/5(1995)

Menéndez, Eduardo (1984): "El modelo médico hegemónico: Transacciones y alternativas hacia una fundamentación teórica de autoatención en salud". Arxiu D'Entografia de Catalunya, Nº 3.

\_\_\_\_\_ (2005): "El modelo médico y la salud de los trabajadores.". Re. Salud Colectiva, La Plata 1(1): 9-32 Enero-Abril 2005

Mignolo, Walter (2003): "Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo". Ediciones Akal, S.A., Colmenar Viejo (Madrid)

\_\_\_\_\_ (2007): "La Idea de América Latina. La herida Colonial y la Opción Decolonial". Editorial Gedisa, Barcelona.

Mires, Fernando (2006): "En nombre de la cruz. Discusiones teológicas y política frente al holocausto de los indios". Libros de la Araucaria, S.A., Argentina.

Montenegro, Marisela (2001: "Conocimiento, agentes y articulaciones: Una mirada situada a la intervención social". Tesis Doctoral. Programa de Doctorat en Psicología Social. Universitat Autònoma de Barcelona. 2001

\_\_\_\_\_ (2004) Cap. II "Comunidad y Bienestar Social". En Musito, G., Introducción a la Psicología Comunitaria. Ed. UOC. España.

Muños, Ángel. "La coca en la colonia: cultura, negocio y satanismo". RF. [online]. ene. 2006, vol.24, no.52 [citado 22 Septiembre 2011], p.83-124. Disponible en la World Wide Web: <[http://www.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0798-11712006000100005&lng=es&nrm=iso](http://www.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0798-11712006000100005&lng=es&nrm=iso)>. ISSN 0798-1171.

Mussetta, Paula (2009): "Foucault y los anglofoucaltianos: una reseña del Estado y la gubernamentalidad". Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, Vol. LI, Núm. 205, enero-abril, pp. 37-55. Universidad Nacional Autónoma de México, México

Muñoz, García (2006): "La coca en la colonia: cultura, negocio y satanismo".  
Universidad del Zulia, Maracaibo – Venezuela

Navarro, José (2002): "El consumo de drogas". En: Sociedad y drogas: Una perspectiva  
de 15 años. FAD y colaboradores. Madrid, 2002

Novak, S.P., Reardon, S.F. & Buka S.L. (2002). How beliefs about substance use differ by  
socio-demographic characteristics, individual experiences, and neighborhood  
environments among urban adolescents [Cómo difieren las creencias sobre el uso de  
sustancias de acuerdo a las características socio-demográficas, las experiencias  
individuales, y los entornos barriales entre adolescentes urbanos]. Journal of Drug  
Education, 32(4), 319-342.

O'Gorman, Edmundo (2006): "La invención de América. Investigación acerca de la  
estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir". Fondo de Cultura  
Económica, México.

O'Malley, Pat (2004): "Riesgo, Poder y Prevención del delito En Máximo Sozzo (coord.):  
¿Prevenir el Delito más allá de la Pena?", Ad-Hoc, Buenos Aires, 2004

O'Malley, Pat (1996): "Risk and responsibility" En: Andrew Barry/ Thomas Osborne/  
Nikolas Rose (eds.): Foucault and political reason. Liberalism, neo-liberalism and  
rationalities of government. UCL Press, Londres, (189-207).

Pagador, Antonio (1923): "Los venenos Sociales. Opio Morfina. Psicopatología de los  
intoxicados y tratamiento de la intoxicación". Antonio López Impresor, Barcelona.

Pallarés, Joan (1996): "El placer del escorpión. Antropología de la heroína y los  
yonquis". Editorial Milenio, Lleida (Cataluña)

Pastor, J. y Ovejero, A (2007): "Michel Foucault, caja de herramientas contra la  
dominación". Ediciones de la Universidad de Oviedo. España.

Perlonguer, Néstor (1997): "Prosa Plebeya: Ensayos 1980-1992". Editorial Colihue; Buenos Aires.

Pérez, C., Sepúlveda, M., Gaínza, A (1997): Historias y discursos de jóvenes consumidores de pasta base de cocaína de la Zona Sur de Santiago". En: Futuro y angustia. La juventud popular y la pasta base de cocaína en Chile. Colección Estudios Sociales. Ediciones SUR. Chile

Preciado, Beatriz (2002): "*Manifiesto contra-sexual*". Editorial Opera Prima. Madrid. España.

Portell, M., Riba, M. D., y Bayés, R. (1997): "La definición de "riesgo". implicaciones para su reducción". Revista de Psicología de la Salud, 9, 1, 3-27

Puy, A. (1994): "Percepción social del riesgo. Dimensiones de evaluación y predicción. Tesis doctoral". Universidad Complutense de Madrid. Departamento de Psicología Social.

Plant, Sadie (2001) Escrito con drogas. Ediciones Destino, S.A, Barcelona.

Ramírez, Eugenia (1993): Drogodependencias: de la periferia a la estética, pasando por la técnica. En VVAA. Las drogodependencias: Perspectivas sociológicas actuales. Ilustre Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología. Madrid.

Quijano, Aníbal (2007): "Colonialidad del poder y clasificación social". En: Castro-Gómez, S. y Grosfoguel, R: *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Pontificia Universidad Javeriana-Instituto Pensar, Universidad Central-IESCO, Siglo del Hombre Editores, Bogotá (Colombia)

Restrepo, Eduardo (2008): "Cuestiones de Método: <<Eventualización>> y problematización en Foucault". Rev. Tabula Rasa., Nº 8: 111-132, enero-junio 2008, Colombia

Reguillo, Rossana (2000): *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Grupo Editorial Norma. Argentina.

Rivero, Isabel. (2005): "Ciencia "Psi", Subjetividad y Gobierno: una Aproximación genealógica a la Producción de Subjetividades "Psi" en la modernidad". Tesis Doctoral dirigida por Dr. Joan Pujol i Tarrés. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.

Richard, Nelly (1998): "Residuos y Metáforas: ensayos de crítica cultural sobre la Transición" Editorial Cuarto Propio. Santiago de Chile.

Rodríguez Ocaña, Esteban ( ) La intervención de la fundación Rockefeller en la creación de la sanidad contemporánea en ESPAÑA. *Revista Española de Salud Pública* 2000, 74, 27-34

Romo, Nuria (2001): "Mujeres y drogas de síntesis. Género y riesgo en la cultura del baile". Ediciones Gakoa. Donostia.

Romaní, Oriol (2004): "Las drogas. Sueños y razones". Barcelona, Ed. Ariel.

\_\_\_\_\_ (2002): "Grifotas, contraculturales, pastilleros. Juventud, drogas y cambio social" en España. En Feixa, Costa & Pallarés (eds) *Movimientos juveniles en la Península Ibérica. Graffitis, Grifotas, Okupas*. Ariel editores, barcelona

\_\_\_\_\_ (2003): "Prohibicionismo y drogas, ¿un modelo de gestión social agotado?" en Bergalli, R. (Coord.) *Sistema penal y problemas sociales*. Ed. Tirant lo Blanch, Valencia.

\_\_\_\_\_ (1992): "Marginación y drogodependencia. Reflexiones en torno a un caso de investigación- intervención". Alvarez- Uría (Ed.) *Marginación e inserción. Los nuevos retos de las políticas sociales*. Madrid, Endymion: 259- 281.

\_\_\_\_\_ (2008): "Políticas de drogas: prevención, participación y reducción del daño". *Salud Colectiva*.; 4(3):301-318, Argentina

Romaní, O., Pallarés, J., y Díaz, A., (2001): "¿Dependencia o estilo de vida? La vida de un grupo de heroinómanos catalanes de los 80s", *Trabajo Social y Salud*, 39: 205-216.

Romaní, O., Terrile, S., Zino, J. (2003): "Drogas y gestión del conflicto social en el cambio de siglo: ¿Nuevos sujetos, nuevos espacios de riesgo?" en Da Agra, C., J.L.Domínguez, J.A.García Amado, P.Hebberecht y A.Recasens (eds.) *La seguridad en la sociedad del riesgo. Un debate abierto. Barcelona*. Atelier: 227- 243.

Romaní, Oriol y Sepúlveda, Mauricio (2005): "Estilos juveniles, contracultura y política" en Polis. Revista Académica de la Universidad Bolivariana, vol.4 nº 11, Chile. Monográfico sobre Gestión del cuerpo y control social (<http://www.revistapolis.cl/11/oriol.htm>)

Rose, Nikolas (1999): *"The Powers of Freedom"*.Cambridge University Pres, Cambridge.

\_\_\_\_\_ (1997): "El gobierno en las democracias liberales 'avanzadas': del liberalismo al neoliberalismo". En: Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura (29), 1997 (25- 40) (traducción de Julia Varela). España

\_\_\_\_\_ (2007): "¿La muerte de lo social? Re-configuración del territorio de gobierno". Revista Argentina de Sociología, año/vol. 5, número 008, pp. 110-150. Buenos Aire, Argentina.

Rose, Nikolas y Miller, Peter (1990): "Governing economic life", en *Economy and Society*, 19, 1, pp. 1-31.

Rorty, Richard (1990) "El giro lingüístico". Paidós Ibérica. España, 1990

Salessi, Jorge (1995): "Médicos, Maleantes y Maricas". Beatriz Viterbo Editora, Bs. As..

Sánchez, J., Romo, R., Rodríguez. B., Barrio, G. (1991): "Consumo de drogas en España: Fuentes de información y evolución durante el periodo 1984-1990". *Rev San Hig Púb Val*. 65, No. 5, 63: 395-412

San Marín, David (2009): "El riesgo como dispositivo de gobierno en la sociedad de control". En: *La globalización en crisis. Gubernamentalidad, control y política de movimiento*. Cuaderno- Herramienta/02, Universidad libre experimental, Malaga, 2009

Sepúlveda, Mauricio (1997) "El Silencio de los Angustiados: Contextos discursivos en el consumo de pasta base de cocaína. En "La Grieta de las Drogas: Desintegración Social y Políticas Públicas en América Latina." Naciones Unidas. Comisión Económica para América Latina y el Caribe. CEPAL

\_\_\_\_\_ 2000 "El Silencio de los Angustiados: contextos discursivos en el consumo de pasta base de cocaína". En "Las drogas en el siglo...¿qué viene?. Dobon J; Hurtado, G; Compiladores. Ed. Fundación Acción para la Comunidad. Buenos Aires. Argentina.

\_\_\_\_\_ (2002) "Repensando la retórica del riesgo". En Hpenhayn, M.: *Prevenir en drogas: enfoques integrales y contextos culturales para alimentar buenas prácticas*. División social. Cuadernos de políticas sociales. CEPAL. Chile. pp 50-61.

Sepúlveda, M., Báez, F., Montenegro, M (2008): No en la Puerta de mi casa. Implantación no conflictiva de dispositivo de drogodependencias. Grup Igia, Barcelona.

Sepúlveda, M., Latorre, A., Trujols, J. (2007) Revisión bibliográfica: Los estudios sobre percepción de riesgos en jóvenes usuarios de sustancias psicoactivas. Grup Igia. Sin publicar.

\_\_\_\_\_ (2009): "Cultura del Riesgo y Jóvenes: Discursos sobre los riesgos relacionados con el uso de sustancias psicoactivas en jóvenes usuarios de drogas". Grup Igia. Sin publicar.

Sibilia, Paula (2005): El hombre postoeagánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales. Fondo de Cultura Económico, Argentina.



Solodkow, David (2007): "Múltiples versiones sobre una misma travesía. El segundo viaje de Cristóbal Colón". En: Jáuregui, C. y Moraña, M., (Eds.). *Colonialidad y crítica en América Latina. Bases para un debate*. Universidad de las Américas Puebla. Colección Pensamiento Latinoamericano, México.

Spink, Mary Jane (2007): "Posicionando a las personas por medio del lenguaje de los riesgos: reflexiones acerca del desarrollo de "habilidades personales" como estrategia de promoción de la salud". En FERMENT UM Mérida - Venezuela - ISSN 0798-3069 - AÑO 17 - Nº 50 - SEPTIEMBRE - DICIEMBRE 2007 - 575-598

Sharland, E. (2006). "Young people, risk taking and risk making: Some thoughts for social work [Gente joven, toma de riesgos y construcción de riesgos: algunas reflexiones para el trabajo social]. British Journal of Social Work, (36)2, 247-265.

Sozzo, Máximo (2000): "Seguridad Urbana y Tácticas de Prevención del Delito". Cuadernos de Jurisprudencia y Doctrina Penal Nº. 10. Ed. Adoc, Argentina.

Spivak, Gayatri (2009): "¿Pueden hablar los subalternos?" (traducción y edición crítica de Manuel Asensi Pérez) Museo d` Art Contemporani de Barcelona. España.

Suárez, Roberto; Beltrán, Elsa María; Sánchez, Tatiana (2006) "El sentido del riesgo desde la antropología médica: consonancias y disonancias con la salud pública en dos enfermedades transmisibles" En ANTÍPODA REVISTA DE ANTROPOLOGÍA Y ARQUEOLOGÍA, núm. 003, julio-diciembre, 2006, pp. 123-154. Universidad de los Andes. Colombia

Ugarte, Javier (Comp.) (2005): "La administración de la vida. Estudios Biopolíticos". Anthopos Editorial, Rubí (Barcelona)

Todorov, Tzveran (2007): "La conquista del otro. El problema del otro". Siglo XXI editores, S.A., México.

Terris, Milton (1994): "La epidemiología y la salud pública: Orígenes e impacto de la segunda revolución epidemiológica". Rev. .Sanidad Higiene Pública. 1994: 6X: S-10

Trujols, J., Iraurgi, I; Solà, I; Ballesteros, J; Siñol, N; Batlle, F; Pérez de los Cobos, J. (2010): "Infección por VIH y usuarios de drogas por vía parenteral: Urgencia de la revitalización de los programas de reducción de daños". En: Adicciones Revista versión On- Line. Volumen 22 Número 2.

Usó, Juan Carlos (1986): "Drogas y cultura de masas. España (1855-1995)". Santillana, S.A. Taurus, Madrid.

Usó A, Juan (2010): "Prevención de salón en España durante la dictadura de Primo de Rivera la asociación contra la toxicomanía (1926-1931)". En Salud y drogas, vol. 10, núm. 1, 2010, pp. 51-78 Universidad Miguel Hernández de Elche. España.

Vigarello, Georges (2006) Lo sano y los malsano. Historia de las prácticas de la salud desde la Edad Media hasta nuestros días. Abada Editores, S.L, Madrid.

Spink, M., Manegon, V. (2006); "Prácticas discursivas como estrategias de gubernamentalidad: el lenguaje de los riesgos en documentos de dominio público". En Iñiguez, L., *Análisis del discurso. Manual para las ciencias sociales*. Editorial UOC. Barcelona, 2006.

Varela, Julia y Álvarez-Uría, Fernando (1989): Sujetos Frágiles. Ensayos de sociología de la desviación. Fondo de Cultura Económica. España.

Vázquez, Francisco (2000): Del Biopoder al psicopoder: orden familiar e historia de la subjetividad moderna. Cuadernos Andaluces de Bienestar Social, pp. 35-55.

\_\_\_\_\_ (2002): Tras la autoestima. Variaciones sobre el yo expresivo en la modernidad tardía. Ed. Gakoa. San Sebastián.

\_\_\_\_\_ (2009): La invención del racismo. Nacimiento de la biolítica en España 1600-1940. Ediciones de Akal S.A

Verón, E. y Escudero Chauvel, L. (1997): "Telenovela. Ficción popular y mutaciones culturales". Ediciones Gedisa, Barcelona.

Wallerstein, Immanuel (coordinador) (2004): "Abrir las ciencias sociales". Siglo XXI editores, S.A., México-Argentina.

Wacquant, Loïc (2007): "Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado". Siglo Veintiuno Editores. Argentina, 2007.

Wittgenstein, Ludwin (1998): "Investigaciones Filosóficas". UNAM, México.

Williams, Raymond (2003): Palabras Clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad. Nueva Visión. Buenos Aires.

Williams, Raymond (1980) "Marxismo y Literatura". Barcelona: Península.

White, B., Degenhardt, L., Breen, C., Bruno, R., Newman, J. & Proudfoot, P. (2006). Risk and benefit perceptions of party drug use. Addictive Behaviors, 31(1), pp. 137-142.  
[Percepciones de riesgo y beneficios del uso de las drogas de fiesta]

# Anexos

## ESTUDIO CUALITATIVO Nº 1

<p><b>La cultura de las drogas. Rituales de regulación y consumo de drogas en contextos naturales de uso festivo</b></p>
--

### Objetivo general

Identificar, describir y analizar los factores y procesos socioculturales que conforman y/o inciden en las prácticas de control, regulación y gestión informal de los riesgos asociadas al consumo de drogas ilegales (Éxtasis, Cannabis y Cocaína) en jóvenes que participan en escenas de ocio festivo.

## METODOLOGÍA

### Perspectiva metodológica

El estudio se situó desde una *perspectiva hermenéutico-comprensiva*, entendiendo esta perspectiva como una importante tradición, de carácter cualitativo, en las ciencias sociales, que “busca la comprensión del sentido de la acción social en el contexto del mundo de la vida y desde la perspectiva de los participantes”. Más que un corpus teórico-metodológico definido y jerarquizado en sus procedimientos técnicos, dicha tradición se basa en la consideración holística de los antecedentes empíricos y en la comprensión de los mundos particulares que rodean la vida de los actores sociales estudiados.

### El carácter de la investigación

Se trató de una *investigación cualitativa de carácter exploratoria, descriptiva y analítica*. *Exploratorio* en tanto no se conocieron a priori las características definitorias de las poblaciones estudiadas, de ahí que se justifique un diseño metodológico que incluye técnicas de investigación cualitativas. *Descriptivo* en la medida en que se buscó describir la estructura y significado de los procesos de regulación y control a partir de las dimensiones que lo identifican y definen para luego ser sometido al análisis a la luz de categorías lógicas-teóricas provenientes del marco teórico y conceptual disponible. Finalmente *analítico*, en tanto no solo trató de detectar y describir un fenómeno o proceso, sino que se fue más allá, intentando buscar sus causas, sus correlatos y efectos.

Población del estudio.

#### Diseño Muestral

Se utilizó un *diseño muestral de carácter teórico*. Este en ningún caso la muestra tuvo la intención de ser “estadísticamente representativo”, sino que más bien se orientó a seleccionar muestras teóricamente representativas de los tipos fundamentales de conductas, grupos, poblaciones y tópicos estudiados.

El objetivo fue seleccionar muestras sobre la base de las preguntas y aspectos claves que se han plantearon en el diseño original de la investigación, interrogaciones que sistemáticamente emergieron y fueron contrastadas con los resultados parciales conforme estos irían surgiendo en el proceso de investigación. De este modo la muestra fue continuamente sometida a una valoración crítica en su utilidad teórica, articulando un diálogo continuo entre su concreción y las hipótesis iniciales y emergentes en el transcurso de la investigación.

En términos operacionales el universo estuvo constituido por jóvenes de ambos sexos independientemente de su identidad de género, cuyas edades fluctuaron entre los 18 y 29 años y que de forma frecuente consumían cannabis, MDMA y cocaína, ya sea de forma diferenciada y/o aleatoria y cuyas prácticas concurrían habitualmente en contextos de ocio festivo. Quedaron excluidos todos aquellos sujetos que al momento de realizarse el estudio se encontraban en programas de tratamiento o rehabilitación.

Otro principio muestral fue el de es el de oportunidad. Éste tuvo relación con las capacidades instaladas en los equipos de campo participantes para llevar a cabo la investigación. De acuerdo a lo anterior el estudio se llevo a cabo en 2 comunidades autónomas: Cataluña y Andalucía. En esta segunda comunidad se contó con el apoyo de personal de Energy Conrol de la Asociación Bienestar y Desarrollo.

### Técnicas de muestreo

Coherentemente con el carácter del estudio, se utilizaron *técnicas de muestreo de tipo cualitativo*. Para la selección y reclutamiento de los sujetos que finalmente constituyeron la muestra del estudio se utilizó la técnica de “bola de nieve” (o referentes en cadena). Cabe destacar que cada una de estas micro redes no excederá a más de 3 informantes en cadena. Este criterio se introdujo con el fin de evitar y controlar los sesgos posibles al momento de estimar y valorar la saturación de la información que se quiso obtener. De forma complementaria se utilizó un muestreo basado en la experiencia que permitirá complementar y triangular el carácter aleatorio dado por la técnica de “bola de nieve” y de este modo permitir la generalización y extrapolación de los resultados.

CARACTERÍSTICAS	ÁMBITO DE LOCALIZACION	CRITERIOS DE SELECCIÓN		TAMAÑO MUESTRAL
		Inclusión	Exclusión	
Sexo: H-M Edades: 18 a 29 Ocupación: Estudiantes-trabajadores. NSE: Medio	Andalucia Catalunya	Uso habitual de: -cocaína -alcohol -Cannabis Usos en contextos festivos. Uso en otros contextos de sociabilidad	Se encuentran en programas de tratamiento de drogodependencias	3 redes por CCAA (18 sujetos)

La muestra definitiva que se obtuvo para el estudio quedó conformada de la siguiente forma:

### **CONSUMIDORES DE COCAÍNA**

<b>Nombre</b>	<b>Edad</b>	<b>Ocupación</b>	<b>Lugar de residencia</b>	<b>Lugar de origen</b>	<b>Nivel socio-económico</b>
Albert	23	estudia	Llavaneras	Barcelona	medio
Javier	25	estudia/ trabajos eventuales	Málaga	Cádiz	bajo
Javier	20	estudia/ trabajos eventuales	Málaga	Córdoba	
Óscar	24	estudia	Málaga	Cuenca	

### **CONSUMIDORES DE MDMA**

<b>Nombre</b>	<b>Edad</b>	<b>Ocupación</b>	<b>Lugar de residencia</b>	<b>Lugar de origen</b>	<b>Nivel socio-económico</b>
Carola	19	Estudia	Málaga		medio
Ferrán	25		Barcelona		medio
Guillem	25	trabaja/estudia	Barcelona	Aragón	medio
Javier	25	trabaja/estudia	Málaga		medio
Lucía	22	estudia/trabaja muy eventualmente	Málaga	Galicia	medio
Montse	23	estudia/paro	(Málaga)		medio
Oriol	20	Estudia	Sabadell		

### **CONSUMIDORES DE CANNABIS**

<b>Nombre</b>	<b>Edad</b>	<b>Ocupación</b>	<b>Lugar de residencia</b>	<b>Lugar de origen</b>	<b>Nivel socio-económico</b>
María	22	Estudia	(Málaga?)		medio
Marta	20	Estudia	(Málaga?)		medio
Rafael	19	Estudia	Barcelona	Llesa (Ebro)	medio
Rodo	26	Paro	Barcelona	Valencia	bajo



## **ESTUDIO CUALITATIVO Nº 2**

<b>Cultura del Riesgo y Jóvenes: Discursos sobre los riesgos relacionados con el uso de sustancias psicoactivas en jóvenes usuarios de drogas.</b>
--

### **Objetivo general**

Identificar, describir y analizar las significaciones del riesgo y los daños potenciales y/o reales que los jóvenes usuarios de sustancias psicoactivas elaboran desde sus propios contextos sociales y culturales de vida.

## **METODOLOGÍA**

### **Perspectiva metodológica**

El estudio se situó desde una perspectiva hermenéutico-comprensiva, entendiendo esta perspectiva como una importante tradición, de carácter cualitativo, en las ciencias sociales, que “busca la comprensión del sentido de la acción social en el contexto del mundo de la vida y desde la perspectiva de los participantes”. Más que un corpus teórico-metodológico definido y jerarquizado en sus procedimientos técnicos, dicha tradición se basa en la consideración holística de los antecedentes empíricos y en la comprensión de los mundos particulares que rodean la vida de los actores sociales estudiados.

### **El carácter de la investigación**

Se trató de una investigación cualitativa de carácter exploratoria, descriptiva y analítica. Exploratorio en tanto no se conocieron a priori las características definitorias de las poblaciones estudiadas, de ahí que se justifique un diseño metodológico que incluye técnicas de investigación cualitativas. Descriptivo en la medida en que se buscó describir la estructura y significado de los procesos de regulación y control a partir de las dimensiones que lo identifican y definen para luego ser sometido al análisis a la luz de categorías lógicas-teóricas provenientes del marco teórico y conceptual disponible. Finalmente analítico, en tanto no solo trató de detectar y describir un fenómeno o proceso, sino que se fue más allá, intentando buscar sus causas, sus correlatos y efectos.

### **Población del estudio.**

#### *Diseño Muestral*

Se utilizó un diseño muestral de carácter teórico. En ningún caso la muestra tuvo intención de ser “estadísticamente representativa”, sino que más bien se orientó la selección a muestras teóricamente representativas de los tipos fundamentales de conductas, grupos, poblaciones y tópicos estudiados.

El objetivo fue seleccionar muestras sobre la base de las preguntas y aspectos claves que se plantearon en el diseño original de la investigación, interrogantes que sistemáticamente fueron emergiendo y contrastándose con los resultados parciales conforme estos iban surgiendo en el proceso de investigación. De este modo la muestra fue continuamente sometida a una valoración crítica en su utilidad teórica, articulando un diálogo continuo entre su concreción y las hipótesis iniciales y emergentes en el transcurso de la investigación.

En términos operacionales el universo estuvo constituido por jóvenes de ambos sexos independientemente de su identidad de género, cuyas edades fluctuaban entre los 18 y 25 años y que de forma frecuente consumían cannabis, MDMA, cocaína y/o speed, ya sea de forma diferenciada y/o aleatoria y cuyas prácticas concurrían habitualmente en contextos de ocio festivo. Quedaron excluidos todos aquellos sujetos que al momento de realizarse el estudio se encontraban en programas de tratamiento o rehabilitación.

Otro principio muestral fue el de oportunidad. Éste tuvo relación con las capacidades instaladas en los equipos de campo participantes para llevar a cabo la investigación. De

acuerdo a lo anterior el estudio se llevo a cabo en 2 comunidades autónomas: Cataluña y País Vasco.

### Técnicas de muestreo

Coherentemente con el carácter del estudio, se utilizaron técnicas de muestreo de tipo cualitativo. Para la selección y reclutamiento de los sujetos que finalmente constituyeron la muestra del estudio se utilizaron cuadros tipológicos diseñados en base a los principios de las muestras teóricas y estructurales. Al respecto en el siguiente cuadro se indican los criterios generales y específicos de inclusión.

CARACTERÍSTICAS	ÁMBITO DE LOCALIZACION	CRITERIOS DE SELECCIÓN	TAMAÑO MUESTRAL	
		Inclusión	Exclusión	
Sexo: H-M Edades: 18 a 25 Ocupación: Estudiantes-trabajadores. NSE: Medio	Cataluña  Euskadi	Uso habitual de: - cocaína/speed -MDMA -Cannabis Usos en contextos festivos. Uso en otros contextos de sociabilidad	Se encuentran en programas de tratamiento de drogodependencias	4 Grupos focales (36 sujetos participantes)

Complementariamente se diseñaron cuadros tipológicos y estructurales para intencionar el reclutamiento en cada uno de los grupos focales en los dos territorios donde se desarrolló el estudio.

### Instrumentos de recolección y producción de información.

La técnica utilizada para la producción de información fue el grupo focal, que puede definirse como la reunión de un grupo de individuos seleccionados por los investigadores para discutir y elaborar, desde la experiencia personal, una temática o hecho social que es objeto de estudio o investigación.

Al respecto cabe señalar que la debida articulación de los procedimientos muestrales antes descritos, permitieron garantizar el equilibrio entre homogeneidad y heterogeneidad en la composición de los grupos focales.

Para la realización de los grupos focales se elaboró una pauta de entrevista sobre la base de diferentes reactivos textuales y visuales. Los reactivos fueron seleccionados a partir de testimonios de jóvenes usuarios obtenidos en investigaciones previas realizadas por el mismo equipo de investigación. Estos fueron complementados con otros reactivos elaborados en base a citas textuales (anónimas) tomadas de declaraciones públicas de autoridades sanitarias del país. Finalmente, un tercer componente que permitió elaborar el conjunto de reactivos que conformaron la pauta de los grupos focales fue un material audiovisual perteneciente a una campaña de prevención implementada por el PNSD. Todos los reactivos fueron presentados a través de una proyección tipo PowerPoint (ver anexo 1).

En los siguientes cuadros se detalla la composición de los 4 grupos focales realizados en cada uno de los territorios en los que se llevo a cabo el estudio.

#### GF 1: De 18 A 21 AÑOS – Euskadi

NOMBRE	EDAD	LUGAR DE PROCEDENCIA	ESTADO CIVIL	OCUPACIÓN	SEXO	CONSUMO PRIORITARIO
Shee	19	Vitoria	Soltera	Estudia / trabaja	mujer	Speed y en ocasiones cocaína. También hachis o marihuana
juanki	20	Vitoria	Soltero	Trabaja	varón	Cocaína y a

						veces speed.
txetxu	21	Vitoria	Soltero	Estudia	varón	Speed, porros y alucinógenos
ander	21	Vitoria	Soltero	Trabaja	varón	Speed y porros
mikel	20	Andoain	Soltero	Estudia	varón	Speed, alucinógenos
aleja	19	Vitoria	Soltera	Estudia y trabaja	mujer	Speed, alucinógenos, porros, cocaína
rakel	20	Bilbao	Soltera	Estudia	mujer	Speed, mdma

\*en todos los casos de consumo se da también el alcohol.

## GF 2: De 22 A 25 AÑOS – Euskadi

NOMBRE	EDAD	LUGAR DE PROCEDENCIA	ESTADO CIVIL	OCUPACIÓN	SEXO	CONSUMO PRIORITARIO
Borja	23	Vitoria	soltero	Estudia – trabaja	varón	Cocaína y porros
jon	25	Vitoria	soltero	Trabaja	varón	Speed, mdma, porros, cocaína, ketamina
Nº 3	22	San sebastián	soltera	Estudia	mujer	Cocaína, speed
Nº 2	23	Logroño	soltera	Trabaja y	mujer	Cocaína,

				estudia		speed
Nº 1	23	Vitoria	soltero	Trabaja/ estudia	varón	Speed, porros
lau	23	Zumárraga	soltera	Estudia	mujer	Speed, mdma, cocaína, porros
ari	22	Vitoria	soltero	Trabaja	varón	Coca, en ocasiones speed

\*en todos los casos los consumos se acompañan de alcohol.

### GF 3: De 18 A 21 AÑOS – Cataluña

NOMBRE	EDAD	LUGAR DE PROCEDENCIA	ESTADO CIVIL	OCUPACIÓN	SEXO	CONSUMO PRIORITARIO
Albert	19	Vitoria	Soltera	Estudia / trabaja	mujer	Speed y en ocasiones cocaína. También hachis o marihuana
Bernat	20	Vitoria	Soltero	Trabaja	varón	Cocaína y a veces speed.
Samuel	21	Vitoria	Soltero	Estudia	varón	Speed, porros y alucinógenos
Carlos	21	Vitoria	Soltero	Trabaja	varón	Speed y porros

Claudia	20	Andoain	Soltero	Estudia	varón	Speed, alucinógenos
Ana	19	Vitoria	Soltera	Estudia y trabaja	mujer	Speed, alucinógenos, porros, cocaína
Bruno	20	Bilbao	Soltera	Estudia	mujer	Speed, mdma
Martí						
Esther						
Andreu						

\*en todos los casos de consumo se da también el alcohol.

#### GF 4: De 18 A 25 AÑOS – Cataluña

NOMBRE	EDAD	LUGAR DE PROCEDENCIA	ESTADO CIVIL	OCUPACIÓN	SEXO	CONSUMO PRIORITARIO
Lucía	21		soltero	Estudia – trabaja	varón	Cocaína y porros
Diana	19	Vitoria	soltero	Trabaja	varón	Speed, mdma, porros, cocaína, ketamina
Oriol	20	San sebastián	soltera	Estudia	mujer	Cocaína, speed
Álex		Logroño	soltera	Trabaja y estudia	mujer	Cocaína, speed
Judith	20	Vitoria	soltero	Trabaja/ estudia	varón	Speed, porros

Joan	19		soltero	Estudia	varón	
Alfons	21	Vitoria	soltero	Trabaja	varón	Coca, en ocasiones speed
Albert	21			Trabaja	varón	